



Este libro ha sido difundido a través de X por @amistadconchina

MARTIN JACQUES
Cuando China domine el mundo
El auge del Imperio del Centro y el fin del
mundo occidental



ALLEN LANE
an imprint of
PENGUIN books





ÍNDICE

- 1 El cambio de guardia
y el fin del mundo occidental*
- 2 El ascenso de Occidente*
- 3 Japón, moderno pero apenas occidental*
- 4 La ignominia china*
- 5 Una modernidad en disputa*
- 6 China como superpotencia económica*
- 7 Una civilización-Estado*
- 8 La mentalidad del Imperio del Centro*
- 9 El patio trasero de China*
- 10 China como potencia mundial en ascenso*
- 11 Cuando China gobierne el mundo*
- 12 Conclusiones: Las ocho
diferencias que definen a China*



Desde 1945, Estados Unidos ha sido la potencia dominante del mundo. Incluso durante la Guerra Fría, su economía era mucho más avanzada y más del doble de grande que la de la Unión Soviética, mientras que su capacidad militar y su sofisticación tecnológica eran muy superiores. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos fue el principal impulsor de la creación de una serie de instituciones multinacionales y globales, como las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional y la OTAN, que fueron testimonio de su nuevo poder y autoridad globales. El colapso de la Unión Soviética en 1991 reforzó enormemente la posición preeminente de Estados Unidos, eliminando a su principal adversario y dando lugar a que los territorios y países del antiguo bloque soviético abrieran sus mercados y acudieran en muchos casos a Estados Unidos en busca de ayuda y apoyo. Nunca antes, ni siquiera en el apogeo del Imperio Británico, el poder de una nación había disfrutado de un alcance tan amplio. El dólar se convirtió en la divisa preferida en todo el mundo, la mayor parte del comercio se realizaba en esa moneda y la mayoría de las reservas se mantenían en ella. Estados Unidos dominaba todas las instituciones mundiales, salvo la ONU, y tenía presencia militar en todo el mundo. Su posición global parecía inquebrantable y, con el cambio de milenio, se acuñaron términos como "hiperpotencia" y "unipolaridad" para describir lo que parecía ser una nueva y única forma de poder.

El testigo de la preeminencia, antes de pasar a Estados Unidos, lo había ostentado Europa, especialmente las principales naciones europeas como Gran Bretaña, Francia y Alemania, y anteriormente, en mucha menor medida, España, Portugal y los Países Bajos. Desde el comienzo de la Revolución Industrial británica a finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, Europa iba a dar forma a la historia mundial de la manera más profunda. El motor del dinamismo europeo fue la industrialización y su modo de expansión la conquista colonial. Incluso cuando la posición de Europa empezó a decaer tras la Primera Guerra Mundial, y precipitadamente después de 1945, el hecho de que América, la nueva potencia emergente, fuera un producto de la civilización europea sirvió como fuente de empatía y afinidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo, dando lugar a lazos que encontraron su expresión en la idea de Occidente, al tiempo que servían para mitigar los efectos de la rivalidad imperial latente entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Guerra Mundial, y precipitadamente después de 1945, el hecho de que América, la nueva potencia emergente, fuera un producto de la civilización europea sirvió como fuente de empatía y afinidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo, dando lugar a lazos que encontraron su expresión en la idea de Occidente al tiempo que servían para mitigar los efectos de la rivalidad imperial latente entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Durante más de dos siglos, Occidente, primero Europa y después Estados Unidos, ha dominado el mundo.

Ahora asistimos a un cambio histórico que, aunque todavía relativamente incipiente, está

destinado a transformar el mundo. El mundo desarrollado, que durante más de un siglo ha significado Occidente (es decir, Estados Unidos, Canadá, Europa Occidental, Australia y Nueva Zelanda) más Japón, está siendo superado rápidamente en términos de tamaño económico por el mundo en desarrollo. En 2001, los países desarrollados representaban algo más de la mitad del PIB mundial, frente a alrededor del 60% en 1973. Por supuesto, pasará mucho tiempo antes de que incluso el más avanzado de los países en desarrollo adquiera la sofisticación económica y tecnológica de los desarrollados, pero como colectivamente representan la inmensa mayoría de la población mundial y su tasa de crecimiento económico ha sido bastante mayor que la del mundo desarrollado, su ascenso ya ha provocado un cambio significativo en el equilibrio del poder económico mundial. Hay varios ejemplos contemporáneos de este reajuste. Después de descender durante más de dos décadas, los precios de las materias primas empezaron a subir a principios de siglo, impulsados por el boyante crecimiento económico del mundo en desarrollo, sobre todo de China, hasta que el inicio de una recesión mundial invirtió esta tendencia, al menos a corto plazo. Una parte de éstas se ha invertido, sobre todo en el caso de China y Singapur, en fondos soberanos controlados por el Estado cuyo objetivo es buscar inversiones rentables en otros países, incluidos los occidentales. Los países productores de materias primas, en particular los Estados ricos en petróleo de Oriente Medio, han invertido igualmente parte de sus nuevos ingresos en dichos fondos. Los fondos soberanos adquirieron un nuevo y poderoso apalancamiento como resultado de la crisis crediticia, al disponer de recursos de los que carecían las principales instituciones financieras occidentales. La quiebra de algunas de las mayores instituciones financieras de Wall Street en septiembre de 2008 puso de manifiesto el desplazamiento del poder económico de Occidente: algunos de los gigantes en quiebra buscaron el apoyo de los fondos soberanos y el Gobierno estadounidense intervino para salvar a los titanes hipotecarios Freddie Mac y Fannie Mae, en parte para tranquilizar a países como China, que habían invertido enormes sumas de dinero en ellos: si las hubieran retirado, casi con toda seguridad se habría precipitado un colapso en el valor del dólar. La crisis financiera ha ilustrado gráficamente la disparidad entre un Asia oriental rica en efectivo tras décadas de superávits y un Estados Unidos pobre en efectivo tras muchos años de déficits.

Según las proyecciones de Goldman Sachs, las tres economías más grandes del mundo en 2050 serán China, seguida de Estados Unidos y la India, y a continuación Brasil, México, Rusia e Indonesia. Sólo dos países europeos figuran entre los diez primeros, a saber, el Reino Unido y Alemania, en noveno y décimo lugar, respectivamente. Del G7 actual, sólo cuatro aparecen entre los diez primeros. En previsiones similares, PricewaterhouseCoopers sugiere que la economía brasileña podría ser mayor que la japonesa, y que las economías rusa, mexicana e indonesia podrían ser mayores que las alemanas, francesas y británicas en 2050.

Tal escenario estaba lejos de la mente de la gente en 2001. Tras el 11-S, Estados Unidos no sólo se veía a sí mismo como la única superpotencia, sino que intentaba establecer un nuevo papel global que reafirmara esa preeminencia. El grupo de reflexión neoconservador Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, creado en 1997 por Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, entre otros, adoptó una declaración de principios que

articulaba la nueva doctrina y ayudó a preparar el terreno para la administración Bush:

A finales del siglo XX, Estados Unidos es la primera potencia mundial. Tras haber llevado a Occidente a la victoria en la Guerra Fría, Estados Unidos se enfrenta a una oportunidad y a un reto: ¿Tiene Estados Unidos la visión para construir sobre los logros de las décadas pasadas? ¿Tiene Estados Unidos la determinación de configurar un nuevo siglo favorable a los principios e intereses estadounidenses?

En 2004, el influyente neoconservador Charles Krauthammer escribió:

El 26 de diciembre de 1991, murió la Unión Soviética y nació algo nuevo, algo totalmente nuevo: un mundo unipolar dominado por una única superpotencia sin rival y con un alcance decisivo en todos los rincones del planeta. Se trata de una evolución asombrosa de la historia, que no se veía desde la caída de Roma.

El nuevo siglo amaneció con el mundo profundamente consciente y preocupado por la perspectiva de lo que parecía ser un poderío estadounidense abrumador. Los neoconservadores optaron por interpretar el mundo a través del prisma de la derrota de la Unión Soviética y la abrumadora superioridad militar de la que disfrutaba Estados Unidos, en lugar de hacerlo en términos de la tendencia subyacente hacia la multipolaridad económica, a la que se restó importancia. La nueva doctrina hacía hincapié en la importancia de que Estados Unidos mantuviera una enorme ventaja militar sobre otros países para disuadir a posibles rivales, y en que Estados Unidos persiguiera sus propios intereses en lugar de verse limitado por sus aliados o por acuerdos internacionales. En la era posterior a la Guerra Fría, el gasto militar de Estados Unidos era casi tan grande como el de todas las demás naciones del mundo juntas: nunca en la historia de la humanidad la desigualdad militar entre una nación y todas las demás había sido tan grande. La política exterior de la presidencia de Bush marcó un cambio importante en comparación con la de las administraciones anteriores: la guerra contra el terrorismo se convirtió en el nuevo imperativo, se redujo la significación de las relaciones de Estados Unidos con Europa Occidental, se denigró el principio de soberanía nacional y se afianzó el de cambio de régimen, que culminó con la invasión de Irak. Sin embargo, lejos de presidir una remodelación de los asuntos mundiales, Estados Unidos se encontró rápidamente asediado en Irak y disfrutando de menos apoyo mundial que en ningún otro momento desde 1945. El ejercicio de un poder militar abrumador tuvo poco efecto en Irak, pero sirvió para dilapidar las reservas de poder blando -en palabras de Joseph S. Nye, "el atractivo de la cultura, los ideales políticos y las políticas de un país"- que Estados Unidos había acumulado desde 1945. Al no comprender la significancia de las tendencias económicas más profundas, así como al interpretar erróneamente la situación en Irak, la administración Bush sobrevaloró el poder estadounidense y, por tanto, exageró sus posibilidades, con la consecuencia de que sus políticas tuvieron exactamente el efecto contrario al que se pretendía: en lugar de mejorar la posición de Estados Unidos en el mundo, la política exterior de Bush la debilitó gravemente. La posición neoconservadora representó una catastrófica lectura errónea de la historia. Tal escenario estaba lejos de la mente de la gente en 2001. Tras el 11-S, Estados

Unidos no sólo se veía a sí mismo como la única superpotencia, sino que intentaba establecer un nuevo papel global que reafirmara esa preeminencia. El grupo de reflexión neoconservador Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, creado en 1997 por Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, entre otros, adoptó una declaración de principios que articulaba la nueva doctrina y ayudó a preparar el terreno para la administración Bush:

Con este nivel de gasto, las fuerzas armadas se han visto sometidas a una enorme presión como consecuencia de la guerra. Los despliegues se han hecho cada vez más largos y los redespliegues más frecuentes, las tasas de retención y los niveles de reclutamiento han caído, mientras que el ejército ha perdido a muchos de sus mejores y más brillantes efectivos, con un aumento imparable del número de oficiales que deciden marcharse a la primera oportunidad²¹. Tal ha sido el desmesurado coste de la ocupación iraquí que, al margen de consideraciones políticas, la carga financiera de cualquier propuesta de invasión similar de Irán -que en la práctica probablemente sería mucho mayor- siempre habría sido demasiado grande: por razones tanto militares como políticas, la administración Bush fue incapaz de contemplar seriamente una acción militar similar contra Irán y Corea del Norte, los otros dos miembros de su "eje del mal". Por tanto, Estados Unidos ya está empezando a enfrentarse a los problemas clásicos de la extralimitación imperial. La carga que supone mantener una enorme presencia militar global, con más de 800 bases estadounidenses repartidas por todo el mundo, ha sido una de las causas del enorme déficit por cuenta corriente de Estados Unidos, que en 2006 representó el 6,5% del PIB estadounidense. Estados Unidos ha dejado de ser un gran fabricante o un exportador a gran escala de productos manufacturados, habiendo cedido constantemente esa posición a Asia Oriental. En los últimos tiempos ha estado viviendo persistentemente por encima de sus posibilidades: el gobierno ha estado gastando más de lo que ahorra, los hogares han estado haciendo lo mismo, y desde 1982, aparte de un año, el país ha estado comprando más a los extranjeros de lo que les vende, con el consiguiente enorme déficit por cuenta corriente y un volumen creciente de pagarés. Por supuesto, los déficits por cuenta corriente pueden rectificarse, pero sólo reduciendo el crecimiento y aceptando un menor nivel de actividad económica. La creciente preocupación de las instituciones extranjeras por estos déficits provocó una caída constante del valor del dólar hasta 2008, que bien podría reanudarse en algún momento, amenazando aún más el papel del dólar como moneda de reserva mundial y potencia financiera. La agencia de calificación crediticia Moody's advirtió en 2008 que EE.UU. se enfrentaba a la posibilidad de perder en una década su calificación crediticia de triple A de primera categoría, concedida por primera vez a la deuda pública estadounidense cuando se evaluó en 1917, a menos que adoptara medidas radicales para frenar el gasto público. Esto no quiere decir que, a corto plazo, Estados Unidos se vea obligado a reducir su gasto militar por motivos de restricción financiera: de hecho, dada la posición que el ejército estadounidense ocupa en la psique nacional, y el énfasis prioritario que la política exterior de Estados Unidos ha puesto tradicionalmente en el poder militar, esto parece muy poco probable. Ser una potencia imperial, sin embargo, es un negocio enormemente caro y, mirando hacia el futuro, a medida que su poder económico relativo disminuye, Estados Unidos ya no será capaz de mantener los compromisos militares y la superioridad militar de la que disfruta actualmente.

UN NUEVO TIPO DE MUNDO

Nos encontramos en vísperas de un mundo diferente, pero comprenderlo es difícil: estamos tan acostumbrados a tratar con los paradigmas y parámetros del mundo contemporáneo que inevitablemente los damos por sentados, creyendo que están establecidos en concreto en lugar de ser objeto de ciclos de cambio histórico de larga duración. Dado que la hegemonía mundial estadounidense se ha mantenido durante casi toda una vida, y que la supremacía occidental trasciende muchas vidas, esto no es sorprendente. Estamos tan acostumbrados a que el mundo sea occidental, incluso estadounidense, que apenas tenemos idea de cómo sería si no lo fuera. Además, Occidente tiene un gran interés en que el mundo sea a su imagen y semejanza, porque eso le reporta múltiples beneficios. Como es natural, las potencias hegemónicas tratan de proyectar sus valores e instituciones sobre las naciones subordinadas y éstas, en respuesta, se adaptarán o genuflectarán hacia sus formas, dependiendo de las circunstancias; si no lo hacen, las potencias hegemónicas generalmente tratan de imponerles esos valores y acuerdos, incluso in extremis por la fuerza. Por tanto, por razones tanto de mentalidad como de interés, a Estados Unidos, y a Occidente en general, le resulta difícil visualizar o aceptar un mundo que implique una disminución importante y continua de su influencia.

Tomemos la globalización como ejemplo. La visión occidental dominante ha sido que la globalización es un proceso mediante el cual el resto del mundo se occidentaliza -y debería occidentalizarse- cada vez más, con la adopción de mercados libres, la importación de capital occidental, la privatización, el Estado de derecho, los regímenes de derechos humanos y las normas democráticas³⁰. Mientras tanto, la competencia, el mercado y la tecnología han ejercido presiones poderosas y paralelas que han fomentado el tipo de convergencia y homogeneidad visible en muchas ciudades en desarrollo de todo el mundo en forma de edificios altos, autopistas, teléfonos móviles y muchas otras cosas. Sin embargo, existen fuertes fuerzas compensatorias, arraigadas en la historia y la cultura específicas de cada sociedad, que sirven para dar forma a instituciones autóctonas como la familia, el gobierno y la empresa y que tiran exactamente en la dirección opuesta. Además, a medida que los países se hacen más prósperos, se vuelven cada vez más conscientes de su propia cultura e historia y, por tanto, menos proclives a imitar a Occidente. Lejos de ser un proceso unidireccional, la globalización es bastante más compleja: puede que Estados Unidos haya sido el actor más influyente, ejerciendo un enorme poder en las sucesivas rondas de negociaciones comerciales mundiales, por ejemplo, pero el mayor ganador ha sido Asia Oriental y el mayor beneficiario individual, China. El proceso de globalización implica una interminable tensión entre, por un lado, las fuerzas de convergencia, incluida la presión política occidental, y, por otro, la tendencia contraria hacia la divergencia y la indigenización.

Antes de 1960, Occidente y Japón disfrutaban de una enorme ventaja económica sobre el resto del mundo, que seguía siendo en gran medida de carácter agrario, pero desde entonces toda una serie de países en desarrollo han acortado distancias con Occidente, especialmente los de Asia oriental. Como consecuencia, cada vez es más difícil distinguir entre el mundo desarrollado y las partes más avanzadas del mundo en desarrollo: Corea del Sur y Taiwán, por ejemplo, se consideran países desarrollados. Pero a medida que los países alcanzan

niveles occidentales de desarrollo, ¿se parecen más o menos a Occidente, o quizá paradójicamente a una combinación de ambos? Está claro que las condiciones para la convergencia indican lo primero, pero las fuerzas de la divergencia y la indigenización sugieren lo contrario. Antes, la principal diferencia entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo era la enorme disparidad de sus niveles de desarrollo económico. Sólo con la llegada de estos países a los niveles inferiores de los niveles occidentales de desarrollo, la cuestión de la convergencia o la divergencia se vuelve pertinente. La corriente dominante occidental ha asumido que sólo hay una forma de ser moderno, que implica la adopción de instituciones, valores, costumbres y creencias de estilo occidental, como el Estado de derecho, el libre mercado y las normas democráticas. Se podría añadir que ésta es una actitud típica de los pueblos y culturas que se consideran más desarrollados y más "civilizados" que los demás: que el progreso de los que están más abajo en la escala de desarrollo implica que se parezcan más a los que están más arriba. La significación de este debate para un mundo en el que las naciones en desarrollo son cada vez más influentes es de gran alcance: si su punto final es similar al de Occidente o, por decirlo de otro modo, la modernidad al estilo occidental, entonces es poco probable que el nuevo mundo sea tan diferente del que habitamos ahora, porque China, India, Indonesia y Brasil, por poner cuatro ejemplos, diferirán poco en sus características fundamentales de Occidente. Este era el futuro previsto por Francis Fukuyama, quien predijo que el mundo posterior a la Guerra Fría se basaría en un nuevo universalismo que encarnaría los principios occidentales del libre mercado y la democracia. Si, por otra parte, sus formas de ser modernos divergen de forma significativa, incluso aguda, del modelo occidental, entonces es probable que un mundo en el que predominen tenga un aspecto muy diferente del actual, fabricado por Occidente, en el que todavía vivimos en gran medida. Como he expuesto en el prólogo de la Parte I, la modernidad es posible gracias a la industrialización, y hasta mediados del siglo pasado ésta era una condición exclusiva de una pequeña parte del mundo. En consecuencia, antes de la segunda mitad del siglo XX, Occidente disfrutaba de facto del monopolio de la modernidad, con Japón como única excepción, porque eran los únicos países que habían experimentado el despegue económico. Se podría argumentar que la Unión Soviética también constituía una forma de modernidad, pero seguía siendo, en contra de sus pretensiones, mucho más atrasada que las naciones occidentales en términos de PIB per cápita, proporción de población que vivía en el campo y nivel tecnológico. Además, aunque era euroasiática, la URSS siempre estuvo dominada por sus partes europeas y, por tanto, compartía gran parte de la tradición occidental. Japón es un ejemplo fascinante que estudiaré detenidamente en el capítulo 3. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Japón siguió siendo un Estado independiente. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Japón fue un país relativamente ajeno al mundo, ya que había iniciado su industrialización en el último cuarto del siglo XIX. Después de 1945, Japón se convirtió en un poderoso competidor económico de Occidente, y en la década de 1980 se había establecido como la segunda economía más grande por detrás de Estados Unidos. Sin embargo, Japón siempre trató de reafirmar sus credenciales occidentales y restar importancia a sus peculiaridades políticas y culturales. Derrotado en la Segunda Guerra Mundial, ocupado por Estados Unidos hasta 1951, dotado de una constitución redactada por los estadounidenses, privado de mantener una fuerza militar significativa (y, por tanto, dependiente para su defensa del pacto de seguridad entre Estados Unidos y Japón firmado por

primera vez en 1951), Japón, si no era un Estado vasallo de los estadounidenses, gozaba ciertamente de una soberanía atenuada. Esto explica en gran medida por qué, a pesar de ser un país muy característico que culturalmente comparte poco con Occidente, ha tratado persistentemente de enfatizar sus características occidentales. Con la excepción de Japón, el mundo moderno ha sido hasta hace poco exclusivamente occidental, comprendiendo Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda; en otras palabras, Europa más aquellos países a los que emigraron los colonos europeos y que posteriormente conquistaron, o, como el historiador económico Angus Maddison prefiere describirlos, los "vástagos europeos". La modernidad occidental -o la modernidad tal como la hemos conocido hasta ahora- se basa, por tanto, en un fragmento relativamente pequeño de la experiencia humana. En todos los casos, esa experiencia es europea o procede de Europa, y comparte en su totalidad o en gran medida las características culturales, políticas, intelectuales, raciales y étnicas de ese continente. A menudo se pasa por alto la estrechez de miras y la consiguiente falta de representatividad de la experiencia occidental, tal ha sido el dominio de que ha gozado Occidente en los dos últimos siglos. Pero a medida que otros países, con culturas e historias muy diferentes y herencias civilizatorias contrastadas, se embarquen en el proceso de modernización, el particularismo y excepcionalismo de la experiencia occidental se hará cada vez más evidente. Desde el punto de vista histórico, nos encontramos en los inicios de este proceso. Los primeros tigres asiáticos -Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur- no iniciaron su despegue económico hasta finales de los años cincuenta, y en los setenta se les unieron Malasia, Tailandia, Indonesia y otros países, seguidos de China. Y lo que antes estaba más o menos circunscrito a Asia Oriental -me refiero a Japón, China, Taiwán, Hong Kong y Corea del Sur en el nordeste asiático, y a países como Filipinas, Malasia, Indonesia, Tailandia y Vietnam en el sudeste- se ha extendido más recientemente a otras regiones y continentes, sobre todo a la India. En 1950, el PIB de Estados Unidos era casi tres veces el de Asia Oriental y casi dos veces el de Asia. En 2001, el PIB de EE.UU. era sólo dos tercios del de Asia, y bastante menos que el de Asia Oriental. En la Parte I, discutiré más a fondo la naturaleza de la modernidad, argumentando que en lugar de existir una única forma de ser moderno, estamos asistiendo al nacimiento de un mundo de modernidades múltiples y en competencia. Este será un rasgo bastante nuevo y novedoso del siglo XXI, que marcará el comienzo de una era de lo que yo caracterizo como modernidad impugnada.

Aunque asistimos al ascenso de un número creciente de países en desarrollo, China es, con diferencia, el más importante desde el punto de vista económico. Es el portador y conductor del nuevo mundo, con el que disfruta de una relación cada vez más hegemónica; sus tentáculos se han extendido por Asia Oriental, Asia Central, Asia Meridional, América Latina y África en poco más de una década. China es muy diferente de los anteriores tigres asiáticos, como Corea del Sur y Taiwán. A diferencia de estos últimos, nunca ha sido un Estado vasallo de Estados Unidos; además, goza de una enorme población, con todo lo que ello implica. El reto que representa el ascenso de China es, en consecuencia, de una escala diferente a la de los otros tigres asiáticos. No obstante, el consenso en Occidente, al menos hasta hace muy poco, ha sido que China acabará convirtiéndose -como resultado de su modernización, o como condición previa

para ella, o una combinación de ambas- en un país de estilo occidental. La política estadounidense hacia China durante las últimas tres décadas se ha basado en esta creencia. En ella se ha basado la voluntad de Estados Unidos de cooperar con China, abrir sus mercados a las exportaciones chinas, aceptar su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y permitir que se convierta en un miembro cada vez más pleno de la comunidad internacional.

La actitud occidental dominante ha sostenido que, en sus fundamentos, el mundo cambiará relativamente poco con el ascenso de China. Esto se basa en tres supuestos clave: que el desafío de China será principalmente de naturaleza económica; que China se convertirá a su debido tiempo en una nación occidental típica; y que el sistema internacional permanecerá en líneas generales tal y como es ahora, con China aceptando el statu quo y convirtiéndose en un miembro complaciente de la comunidad internacional. Cada una de estas suposiciones es errónea. El ascenso de China cambiará el mundo de la manera más profunda.

Los efectos del auge económico de China se dejan sentir en todo el mundo, sobre todo en la caída de los precios de muchos productos de consumo y el aumento, hasta la crisis crediticia, de los precios de las materias primas. Con una población cuatro veces mayor que la de Estados Unidos y una tasa de crecimiento de dos dígitos, Goldman Sachs prevé que en 2027 China supere a Estados Unidos como la mayor economía del mundo, aunque incluso entonces China se encontrará todavía en una fase relativamente temprana de su transformación en una economía moderna. Por muy alentadoras que sean estas previsiones económicas, ¿por qué deberíamos suponer que los efectos del ascenso de China serán principalmente de naturaleza económica? Con el tiempo, las potencias emergentes siempre utilizan su nueva fuerza económica para fines políticos, culturales y militares más amplios. Eso es lo que implica ser una potencia hegemónica, y China seguramente se convertirá en una. A Occidente, sin embargo, le resulta difícil imaginar semejante escenario. Después de haber sido hegemónico durante tanto tiempo, Occidente se ha encerrado en sus propios supuestos, incapaz de ver el mundo más allá de sí mismo. El progreso se define invariablemente en términos de grados de occidentalización, con la consecuencia de que Occidente debe ocupar siempre la cima del desarrollo humano, ya que por definición es el más occidental, mientras que el progreso de los demás se mide por el alcance de su occidentalización. Las diferencias políticas y culturales se consideran síntomas de atraso que desaparecerán progresivamente con la modernización económica. Sin embargo, es inconcebible que China se convierta en una nación al estilo occidental al que estamos acostumbrados. China es el producto de una historia y una cultura que poco o nada tienen en común con las de Occidente. Sólo descontando los efectos de la historia y la cultura y reduciendo el mundo a una cuestión de economía y tecnología es posible concluir que China se convertirá en occidental.

Como se verá en el capítulo 5, es sorprendente lo poco que se ha occidentalizado Asia Oriental, a pesar de los efectos de un siglo o más de colonización europea seguida de medio siglo de ascendencia estadounidense en la región. Si esto es cierto para Asia Oriental en su conjunto, lo es aún más para China. Hay cuatro temas clave, cada uno de ellos enraizado en la historia china, que distinguen a China de Occidente y que, lejos de

disminuir su significancia, es probable que ejerzan una influencia cada vez mayor en la forma en que China se ve a sí misma y concibe su lugar y su papel en el mundo. Estas cuestiones constituyen el tema de la segunda parte del libro, pero a modo de aperitivo puedo esbozarlas brevemente como sigue.

En primer lugar, China no debe considerarse principalmente como un Estado-nación, aunque así es como se describe a sí misma en la actualidad y como la ven los demás. China ha existido dentro de sus fronteras actuales durante casi dos mil años y sólo en el último siglo ha llegado a considerarse a sí misma como un Estado-nación. La identidad de los chinos se formó antes de que China asumiera la condición de Estado-nación, a diferencia de Occidente, donde la identidad de las personas, tanto en Europa como en Estados Unidos, se expresa en gran medida en términos de Estado-nación. Los chinos, al referirse constantemente a lo que describen como su historia de 5.000 años, son conscientes de que lo que les define no es un sentido de nación, sino de civilización. En este contexto, China no debería considerarse principalmente un Estado-nación, sino más bien un Estado civilización. Las implicaciones de esto son de gran alcance: simplemente no es posible considerar a China como similar o equivalente a cualquier otro Estado. Analizaré esta cuestión con más detenimiento a lo largo del libro, especialmente en el capítulo 7.

Del mismo modo, China tiene una concepción de la raza diferente de la que tienen las otras naciones más pobladas, especialmente India, Indonesia y Estados Unidos, que reconocen, en diversos grados, que son intrínsecamente multirraciales por naturaleza. Es evidente que un país tan extenso como China, que cuenta con una quinta parte de la población mundial, estaba compuesto originalmente por una enorme diversidad de razas. Sin embargo, los chinos Han, que representan alrededor del 92% de la población, creen que constituyen una sola raza. La explicación radica en la longevidad única de la civilización china, que ha engendrado un fuerte sentimiento de unidad e identidad común, al tiempo que ha permitido, a lo largo de miles de años, la mezcla y fusión de una multitud de razas diversas. También hay un componente ideológico en la actitud china hacia la raza: a finales del siglo XIX, cuando el Estado dinástico se vio cada vez más asediado por las potencias ocupantes europeas, estadounidenses y japonesas, el término "chino Han" adquirió gran popularidad como parte de una reacción nacionalista tanto contra los invasores como contra el carácter manchú de la dinastía Qing. Pero en la práctica es un factor mucho menos influente que los efectos de la larga historia de China. La raza rara vez recibe la atención que merece en la literatura política y cultural, pero las actitudes hacia la raza y la etnia forman parte integral de la comprensión de todas las sociedades. Como demuestro en el capítulo 8, conforman y definen cómo ven los chinos a los no chinos, ya sea dentro de China o en el resto del mundo. La actitud de los chinos hacia la diferencia será un factor determinante de su comportamiento como potencia mundial.

Hasta hace poco más de un siglo, el interior de China -lo que hoy conocemos como Asia Oriental- se organizaba sobre la base de relaciones tributarias que implicaban que los Estados vecinos reconocieran la superioridad cultural de China y su abrumador poder pagando tributo al Reino Medio (que es el nombre chino mandarín de China, a saber, Zhōngguó) a cambio de benevolencia y protección. El sistema tributario, tal y como se

conocía, fue víctima de la colonización de Asia Oriental por las potencias europeas y fue sustituido por el sistema de Estado-nación westfaliano. ¿Es posible que el sistema tributario vuelva a la región? China, como antes, está llamada a eclipsar económicamente al resto de la región. Los europeos hace tiempo que abandonaron Asia Oriental, mientras que la posición estadounidense se debilita progresivamente. No debe darse por sentado que el sistema interestatal que prevalece en la región seguirá siendo una versión del westfaliano. Si, con el ascenso de China, estamos entrando en un mundo diferente, eso es aún más cierto en el caso de Asia Oriental, que ya está en proceso de reconfiguración en función de una China renaciente. En el capítulo 9 analizaré la naturaleza del sistema de Estados tributarios, su pasado y su posible futuro.

Por último, la característica más importante de China es su unidad. Después de la represión de la plaza de Tiananmen, fue muy difundida la idea de que China es un país unido. En Occidente se creía que China se fracturaría de forma similar a la Unión Soviética. Esto se basaba en un error fundamental de interpretación de China. Esta última ha ocupado un territorio más o menos similar -desde luego, en cuanto al lugar donde vive la gran mayoría de la población- durante casi dos milenios. Cuando el Imperio Romano estaba en proceso de fragmentarse en muchos estados más pequeños, China avanzaba en la dirección opuesta, adquiriendo una unidad que, a pesar de largos periodos de balcanización, ha durado hasta el presente. El resultado es un solo país que alberga una enorme porción de la humanidad. Esto influye considerablemente en su visión del resto del mundo y le confiere un poder, al menos potencial, excepcional.

- al menos potencialmente- un poder excepcional. El mero tamaño de China la diferencia de todos los demás países, salvo la India. La naturaleza y las ramificaciones de la unidad de China se analizan en varias fases del libro, sobre todo en los capítulos 4, 7, 8 y 11. La profundidad de este análisis es evidente.

De la profundidad de estos cuatro puntos -civilización-estado, raza, Estado tributario y unidad-, por no hablar de muchos otros que consideraré a lo largo del libro, se desprende que China ha disfrutado de una historia muy diferente a la de Occidente. Los países siempre ven el mundo en términos de su propia experiencia. Cuando se convierten en potencias hegemónicas, como China, tratan de configurar el mundo a la luz de sus propios valores y prioridades. Resulta banal, por tanto, creer que la influencia de China en el mundo será principal y abrumadoramente económica: por el contrario, es probable que sus efectos políticos y culturales tengan al menos el mismo alcance. El argumento subyacente del libro es que el impacto de China en el mundo será tan grande como el de Estados Unidos en el último siglo, probablemente mucho mayor.

Esto nos lleva a la cuestión de si, a largo plazo, China aceptará el sistema internacional tal y como está constituido actualmente o buscará un cambio fundamental en dicho sistema. Es imposible responder a esta pregunta con certeza porque nos encontramos en una fase muy temprana del ascenso de China. Desde 1978, China ha intentado progresivamente convertirse en un miembro de pleno derecho de la comunidad internacional y ha hecho todo lo posible para asegurar a Occidente que es una "potencia responsable", como le gusta describirse a sí misma. John Ikenberry, un influyente escritor estadounidense sobre relaciones internacionales, ha afirmado que:

El orden occidental de posguerra es históricamente único. Cualquier orden internacional dominado por un Estado poderoso se basa en una mezcla de coerción y consentimiento, pero el orden liderado por Estados Unidos se distingue por haber sido más liberal que imperial, y por ello inusualmente accesible, legítimo y duradero. Sus normas e instituciones están arraigadas en la evolución de las fuerzas globales de la democracia y el capitalismo y, por tanto, se ven reforzadas por ellas. Es expansiva, con un abanico cada vez más amplio de participantes y partes interesadas. Es capaz de generar un enorme crecimiento económico y poder al tiempo que da muestras de moderación, todo lo cual la hace difícil de derrocar y fácil de integrar.

Ikenberry sostiene que el actual orden internacional creado por Estados Unidos tiene potencial para integrar y absorber a China, en lugar de ser sustituido a largo plazo por un orden dirigido por China. Éste es un barómetro crucial de lo que podría significar el ascenso de China. Hasta ahora, la llegada de un nuevo hegemón mundial ha supuesto un cambio importante en el orden internacional, como ocurrió con Gran Bretaña y después con Estados Unidos. Dado que China promete ser tan desmesuradamente poderosa y diferente, es difícil resistirse a la idea de que, con el tiempo, su ascenso anunciará el nacimiento de un nuevo orden internacional. Es una cuestión sobre la que volveré al final del libro.

I
El Fin del Mundo Occidental

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la vida se concebía en gran medida en términos del pasado. El presente no era más que la última versión de lo anterior. Del mismo modo, el futuro, en lugar de ser una idea separada y distinta, se consideraba una repetición o recreación del pasado. En un mundo en el que la inmensa mayoría trabajaba la tierra y donde los cambios eran glaciales, esto es comprensible. Las circunstancias materiales y la experiencia cotidiana complementaban una filosofía y unas creencias religiosas que reproducían y veneraban el pasado. Los valores que contaban -en la vida cotidiana, el arte, la literatura- eran los de la experiencia, la edad, la sabiduría, la jerarquía y la tradición. El cambio era aceptable y legítimo siempre que no amenazara las ideas arraigadas del pasado. Incluso el Renacimiento y la Reforma, dos grandes efluvios de la vida europea, se formularon, como sus nombres indican, en términos del pasado, a pesar de que contenían muchas cosas nuevas y con visión de futuro¹. Los eruditos de la Europa del Renacimiento creían que se estaba recuperando el saber de la Antigüedad clásica, al tiempo que transformaban la forma de entender la historia.² A partir del siglo XVI, esta forma de pensar retrospectiva empezó a remitir gradualmente, no sólo en Europa, sino también en China, India, Japón y el mundo islámico, aunque el proceso se ha descrito mejor en Europa. El crecimiento del conocimiento científico, la creciente influencia del método científico, la difusión del secularismo y la creciente importancia del mercado y el comercio fueron erosionando poco a poco la idea de que el presente y el futuro eran poco más que repeticiones del pasado.

Desde finales del siglo XVIII, con la llegada de la modernidad, empezó a arraigar una perspectiva fundamentalmente distinta. En lugar de vivir el presente como el pasado, se orientó cada vez más hacia el futuro. El cambio pasó de ser visto como tantas variantes del pasado a adquirir un poder y una promesa totalmente nuevos como forma de hacer un futuro diferente. Un nuevo conjunto de palabras y conceptos se convirtieron en los portadores de los valores intrínsecos a la modernidad: progreso, cambio, modernización, razón, ilustración, desarrollo y emancipación. Se produjo un conflicto creciente entre estas actitudes y aquellas - como tradición, costumbre, herencia, experiencia y conservadurismo- asociadas a los antiguos modos de pensar. La división modernidad-tradición se convirtió en un nuevo principio organizador central de la vida social.

El advenimiento de la modernidad no puede considerarse en términos cronológicos precisos, como el reinado de un rey, el periodo de una dinastía, la duración de una guerra o (aunque con menos precisión) los límites de una revolución industrial. No se puede poner una fecha a su inicio, sólo un periodo; mientras que, al menos hasta ahora, no parece haber un final obvio, sino más bien un proceso parecido al movimiento perpetuo. Fue el inicio de la industrialización lo que marcó la llegada y la fusión de la modernidad y, al igual que el universo en constante expansión, la modernidad no ha dejado de moverse desde entonces. Según Göran Therborn, la modernidad marcó la llegada de "una época vuelta hacia el futuro".³ Christopher Bayly sostiene que la modernidad debe considerarse un proceso

abierto, "que comenzó a finales del siglo XVIII y ha continuado hasta nuestros días". Si la modernidad era una novedad en la época de la Revolución Industrial británica, desde entonces se ha convertido en una narrativa convincente y aparentemente omnipotente, que arrasa con todo, y en la que lo "nuevo" ejerce una atracción magnética sobre la imaginación popular desde Norteamérica hasta Europa, desde China hasta Japón. La medida en que tantos conflictos contemporáneos se libran entre "progresistas", por un lado, y "conservadores" o "tradicionalistas", por otro, subraya hasta qué punto el lenguaje de la modernidad se ha insinuado en el torrente sanguíneo de las sociedades.

El momento decisivo de la modernidad fue, y sigue siendo, el despegue económico y la llegada de la industrialización. Es entonces cuando la nueva mentalidad -la orientación hacia el cambio y la incertidumbre, la creencia de que el futuro será diferente del pasado- pasa lentamente de ser el coto privado de unas pocas élites a acabar infectando la psique de toda la población. El lugar de la actividad económica se desplaza del campo a la fábrica, y el lugar de residencia del campo a la ciudad. Todos los aspectos de la vida humana se transforman progresivamente: el nivel de vida, la estructura familiar, las condiciones de trabajo, las habilidades y conocimientos, la autoorganización, la representación política, la relación con el entorno natural, la idea del tiempo y la percepción de la existencia humana. Al igual que la propia modernidad, y como su principal motor, la revolución industrial desencadenó un proceso de transformación económica que continúa sin cesar hasta nuestros días. Aunque algunos de los orígenes de lo moderno en Europa se remontan al siglo XVI, el periodo decisivo de cambio fue el siglo XIX, cuando la industrialización se extendió por el noroeste de Europa, se transformó el poder económico de las naciones europeas, nació el Estado-nación moderno y prácticamente todo el mundo se integró en un sistema global dominado por Europa. La fusión de todas estas tendencias marcó un cambio cualitativo en la organización humana. Fue el periodo en que la modernidad empezó a adquirir un alcance global, y la gente aspiraba a ser moderna y a considerarse moderna -desde la forma de vestir y de llamarse hasta la posesión de objetos como relojes de leontina y paraguas- no sólo en Europa y Norteamérica, sino incluso entre los grupos de élite, aunque no entre las masas (con la excepción de Japón), de Asia y África.

Este proceso ha ido ganando velocidad desde entonces. La revolución industrial de Gran Bretaña entre 1780 y 1840 fue impresionantemente rápida, pero, si se compara con ejemplos posteriores, especialmente los de los tigres asiáticos, paradójicamente fue extremadamente lenta. Cada despegue económico sucesivo ha sido cada vez más rápido, el proceso de modernización, con su consiguiente urbanización y rápido declive del empleo agrario, se ha acelerado constantemente. Aunque Europa, en los debates sobre la posmodernidad, ha expresado recientemente sus dudas sobre la modernidad, vista desde una perspectiva global, está muy claro - a medida que se extiende por el continente asiático, hogar del 60% de la población mundial - que el insaciable deseo de modernidad sigue siendo la fuerza dominante de nuestro tiempo; mucho más, de hecho, que nunca antes. Puede que la confianza y la fe en el futuro de Europa se hayan atenuado en comparación con las de la Gran Bretaña victoriana, pero Estados Unidos sigue comprometido sin descanso con las nociones de progreso y futuro. Y si se quiere entender lo que significa en la práctica "abrazar el futuro", no hay mejor punto de vista que China.

Europa fue la cuna de la modernidad. Sus tentáculos se extendieron por todo el planeta durante los dos siglos posteriores a 1750, y sus ideas, instituciones, valores, religión, lenguas, ideologías, costumbres y ejércitos dejaron una huella enorme e indeleble en el resto del mundo. La modernidad y Europa se hicieron inseparables, aparentemente fundidas, la una inconcebible sin la otra: parecían sinónimas. Pero aunque la modernidad fue concebida en Europa, no tiene nada intrínsecamente europeo: aparte de un accidente de nacimiento, no tuvo ni tiene ninguna conexión especial con ese continente y su civilización. En el último medio siglo, a medida que la modernidad ha arraigado en Asia Oriental, se ha inspirado en la experiencia de la modernidad europea o, más exactamente, occidental. Sin embargo, en lugar de ser meros clones de ella, las modernidades de Asia Oriental son muy distintivas, ya que generan instituciones, costumbres, valores e ideologías conformadas por sus propias historias y culturas. En la primera parte analizaré cómo la modernidad llegó a asociarse de forma indeleble con Europa y, más ampliamente, con Occidente, y cómo Asia Oriental está ahora en proceso de romper esa relación.

2

El Auge de Occidente

A mediados del siglo XIX, la supremacía europea sobre Asia Oriental había quedado claramente establecida, de forma más gráfica en la derrota británica de China en la Primera Guerra del Opio en 1839-42. Pero ¿cuándo empezó? Pero, ¿cuándo empezó? Existe la tentación de fecharlo mucho antes. Quizá se deba en parte a que la historia de China después de la dinastía Ming (1368-1644), y especialmente después del genio de la dinastía Song (960-1279), siguió un camino menos innovador. Al referirse a la dinastía Qing (1644-1912), por ejemplo, el historiador David Landes sugiere que: China llevaba mucho tiempo sumida en un letargo tecnológico y científico, aprovechando los logros anteriores y perdiendo velocidad a medida que el talento cedía el paso a la gentileza". Como resultado, argumenta: Así pasaron los años, las décadas y los siglos. Europa dejó a China muy atrás".

Mientras China decepcionaba en comparación con su récord anterior, Europa, por el contrario, se volvía cada vez más dinámica. A partir de 1400, aproximadamente, algunas zonas empezaron a registrar un crecimiento económico constante, mientras que el fermento intelectual del Renacimiento sentó algunas de las bases de sus posteriores revoluciones científica e industrial. Sin embargo, la importancia a largo plazo de estos acontecimientos ha sido probablemente exagerada por lo que podría describirse como pensamiento retrospectivo: la creencia de que, debido al deslumbrante éxito y al extraordinario dominio de Europa desde principios del siglo XIX, las raíces de ese éxito deben remontarse bastante más atrás de lo que realmente lo hicieron. El resultado ha sido una tendencia, en absoluto universal, a creer que la ventaja de Europa sobre China, y el declive de la propia China, comenzaron bastante antes de lo que en realidad fue el caso.

La idea de que Europa disfrutaba de una cómoda ventaja sobre China y Japón en 1800 ha sido cada vez más cuestionada por los historiadores. Kaoru Sugihara ha argumentado que, lejos de entrar en decadencia después de 1600, en el transcurso de los tres siglos siguientes se produjo un "milagro de Asia Oriental" basado en el uso intensivo de la mano de obra y el crecimiento basado en el mercado -que él describe como una "revolución industrial"- que fue comparable como logro económico al posterior "milagro europeo" de la industrialización. Demuestra que la agricultura japonesa mostraba una gran capacidad de innovación mucho antes de la Restauración Meiji en 1868, con importantes mejoras en los cultivos y la productividad que ayudaban a mantener a una población creciente.³ Está claro, como señaló Adam Smith, que a finales del siglo XVIII China disfrutaba de un mercado bastante más desarrollado y sofisticado que Europa. La parte de la cosecha china que se comercializaba a larga distancia, por ejemplo, era considerablemente mayor que en Europa. Una razón clave para el temprano desarrollo del mercado en China fue la ausencia de feudalismo. En la Europa medieval, el siervo estaba ligado a la tierra y no podía abandonarla ni disponer de

ella, mientras que el campesino chino, tanto legalmente como en la realidad, era libre, siempre que dispusiera de los medios, de comprar y vender tierras y los productos de esas tierras⁵.

En 1800 China estaba al menos tan urbanizada como Europa Occidental, mientras que se ha calculado que el 22% de la población japonesa del siglo XVIII vivía en ciudades, frente al 10-15% de Europa Occidental. Europa Occidental tampoco gozaba de una ventaja decisiva sobre China y Japón antes de 1800 en términos de capital social o instituciones económicas, ya que muchas empresas chinas estaban organizadas en forma de sociedades anónimas. Incluso en tecnología, parece que había poco que elegir entre Europa y China, y en algunos campos, como la irrigación, el tejido y teñido de textiles, la medicina y la fabricación de porcelana, los europeos iban por detrás. China llevaba mucho tiempo utilizando máquinas textiles que sólo se diferenciaban en un detalle clave de la hilandera y la lanzadera que impulsarían la Revolución Industrial textil británica. China conocía desde hacía tiempo la máquina de vapor y había desarrollado varias versiones de la misma; en comparación con el posterior invento de James Watt, el pistón debía hacer girar la rueda y no al revés. Sin embargo, lo que sí es cierto es que, una vez que Gran Bretaña se embarcó en su Revolución Industrial, la inversión en procesos intensivos en capital y energía elevó rápidamente los niveles de productividad y creó un círculo virtuoso de tecnología, innovación y crecimiento que fue capaz de aprovechar un acervo científico cada vez mayor en el que Gran Bretaña disfrutaba de una ventaja significativa sobre China. Para China, en cambio, su "revolución industrial" no fue el preludio de una revolución industrial.

El nivel de vida en las regiones centrales de China y Europa Occidental parece haber sido aproximadamente comparable en 1800, con Japón quizá ligeramente por delante, mientras que las cifras de esperanza de vida e ingesta de calorías eran muy similares. La esperanza de vida europea -una importante medida de prosperidad- no superó a la de China hasta finales del siglo XIX, excepto en sus regiones más prósperas. Paul Bairoch ha calculado cifras de renta per cápita que sitúan a China por delante de Europa Occidental en 1800, y a Asia en su conjunto por detrás de Europa Occidental pero por delante de Europa. Al referirnos a China y Europa, debemos tener en cuenta que se trata de enormes masas de tierra pobladas por un gran número de personas: en 1820, la población de China era de 381 millones, mientras que la de Europa Occidental era de 133 millones, y la de Europa en su conjunto de 169 millones. Los niveles de desarrollo económico y de vida variaban inevitablemente de una región a otra, por lo que las comparaciones entre ambas resultan problemáticas. El punto clave es que las regiones más avanzadas de China, en particular el delta del Yangtsé, estaban más o menos a la par con las partes más prósperas del noroeste de Europa, en particular Gran Bretaña, a finales del siglo XVIII.¹¹ Dado el papel crucial desempeñado por las regiones más avanzadas en el despegue industrial, la comparación decisiva debe ser entre Gran Bretaña y el delta del Yangtsé.

La imagen general que se desprende es que, lejos de haber establecido Europa Occidental una ventaja económica decisiva sobre China y Japón en 1800, no había, de hecho, mucho que elegir entre ellos. Desde este punto de vista, el argumento de que la industrialización fue el producto de un proceso histórico muy largo que tuvo lugar a lo largo de varios siglos, en lugar de unas pocas décadas, es dudoso: en su lugar, parece más probable que la industrialización fuera, en su mayor parte, consecuencia de factores relativamente

contingentes. Sin embargo, esto sigue planteando la cuestión de por qué Europa Occidental, y no Japón o China, fue capaz de cambiar su suerte tan rápidamente a partir de 1800 y luego superar a Japón, y especialmente a China, por un margen tan enorme durante el siglo XIX.

En este caso, el factor fortuito o casual, aunque no es la única razón, desempeñó un papel fundamental. Alrededor de 1800, las regiones más pobladas del Viejo Mundo, incluidas China y Europa, encontraban cada vez más difícil mantener a una población en aumento. El problema básico era que los alimentos, el fide, el combustible y los suministros para la construcción competían por una tierra y unos bosques cada vez más escasos. Esto era especialmente grave en China, ya que su corazón, situado entre los ríos Amarillo y Yangtsé s había soportado una población muy numerosa gracias a su fertilidad. Esto, unido al hecho de que las nuevas tierras cultivadas no eran de gran calidad, planteaba un problema cada vez más grave. Por dos razones cruciales, Europa -o más bien Gran Bretaña- fue capaz de romper esta limitación crucial de la tierra de una manera que iba a eludir China. En primer lugar, Gran Bretaña descubrió grandes cantidades de carbón accesible que ayudaron a paliar la creciente escasez de madera y a impulsar la Revolución Industrial. Por el contrario, aunque China también tenía yacimientos de carbón muy considerables, se encontraban muy lejos de sus principales centros de población, los más grandes en el noroeste, lejos de las industrias textiles y los canales del valle inferior del Ysngrtsé. En segundo lugar, y lo que es mucho más importante, la colonización del Nuevo Mundo, es decir, el Caribe y Norteamérica, iba a proporcionar enormes extensiones de tierra, una fuente masiva y muy barata de mano de obra en forma de esclavos, y un abundante flujo de alimentos y materias primas: el temprano crecimiento de Manchester, por ejemplo, habría sido imposible sin el suministro barato y abundante de algodón procedente de las plantaciones de esclavos.

Criar suficientes ovejas para reemplazar el hilo fabricado con las importaciones británicas de algodón del Nuevo Mundo habría requerido enormes cantidades de tierra (casi 9 millones de acres en 1815 y más de 23 millones de acres en 1830). En general, se estima que la tierra necesaria para cultivar algodón, azúcar y madera importada por Gran Bretaña del Nuevo Mundo en 1830 habría sido de entre 25 y 30 millones de acres, o más que el total de tierras cultivables y de pastoreo de Gran Bretaña combinados. El papel desempeñado por la colonización, en este contexto, es un recordatorio de que la industrialización europea estaba lejos de ser un proceso endógeno. El Nuevo Mundo – junto con el descubrimiento de grandes cantidades de carbón en Gran Bretaña– eliminó la creciente presión sobre la tierra que estaba poniendo en peligro la prosperidad de Gran Bretaña y su desarrollo económico. China no iba a disfrutar de tanta buena suerte. Las consecuencias iban a ser de gran alcance: "Inglaterra evitó convertirse en el delta del Yangtsé", sostiene el historiador Kenneth Pomeranz, "y ambos llegaron a tener un aspecto tan diferente que resultó difícil ver hasta qué punto habían sido bastante similares hasta hace poco".

El hecho de que las colonias del Nuevo Mundo demostraran ser una fuente vital de materias primas para Gran Bretaña en un momento tan crítico fue una cuestión de casualidad, pero no había nada fortuito en la forma en que Gran Bretaña había colonizado el Nuevo Mundo durante la mayor parte de los dos siglos anteriores. La colonización también proporcionó a Europa otras ventajas a largo plazo. La rivalidad por las colonias, así como las numerosas guerras intraeuropeas –combinadas con su evidente destreza económica– ayudaron a convertir a los Estados-nación europeos en

verdaderas máquinas de combate, como resultado de lo cual, durante el transcurso del siglo XIX pudieron establecer una enorme ventaja militar sobre todas las demás regiones del mundo, que de ese modo se volvieron vulnerables a la expansión imperial europea. No se debe subestimar la magnitud de este gasto militar. El HMS Victory, comandado por el almirante Nelson durante la batalla de Trafalgar en 1805, costó cinco veces más que la acería de Abraham Crowley, una de las inversiones emblemáticas de la Revolución Industrial británica. El comercio colonial también proporcionó un terreno fértil para innovaciones en la organización de ambas empresas y los sistemas de financiación; los holandeses, por ejemplo, inventaron la sociedad anónima para este fin. Sin la trata de esclavos y la colonización, Europa nunca habría logrado el tipo de avance que logró. Es cierto que China también tenía colonias (territorios recién adquiridos logrados mediante un proceso de expansión imperial desde 1644 hasta finales del siglo XVIII), pero éstas estaban en el interior del continente euroasiático, desprovistas de grandes tierras cultivables o de poblaciones densas, y eran incapaz de proporcionar materias primas a una escala parecida a la del Nuevo Mundo. El Sudeste Asiático, que era abundante en recursos, habría sido un candidato más probable para desempeñar el papel del Nuevo Mundo de China. Las hazañas del almirante Zheng a principios del siglo XV, con barcos mucho más grandes que cualquier cosa que Europa pudiera construir en ese momento, muestran que a China no le faltaban la capacidad técnica o los medios financieros, pero sí la actitud del Estado chino hacia los intereses y posesiones de ultramar era bastante diferente a la de Europa. Aunque un gran número de chinos emigraron al sudeste asiático, el Estado chino, a diferencia de las naciones europeas, no mostró ningún interés en proporcionar respaldo militar o político a los esfuerzos de sus súbditos en el extranjero: en contraste, la dinastía Qing mostró gran preocupación por sus tierras continentales en el norte y el oeste, lo que refleja el hecho de que China se veía a sí misma como una civilización continental más que marítima.

Esto plantea la cuestión más amplia de hasta qué punto las actitudes contrastantes de los Estados europeos y chinos, y sus respectivas élites, fueron un factor en el fracaso de China para lograr el avance que logró Europa. La capacidad del Estado chino ciertamente no estaba en duda: como veremos en el capítulo 4, fue capaz de lograr hazañas bastante extraordinarias en lo que respecta a la movilización de recursos económicos y naturales. El sistema de graneros altamente desarrollado, el gobierno- La construcción del Gran Canal de 1.400 millas de largo y las políticas de colonización de tierras en las fronteras demostraron un fuerte espíritu intervencionista. El Estado imperial chino también tenía la experiencia y la capacidad de transportar mercancías a granel a largas distancias, aunque su prioridad aquí no era el carbón sino el grano, la sal y el cobre, ya que estos eran cruciales para mantener la estabilidad, la cohesión y la subsistencia de la población, siempre una preocupación primordial de China. Aquí, de hecho, yacía una diferencia significativa: las prioridades del Estado imperial tendían a centrarse en el mantenimiento del orden y un desarrollo equilibrado en lugar de una industrialización y una obtención de ganancias limitadas. El Estado se resistía a una excesiva diferenciación de ingresos y a marcadas muestras de extravagancia, que se consideraban contrarias a los valores confucianos de armonía. El Estado no bloqueó las actividades de mercado y el comercio; por el contrario, apoyó firmemente el desarrollo de una economía agraria de mercado, pero no promovió, en su mayor parte, el capitalismo comercial, excepto para aquellos comerciantes dedicados a los monopolios de la sal y el comercio exterior. En contraste, el Estado europeo, especialmente el británico, tendió a ser más receptivo a las nuevas posibilidades industriales. Del mismo

modo, el Estado imperial no creía en enfrentar una provincia contra otra, lo que claramente habría generado inestabilidad, mientras que en Europa tales La competencia tomó la forma de rivalidad entre Estados-nación. La razón principal de las diferentes mentalidades de los Estados chinos y de Europa occidental fue que, si bien las clases mercantiles en ascenso finalmente se incorporaron, de una forma u otra, a la gobernanza europea, en China permanecieron firmemente fuera, como lo han hecho hasta ahora. día. En lugar de disfrutar de una base de poder independiente, los comerciantes dependían del patrocinio y apoyo oficial para promover y proteger empresas comerciales a gran escala. Los estados de Europa occidental, y en primer lugar los británicos, estaban más favorablemente orientados hacia el desarrollo industrial que China, donde todavía predominaban la clase administrativa y los intereses terratenientes.

Por lo tanto, en 1800 Gran Bretaña disfrutaba de dos ventajas a largo plazo (en lugar de contingentes) sobre China. El Estado británico (y, en distintos grados, otros Estados de Europa occidental) estaba más favorablemente dispuesto hacia la industrialización que el Estado chino, mientras que la colonización y las persistentes guerras intraeuropeas habían proporcionado a Europa occidental diversos activos estratégicos, en particular materias primas y capacidad militar. Sin embargo, el hecho de que la colonización proporcionara a Gran Bretaña los medios para eludir su creciente problema de tierras y recursos hacia finales del siglo XVIII fue enteramente fortuito. Por lo tanto, la cuestión sigue siendo que en 1800 China (y, de hecho, Japón) se encontraban en una posición económica bastante similar a la de Europa occidental y poseían un potencial no muy diferente para el despegue económico. Lo que marcó la diferencia decisiva fueron esos factores contingentes:

Los recursos del Nuevo Mundo y, en menor medida, los suministros accesibles de carbón, permitieron a Gran Bretaña hacer frente a sus limitaciones de recursos, junto con la actitud de apoyo del Estado británico hacia la industrialización. China no disfrutó de tal salvación contingente y, como resultado, se encontró en un agujero del que no pudo salir, una situación que iba a ser exacerbada en menos de medio siglo por las crecientes incursiones de los europeos, especialmente Gran Bretaña, comenzando con las Guerras del Opio. Las consecuencias históricas iban a ser enormes: China era al menos tan agraria en 1850 como lo era en 1750 y no mucho menos incluso en 1950. Según el historiador económico Angus Maddison, el PIB de China en 1820 era de 228.600 millones de dólares –casi cuatro veces mayor que en 1600, pero apenas había aumentado en 1913, cuando había ascendido a 241.300 millones de dólares y, de hecho, cayó a 239.900 millones de dólares en 1950.

Si la causa fundamental del desempeño catastrófico de China entre 1800 y 1950 no se encuentra alrededor de 1600 sino alrededor de 1800, entonces los antecedentes del actual dinamismo económico de China, en lugar de perderse en la noche de los tiempos, son, por el contrario, relativamente recientes²⁸. hace que la notable transformación económica de China desde 1978 sea bastante más explicable.² Lejos de ser un caso perdido, la economía china en 1800 seguía siendo, en muchos aspectos, muy dinámica; La sociedad siguió siendo altamente competitiva, el campesinado mostró una poderosa capacidad de adaptación e innovación, y los comerciantes poseían una considerable perspicacia comercial. Si bien estas características pueden haber permanecido relativamente latentes durante el inclemente período intermedio, después de 1978 han vuelto a pasar a primer plano. A esto podríamos agregar otro punto contemporáneo. En 1800, en lugar de ser eurocéntrica, la economía global era, de hecho, policéntrica, y el

poder económico se compartía entre Asia, Europa y América, siendo China y la India las dos economías más grandes. La economía global se está volviendo cada vez más multipolar. En lugar de considerar esto como inusual, tal vez deberíamos ver los dos últimos siglos, en los que el poder económico se concentró en manos de una parte relativamente pequeña de la población mundial, a saber, Europa y América del Norte, como una especie de aberración histórica. Además, la colonización iba a desempeñar un papel crucial en este resultado, al proporcionar algunas de las condiciones previas para que Europa entrara en un crecimiento prometeico y, al mismo tiempo, concederle el poder y la oportunidad de sofocar y distorsionar el desarrollo económico de Europa y de gran parte del resto del mundo durante un siglo o más.

CONDICIONES PREVIAS O ¿características?

Si hacia finales del siglo XVIII Europa occidental se encontraba en una posición bastante similar a la de China, las implicaciones para nuestra comprensión de la historia y los acontecimientos posteriores son de gran alcance. Sugiere que la explicación del ascenso de Europa fue en gran parte contingente y no predeterminada por su lenta pero constante transformación a lo largo de los siglos anteriores; en otras palabras, necesitamos repensar la idea de que el conjunto de características que Europa había ido adquiriendo durante siglos y que disfrutaba en vísperas del despegue económico eran, como a menudo se ha supuesto, también condiciones previas para ese despegue. Podrían haber sido deseables, podrían haber sido ventajosos, pero ¿eran también condiciones sin las cuales el proceso nunca habría ocurrido? Japón, China y la India no estaban muy lejos de lograr un avance económico similar, pero sus historias políticas y culturales contrastaban marcadamente con la de Europa. Si hubieran tenido éxito y Europa hubiera fracasado, entonces las características de sus subsiguientes caminos de desarrollo, y las instituciones y valores que habrían generado, ciertamente habrían sido muy diferentes de los que hemos llegado a asociar con Europa. De hecho, como veremos más adelante, a medida que estos países se modernizaron, se alejaron notablemente del modelo europeo. De la experiencia del último medio siglo, durante el cual un número creciente de países ha logrado una rápida industrialización, se desprende claramente que los procesos y condiciones que caracterizaron el despegue europeo, y particularmente el de Gran Bretaña, fueron en gran medida peculiares de Occidente. Europa y que, de hecho, hay muchas maneras de lograr el despegue. Como escribe el historiador Peter Perdue: “El crecimiento industrial no tiene por qué ser el resultado de una acumulación durante siglos de las habilidades particulares que se encuentran en el noroeste de Europa; Hay numerosos caminos hacia la modernidad económica, e Inglaterra siguió sólo uno de ellos”. Como pequeño ejemplo, la naturaleza de la diferenciación de clases en el campo inglés, incluido el rápido declive del campesinado, no se ha repetido en el caso de la industrialización de China ni, de hecho, de muchos otros también.

Esto nos lleva al marco político, cultural e intelectual más amplio del paso de Europa a la modernidad. Las raíces de la civilización europea suelen remontarse a la democracia griega, el derecho romano y la religión judeocristiana. Ha sido un lugar común considerarlas como condiciones previas y características de la modernidad europea. Aunque el impacto de la democracia en la antigua Grecia ha sido exagerado, y Occidente no la adoptó, excepto para pequeñas minorías, hasta finales del siglo XIX como mínimo, no hay duda de la amplia influencia que la civilización griega ha ejercido

en la historia europea a lo largo de los tiempos, incluida la forma en que pensamos sobre el bien y el mal, la tradición del debate y la oratoria, la noción de ciudadanía independiente y la idea de democracia. Un ejemplo más prosaico es el reciclaje constante de columnas principalmente dóricas pero también jónicas y, a través del Imperio Romano, corintias como estilo arquitectónico preferido para edificios que buscan transmitir una sensación de autoridad eterna, desde el Banco de Inglaterra hasta el Supremo. Corte. De manera similar, el desarrollo del derecho de inspiración romana – esencialmente a través del cristianismo en los siglos XI y XII– ayudó a establecer el concepto y la realidad de un sistema legal independiente, que jugó un papel significativo en la subsiguiente afianzamiento de los derechos de propiedad.³⁴ Finalmente, el cristianismo iba a imbuir a Europa de un poderoso sentido de universalismo, que iba a moldear las actitudes del continente no sólo hacia sí mismo sino también hacia otras culturas y razas, desempeñando un papel importante en la formación de la mentalidad colonial y la noción de misión civilizadora.

No es difícil, entonces, ver las líneas de continuidad, pero sí es bastante más difícil argumentar que eran condiciones necesarias para el despegue de estos

Las características culturales ciertamente ayudaron a dar forma a la modernidad europea, pero eso no es lo mismo que ser condiciones previas. Algo similar puede decirse del individualismo occidental y de la familia occidental. En retrospectiva, por ejemplo, parecería que muchos tipos diferentes de familia son compatibles con el proceso de industrialización. Un área significativa de ventaja europea fue el campo de la ciencia, basada en la creciente autonomía de la investigación intelectual, la expansión de redes de actividad científica y la rutinización de la investigación y su difusión.³⁶ Pero otras tradiciones intelectuales, especialmente la china durante el La dinastía Qing y la islámica también dieron lugar a formas de debate, argumentación y observación empírica que se pueden comparar con el racionalismo científico emergente de Europa occidental. La cláusula –y muy importante– es que en estas otras tradiciones todavía había una fuerte tendencia a buscar conciliar nuevos argumentos con los de autoridades más antiguas, en lugar de rechazarlos.

Hacia 1800 Europa había acumulado diversos bienes culturales, como el Estado de derecho y los inicios de un gobierno parlamentario, pero éstos no fueron la clave de su avance económico. Deben verse como características de la modernidad europea y no como condiciones previas para ella.³⁸ No hay razón para creer que otras culturas –con sus propias características diversas– no fueron capaces de lograr el avance hacia la modernidad: esto, después de todo, Esto es precisamente lo que ha estado sucediendo desde 1960. Para comprender por qué Europa triunfó y China fracasó a finales del siglo XVIII son factores coyunturales más que características culturales de largo plazo. Christopher Bayly llega a la siguiente conclusión: "Si, en términos de crecimiento económico, lo que distinguía a Europa de China antes de 1800 era sólo su uso intensivo de carbón y la existencia de un vasto territorio americano en el interior de Europa, entonces mucho bagaje cultural sobre el euro inherente - Las humildes superioridades políticas parecen estar a punto de ser desechadas.'

EXCEPCIONALISMO EUROPEO

Lejos de ser Europa el modelo de la modernidad al que toda transformación posterior debería ajustarse y medirse, la experiencia europea debe considerarse –a pesar de que fue la primera– como altamente específica y particular. En la práctica, sin embargo, se

ha visto a sí mismo, y a menudo ha sido visto como, el modelo definitorio. Esto no es sorprendente.

Ninguna hegemonía global disfrutada por Europa durante casi dos siglos ha hecho que lo particular parezca universal. ¿Cuáles han sido, entonces, las características peculiares del paso de Europa hacia la modernidad y a través de ella?

Aunque las naciones europeas dedicaron una extraordinaria cantidad de tiempo y energía a luchar entre sí, el paso europeo a la modernidad a partir de mediados del siglo XVI se logró sin, en su mayor parte, una amenaza persistente desde el exterior, con la excepción del Imperio Otomano en el sureste. Sin embargo, en el siglo XVII, este último fue retrocediendo progresivamente, aunque no fue hasta el siglo XIX cuando fue finalmente excluido de los Balcanes. Europa fue el único continente que disfrutó de este privilegio. Todos los aspirantes posteriores a la modernidad –Asia, África, América Latina– tuvieron que enfrentarse y lidiar con un depredador externo: las naciones europeas modernas. Incluso los colonos europeos en América del Norte tuvieron que luchar contra los británicos en la Guerra de Independencia estadounidense para establecer su soberanía y crear así las condiciones para el despegue económico. Una consecuencia de esto es que Europa se ha preocupado poco en los últimos siglos por tratar con el Otro o tratar de comprenderlo, excepto en sus propios términos, frecuentemente coloniales. Sólo hace relativamente poco tiempo que esto empezó a cambiar.

De hecho, la historia colonial de Europa es otra característica distintiva. Desde el siglo XVI hasta la década de 1930, las naciones europeas, en un notable despliegue de expansión y conquista, fueron casi únicas (el único otro ejemplo fue Japón) construyeron imperios marítimos que se extendieron por todo el mundo. Las colonias, especialmente las del Nuevo Mundo y, en el caso de Gran Bretaña, la India y la península malaya, iban a ser fuente de enormes recursos y riquezas para las potencias imperiales. Sin ellos, como hemos visto, Europa no habría podido lograr su despegue económico de la forma en que lo hizo. Ningún país no europeo, salvo Japón después de 1868, lograría el despegue en el siglo XIX: como resultado, una mayoría se vio colonizada por las potencias europeas.

Aunque el paso por la modernidad implica universalmente la transición de una sociedad agraria a una basada en servicios, pasando por una industrial, aquí encontramos otro ejemplo de excepcionalismo europeo. Países europeos (dieciséis en total), con Gran Bretaña, Bélgica y Alemania (en ese orden) a la cabeza.

– son los únicos en el mundo que han pasado por una fase en la que el tamaño relativo del empleo industrial fue mayor que el empleo agrario o el de servicios.⁴³ En Gran Bretaña, el empleo industrial alcanzó su punto máximo en 1911, cuando representaba el 52,2 por ciento de la fuerza laboral total: a modo de contraste, la cifra máxima para los Estados Unidos fue del 35,8 por ciento en 1967 y para el Japón del 37,1 por ciento en 1973. Fue el peso absoluto de la sociedad industrial esto le daría a la Europa moderna muchas de sus características más distintivas, en particular la centralidad del conflicto de clases y la importancia de los sindicatos. Desde una perspectiva global, un camino diferente y mucho más común ha sido el de pasar directamente, en términos de empleo, de una sociedad principalmente agraria a una sociedad principalmente de servicios, sin una fase predominantemente industrial, ruta que han seguido los Estados Unidos, Canadá, Japón y Corea del Sur.

Aunque el ritmo de la industrialización europea fue extremadamente rápido según los estándares del cambio económico anterior, fue lento en comparación con los despegues posteriores, incluidos Estados Unidos, pero especialmente Asia Oriental. La

transformación de Europa Occidental fue un asunto largo y prolongado: Después de todo, a Gran Bretaña le llevó más de dos siglos llegar a donde está ahora. Una consecuencia de ello ha sido que el conflicto entre modernidad y tradición ha sido relativamente silenciado. La ciudad europea ilustra claramente este punto: es como una formación geológica, una era de arquitectura coexistiendo con otra, un museo viviente que abarca siglos de historia, en contraste con América del Norte, donde se crearon ciudades recientemente, y Asia Oriental, donde poco sobrevive del pasado en lugares como Tokio, Seúl, Singapur, Shanghai, Kuala Lumpur y Hong Kong.

Otra característica peculiar de Europa ha sido una sucesión de conflictos intracontinentales o lo que podría describirse como guerras internas.⁴⁶ Quizás esto se debió en parte a la relativa falta de una amenaza externa, lo que significaba que las líneas de falla dominantes eran nacionales o intracontinentales. -Europea y no con el exterior, como iba a ser el caso, en distintos grados, de las sociedades colonizadas. La causa inicial de estas guerras internas fue el conflicto religioso, que comenzó en 1054 con la lucha entre el cristianismo oriental y occidental, seguida, después de 1517, por la división entre el catolicismo y el protestantismo, que dividiría el continente en gran parte en una zona norte-sur. La persistencia de estos conflictos religiosos iba a dar a Europa una forma de pensar fuertemente doctrinal que se expresó inicialmente en formas teológicas y luego ideológicas. Esta iba a ser una característica mucho más pronunciada que en cualquier otro continente: la mayoría de los principales "ismos" no religiosos (por ejemplo, liberalismo, anarquismo, socialismo, comunismo, republicanismo, monarquismo, protestantismo y fascismo) eran de origen europeo. Desde la década de 1540 hasta la de 1690, las guerras internas de Europa estuvieron en gran medida relacionadas con la consolidación de los primeros estados modernos. Después de la Revolución Francesa, la clase adquirió una importancia creciente, y desde principios del siglo XIX hasta finales del siglo XX formó el lenguaje general de la política y la sociedad europeas de una manera que nunca fue el caso en ningún otro lugar del mundo. Desde 1792 hasta aproximadamente 1870, el establecimiento de Estados-nación iba a desempeñar un papel fundamental en las guerras internas de Europa. A finales del siglo XIX, estas rivalidades nacionales se transpondrían cada vez más al escenario global, y la lucha por las colonias, especialmente en África, contribuyó a la Primera Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial comenzó como una nueva etapa de las guerras internas de Europa, pero rápidamente se extendió hasta abarcar a la mayor parte del mundo, aunque su corazón permaneció en Europa. Esta inclinación por la guerra interna encontró proyección global en el fenómeno muy europeo de la Guerra Fría, en la que la división fundamental era ideológica, con los dos grandes "ismos" de la época – capitalismo y comunismo– enfrentados. En última instancia, este apetito por la guerra interna resultó casi fatal para Europa: luchó hasta el punto de estancarse en las dos guerras mundiales del siglo XX y, por lo tanto, quedó agotada y, en términos de poder global, en gran medida agotada. fuerza.

Finalmente, la transformación de Europa también se ha diferenciado por el individualismo. El historiador y antropólogo Alan Macfarlane ha descrito el individualismo como "la visión de que la sociedad está constituida por unidades autónomas e iguales, es decir, individuos separados, y que dichos individuos son, en última instancia, más importantes que cualquier grupo constituyente más grande". Esto es muy importante y diferente de las culturas del este y sur de Asia, donde la identidad de grupo más que la individual es central. Tomemos la familia, por ejemplo. El sistema familiar inglés tuvo sus orígenes en el siglo XIII y, cortesía de los Peregrinos, también

se convirtió en la base del sistema familiar en América del Norte. Este sistema individualista, con su énfasis en la familia nuclear, contrasta marcadamente con los sistemas tradicionales de hogares extendidos, matrimonios concertados y basados en el parentesco que se encuentran en sociedades como China y la India, cuyos valores y características distintivas persisten hasta el día de hoy, a pesar de la urbanización y una dramática caída en el tamaño de la familia nuclear.⁵⁰ Así, mientras que en Occidente el matrimonio es esencialmente una unión de dos individuos, en las culturas china e india implica la unión de dos familias.

El viaje de Europa hacia y a través de la modernidad adoptó formas muy específicas y únicas: la relativa ausencia de una amenaza externa, el colonialismo, la preponderancia de la industria, un crecimiento relativamente lento, un patrón de conflicto intraeuropeo (o lo que he denominado "guerras internas") y el individualismo. Por lo tanto, no debería sorprendernos que las características de su modernidad sean también más distintivas de lo que a menudo se admite. Sin embargo, dado que Europa ha disfrutado de una influencia tan enorme en el resto del mundo, distinguir entre lo específico y lo universal resulta a menudo difícil y difícil de alcanzar. Como era de esperar, los europeos han creído durante mucho tiempo que lo que han logrado debe ser de aplicación universal, por la fuerza si es necesario. Sólo con el surgimiento de una serie de nuevas modernidades se hace posible distinguir entre lo universal y lo específico de la experiencia europea.

EL DOMINIO DE EUROPA

A principios del siglo XIX, el PIB per cápita en Europa occidental y en la costa norteamericana era quizás el doble que el del sur de Asia y aproximadamente a la par con el de Japón y la costa sur y este de China. En 1900, el ingreso per cápita en Europa occidental y la costa norteamericana eclipsaba al de China por un margen de al menos diez veces. China pagaría un alto precio por su incapacidad para superar las limitaciones económicas que empezaron a afectarla a finales del siglo XVIII; en cambio, Europa se deleitaba con su buena suerte. La clave para la transformación de Europa fue la Revolución Industrial. La de Gran Bretaña ya estaba en marcha antes de 1800; en la segunda mitad del siglo XIX, se le había sumado gran parte de Europa occidental. Anteriormente el crecimiento económico era a una velocidad glacial; ahora las tasas de crecimiento compuestas aseguraron que Europa occidental superara con creces a cualquier otra parte del mundo, siendo Estados Unidos la excepción más importante. Aparte de América del Norte, las antiguas colonias de colonos blancos y Japón después de 1868, Europa disfrutó de un monopolio más o menos total de la industrialización durante el siglo XIX, un escenario con profundas consecuencias para todos los demás.

El abismo económico que se abrió entre Europa y casi todas partes mejoró enormemente su capacidad para dominar el mundo. La era colonial había comenzado en el siglo XVII, pero a partir de mediados del siglo XVIII, con la adquisición progresiva de la India, se expandió rápidamente. En nombre del cristianismo, la civilización y la superioridad racial, y dotadas de ejércitos y armadas sin igual, las naciones europeas, encabezadas por Gran Bretaña y Francia, subyugaron grandes extensiones del mundo, culminando en la lucha por África en las décadas inmediatamente anteriores a 1914.⁵³ Se produjeron guerras salvajes entre blancos y no blancos cuando los chinos, los indios y los pueblos

nativos de América del Norte, Australasia y el sur de África hicieron su última resistencia contra los ataques europeos a sus religiones, gobernantes, tierras y recursos. Niall Ferguson escribe:

La hegemonía occidental fue una de las grandes asimetrías de la historia mundial. En conjunto, las metrópolis de todos los imperios occidentales –el estadounidense, el belga, el británico, el holandés, el francés, el alemán, el italiano, el portugués y el español– representaban el 7% de la superficie terrestre del mundo y sólo el 18% de su población. Sus posesiones, sin embargo, ascendieron al 37% del territorio global y al 28% de la humanidad. Y si consideramos al imperio ruso como efectivamente otro imperio europeo que se extiende hacia Asia, la proporción total de estos imperios occidentales aumenta a más de la mitad del área y la población del mundo.

Como principal potencia mundial, Gran Bretaña buscó configurar el nuevo sistema de comercio global de acuerdo con sus intereses. Su riqueza nacional dependía de exportar sus productos manufactureros a tantos mercados como fuera posible e importar alimentos y materias primas a los precios más bajos posibles. El *laissez-faire* no era simplemente un principio abstracto o una política desinteresada. Fue el medio por el cual Gran Bretaña intentó aprovechar su abrumadora ventaja en el sector manufacturero e impedir que otros intentaran imponer aranceles para proteger sus industrias nacientes. El régimen de libre comercio internacional defendido por Gran Bretaña tuvo un efecto asfixiante en gran parte del resto del mundo fuera del noroeste de Europa y América del Norte. El desarrollo industrial en el mundo colonial resultó en su mayor parte desesperadamente lento, o inexistente, mientras las potencias europeas intentaban impedir o impedir la competencia directa de sus productores nacionales. "Cualquiera que sea la retórica oficial", escribe Eric Hobsbawm, "la función de las colonias y las dependencias informales era complementar las economías metropolitanas y no competir con ellas".⁵⁶ La población urbana –una medida clave de la industrialización– en los imperios británico y francés en Asia y África del Norte permanecieron estancadas en alrededor del 10 por ciento del total en 1900, lo que apenas difería del período precolonial, mientras que los niveles de vida pueden incluso haber caído en el transcurso del siglo XIX.⁵⁷ India –con diferencia el país de Gran Bretaña–. La colonia más importante (fue colonizada por la Compañía de las Indias Orientales desde mediados del siglo XVIII y formalmente anexada por Gran Bretaña en 1857)⁵⁸ – tenía un PIB per cápita de 550 dólares en 1700, 533 dólares en 1820 y 533 dólares en 1870. En otras palabras, era menor en 1870. Luego aumentó a 673 dólares en 1914, pero volvió a caer a 619 dólares en 1950. Durante un período de 250 años, la mayor parte bajo alguna forma de dominio británico, el PIB per cápita de la India aumentó en un apenas el 5,5 por ciento. Compárese esto con la suerte de la India después de la independencia: en 1973 su PIB per cápita había aumentado a 853 dólares y en 2001 a 1.957,59 dólares.

Europa no sólo despegó de una manera que eludió a Asia después de 1800, sino que buscó por la fuerza impedir (mediante una combinación de medios económicos y militares) que Asia tomara la misma ruta. China fue un ejemplo clásico de ello. Los británicos lucharon contra los chinos en la Guerra del Opio de 1839-1842 por el derecho a vender opio cultivado en India en el mercado chino, lo que resultó ser un comercio muy rentable tanto para Gran Bretaña como para su colonia india. Como era de esperar, la venta y el uso cada vez más generalizados de opio tras la derrota de China tuvieron un efecto debilitante sobre la población, pero a los ojos de los británicos la cuestión del

"libre comercio" era un principio completamente superior. La consiguiente incapacidad de China para impedir que Occidente abriera el mercado chino aceleró el declive de la dinastía Qing, que hacia el cambio de siglo estaba irremediadamente debilitada. Cuando las fuerzas expedicionarias europeas y estadounidenses invadieron China en 1900 para aplastar el Levantamiento de los Bóxers, era evidente que poco, aparte de la rivalidad imperial, se interponía en el camino de que China se dividiera de manera similar a África.

Paradójicamente, nada sirve para ilustrar más vívidamente el poder abrumador de Europa que el ascenso de Japón. Acosado por la amenaza de una invasión occidental y temeroso de correr la misma suerte que China, tras la Restauración Meiji en 1868, Japón se embarcó en un proceso cuidadosamente calculado de rápida modernización. Envio equipos de especialistas para estudiar los sistemas educativos europeos, sus ejércitos y armadas, ferrocarriles, sistemas postales y mucho más. Rechazó la idea de que ya fuera una parte significativa de Asia y, en cambio, codiciaba la aceptación como potencia occidental. Incluso emuló el modelo occidental de colonialismo, ocupando Taiwán, Corea y parte de China. El proyecto Meiji de modernización fue testimonio del carácter integral de la hegemonía europea. Todos los demás países vivían a la sombra de Europa y se vieron obligados, voluntaria o involuntariamente, a adaptarse y adoptar algunas de sus características, o enfrentar la amenaza de la colonización. El ascenso de Europa cambió las reglas del juego para todos los demás. Las consecuencias no fueron de ninguna manera exclusivamente negativas: sobre todo, Europa demostró lo que era posible a través de la industrialización y con ello enfrentó al mundo con la elección ineludible de la modernización imperial. Aunque algunas potencias veían a sus colonias al servicio de sus necesidades y les prohibían competir con sus amos, algunas, sin embargo, adquirieron de sus colonizadores algunos de los elementos básicos de su desarrollo posterior. India obtuvo un idioma ampliamente compartido, el inglés, Taiwán heredó el sistema educativo japonés y los chinos en los puertos del tratado, especialmente Shanghai, aprendieron sobre el comercio occidental. Pero el balance del resultado fue en gran medida negativo, como se refleja en la evidencia económica presentada anteriormente así como la profunda hostilidad popular hacia lo que la gran mayoría en el mundo colonial, entonces y ahora, percibía como un gobierno extraño; Además, en algunos casos, especialmente en África, fue casi totalmente negativo. La única gran excepción fueron las colonias de colonos blancos de Australia, Canadá y Nueva Zelanda: siempre fueron tratadas de manera completamente diferente —por razones puramente raciales y étnicas— y, como consecuencia de ello, prosperaron enormemente.

El punto culminante del poder europeo probablemente se produjo justo antes de la Primera Guerra Mundial, aunque todavía en la década de 1930 Italia todavía logró anexarse Abisinia. Para entonces, sin embargo, Estados Unidos había comenzado a emerger como la potencia sucesora, disfrutando no sólo de una gran fortaleza económica sino también de una creciente influencia cultural e intelectual. Sin embargo, el impacto total de su ascenso siguió estando oscurecido por una combinación de su aislacionismo y su obvia afinidad con Europa. Esta última percepción se vio reforzada por la enorme escala de migración de Europa a Estados Unidos entre 1850 y 1930, que ascendía al 12 por ciento de la población europea en 1900.⁶³ La decadencia de Europa se hizo manifiesta después de 1945 con el rápido y dramático colapso de Europa y sus imperios, con el subcontinente indio, Indonesia, gran parte de África, Indochina y Malasia, por ejemplo, obteniendo su independencia. El número de Estados-nación se triplicó. El mapa

global se volvió a dibujar, como lo había sido en el siglo XIX, pero esta vez mucho más rápidamente y en la dirección opuesta. La independencia abrió nuevas posibilidades, aunque resultaron ser extremadamente diversas y desiguales. El desempeño de la India se transformó, como lo ilustran las cifras citadas anteriormente sobre su crecimiento económico, pero África quedó debilitada por la experiencia de la trata de esclavos y luego del colonialismo. Se ha estimado que la trata de esclavos puede haber reducido la población de África hasta a la mitad como resultado de la exportación forzosa de personas combinada con las muertes en el propio continente. En contraste, Asia Oriental, que se vio mucho menos afectada por el colonialismo y nunca sufrió esclavitud (aunque sí experimentó trabajo por contrato), estaba mucho menos desfavorecido. A la luz de la transformación económica de tantas antiguas colonias después de 1950, está claro que la importancia de la descolonización y la liberación nacional en las dos primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial ha sido muy subestimada en Occidente, especialmente en Europa. Podría decirse que fue, sin excepción, el acontecimiento más importante del siglo XX, que creó las condiciones para que la mayoría de la población mundial se convirtiera en los actores dominantes del siglo XXI. Como Adam Smith escribió proféticamente sobre el descubrimiento europeo de América y las llamadas Indias Orientales:

Sin embargo, para los nativos, tanto de las Indias Orientales como de las Occidentales, todos los beneficios comerciales que pueden haber resultado de estos acontecimientos se han hundido y perdido en las terribles desgracias que han ocasionado. En el momento concreto en que se hicieron estos descubrimientos, la superioridad de fuerza resultó ser tan grande por parte de los europeos, que pudieron cometer impunemente todo tipo de injusticia en aquellos países remotos. En el futuro, tal vez, los nativos de esos países se fortalezcan, o los de Europa se debiliten, y los habitantes de todas las diferentes partes del mundo puedan llegar a esa igualdad de coraje y fuerza que, al inspirar miedo mutuo, es el único que puede intimidar la injusticia de las naciones independientes hasta lograr algún tipo de respeto por los derechos de los demás.

El Auge de EEUU

Aunque las modernidades estadounidense y europea a menudo se fusionan en una sola modernidad occidental, en realidad son bastante diferentes. El punto en común era que los colonos, que llegaron por primera vez en 1607, eran europeos. En 1790, la población total de Estados Unidos era de 3.929.000 habitantes, de los cuales 698.000 eran esclavos y, por tanto, no se los consideraba parte de la sociedad estadounidense: de la población blanca, el 80 por ciento eran británicos (el resto eran en gran medida alemanes y holandeses).⁶⁸ Oleadas sucesivas de colonos europeos trajeron consigo los valores, creencias, costumbres, conocimientos y cultura con los que habían crecido. Su intención era recrear el Viejo Mundo en el Nuevo Mundo. Sin embargo, a diferencia de Europa, donde el capitalismo fue moldeado por sus antecedentes feudales, los colonos no estaban limitados por estructuras sociales o costumbres preexistentes. De hecho, podrían empezar de nuevo, sin las trabas del pasado. Esto, por supuesto, implicó la destrucción de la población nativa de amerindios en lo que ahora describiríamos como el acto más brutal de limpieza étnica. Mientras Europa estaba sumida en patrones desgastados por la tenencia de la tierra, los colonos estadounidenses no enfrentaron tales limitaciones y,

con la diezma de la población nativa, disfrutaron de un territorio en constante expansión a medida que la mítica frontera avanzaba cada vez más hacia el oeste. Mientras que los europeos poseían un fuerte sentido de lugar y territorio, los estadounidenses, por el contrario, no formaban tal vínculo porque no lo necesitaban. El hecho de que Estados Unidos comenzara como una hoja de papel en blanco le permitió escribir sus propias reglas y diseñar sus propias instituciones: desde el principio, inmersos en la doctrina protestante, los estadounidenses se sintieron atraídos por la idea de principios abstractos, que encontrarían expresión en la Constitución y, posteriormente, en un fuerte sentido de misión universalizadora y global.

El hecho de que los colonos europeos trajeran consigo un poderoso conjunto de valores y creencias religiosas pero carecieran de las actitudes de clase de sus hogares ancestrales dio a la población blanca estadounidense un sentimiento de homogeneidad. La exclusión de los esclavos africanos de la sociedad estadounidense, junto con la destrucción de los amerindios, imbuyó su identidad de una fuerte dimensión racial. Las oportunidades ilimitadas que presentaba un territorio enorme y bien dotado y una frontera en constante movimiento infundieron a la nación un poderoso sentido de optimismo y un compromiso incansable con el cambio. El mercado interno no estaba limitado por las preferencias locales y regionales ni por las distinciones de clases y estatus que prevalecían en Europa y, al ser relativamente homogéneo, era mucho más receptivo a los productos estandarizados. La relativa escasez de mano de obra estimuló un deseo constante de introducir mano de obra. -ahorrar maquinaria y mejorar la productividad. A diferencia de Europa, hubo poca resistencia al proceso de descalificación y a la rutinización de las tareas. El resultado fue una economía que mostró una propensión mucho mayor a la innovación tecnológica, la mecanización, la estandarización de productos, la mejora constante en el proceso laboral, las economías de escala y la producción en masa que en el caso de Europa. El modelo estadounidense se distinguió por un nuevo tipo de mercado y consumidor de masas, con todas las innovaciones consiguientes en áreas como la publicidad. Como resultado, desde finales del siglo XIX el capitalismo estadounidense resultó ser mucho más dinámico e innovador que sus homólogos europeos.

En 1820, la economía estadounidense representaba apenas el 1,8% del PIB mundial, en comparación con el 5,2% y el 3,9% del Reino Unido y Alemania, respectivamente. Como se indicó en el capítulo anterior, en 1870 la participación de Estados Unidos en el PIB mundial había aumentado al 8,8%, mientras que las cifras equivalentes para el Reino Unido y Alemania eran del 9,0% y el 6,5%, respectivamente. En 1914, Estados Unidos había avanzado mucho con una parte del 18,9% en comparación con el 8,2% del Reino Unido y el 8,7% de Alemania. En 1950, el mediodía económico de Estados Unidos, su participación en el PIB mundial era del 27,3%, en comparación con el 6,5% del Reino Unido, el 5,0% de Alemania y el 26,2% de toda Europa occidental.⁷² A pesar del daño causado por dos guerras mundiales la economía estadounidense superó ampliamente a las economías europeas en el período 1870-1950 y esto apuntaló el surgimiento de Estados Unidos como la principal potencia global después de 1945. Evitando en gran medida las colonias formales que habían sido la forma característica de la influencia global europea. Desde entonces, Estados Unidos se convirtió en la primera potencia verdaderamente global: el dólar fue consagrado como la moneda mundial, una nueva constelación de instituciones globales, como el FMI, el Banco Mundial y el GATT, dieron expresión a la hegemonía económica de Estados Unidos, mientras que su superioridad militar, basada en el poder aéreo, superó con creces todo lo que se había

visto anteriormente. Estados Unidos logró crear un sistema mundial del que era hegemón indiscutible pero que también era abierto e inclusivo, y que finalmente llegó a buen término después del colapso del bloque soviético y con la inclusión progresiva de China.⁷⁴ En 1960, Si no antes, Estados Unidos había suplantado a Europa como modelo global al que aspiraban otras sociedades y pueblos. Demostró un nuevo tipo de poder e influencia cultural, a través de Hollywood y sus telenovelas, y también a través de íconos de su industria de consumo como Coca-Cola y Levis. Sus universidades se convirtieron cada vez más en imanes para los mejores académicos y estudiantes de todo el mundo. Dominó la lista de ganadores del Premio Nobel. Y fue el poder y el atractivo de Estados Unidos lo que estuvo detrás del ascenso del inglés como la primera verdadera lengua franca del mundo.

Estados Unidos se convirtió en la nueva metáfora de la modernidad: libre del bagaje del pasado, libre de gravedad, en perpetuo movimiento y poseedor del espíritu de la nueva frontera. Nació en el presente y nunca ha envejecido, su estrella polar es un conjunto abstracto de principios consagrados en una constitución, la sociedad entera comprometida con un proceso continuo de reinención, un flujo de inmigración que cambia constantemente la composición y la identidad de la sociedad y la población. El ascenso de Silicon Valley, la inclinación por la cirugía estética y la creciente importancia de la minoría hispana no son, a su manera, sino las últimas expresiones de la psique estadounidense. Esto es tan diferente de Europa que resulta bastante extraño; y, sin embargo, el hecho de que los Estados Unidos modernos provengan literalmente de Europa ha significado que el vínculo entre los dos, ese sentido de afinidad, particularmente en el contexto global, siempre ha sido muy poderoso y es probable que lo siga siendo. Ascendencia, raza, historia, cultura, religión, las creencias y un sentido de interés compartido han prevalecido sobre diferencias profundas, como lo demuestra la omnipresencia del término "Occidente", cuyo significado no es simplemente geopolítico sino, más importante aún, cultural, racial y étnico, personificado en la palabra "occidental". Cualesquiera que sean las diferencias entre Europa y Estados Unidos, es probable que Occidente conserve un poderoso sentido de significado e identidad: de hecho, puede ser que el surgimiento de países y culturas no occidentales sirva para reforzar ese sentido de identidad. afinidad. Es cierto, por supuesto, que el crecimiento de nuevas minorías étnicas en Europa y la creciente importancia de las minorías no blancas en Estados Unidos, personificadas en la elección de Barack Obama, están cambiando constantemente estas sociedades, pero la medida de este proceso no debe exagerarse. Pasará mucho tiempo, si acaso, antes de que las todavía abrumadoras mayorías blancas a ambos lados del Atlántico dejen de dominar sus sociedades.

Occidente ha dado forma al mundo en el que vivimos. Incluso ahora, con señales de un desafío creciente por parte de China, Occidente sigue siendo la fuerza geopolítica y cultural dominante. La influencia occidental ha sido tal que es imposible pensar en el mundo sin ella, o imaginar cómo habría sido el mundo si nunca hubiera sucedido. Hemos llegado a dar por sentada la hegemonía occidental. Está tan profundamente arraigado, es tan omnipresente, que lo consideramos de algún modo natural. El historiador JM Roberts escribió, en un tono un tanto triunfalista: "Lo que parece claro es que la historia de la civilización occidental es ahora la historia de la humanidad, y su influencia está tan difundida que las viejas oposiciones y antítesis ya no tienen sentido".No del todo. La hegemonía occidental no es producto de la naturaleza ni eterna. Al contrario, en algún momento llegará a su fin.

Cruzar una calle en Tokio es una experiencia especial. Prácticamente todas las calles, incluso las más pequeñas, tienen sus semáforos, incluido uno para los peatones. Incluso si no hay señales de un automóvil, la gente espera pacientemente a que cambie el semáforo antes de cruzar, y rara vez, o nunca, rompen la fila, tanto jóvenes como mayores. La presión para conformarse es inmensa. Como corredor empedernido, descubrí que Tokio planteaba problemas que nunca antes había encontrado: la gran cantidad de semáforos resultó ser un serio obstáculo para ese ritmo de carrera tan importante y, sin embargo, en cada semáforo en rojo me sentí abrumado por la culpa ante la idea de hacer un cerrojo, aunque no había ningún vehículo a la vista, tal vez ni siquiera una persona. Esta es una sociedad a la que le gusta moverse y actuar en conjunto y es contagiosa.

Los gorros de baño aparecen un día determinado en todos los supermercados, al igual que el bronceador y el repelente de mosquitos, y luego desaparecen cuando se les acaba el tiempo asignado. Todos los escolares visten el mismo uniforme, independientemente de su escuela o ciudad, la única variación es según si el alumno está en secundaria o preparatoria. Una vez que un producto gana aceptación entre un 5 o 10 por ciento crítico de la población, se propaga como la pólvora. Mientras que al 90 por ciento de los estadounidenses les tomó más de veinte años adquirir un televisor en color, en Japón el proceso se comprimió en menos de una década y la curva ascendió casi verticalmente alrededor de 1970. Según Yoshiyuki, ex editor del revista para adolescentes *Cawaii!*, una vez que al 5 por ciento de las adolescentes les guste algo, el 60 por ciento se subirá al tren en un mes. Aunque los jóvenes japoneses son muy conscientes del estilo, la moda está marcada por una poderosa conformidad y una falta de individualismo, con el mismo aspecto básico, cualquiera que sea, adquiriendo casi universalidad.

Sahoko Kaiji, economista de la Universidad de Keio, explica: «Aquí puedes dejar el coche en la calle, incluso olvidarte de cerrarlo, y seguirá allí por la mañana. Puedes dejar tu estéreo en el tablero y un bolso inteligente en el asiento y no pasará nada.' Las mujeres viajan felices en el metro con sus carteras claramente visibles en la parte superior de un bolso abierto; Los hombres guardan su teléfono móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros en un vagón lleno de gente, con la completa confianza de que nadie se lo robará. Kaiji continúa: 'La gente siempre es amable y amigable y cumple sus promesas. Si pides algo en una tienda y te dicen que tardarán dos semanas en entregarlo, siempre te llamarán si llega antes, y nueve de cada diez veces llega antes.' Nunca se ve basura en ninguna parte, ni siquiera en la estación Shinjuku de Tokio, por la que pasan dos millones de viajeros al día. La única excepción que recuerdo es cuando estaba en la estación Toyahashi cerca de Nagoya, donde vi un pequeño trozo de papel en el suelo. Cuando le expresé mi sorpresa a mi amigo japonés, me dijo: "No te preocupes, alguien lo recogerá en un minuto". Los japoneses son exquisitamente educados. La gente invariablemente te saluda con un agradable reconocimiento y una suave reverencia. Cuando llegues a un supermercado o grandes almacenes, habrá alguien en la entrada para darte la bienvenida. No hay comportamiento hosco ni mala educación. Se respeta tu espacio, tanto si haces cola como si sales de un ascensor. Te hacen sentir que importas.

Esta idea de inclusión se extiende a las actitudes sociales de manera más amplia. Chie Nakane, un famoso sociólogo japonés, me comentó: "El desempleo no es un problema para los desempleados, es un problema para toda la sociedad". Japón cree en el cuidado del individuo. En el aeropuerto Narita de Tokio, un asistente uniformado le hará señas amablemente para que se coloque en la cola correspondiente y en el suelo encontrará huellas de pies pintadas, por si tiene alguna duda sobre dónde pararse. Nunca puedes perderte en una estación o aeropuerto, por grande que sea, porque los japoneses son puntillosos a la hora de dar indicaciones. Este sentido de consideración incluye un compromiso excepcional con la puntualidad. En una estación de metro, el indicador de tren incluye no sólo cuándo llegará el próximo tren, sino también cuándo llegará a cada estación hasta llegar a la terminal. Y siempre llega a tiempo, al minuto más cercano, si no al segundo.

En un tren japonés se podía poner el reloj de forma segura.

A primera vista, Japón podría parecerse a cualquier país occidental. Pero por dentro es muy diferente. O, como me dijo Chie Nakane: "Japón es exteriormente occidental pero interiormente japonés".

Japón fue el único país asiático que inició la industrialización en el siglo XIX, el único intruso en un club por lo demás exclusivamente occidental. Desde cualquier punto de vista, tuvo un éxito fenomenal en su intento de emular a Occidente, industrializándose rápidamente antes de 1914, y luego nuevamente antes de 1939; colonizó una gran parte del este de Asia en 1945 y luego superó a gran parte de Occidente en PIB per cápita en los años ochenta. No sorprende que Japón sirviera de modelo económico influyente cuando los tigres del este de Asia comenzaron su despegue económico a finales de los años cincuenta. Si queremos comprender la naturaleza de la modernidad asiática, Japón es el mejor lugar para comenzar porque fue el primero y porque sigue siendo fácilmente el ejemplo más desarrollado. Sin embargo, el hecho de que Japón sea parte del Este de Asia no significa que sea representativo de la región: por el contrario, Japón es, como veremos, único en aspectos importantes.

Japón ha sido moldeado por dos compromisos trascendentales con las civilizaciones más avanzadas de su tiempo: China en los siglos V y VI y Occidente en los siglos XIX y XX. La historia temprana de Japón estuvo influida por su proximidad a China, que era un país mucho más avanzado y sofisticado. Antes de su compromiso con China, Japón no tenía un sistema de escritura propio, pero posteriormente adoptó y japonizó muchos caracteres chinos y los mezcló con su propio sistema de escritura inventado. Este fue un proceso extremadamente difícil porque los dos idiomas eran completamente diferentes y no estaban relacionados. En el proceso, la tradición literaria china se convirtió en una de las piedras angulares de la cultura japonesa. El taoísmo, el budismo y el confucianismo entraron en Japón desde China a través de Corea más o menos simultáneamente alrededor del siglo VI. El taoísmo se fusionó con las tradiciones animistas japonesas y mutó en el sintoísmo, mientras que el confucianismo se convirtió, como en China, en la influencia intelectual dominante, especialmente entre la élite, e incluso hoy, en su forma japonesa, todavía domina la ideología del gobierno. El confucianismo fue una de las filosofías más sofisticadas de su tiempo, un sistema complejo de pensamiento moral, social, político y cuasi religioso, su mayor logro tal vez sea ampliar el acceso a la educación y la cultura, que anteriormente había estado confinado a la aristocracia. La influencia china continuaría durante muchos siglos, hasta que finalmente fue desplazada por la de Occidente con la Restauración Meiji en 1868. Así, Japón vivió a la sombra de

China durante unos catorce siglos, durante la mayor parte de ese tiempo como uno de sus países tributarios, rindiendo homenaje al emperador chino y reconociendo la superioridad de la civilización china. Esto dejó una profunda huella en la psique japonesa y alimentó un sentimiento subyacente de inferioridad junto con un nacionalismo defensivo e incipientemente militante.

Aunque la influencia china fue profunda, fue refractada y moldeada por la propia experiencia y tradiciones de Japón. El confucianismo japonés difería notablemente en varios aspectos del confucianismo chino. Mientras que estos últimos incluían explícitamente la benevolencia entre sus valores fundamentales, los japoneses pusieron mucho mayor énfasis en la lealtad, una diferencia que se volvería más pronunciada con el paso del tiempo. La lealtad, junto con la piedad filial y el deber hacia los mayores – basado en la autoridad, la sangre y la edad– estaban entre las características definitorias clave de las relaciones jerárquicas que informaron la cultura japonesa. Tanto China como Japón estaban gobernados por una familia imperial; Sin embargo, había dos diferencias cruciales entre ellos. En primer lugar, en China se podría eliminar una dinastía y retirar el mandato del cielo: ha habido treinta y seis dinastías en la historia china. En cambio, la familia imperial japonesa era considerada sagrada: la misma familia ha ocupado la sede imperial a lo largo de sus 1.700 años de historia. En segundo lugar, mientras que una dinastía china disfrutaba de un poder absoluto, la familia imperial japonesa no. Sólo durante un tercio de su historia la familia imperial japonesa ha gobernado tanto en nombre como en realidad. Durante gran parte de la historia de Japón, ha habido un gobierno dual o incluso triple, en el que el emperador, al menos en la práctica, estaba obligado a compartir el poder. La forma más típica era el gobierno dual, con el poder político efectivamente controlado por los shogun (los jefes militares), o por primeros ministros o asesores principales respaldados por el poder militar. En otras palabras, el precio de la eternidad ha sido un papel político muy disminuido. Durante la era Tokugawa (1603-1867), el poder político real lo ejercían los militares en la persona del shogun. El emperador disfrutaba de poco más que un significado simbólico y ceremonial, aunque formalmente el shogun seguía respondiendo ante él. Ruth Benedict, en su estudio clásico sobre Japón, *El crisantemo y la espada*, hace la interesante observación de que «la concepción que Japón tiene de su emperador se encuentra una y otra vez en las islas del Pacífico. Es el Jefe Sagrado que puede o no tomar parte en la administración. En algunas islas del Pacífico lo hizo y en otras delegó su autoridad. Pero su persona siempre fue sagrada». Para comprender Japón debemos verlo en su contexto del Pacífico y del este de Asia.

La era Tokugawa, el período de 250 años anterior a la Restauración Meiji, vio la creación de un sistema feudal altamente centralizado y formalizado. Debajo de la familia imperial y los señores (daimyo), la sociedad estaba organizada en cuatro niveles en una jerarquía tan estricta que poseía una cualidad similar a la de una casta: estos eran los guerreros (samurais), los agricultores, los artesanos y los comerciantes respectivamente. En sentido estricto, también se debería incluir a los burakumin, los marginados o intocables de Japón –descendientes de aquellos que trabajaban en ocupaciones asociadas con la muerte, como enterradores, enterradores de los ejecutados, desolladores de animales muertos– que eran considerados y tratados como invisibles. , tal como lo son todavía hoy, la excepción (junto con aquellos de ascendencia china y coreana) a la inclusión social descrita anteriormente. El rango de cada uno estaba determinado por la herencia y era inamovible. El jefe de cada familia debía publicar en la puerta de su casa su posición de clase y los detalles de su estatus hereditario. Su derecho de nacimiento

determinaba la ropa que podía usar, los alimentos que podía comprar y el tipo de casa en la que podía vivir. El daimyo tomaba una porción del arroz de sus agricultores cada año y de eso, además de cubrir sus propias necesidades, le pagó a su samurái. Los samuráis no poseían tierra: su función formal era defender al daimyo, su tierra y sus propiedades. Eran los únicos miembros de la sociedad a los que se les permitía portar una espada y disfrutaban de un poder amplio y arbitrario sobre las clases bajas. Durante la era Tokugawa, los daimyo respondían ante el shogun, quien, a su vez, respondía, al menos formalmente, ante el emperador en su reclusión en Kioto. A diferencia del confucianismo chino, que valoraba la excelencia educativa por encima de todo (los mandarines eran producto de un sistema de exámenes altamente competitivo), los japoneses, al dar preeminencia a los samuráis, y de hecho al shogunato, ensalzaban las cualidades marciales. Durante el período Tokugawa, China era, en efecto, un país confuciano civil y Japón un país confuciano militar.

No mucho después de que la familia Tokugawa comenzara su shogunato a principios del siglo XVII, cerraron Japón al mundo exterior y suprimieron el cristianismo, rechazando las influencias extranjeras en favor de las costumbres y tradiciones religiosas japonesas. A ningún barco europeo se le permitió utilizar los puertos japoneses, con la excepción de los holandeses, a quienes se les permitió utilizar la pequeña isla de Deshima en Nagasaki. A los japoneses se les prohibió navegar en barcos más grandes (se convirtió en un delito construir u operar un barco de cierto tamaño), poniendo así fin a la extensa actividad comercial a lo largo de la costa japonesa. Las razones parecen haber sido el deseo de limitar las actividades de los comerciantes junto con el temor a las influencias externas, y especialmente a la importación de armas de fuego europeas, que se creía que podrían servir para desestabilizar el delicado equilibrio de poder entre las distintas provincias y el shogun. A pesar de esta retirada hacia la autarquía, la era Tokugawa vio muchos cambios dinámicos. Japón se convirtió en un país cada vez más unificado, estandarizando su lenguaje, engendrando formas similares de pensar y comportarse entre diferentes provincias y desarrollando un conjunto común de reglas y costumbres. Como resultado, comenzaron a tomar forma las condiciones para el surgimiento de un Estado-nación moderno. Se construyeron ciudades castillo a lo largo de una red de carreteras recién construida que sirvió para unificar aún más el país, con estas ciudades en el centro de lo que se convirtió en un vibrante comercio. A finales del período Tokugawa, Edo, como se conocía entonces a Tokio, era tan grande como Londres, con una población de más de un millón de habitantes, mientras que Osaka, Kioto, Nagoya y Kanazawa también tenían poblaciones considerables. Como vimos en el capítulo 2, la economía japonesa en 1800 se comparaba favorablemente con la del noroeste de Europa, aunque padecía las mismas limitaciones de recursos cada vez más intensas que Europa y China. Además, Japón, al igual que China, no podía considerar a ninguna colonia como fuente de alivio, aunque los alimentos y fertilizantes provenientes de expediciones de pesca a larga distancia y la importación de productos intensivos en materias primas de sus regiones menos pobladas, los proporcionaban. Japón experimentó una mejoría bastante mayor que la de China. En vísperas de la Restauración Meiji en 1868, Japón poseía muchas de las condiciones previas para el despegue económico, es decir, aparte de un gobierno comprometido con ese objetivo.

Un último punto debería detenernos: la naturaleza y el papel cambiantes de los samuráis. Aunque su propósito original había sido defender los intereses del daimyo, su papel se amplió constantemente a medida que asumieron una responsabilidad cada vez mayor por la administración y custodia de las propiedades de sus daimyo, así como por el protocolo

y las negociaciones con otros daimyo y el shogun. En vísperas de la Restauración Meiji, de hecho, habían pasado de ser una casta militar a una clase administrativa clave dentro de la sociedad japonesa. Aunque estaban inmersos en la tradición confuciana de administración eficiente, sus conocimientos y predisposición eran esencialmente militares, científicos y tecnológicos más que literarios y escolásticos como era el caso de sus homólogos chinos: esta orientación e inclinación tendrían un profundo impacto en la naturaleza y el carácter de la era posterior a 1868.

La Restauración Meiji

En 1853, la relativa paz y estabilidad de la era Tokugawa se vio bruscamente interrumpida por la aparición en la bahía de Tokio del comodoro Perry, un oficial naval estadounidense, al frente de una flota de barcos negros, exigiendo en nombre de Estados Unidos –junto con varias potencias europeas, en particular Gran Bretaña– que Japón debería abrirse al comercio. El largo período de aislamiento de Japón ya no podía sostenerse: como gran parte del resto del mundo en el siglo XIX, Japón no podía ignorar Occidente y su metamorfosis en un actor tan expansivo y depredador. En 1858, ante la continua amenaza de invasión, Japón firmó tratados desiguales que abrieron el país al comercio en condiciones extremadamente desfavorables, incluida la imposición de extraterritorialidad en sus principales puertos, que excluían a los nacionales occidentales de los requisitos de la ley japonesa. Los tratados desiguales representaron una restricción importante de la soberanía de Japón. En 1859, Japón se vio obligado a levantar la prohibición del cristianismo impuesta más de 300 años antes.

La intervención de las naciones occidentales, con la participación activa de las flotas británica, estadounidense, francesa y holandesa, generó un amargo resentimiento y provocó una enorme ola de sentimiento antiextranjero (o antibárbaro, como se conocía a los occidentales).¹³ Debido al creciente tumulto y malestar, el régimen de Tokugawa quedó asediado y paralizado. Durante un proceso que duró dos años y culminó en 1868, el shogunato fue derrocado por las fuerzas combinadas de los clanes Satsuma y Choshu, y se instaló un nuevo gobierno, dominado por antiguos samuráis. Los samuráis fueron los principales impulsores de la caída del shogunato y los principales instigadores del nuevo régimen Meiji (llamado así en honor al emperador que reinó entre 1868 y 1912). Parte del precio que los samuráis pagaron por su nuevo poder y prominencia en un gobierno comprometido con la construcción de un Estado moderno fue la pérdida de sus antiguos privilegios de estilo feudal, es decir, su monopolio del derecho a portar armas y su derecho a portar armas. Este dramático cambio político –que puso fin a dos siglos y medio de gobierno del shogunato– no fue impulsado por ningún plan, objetivo o visión política. En las primeras etapas, el sentimiento popular había estado dominado por el sentimiento antioccidental. Sin embargo, para un sector cada vez mayor de la élite gobernante se hizo cada vez más claro que el aislamiento ya no era una opción seria: si Japón quería salvarse de los bárbaros, tendría que responder al desafío planteado por Occidente en lugar de ignorarlo. La elite gobernante emergente, que anteriormente había compartido estos sentimientos xenófobos y aislacionistas, experimentó una transformación política notable, adquiriendo rápidamente un sentido muy poderoso de lo que había que hacer y aplicándolo con extraordinaria rapidez. Se instituyó un Estado imperial moderno, con un primer ministro "asesorando" al emperador, pero con el poder

efectivo concentrado en sus manos. En 1869 se introdujo la libertad universal de elección en materia de matrimonio y ocupación. En 1871, el orden feudal se había disuelto efectivamente. En 1873 se decretó el servicio militar obligatorio universal, haciendo superfluo el privilegio de los antiguos samuráis de portar armas. Casi de inmediato, el gobierno comenzó a establecer fábricas dirigidas principalmente por antiguos samuráis, iniciando así una era económica nueva y muy diferente.

Si Japón había sido previamente moldeado e influenciado por su exposición a la civilización china, la amenaza de Occidente persuadió a la nueva elite gobernante de que tenía que aprender de Occidente lo más rápido posible si quería preservar la independencia del país y prevenir el destino que había sufrido China después de las Guerras del Opio, con su progresiva pérdida de soberanía. La velocidad, la determinación y la amplitud con la que el nuevo gobierno llevó a cabo esta tarea, particularmente en ausencia de cualquier compromiso o programa previo, es un fenómeno histórico notable. Durante un impresionante período de dos décadas, se basó enormemente en la experiencia occidental en la construcción de una serie de nuevas instituciones. Envió enviados y misiones a Europa y también a Estados Unidos para estudiar lo que se podía aprender, tomar prestado y asimilar. Esto se hizo de una manera altamente sistemática, con el objetivo de establecer qué país tenía más que ofrecer en qué particular área. Los resultados fueron casi inmediatos. El sistema educativo introducido en 1873 se inspiró en el sistema francés de distritos escolares. La marina se basó en la de Gran Bretaña, el ejército en el de Francia y, más tarde, también en el de Alemania. Los ferrocarriles siguieron el ejemplo británico pero las universidades el americano. Entre 1871 y 1876, alrededor de 300 expertos europeos fueron traídos a Japón por instituciones y departamentos gubernamentales interesados para ayudar en el proceso de diseño y construcción. El resultado fue un mosaico de influencias extranjeras que —en lo que se convirtió en una manera típicamente japonesa— fueron de alguna manera articulado en un todo distintivamente japonés.

Desde finales de la década de 1870, el gobierno comenzó a vender sus fábricas recién creadas. Al hacerlo, creó una clase capitalista. Muchos eran antiguos samuráis que utilizaron los bonos que les había entregado el gobierno (que habían sustituido los estipendios monetarios que habían recibido anteriormente, que a su vez habían sustituido sus antiguos pagos feudales en especie) para comprar las nuevas empresas. Entonces, desde el principio, los nuevos propietarios capitalistas tenían dos características distintivas que han seguido siendo un sello distintivo del Japón post-Meiji hasta el día de hoy: primero, debían su existencia y posición a la generosidad y el patrocinio del gobierno, creando así un poderoso vínculo de obligación; y segundo, los nuevos propietarios eran, por antecedentes, formación y temperamento, administradores más que empresarios.

La Restauración Meiji tuvo algunas de las características de una revolución. El objetivo era construir un Estado moderno y deshacerse del legado feudal del país. La nueva elite gobernante no procedía de los daimyo, sino principalmente de los samuráis, incluidos aquellos sectores de agricultores que últimamente se habían incorporado a la clase samurái, junto con algunos miembros de la clase mercantil. Claramente hubo un cambio en el poder de clase. Y, sin embargo, a diferencia de Europa, la nueva clase en ascenso, los comerciantes, no instigaron el cambio ni lo impulsaron: de hecho, en su mayor parte, no habían entrado en conflicto con el antiguo régimen. Los líderes de la Restauración, en cambio, formaban parte de la elite gobernante existente, es decir, la clase guerrera, cuyo papel se había transformado constantemente en uno de liderazgo administrativo más

generalizado. Para enfatizar este sentido de continuidad y con el fin de consolidar el apoyo popular y proporcionar legitimidad a la nueva Durante el régimen, los samuráis devolvieron al emperador un papel más central en la vida japonesa, acto simbolizado por su traslado de Kioto a Edo, ahora rebautizada como Tokio. Fue un golpe de la élite más que un levantamiento popular desde abajo. Así, aunque tenía algunos de los atributos de una revolución, se describe mejor como una restauración, un acto que buscaba preservar el poder de la élite existente en el poder en nombre de salvar a Japón de la amenaza bárbara. Fue diseñado para preservar y mantener tanto como para transformar, sus instintos tanto conservadores como radicales. Japón es un país profundamente conservador en el que las líneas de continuidad son mucho más fuertes que las de discontinuidad. Incluso cuando era necesaria la discontinuidad, como en 1868, fue instituida, a diferencia de Francia y China –ambos exponentes notables de la revolución– por la elite, que, consciente de la necesidad de un cambio radical, trató de preservar tanto como fuera posible el viejo orden. No sorprende, por tanto, que la Restauración, ciertamente a diferencia de la mayoría de las revoluciones, fuera relativamente incruenta. La elite gobernante lograría mantener en gran medida el modo de vida, las tradiciones, las costumbres, la estructura familiar, las relaciones y las jerarquías de Japón. La Restauración Meiji es testimonio de la resiliencia, la fuerza interior y la adaptabilidad de la élite gobernante japonesa y su capacidad para cambiar de rumbo cuando la situación lo requería. Hay otra diferencia fundamental entre las grandes revoluciones de Europa y la Restauración Meiji. La Revolución Francesa fue, entre otras cosas, una respuesta a un desarrollo interno –el ascenso de la burguesía–, mientras que la Restauración Meiji fue una respuesta a una amenaza externa, la de un Occidente expansionista. Ésta fue la diferencia geopolítica fundamental entre Europa y el resto del mundo: Europa era el líder y, por lo tanto, el depredador, mientras que el resto del mundo se vio, en respuesta, obligado a encontrar una manera de lidiar con el poder y la capacidad de Europa y su intención expansionista. Esta diferencia también ayuda a explicar por qué la Restauración fue instigada por un sector de la élite y no por un grupo antagónico en ascenso: lo que obligó a Japón a cambiar de rumbo no fue el ascenso de la clase mercantil sino la amenaza externa de Occidente.

Japón fue el primer ejemplo mundial de modernización reactiva: de una modernidad negociada en el contexto del poder y la preeminencia occidentales. La modernización japonesa caminó deliberada y conscientemente sobre la cuerda floja entre occidentalización y japonización. Sin embargo, en comparación con ejemplos posteriores de modernización asiática, Japón se encontraba en una posición relativamente privilegiada: podía tomar decisiones –en particular, cómo y de qué manera modernizarse– que no estaban abiertas de la misma manera a los países que llegaron más tarde. . Como resultado, es un estudio de caso fascinante: un país cuya élite existente tomó una decisión voluntaria y calculada de occidentalizarse para preservar lo que percibía como la esencia de la nación.

En momentos críticos, a pesar del largo período de aislamiento bajo el reinado de los Tokugawa, Japón ha mostrado una apertura a las influencias extranjeras que se remonta a su relación con la civilización china en los siglos V y VI. Esta voluntad de absorber enfoques extranjeros, cuando se ha considerado necesario, ha sido una fortaleza subyacente de la sociedad japonesa. En lugar de un rechazo total de las ideas extranjeras, el deseo de preservar la "esencia" japonesa se ha expresado intentando delinear lo que el escritor japonés Kosaku Yoshino ha descrito como "nuestro propio reino", es decir,

aquellas costumbres, instituciones y valores que son considerados indígenas. Como sostiene Yoshino:

Para que "nuestro reino" quede marcado, se han seleccionado y organizado diferencias significativas no sólo para diferenciar entre "nosotros" (los japoneses) y "ellos" (otros países de los que se toman prestados elementos culturales), pero, más importante aún, enfatizar la existencia de "nuestro propio reino" y por lo tanto demostrar la continuación ininterrumpida de "nuestra" nación como entidad cultural. De esta manera también se puede mantener el sentido de continuidad histórica. Es este ámbito cultural "nuestro" el que los japoneses reclaman como propiedad exclusiva.

El carácter distintivo de Japón se define y mantiene así de dos maneras: en primer lugar, en la noción del reino japonés tal como se describe, que consta de aquellos elementos considerados exclusiva y auténticamente japoneses; y en segundo lugar, en la amalgama única de diversas influencias extranjeras combinadas con aquellos elementos considerados distintivamente japoneses. Como era de esperar, la noción de un reino japonés tiene prioridad sobre la hibridación en el sentido japonés de sí mismo; aunque abarca objetos materiales tan diversos como tatamis, sake y lucha de sumo, la singularidad japonesa se centra en cómo los japoneses se comportan de manera diferente a los no japoneses, o dónde debe trazarse el límite simbólico entre los japoneses y los extranjeros. La dualidad abrazada en el La yuxtaposición de lo indígena y lo extranjero se puede encontrar en muchos aspectos de la vida japonesa. De alguna manera ambos coexisten, a menudo con pocas fugas entre ellos, con las influencias extranjeras absorbidas, reformateadas, mezcladas e incorporadas. La modernidad japonesa, como consecuencia, es un fenómeno altamente complejo, incongruente y a veces extraño. Esta hibridación se remonta a la era de la influencia china, pero ha sido más marcada y traumática durante la era de la occidentalización. Está tan profundamente arraigado que ahora se da por sentado como algo completamente natural e intrínseco a Japón. La ropa de estilo occidental puede ser la norma, pero los kimonos son comunes los domingos y la ropa japonesa se usa con frecuencia en casa. La comida japonesa contiene elementos japoneses, chinos y occidentales, y se utilizan comúnmente tanto palillos como cubiertos. Yendo más atrás en la historia, como se señaló anteriormente, el idioma japonés consiste en una combinación de caracteres japoneses y derivados del chino.

Después de períodos de intensa occidentalización, la relación entre elementos japoneses y occidentales en el país ha sido objeto de intensa reflexión y debate. De hecho, la historia del Japón posterior a 1868 ha visto fases alternas de occidentalización y japonización. Los primeros veinte años después de la Restauración Meiji presenciaron un furioso proceso de occidentalización en muchos frentes, pero hacia 1900 esto había dado paso a un período de introspección y un intento de especificar la naturaleza de la esencia japonesa. En este debate tres características se utilizaron para definir el carácter japonés: el sistema del emperador, el espíritu samurái y la idea de una sociedad familiar (con el emperador como padre). Después de la derrota en la Segunda Guerra Mundial y la ocupación estadounidense, hubo nuevamente un período frenético de recuperación económica y occidentalización, seguido, en los años 1970 y principios de los 1980, por una nueva fase de búsqueda de definir la naturaleza del reino japonés. Aunque la concepción de lo "japonés" implementada en esta coyuntura era claramente diferente de la de principios del siglo XX. Los nihonjinron (que significa "discusiones sobre la naturaleza de los japoneses") de la década de 1970 se centraron en Japón como una

sociedad homogénea y orientada a grupos, y en los japoneses como un pueblo no verbal y no lógico. No es sorprendente, dado el contexto. En la mayoría de los casos, estas últimas características estaban esencialmente diseñadas para definir el carácter japonés en contraposición a la influencia estadounidense que había cobrado tanta importancia en la vida japonesa durante las décadas de posguerra. En realidad, por supuesto, la naturaleza de lo japonés no puede expresarse en términos tan reduccionistas. Los nihonjinron fueron respuestas culturales de inspiración política a la influencia occidental. Nos dicen mucho sobre la psique japonesa, sobre el deseo de ser diferentes y distintos, pero sólo revelan parcialmente lo que es continua y persistentemente diferente en Japón. En *El crisantemo y la espada*, Ruth Benedict sostiene:

En los estudios de las naciones occidentales, quien no está capacitado en estudios de culturas comparadas pasa por alto áreas enteras de comportamiento. Da tantas cosas por sentado que no explora la gama de hábitos triviales de la vida diaria y todos esos veredictos aceptados sobre asuntos domésticos que, exhibidos en la pantalla nacional, tienen más que ver con el futuro de esa nación que los tratados firmados por diplomáticos.

Lo distintivo de Japón –al igual que de otros países, de hecho– radica precisamente en lo cotidiano y en lo que fácilmente se pasa por alto, desde la naturaleza de las relaciones hasta los valores que informan el comportamiento de las personas.

Las relaciones japonesas operan según una estricta jerarquía basada en clase, género y edad. Cada relación se clasifica finamente en consecuencia, dependiendo del grado de contacto y familiaridad previos. La importancia de la jerarquía se aprende inicialmente en la familia, donde el padre es el jefe indiscutible del hogar y cada miembro de la familia ocupa una posición predeterminada. Se considera a la familia como un microcosmos de la sociedad, y la empresa, al igual que la nación, se concibe a su imagen. Las gradaciones de las relaciones se reflejan en el uso del lenguaje, con diferentes palabras para "tú", por ejemplo, dependiendo del estatus de la otra persona. El lenguaje también tiene un género, y se requiere que hombres y mujeres utilicen diferentes palabras y modos de dirigirse. El japonés es un "lenguaje de respeto" y sus matices van acompañados de un sistema de reverencias, cuyo grado depende del estatus de la otra persona. Las empresas suelen asesorar a sus empleados sobre la extensión requerida de la reverencia en función de la importancia de la otra persona.

Las convenciones japonesas exigen no sólo el respeto a la jerarquía sino también un sistema de obligaciones oneroso y complejo. Hay dos tipos de obligación, o *on*: el *gimu*, que es ilimitado y de por vida, y que uno debe a sus padres, por ejemplo; y el *giri*, que es finito. Estas obligaciones están en el corazón de la sociedad japonesa: la virtud se define en términos de cumplir con las propias obligaciones más que con el dinero, que se ha convertido en la medida típica de la virtud en la sociedad occidental. Si uno no cumple con su *giri*, tiene la sensación de vergüenza. En términos generales, las culturas se pueden dividir en aquellas que se basan en la culpa, como el Occidente de origen cristiano, y aquellas que se basan en la vergüenza. El sentimiento de culpa en el primero surge de la idea del pecado original y de la creencia de que, si se las deja a su suerte (y de sus inevitables instintos básicos), las personas son inherentemente pecadoras. La vergüenza, por otro lado, es el producto de monitorear las propias acciones viéndose a uno mismo desde el punto de vista de los demás. La sociedad japonesa está arraigada en la vergüenza: lo fundamental es cómo uno es considerado por

los demás, más que la propia conciencia individual. Un sentimiento de culpa puede aliviarse mediante un acto de disculpa; la vergüenza, por el contrario, no se alivia tan fácilmente. La consecuencia son patrones de comportamiento muy diferentes. Mientras que en Occidente, por ejemplo, el suicidio está mal visto como un acto egoísta, en Japón se considera la forma definitiva de resolver el propio giri y, por tanto, un acto noble. Como resultado, es mucho más común: 35,6 suicidios masculinos por cada 100.000 habitantes en Japón, en comparación con 17,9 en Estados Unidos, 10,8 en el Reino Unido y 19,7 en Alemania.

El entramado de relaciones personales, basado en jerarquías y obligaciones, informa la forma en que funcionan todas las instituciones japonesas, desde la familia extendida y la empresa hasta la escuela y el gobierno. Tomemos como ejemplo la empresa: la relación entre las grandes corporaciones y las pequeñas y medianas empresas que dependen de ellas es de un carácter claramente jerárquico. El empleo vitalicio, que todavía predomina en las grandes corporaciones, encarna una concepción de la obligación tanto de la empresa como del empleado que es bastante diferente de la naturaleza estrictamente contractual –y a menudo de corto plazo– del empleo de la tradición angloamericana.

La empresa es vista como algo similar a una familia: la empresa tiene múltiples obligaciones para con el empleado, mientras que el empleado (principalmente hombre, las mujeres todavía desempeñan un papel relativamente periférico en la fuerza laboral en comparación con Occidente) a cambio se espera que dedique la mayor parte de su vida, tanto en términos de carrera como de horas del día, a la empresa. El sistema de antigüedad, ampliamente practicado en las empresas japonesas, donde uno asciende constantemente en la escala de la empresa a medida que envejece y disfruta de ingresos crecientes y autoridad creciente, en lugar de prescindir de él a la manera de las empresas occidentales, refleja la jerarquía de edad de la sociedad japonesa.

Hay muchas otras maneras en que la cultura de relaciones distintivamente japonesa moldea la actitud y la conducta de las instituciones. Los japoneses, por ejemplo, son profundamente reacios al uso de la ley, principalmente por el deseo de evitar el tipo de confrontación que caracteriza el proceso de litigio. Como consecuencia, Japón no tiene suficientes abogados para respaldar ni siquiera una fracción de los litigios que tienen lugar en Europa, y mucho menos en Estados Unidos. Prácticamente todos los casos de conflicto civil se resuelven mediante conciliación, ya sea extrajudicialmente o antes de que se emita cualquier fallo legal.

Esta imagen del carácter distintivo japonés no debería ser una gran sorpresa. Incluso un conocimiento relativamente casual de la sociedad japonesa transmite esta impresión.³⁵ Como lo ilustran las tablas y gráficos adjuntos, las actitudes y valores japoneses siguen siendo sorprendentemente diferentes de los de las sociedades occidentales, a pesar del hecho de que comparten aproximadamente el mismo nivel de desarrollo. No es necesario replantear la primera razón: las diferencias culturales tienen una resistencia extraordinaria, y el Japón está arraigado en un tipo de civilización muy diferente. La segunda es histórica: debido a que la Restauración Meiji fue un acontecimiento relativamente reciente, Japón todavía está fuertemente marcado por la proximidad de su pasado feudal. Además, la élite gobernante posterior a 1868 se propuso consciente y deliberadamente retener la mayor cantidad posible del pasado. Además, el hecho de que los samuráis formaran el núcleo del nuevo grupo gobernante significó que llevaron algunos de los valores largamente establecidos de su clase al Japón Meiji y a lo largo de la historia posterior. El Japón de la posguerra –al igual que el Japón posterior a la

Restauración— ha sido gobernado por una clase administrativa que son descendientes directos de los samuráis: ellos, más que los empresarios, dirigen las grandes empresas; dominan el gobernante Partido Liberal Democrático; los ex administradores tienden a ser preponderantes en el gabinete; y, por definición, por supuesto, constituyen la burocracia, una institución central en el gobierno japonés.

Incluso la naturaleza de la gobernanza todavía lleva fuertemente la huella del pasado. A lo largo de la mayor parte de la historia registrada de Japón, el poder ha estado dividido entre dos o más centros, y eso sigue siendo cierto hoy en día. El emperador tiene ahora un significado ceremonial y simbólico. La dieta —el parlamento japonés— goza de poca autoridad real. El primer ministro es mucho más débil que cualquier otro primer ministro de una importante nación desarrollada y normalmente disfruta de un mandato relativamente breve en el cargo antes de ser reemplazado por otro miembro de los gobernantes Demócratas Liberales. Las reuniones de gabinete son en gran medida ceremoniales y duran menos de un cuarto de hora. Aunque formalmente Japón tiene un sistema multipartidista, los demócratas liberales han estado en el poder casi continuamente desde mediados de los años cincuenta y las facciones dentro de este partido son en la práctica de mucha mayor importancia que los otros partidos. Por lo tanto, el poder está disperso entre una variedad de instituciones diferentes, siendo la burocracia, al estilo confuciano tradicional, la más importante. Desde el final de la ocupación estadounidense, Occidente ha considerado a Japón como una democracia, pero en realidad funciona de manera muy diferente a cualquier democracia occidental: de hecho, su *modus operandi* es tan diferente que es dudoso que el término tenga mucho significado.⁴¹ Puede que Japón haya cambiado enormemente desde 1868, pero la influencia del pasado es notablemente persistente.

Después de la Restauración Meiji, la misión de Japón era cerrar la brecha con Occidente, comportarse como Occidente, lograr el respeto de Occidente y, en última instancia, llegar a ser, al menos en términos de nivel de desarrollo, como Occidente. La evaluación comparativa y la puesta al día fueron las nuevas estrellas polares. Antes de 1939 esto significaba principalmente Europa, pero después de 1945 Europa fue reemplazada en la mente japonesa por una preocupación abrumadora por los Estados Unidos. En este contexto, el objetivo clave era el crecimiento económico, pero la expansión colonial de Japón, que comenzó seis años después de la Restauración Meiji, también se debió en gran medida al deseo de emular a Europa: para ser una potencia moderna, Japón necesitaba tener su propio complemento de colonias. Estas ambiciones territoriales finalmente pusieron a Japón de rodillas en la Segunda Guerra Mundial, culminando con su derrota y rendición. Fue un momento humillante: el propósito mismo del Meiji, la restauración —para evitar la dominación del país por parte de Occidente— había sido socavada. La trayectoria posterior a 1868 había resultado en la ocupación del país y en su deseo de emular a Occidente en el desastre.

Sin embargo, la guerra iba a ser el preludio del período de crecimiento económico más espectacular de la historia de Japón. En 1952, el PIB de Japón era menor que el de la Malasia colonial. En una generación, el país había pasado de ser una nación principalmente agraria a una nación plenamente industrial, logrando una tasa de crecimiento anual per cápita del 8,4 por ciento entre 1950 y 1970, mucho mayor que la alcanzada en otros lugares y sin precedentes históricos hasta ese momento. En la década de 1980, Japón había superado tanto a Estados Unidos como a Europa en términos de

PIB per cápita y emergió como una potencia industrial y financiera. Fue una transformación extraordinaria, pero no iba a ser sostenida. A finales de los años 1980, la burbuja económica de Japón estalló y durante los siguientes quince años apenas creció. Mientras tanto, Estados Unidos encontró una nueva oportunidad de vida económica, mostrando un dinamismo considerable en una gama de nuevas industrias y tecnologías, sobre todo en la informática e Internet. La respuesta de Japón a esta brusca caída de su suerte fue muy instructiva, tanto en términos de lo que dijo sobre Japón como de las dificultades inherentes que implicaba el proceso de recuperación para todas las sociedades no occidentales.

El apogeo de los logros de Japón después de 1868 —el momento en que finalmente alcanzó y superó a Occidente durante la década de 1980— llevó consigo las semillas de la crisis. Desde 1868, la prioridad de Japón había sido alcanzar a Occidente: después de 1945, esta ambición se había vuelto abrumadora y estrechamente económica. Pero, ¿qué pasaría cuando ese objetivo finalmente se hubiera logrado, cuando la evaluación comparativa estuviera más o menos completa, cuando Japón hubiera igualado a los países más avanzados de Occidente en la mayoría de los aspectos, y en otros incluso hubiera obtenido una ventaja considerable? Cuando se cumplió el propósito Meiji, ¿qué siguió? Japón no tenía respuesta: el país estaba sumido en una crisis existencial. Se ha acostumbrado a explicar la crisis post-burbuja de Japón en términos puramente económicos, pero también hay una explicación cultural y psicológica más profunda: el país y sus instituciones, incluidas sus empresas, simplemente perdieron su sentido de dirección.

Tampoco el país estaba dotado por su historia de la capacidad o facilidad para cambiar de dirección. Desde 1868, a través de cada giro histórico, había demostrado una extraordinaria capacidad para mantener su enfoque y un compromiso tenaz con su objetivo a largo plazo. Japón podría describirse como dependiente de un solo camino, sus instituciones son capaces de mostrar una notable capacidad para mantener el camino que ellos mismos se han asignado. Esto ha generado un poderoso grado de cohesión interna y ha permitido que el país sea muy eficaz en el logro de objetivos a largo plazo. Sin embargo, por la misma razón, también hizo muy difícil cambiar de rumbo, en el que Japón tiene poca experiencia. El único ejemplo importante fue el propio 1868 y fue en respuesta a una enorme amenaza externa.

La crisis posterior a la burbuja, a la que siguió un largo período de estancamiento, provocó muchos análisis y una profunda sensación de pesimismo. Algunos incluso llegaron a sugerir que Japón había sufrido dos derrotas: una en 1945 y otra en la década de 1990.⁴⁷ El pesimismo que envolvió al país reveló la fragilidad subyacente de la psique japonesa contemporánea. Habiendo finalmente logrado su objetivo, se llenaron de dudas sobre qué hacer a continuación. A medida que Estados Unidos recuperó su dinamismo y Japón quedó en calma, hubo una sensación generalizada de que su logro era poco más que una quimera, que siempre estuvo destinado a vivir a la sombra de Occidente.

La fragilidad psicológica de Japón frente a la crisis

La crisis posterior a la burbuja es un crudo recordatorio de lo difícil que es el proceso de recuperación —en todos sus múltiples aspectos— para los países no occidentales. Se trataba de un país cuyos logros históricos eran notables desde cualquier punto de vista;

que había igualado o adelantado a Occidente en la mayoría de los aspectos y superado cómodamente a la gran mayoría de los países europeos a los que originalmente había tratado de emular; que había construido sus principales corporaciones y se convirtió en el segundo país más rico del mundo –y, sin embargo, en su momento de gloria, fue consumido por la duda.

En este contexto, es importante comprender la naturaleza de la autopercepción del Japón. A diferencia del deseo europeo o estadounidense de ser universales y de imaginarse como universales, los japoneses han tenido una visión particularista del papel de su país, definiéndose durante mucho tiempo como en la periferia de aquellas grandes civilizaciones que, a sus ojos, han establecido la norma universal. Como hemos visto, China y Occidente constituyeron los dos otros importantes de los cuales Japón tomó prestado y se adaptó, y contra los cuales los japoneses han afirmado persistentemente su identidad. 'Para los japoneses', sostiene Kosaku Yoshino, 'aprender de China y de Occidente ha sido experimentado como la adquisición de la civilización “universal”. Por lo tanto, los japoneses han tenido que enfatizar su diferencia para diferenciarse de los chinos y occidentales universales”. Esta característica no sólo distingue a Japón de Occidente, que ha sido la civilización universalizadora de los dos últimos siglos, sino también de los chinos, que han visto su propia civilización, como exploraremos más adelante, en términos universalistas durante casi dos milenios.

La orientación del Japón hacia Occidente después de 1868 fue sólo un aspecto de sus nuevas coordenadas. La otra era su actitud hacia su propio continente. Japón combinó su aceptación de Occidente con un rechazo de Asia. El giro hacia Occidente vio el surgimiento de muchos nuevos escritores populares, el más famoso de los cuales fue Fukuzawa Yukichi, quien argumentó, en un ensayo titulado "Sobre salir de Asia", publicado en 1885:

No tenemos tiempo para esperar a que nuestros vecinos sean ilustrados para poder trabajar juntos por el desarrollo de Asia. Es mejor para nosotros abandonar las filas de las naciones asiáticas y unirnos a las naciones civilizadas de Occidente. En cuanto a la forma de tratar con China y Corea, no es necesario un trato especial sólo porque sean nuestros vecinos. Simplemente seguimos la manera de los occidentales al saber cómo tratarlos. Cualquier persona que aprecie a un mal amigo no puede escapar de su notoriedad. Simplemente borramos de nuestra mente a nuestros malos amigos en Asia.⁵⁰

Los japoneses no tardaron en poner en práctica esta nueva actitud. En 1894-1895 derrotaron a China y se hicieron con el control de Taiwán y, de hecho, también de Corea. En 1910 anexaron Corea. En 1931 anexaron el noroeste de China, a partir de 1936 ocuparon partes centrales de China y entre 1941 y 1945 se apoderaron de gran parte del sudeste asiático. Entre 1868 y 1945, un período de setenta y siete años, Japón participó en diez guerras importantes, que duraron treinta años en total, la gran mayoría a expensas de sus vecinos asiáticos. En contraste, Japón no había participado en una sola guerra extranjera. a lo largo de los 250 años de la era Tokugawa. El Japón Meiji, por tanto, estaba decidido no sólo a la modernización económica y la emulación de Occidente, sino también a la expansión territorial, como lo hizo el eslogan nacional "país rico, ejército fuerte" (fukoku kyôhei), que fue adoptado a principios del período Meiji, implícitamente. Aunque Japón presentó su propuesta para la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental durante la década de 1930 como una forma de promover los

intereses asiáticos a expensas de Occidente, en realidad fue un intento subyugar a Asia en interés de un Japón imperial.

Como era de esperar, Japón veía el mundo en términos esencialmente similares a la naturaleza profundamente jerárquica de su propia sociedad. Mientras miraba hacia Occidente, miraba a Asia como atrasada e inferior, tratando de subyugar a su propio continente para el propósito de su enriquecimiento y engrandecimiento. Donde antes había visto a la civilización china como su superior, ahora consideraba a los chinos como una raza inferior. La idea de una jerarquía racial ha sido intrínseca a la visión japonesa del mundo. Incluso hoy continúa persistiendo, como lo demuestran sus relaciones con sus vecinos del este de Asia. Los blancos todavía gozan de la más alta estima, mientras que los asiáticos son considerados de menor estirpe. Las formas racializadas de pensamiento son intrínsecas a la cultura japonesa dominante, en particular la insistencia en la "homogeneidad del pueblo japonés" (incluso aunque hay importantes minorías étnicas), la idea de una "raza japonesa" (aunque los japoneses fueron producto de diversos movimientos migratorios) y la creencia ampliamente difundida de que el "tipo de sangre" japonés está asociado con características específicas. patrones de comportamiento cultural. Las categorías raciales, étnicas y nacionales se superponen en las concepciones japonesas de sí mismos y, por implicación, también de los demás. Esto se ilustra con la infame observación del ex primer ministro Nakasone en 1986 de que el nivel mental en los Estados Unidos fue menor que en Japón debido a la presencia de minorías raciales, específicamente "negros, puertorriqueños y mexicanos". Incluso hoy en día no existe ninguna ley contra la discriminación racial.

Sin embargo, en el transcurso del último medio siglo, Asia Oriental se ha transformado de un estado de atraso a la región más dinámica del mundo: Japón ya no está solo. Y, sin embargo, sus actitudes hacia Asia Oriental permanecen, en en gran parte, fijado en una distorsión temporal Meiji. Japón todavía preferiría verse a sí mismo como occidental en lugar de asiático: recuerdo vívidamente una conferencia sobre Europa y Japón en Tokio en 1999 en la que se sugirió seriamente que Japón podría considerar postularse para unirse a la Unión Europea. El fracaso de Japón a la hora de repensar su relación con Asia Oriental en el contexto de su transformación añade otra dimensión importante a la crisis que enfrenta hoy Japón, una cuestión que exploro más detalladamente en el Capítulo 9.

La modernidad japonesa es un logro extraordinario: el único país no occidental que se industrializó en el siglo XIX, con diferencia el país más avanzado del este de Asia, la segunda economía más grande del mundo (medida por el PIB según los tipos de cambio del mercado), un estándar envidiablemente alto de vida, posiblemente el mejor sistema de transporte público del mundo; pero al mismo tiempo ha logrado seguir siendo muy distintivo, tanto cultural como socialmente. Sin embargo, por tres razones, la novedad y la escala de su logro nunca han recibido el reconocimiento que merecen, ni en Occidente ni en Asia. En primer lugar, desde 1945 Japón se ha esforzado en destacar su similitud con Occidente más que su diferencia con él. Tras su derrota, Japón entró en la esfera de influencia estadounidense, perdió toda voz independiente en política exterior y se convirtió, a todos los efectos, en un protectorado estadounidense: bajo tales circunstancias, su enfoque fue sotto voce y no deseaba enfatizar su carácter distintivo. En segundo lugar, su relación profundamente conflictiva con el este de Asia ha significado que Japón nunca haya disfrutado de nada parecido a la influencia política y cultural en la región que su fortaleza económica sugeriría. En diversos grados, Japón

sigue siendo problemático y contaminado. En tercer lugar, como Japón siempre se ha visto a sí mismo en términos particularistas más que universales, no se ha considerado un modelo para los demás.

El hecho es que Japón fue el primer país del este de Asia en modernizarse, y gran parte de la región ha seguido su estela. Sin Japón, es dudoso que los tigres asiáticos hubieran empezado a rugir; y sin los tigres asiáticos, la modernización de China ciertamente se habría retrasado aún más. Japón podría haber sido, en muchos sentidos, una excepción, pero ha sido la excepción la que finalmente se ha convertido en la regla: ahora está rodeado de países que, de diversas maneras, están siguiendo su ejemplo, a veces hasta su extremo malestar. Si Gran Bretaña fue el pionero de la modernidad en Europa, Japón lo ha sido en Asia.

4

La ignominia de China

Por orden del rey Jorge III, la primera delegación comercial británica a China salió de Londres en septiembre de 1792, llevando numerosos obsequios, entre ellos telescopios, relojes, barómetros, un coche con suspensión de resorte y armas de aire comprimido. Navegaron en un buque de guerra equipado con sesenta y seis cañones, acompañados por dos buques de apoyo, en una misión cuyo propósito era impresionar y seducir al emperador chino Qianlong con la creciente destreza industrial y tecnológica de Gran Bretaña. El grupo de 700 personas, compuesto por diplomáticos, hombres de negocios, soldados, científicos, pintores, jardineros y otros, estaba dirigido por Lord George Macartney, un diplomático experimentado con ojo puesto en las principales oportunidades, ya fueran personales o nacionales. El gobierno británico, representado por la Compañía de las Indias Orientales, que organizó la misión (y que actuó como la persona corporativa de facto de Gran Bretaña en el extranjero, gobernando la India hasta 1858), estaba ansioso por abrir el mercado chino al comercio, ya que sus esfuerzos anteriores habían sido rechazados. La preparación fue meticulosa y prolongada. La misión británica llegó a Macao, el enclave portugués en la costa sur de China, y luego tardó cuatro meses en avanzar lentamente hacia el norte, mientras las negociaciones con los representantes del Emperador se prolongaban, hasta llegar finalmente a Beijing para la tan esperada y pospuesta audiencia con el Emperador.

Cuando finalmente se celebró la reunión en septiembre de 1793, Macartney pidió al Emperador la representación diplomática británica en Beijing, el fin del sistema por el cual a los extranjeros sólo se les permitía utilizar Cantón (Guangzhou) como punto de entrada y para el comercio, la apertura creación de nuevos puertos para el comercio y el establecimiento de tarifas justas y equitativas. El Emperador permaneció impasible, tomó una decisión mucho antes de que llegara la misión. En lugar de informar a Macartney, envió un edicto a Jorge III, explicando que China no aumentaría su comercio exterior porque no necesitaba nada de otros países. Como escribió Qianlong:

Nunca hemos valorado los artículos ingeniosos, ni tenemos la más mínima necesidad de las manufacturas de vuestro país. Por lo tanto, oh Rey, en cuanto a su solicitud de enviar a alguien para que permanezca en la capital, si bien no está en armonía con las regulaciones del Celeste Imperio, también sentimos mucho que no es de ninguna ventaja para su país.

Para los británicos, poseídos por la arrogancia de una potencia en ascenso y llenos de los primeros frutos de la Revolución Industrial (que ya estaba en marcha, aunque al parecer no lo sabía el Emperador de 81 años), la reacción china fue incomprensible. Debidamente despreciado, Macartney se vio obligado a abandonar China con las manos vacías por la única ruta disponible: por tierra hasta Cantón. Durante el transcurso de su viaje llevó un abundante diario. Una entrada dice: "El Imperio de China es un barco de guerra viejo, loco y de primer nivel, que una afortunada sucesión de oficiales capaces y

vigilantes se las ha ingeniado para mantener a flote durante estos ciento cincuenta años pasados y para intimidar a sus enemigos y vecinos simplemente por su volumen y apariencia". Se mostraba completamente sombrío respecto de las perspectivas del Celeste Imperio, que consideraba destinado a ser "destrozado en la costa". En opinión de Macartney, era inútil que China se resistiera a las demandas británicas porque era "en vano intentar detener el progreso del conocimiento humano". La sensación de que una era se cerraba y otra comenzaba era evidente no sólo en la excesiva confianza en sí mismo de Macartney, sino también en la ceguera del Emperador a la hora de reconocer el potencial que representaban las nuevas manufacturas británicas. Mientras tanto, el choque de civilizaciones quedó gráficamente ilustrado por la larga y laboriosa discusión sobre el protocolo diplomático para la audiencia con el Emperador. Desde seis semanas antes, los chinos habían presionado a Macartney con creciente intensidad para que realizara la reverencia, el gesto requerido de deferencia hacia el Emperador: una serie de tres genuflexiones, cada una de las cuales contenía tres postraciones completas con la cabeza tocando el suelo. Macartney se ofreció a quitarse el sombrero, arrodillarse e incluso besar la mano del Emperador, pero se negó a inclinarse a menos que un funcionario chino de posición similar se arrodillara ante un retrato de Jorge III. Para los chinos, esto estaba fuera de discusión: el Emperador era el gobernante de "todo lo que hay bajo el Cielo" y por lo tanto no podía ser considerado con el mismo estatus que un simple rey. Incluso el estatus de los bienes que habían traído los británicos fue objeto de disputa: como lo exigía más de un milenio y medio de convención china, los extranjeros sólo podían visitar China como vasallos inferiores que pagaban tributos. A los ojos de los chinos, Macartney era simplemente un "transmisor de información" subordinado.

Macartney, por su parte, insistió en que eran regalos del embajador de un igual diplomático. No se llegó a ningún compromiso. Dos eras y dos civilizaciones chocaron sin un atisbo de entendimiento mutuo.

La misión terminó en un estrepitoso fracaso. La predicción de Macartney sobre el destino que le esperaba a China iba a ser confirmada más plenamente de lo que los chinos podrían haber imaginado, aunque los británicos –lentos de la testosterona del poder creciente y bien versados en intenciones agresivas– claramente tenían algún indicio. Ya en la época de la embajada de Macartney en Beijing, la Compañía de las Indias Orientales había comenzado a exportar opio de la India a China y esto rápidamente resultó ser un comercio muy rentable. En 1829, el gobierno chino prohibió la importación de opio, para gran furia de los británicos. A medida que las relaciones se deterioraron, los británicos lanzaron la Primera Guerra del Opio (1839-1842) y bombardearon el sur de China hasta someterla. En el Tratado de Nanjing, los chinos se vieron obligados a entregar Hong Kong, abrir los primeros cinco puertos del tratado y pagar reparaciones. El "siglo de humillaciones de China había comenzado".

Si Japón fue la gran excepción, el único país no occidental que inició su industrialización en el siglo XIX, China fue un ejemplo de lo contrario: un país que no logró industrializarse, a pesar de que disfrutaba de un nivel de desarrollo similar al de Japón en 1800. Como resultado, China se encontró enormemente superada por Europa y Estados Unidos a lo largo del siglo XIX, y también por Japón hacia finales del mismo. Después de 1800, y especialmente a partir de mediados de siglo, China sufrió una creciente debilidad económica, estuvo al borde de la implosión, una división debilitante, una derrota, una humillación y una ocupación a manos de potencias extranjeras, y una pérdida progresiva de soberanía. Aunque su suerte fue desastrosa en el período

comprendido entre 1850 y 1950, sus consecuencias no deben exagerarse. El progreso de China después de 1949, y especialmente desde 1978, sugiere que las raíces de su dinamismo contemporáneo se encuentran en su propia historia y no son principalmente una consecuencia de su giro hacia Occidente: incluso si no lo pareciera en ese momento, todo estaba lejos de perderse en el siglo de la humillación. Sin embargo, este período dejaría profundas cicatrices psicológicas. Además, al igual que Japón, la modernización de China iba a tomar un camino muy diferente al de Occidente.

China ya había comenzado a adquirir su forma moderna en los siglos previos al nacimiento de Cristo. La victoria del llamado Primer Emperador (Qin Shihuangdi, el nombre occidental de China se deriva de su apellido, Qin) marcó el final del período de los Estados Combatientes (475-221 a. C.) –una serie interminable de conflictos entre los numerosos estados chinos de la época que parecía una fase mucho más tardía de la historia europea– y el comienzo de la dinastía Qin (221-206 a. C.). Hacia el año 206 a.C., las fronteras del Imperio Qin contenían gran parte de lo que hoy consideramos el corazón de la China moderna, extendiéndose hasta Vietnam en el sur y hasta la Gran Muralla en el norte, incluida la región densamente poblada entre el Yangtsé y el Ríos amarillos. Tras la caída de la dinastía Qin, el país continuó expandiéndose rápidamente durante la dinastía Han (206 a. C. – 220 d. C.), alcanzando su mayor extensión en el período 141-87 a. C. (ver mapa 6), cuando los ejércitos chinos penetraron en el sur. Manchuria y la península de Corea en el noreste, y en el sur y suroeste hasta el norte de Vietnam. Durante el siguiente milenio, China continuó expandiéndose hacia el norte, noreste, noroeste, sur y sureste. El enorme tamaño que finalmente adquirió China estaba relacionado con las fronteras naturales de su masa continental, delimitada por la estepa al norte, la costa al sur y al este, y las regiones montañosas al sur-este.

La extensa migración interna, la mejora de las comunicaciones y muchos siglos de unidad o casi unidad ayudaron a fomentar una cultura relativamente homogénea en lo que era, para su época, una población masiva. La dinastía Qin, por corta que haya sido su vida, construyó más de 4.000 millas de carreteras imperiales, tantas como el Imperio Romano.⁸ Un Estado centralizado y un sofisticado arte de gobernar echaron raíces sobre la base de las enseñanzas de Confucio (551-479 a. C.), que ejercería una enorme influencia sobre el universo político y moral chino durante más de dos milenios. Se estandarizaron pesos, medidas y moneda. Las costumbres distintivas que asociamos con China –incluido el mandato del Cielo, una estructura familiar basada en la piedad filial, un lenguaje que utilizaba signos y símbolos comunes y una religión basada en el culto ancestral– estaban bien establecidas en la época del Dinastía Qin. Por lo tanto, durante el primer milenio dC China iba a adquirir –dado que en la práctica abarcaba muchos pueblos indígenas: un sentido inusualmente fuerte de identidad cultural. Una de las características más sorprendentes de la historia china ha sido que, aunque ha sido invadida desde el norte muchas veces –notablemente por los mongoles en el siglo XIII y los manchúes en el decimoséptimo – todos los invasores, excepto los mongoles, una vez asegurados en el poder, trataron de adquirir las costumbres y valores de los chinos y gobernar de acuerdo con sus principios y sus instituciones: un testimonio del prestigio que disfrutaban los chinos y el respeto otorgado a su civilización por sus adversarios del norte. La persistencia y constante expansión del idioma chino es una indicación más de la fuerza de la cultura: las constantes invasiones desde el norte, al obligar a la población

a permanecer móvil, mantuvieron la que la lengua se atomice en diferentes dialectos, haciendo al mismo tiempo que los propios chinos sean más conscientes de su lengua y su cultura, y por lo tanto también protectores de ellas. El surgimiento temprano de una identidad china es, quizás más que cualquier otra cosa, la clave para la China tal como la conocemos hoy, porque sin eso, China no podría haber seguido siendo un país relativamente unificado durante más de dos milenios y se habría visto despojada de su característica más llamativa, es decir, su tamaño.

Históricamente, las formas relativamente avanzadas de agricultura permitieron a las sociedades sustentar a grandes poblaciones y proporcionaron condiciones propicias para el desarrollo de estados organizados; China fue un ejemplo clásico de este fenómeno. Desde muy temprano, la llanura central de China fue hogar de una agricultura sedentaria. El norte de China había mantenido durante mucho tiempo una agricultura "seca" mediante cereales, cebada y diversos tipos de mijo. Pero fue el cultivo húmedo del arroz, que se desarrolló lentamente desde principios del primer milenio y que estaba en pleno apogeo a finales del mismo, lo que dio un importante impulso a la agricultura china, lo que dio lugar a un cambio en el centro de gravedad económico desde la llanura central hasta la cuenca baja del Yangtsé. Se introdujeron nuevos métodos de cultivo de arroz húmedo, incluida la plantación de plántulas, variedades de arroz de maduración temprana, la selección sistemática de especies de arroz, nuevas herramientas como una cadena con paletas que permitía elevar el agua de un nivel a otro y formas sofisticadas de riego. Estas innovaciones hicieron del cultivo de arroz húmedo chino una de las técnicas agrícolas más avanzadas del mundo, permitiéndole mantener rendimientos extremadamente altos.¹² Durante la dinastía Song (960-1279 d.C.), estas técnicas avanzadas se generalizaron en grandes extensiones del país, avanzando hacia el sur a medida que la frontera se ampliaba constantemente. Sostenida por la prosperidad agraria, la población se expandió rápidamente, casi duplicándose entre 1000 y 1300. Entre 500 y 900 d.C. se construyeron caminos de ladrillos en todo el centro del imperio chino, de modo que la capital (conocida entonces como Chang'an, ahora como Xi'an) estuvo sólo entre ocho y catorce días desde cualquier ciudad de tamaño razonable. Aún más significativa fue la expansión del transporte acuático en forma de ríos, canales y transporte costero. Estos diversos sistemas de vías fluviales se convirtieron en parte de una red integral que iba a formar la base de un mercado nacional que fue tomando forma de manera constante hacia el año 1200. Como observó Marco Polo, residente de Venecia, el puerto marítimo más grande de Europa, sobre el Yangtsé a finales del siglo XIII:

Les aseguro que este río recorre tal distancia y atraviesa tantas regiones y hay tantas ciudades en sus orillas que, la verdad, en la cantidad de transporte marítimo que transporta y en el volumen y valor total de su tráfico, supera a todos los ríos de los cristianos juntos y sus mares además.

La economía china se comercializó cada vez más y en el siglo XII el papel moneda estaba firmemente establecido tanto en el norte como en el sur de China. Se desarrolló un gran comercio interregional tanto de artículos de lujo como de productos básicos como el arroz. Durante la dinastía Song, el comercio costero floreció y se extendió a Japón y el sudeste asiático. La urbanización avanzó rápidamente, de modo que a finales del siglo XIII Hangzhou, la ciudad más grande de China, tenía una población de casi 7 millones de habitantes, lo que convertía a China, con diferencia, en la sociedad más

urbanizada del mundo, y sus ciudades representaban alrededor del 10 por ciento de la población. Sin embargo, las ciudades no iban a desempeñar el mismo papel como centros de libertad política y personal que las de Europa: el desarrollo urbano autónomo estaba limitado por la estructura imperial centralizada de China, un patrón que sólo comenzó a cambiar en el siglo XX. Alentados por el gobierno, hubo un florecimiento del conocimiento y una ola de inventos notables durante la dinastía Song, especialmente en el siglo y medio de la dinastía Song del Norte (960-1126). Lo que a veces se describe como el Renacimiento de China fue testigo de el desarrollo de un sistema de exámenes clásico, el nacimiento del neoconfucianismo, la invención de la pólvora, los morteros y la imprenta en madera, la difusión de los libros y grandes avances en matemáticas, ciencias naturales, astronomía y geografía. Se inventó una gran máquina de hilar eso estuvo apenas por debajo de lo que podría –al menos teóricamente– haber dado paso a una revolución industrial similar a la que Gran Bretaña experimentaría muchos siglos después. A modo de contraste, el Renacimiento de Europa fue sólo para comenzar unos dos siglos después del fin de los Song del Norte. La difusión de los libros gracias a la impresión en madera, la publicación de grandes enciclopedias, el creciente número de candidatos que ingresaban al sistema de exámenes para la función pública, los grandes avances logrados en matemáticas (particularmente el desarrollo del álgebra) y el surgimiento de una la clase aristocrática y aristocrática distinguió a China como la sociedad más alfabetizada y aritmética del mundo; sólo el Islam podía compararse, con Europa muy por detrás. Durante el período medieval, Europa tomó prestado en gran medida de las innovaciones de China, incluyendo el papel, la brújula, la carretilla, el timón de popa, la rueca y la impresión en madera. China estaba con diferencia, la civilización más avanzada del este de Asia, que ejerció una enorme influencia sobre sus vecinos, muchos de los cuales habían sido estados tributarios de China, rindió tributo al emperador y reconoció la superioridad de la cultura china.

Después de 1300, esta eflorescencia comenzó a disminuir y la revolución económica medieval de China dio paso a un período de estancamiento que sólo llegó a su fin en 1500. La invasión mongola marcó el cierre del período Song, en muchos aspectos la mejor época de China, y condujo a hasta el establecimiento de la dinastía Yuan (1279-1368) y la incorporación de China al Imperio mongol. Fue traumático, ya que los chinos se encontraron bajo un dominio extranjero y reducidos a un estatus humilde. Hubo varias razones para la desaceleración económica. La dinámica mediante la cual China se había expandido desde su corazón hacia el sur había implicado la adición de nuevas y ricas tierras de cultivo, pero esta zona comenzó a llenarse de inmigrantes del norte; como consecuencia, hubo una presión creciente sobre los recursos, sobre todo los alimentos. Mientras tanto, los espectaculares avances de la ciencia comenzaron a agotarse. La dinastía Song había puesto considerable énfasis en la importancia del comercio y el contacto con los extranjeros, especialmente Japón y el Sudeste Asiático, pero también más allá de Asia Central, el subcontinente indio e incluso la costa este de África. Este proceso se revirtió lentamente durante la dinastía Ming (1368-1644).²³ En 1371, la dinastía Ming prohibió a los habitantes de las costas navegar al extranjero debido a la amenaza que representaba para la navegación china la piratería japonesa a gran escala. Un edicto de 1390 declaraba: «En la actualidad, los ignorantes pueblos de Liang-Kuang, Chekiang y Fukien están frecuentemente en comunicación con los bárbaros exteriores, con quienes llevan a cabo un negocio de contrabando. Por lo tanto, esto está estrictamente prohibido.» A lo largo de los tres siglos siguientes siguió una sucesión de restricciones que prohibían el comercio primero privado y luego

gubernamental. En 1757 Cantón era el único puerto desde el que se podía realizar comercio legal, como se quejaría Lord Macartney.

La exitosa reconstrucción del Gran Canal que unía el norte de China con los ricos campos de arroz del Yangtsé en 1411 fue un momento crucial, que señaló una necesidad muy reducida de transporte costero y, por tanto, también de una marina. Durante casi cuatro siglos y medio, desde la consolidación del Imperio Song hasta las notables expediciones marítimas de los primeros Ming (1405-33), China fue la nación marítima más grande del mundo, utilizando grandes barcos compartimentados (con hasta cuatro cubiertas y una docena de velas), gobernado por un timón de popa, guiado por cartas y brújula, y con capacidad para transportar 500 hombres. Los barcos utilizados por Zheng He para sus grandes viajes al sudeste asiático, el indio El océano y la costa oriental de África a principios del siglo XV eran, con diferencia, los más avanzados del mundo. Sin embargo, desde el momento en que se completaron los viajes, las proezas marítimas de China cayeron en un pronunciado declive. En 1436 se prohibió la construcción de barcos marítimos y se redujo el número de embarcaciones más pequeñas construidas. La razón de este creciente aislamiento e introspección no está del todo clara. Parecería que el fracaso en continuar con los grandes viajes de Zheng He fue el resultado de varios factores: un cambio político en la actitud de la dinastía Ming; el traslado de la capital imperial de Nanjing a Beijing en 1421, que provocó una mayor sensibilidad sobre la frontera norte y un menor interés en las prioridades oceánicas y costeras; y una creciente preocupación tanto por el coste de los viajes marítimos como por el relativo fracaso de las expediciones militares contra los mongoles en el norte. También existía la ansiedad de que los centros costeros, con sus vínculos con otras tierras, pudieran actuar como una alternativa fuente de poder, el mantenimiento del orden y el control social siempre ha sido una consideración primordial para los gobernantes chinos. Quizás también la creencia china subyacente de que su civilización era muy superior a la de los bárbaros (especialmente las culturas nómadas del norte que se intensificaron bajo los Ming en una reacción étnica al dominio mongol anterior) hizo que un país tan autárquico y aislacionista La vista parece natural.

Entre 1500 y 1800, el estancamiento dio paso a un vigoroso crecimiento económico y una prosperidad razonable. Hubo un aumento constante en el suministro de alimentos, debido a un aumento de la tierra cultivada, resultado de la migración y el asentamiento en las provincias occidentales y centrales, una mayor productividad (incluido el uso de nuevos cultivos como maíz y maní) y un mejor riego. Estos acontecimientos sostuvieron que la población de China se quintuplicó entre 1400 y 1800, mientras que entre 1300 y 1400 había disminuido bruscamente. El desempeño de China durante este período ha tendido a verse eclipsado por el dinamismo de la anterior revolución económica medieval; a diferencia de la dinastía Song, este crecimiento posterior se logró con relativamente pocos inventos nuevos. En el siglo XVIII, China siguió siendo la economía más grande del mundo, seguida de la India y Europa como actor secundario. Adam Smith, que veía a China como un ejemplo de desarrollo basado en el mercado, observó en 1776 que "China es un país mucho más rico que cualquier parte de Europa". De hecho, no fue hasta 1850 que Londres desplazó a Beijing como el la ciudad más grande del mundo.

Como vimos en el capítulo 2, Gran Bretaña pudo escapar de las crecientes limitaciones de recursos a finales del siglo XVIII desplegando los recursos de sus colonias, junto con un abundante suministro de carbón nacional accesible. Pero, ¿qué pasó exactamente con China, que no disfrutó de ninguna de las dos cosas? Es casi seguro que había suficiente

capital disponible, especialmente teniendo en cuenta las cantidades relativamente pequeñas involucradas en el despegue de la industria algodonera en Gran Bretaña. Aunque los comerciantes chinos no disfrutaban del mismo tipo de estatus independiente y privilegiado que disfrutaban en Gran Bretaña, estando siempre subordinados a la burocracia y a la nobleza terrateniente, eran ampliamente respetados y disfrutaban de una riqueza creciente y un poder considerable. Es posible que haya habido bastante menos protección de la inversión en comparación con Europa, pero aun así había muchas empresas chinas muy grandes. Los mercados de China no eran menos sofisticados que los de Europa y estaban establecidos desde hacía mucho más tiempo. Mark Elvin sostiene que la razón del fracaso de China fue lo que él describe como una "trampa de equilibrio de alto nivel". La escasez de recursos de China en sus zonas densamente pobladas se hizo cada vez más aguda: había una creciente falta de madera, combustible, fibras para ropa, animales de tiro y metales, y había una creciente escasez de buenas tierras de cultivo. La deforestación frenética continuó durante todo el siglo XIX y en algunos lugares la escasez de madera era tan grave que las familias quemaban poco más que estiércol, raíces y cáscaras de maíz. En provincias como Henan y Shandong, donde los niveles de población eran más densos, la cubierta forestal cayó a entre el 2 y el 6 por ciento de la superficie terrestre total, lo que representaba entre una doceava y una cuarta parte de los niveles en países europeos como Francia en ese momento. La presión sobre la tierra y otros recursos fue impulsada por el crecimiento continuo de la población en una situación de relativa estasis tecnológica. Al carecer de un imperio ultramarino ricamente dotado, China no tenía medios exógenos para sortear las crecientes limitaciones. Con el precio de la mano de obra cayendo, los márgenes de beneficio disminuyendo y los mercados estáticos, no había ningún incentivo para invertir en maquinaria que ahorrara mano de obra; en cambio, se primaba la conservación de recursos y capital fijo. En tal situación había pocas razones para emprender el tipo de salto tecnológico al sistema fabril que marcó la Revolución Industrial británica. En otras palabras, era racional que los chinos no invirtieran en maquinaria que ahorrara mano de obra. Como sostiene Elvin:

En el contexto de una civilización con un fuerte sentido de racionalidad económica, con una apreciación tal de la invención que se erigieron santuarios a los inventores históricos. . . y con notables dotes mecánicas, probablemente sea una explicación suficiente del retraso del avance tecnológico.

Por otra parte, con mercados en crecimiento y un costo de mano de obra en aumento, la inversión en maquinaria que ahorraba mano de obra era enteramente racional en el contexto británico y debía desatar un círculo virtuoso de invención, aplicación, mayor productividad laboral y crecimiento económico; en cambio, China siguió atrapada dentro de sus viejos parámetros. En Gran Bretaña, el sistema doméstico, basado en unidades de producción familiares en pequeña escala, resultó ser el precursor del sistema fabril. En China, donde esa industrialización rural estaba al menos tan desarrollada como en Gran Bretaña, no fue así. Si bien Gran Bretaña sugirió un vínculo causal entre los sistemas doméstico y fabril, esto no fue cierto en China: la industrialización rural generalizada no condujo a una revolución industrial china.

La diferencia más sorprendente entre Europa y China no estuvo en el momento de sus respectivas industrializaciones, que en términos históricos generales fueron similares,

separadas por apenas dos siglos, sino más bien en la disparidad entre el tamaño de sus sistemas políticos, que ha persistido durante al menos dos milenios y cuyos efectos han sido enormes. Es esto, sobre todo, lo que explica por qué Europa es un modelo tan pobre para entender a China. Después del colapso del Imperio Romano, Europa nunca más volvió a ser gobernada, a pesar de las ambiciones de Napoleón y Hitler, por un régimen imperial con capacidad para ejercer un control centralizado sobre más o menos todo el continente.

La autoridad política, en cambio, fue delegada a muchas unidades pequeñas. Incluso con la creación del moderno sistema de Estados-nación y la unificación de Alemania e Italia, Europa siguió caracterizándose por su división en un sistema multiestatal. Por el contrario, China conservó el sistema de Estado imperial que surgió después de la intensa competencia interestatal –el período de los Estados Combatientes– que terminó en el siglo III a. las dinastías mongol Yuan y Manchú Qing, varias fases de dominio extranjero. Aparte de la Mongolia Exterior, las fronteras de China hoy siguen siendo más o menos colindantes con las que el país adquirió durante el período de su mayor alcance geográfico bajo la dinastía Qing (1644–1912). El Estado de equilibrio de China ha sido el de un imperio agrario unificado, en contraste con Europa, que durante dos milenios ha sido una aglomeración de Estados.

De esto se desprende una diferencia fundamental en las actitudes chinas y europeas contemporáneas: mientras los chinos conceden mayor importancia a la unidad que literalmente a cualquier otra cosa, los europeos creen abrumadoramente en el Estado-nación más que en la soberanía europea, a pesar de la Unión Europea. La fuerza subyacente del deseo chino de unidad queda ilustrada por el hecho de que, si bien el ascenso del nacionalismo en Europa en el siglo XIX tuvo como resultado la desintegración de viejos imperios y la creación de muchos nuevos Estados, esto nunca ha ocurrido. , y no da señales de que vaya a suceder, en China. El compromiso chino con la unidad tiene tres dimensiones: la prioridad fundamental otorgada a la unidad tanto por el Estado como por el pueblo; el papel central que se espera del Estado para garantizar el mantenimiento de esta unidad; y un poderoso sentido de una identidad china común que sustenta este compromiso popular general con la unidad. Esta unidad nunca podría darse por sentada: China ha pasado alrededor de la mitad de su historia en diversos grados de división, lo cual, a la luz del tamaño y la diversidad del país (mucho mayor que el de Europa), no es sorprendente. Como resultado de su apego a la unidad, China ha escapado en gran medida de las guerras intraestatales que han marcado la historia de Europa durante muchos siglos, aunque sus períodos de desunión y fragmentación a menudo han acarreado un costo muy alto en términos de guerra y hambruna, especialmente por desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, cuando estaba crónicamente dividida. La frecuente experiencia de desunión de China y sus nefastas consecuencias han servido para reforzar su compromiso con la unidad, una tradición que comenzó con Confucio –quien, viviendo durante el período de los Estados Combatientes, fue testigo del enorme costo de la inestabilidad y el conflicto y predicó la importancia de la armonía.

Otra diferencia entre el Estado chino y los diversos Estados europeos fue que el primero nunca enfrentó la competencia de elites rivales que buscaban limitar su poder. A mediados del siglo X, las elites aristocráticas chinas habían sido destruidas, con la consecuencia de que ninguna elite disfrutaba de autoridad independiente del Estado. De hecho, ocurrió lo contrario: la elite burocrática disfrutaba de una autoridad incomparable y numerosos privilegios, y todas las demás elites dependían para su posición del

patrocinio del Estado. El mecanismo clave para la selección de la elite burocrática era el sistema de exámenes imperial, que había sido más o menos perfeccionado en la época de la dinastía Tang (618-907 dC). Aunque la nobleza disfrutaba de una ventaja en estos exámenes, estaban abiertos a una amplia muestra representativa de la sociedad y fueron el medio por el cual se amplió enormemente el reclutamiento para la élite imperial. El conocimiento de los clásicos confucianos formó el núcleo de los exámenes y sirvió, tanto para los candidatos exitosos como para los no exitosos, para articular y reforzar un conjunto común de valores. Mientras que en Europa las élites permanecieron relativamente autónomas, excepto en momentos extremos como la guerra, los chinos las élites fueron absorbidas por el Estado y se convirtieron efectivamente en parte de él, y a menudo fueron llamadas a actuar en su nombre. La burocracia imperial, bajo la égida del emperador, no enfrentó ningún desafío por parte de una Iglesia (después de la confiscación de propiedades budistas en el siglo IX), un poder judicial, una aristocracia terrateniente, el ejército o una burguesía urbana. La excepción más importante fue la tradición de los literatos, como el propio Confucio, a quienes se les dio licencia para escribir cosas críticas siempre que, de hecho, se alejaran de la sociedad cotidiana.

Por lo tanto, el Estado chino nunca estuvo limitado por elites de poder independientes a la manera de Europa: disfrutó de una autoridad universal e indiscutible. Si bien las fronteras entre el Estado y la sociedad en Europa estaban claramente delineadas y constantemente cuestionadas, no fue así en China, donde las fronteras permanecieron borrosas y difusas, como todavía lo están hoy: no ha habido necesidad de definir las fronteras porque no hay grupos sociales competitivos. Dada la naturaleza no conflictiva de las relaciones Estado-élite, las fronteras entre Estado y sociedad estaban determinadas por cuestiones prácticas de organización y limitaciones de recursos. En Europa, por el contrario, las elites autónomas y competidoras –nobles, clérigos y burgueses– lucharon para limitar el poder del Estado. Mientras que en Europa la lucha entre el Estado y las elites estaba íntimamente ligada tanto a la Iglesia como a la clase, en China la diferenciación funcional entre eruditos, campesinos, comerciantes y no se tradujeron en bases de poder independientes o voces institucionalizadas.

Con un territorio tan vasto que gobernar, el Estado chino no podía depender, y no dependía, única o principalmente de la coerción física para el ejercicio de su gobierno.⁴⁴ No habría sido factible ni viable: los recursos necesarios eran demasiado enormes. De hecho, en comparación con Japón, el ejército permaneció sorprendentemente ausente de la vida china, al menos hasta principios del siglo XX. En cambio, el poder del Estado se ha basado principalmente en el consentimiento reforzado por formas de coerción. El Estado chino hizo todo lo posible, tanto en el período Ming como en el Qing, para inculcar en la población un sentido de valores compartidos y de una cultura basada en los principios confucianos. Aquí se produjo otro contraste con Europa, donde tales asuntos no se consideraban responsabilidad del Estado y, hasta finales del siglo XIX, se dejaban en manos de la Iglesia. El Estado chino vio la instrucción moral, tanto entre la gente común y las élites, como algo deseable en sí mismo y también como medio para ejercer el control social. Para las élites, el Estado exigía que los clásicos confucianos se enseñaran en las escuelas, así como como preparación para los exámenes imperiales. Promovió conferencias para la gente común sobre las virtudes del comportamiento confuciano, y los edictos imperiales adoptaron con frecuencia un tono moral en cuestiones como la jerarquía social y el pago de impuestos. El Estado también buscó promover el culto a determinadas deidades, al mismo tiempo que desalentaba aquellas que consideraba fuentes potenciales de malestar social. En estos asuntos, con la

excepción del control religioso, estaba muchos siglos por delante de los europeos. Estados, que sólo comenzaron a preocuparse por tales cuestiones después del surgimiento del Estado-nación moderno y el nacionalismo concomitante a finales del siglo XIX. Como sugiere el historiador Bin Wong: "Desde una perspectiva china, la falta de preocupación por la educación y el adoctrinamiento moral en Europa constituye una limitación básica del gobierno europeo, no menos importante que la ausencia de instituciones políticas representativas en China". Lo mismo puede decirse de la manera en que el Estado chino, como es natural, se dedicó a vigilar a la población –mediante el registro y otros medios– para poder anticipar mejor las fuentes de insatisfacción y posible malestar. 48. Un mecanismo crucial en el ejercicio del control social fueron los clanes o linajes, que eran –e incluso siguen siendo– mucho más importantes en China de lo que eran en general en Europa. Se trataba de enormes grupos de parentesco extendido, cuyos orígenes se remontaban a un ancestro masculino común (en la época de la Revolución de 1949 todavía había menos de 500 apellidos en China), y se basaban en una membresía formal. Disfrutaban de una enorme autoridad, con el poder de expulsión y la consiguiente amenaza de ostracismo social.

El Estado imperial era consciente de la importancia del buen gobierno y de la necesidad de moderación. Esta noción de buen gobierno estaba íntimamente ligada a la tradición confuciana, con su énfasis en la responsabilidad moral de los gobernantes: una característica constante del gobierno imperial, por ejemplo, fue el reconocimiento de que los impuestos debían mantenerse bajos para que los campesinos pudieran prosperar, se promovería la armonía y se evitaría la resistencia y la rebelión.⁵¹ Tampoco había una ausencia total de rendición de cuentas: el gobierno imperial siempre estuvo atormentado por la posibilidad de que el mandato del Cielo, y por lo tanto su derecho a gobernar, pudiera ser retirado. Durante la dinastía Zhou (1100-256 a. C.), los emperadores afirmaron por primera vez que su autorización para gobernar procedía de una deidad más amplia e impersonal, el Cielo (tian), cuyo mandato (tianming) podía conferirse a cualquier familia moralmente respetada y digna de la responsabilidad. Esta doctrina proclamaba la responsabilidad del gobernante ante una fuerza moral suprema que guía a la comunidad humana. El concepto chino del Cielo difería del concepto occidental de un universo creado y controlado por un poder divino. Para los chinos, el Cielo era visto como superior a cualquier cosa en la Tierra, pero no se lo consideraba el creador del universo ni se lo visualizaba en términos concretos. A diferencia del ascenso de un gobernante occidental a través de la doctrina del derecho divino de los reyes, que se basaba únicamente en el nacimiento, el mandato chino del Cielo estableció criterios morales para mantener el poder, lo que permitió a los chinos distanciarse de sus gobernantes y especular sobre sus virtudes y idoneidad. Una sucesión de malas cosechas, o una pobreza creciente, o una serie de desastres naturales como inundaciones y terremotos, podrían poner en duda en la mente del pueblo el derecho de un emperador en particular a continuar su gobierno: tal La creciente crisis de legitimidad podría provocar y sostener enormes levantamientos populares; el último gran ejemplo fue el levantamiento Taiping contra la dinastía Qing a mediados del siglo XIX, cuando decenas de millones llegaron a creer que el mandato del Cielo había sido retirado.

El papel moral que asumió el Estado chino fue sólo un aspecto de una concepción muy amplia de cómo concebía sus responsabilidades. El mandato del Cielo significó que el Estado se sintió obligado a intervenir en cuestiones ecológicas y económicas y también en garantizar el sustento de la gente. Un ejemplo sorprendente fue la forma en que los Qing durante el siglo XVIII administraron las reservas de graneros para garantizar que

las leyes locales de oferta y demanda funcionaran de una manera razonablemente aceptable y produjo una relativa estabilidad de precios, una práctica que se remontaba mucho antes a la dinastía Yuan (1271-1368) e incluso antes. El Estado también asumió la responsabilidad de lo que eran, según los estándares de la época, enormes proyectos de infraestructura, como el mantenimiento del río Amarillo para evitar inundaciones y la construcción del Gran Canal, que se completó a principios del siglo VII. En cada uno de estos aspectos, el Estado chino fue muy diferente de los estados europeos en que asumió funciones que estos últimos sólo considerarían áreas legítimas de preocupación muchos siglos después. Entonces, también en estos casos los acontecimientos en China prefiguraron los de Europa y confunden la idea de una única vía eurocéntrica de desarrollo que otros Estados están destinados a seguir. En todo caso, todo lo contrario: el Estado chino adquirió muchas de las características de un Estado moderno, entre ellas una burocracia a gran escala, mucho antes, en un mapa temporal europeo, de lo que debería haberlo hecho. Es más, las fuerzas que posteriormente impulsaron la expansión del Estado-nación en Europa a partir del siglo XVII –las exigencias de la guerra, la necesidad de ingresos y la demanda de representación política– eran muy diferentes de los factores que dieron forma al régimen imperial de China. A diferencia de Europa, donde ningún Estado dominaba, China disfrutó de un poder abrumador sobre sus vecinos durante más de un milenio, mientras que la representación política seguiría siendo un concepto extraño, incluso después de la Revolución de 1911 y la caída de la dinastía Qing. Las dinámicas de creación del Estado en China y Europa fueron profundamente diferentes en casi todos los aspectos importantes.

Implosión e Invasión

Los problemas que enfrentó la dinastía Qing (1644-1912) comenzaron a acumularse en las primeras décadas del siglo XIX. Su primera prueba de lo que le esperaba fue su derrota ante Gran Bretaña en la Primera Guerra del Opio (1839-1842). Luego, hacia mediados de siglo, cuando las dificultades económicas comenzaron a aumentar, los Qing se vieron sacudidos por una serie de revueltas locales junto con cuatro rebeliones importantes: una rebelión musulmana en Yunnan, en el suroeste (1855-73), otra rebelión musulmana por parte de aquellos de ascendencia turca en el noroeste (1862-73), la rebelión Nien en el norte (1853-68) y el levantamiento de Taiping (1850-64).⁵⁷ De estos, el Taiping fue con diferencia el más grave. Con la confianza en el régimen imperial sacudida por su derrota a manos de los británicos en la Guerra del Opio junto con las graves inundaciones y la hambruna de 1848-1850, las condiciones eran propicias para la rebelión. El levantamiento de Taiping comenzó en el sur de China y arrasó gran parte de la rica región del bajo Yangtsé antes de desplazarse hacia el norte y el oeste y amenazar a Beijing: se estima que el levantamiento provocó la muerte de entre 20 y 40 millones de personas. El historiador Paul Cohen describe la ideología de los Taiping como "una extraña alquimia de cristianismo evangélico, comunismo primitivo, puritanismo sexual y utopismo confuciano". Inicialmente obtuvo un apoyo considerable de varias minorías étnicas del sur que habían emigrado del norte, especialmente los hakka, y contenía un elemento fuertemente antimanchú (la dinastía Qing era de Manchuria). El resultado permaneció incierto durante varios años, y la rebelión sólo fue aplastada finalmente por el levantamiento de nuevos ejércitos por parte de los Qing y el apoyo de tropas británicas y francesas. Aunque la capacidad última de los Qing para

triunfar indicaba que todavía eran una fuerza robusta y poderosa, su autoridad moral había sido seriamente socavada y nunca fue restaurada.

Tras la derrota del levantamiento Taiping, los problemas planteados por la creciente ambición y agresión occidentales comenzaron a ocupar un lugar central en las décadas de 1870 y 1880. La Primera Guerra del Opio, en la que los Qing trataron sin éxito de resistir las demandas británicas de permitir el importación de opio cultivado en India, condujo al Tratado de Nanjing. Este fue el primero de los llamados tratados desiguales y resultó en la imposición de reparaciones, la pérdida de Hong Kong y la creación de cuatro puertos tratados en que los británicos disfrutaron de concesiones especiales. El impacto de la derrota, sin embargo, fue limitado. La dinastía Qing no se vio obligada a repensar sus actitudes a la luz de su derrota: el Estado imperial, de hecho, siguió percibiendo a los británicos en términos bastante similares a los que consideraba a otros extranjeros, ya fueran los pueblos del norte, las estepas y Asia Central, o sus numerosos estados tributarios en Asia Oriental, como Corea y Vietnam. El sentido de superioridad y confianza en sí mismos de China permaneció obstinado. Esta situación comenzó a cambiar con la Segunda Guerra del Opio (1857-1860), que culminó con el saqueo e incendio del Palacio de Verano en Beijing por tropas británicas y francesas y el resultante Tratado de Tianjin y las Convenciones de Beijing. Estos establecieron toda una serie de nuevos puertos tratados en los que se concedía extraterritorialidad a los ciudadanos occidentales; se concedió el derecho a bases militares extranjeras; a los misioneros se les dio libertad para viajar por el interior; y se impusieron nuevas reparaciones. Como resultado, China comenzó a perder control sobre aspectos importantes de su territorio. En 1884, los franceses lograron aplastar a la marina china en una lucha por la influencia sobre Vietnam, que había sido durante mucho tiempo parte del sistema tributario chino pero que estaba siendo colonizado por Francia. La batalla naval reveló la alarmante disparidad entre el poder de una nación industrial europea avanzada, incluso tan lejos de su base, y el de una China abrumadoramente agraria. El buque insignia chino fue hundido por torpedos en el primer minuto de batalla; en menos de una hora todos los barcos chinos habían sido destruidos y el camino estaba despejado para que Francia tomara el control de Indochina.

El punto de inflexión decisivo fue la guerra chino-japonesa de 1894, que, al igual que la guerra con los franceses, se refería a la influencia de China sobre sus Estados tributarios, en este caso Corea, que durante muchos siglos había sido uno de los Estados tributarios más cercanos a China. Los chinos sufrieron una derrota humillante a manos de su vecino cada vez más agresivo y en rápida industrialización y, en el Tratado de Shimonoseki, se vieron obligados a pagar enormes reparaciones, que equivalían a tres veces los ingresos anuales del gobierno. Corea se convirtió efectivamente en un protectorado japonés, aunque no formalmente hasta 1915, China perdió Taiwán y parte del sur de Manchuria, se crearon otros cuatro puertos tratados y Japón ganó el derecho a construir fábricas y otras empresas en uno de los ahora numerosos puertos tratados. . La victoria de Japón también fue la ocasión para nuevas exigencias de las potencias occidentales y una serie de nuevas concesiones por parte de una China incapaz de resistir. A principios de siglo, la soberanía de China se había visto gravemente restringida por la creciente presencia de Gran Bretaña, Francia, Japón, Alemania, Estados Unidos, Bélgica y Rusia en territorio chino.

El levantamiento de los bóxers de 1900, que recibió el apoyo tácito de la emperatriz viuda Cixi, que ejerció el poder de facto sobre el gobierno Qing entre 1861 y 1908, fue ocasionado por un creciente sentimiento antioccidental y dio lugar a ataques

generalizados contra misioneros extranjeros y otros miembros occidentales. - Erners. Finalmente, un ejército extranjero conjunto compuesto por tropas británicas, japonesas, francesas y estadounidenses marchó sobre Beijing, reprimió el levantamiento y luego procedió a establecerse en la Ciudad Prohibida durante más de un año. Se obtuvieron más concesiones de las autoridades chinas, incluida otra ronda de reparaciones. Aunque China no fue colonizada, en realidad se convirtió en una semicolonias, con tropas extranjeras libres para vagar por su territorio, los puertos del tratado parecían microcolonias, los misioneros gozaban de licencia para hacer proselitismo con los valores occidentales dondequiera que fueran, y las compañías extranjeras podían establecerse. - filiales españolas sin apenas impuestos ni derechos. China fue humillada y empobrecida. Sin embargo, el hecho de que nunca se convirtiera en colonia, a pesar de que más tarde los japoneses ocuparían Manchuria y luego conquistarían tierras mucho más al sur, fue de gran importancia para la capacidad de China de revivir después de 1949.

La impotencia de China ante la creciente intervención extranjera estimuló un movimiento de reforma destinado a modernizar el país. Sin embargo, a diferencia de Japón, no logró lograr nada parecido a un consenso y su base nunca se extendió más allá de una pequeña elite, con la consecuencia de que la reforma fue siempre un proceso vacilante y fragmentado. Fue impulsado por un pequeño círculo de funcionarios imperiales, junto con varios escritores y eruditos, como Kang Youwei, un hombre bien conectado y experto en mostrar cómo las nuevas formas de pensar eran compatibles con los textos confucianos tradicionales. El gobierno imperial en su mayor parte no entendieron ni aceptaron la necesidad, y mucho menos la urgencia, de la modernización, y permanecieron pasivos o se opusieron activamente, a diferencia de lo que ocurrió después de 1868 en Japón, donde el Estado era el agente clave de la modernización. No obstante, hubo algunas reformas de las fuerzas armadas y de varios ministerios, incluido el establecimiento por primera vez de una presencia diplomática en grandes capitales como Londres y París, mientras que el plan de estudios educativo se revisó después del cambio de siglo para incluir disciplinas occidentales. En 1898, el movimiento reformista alcanzó su apogeo cuando finalmente recibió la bendición formal de la jerarquía imperial, pero el imprimatur sólo duró unos pocos meses.

Uno de los principales problemas que enfrentaron los reformadores fue que la modernización quedó íntimamente asociada con Occidente en un momento en que este último estaba colonizando y humillando al país: lejos de ser vistos como patriotas, se les consideraba contaminados por Occidente o, peor aún, como patriotas. , como traidores. Como resultado, la creciente hostilidad entre los chinos hacia Occidente iba en contra del proceso de reforma. El hecho de que China disfrutara de un sistema de gobierno tan unitario y centralizado también conspiró para inhibir y sofocar el desarrollo de impulsos reformistas alternativos, a diferencia de Japón, donde la autoridad estaba más dispersa. Este problema se vio agravado por la hegemonía de la que disfrutaba el pensamiento confuciano, que hizo muy difícil que otras formas de pensar ganaran terreno e influencia. Hasta alrededor de 1900, la idea de reforma prácticamente siempre se articuló dentro de un marco confuciano, con una insistencia en la distinción entre la "esencia" china y el "método" occidental (o, en la famosa frase de Zhang Zhidong (1837-1909), "la esencia" china. aprendizaje para los principios esenciales, aprendizaje occidental para las aplicaciones prácticas"). Después del cambio de siglo, otros modos de pensamiento comenzaron a adquirir cierta fuerza, incluidas las ideas socialistas y marxistas entre sectores de la intelectualidad, un proceso que culminó en la Revolución

de 1911 se inspiró en gran medida en el pensamiento occidental. Aunque el confucianismo ciertamente declinó durante este período, no murió. Tampoco debe considerarse que haya sido, o sea, intrínsecamente incompatible o fundamentalmente antitético con el cambio y la reforma. Sin embargo, necesitaba urgentemente una revitalización a través de un proceso de fertilización cruzada con otras formas de pensar, como le había sucedido en períodos anteriores de la historia con el budismo y el taoísmo.

En los primeros años del siglo XX, la dinastía Qing enfrentó una crisis de autoridad cada vez más intensa. Obligado constantemente a buscar la aprobación de las potencias ocupantes, disfrutó sólo de una soberanía muy limitada sobre su territorio. Su situación económica, exacerbada por las enormes reparaciones que se vio obligado a pagar, que obligaban al gobierno a depender de préstamos de bancos extranjeros para cumplir con sus obligaciones, significaba que se encontraba permanentemente en situación de crisis y graves dificultades financieras. Los ejércitos de los que había dependido para aplastar las diversas rebeliones, en particular el levantamiento de Taiping, se comportaron de una manera cada vez más independiente, y el régimen enfrentó un creciente descontento y desilusión entre sectores crecientes de la población, con una creciente marea de sentimiento antimanchú o dirigido contra los Qing. Los Qing finalmente cayeron tras la Revolución de 1911, después de 266 años en el poder, poniendo fin a más de dos milenios de gobierno dinástico: el sistema político más duradero de la historia mundial. Fue reemplazado por el gobierno republicano de Sun Yat-sen, pero, lejos de marcar el comienzo de una era nueva y más esperanzadora, el régimen de Sun resultó ser el prelude de una mayor balcanización de China, en la que la soberanía limitada dio paso a algo mucho peor: una soberanía múltiple y dividida crónica. El Partido Kuomintang (o Nacionalista) de Sun Yat-sen se encontraba en una situación muy débil, sin tropas a su mando ni aparato estatal eficaz a su disposición. Intentó llegar a un acuerdo con el señor militar más poderoso del país, Yuan Shih-kai, pero el resultado fue convertir a Yuan en el verdadero poder del país y dejar de lado a Sun. Después de la muerte de Yuan en 1916, los gobernadores militares que había instalado en las provincias se pelearon y se repartieron China entre ellos, con el apoyo de varias potencias extranjeras. Los años 1916-28 fueron el período de caudillismo. No sólo el país estaba ahora –de facto si no de jure– dividido, sino que también, por primera vez en muchos siglos, el poder militar, junto con la continua presencia extranjera, se convirtió en el árbitro del futuro de China.

Sólo entre 1928 y 1937, cuando Chiang Kai-shek, heredero de los señores de la guerra y líder del Partido Nacionalista, posición que heredó de Sun Yat-sen, se convirtió en líder y dictador efectivo de China, China estuvo relativamente unida. Pero incluso el poder de Chiang Kai-shek estaba circunscrito por una combinación de la ocupación japonesa del noreste, la presencia de otras potencias extranjeras y su falta de apoyo en las zonas rurales, junto con la oposición de los ejércitos comunistas en el sur (hasta que los expulsó a principios de la década de 1930), seguida de su Gran Marcha alrededor de China en 1934-1935, cuando intentaron evadir la ofensiva nacionalista contra ellos. El país se enfrentaría a un nuevo trauma en 1937 con los japoneses hacia el sur desde su bastión en el noreste y su toma de las fértiles provincias orientales de China, donde se encontraba la mayor parte de la industria. La brutalidad de la colonización japonesa, simbolizada por la masacre de Nanjing en diciembre de 1937, cuando las tropas japonesas mataron a muchas decenas de miles de civiles y soldados chinos (y posiblemente hasta 300.000), dejó una impresión duradera en los chinos y ha continuado

hasta el día de hoy. Chiang pagaría ahora un alto precio por su anterior preocupación por la derrota de los comunistas y por su incapacidad para ofrecer una resistencia seria a la ocupación japonesa del noreste. Después de 1937, fueron los comunistas los que fueron vistos como los patriotas, los abanderados de la lucha contra los japoneses y por la independencia de China. En la Revolución de 1949, el Partido Comunista dirigido por Mao Zedong finalmente tomó el poder. A diferencia de la Revolución de 1911 –que en la práctica resultó ser una de las comas de la historia, el preludio de casi cuatro décadas de autoridad dividida y ocupación extranjera–, 1949 resultó ser el punto de inflexión decisivo.

De este período tan amargo, uno queda con dos preguntas cruciales: ¿por qué China, aunque crónicamente dividida, nunca se separó? ¿Y por qué –a pesar de todo– el impacto de la ocupación occidental y japonesa resultó relativamente limitado, al menos a largo plazo?

En el período 1911-1949, la posibilidad de que China se dividiera era muy real: en tres ocasiones, entre 1911 y 1916, las provincias declararon su independencia del gobierno central. Sin embargo, esto se hizo en respuesta a acciones particulares del gobierno central y no como una cuestión de principios. En la práctica no había identidades alternativas lo suficientemente fuertes como para proporcionar una base viable para la formación de estados separatistas. Hubo dos excepciones a esto: la presión finalmente exitosa para una Mongolia Exterior independiente entre 1933 y 1941, y la independencia de facto disfrutada por partes del Tíbet entre 1913 y 1933. Pero en el vasto corazón de China no hubo tal movimiento por el separatismo o la independencia alguna vez adquirió alguna fuerza seria. La identidad china Han, reforzada por nuevas formas de expresión antimanchú de finales del siglo XIX, era simplemente demasiado fuerte y demasiado exclusiva, mientras que las identidades provinciales permanecieron mal formadas y nunca adquirieron aspiraciones nacionalistas. Además, cuando China entró en el moderno sistema de Estado-nación dominado por Occidente, experimentó los efectos vinculantes del nacionalismo moderno: se reforzó el sentido centenario de identidad y cohesión cultural, nacido de un tipo único de civilización agraria por un profundo sentimiento de agravio engendrado por la ocupación extranjera.

Finalmente, ¿por qué los efectos de la ocupación extranjera fueron relativamente limitados cuando en otros lugares –África y Oriente Medio, más obviamente– resultaron tan duraderos? La inmensidad de China hizo que colonizar su totalidad, o incluso la mayor parte, fuera una tarea enorme en la que Gran Bretaña y Estados Unidos no veían ninguna ventaja, aunque Japón y algunas de las otras naciones europeas favorecían tal enfoque;⁸⁰ como consecuencia, la mayor parte del país permaneció bajo soberanía china. Aparte de Manchuria, fueron en gran medida los numerosos puertos del tratado los que experimentaron una ocupación extranjera sostenida y éstos eran, de hecho, pequeños enclaves (aunque, con diferencia, las partes más avanzadas del país) rodeados por el enorme interior rural de China. Esto no pretende restar valor ni subestimar el grado en que el país fue socavado y desmembrado por la ocupación extranjera, pero estuvo muy por debajo del tipo de colonización experimentado en África, por ejemplo. El hecho de que antes de 1800 China fuera una economía agraria avanzada, con una industrialización rural generalizada, una comercialización considerable y mercados sofisticados, significó que una vez que la ocupación extranjera llegara a su fin, China podría aprovechar esta cultura, conocimiento y tradición para su industrialización. Además, China disponía del Estado y del arte de gobernar más antiguos y sofisticados del mundo, un enorme recurso que la China posterior a 1949 pudo utilizar con gran

efecto. Esto contrastaba notablemente con el África poscolonial y el Medio Oriente, donde los Estados modernos tuvieron que crearse más o menos desde cero. Finalmente, el poderoso sentido de identidad china ayudó a China a resistir muchos de los efectos culturales y psicológicos más negativos del colonialismo occidental y japonés. Los chinos siguieron siendo amargamente hostiles hacia la presencia de las potencias occidentales y los japoneses, y se sintieron profundamente humillados por las concesiones que se vieron obligados a hacer; esto era muy diferente de la India, por ejemplo, que aprendió a adaptarse a la presencia de los británicos. A pesar de todo, los chinos nunca perdieron su sentido interno de confianza en sí mismos –o sentimiento de superioridad– acerca de su propia historia y civilización. No obstante, la magnitud del sufrimiento y la dislocación de China en el siglo de humillación ha tenido un efecto profundo y de largo plazo en la conciencia china, que persiste hasta el día de hoy.

DESPUÉS DE 1949

En 1949, China había sufrido una soberanía cada vez más atenuada durante más de un siglo. Después de 1911 había experimentado no sólo una soberanía limitada sino también, de hecho, una soberanía múltiple, con el gobierno central obligado a compartir la autoridad tanto con las potencias ocupantes (es decir, el colonialismo múltiple) como con varios rivales internos. La mayoría de los países habrían considerado inaceptable una situación así, pero para China, con su imponentemente larga historia de independencia y con una tradición de un sistema estatal unitario que se remonta a más de dos milenios, esta situación era intolerable y carcomía el sentimiento de orgullo del país. Los comunistas se enfrentaron a tres tareas interrelacionadas: el retorno de la soberanía del país, la reunificación de China y la restauración del gobierno unitario. Aunque los comunistas habían desempeñado un papel clave en la resistencia contra los japoneses, fue la rendición japonesa al final de la Segunda Guerra Mundial lo que obligó a su salida de China. En 1949, con la derrota de los nacionalistas por los comunistas en la Guerra Civil, el país finalmente se reunificó (con la excepción de los "territorios perdidos", a saber, Taiwán, Hong Kong y Macao). La clave del apoyo del que disfrutó el régimen comunista después de 1949 –y, de hecho, incluso hasta el día de hoy– reside, sobre todo, en el hecho de que restauró la independencia y la unidad de China. Fue el mayor logro individual de Mao. .

Después de los estragos de los cuarenta años anteriores, la desintegración del Estado imperial y el fracaso de los nacionalistas, los comunistas tuvieron que afrontar la enorme tarea de establecer un nuevo sistema de gobierno. China, desde el ascenso de Occidente, se había enfrentado a una serie de opciones estratégicas relativas a su modernización: podía reformar las instituciones imperiales tradicionales, lo que se intentó sin éxito antes de 1911; podía imitar el modelo occidental, experimento que fracasó estrepitosamente entre 1911 y 1949; o podría desarrollar nuevas instituciones, basándose en ejemplos extranjeros, cuando fuera apropiado, así como en el pasado. Este último, de hecho, se convirtió en el proyecto comunista, cuya inspiración se buscó en parte en la Unión Soviética, aunque el maoísmo fue en gran medida un proyecto interno en lugar de una importación extranjera. Los comunistas ya habían adquirido cierta experiencia inicial de gobierno en las áreas sobre las cuales habían disfrutado de autoridad limitada a finales de los años veinte y principios de los treinta, luego en el territorio en expansión que controlaban durante la resistencia contra la ocupación japonesa después de 1937, y finalmente en las regiones que gobernaron durante la Guerra Civil entre 1945 y 1949.

Uno de los problemas clave que enfrentaron tanto el Estado imperial tardío como los nacionalistas, bajo Sun Yat-sen y luego Chiang Kai -shek, fue una pérdida de control sobre los ingresos del gobierno. La República Popular China, como se conocía al nuevo régimen, rápidamente reafirmó el control central sobre los ingresos y desembolsos. Aunque el gasto real de los ingresos iba a permanecer en manos locales, como lo había estado desde el siglo XVIII, el gobierno central una vez más determinó cómo debían usarse; En este sentido, hubo una fuerte continuidad con el Estado imperial tardío.⁹¹

La columna vertebral del nuevo sistema gobernante era el Partido Comunista. En muchos aspectos, demostró ser un mecanismo muy eficaz para gobernar, ciertamente en comparación con el Estado imperial tardío y los nacionalistas. La figura clave fue Mao Zedong. A pesar de sus colosales abusos de poder, que provocaron la muerte de millones de personas, como arquitecto de la revolución y fundador de una China independiente y unificada, desempeñó un papel central en el mantenimiento de la popularidad y la legitimidad del nuevo régimen, y sigue siendo incluso hoy, una figura venerada a los ojos de muchos chinos, incluso más que Deng Xiaoping, quien presidió el período de reformas desde 1978. Antes de 1949, la principal base de apoyo del Partido Comunista residía entre el campesinado, que constituía la abrumadora mayoría de la población, más que en las ciudades, donde los nacionalistas eran fuertes. Esto era muy diferente de los bolcheviques en la URSS, cuyo apoyo se concentraba en las ciudades y era muy débil en el campo. La fuerza y resistencia subyacentes del nuevo régimen quedaron demostradas por la capacidad del Partido Comunista para renovarse después de la muerte de Mao. A pesar de las calamidades del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, de las cuales Mao había sido responsable, el Partido Comunista logró restaurar su legitimidad entre el pueblo y luego embarcarse en un tipo de economía económica muy diferente, que condujo a un período sostenido de crecimiento económico extremadamente rápido y a una transformación notable de la situación y las perspectivas de China.

Los juicios sobre la era posterior a 1949 –tanto en China como en Occidente, aunque de diferentes maneras– han puesto un énfasis abrumador en hasta qué punto representó un nuevo punto de partida, una ruptura en la continuidad y la tradición de China. Las razones de esto no son difíciles de entender. Los comunistas chinos –al igual que la tradición comunista en general– intentaron subrayar hasta qué punto representaban un tipo de régimen completamente nuevo que marcaba una ruptura total con el pasado. Después de todo, de eso se supone que se tratan las revoluciones, especialmente las revoluciones socialistas. El Partido Comunista dirigió su veneno contra muchas tradiciones chinas, desde la prolongada opresión de las mujeres hasta las nociones confucianas de jerarquía, y llevó a cabo una amplia reforma agraria en nombre de la lucha de clases. Mientras tanto, Occidente, con excepción de un breve período durante la Segunda Guerra Mundial, ha considerado, más o menos desde la Revolución de Octubre de 1917, a los regímenes comunistas como la encarnación del diablo. Como resultado, se ha hecho muy poco intento por comprenderlos en su contexto histórico y cultural, para apreciar las continuidades con la historia anterior y no sólo las discontinuidades. En resumen, por muchas razones, ha habido una tendencia a pasar por alto las poderosas líneas de continuidad entre la China posterior a 1949 y el período dinástico. Como señala Bin Wong, si bien las diferencias manifiestas entre la ideología confuciana y comunista son claras (jerarquía versus igualdad, conservadurismo versus radicalismo, armonía versus conflicto), también existen similitudes importantes entre las dos tradiciones. Como en el período maoísta, por ejemplo, la tradición confuciana también enfatizó la necesidad de reducir la desigualdad, limitar el tamaño de las propiedades y

redistribuir la tierra. De manera similar, como comentamos anteriormente, la responsabilidad del Estado de moldear la perspectiva del pueblo es una antigua tradición china, que los comunistas simplemente han perpetuado en una forma distintiva. Lo mismo puede decirse del papel del Estado en la seguridad económica y social, que los comunistas continuaron durante el período maoísta en la forma del "cuenco de arroz de hierro", en el que las empresas estatales debían proporcionar a sus empleados vivienda, educación y salud, así como empleo de por vida.

También existen paralelos políticos. Tanto el modo de gobierno confuciano como el comunista implicaban un contrato implícito entre el pueblo y el Estado: si el Estado no cumplía con sus obligaciones, los campesinos tenían, según Mencio (551-479 a. C.; el principal discípulo de Confucio), un derecho a rebelarse. En la era imperial esto tomó la forma de un mandato del Cielo; en la era comunista se expresó, en nombre de la lucha de clases, en el derecho del proletariado a resistir y derrotar a la burguesía, que durante la era maoísta fue el pretexto para las muchas movilizaciones de masas de arriba hacia abajo que eventualmente culminaron en El propio asalto de Mao al Estado comunista en la enormemente destructiva Revolución Cultural. La relación entre Estado y sujeto en ambas tradiciones era autoritaria y jerárquica, y muy diferente de la tradición occidental con su narrativa de derechos políticos e instituciones representativas formales. Hay otros ejemplos de continuidad. Ante el problema del abismo entre las ciudades y el campo, ambos reconocieron la necesidad de gobernarlos de manera diferente. Mientras que la tradición confuciana reclutó a una élite gobernante formada por personas altamente educadas y alfabetizadas mediante el sistema de exámenes imperial, los comunistas, enfrentados con la misma tarea, utilizaron al Partido como medio de reclutamiento para el Estado. Finalmente, tanto en la tradición comunista como en la confuciana, las élites eran vistas como un apéndice del Estado más que como grupos independientes con sus propias formas de organización y poder. La ausencia de una sociedad civil y un ámbito público autónomo en la China comunista no es un fenómeno nuevo: China nunca ha tenido ninguno de los dos.

Existen, por tanto, poderosas continuidades entre la tradición comunista y la historia dinástica. La República Popular China es una parte integral de la historia china y sólo puede entenderse en ese contexto. El historiador Wang Gungwu sostiene que el nuevo Estado comunista fue "un reemplazo del antiguo Estado-emperador" y que "Mao Zedong efectivamente restauró la idea de de un emperador-fundador carismático y se comportó, y fue tratado en gran medida, como un emperador sin límites a su poder. Suisheng Zhao plantea un punto similar de manera bastante diferente:

Se forjó un Estado-nación chino bajo el liderazgo del Partido Comunista y la guía del marxismo. Sin embargo, tenía mucho más que ver con el nacionalismo chino, con la reafirmación de la antigua gloria y la futura modernización de China, que con los principios universales del comunismo.

Como veremos en la segunda parte, los contornos de la modernidad china llevan la huella no sólo del presente comunista sino, mucho más fuertemente, de la del pasado chino.

DESPEGUE ECONÓMICO

En última instancia, China se vio socavada en el siglo XIX por su incapacidad para

industrializarse más o menos al mismo tiempo que las potencias occidentales y Japón. Alrededor de 1860 hubo ejemplos significativos de desarrollo industrial chino que eran comparables a los de Japón, especialmente en Shanghai.⁹⁸ Pero, dado el enorme tamaño de China, eran demasiado limitados y demasiado dispersos. China, sobre todo, carecía de dos ingredientes cruciales de la modernización de Japón: un Estado modernizador fuerte y un sector agrario próspero que pudiera generar los excedentes necesarios para financiar la industrialización. En la segunda mitad del siglo XIX, la agricultura china se estancó o incluso retrocedió como resultado de la destrucción provocada por la guerra civil, las insurrecciones, el aumento del precio de la plata, las inundaciones y las hambrunas. Peor aún, después de la derrota ante los japoneses en 1894, China estuvo casi en bancarrota debido a los términos de sus pagos de reparación y luego se encontró indefensa frente a nuevas demandas occidentales y japonesas. Las potencias occidentales explotaron la vulnerabilidad de China creando nuevas esferas de influencia y adquirir los llamados "territorios arrendados". El capital extranjero ingresó a China a medida que aumentaba el número de empresas extranjeras se expandieron rápidamente, deseosas de explotar una situación en la que podían operar prácticamente sin restricciones ni discriminación. Para 1920, Jacques Gernet escribe:

Toda la economía china dependía de los grandes bancos extranjeros en Shanghai, Hong Kong, Qingdao y Wuhan, y de poderosas empresas [extranjeras]... Las aduanas, la administración del impuesto a la sal y el servicio postal estaban a cargo de extranjeros, que se quedaban con todas las ganancias. Buques de guerra y barcos mercantes occidentales y japoneses estaban por todas partes: en los puertos, en la costa y en la red del río Yangtsé. Aparte de algunas empresas chinas... Todo el sector moderno de la industria (fábricas de telas, fábricas de tabaco, ferrocarriles, transporte marítimo, fábricas de cemento, fábricas de jabón, molinos harineros y, en las ciudades, la distribución de gas, agua y electricidad, y el transporte público) estaba bajo control de empresas extranjeras.

La difícil situación de China durante este período queda ilustrada por el hecho de que en 1820 su PIB per cápita era de 600 dólares, en 1850 todavía era de 600 dólares, en 1870 había caído a 530 dólares, en 1890 era de 540 dólares y aumentó muy ligeramente a 552 dólares en 1913, todavía muy por debajo de su nivel en 1820, casi un siglo antes. En 1950 había caído a apenas 439 dólares, poco más del 73 por ciento de su nivel de 1820, y menos que en 1850.¹⁰⁴ Estas cifras revelan el desempeño desastroso de la economía china durante un período de 120 años, siendo la intervención y ocupación extranjera la razón más importante. No sorprende que China se refiera ahora al período 1850-1950 como el "siglo de la humillación". Más de ochenta años después de la Restauración Meiji –y más de un siglo y medio desde el comienzo de la Revolución Industrial británica– China apenas había comenzado su despegue económico.

Además de restaurar la unidad del país, la tarea central que enfrentaba la República Popular China era la industrialización. Con este fin, se embarcó en un enorme proyecto de redistribución de la tierra y de creación de grandes comunas, de las que extrajo considerables excedentes agrícolas en forma de impuestos campesinos, que luego utilizó para invertir en la construcción de una pesada industria. Su política económica marcó una ruptura importante con las prácticas pasadas, evitando el uso del mercado y confiando en cambio en el Estado y la planificación central a la manera de la Unión Soviética. A pesar de las salvajes vicisitudes del gobierno de Mao, China logró una

impresionante tasa de crecimiento anual del 4,4 por ciento entre 1950 y 1980,105 más que cuadruplicar el PIB del país106 y más que duplicar su PIB per cápita. Esto se compara favorablemente con la India, que sólo logró aumentar su PIB menos de tres veces durante el mismo período y su PIB per cápita alrededor del 50 por ciento. El desempeño social de China fue aún más impresionante. Aumentó su Índice de Desarrollo Humano (una medida del desarrollo de un país utilizando una variedad de criterios que incluyen el PIB per cápita, los niveles de vida, la educación y la salud) en cuatro veces y media (en contraste con el aumento de tres veces y media de la India), como resultado de poner un gran énfasis en la educación, abordar el analfabetismo, promover la igualdad (incluido el género) y mejorar la atención sanitaria. Esta estrategia también permitió a China evitar algunos de los problemas que aquejaban a muchos otros países asiáticos, africanos y latinoamericanos tales como pobreza generalizada en las zonas rurales, enormes disparidades de riqueza entre ricos y pobres, grandes discrepancias en las oportunidades para hombres y mujeres, grandes barrios marginales de habitantes urbanos desempleados y una deficiente provisión de educación y salud. El precio pagado por estos avances, en términos de la ausencia o pérdida de libertades personales y la muerte y destrucción que resultaron de algunas de las políticas de Mao, fueron grandes, pero sin duda ayudaron a sostener el apoyo popular al gobierno.

La primera fase del gobierno comunista marcó un enorme cambio en la suerte de China. Durante estos años se sentaron las bases para la industrialización y la modernización, cuyo fracaso había perseguido el siglo anterior de la historia china. La primera fase de la RPC, de 1949 a 1978, revirtió un siglo de creciente fracaso, restauró la unidad y la estabilidad del país y aseguró el tipo de despegue económico que había eludido los regímenes anteriores. A pesar de las desastrosas violaciones y excesos de Mao, las bases de la extraordinaria transformación de China se sentaron durante la era maoísta. La Revolución de 1949 resultó, a diferencia de la de 1911, ser uno de los puntos de inflexión históricos más importantes de China.

Puesto que llegamos allí primero, creemos que tenemos la pista privilegiada sobre la condición moderna, y nuestra tendencia natural es universalizar a partir de nuestra propia experiencia. De hecho, sin embargo, nuestro gusto por el mundo moderno ha sido muy distintivo, hasta el punto de que John Schrecker ha considerado adecuado caracterizar a Occidente como "la más provinciana de todas las grandes civilizaciones contemporáneas". Los occidentales nunca han tenido que tomar realmente en serio las opiniones que otros tienen sobre nosotros. Tampoco, como los representantes de todas las otras grandes culturas, nos hemos visto obligados a hacer un balance fundamental de nuestra propia cultura, dismantelar deliberadamente grandes porciones de ella y recomponerla para sobrevivir. Esta circunstancia ha engendrado lo que puede ser la paradoja definitiva: que los occidentales, que han hecho más que cualquier otro pueblo para crear el mundo moderno, son en ciertos aspectos los menos capaces de comprenderlo.

Paul A. Cohen, Descubriendo la historia en China

Cuando un turista occidental pone un pie por primera vez en Shanghai, Tokio o Kuala Lumpur, mira los brillantes edificios de gran altura, echa un vistazo a las calles repletas de automóviles, camina por los centros comerciales llenos de las últimas novedades, y a menudo familiares, su reacción es frecuentemente: "¡Es tan moderno!", y luego, sin apenas hacer una pausa para respirar, "Es tan occidental". Y así es, en cierto nivel. Se trata de países en los que los niveles de vida se han transformado; en algunos casos, ahora están a la par de los de Occidente. No sorprende entonces que compartan con Occidente gran parte del mobiliario y accesorios de la modernidad. Hay una tendencia natural en todos nosotros –tal vez una ley de hierro– a medir lo desconocido en términos de lo familiar: todos somos relativistas en el fondo. A medida que vemos objetos y modos de comportamiento a los que estamos acostumbrados, pensamos que son iguales a los nuestros. Cuando reconocemos signos de modernización y progreso, los consideramos como evidencia de que la sociedad o la cultura se dirige en la misma dirección que la nuestra, aunque algo por detrás. La apertura de un McDonald's más en China es una prueba positiva de que China se está volviendo más occidental, de que se está pareciendo cada vez más a nosotros.

Por supuesto, estas impresiones se ven acentuadas por los lugares frecuentados por los occidentales. Los hombres de negocios aterrizan en un aeropuerto internacional, viajan en taxi a un hotel internacional, asisten a reuniones en el distrito financiero y luego regresan a casa. Ésta es la experiencia homogeneizadora definitiva. Los aeropuertos modernos están diseñados para verse iguales dondequiera que estén, así que, más o menos con una gran cantidad de restaurantes chinos, el aeropuerto Chek Lap Kok de Hong Kong podría ser París, Munich o Montreal. Los hoteles internacionales tampoco tienen lugar, están diseñados para cumplir una fórmula internacional más que para transmitir un sabor local: en el vestíbulo de un hotel internacional, se podría perdonar a uno por pensar que la mayoría de los hombres del planeta visten traje, hablan inglés y

leen el periódico Herald Tribune.

Se podría pensar que la experiencia del expatriado que elige vivir en el este de Asia durante un tiempo es más esclarecedora. Y a veces lo es. Pero con demasiada frecuencia habitan en algo parecido a un capullo occidental. Una proporción significativa de los occidentales que viven en el este de Asia residen en Singapur o Hong Kong, ciudades-estado que han hecho todo lo posible para resultar atractivas para los expatriados occidentales. Hong Kong, como colonia británica durante casi un siglo y medio, todavía lleva la huella colonial, mientras que Singapur, más que cualquier otro lugar de la región, ha tratado de convertirse en el hogar asiático de las multinacionales occidentales, una especie de Little West en el corazón de Asia. No sorprende entonces que muy pocos expatriados en estas ciudades-estado intenten aprender mandarín o cantonés: sienten que no es necesario. La gran mayoría vive en un puñado de "colonias" residenciales saludables de estilo occidental, disfrutando de una vida con algún privilegio, de modo que en su mayor parte están completamente aislados de la comunidad anfitriona: viven en el área de niveles medios en La isla de Hong Kong o Discovery Bay es una experiencia muy diferente a Shatin en los Nuevos Territorios.

El resultado neto es que la mayoría de los occidentales, ya sean turistas, hombres de negocios o expatriados, pasan la mayor parte de su tiempo en un entorno familiar y aseado al estilo occidental, haciendo alguna que otra incursión en la cultura anfitriona en lugar de vivir realmente en ella: ver a estos países a través de un espejo distorsionador occidental. Sería erróneo sugerir que no podemos entender nada observando el hardware de la modernidad: los edificios, los centros comerciales, los productos de consumo y los complejos de entretenimiento: nos hablan de los niveles de desarrollo, las prioridades y, a veces, también las diferencias culturales. Sin embargo, la clave para comprender la modernidad asiática, como la modernidad occidental, no reside en el hardware sino en el software: las formas de relacionarse, los valores y creencias, las costumbres, las instituciones, el idioma, los rituales y festivales, el papel de la familia. Esto es mucho más difícil de penetrar y aún más difícil de encontrarle sentido.

Durante la primera mitad del siglo XX, el grupo de países que habían experimentado un despegue económico en el siglo XIX continuó dominando el club de élite de las naciones industrializadas, prácticamente sin adiciones ni alternaciones. Era como si el patrón del mundo anterior a 1914 se hubiera congelado, sin medios de entrada para aquellos que habían perdido la ventana de oportunidad económica brindada durante el siglo anterior.¹ En la década de 1950, la escuela de la "teoría de la dependencia" generalizó este estado. de las cosas en la proposición de que ahora era imposible para otros países entrar en las filas de las naciones más avanzadas. Pero hubo buenas razones por las que el terreno económico se congeló. Si bien grandes zonas del mundo seguían colonizadas, las posibilidades de crecimiento y despegue económicos eran extremadamente limitadas. Además, dos guerras mundiales minaron las energías no sólo de los principales combatientes sino también de gran parte del resto del mundo.

A partir de finales de la década de 1950, aparecieron los primeros indicios de un cambio profundo en el este de Asia. Japón se estaba recuperando de los estragos de la guerra a gran velocidad, pero como miembro plenamente remunerado del club de países industrializados anterior a 1914, su destreza económica no era nueva. Más bien, lo que llamó la atención fue el rápido crecimiento económico del primer grupo de tigres asiáticos: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong. Eran pequeños en número e

incluso más pequeños en tamaño: una nación de tamaño mediano, un país pequeño y dos pequeñas ciudades-estado, todas recientemente independizadas, excepto Hong Kong, que todavía era una colonia. Habían sido debilitados, en diversos grados, por la guerra, en el caso de Corea también por la Guerra de Corea, y estaban privados de recursos naturales,² pero comenzaron a crecer a una velocidad vertiginosa, y Taiwán y Corea del Sur registraron a menudo tasas de crecimiento anual de cifras cercanas a los dos dígitos en las tres décadas siguientes. A finales de los años 1970 se les habían sumado Malasia, Tailandia e Indonesia. Algunos de los últimos tigres asiáticos –China es el ejemplo más destacado– lograron, en todo caso, tasas de crecimiento incluso más rápidas que los primeros. El mundo nunca antes había sido testigo de una velocidad tan rápida de crecimiento. (El PIB de Gran Bretaña se expandió a poco más del 2 por ciento y el de Estados Unidos a poco más del 4,2 por ciento anual entre 1820 y 1870, su período de crecimiento más rápido en el siglo XIX.)⁴ El resultado ha sido la rápida y progresiva transformación de una región con una población de alrededor de 2 mil millones de personas, cuyos niveles de pobreza se reducirán a menos de una cuarta parte en 2007 (en comparación con el 29,5 por ciento en 2006 y el 69 por ciento en 1990).

Se ha desmentido el mito de que era imposible para los recién llegados entrar en el club de las naciones avanzadas. En cambio, los tigres asiáticos han demostrado que los recién llegados pueden disfrutar de grandes ventajas: pueden aprender de la experiencia de otros, aprovechar y aplicar tecnologías existentes, superar tecnologías antiguas, utilizar los últimos conocimientos y ponerse al día con gran efecto. Además, su enfoque económico ha sido en gran medida casero, debiendo relativamente poco al neoliberalismo o al Consenso de Washington (la ideología occidental dominante desde finales de los años setenta hasta la crisis financiera de 2008). Su novedad tampoco se limita a la esfera económica. Los tigres asiáticos han dado origen a un nuevo tipo de gobernanza política, a saber, el Estado desarrollista, cuya legitimidad popular no se basa en elecciones democráticas sino en la capacidad del Estado para lograr un crecimiento económico continuo.⁷ Sin embargo, el ascenso de los tigres asiáticos, tiene una importancia mucho más fundamental. Hasta ahora, con excepción de Japón, la modernidad ha sido un monopolio occidental. Este monopolio se ha roto decisivamente. La teoría de la modernización, que fue muy influyente en los estudios estadounidenses en los años 1950 y 1960, sostenía, como Karl Marx, que los países en desarrollo llegarían a parecerse cada vez más al mundo desarrollado. Ahora podemos probar esta proposición con referencia a la experiencia de Asia Oriental.

VELOCIDAD DE TRANSICIÓN

Una característica definitoria de todos los tigres asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong, China, Malasia, Tailandia, Indonesia y Vietnam)⁹ ha sido la velocidad de su transformación. En 1950 todavía eran abrumadoramente agrarios y apenas habían iniciado el proceso de industrialización. En 1950, el 79% de la población de Corea del Sur trabajaba en la agricultura (cambió relativamente poco desde el 91% en 1920); en 1960 la cifra era del 61% y hoy ronda el 10%. A finales de la década de 1960, la población agrícola todavía constituía la mitad de la población total de Taiwán, mientras que hoy representa apenas el 8%.

La cifra para Indonesia en 1960 era del 75% en comparación con el 44% actual, para Tailandia del 84% en comparación con el 46%, y para Malasia del 63% en comparación con el 18%. El ochenta y cinco por ciento de la población de China trabajaba en la

agricultura en 1950, pero hoy esa cifra ronda el 50%. Se puede contar una historia similar en términos del paso del campo a las ciudades. En 1950, el 76% de los taiwaneses vivía en el campo, mientras que en 1989 –en un período de sólo treinta y nueve años– esa cifra se había invertido casi exactamente, con el 74% viviendo en ciudades.¹² La población urbana en el sur Corea era del 18% en 1950 y del 80% en 1994; mientras que en Malasia, que despegó más tarde, las cifras equivalentes fueron del 27% en 1970 y del 53% en 1990.¹³ En China, la población urbana representaba el 17% de la población total en 1975 y se proyecta que será el 46% en 2015.¹⁴ También podríamos agregar Japón. En este contexto, que experimentó tasas de crecimiento extremadamente rápidas después de la Segunda Guerra Mundial, su PIB se multiplicó por más de catorce entre 1950 y 1990 mientras se recuperaba de la devastación de la guerra y completaba su despegue económico con un importante desplazamiento de su población del campo a las ciudades. Entre 1950 y 1973, su período de crecimiento más rápido, su PIB creció a una tasa anual del 9,29%.

En comparación con Europa, la velocidad del cambio del campo a las ciudades es excepcional. La población urbana de Alemania creció del 15% en 1850 al 49% en 1910 (coincidiendo aproximadamente con su revolución industrial) y al 53% en 1950. Las cifras equivalentes para Francia fueron el 19% en 1850 y el 38% en 1950.

1910 (y 68% en 1970). La población urbana de Inglaterra era del 23% en 1800, del 45% en 1850 y del 75% en 1910. En Estados Unidos, la población urbana era del 14% en 1850, del 42% en 1910 y del 57% en 1950.¹⁵ Si tomamos a Corea del Sur como nuestro punto de comparación (con una población muy similar a la de Gran Bretaña y Francia), la proporción de su población que vive en ciudades aumentó un 62% en 44 años, en comparación con el 52% de Inglaterra durante un período de 110 años, el 34% durante 60 años para Alemania (y 38% más de 100 años), 19% más de 60 años para Francia (y el 49% durante 120 años), y el 28% durante 60 años (y el 43% durante 100 años) para Estados Unidos. En otras palabras, la tasa de urbanización en Corea del Sur fue mucho más del doble que la de Alemania (la más rápida de estos ejemplos europeos) y se logró en aproximadamente dos tercios del tiempo; fue tres veces más rápido que el de Francia, tomando aproximadamente dos tercios del tiempo, y dos veces más rápido que el de Estados Unidos en dos tercios del tiempo.

El paso del campo a las ciudades, del trabajo de la tierra al trabajo en la industria, es el momento decisivo en el surgimiento de la modernidad. De experimentar la vida en la tierra, donde había pocos cambios de un año a otro o de una generación a otra, la industrialización marca una transformación tumultuosa en las circunstancias de las personas, donde la incertidumbre reemplaza a la previsibilidad, el futuro ya no puede verse ni predecirse en términos del pasado, y donde las personas deben mirar hacia adelante en lugar de mirar hacia atrás. En el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, el cambio hacia la modernidad como un fenómeno cada vez más masivo se limitó a una pequeña minoría del mundo, a saber, Occidente y Japón, pero a principios del siglo XXI se había convertido en un fenómeno cada vez más masivo. Este fenómeno también se ha producido en gran parte de Asia oriental, y el cambio se ha producido mucho más rápidamente en Asia oriental que antes en Europa o América del Norte. Esta velocidad relativa del cambio tuvo dos implicaciones importantes para la naturaleza de las modernidades del este asiático, que las distingue de sus contrapartes europeas y norteamericanas.

1. La proximidad del pasado

El hecho de que el empleo agrario a gran escala haya sido una experiencia tan reciente para los tigres asiáticos significa que el pasado está fuertemente impreso en el presente y el legado de la tradición sigue siendo una fuerza viva en la era de la modernidad masiva. Permítanme expresar este punto en términos más humanos. En Corea del Sur y Taiwán, la gran mayoría de los abuelos, alrededor de la mitad de los padres mayores de cincuenta años y un número significativo de los mayores de cuarenta, habrán pasado al menos parte de sus vidas trabajando la tierra. En China, donde la mitad de la población todavía trabaja la tierra, esa huella rural es proporcionalmente mayor: no sólo la gran mayoría de los abuelos habrán trabajado la tierra, sino también la gran mayoría de los mayores de cuarenta años. Como era de esperar, esto tiene una profunda influencia en la forma en que la gente piensa y se comporta. Casi tres cuartas partes de los habitantes de Taipei, por ejemplo, se consideran inmigrantes: cada Año Nuevo chino, los trenes se reservan con semanas de antelación y la autopista norte-sur de Taiwán se congestiona durante horas y horas mientras la gran mayoría de los habitantes de la capital Los habitantes viajan hacia el sur para celebrar el festival en lo que todavía consideran sus hogares ancestrales. El mismo tipo de fenómeno se repite en todo el este de Asia. Shanghai es una enorme metrópolis de 20 millones de habitantes, además de más de 3 millones que entran y salen de la ciudad todos los días en busca de trabajo de un tipo u otro, incluidos muchos agricultores que ocupan numerosas aceras tratando de vender sus frutas y verduras. 16 Shanghai, como muchas ciudades de la región, resume una notable yuxtaposición de presente y pasado, de modernidad y tradición coexistentes, como alguna vez fue el caso en las ciudades europeas. La diferencia es que, debido a que Asia Oriental está cambiando tan rápidamente, el contraste entre el pasado y el presente es mucho más visible y mucho más pronunciado que en las ciudades europeas del siglo XIX.

Otra expresión de la inminencia del pasado puede encontrarse en las actitudes y sistemas de creencias de la gente. Los días 1 y 15 de cada mes, es común que los chinos quemem incienso y adoren a sus espíritus ancestrales. Camine por las calles de Taipei, o de cualquier ciudad china, en esas fechas y no pasará mucho tiempo antes de que vea a la gente quemando dinero falso como ofrenda a sus antepasados. En el Festival Qing Ming, a principios de abril, la gente regresa a sus aldeas en grandes cantidades y pasan el día en sus tumbas ancestrales. Según los estándares occidentales, las sociedades chinas no son muy religiosas, pero sí extremadamente supersticiosas. Todos los días, muchos periódicos taiwaneses publican consejos destacados en sus portadas sobre qué hacer y qué no hacer según el antiguo calendario lunar. Antes de cualquier evento o decisión importante (entre ellos una buena noche de juego), muchos chinos visitan el templo y rezan a una de las deidades. Incluso los académicos, por lo demás, altamente racionales tendrán sus costumbres supersticiosas. Muchos, por ejemplo, practican el feng shui, incluso si no creen particularmente en él, porque podría marcar la diferencia. En Hong Kong, ningún edificio está terminado hasta que se haya consultado a un experto en feng shui sobre su idoneidad y las modificaciones debidas. En las empresas de informática de última generación del Parque Científico Hsinchu de Taiwán, el hombre con el doctorado estadounidense que trabajó durante años en Silicon Valley preparará una mesa con comida y frutas, quemará incienso y adorará a los espíritus de la buena fortuna. Estos ejemplos no pueden explicarse únicamente en términos de la proximidad inmediata del pasado, ya que también son claramente una función de la diferencia cultural subyacente. Cualquiera sea la razón, la persistencia de formas de pensar premodernas es una característica sorprendente de muchas culturas del este de Asia.

2. El futuro en el presente

Como se analizó anteriormente en el prólogo de la Parte I, la modernidad es la aceptación del futuro en contraposición a un presente dominado por la tradición: los ojos y las mentes se dirigen hacia adelante en el tiempo y no hacia atrás como antes. Pero la magnitud del fenómeno varía. Fue, y sigue siendo, más marcado en Estados Unidos que en Europa, en parte porque la transformación estadounidense fue más rápida que sus equivalentes europeas y en parte porque Estados Unidos, libre de cualquier tipo de tradición precapitalista, no está agobiado por su pasado de la misma manera. Pero esta orientación hacia el futuro es aún más cierta en Asia Oriental que en Estados Unidos, no porque no esté cargada por el pasado; por el contrario, el pasado cobra mucha importancia tanto por su proximidad como por la riqueza y longevidad de la historia, sino porque la velocidad de la transformación ha generado una experiencia y una expectativa de cambio completamente diferentes. A diferencia de Europa y Estados Unidos, estos países se caracterizan por una forma de hipermodernidad: una adicción al cambio, un enamoramiento por la tecnología, una enorme flexibilidad y una enorme capacidad de adaptación.

Así, si la inminencia del pasado es un aspecto de la modernización asiática, otro, paradójicamente, es su polo opuesto: la aceptación del futuro y una poderosa orientación hacia el cambio. Esto no es sorprendente. Si una economía crece alrededor del 10 por ciento al año –o duplica su tamaño aproximadamente cada siete años– entonces las experiencias y expectativas de la gente son bastante diferentes de las de una economía occidental que se expande al 2 por ciento al año. No se trata simplemente de cifras macro abstractas: suponiendo que la distribución del ingreso sea razonablemente igualitaria, como lo ha sido en gran parte del este de Asia¹⁸ (aunque ya no en China), entonces un crecimiento turboalimentado significa una revolución continua en los niveles de vida de la mayor parte de la sociedad. , enormes cambios en los patrones de empleo, rápida urbanización, cambios radicales en el paisaje urbano y acceso acelerado a una gama cada vez mayor de productos de consumo, todo en menos de una generación. Se trata de tasas de crecimiento que ninguna sociedad ha experimentado antes, que transforman instituciones como la familia, que ofrecen enormes oportunidades pero también imponen nuevas e inmensas tensiones al tejido social. A Gran Bretaña ese tipo de cambio le llevó casi dos siglos; a los primeros tigres asiáticos les ha llevado menos de cuarenta años. Para afrontar ese cambio se requiere una psicología y una mentalidad, tanto por parte del individuo como de la sociedad, que son bastante diferentes de la experiencia europea o norteamericana. Como señaló filosóficamente Hung Tze Jan, un exitoso escritor que desde entonces se ha convertido en uno de los principales empresarios cibernéticos de Taiwán: "Hemos tenido que cambiar nuestro sistema de valores tantas veces en tan poco tiempo". El resultado, como era de esperar, hay un pragmatismo y una flexibilidad muy desarrollados; de lo contrario, sería casi imposible hacer frente a cambios tan rápidos.

La propensión al cambio rápido se refleja en el carácter distintivo y estructura de las ciudades del este de Asia. A diferencia de las ciudades europeas –o, de hecho, de las ciudades americanas– donde la altura y el carácter de los edificios están cuidadosamente regulados y el espacio se organiza en zonas según el uso, las ciudades asiáticas no tienen ese orden: crecen como Topsy, y cada área tiene un poco de todo y edificios de todas las formas y tamaños. Si bien las ciudades occidentales generalmente tienen un centro definible, las ciudades asiáticas rara vez lo tienen: el centro está en un perpetuo estado

de movimiento a medida que una ciudad pasa por una metamorfosis tras otra, lo que resulta en la creación de muchos centros en lugar de uno. Shanghai, por ejemplo, ofrece la zona alrededor del Centro de Shanghai, Lujiazui, el Bund, Hongqiao y Xijiahui, así como Pudong. Kuala Lumpur tenía el triángulo de oro, luego KLCC y seguido de Putrajaya. Tokio, al igual que Taipei y Seúl, ha crecido sin método ni concepto, producto de un desarrollo espontáneo. La falta de reglas, regulaciones y orden que es típica de las ciudades del este de Asia produce una mezcla ecléctica y embriagadora de caos benigno, energía comprimida y entusiasmo incipiente. La gente lo inventa sobre la marcha. Ellos prueban cosas. Toman riesgos. Al parecer, la única constante es el cambio. Desechar y construir es un ejemplo clásico, en el que se concede poca importancia a la conservación, en marcado contraste con Europa.²⁰ Mientras que las ciudades europeas en su mayor parte cambian relativamente poco de década a la siguiente, las ciudades asiáticas están constantemente cambiando. Puede estar seguro de que su punto de referencia favorito en una ciudad europea (ya sea un cine, una plaza, un edificio o una estación de metro) seguirá allí en su próxima visita; la única certeza en muchas ciudades asiáticas es que los muebles habrán sido reorganizados una vez más de modo que ni siquiera serás capaz de reconocer el lugar, y mucho menos de encontrar el punto de referencia.

Japón representa quizás la forma más extrema de esta aceptación del futuro, o hipermodernidad. A diferencia de Europa o Estados Unidos, encontrará pocos vehículos viejos en las carreteras, ya que hay poca demanda de automóviles usados –o cualquier cosa de segunda mano. En cambio, hay un apetito voraz por lo nuevo. Hasta la crisis posterior a la burbuja, los fabricantes de automóviles japoneses no pensaban en introducir varios cambios de modelo al año, en lugar de la norma occidental de uno, mientras que las empresas de electrónica por las que Japón es famoso cambian constantemente sus líneas de productos. Mientras que la industria de la moda occidental se complace en presentar dos colecciones al año, una en otoño y otra en primavera, los diseñadores japoneses parecen creer en un movimiento sartorial perpetuo en el que una colección sigue a otra a una velocidad vertiginosa varias veces al año. Los jóvenes japoneses se han convertido en conocedores de las modas pasajeras y de la moda, ya sea un nuevo uero electrónico, una nueva apariencia, el último teléfono móvil u otra moda al estilo Pokémon. Siéntate en una peluquería japonesa y, seas hombre o mujer, inmediatamente te entregarán un catálogo muy grueso que ofrece una gama aparentemente infinita de posibles peinados y colores entre los que elegir. Japón es el virtuoso de la tecnología de consumo. La mejora constante y la innovación son un pasatiempo nacional: el scooter cuyas luces se encienden automáticamente cuando oscurece, el tarjetero cuya tapa se abre espontáneamente, el asiento del inodoro con su deslumbrante variedad de diales y controles, el virtual parque temático con atracciones más allá de la imaginación y la máquina de baile que hace que la necesidad de un compañero sea redundante.

El Concepto de Modernidad

En su libro *Las consecuencias de la modernidad*, Anthony Giddens busca trazar una distinción entre las características de la modernidad y la premodernidad. Hablando de la sociedad premoderna, sostiene:

La orientación hacia el pasado que es característica de la tradición no difiere de la perspectiva de la modernidad sólo en que mira hacia atrás y no hacia el futuro. Más bien, ni "el pasado" ni "el futuro" son un fenómeno discreto, separado del "presente continuo", como en el caso de la perspectiva moderna.

En la modernidad del este asiático, sin embargo, el presente y el pasado no son "discretos", en términos de percepciones, como sugiere Giddens, ni tampoco lo es el futuro: por el contrario, el presente está cubierto tanto por el pasado como por el futuro. En otras palabras, el pasado y el futuro se combinan en la modernidad del este asiático de una manera bastante distinta de la modernidad occidental. Es, al mismo tiempo, muy joven y muy viejo. Esta paradoja alcanza su punto más extremo en China, la civilización continua más antigua del mundo y, sin embargo, ahora, en ciudades como Shanghai y Shenzen, también una de las más jóvenes. Hay una sensación de enorme ambición, un mundo sin límites, simbolizado por Pudong, uno de los paisajes urbanos más futuristas, con su extraordinaria variedad de impresionantes edificios de gran altura.²⁴ Según Gao Rui-qian, profesor de filosofía en el East China National Universidad de Shanghai, "China es como el adolescente que tiene muchas ganas de convertirse en adulto". Puede ver la meta y quiere alcanzarla lo antes posible. Siempre se comporta como si fuera bastante mayor de lo que es, en realidad está olvidando y está constantemente olvidando la realidad de su situación.» La modernidad del este asiático, entonces, es una combinación única, en términos de realidades sociales y económicas, actitudes y conciencia, del presente, el pasado y el futuro. Estos países podrían describirse como "sociedades de compresión del tiempo", donde el pasado y el futuro se comprimen y condensan en el presente. Doscientos años de experiencia e historia en otros lugares parecen estar contenidos en el mismo lugar y en el mismo momento. Todo es apresurado. No hay tiempo para reflexionar. Las diferencias generacionales son un abismo enorme, la sociedad es como una formación geológica viva.

Giddens también sostiene que con la modernidad, "las relaciones de parentesco, para la mayoría de la población, siguen siendo importantes, especialmente dentro de la familia nuclear, pero ya no son portadoras de vínculos sociales intensamente organizados a través del tiempo-espacio".²⁶ Eso puede ser cierto. Occidente, pero ciertamente no es el caso de China continental, Taiwán o la diáspora china: en cada caso, las "relaciones de parentesco", especialmente en la forma de la familia extensa, son con frecuencia "portadoras de relaciones sociales intensamente organizadas", vínculos a través del tiempo-espacio". La diáspora china, por ejemplo, ha dependido de la familia extendida como medio para organizar sus operaciones comerciales globalmente dispersas, ya sean grandes o pequeñas. Taiwán, la diáspora china y las partes más avanzadas de China son, además, sin ambigüedades, parte del mundo moderno. El hecho es que el parentesco siempre ha sido mucho más importante en las sociedades chinas que en las occidentales, cualquiera que sea su nivel de desarrollo. O tomemos los sistemas de creencias. En su segunda conferencia BBC Reith en 1999, Giddens argumentó:

Por supuesto, estas opiniones no desaparecen por completo con la modernización. Las nociones mágicas, los conceptos de destino y cosmología todavía tienen vigencia, pero en su mayoría continúan como supersticiones, en las que la gente sólo cree a medias y las sigue de una manera un tanto embarazosa.

Ciertamente, esto no se aplica a las sociedades chinas modernas: la superstición y las creencias tradicionales –como vimos anteriormente con el culto a los espíritus ancestrales y las oraciones ofrecidas a varias deidades con la esperanza de buena fortuna– siguen siendo una parte integral del pensamiento y el comportamiento de la mayoría de las personas. Chino. La llegada de la modernización a distintas partes del mundo y a diversas culturas nos obliga, por tanto, a repensar qué se entiende por modernidad y a reconocer su diversidad y pluralidad. Ya no podemos basar nuestro concepto de modernidad simplemente en la experiencia de América del Norte y Europa. Nuestra comprensión de la modernidad cambia y se amplía con el surgimiento de nuevas modernidades. El académico chino Huang Ping sostiene que la civilización china ha sido tan diferente de las sociedades occidentales en tantos aspectos que es imposible comprenderla, y su modernidad, simplemente mediante el uso de conceptos occidentales. '¿No es una cuestión de si los conceptos/teorías están lejos de la realidad china? La propia práctica de China', concluye, "es capaz de generar conceptos y teorías alternativos y marcos más convincentes".

La Primacía de la Cultura

En su libro *East and West*, Chris Patten, el último gobernador británico de Hong Kong, escribe: "Llego a la conclusión de que lo que vemos cuando comparamos Occidente y Oriente es más una consecuencia de desfases temporales que de profundas diferencias". La implicación de su argumento es que el momento es una cuestión relativamente transitoria y que la cultura importa poco. Sin embargo, como hemos visto, el momento y la velocidad de la industrialización y la urbanización, lejos de ser meros fenómenos transitorios, tienen efectos reales y duraderos. Más fundamentalmente, es un error creer que la diferencia cultural no tiene un impacto de largo alcance en la naturaleza de la modernidad. Cuando los países están mucho menos desarrollados que Occidente –antes o en las primeras etapas del despegue económico– entonces es plausible argumentar que las disparidades son principalmente una función de su atraso más que de cualquier diferencia cultural. Pero la transformación de los tigres asiáticos, con países como Taiwán y Corea del Sur ahora al menos tan desarrollados como muchas naciones europeas, significa que la proposición de que las diferencias culturales cuentan poco ahora puede ponerse a prueba en la práctica. El ejemplo clásico es el Japón de la posguerra. Como vimos en el capítulo 3, a pesar de ser al menos tan avanzado como Occidente, Japón sigue siendo muy diferente de sus homólogos occidentales en innumerables aspectos básicos, incluida la naturaleza de las relaciones sociales, el *modus operandi* de instituciones, el carácter de la familia, el papel del Estado y la manera en que se ejerce el poder. De ninguna manera se puede describir la modernidad japonesa como similar, y mucho menos como sinónimo, a la de Estados Unidos o Europa.

Lo mismo puede decirse de China. Su camino hacia y a través de la modernidad ha sido completamente diferente del recorrido seguido por Occidente, el estado es construido de una manera diferente y desempeña un tipo de papel diferente. La relación entre el presente y el pasado es distinta, no simplemente por la forma en que el pasado influye en el proceso de modernización, sino también porque, más que cualquier otra sociedad, China es profundamente consciente de su situación y está influenciada por su historia

La persistencia a largo plazo de la diferencia cultural está profundamente arraigada. En abril de 1998, entrevisté a dos estadounidenses de origen chino en Beijing para un programa de televisión: habían decidido ir a trabajar a China durante un año, donde nunca habían estado antes, para descubrir cómo era y descubrir más sobre ellos mismos. Una de ellas, Katherine Gin, que tenía veintitantos años y había pasado toda su vida en San Francisco, hizo la siguiente observación:

Creo que una de las mayores diferencias entre los estadounidenses y los chinos es que los estadounidenses siempre están tratando de recrearse a sí mismos, siempre sienten que es importante ser la primera persona en hacer esto o aquello. Incluso Estados Unidos como nación siempre está tratando de recrearse. Los chinos rara vez hacen estas preguntas y, como nación, parecen tener una mejor idea de de dónde vienen. Por supuesto, están cambiando rápidamente, pero no preguntan quiénes son ni se comparan constantemente con los demás.

La conclusión irresistible es que la razón por la que los chinos tienen un profundo sentido de su propia identidad se encuentra en su larga, continua y rica historia; por el contrario, como productos de una nación relativamente nueva y joven, los estadounidenses están en constante búsqueda de su identidad.

El reconocimiento de que los chinos exhiben ciertos rasgos culturales que pueden explicarse por su historia no implica esencialismo cultural, la idea de que todas las naciones y grupos étnicos tienen un conjunto de características que permanecen fijas y sin cambios a lo largo del tiempo. Por el contrario, las identidades cambian y se renegocian constantemente. Pero eso no significa que las características culturales derivadas de influencias profundas y de muy largo plazo – como el clima, los patrones de agricultura, el idioma, el medio ambiente, la estructura familiar, las creencias cosmológicas o la longevidad de la historia – no persisten en el pasado y dejan su huella en el presente. Según Robert Boyd y Peter J. Richerson, que han investigado extensamente la relación entre la evolución cultural y genética, "una enorme cantidad de evidencia circunstancial sugiere que los rasgos transmitidos culturalmente son estables en el tiempo y frente a entornos cambiantes".

La Medida de Occidentalización

Camine por Taipei, la capital de Taiwán, y prácticamente todos los nombres de las calles están impresos tanto en inglés como en chino. Enciende la televisión taiwanesa y los deportes más populares son el baloncesto y el béisbol. Vaya al cine el sábado por la noche y la mayoría de ellas, en un país reconocido internacionalmente por sus directores de cine, son producto de Hollywood. Vaya a mirar escaparates en el centro comercial subterráneo debajo de la Plaza del Pueblo en Shanghai y muchos de los modelos utilizados en las fotografías de moda son caucásicos. Pasee por los enormes grandes almacenes Ba Bai Ban en Pudong y probablemente verá muchos carteles escritos en inglés. Los mejores estudiantes de la Universidad Fudan de Shanghai quieren realizar estudios de posgrado en universidades estadounidenses o trabajar para multinacionales estadounidenses en Shanghai. Es mucho más probable que los malasio de clase media en la treintena hayan visitado Europa o Australia que Japón y China. Vaya de compras a los modernos distritos de Harajuka o Shibuya en Tokio y no pasará mucho tiempo antes de que se encuentre cantando una canción pop occidental que suena a todo volumen en

una boutique o cafetería.

Recuerdo vívidamente a un abogado malayo de voz suave que me decía: "Estoy usando tu ropa, hablo tu idioma, veo tus películas, y hoy es la fecha que sea porque tú lo dices".³⁶ Incluso el término "Asia" fue un invento europeo. Donde quiera que vayas en la región, sientes la presencia de Occidente. El puro poder y dinamismo de la modernidad occidental ha fijado y reprogramado la agenda para Asia Oriental durante casi dos siglos. Desde el colonialismo hasta Hollywood, desde el idioma inglés hasta el baloncesto, desde el calendario solar hasta Microsoft, desde la guerra de Vietnam hasta el FMI, Occidente ha estado y está presente en Oriente de una manera que Oriente nunca ha estado presente en el oeste. Sólo en la forma de Japón la modernidad asiática, hasta el reciente ascenso de China, ejerció un impacto significativo en Occidente. De lo contrario, la presencia de Oriente en Occidente se limita en gran medida a la migración principalmente poscolonial de un gran número de chinos, indios, coreanos y otros a América del Norte y Europa y su consiguiente impacto en Occidente en términos, ante todo, de la comida, sino también del idioma, la religión y la cultura. El imperativo constante, tanto pasado como presente, de que las naciones asiáticas negocien con el poder, la influencia y la presencia occidentales –primero en la era del colonialismo (con todos los países del este de Asia colonizados excepto Japón y Tailandia) y luego en la era de posguerra de la hegemonía estadounidense constituye una diferencia fundamental entre la modernidad de Asia oriental y la modernidad occidental.

Esto nos lleva a dos preguntas críticas. En primer lugar, ¿en qué medida las sociedades del este de Asia han sido influidas y moldeadas por la modernidad occidental? En segundo lugar, ¿en el proceso de modernización se están volviendo más occidentales, o menos occidentales, o incluso, paradójicamente, ambas cosas al mismo tiempo? Estas preguntas no se prestan a respuestas simples. Varían de una sociedad a otra y de una esfera a otra en una sociedad determinada. La historia, como era de esperar, afecta en gran medida las respuestas: en particular, si un país fue colonizado o no y, de ser así, cuándo y durante cuánto tiempo. En un extremo se encuentran Filipinas (colonizadas primero por los españoles en 1542, luego por Estados Unidos en 1899, y no lograron su independencia hasta 1946) y Hong Kong, conquistada por los británicos después de la Primera Guerra del Opio en 1842 y recién devuelta a China en 1997; en el otro se encuentra Japón, que logró escapar por completo de la colonización.

Para explorar el alcance de la influencia occidental, y si está aumentando o no, consideremos cuatro ejemplos muy diferentes: el lenguaje, el cuerpo, la comida y la política.

Idioma

El lenguaje que comparte un grupo es precisamente el medio en el que se pueden compartir los recuerdos de su historia conjunta. Las lenguas hacen posible tanto vivir una historia común como contarla. Los jóvenes aprenden cada lengua de los mayores, de modo que cada lengua viva es la encarnación de una tradición.

Las lenguas no son simplemente un medio de comunicación, sino que encarnan y articulan una cultura. Perder la propia lengua (y es probable que miles de lenguas se extingan en el transcurso de este siglo, como ocurrió en el último) – es también perder, en gran medida, la propia cultura. Como dice Hung Tze Jan, el exitoso editor taiwanés:

El lenguaje es esencial para formar una idea: mientras mantengas tu lenguaje único, mantendrás tu forma de crear ideas, tu forma de pensar. Las tradiciones se mantienen en el idioma. El idioma era un obstáculo para que nosotros saliéramos, pero también impedía que otros entraran. El idioma era nuestra Gran Muralla.

En Asia Oriental se encuentran casi la mitad de las veinte lenguas más habladas del mundo actual. A diferencia de las lenguas europeas, que se difundieron esencialmente mediante conquistas de ultramar (razón por la cual el número de hablantes de inglés, español o portugués ahora supera con creces la población de los países de donde se originaron), las lenguas del este asiático han crecido orgánicamente en sus regiones densamente pobladas, arroceras. -Patrias en crecimiento, como resultado de tendencias demográficas y/o expansión territorial basada en la tierra. Se hablan abrumadoramente en el extranjero como resultado de la migración y, en consecuencia, sólo en una escala relativamente pequeña. El mandarín es el idioma más hablado en el mundo, superando con creces al inglés, pero la gran mayoría de los hablantes de mandarín vive en China; El inglés, por el contrario, ha abandonado el nido.

La difusión del inglés desde 1945, impulsada por la preeminencia global de Estados Unidos, no ha afectado la popularidad de las principales lenguas del este de Asia en sus países de origen. El inglés no sólo no ha logrado debilitar o desplazar a las principales lenguas del noreste asiático (mandarín, japonés y coreano), sino que las lenguas mismas también se han visto relativamente poco afectadas por él. Es cierto que el japonés ha adquirido muchos préstamos en inglés, principalmente sustantivos, pero esto refleja la forma típicamente japonesa de añadir elementos extranjeros a su cultura, dejando el núcleo japonés fundamentalmente intacto y sin afectar. Está de moda en Japón –como en otros lugares en la región: llevar camisetas con frases inglesas, o tener tiendas con nombres en inglés, o ver publicidad con eslóganes en inglés, pero esto no influye en el grado en que los japoneses hablan, o incluso desean hablar, inglés. A pesar de contar con un enorme grupo de profesores de inglés y muchos años de inglés obligatorio en la escuela, la gran mayoría de los japoneses son incapaces de hablar inglés con entusiasmo o facilidad. Al igual que los ingleses, permanecen lingüísticamente aislados y no se avergüenzan de ello. Los chinos, por otra parte, se han convertido en estudiantes de inglés enormemente entusiastas durante la última década y muchos jóvenes chinos educados hablan el idioma con una fluidez impresionante. Un profesor ha empezado a impartir sus clases en enormes estadios con más de 20.000 personas cantando frases en inglés al unísono. Pero este entusiasmo chino por el inglés no refleja en modo alguno una disminución de la popularidad del chino. Por el contrario, el inglés sigue siendo estrictamente una segunda lengua, adquirida con el fin de conversar con extranjeros, una lengua interlocutora para la elite urbana joven, bien educada y ambiciosa. El chino, a diferencia del japonés, posee relativamente pocos préstamos en inglés –o incluso préstamos de cualquier idioma– y relativamente poca influencia estructural externa. Ha sido influenciado por el auge del inglés, por ejemplo, en el mayor uso de palabras polisilábicas, pero sólo de manera limitada: una propuesta, hace varias décadas, de romanizar el chino reemplazando los caracteres con transliteración Pinyin fracasó. .

No debería sorprendernos la continua fortaleza y resistencia de los chinos. Es una lengua que se remonta a más de tres mil años. Su sistema de escritura pictográfica es compartido por todas las diversas lenguas chinas (o siníticas), incluidas el mandarín, el cantonés, el wu y el min: más del 70 por ciento de los chinos, más de 800 millones de personas, hablan sólo una de esas lenguas. a saber, el mandarín, una cifra que incluye

varios dialectos como el shanghainés, y el número está aumentando constantemente como resultado de la creciente influencia de la televisión y el sistema educativo. El hecho de que todos los idiomas y dialectos chinos compartan la misma escritura, aunque a menudo son ininteligibles entre sí cuando se hablan (siendo comparables en su diversidad a las lenguas romances), ha sido extremadamente importante para mantener un sentido más amplio de identidad china. Los chinos lograron sobrevivir largos períodos de ocupación extranjera por parte de mongoles y manchúes. Aunque ambos hablaban lenguas diferentes, no sólo no lograron imponerlas a los chinos, sino que terminaron siendo ellos mismos asimilados lingüísticamente. La influencia del chino en los idiomas vecinos pero diferentes del japonés, el coreano y el vietnamita ha sido inmensa. Cada uno desarrolló originalmente sistemas de escritura para su propia lengua transformando o añadiendo caracteres chinos, conocidos como hanja y kanji en los sistemas de escritura coreano y japonés, respectivamente. Aunque estas lenguas son bastante diferentes en estructura lingüística a la del chino, tal era el prestigio de los antiguos estudiosos chinos que, con el tiempo, se llenaron de vocabulario chino y así han permanecido desde entonces. Quienes hablan chino a menudo se refieren a él como zhongguohuo, o "discurso del reino central": el sinocentrismo, o lo que describiré más adelante como mentalidad del Reino Medio, se extiende incluso a cómo los chinos perciben su lengua. El chino incluso ha logrado sobrevivir al embate de la era alfabética, aunque en realidad, por supuesto, sería casi imposible crear una lengua alfabética que pudiera actuar como sistema de escritura de tantas lenguas chinas diferentes y de una quinta parte de la población mundial.

Los únicos países del este de Asia en los que el inglés ha adquirido un papel central son Hong Kong y Singapur, donde es lengua oficial; Malasia, donde se habla mucho aunque el idioma oficial es el bahasa malayo; y Filipinas, donde el inglés sigue siendo un idioma oficial junto con el tagalo. Aparte de Filipinas, que era una colonia estadounidense, todas estas son antiguas colonias británicas. La popularidad del inglés en Singapur y Malasia se debe en gran medida al hecho de que el inglés –al igual que en la India– ha actuado como una lengua común útil en un entorno altamente multirracial y multilingüe. En Filipinas, el inglés se utiliza como lengua de instrucción en las escuelas (a partir de los doce años) en lo que es un archipiélago lingüístico complejo, en el que el tagalo coexiste con muchos dialectos insulares. El idioma principal de Indonesia –un mosaico de cientos de idiomas– es el bahasa indonesio, mientras que el antiguo idioma colonial, el holandés, ahora es insignificante. De manera similar, en Vietnam, Camboya y Laos, todas antiguas colonias francesas, el francés, que alguna vez fue el idioma oficial en la administración y la educación, hace tiempo que se desvaneció en una relativa oscuridad. Esto nos lleva a otra pregunta. ¿Hasta qué punto el inglés está ahora permanentemente establecido como el segundo idioma preferido en el mundo? Ha ido fortaleciendo constantemente su posición a este respecto en más o menos todas partes, a menudo rápidamente, sin excepción en Asia Oriental. En una reunión de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), o en una conferencia académica internacional en Beijing, es probable que el inglés sea el idioma principal, o uno de los principales, de los debates. En toda la región existe un deseo muy fuerte de aprender inglés. Hay varias razones por las que se cree que es poco probable que la posición que ha adquirido el inglés se revierta. Cantidades muy considerables de capital tanto social como personal ya se han invertido en todo el mundo en su adquisición y uso, lo que constituye una poderosa razón para su continuación y extensión. El inglés se ha establecido como el idioma dominante de unos medios globales cuya influencia y penetración probablemente

seguirán creciendo. El predominio global de Estados Unidos garantiza que el inglés seguirá siendo el idioma principal en la mayoría de los campos, desde los negocios internacionales hasta y la ciencia a Internet y la diplomacia. Finalmente, como vehículo para la promoción y transmisión de los valores y normas de una cultura, el mundo anglosajón tiene un gran interés en asegurar la perpetuación del inglés como lengua franca, lo que le proporciona considerables beneficios económicos, políticos. y beneficios culturales.

Aunque Inglaterra disfruta de una formidable batería de activos, éstos no hacen que su posición sea inexpugnable. La penetración internacional de una lengua está estrechamente vinculada al poder y la influencia de su principal patrón. Puede que Estados Unidos siga siendo globalmente hegemónico, pero, como vimos en el capítulo 1, su posición económica global relativa se está erosionando, y esto seguramente tendrá un impacto en la suerte de los ingleses en el largo plazo. La posición dominante del inglés en Internet ya está bajo serio desafío y ciertamente no se mantendrá ni siquiera en el plazo relativamente corto, ya que el número de usuarios chinos ahora supera al de los Estados Unidos.⁴⁹ Aunque el inglés sigue siendo el idioma abrumadoramente dominante de los medios de comunicación globales, es poco probable que esta situación continúe indefinidamente a medida que nuevos actores no occidentales ingresen al mercado global de medios y los principales proveedores occidentales utilicen cada vez más los idiomas locales como medio para expandir su mercado. De hecho, este proceso ya está en marcha. Al-Jazeera, el canal de noticias árabe independiente con sede en Qatar, por ejemplo, transmite en varios idiomas, al igual que Zee TV, de propiedad india, mientras que Star TV en Asia Oriental y Phoenix TV en China, ambos propiedad de el imperio Murdoch, transmitidas en los idiomas locales. Finalmente, si bien el inglés ha disfrutado de una posición privilegiada con las nuevas tecnologías

—especialmente en informática— la creciente diversificación de la innovación tecnológica, junto con el hecho de que las computadoras ahora son capaces de admitir una gran variedad de idiomas, significa que la posición hasta ahora preponderante del inglés en este campo no está asegurada en modo alguno.

Por lo tanto, la posición del inglés como lengua franca global, que es un desarrollo muy reciente, podría resultar un fenómeno relativamente transitorio. No es difícil imaginar que el dominio inglés se vaya erosionando lentamente y siendo reemplazado por un escenario bastante más diverso. A medida que crece la influencia de China en Asia Oriental, el mandarín se habla cada vez más, no sólo entre los chinos de la región, sino también, como segunda lengua, entre otras nacionalidades y grupos étnicos. El mandarín se ofrece como idioma opcional u obligatorio en las escuelas de un número cada vez mayor de países, incluidos Tailandia y Corea del Sur, y se lo considera cada vez más como el idioma del futuro. De manera mucho más débil, esta tendencia también se puede observar en América del Norte y Europa. A medida que China se convierte en el centro económico de Asia Oriental, un proceso que ya está en marcha (como veremos en el capítulo 9), hay una razón de peso por la que japoneses, coreanos, vietnamitas, tailandeses, indonesios y malayos —por nombrar sólo algunos pocos— deberían querer hablar chino. Además, las principales lenguas del nordeste asiático (japonés, coreano y vietnamita) tienen mucho más en común con el chino, del cual derivan parcialmente, que con el inglés. Parece bastante probable que dentro de cincuenta años los chinos han reemplazado, o al menos se han sumado, al inglés como lengua interlocutora en la región. Si eso sucede, será la primera vez en la historia moderna de China que el idioma más hablado en el mundo también habrá adquirido el estatus de segundo idioma

importante fuera de sus propias fronteras.

En lo que respecta al idioma, entonces, sería bastante erróneo considerar que Asia Oriental está sujeta a un proceso unidireccional de creciente occidentalización. Las antiguas lenguas europeas imperiales, con excepción del inglés, tienen ahora sólo una importancia marginal. Los principales idiomas de la región siguen siendo tan influyentes como siempre en sus países de origen. El inglés ha fortalecido y está fortaleciendo en gran medida su posición como segunda lengua dominante, pero hay razones para dudar de que esto continúe indefinidamente, especialmente teniendo en cuenta el declive de Estados Unidos y el ascenso de China, con sus implicaciones para la popularidad del mandarín. Analizaré más a fondo el auge del mandarín en el capítulo 11.

El cuerpo

El cuerpo –me refiero a sus características físicas, especialmente el color de la piel, junto con el estilo de vestir– cuenta una historia muy diferente. La influencia de Occidente en estos aspectos ha sido profunda, especialmente en el noreste de Asia y, en menor medida, en el sudeste asiático. En Japón, Corea del Sur, China, Taiwán y Hong Kong, la vestimenta cotidiana, tal como la usan tanto hombres como mujeres, está muy occidentalizada (me refiero al uso de pantalones, camisas, trajes, vaqueros, camisetas, faldas, blusas y vestidos, por ejemplo, mientras que la ropa tradicional, especialmente en las sociedades chinas, se limita casi por completo a ocasiones relativamente ceremoniales como las bodas. La razón de la virtual desaparición de la vestimenta tradicional no es obvia; después de todo, no es el caso en la India, donde el sari y el salwar-kameez (traje punjabi) para las mujeres y el kurta-pijama (camiseta y pantalones holgados) y la bund-gala (chaqueta) para los hombres, por ejemplo, siguen siendo omnipresentes. , a pesar del hecho de que los estilos de vestimenta occidentales son comunes, especialmente en los centros urbanos de la "nueva economía" como Bangalore.

En Japón, la vestimenta occidental comenzó a extenderse después de la Restauración Meiji. Los funcionarios del gobierno y las ceremonias oficiales usaban ropa occidental, pero no fue hasta mucho más tarde que se hizo popular entre la gente común y corriente. Durante la austeridad en tiempos de guerra, entre 1930 y 1945, la ropa japonesa simplificada reemplazó al kimono, que se consideraba poco práctico. Durante la ocupación estadounidense después de la guerra, un período de occidentalización a gran escala, muchas personas cambiaron directamente la ropa de la guerra por la vestimenta occidental. A partir de 1960, la vestimenta occidental se convirtió en la opción preferida de la gran mayoría de los japoneses, reservando el kimono en gran medida para ocasiones especiales y, de forma simplificada (especialmente para los hombres), para relajarse en casa. Sin embargo, el kimono tradicional no ha desaparecido. Los domingos sigue siendo una vista común en las ciudades japonesas y lo usan las mujeres en bodas, ceremonias de iniciación y funerales. También se ha convertido en un uniforme de trabajo en restaurantes y hoteles.

La vestimenta de estilo occidental que ahora prefieren los japoneses conserva, no obstante, elementos importantes de la individualidad nacional. Un ejemplo es el omnipresente sombrero blando con ala redonda que las mujeres japonesas prefieren como prenda informal. La elección de vestimenta y calzado también se ve influida por el hecho de que los japoneses son relativamente pequeños. Las jóvenes japonesas visten con una marcada feminidad, lo que refleja los roles de género conservadores que todavía caracterizan a la sociedad japonesa. Tanto para hombres como para mujeres, en la

vestimenta como en muchas otras cosas, también existe una fuerte mentalidad de grupo, con menos énfasis en el individualismo que en Occidente. Así, hasta cierto punto, hay un aspecto japonés distintivo, como lo ejemplifica la ternura kawaii de una niña y una mujer, un aspecto femenino que también ha gozado de cierta popularidad fuera de Japón en los últimos años. Las tres casas de diseño japonesas más famosas: Comme des Garçons, Yohji Yamamoto e Issey Miyake –todos los cuales llegaron a la escena mundial de la moda en la década de 1970– se encuentran en términos generales dentro de la tradición occidental.

Sin embargo, demuestran una marcada diferenciación en comparación con los diseñadores europeos y americanos. Aunque cada una es muy diferente, todas se distinguen por un fuerte énfasis en los materiales, el uso de colores sombríos y austeros, una mayor voluntad de jugar con los límites y un ciclo de colecciones extremadamente rápido. Mientras que la moda occidental se preocupa por prendas que revelen y enfatizen la forma femenina, para estos diseñadores la forma del cuerpo y la exhibición de la carne son de mucha menos importancia. De hecho, Rei Kawakubo de Comme des Garçons evita representar el cuerpo como algo abiertamente sexual. En conjunto, se los puede considerar como representantes de una estética sartorial japonesa modestamente distintiva dentro de un mundo de la moda global que sigue dominado por Occidente.⁵⁶

La historia china es diferente de la japonesa pero termina en un lugar bastante similar. Durante miles de años, la vestimenta china estuvo profundamente entrelazada con la jerarquía social, siendo una de sus expresiones más importantes y visibles. Sólo al emperador, por ejemplo, se le permitía vestir de amarillo; sus hijos debían vestir de amarillo dorado, mientras que los nobles vestían de azul y negro. Como escriben Valerie Steel y John S. Major:

La ropa se consideraba un asunto de gran importancia en la antigua China. Era un instrumento del aura mágica de poder a través del cual el emperador gobernaba el mundo: además, servía para distinguir lo civilizado de lo bárbaro, lo masculino de lo femenino, lo alto de lo bajo, lo adecuado de lo inadecuado... En resumen, era un instrumento de orden en una sociedad dedicada a la jerarquía, la armonía y la moderación.⁵⁸

No sorprende, por tanto, que la Revolución de 1911, que derrocó al gobierno dinástico, fuera también ocasión para una revolución sartorial. La desaparición de la corte Qing provocó la disolución de las antiguas reglas. La venda de los pies para las mujeres, que había persistido durante mil años, desapareció al igual que la tradición de las colas masculinas (pelo recogido en una larga cola de caballo), que habían sido introducidas por los manchúes. La vestimenta china había sido objeto de una creciente influencia occidental después de las Guerras del Opio y el establecimiento de los puertos del tratado, pero el ascenso del nacionalismo después de 1911 hizo que la vestimenta occidental fuera más problemática para ambos sexos. El resultado fue un híbrido, el más famoso Un ejemplo de ello es el qipao femenino, más conocido en Occidente como cheongsam, que combinaba elementos chinos, manchúes y occidentales, y que quedó indeleblemente asociado con Shanghai en los años treinta. Su apogeo fue entre 1930 y 1950, aunque persistió durante bastante más tiempo entre los chinos de ultramar, especialmente en Hong Kong.

La Revolución de 1949 marcó el comienzo de una nueva era sartorial. El régimen comunista consideraba los viejos estilos de vestimenta china como una reliquia del

pasado feudal. En su lugar, el régimen fomentó una forma de vestir igualitaria que se basaba libremente en el uniforme de Sun Yat-sen, descrito erróneamente en Occidente como el traje de Mao. El uniforme de Sun Yat-sen, caracterizado por una túnica de cuello alto, era, como el qipao, un estilo híbrido y se basaba en influencias militares japonesas, alemanas y soviéticas. El omnipresente estilo maoísta de vestir, por el contrario, se inspiró en parte en los tradicionales pantalones, túnica y zapatos negros de algodón de los campesinos chinos. No hubo edictos gubernamentales sobre la vestimenta, pero el nuevo estilo maoísta reflejaba claramente los principios igualitarios del régimen, así como la pobreza del país. Sólo después de 1978 esta situación comenzó a cambiar lentamente hasta el punto en que las ciudades chinas Ahora están abrumadoramente dominados por la vestimenta de estilo occidental. El estilo maoísta de vestir ha desaparecido casi por completo, al igual que el uniforme de Sun Yat-sen que usaban anteriormente los funcionarios gubernamentales, para ser reemplazado en gran medida por el traje occidental. El único elemento de la vestimenta tradicional china que persiste entre la gente corriente es la chaqueta china, que sigue siendo popular, especialmente entre las personas mayores. Las mujeres usan mucho los pantalones, más que en Occidente, lo que es en parte una continuación de una tradición china mucho más antigua, ya que los pantalones nunca han tenido la connotación masculina que alguna vez tuvieron en Occidente. Por lo demás, hay poca evidencia de uso tradicional. Ropa china, ya sea en forma tradicional o modernizada, para hombres o mujeres. La única excepción es un reciente resurgimiento menor del qipao entre las camareras y el personal del hotel.

Varios diseñadores han tratado de reintroducir temas tradicionales en la vestimenta china moderna. El ejemplo más conocido es la marca Shanghai Tang de David Tang, pero ha tenido un éxito limitado: la ropa de sus tiendas de Hong Kong la compran principalmente occidentales. Blanc de Chine, otra empresa de Hong Kong, tiene ambiciones similares, al igual que Shiatzy Chen en Taipei. Diseñadoras como Vivienne Tam, Amy Chan y Anna Sui, basadas principalmente en Occidente, también han explorado el uso de elementos chinos en sus diseños. A pesar de estos esfuerzos, la característica sorprendente de la vestimenta china moderna –ciertamente en contraste con la India– es cuán occidentalizada está y cuán poco incorpora elementos tradicionales chinos.⁶⁴ Mientras tanto, durante la última década, varias características, como el cuello distintivo de estilo chino y botones, se han vuelto cada vez más visibles en la moda femenina occidental, lo que refleja la creciente influencia de una estética china. Además, la mayor importancia del mercado de Asia Oriental también ha llevado a un pequeño aumento en el uso de modelos de la región. al estilo occidental.

¿Por qué los japoneses y los chinos han abandonado tan radicalmente sus tradiciones sartoriales? Es evidente que la influencia de la modernidad occidental –en este caso principalmente europea– se ha extendido a la forma en que la gente elige vestir. Si la gente quiere ser moderna, siente que debe vestirse al estilo occidental: la vestimenta occidental es la insignia sartorial de la modernidad. Otra explicación que se ofrece con frecuencia es la practicidad: que las formas tradicionales de vestir se consideran en gran medida poco prácticas para la vida moderna. Pero eso no explica por qué los elementos tradicionales no han encontrado expresión en una forma popularizada y modernizada: eso es lo que, después de todo, ha sucedido con la tradición implacablemente innovadora de la vestimenta occidental. Puede que los vestidos largos y las enaguas, los jubones y los calzones, los sombreros de copa y los frac hayan desaparecido, junto con muchas otras cosas, pero la tradición occidental de la vestimenta prospera. En el caso japonés,

las formas tradicionales (y simplificadas) de vestimenta nunca llegaron a considerarse fundamentales para el modo de vida japonés, o el "reino" japonés, como lo expresa Kosaku Yoshino, a diferencia del idioma, la comida y el sake (vino de arroz). y tatamis, por ejemplo. En consecuencia, la vestimenta fue uno de los elementos que los japoneses estaban dispuestos a abandonar y considerar occidentalizados como parte del proceso de modernización post-Meiji. En China, por el contrario, las formas tradicionales de vestir estaban condenadas a prácticamente la extinción por su asociación con el antiguo orden dinástico. Después de 1978, hubo un viaje sartorial relativamente corto desde el omnipresente estilo de vestir de la era maoísta hasta los estilos occidentales de hoy.

Un cuadro similar de influencia occidental se observa en todo el noreste de Asia, incluidas Corea del Sur y Taiwán. Lo mismo ocurre también en la mayor parte del sudeste asiático. La principal excepción es Malasia (y en menor medida Indonesia), donde la mayoría de las mujeres malayas ahora se cubren la cabeza con el tudung (pañuelo) y usan el baju kurung (un estilo de vestimenta malayo que consiste en un pareo y un sayo superior). Con una rápida urbanización y en un entorno altamente multirracial, esto representa una fuerte declaración de identidad cultural. En parte, el estilo representa un retorno a la tradición malaya, pero también es una apropiación de varias tradiciones islámicas, a las que se les ha dado un sabor distintivamente malayo mediante el uso de colores sorprendentemente atrevidos: Los malayos tienen un sentido de la moda muy desarrollado, ciertamente, en comparación con los malayos indios y especialmente chinos, con su imitación un tanto monótona de los códigos de vestimenta occidentales.

Si la vestimenta occidental ha sido ampliamente adoptada en China, Japón y otros lugares por las razones expuestas, ¿por qué no ha sido así en la India o entre las mujeres malayas, por ejemplo? Parecería que en ambos casos la religión ha desempeñado un papel crucial en el mantenimiento de las formas tradicionales de vestimenta. Una característica distintiva tanto de China como de Japón –y del noreste de Asia en general– es la falta de una tradición fuerte de religión organizada. Esto contrasta marcadamente con la India, donde el hinduismo y, en menor medida, el islam, por ejemplo, ejercen una influencia cultural extremadamente importante. En ambos, la vestimenta desempeña al menos dos papeles: en primer lugar, es un reflejo de la enseñanza religiosa, sobre todo en las reglas que rigen la vestimenta según el género, y en segundo lugar, puede actuar como un medio para distinguir a los seguidores de una religión de otras. . Ambas consideraciones, por ejemplo, se aplican a las mujeres malayas y también a los hombres punjabíes, con su cabello sin cortar y su turbante. La religión ha demostrado ser un obstáculo formidable para la vestimenta al estilo occidental en el sur de Asia, mientras que en China y Japón apenas constituye un factor en los códigos de vestimenta.

Los desfiles de moda de Tokio utilizan muchos modelos blancos, además de japoneses, pero rara vez alguien de piel más oscura. Comme des Garçons sólo utiliza modelos blancas en sus desfiles. Los modelos blancos son comunes en la semana de la moda de Hong Kong, junto con los chinos, pero rara vez, o nunca, hay modelos negros o marrones. Las revistas de moda locales –que a menudo son versiones de revistas occidentales como Vogue o Elle– publican textos en lengua vernácula, pero las modelos son abrumadoramente blancas. La mayoría de la publicidad de moda en Hong Kong –aunque ya no en Japón– utiliza el color blanco (en lugar de chino), al igual que Giordano, el equivalente local de Gap; Los modelos negros o marrones nunca se ven. Un

paseo por el centro comercial subterráneo debajo de la Plaza del Pueblo en el centro de Shanghai muestra una imagen no muy diferente: la publicidad presenta principalmente modelos chinas, pero hay muchas caucásicas y nunca nadie de piel más oscura. En la India, por otra parte, los modelos en las pasarelas y en las revistas de moda son abrumadoramente indios, generalmente de tez clara.

En una entrevista con Yang Qingqing, experta en belleza y figura de culto entre las mujeres de Shanghai, traté de comprender la profusión de modelos blancas y la ausencia total de modelos con piel más oscura.

La cultura china es muy abierta. Podemos aceptar cosas de fuera. Cuando miramos a un extranjero seremos más tolerantes con su belleza. Pero si son chinos seremos más críticos. Quizás la distancia genera una apreciación de la belleza, por eso nos gustan los rasgos occidentales.

A pesar de mis mejores esfuerzos, ella se negó a explicar por qué esta aparente apertura no incluía a mujeres de piel más oscura. Mei Ling, una experta en belleza taiwanesa que asesora a Max Factor y actúa como consultora de cantantes pop y estrellas de cine chinos, fue mucho más comunicativa:

En Hong Kong, Taiwán y el continente, a las chicas chinas les gustan los productos para la piel blanca. Piensan que el blanco es hermoso. La gente tiene un sueño y se trata de Occidente. Somos amarillos, pero no queremos serlo. Para Max Factor, Lancôme y el resto, cada temporada es el mismo color: blanco. Es muy aburrido. Intentamos venderles un color nuevo cada temporada, pero ellos solo quieren blanco. A los asiáticos les gusta la piel blanca. Durante setenta años —la época del maquillaje— la elección siempre ha sido la misma: el blanco. Debido a la forma del rostro chino (nariz pequeña, pómulos altos, ojos estrechos y ausencia de vello facial), la piel es más importante para los chinos que para los occidentales.

Existe una enorme demanda de este tipo de productos blanqueadores entre las mujeres chinas, japonesas y coreanas, y dominan la publicidad cosmética en la televisión y la prensa. Se estima que el mercado japonés de productos blanqueadores valía 5.600 millones de dólares en 2001, mientras que China (el mercado de más rápido crecimiento) valorado en 1.300 millones de dólares. Gran parte de la publicidad dirigida a las mujeres asiáticas por parte de las empresas cosméticas occidentales utiliza imágenes y narrativas con referencias implícitas a la "inferioridad" estética de los tonos de piel "oscuros" y "amarillos" de las mujeres asiáticas. No es inusual ver a chinos y japoneses mujeres cubiertas con una base de maquillaje blanca y con un aspecto —a los ojos occidentales— un tanto fantasmal. El subtexto racial de todo esto es claro: el negro es repelente, el amarillo es indeseable y el blanco es bueno. El deseo de blancura adopta otras formas. En un día soleado en China, Japón, Singapur y otros lugares, es muy común ver a mujeres chinas o japonesas usando sombrillas y paraguas para protegerse del sol; no quieren tener la piel bronceada.

Los japoneses han buscado durante mucho tiempo distinguirse de otras razas del este de Asia, especialmente de los chinos. En los cómics manga y las películas de animación, los japoneses se retratan a sí mismos de una manera muy occidentalizada, con ojos grandes (a veces azules), cabello de colores brillantes (incluso rubios) y piel blanca, aunque el cabello negro, los ojos marrones estrechos y la piel amarillenta son más

característicos o menos universales. Generalmente más claros que los chinos, les gusta verse a sí mismos como blancos; Ciertamente no es amarillo, que es como perciben a los chinos y coreanos. Tanto para los japoneses como para los chinos, la piel negra tiene una connotación muy negativa y no es raro ver a los negros retratados de manera despectiva. Un anuncio popular de cerveza San Miguel en Hong Kong alrededor del año 2000 mostraba a una persona negra como poco más que un imbécil. Según Mei Ling: "No les gusta ver piel negra, sólo piel blanca, en los catálogos de maquillaje que soy responsable de compilar". Un alto ejecutivo de uno de los principales estudios cinematográficos estadounidenses me dijo que había poca demanda en la región de películas de Hollywood o series de televisión con estrellas negras. La apariencia más popular en la televisión japonesa o china o en el cine podría describirse mejor como euroasiática: japonesa o china con rasgos occidentales. Jackie Chan es un buen ejemplo. Tanto para las mujeres japonesas como para las chinas, los novios blancos pueden disfrutar de cierto prestigio, pero no ocurre lo mismo con las parejas negras o morenas: son algo extremadamente raro y cualquier decisión de ese tipo requeriría gran coraje.

La forma occidental –sobre todo el color de la piel, el significante definitorio, pero también otros rasgos caucásicos como el cabello rubio, los ojos grandes y la altura– ha tenido un impacto profundo y duradero en las sociedades del este asiático durante los últimos doscientos años. Es algo que rara vez se comenta y, sin embargo, es más generalizado, de mayor alcance psicológico y más fundamental en términos de identidad que la mayoría de las cuestiones normalmente discutidas en este contexto. Para un japonés mirarse en el espejo y desear ver a una persona blanca, o resaltar aquellos rasgos que se parecen a los de un caucásico (no es fácil dadas las profundas diferencias físicas entre los dos) es una poderosa declaración de autoimagen, de cómo una persona siente acerca de sí misma, de su sentido de lugar en el mundo. No es raro que los japoneses se sientan físicamente inadecuados en comparación con los occidentales, lo que complementa el sentimiento de inferioridad e inseguridad nacional analizado en el capítulo 3. Los chinos a veces albergan emociones similares acerca de su apariencia física, pero esto es mucho menos común que entre los japoneses. El japonés.

Sin embargo, sería un error considerar la predilección por la blancura en Asia Oriental como simplemente un producto de la influencia occidental. El deseo de ser blanco también tiene poderosas raíces indígenas. Tanto para los japoneses como para los chinos, la blancura ha tenido durante mucho tiempo una poderosa connotación de clase. Si eres moreno, significa que trabajas la tierra y eres de un orden inferior; Tal prejuicio está profundamente arraigado en sus respectivas psiques nacionales y se ha visto acentuado por la modernización y la urbanización, siendo el blanco un símbolo de vida urbana y prosperidad y el marrón una metáfora del campo y la pobreza. Las percepciones de diferentes colores de piel se utilizan para definir y reforzar las diferencias nacionales, así como las relaciones entre razas en el mismo país, e incluso entre diferentes tonos dentro de la misma raza. Desde la Restauración Meiji, los japoneses han utilizado el color de la piel para distinguirlos de sus vecinos chinos y coreanos. Más ampliamente, esta jerarquía de color se reproduce en la relación entre el Asia nororiental más bella y el Sudeste asiático más oscuro, y dentro del Sudeste asiático entre la población indígena, la diáspora china y la diáspora india más pequeña, por ejemplo. En casi todas partes del este de Asia, el color de la piel es un tema muy sensible que despierta sentimientos, percepciones y prejuicios poderosos, junto con un deseo casi universal de ser más justo. El poder del modelo racial occidental es precisamente que refuerza e interactúa con puntos de vista indígenas muy arraigados

sobre el color. Volveré a estos temas en el capítulo 8 en el contexto de China.

Alimento

Está de moda citar la expansión de McDonald's en el este de Asia como un signo de una creciente occidentalización. En 2008 había 950 tiendas McDonald's en China (la primera se abrió en Shenzhen en 1990) y en 2004 había aproximadamente 3.500 en Japón y 300 en Malasia. Starbucks, Kentucky Fried Chicken y Pizza Hut también tienen numerosos establecimientos en la región: en 2008, KFC tenía más de 2.200 establecimientos en China y en 2006 Pizza Hut tenía 140. Un memorando de 1999 sobre comida rápida de McCann Erickson, que se encargó de la publicidad cuenta en China para McDonald's, expuso su apelación de la siguiente manera:

Se trata de modernidad. El restaurante de comida rápida es un símbolo de haberlo conseguido. Los nuevos restaurantes de comida rápida "occidentales" (aunque predominantemente los Arcos Dorados) se convierten en lugares símbolo de estatus para la nueva clase media. Inicialmente se convierte en su vínculo con la demostración de que pueden vivir el estilo de vida occidental (léase normalmente "estadounidense").

Sin embargo, el total combinado de todas las tiendas de comida rápida de Estados Unidos representa una fracción muy pequeña de los restaurantes y lugares para comer en estos países. Puede que atraigan mucha publicidad, pero esto da una imagen distorsionada de los hábitos alimentarios en el este de Asia. La abrumadora mayoría de la gente continúa consumiendo alimentos autóctonos de su país. En casi todos los almuerzos o en la cena en Beijing o Chongqing siempre se comerá comida china; Lo mismo puede decirse de los japoneses. La comida rápida occidental –incluida la más popular de todas, el sándwich– vive al margen de los hábitos alimentarios masivos. Los restaurantes de estilo occidental tampoco disfrutaban del monopolio de la idea de comida rápida. Por el contrario, los restaurantes de comida rápida chinos y japoneses (familiares para los occidentales en forma de bares de sushi y de fideos, por ejemplo) son infinitamente más comunes.

En su estudio fundamental *La comida en la cultura china*, KC Chang sugiere que "la importancia de la comida para comprender la cultura humana reside precisamente en su infinita variabilidad, variabilidad que no es esencial para la supervivencia de las especies". Las personas de diferentes culturas comen de manera muy diferente; incluso dentro de una misma cultura suele haber variaciones considerables. Además, las personas muestran un enorme apego hacia la comida con la que han sido criadas y con la que están íntimamente familiarizadas. Los instintos son tribales: en el comedor de la Universidad Nacional de Singapur, me llamó la atención cómo los estudiantes chinos comían comida china, los indios comían comida india y los malayos comían malaya, con pocos cruces. Lo mismo puede decirse en Occidente: puede que nos guste la comida india, china o mexicana de vez en cuando, generalmente muy adaptada al paladar local, pero nuestra dieta básica es occidental: desayuno, almuerzo y cena.

En el centro de la tradición gastronómica del este de Asia, al igual que el idioma, se encuentra China, que disfruta de una de las culturas gastronómicas más sofisticadas del mundo, con una historia documentada extremadamente larga, probablemente al menos tan larga como la de cualquier otra tradición gastronómica de variedad similar. La cocina china, como todas las culturas alimentarias, ha sido moldeada por los ingredientes disponibles y China ha sido particularmente rica en la diversidad de su vida

vegetal. Dado que los ingredientes no son los mismos en todas partes, la comida china adquirió un carácter autóctono simplemente en virtud de los utilizados.⁸⁴ Dado el tamaño y la población del país, no es sorprendente que existan enormes variaciones regionales en el carácter de la comida china; de hecho, es más apropiado hablar de cocinas chinas que de una sola tradición, identificándose a menudo cuatro escuelas: Shandong, Sichuan, Jiangsu y Guangdong; ya veces ocho, con la adición de Hunan, Fujian, Anhui y Zhejiang; o incluso diez, con la incorporación de Beijing y Shanghai. Desde muy temprano, la cocina china incorporó productos alimenticios extranjeros (por ejemplo, trigo, ovejas y cabras de Asia occidental en los primeros tiempos, especias indonesias en el siglo V y maíz) y la batata de América del Norte de principios del siglo XVII, todo lo cual contribuyó a dar forma a la tradición alimentaria. La preparación de los chinos de la comida implica, en esencia, una división fundamental entre fan (granos y otros alimentos con almidón) y ts'ai (platos de verduras y carne). Una comida equilibrada debe contener la cantidad necesaria de fan y ts'ai.

La forma china de comer se caracteriza por la flexibilidad y la adaptabilidad, una función del conocimiento que los chinos han adquirido sobre sus recursos vegetales silvestres. Cuando se veían amenazadas por las malas cosechas y el hambre, la gente exploraba cualquier cosa comestible para mantenerse con vida. De esta manera se descubrieron muchos ingredientes extraños, como espigas de madera y capullos de lirio, y delicias como las aletas de tiburón, que posteriormente se convirtieron en parte integral de la dieta china. La cocina china también es rica en conservas, otra consecuencia de la necesidad de encontrar un medio de supervivencia durante las hambrunas y los crudos inviernos del norte de China. La actitud china hacia la comida está íntimamente ligada a la noción de salud y bienestar, la importancia de comer saludablemente, cuyos principios subyacentes, basados en la distinción yin-yang, son específicos de la cultura china. Podría decirse que pocas culturas están tan orientadas hacia la comida como los chinos, quienes, ya sean ricos o pobres, toman la comida en serio, incluso más que los franceses. Durante miles de años, la comida ha ocupado una posición fundamental en la vida china. La importancia de la cocina en el palacio del emperador queda ampliamente demostrada por la lista de personal registrada en Zhou li (la crónica o ritos de la dinastía Zhou, que gobernó entre 1122 y 256 a. C.). De casi 4.000 personas que tenían la responsabilidad de administrar los barrios residenciales del emperador, 2.271 se encargaban de la comida y el vino.⁹⁰ Si bien un saludo estándar en inglés es "¿Cómo estás?" el equivalente chino no es infrecuente: "¿Has comido?" KC Chang sugiere que "los chinos han demostrado inventiva en [la comida] tal vez por la sencilla razón de que la comida y el comer se encuentran entre las cosas centrales del modo de vida chino y parte del espíritu chino". Jacques Gernet sostiene, con menos moderación, que "no hay duda de que en esta esfera China ha mostrado una mayor inventiva que cualquier otra civilización".

A esta imagen habría que añadir el té chino. Nadie está muy seguro de cuándo comenzó el consumo de té en China. Ya estaba muy desarrollado durante la dinastía Tang (618-907 d. C.), pero ciertamente se remonta a mucho antes. La cultura china del té es tan sofisticada, variada, exigente y seria como la cultura del vino europea. Una casa de té tradicional no tiene equivalente en la cultura occidental; la diversidad de tés que se ofrecen es desconcertante, las formas de prepararlos y beberlos son intrincadas, los rituales elaborados y el entorno a menudo es agradable. Aunque el café es cada vez más popular, el té sigue siendo abrumador. Con el creciente apetito por las cosas chinas, parece probable que las casas de té chinas se conviertan en algo común en muchas

ciudades occidentales en poco tiempo.

Por lo tanto, parece ligeramente absurdo sugerir que la comida (o la bebida, de hecho) china esté siendo occidentalizada por empresas como McDonald's. Por supuesto, la comida china ha sido influenciada por Occidente, por ejemplo en términos de ingredientes (los chiles característicos de la comida de Sichuan fueron introducidos originalmente por los españoles), pero el impacto ha sido muy limitado. El apego excepcional de los chinos a su comida –en contraste con otros aspectos de su cultura, como la vestimenta y la arquitectura, que en gran medida han estado dispuestos a renunciar– se ilustra por el hecho de que las comunidades chinas de ultramar, del sur - Desde Asia Oriental hasta América del Norte, continúan comiendo comida china como su dieta principal.

La comida japonesa ha estado sujeta a una influencia occidental bastante mayor. En Japón abunda la comida casera de origen occidental, gran parte de la cual se inventó a raíz de la Restauración Meiji. La elite japonesa buscó imitar la cocina francesa a finales del siglo XIX, y después de la Primera Guerra Mundial los platos occidentales comenzaron a entrar en las cocinas de la clase media, aunque en una forma altamente indigenizada. Esencialmente, los platos extranjeros se incorporaron al patrón de comidas japonesas como guarniciones, imitando así también las formas en que la sociedad japonesa aceptó, y también acordonó, las influencias extranjeras en general.⁹⁵ Según Katarzyna Cwiertka:

Las reglas básicas relativas a la mezcla de alimentos, condimentos y técnicas culinarias japonesas y occidentales se establecieron alrededor de la tercera década del siglo XX y se han seguido siguiendo hasta el día de hoy, a medida que los cocineros japoneses continúan adaptando sus técnicas de cocina a elementos extranjeros en el contexto japonés. Algunas combinaciones se popularizan y eventualmente se convierten en parte integral de la dieta japonesa. Otros son rechazados, pero pueden reaparecer unas décadas más tarde, defendidos como nuevos y de moda.

Si bien los idiomas del este de Asia todavía se hablan abrumadoramente dentro de la región pero no fuera de ella, no ocurre lo mismo con su comida. Los inmigrantes pobres se han llevado su comida consigo; los restaurantes chinos, por ejemplo, han sido el principal negocio de los inmigrantes chinos, ciertamente en las primeras décadas de su asentamiento, como lo atestigua cualquier barrio chino del mundo. Si bien la comida europea tuvo sólo un impacto limitado en el este de Asia, principalmente como resultado del colonialismo, la migración inversa, del este de Asia al oeste, en gran parte durante los últimos cuarenta años, ha disfrutado de una influencia culinaria mucho mayor. Los restaurantes chinos, japoneses, vietnamitas, tailandeses, coreanos y malayos –y, por supuesto, los indios– se han convertido en algo familiar en Occidente.⁹⁷ En los últimos veinticinco años, la comida japonesa se ha vuelto muy popular en la costa oeste de Estados Unidos, lo que llevó a la creación de nuevos platos híbridos japonés-estadounidenses como el rollo de California.

En lugar de occidentalización de los hábitos alimentarios del este asiático, sería más apropiado hablar de lo contrario: la asianización de la dieta occidental. La razón tiene mucho que ver con la migración, pero también es una consecuencia de la enorme riqueza y calidad de muchas cocinas de la región en comparación con la gran mayoría de sus contrapartes en Europa y América del Norte. Tomemos el caso de Gran Bretaña, el mayor colonizador del mundo, cuya propia cultura alimentaria sólo puede describirse, en

su estado actual, como empobrecida y raída. El vacío que fue la cocina británica después de la Segunda Guerra Mundial ha sido llenado en gran medida por una mirada de influencias extranjeras, en primer lugar europeas, especialmente italianas y francesas, pero también asiáticas, en particular indias y chinas. Como consecuencia, su cocina se ha vuelto híbrida: en el ámbito de la comida, Gran Bretaña se parece a un país en desarrollo, que conserva algo propio mientras toma prestado mucho de otros lugares. Lo mismo puede decirse de Estados Unidos, aunque, por supuesto, comenzó su vida como un híbrido europeo. Todas las cocinas en la era de la globalización se están volviendo más híbridas, pero no se debe exagerar el alcance de esto. En Asia Oriental, la comida sigue siendo esencialmente autóctona y sólo híbrida en los márgenes, con la obvia excepción de un país multirracial como Malasia, donde ha habido una enorme fertilización cruzada en la alimentación entre malayos, chinos e indios, lo que ha dado lugar a una alimentación muy distintiva nacional.

Política y poder

En Occidente se ha asumido ampliamente que todos los sistemas políticos están gravitando, o al menos con el tiempo gravitarán, hacia un tipo similar de sistema político, caracterizado por una democracia al estilo occidental. También existe la opinión, basada en la creencia en la relevancia universal de la historia, la experiencia y la práctica occidentales, de que el poder se ejerce, o debería ejercerse, más o menos de la misma manera en todas partes. De hecho, la naturaleza del poder político difiere ampliamente de una sociedad a otra. En lugar de hablar de un sistema político –con sus connotaciones abstractas y maquinistas: es más fructífero pensar en términos de una cultura política. La razón de esto es simple: la política está arraigada en cada cultura y es específica de ella. Es, además, profundamente provinciano. Un hombre de negocios puede ejercer su oficio y sus habilidades a través de muchas fronteras nacionales diferentes, un académico de renombre puede dar conferencias en universidades de todo el mundo, pero el don de un político, en términos de construir una base de apoyo popular y el ejercicio del poder, tiene raíces estrechas. y específicamente en el nacional: las habilidades y el carisma no viajan de la misma manera, están elaborados y cincelados para la audiencia local, moldeados por los detalles íntimos de la cultura nacional. Por supuesto, determinados líderes de naciones importantes pueden ser admirados y apreciados más allá de las fronteras nacionales, como lo fue Margaret Thatcher en la década de 1980, y Barack Obama lo es actualmente, y Vladimir Putin, curiosamente, lo fue en China en los años 2000, pero esa es una situación completamente diferente. La cuestión es construir una base interna y gobernar un país en particular.

Existe una profunda diferencia entre la naturaleza del poder en las sociedades occidentales y las sociedades del este de Asia. En el primero, está impulsado por la búsqueda de autonomía e identidad individuales. En el centro de la cultura del este asiático –tanto del noreste (en otras palabras, la cultura basada en confuciano) como del sudeste asiático– está el deseo del individuo de una identidad grupal: el individuo encuentra afirmación y reconocimiento no en su propia cultura individual sino en ser parte de un grupo; es a través de la pertenencia a un grupo que un individuo encuentra seguridad y significado. Además, la gobernanza occidental se basa, al menos en teoría, en la noción de utilidad: se requiere que el gobierno entregue ciertos beneficios al electorado a cambio de su apoyo. Las políticas del este de Asia son diferentes. Históricamente, la función del gobierno en Asia Oriental ha sido más opaca y, a diferencia de Occidente, hay una separación entre los conceptos de poder y

responsabilidad: se creía que había límites a lo que un gobierno podía lograr, que otras fuerzas podían lograrlo. Los resultados estaban en gran medida fuera del control humano, y que la relación entre causa y efecto era compleja y difícil de alcanzar. En lugar de basarse en la utilidad, el poder se consideraba un valor final en sí mismo, íntimamente ligado al bienestar colectivo de la sociedad. El gobierno tenía un papel esencialmente paternalista y el pueblo se veía a sí mismo en una relación de dependencia. Aunque, bajo las presiones de la modernización y el crecimiento económico, las sociedades se han visto obligadas a volverse más utilitarias –como sugiere la idea del Estado desarrollista–, las formas tradicionales de pensar sobre el gobierno siguen siendo muy fuertes. Esto se refleja en la persistencia de gobiernos paternalistas de partido único en muchos estados de la región, incluso donde, como en Japón, Malasia y Singapur, hay elecciones periódicas.

Aunque estas generalizaciones se aplican tanto al Sudeste como al Noreste de Asia, existen marcadas diferencias entre ambos. Aquí me concentraré en las sociedades basadas en el confucianismo de China, Japón, Corea, Taiwán y Vietnam. Los chinos fueron extremadamente inusuales porque desde muy temprano llegaron a ver el gobierno en términos principalmente seculares. En lugar de presentarse como la expresión de la autoridad divina, el gobierno confuciano se basó en la idea de un orden ético. Se exigía que los gobernantes gobernaran de acuerdo con las enseñanzas de Confucio y se esperaba que establecieran los más altos estándares morales. Había una elaborada jerarquía política que suponía y requería una escalera ascendente de virtud por parte de los titulares de cargos. La estructura política se consideraba sinónimo del orden social, siendo el objetivo general una comunidad armoniosa y equilibrada. Estos principios influyeron en el gobierno chino en diversos grados desde los Qin hasta la caída de los Qing.

El modelo tanto de sociedad como de gobierno se basaba en la familia, una institución íntimamente familiar para todos. El individuo era visto como parte de la sociedad y del Estado del mismo modo que pertenecía a su propia familia. La familia confuciana poseía dos características clave. La primera era la piedad filial, el deber de la descendencia de respetar la autoridad del padre, quien, a cambio, debía hacerse cargo de la familia. Como el Estado se basaba en la familia, el padre era también el modelo a seguir para el Estado, lo que, en tiempos dinásticos, significaba el emperador. En segundo lugar, aunque los chinos no eran en general religiosos, compartían con otras sociedades confucianas una creencia trascendental en los espíritus ancestrales: que los antepasados estaban permanentemente presentes. La deferencia hacia los antepasados se promulgaba a través del ritual del culto ancestral, que servía para enfatizar la continuidad y el linaje de la familia y la naturaleza relativamente humilde de sus miembros vivos actuales. La creencia en espíritus ancestrales fomentó un respeto y una veneración similares por el Estado como institución inmortal que representaba la continuidad de la civilización china. La importancia de la familia en la cultura china puede deducirse del significado especial –mucho mayor que en la cultura occidental– que se atribuye al apellido, que siempre va antes del nombre de pila.

La socialización a través de la familia fue y sigue siendo un proceso altamente disciplinante en las sociedades confucianas. Los niños aprenden a valorar que todo tiene su lugar, incluidos ellos. Las personas aprenden sobre su papel y deberes como ciudadanos como una extensión de sus responsabilidades familiares. Es a través de la familia que la gente aprende a respetar una colectividad, que el individuo es siempre secundario respecto del grupo. A diferencia de las sociedades occidentales, que, al

menos históricamente, han tendido a confiar en la culpa a través de la enseñanza cristiana como medio para restringir y dirigir el comportamiento individual, las sociedades confucianas se basan en la vergüenza y la "pérdida de prestigio". La disciplina en las sociedades confucianas es interna al individuo, basada en el proceso de socialización en la familia, en lugar de inducida externamente a través de la enseñanza religiosa, como en Occidente, aunque esa tradición se ha debilitado en una Europa cada vez más secular.

Tal es el poder de este sentido de pertenencia –a la propia familia, pero luego, por extensión, a la sociedad, la nación y el Estado– que ha resultado en un fuerte sentido de apego y afinidad con la propia raza y nación –y, por la misma razón, un rechazo de los extranjeros como "bárbaros", "diablos" o el Otro. Todos los países confucianos comparten una concepción biológica de ciudadanía. El fuerte sentido de patriotismo que caracteriza a cada una de estas sociedades –China, Japón, Corea, Taiwán y Vietnam– se ha atribuido generalmente a una reacción a la abrumadora presión occidental, incluido el colonialismo. Pero esto es sólo una parte del panorama, y la parte bastante menos importante: el poder de la identidad, el rechazo de los forasteros y la fuerza del racismo nativo son principalmente una consecuencia de la naturaleza del proceso indígena de socialización.

El papel de la familia es brindar seguridad, apoyo y cohesión a sus miembros. En otras palabras, en las sociedades confucianas, el gobierno sigue el modelo de una institución cuyo enfoque no estaba en el logro de objetivos externos sino en su propio bienestar, automantenimiento y autoperpetuación. No sorprende, por tanto, que una característica poderosa de estas sociedades haya sido el énfasis en la unidad y la estabilidad y en la continuidad, la cohesión y la solidaridad. Las sociedades confucianas, por lo tanto, tienen una concepción del gobierno bastante diferente a la que conocemos en Occidente, donde el Estado es visto como una construcción esencialmente artificial, una institución externa a la que la gente busca hacer rendir cuentas, que ellos consideran con cierta sospecha, cuyos poderes buscan constantemente definir, limitar y constreñir. Para los chinos –y lo mismo puede decirse en términos generales de las otras sociedades confucianas– el Estado es visto como una parte natural e intrínseca de la sociedad, como parte del bienestar y el propósito común más amplio. El Estado, como la familia, no está sujeto ni a codificación ni a restricción. El Estado chino nunca ha sido considerado de manera estrictamente política, sino más ampliamente como una fuente de significado, comportamiento moral y orden. Que se le deba conceder un papel tan universal es una consecuencia del hecho de que está tan profundamente arraigado en la cultura que se lo considera parte del orden natural de las cosas.

A los occidentales les resulta difícil apreciar y captar la naturaleza de la cultura política confuciana porque es muy diferente de aquello con lo que están familiarizados; Además, los occidentales, acostumbrados a gobernar el mundo durante tanto tiempo, no están bien versados en comprender y reconocer las diferencias. Como resultado, las políticas del este de Asia generalmente se ven sólo desde una perspectiva muy superficial. Japón es considerado democrático porque tiene elecciones y partidos en competencia; sin embargo, el sistema japonés funciona de manera totalmente diferente a los occidentales. La China posterior a 1949 ha sido explicada abrumadoramente en términos de su gobierno comunista, con el consiguiente fracaso en comprender la continuidad entre el régimen comunista y el largo hilo de la historia china. De hecho, no debería sorprendernos ni la naturaleza altamente idiosincrásica de la política japonesa ni el cordón umbilical que une el gobierno comunista y el gobierno dinástico. Ambos son

ejemplos de la forma en que la política está arraigada en la cultura.

Dado que los sistemas políticos de Asia Oriental operan según costumbres y prácticas muy diferentes a las de Occidente, ¿podemos sacar alguna conclusión sobre sus méritos y deméritos? Ésta es una pregunta delicada, ya que los occidentales, por muy abiertos que sean, inevitablemente tienden a aplicar criterios occidentales. Se inclinan a ver la dependencia como algo negativo, mientras que los asiáticos orientales viran hacia la opinión opuesta y la ven como algo positivo. ¿Quién tiene razón? Es imposible emitir un juicio. La desventaja de las sociedades del este de Asia podría verse como una tendencia, dada la fuerza de la dependencia y la concepción paternalista del gobierno, hacia el autoritarismo y el gobierno de partido único. Por otro lado, este liderazgo paternalista también tiene ciertas ventajas. Como el gobierno y los líderes disfrutaban de un tipo diferente de confianza, se les da mucha más libertad para cambiar de dirección y de políticas. No están rodeados ni limitados de la misma manera que los líderes occidentales. En cierto modo, los líderes políticos de Asia Oriental también son más accesibles y accesibles porque ven su responsabilidad ante la sociedad de una manera más holística y la gente adopta una actitud similar hacia ellos. Su mayor autoridad integral, arraigada en la relación simbiótica entre paternalismo y dependencia, también puede permitirles adoptar una actitud de más largo plazo hacia la sociedad y sus necesidades.

Las características muy distintivas de las organizaciones políticas del este de Asia pueden tener sus raíces en la historia, pero ¿están disminuyendo con la modernización? En cierto modo se están volviendo más fuertes. A medida que la ideología del anticolonialismo se ha debilitado, ha habido, en todo caso, una reversión a actitudes familiares más tradicionales. Además, si bien la familia misma está cambiando (en China es mucho menos patriarcal que antes), sigue siendo muy de la familia occidental, especialmente en términos de valores y actitudes: de hecho, las costumbres familiares han estado entre las más lentas de todas las instituciones asiáticas para cambiar. Es tal la profundidad de las fuerzas que han servido para dar forma a la política de Asia Oriental que es imposible imaginar que estas sociedades pierdan de algún modo su carácter político distintivo.

MODERNIDAD INDÍGENA

El panorama que surge de estos cuatro ejemplos no es la escala de la occidentalización sino, en su mayor parte, su alcance sorprendentemente restringido. Además, los temas considerados difícilmente podrían ser más fundamentales y nos llevan, de maneras contrastantes, al corazón mismo de las sociedades. Podemos sacar dos conclusiones generales. En primer lugar, si el impacto de la occidentalización es limitado, entonces estas sociedades —y sus modernidades— siguen siendo individuales y distintivas, arraigadas y moldeadas por sus propias historias y culturas. También se deduce que su modernización ha dependido no simple o principalmente de los préstamos de Occidente, sino de su capacidad para transformarse y modernizarse: en otras palabras, las raíces fundamentales de la modernización son nativas y no extranjeras. Japón, el primer ejemplo de la modernidad asiática, es un ejemplo clásico de esto. Puede que haya tomado prestado mucho de Occidente, pero el resultado fue y es enteramente distintivo: una modernidad ineluctablemente japonesa. En segundo lugar, si el proceso de modernización es simplemente un trasplante, entonces no puede tener éxito. Un pueblo debe creer que la modernidad es suya para que pueda echar raíces y florecer. Todos los

países del este de Asia se han endeudado mucho de Occidente o de Japón, normalmente de ambos. De hecho, una característica importante de todas las modernidades asiáticas, incluida la japonesa, es su naturaleza híbrida, la combinación de diferentes elementos, autóctonos y extranjeros. Pero es crucial dónde se encuentra la línea de demarcación entre los prestados y los indígenas: si una sociedad siente que su modernidad es esencialmente impuesta –un trasplante extranjero– entonces será rechazada y fracasará. Esta debe ser una razón más –en además del hecho de que las potencias coloniales trataran deliberadamente de impedir que sus colonias compitieran con sus propios productos: por qué, durante la era del colonialismo, ninguna sociedad colonial logró lograr el despegue económico. El problema con el estatus colonial era que, por definición, la colonia pertenecía a un pueblo y una cultura extraños. Las únicas excepciones fueron las colonias de colonos blancos, que, al compartir la raza y etnia de la potencia colonizadora, es decir, Gran Bretaña, siempre fueron tratadas de manera muy diferente; y Hong Kong, que, para crédito tardío de Gran Bretaña, desde finales de los años cincuenta (un siglo después de su colonización inicial), logró convertirse en la primera colonia industrializada de la historia, con la cooperación tácita de China.

Dada la larga historia y el extraordinario carácter distintivo de China, es evidente que la modernización de China sólo podría tener éxito si el pueblo la sintiera como un fenómeno fundamentalmente chino. Este debate se desarrolló durante el siglo posterior a 1850 en la discusión sobre la "esencia china" y el "método occidental" (como también lo fue en Japón), y sigue siendo un tema controvertido en la China actual. El conflicto entre la tradición china y la modernidad occidental en la modernización de China queda bien ilustrado por una discusión que organicé hace casi una década con cuatro estudiantes de poco más de veinte años de la Universidad Fudan de Shanghai, una de las instituciones de élite de China. Del intercambio se desprende claramente que mantener un núcleo chino distinto no era negociable en lo que a estos estudiantes se refería: las dos mujeres, Gao Yi y Huang Yongyi, pronto iban a hacer doctorados en universidades estadounidenses, mientras que los jóvenes, Wang Jianxiong y Zhang Xiaoming, habían conseguido buenos trabajos en empresas estadounidenses en Shanghai. Eran la crème de la crème, los beneficiarios finales de la política de puertas abiertas de Deng Xiaoping, los chinos ganadores de la globalización.

Wang: En el siglo pasado, la cultura china se volvió marginal mientras que la cultura occidental se volvió dominante. Los chinos han estado mucho más preocupados por el pasado, por su historia, que Occidente. Tenemos que entender por qué estamos detrás de otros países, por qué no hemos podido desarrollar nuestro país. Occidente ha obtenido una victoria muy grande y esto ha significado una gran crisis para la civilización china.

Gao: Nuestros valores tradicionales siempre están en conflicto con los valores occidentales modernos. Siempre no sabemos cómo abordar esto. Estos dos sistemas de valores siempre están en conflicto. Constantemente sentimos la necesidad de regresar a nuestra larga historia para comprender quiénes somos realmente. La razón por la que prestamos tanta atención a nuestra historia es porque la forma tradicional sigue siendo muy poderosa.

¿Es usted más optimista para el futuro? ¿Cree que la cultura china seguirá siendo marginal?

Wang: Nuestra civilización está entrando en un período crítico. En el siglo pasado

utilizamos el pensamiento occidental para desarrollar la sociedad y la cultura chinas. Eso no es bueno. Debemos construir nuestro propio conocimiento, nuestra propia metodología, para desarrollar el país y nuestra cultura. Debemos construir nuestras propias cosas, no simplemente traer pensamientos occidentales a nuestro país. Eso es principalmente lo que hemos hecho en el siglo XX. Pero creo que este siglo los chinos desarrollarán sus propios conocimientos.

Si China hace esto, ¿podrá volverse más central e importante en el mundo?

Wang: No será el centro del mundo, pero China realizará su propia modernidad, que no será la misma que la de Estados Unidos ni, dicho sea de paso, como la Unión Soviética. Será algo nuevo.

¿Qué tendrá de distintivo?

Wang: Podemos construir nuestra propia modernidad basada en la cultura china. Por supuesto, usaremos algunos elementos de la cultura occidental, pero no podemos trasplantar esa cultura a China. Un error que cometen los países occidentales, especialmente Estados Unidos, es querer trasplantar sus sistemas e instituciones a otros países. Está mal porque ignora el núcleo cultural de un país. Siempre me gusta centrarme en el núcleo cultural: transformar o eliminar el núcleo cultural es imposible.

¿Y el núcleo cultural es... ?

Wang: Cinco mil años de historia.

¿Cuáles son los valores de este núcleo cultural?

Wang: Se compone de muchos elementos: nuestra actitud ante la vida, la familia, el matrimonio, etc. Durante la larga historia de la civilización china –porque nuestro país es tan grande– hemos desarrollado muchas ideas y actitudes diferentes.

Usted y Zhang están estudiando finanzas internacionales y, sin embargo, su argumento gira exclusivamente en torno a las características distintivas de China.

Wang: La globalización es occidentalización. Pero debería ser un proceso bidireccional: aceptamos las ideas occidentales y, al mismo tiempo, la gente de los países occidentales debería tratar de comprender y tal vez aceptar algunas de nuestras ideas. Ahora no es así: simplemente aceptamos las ideas occidentales, no hay ningún movimiento en la dirección opuesta. Ese es el problema. Como resultado, perdemos algo de nuestra propia cultura, lo cual nos preocupa mucho. Ahora tenemos miedo de perder nuestra propia cultura. Aceptamos las ideas occidentales no porque sean buenas para nosotros sino por su novedad. Son nuevos para nosotros por eso los aceptamos. Pero en general no creo que sean buenos para nosotros. Quizás dentro de veinte años los abandonemos.

Zhang: Históricamente, hay una parte de los chinos que quiere cambiar y una parte que quiere seguir siendo lo mismo. Estamos en un estado de conflicto, tanto como individuos como como sociedad. En la dinastía Qing nos aislamos del mundo exterior, principalmente porque queríamos conservar nuestra cultura y nuestra civilización. Parte de la razón era inaceptable: pensábamos que éramos superiores al resto del mundo. Cuando finalmente abrimos nuestras puertas, descubrimos que estábamos atrasados en comparación con los países occidentales. Ahora hemos vuelto a abrir nuestras puertas y con esta apertura estamos y estaremos cada vez más influenciados por los países

occidentales. Tenemos miedo de perder nuestra cultura, nuestras características. Quiero cambiar, porque la situación actual en China no es tan satisfactoria, pero al mismo tiempo me preocupa que cuando eliminemos las deficiencias de nuestra cultura tal vez también perdamos la parte esencial de nuestra cultura, la parte buena de nuestra cultura.

Huang: Incluso ahora, cuando la influencia occidental es considerable e intrusiva, no creo que los chinos pierdan su cultura porque esto representa una acumulación muy espesa de historia. No puede cambiar fácilmente, incluso si cambian algunas cosas superficiales. Hay una cultura central muy fuerte dentro de cada uno de nosotros. Incluso si nuestra forma de vida cambia, esa cultura no cambiará. Nuestra larga historia reaparece y se repite constantemente. Ahora estamos en un período de pérdida. No puedo negar eso. Estamos perdidos debido al conflicto subyacente entre modernidad y tradición. Pero creo que de esto surgirá algo nuevo: seguirá existiendo una China única.

Gao: Hemos pasado por épocas peores, por ejemplo cuando fuimos colonizados. Tengo más confianza. Estamos en un nuevo período en el que no estamos siendo invadidos sino influenciados por Occidente. Pero seguro que no nos occidentalizaremos; la cultura central seguirá ahí.

El equilibrio de poder en el mundo está cambiando a una velocidad notable. En 1973 estaba dominado por un mundo desarrollado formado por Estados Unidos, Europa occidental y Japón, junto con lo que Angus Maddison describe como "ramas occidentales" como Australia: entre ellos, representaban el 58,7% del PIB mundial, pero sólo el 18,4% del PIB mundial. % de la población mundial. En 2001, la proporción del PIB mundial correspondiente a estos países había caído al 52,0%, mientras que su participación en la población mundial había disminuido al 14,0%. El cambio más espectacular fue la creciente proporción del PIB mundial correspondiente a Asia, que, excluyendo a Japón, aumentó del 16,4% en 1973 al 30,9% en 2001, mientras que su participación en la población mundial aumentó del 54,6% en 1973 al 30,9% en 2001, 57,4% en 2001.¹¹² Este panorama cambiará aún más dramáticamente en las próximas décadas. Se estima que en 2032 la proporción del PIB mundial de los llamados BRIC, es decir, Brasil, Rusia, India y China, superará la del G7, es decir, Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Alemania, Francia, Italia y Japón. Y se prevé que para 2027 China superará a Estados Unidos y se convertirá en la mayor economía del mundo. Para ilustrar cuán cada vez más diverso es probable que llegue a ser el mundo, se prevé que el PIB combinado de otros once países en desarrollo (Bangladesh, Egipto, Indonesia, Irán, Corea, México, Nigeria, Pakistán, Filipinas, Turquía y Vietnam) podrían alcanzar dos tercios del nivel del G7 para 2050. Mientras tanto, la proporción de la población mundial correspondiente al mundo en desarrollo aumentará constantemente, aunque la de Asia seguirá siendo relativamente constante, justo por debajo del 60%, mientras que el de India y China, los dos países más poblados del mundo, disfrutaron de una participación combinada del 37,3% en 2001, y se prevé que disminuya muy ligeramente. Mientras tanto, la proporción de la población mundial que vive en los países desarrollados seguirá disminuyendo constantemente.

Los siglos XIX y XX marcaron la Era de Occidente. Pero esta era está llegando a su fin. A mediados de este siglo, cuando Occidente sea responsable de mucho menos de la mitad del PIB mundial, la Era de Occidente habrá pasado. El ascenso de China, India,

Brasil, Corea, Taiwán y muchos otros países en desarrollo marca un enorme cambio en el equilibrio del poder económico, pero también tiene implicaciones mucho más amplias. La prosperidad económica sirve para transformar la confianza en sí mismas y la autoimagen de las sociedades, permitiéndoles así proyectar sus valores políticos y culturales más ampliamente. Una característica sorprendente de los tigres asiáticos ha sido la forma en que, durante el proceso de modernización, han ido cambiando constantemente de un deseo aparentemente insaciable por todo lo occidental como símbolo de la modernidad que tanto anhelaban –combinado con un rechazo de lo indígena, que era visto como sinónimo de pobreza y atraso – ante una creciente afirmación de lo indígena en lugar de lo occidental. En la década de 1970, por ejemplo, pocos taiwaneses aceptarían la idea de muebles tradicionales chinos, pero a principios de la década de 1990 esta actitud estaba empezando a ser reemplazada por un creciente interés en los artefactos tradicionales. De manera similar, en la música pop, por ejemplo, las influencias occidentales fueron reemplazadas durante el mismo período por el mando-pop local y regional (música pop compuesta por chinos cantada en mandarín). En otras palabras, la tradición, en lugar de ser rechazada, se ha rearticulado progresivamente como parte de una modernidad nueva y nativa. El mismo panorama general se aplica en todo el este de Asia, incluida China. En 1980, pocos conocían o se preocupaban mucho por otros países de la región: todas las miradas estaban puestas en la meca mundial: Estados Unidos. Las líneas de comunicación eran abrumadoramente de este a oeste (en términos de información, música, política, tecnología, educación, cine, aspiraciones y deseos). La mayoría de los asiáticos orientales sabían mucho más sobre lo que sucedió en Nueva York, Washington o Londres que en Tokio, Seúl, Beijing o Kuala Lumpur. Los asiáticos orientales todavía mantienen una notable intimidación con lo que emana de Estados Unidos (ciertamente en comparación con la abrumadora ignorancia que los estadounidenses muestran hacia Asia oriental), pero la situación ha cambiado notablemente. Hung Tze Jan, el editor taiwanés citado anteriormente, describe bien este cambio de mentalidad: 'Cuando estaba en la escuela secundaria y en la universidad, centrábamos todos nuestros esfuerzos en la literatura y las ideas occidentales. Mi hijo está en sus primeros años de adolescencia y, a diferencia de mí, él tiene la oportunidad de crear algo nuevo: leer literatura tanto china como occidental.

Entonces, en el futuro, en lugar de haber una modernidad occidental dominante (en sí misma, por supuesto, un fenómeno pluralista), habrá muchas modernidades distintas. Está claro que ya hemos entrado en esta era de múltiples modernidades: hacia mediados de siglo estaremos firmemente instalados en ella. Hasta ahora, hemos vivido en un mundo creado y dominado por Occidente, en el que el tráfico económico, político y cultural ha sido abrumadoramente unidireccional, de Occidente a otros. Esto ya está empezando a cambiar, convirtiéndose en un proceso bidireccional o, más precisamente, multidireccional. Un ejemplo interesante de cómo el antiguo orden jerárquico se está alterando constantemente, e incluso invirtiéndose, lo podemos encontrar en el mundo del cricket. Anteriormente, el cricket estaba dominado en gran medida por Inglaterra, junto con dos antiguas colonias de colonos blancos, Australia y Nueva Zelanda. Pero en 2008, India, que ya representaba alrededor del 80 por ciento de los ingresos del juego, creó la Premier League india y sus ocho equipos, que representan a varias ciudades y estados indios, procedieron a fichar a muchos de los mejores jugadores de críquet del mundo, para gran disgusto de las autoridades inglesas del cricket, que siempre se han considerado el centro del juego. El futuro del cricket ahora claramente pertenece al subcontinente indio, donde el carácter, el sabor y la evolución del juego estarán cada vez

más determinados. Si el Manchester United y el Liverpool disfrutaban de una base mundial de fanáticos del fútbol, entonces jugadores como Punjab y Chennai bien podría abrir un camino similar en el cricket.

La Era de Occidente no sólo estuvo marcada por el dominio económico y militar sino también por el predominio occidental en más o menos todos los campos, desde la cultura y las ideas a la ciencia y la tecnología, la pintura y el lenguaje al deporte y la medicina. La hegemonía occidental significaba que todo lo asociado con Occidente disfrutaba de un prestigio y una influencia que otras culturas no tenían. El color de piel blanco ha sido el preferido en todo el mundo (también en el este de Asia, como vimos anteriormente en este capítulo) porque era sinónimo de poder y riqueza occidentales. La ropa de estilo occidental se ha adoptado ampliamente por la misma razón. El inglés es la lengua franca mundial debido a la enorme importancia de Estados Unidos. La historia de Occidente – en particular, la de Estados Unidos y Europa Occidental– es mucho más familiar para el resto del mundo que la de cualquier otro país o región porque la centralidad de Occidente ha significado que todos los demás están obligados o desean saberla. Los valores e ideas políticos occidentales son los únicos que disfrutaban de algún tipo de universalismo por una razón similar. Pero ahora que Occidente ya no es el hogar exclusivo de la modernidad, con el resto del mundo sumido en un estado de premodernidad, la ecuación global cambia por completo. El hinduismo ya no será sinónimo de atraso. Tampoco la ropa india. Ya no será posible descartar las tradiciones políticas chinas como una resaca obsoleta de los días del Reino Medio, ni equiparar a la familia occidental con la modernidad y descartar las de la India y China como restos de una era agraria. Para un número cada vez mayor de personas fuera de Occidente, la historia china llegará a ser tan familiar como lo es ahora la historia occidental, si no más. En otras palabras, la competencia entre Occidente y el resto ya no será fundamentalmente desigual, enfrentando la modernidad con la tradición, sino que tendrá lugar en algo que se parecerá cada vez más a un campo de juego nivelado, es decir, entre diferentes modernidades. Ya podemos ver esto en el mundo empresarial, donde las empresas coreanas, japonesas y chinas, con las características de las culturas de las que emanan, compiten con sus homólogos occidentales bastante diferentes, a menudo con un éxito considerable.

El siglo XX se caracterizó por la división ideológica entre socialismo y capitalismo, una era iniciada por la Revolución de Octubre de 1917 y que encontró expresión en el inicio de la Guerra Fría después de 1945, hasta llegar finalmente a su fin con el colapso de la Unión Soviética. Unión en 1989–91. Ese mundo, donde cada conflicto y división se refractaba a través del prisma de este cisma ideológico más amplio, procedió luego a evaporarse con gran velocidad. Los neoconservadores estadounidenses creen que la nueva división global es la guerra contra el terrorismo, lo que les gusta describir como la Cuarta Guerra Mundial (la tercera fue la Guerra Fría), pero esto representa una mala interpretación básica de la historia. De hecho, la era en la que ahora estamos entrando puede describirse mejor como una de modernidad cuestionada. A diferencia de la Guerra Fría, no se define por una gran división política o ideológica sino más bien por una contienda cultural global. El surgimiento de nuevas modernidades no sólo significa que Occidente ya no disfrutaba de un virtual monopolio sobre la modernidad, sino que las historias, culturas y valores de estas sociedades se afirmarán de una manera nueva y ya no podrán equipararse con el atraso o, peor aún, con el atraso. , falla. Por el contrario, experimentarán un nuevo sentido de legitimidad y, lejos de sentirse intimidados o

deferentes hacia Occidente, disfrutarán de un creciente sentido de confianza en sí mismos. Hasta ahora, el mundo se ha caracterizado por la arrogancia occidental: la convicción occidental de que sus valores, sistemas de creencias, instituciones y acuerdos son superiores a todos los demás. No se debe subestimar el poder y la persistencia de esta mentalidad. Los gobiernos occidentales no sienten ningún escrúpulo ni restricción a la hora de sermonear a otros países sobre la necesidad y la abrumadora virtud de sus versiones de democracia y derechos humanos. Este estado de ánimo no se limita en modo alguno a los gobiernos, quienes, en su mayor parte, simplemente reflejan un consenso cultural popular. Muchas feministas occidentales, por ejemplo, tienden a suponer que las relaciones de género en Occidente son más avanzadas que en otros lugares y que son más liberadas e independientes que las mujeres de otras culturas. Existe un sentimiento profundamente arraigado de superioridad psicológica occidental que se nutre de poderosas corrientes económicas, políticas, ideológicas, culturales y étnicas. El surgimiento de un mundo de modernidad múltiple desafía esa mentalidad, y en la era de la modernidad cuestionada se verá constantemente erosionada y socavada. Ideas como "avanzado", "desarrollado" y "civilizado" ya no serán sinónimos de Occidente. Esto amenaza a las sociedades occidentales con una crisis existencial de primer orden, cuyas consecuencias políticas no podemos predecir pero que ciertamente serán profundas. Los supuestos que han sustentado las actitudes de muchas generaciones de occidentales hacia el resto del mundo serán cada vez más insostenibles y asediados. Occidente se ha considerado universal, el modelo incuestionable y el ejemplo a seguir por todos; en el futuro será sólo una de varias posibilidades. Se trata de un escenario para el que, al menos hasta hace muy poco, Occidente casi no estaba preparado, como sugiere Paul A. Cohen, citado al principio de este capítulo. En el futuro se verá obligado a pensar en sí mismo en términos relativos más que absolutos, obligado a aprender sobre el resto del mundo y a aprender de él sin la presunción de superioridad, la creencia de que, en última instancia, sabe más y es la fuente de la sabiduría de la civilización. El portador de este cambio será China, en parte por su abrumador tamaño pero también por la naturaleza de su cultura y perspectiva. China, a diferencia de Japón, siempre se ha considerado universal, el centro del mundo, y durante más de un milenio creyó que en realidad constituía el mundo. El surgimiento de la modernidad china inmediatamente descentra y relativiza la posición de Occidente. Por eso el ascenso de China tiene implicaciones de tan largo alcance.

II La era de China

Aunque algunas partes de China ya son prósperas y desarrolladas, alrededor de la mitad de la población todavía vive en el campo. China sigue siendo en gran medida un país en desarrollo. En consecuencia, la modernidad china sólo puede considerarse como un trabajo en progreso. Algunas de sus características ya son evidentes, otras sólo están en forma embrionaria, mientras que otras aún no son visibles. Está muy claro, sin embargo, que la modernidad china diferirá notablemente de la modernidad occidental. Las razones de esto no sólo se encuentran en el presente, sino aún más claramente en el pasado. China tiene poco en común con Occidente. Proviene de coordenadas culturales completamente diferentes. Su política, su Estado y su concepción moral se han constituido de manera muy singular, al igual que su relación con sus vecinos. El hecho de que durante muchos siglos los chinos se consideraran a sí mismos como los que constituían el mundo, como "toda la tierra bajo el cielo", sólo sirve para subrayar el carácter único del país. Además, a diferencia de la mayoría de los países en desarrollo, China nunca fue colonizada, aunque muchas de sus ciudades sí lo fueron. La colonización fue un medio poderoso por el cual los países se occidentalizaron, pero en China su ausencia en vastas zonas del país significó que esto nunca sucedió de la misma manera que sucedió en India o Indochina, por ejemplo. El propio tamaño de China, tanto como masa continental como, más importante aún, en términos de población, eran, por supuesto, condiciones indispensables para permitir a los chinos pensar en términos tan autárquicos y universalistas. Se podría argumentar que todas estas consideraciones pertenecen al pasado, pero es la historia la que da forma y deja su huella indeleble en el presente. La modernidad no es un producto del presente que flota libremente, sino una función de lo que ha sucedido antes.

El hecho de que China, desde 1949, pero más significativamente desde 1978 y el comienzo del período de reformas, se haya centrado decididamente en la tarea de modernización y, con notable autodisciplina, se haya permitido sin distracciones— ha servido para enfatizar hasta qué punto la modernización de China es convergente con Occidente en lugar de divergente. En este aspecto, la experiencia de China se parece mucho a la de sus vecinos más desarrollados del este de Asia. Pero a medida que China avance por el camino de la modernización, se encontrará menos limitada por los imperativos del desarrollo, cada vez más cómoda con el presente y ansiosa por encontrar inspiración en su pasado para el presente.

6 China como superpotencia económica

En agosto de 1993 visité por primera vez la provincia de Guangdong, al norte de Hong Kong. La experiencia está grabada en mi memoria. La carretera de Shenzhen a Guangzhou (la capital provincial, conocida como Cantón en la época colonial) a veces

estaba construida, en ocasiones era poco más que un camino de barro. Aunque estábamos en medio del campo, la carretera estaba repleta de peatones y vehículos de todo tipo imaginable. Ante mis ojos se desarrolló la más extraordinaria yuxtaposición de épocas: mujeres caminando con sus animales y cargando sus productos, granjeros andando en bicicleta y conduciendo bicitaxis, los nuevos ricos urbanos pasando a toda velocidad en Mercedes y Lexus negros, anónimos detrás de las ventanas oscurecidas, un flujo constante de furgonetas, pick-ups, camiones y minibuses, y en los campos junto a la carretera, campesinos que trabajan sus pequeños arrozales con búfalos de agua. Era como si doscientos años de historia se hubieran condensado en un solo lugar en este único momento. Era un país en movimiento, su gente vivía para el presente, buscando y aprovechando la oportunidad, como si nunca más pudiera volver a ofrecerse. Me sentí envuelto por un enorme torrente de energía, creatividad y fuerza de voluntad. La Revolución Industrial británica debe haber sido un poco así: especulativa, caótica, dinámica... y un completo desastre sangriento. Guangdong era sin duda un desastre. Dondequiera que uno mirara había obras, aparentemente todo estaba en proceso de ser cambiado: la carretera a medio construir por la que íbamos, los innumerables edificios a medio terminar, el terreno que se estaba limpiando hasta donde alcanzaba la vista. Guangdong era como una enorme obra en construcción.

Poco más de dos años después intenté volver sobre mis pasos con un equipo de televisión. No pude encontrar ni una sola imagen familiar. El caos dinámico había dado paso al orden. Había autopistas, puentes, fábricas, almacenes y muchos más coches nuevos; y pocos signos de la yuxtaposición de épocas que tanto me había fascinado dos años antes. Solicité la ayuda de un par de funcionarios, pero cuando describí las escenas que quería recapturar en una película, se encogieron de hombros como si sugirieran que se encontraban en un pasado distante. Para mí fue hace apenas dos años; para ellos podría haber sido un siglo diferente. Guangdong, creación de Deng Xiaoping, estaba en camino de convertirse en el centro industrial de China, lleno de fábricas, muchas de ellas propiedad de Hong Kong, que fabricaban bienes baratos y producidos en masa para el mercado global. Así es como y dónde comenzó la transformación económica de China.

Ahora Guangdong, apenas quince años después de aquella primera erupción volcánica, está pasando una nueva página en su historia. Ya no puede mantener su antigua ventaja comparativa. La mano de obra se ha vuelto demasiado cara, demasiado exigente y las expectativas de su gente se han transformado. Sus fábricas ya no pueden competir con las de Vietnam o Indonesia. Sólo en 2007, no menos de 1.000 fábricas de calzado cerraron en Guangdong, una sexta parte del total.¹ Sus propietarios están trasladando la producción a las provincias del interior, donde los niveles de vida son tan bajos como antes en Guangdong, si no más bajos. Y en su lugar, Guangdong busca ascender en la escala de valores, desarrollar sus industrias de servicios y migrar a nuevas áreas de producción que dependen del diseño y la tecnología en lugar del sudor de su gente y de los trabajadores inmigrantes de provincias lejanas. Shenzhen y Guangzhou, como muchas ciudades de Guangdong, ahora parecen prósperas y bien mantenidas, muy lejos de los tiempos pasados, cuando se parecían al Salvaje Oeste de China. Puede que Shenzhen aún no disfrute del nivel de vida al estilo occidental de Hong Kong, pero ha cerrado significativamente la brecha. En poco más de dos décadas, Guangdong ha pasado de los primeros días de la Revolución Industrial a algo no muy lejano de las partes menos desarrolladas de Europa occidental.

En el momento de la muerte de Mao en 1976, ¿quién hubiera predicho que China se

encontraba en vísperas de un período de crecimiento económico muy notable que transformaría por completo la faz y la suerte del país? Prácticamente nadie. Fue tan impredecible e impredecible como otro acontecimiento enormemente significativo: 1989 y el colapso del comunismo europeo. China había sido desgarrada por la Revolución Cultural, en la que el cuadro que había dirigido en gran medida el partido durante los años cincuenta y principios de los sesenta había sido vilipendiado y desterrado por un golpe de estado "popular" organizado a instancias de Mao, que implicó la movilización de decenas de millones de jóvenes en la Guardia Roja. El movimiento se oponía al privilegio –ya fuera en virtud de la historia familiar o de la posición del Partido– y era superigualitario en su filosofía: una idea muy china que recuerda al Levantamiento Taiping de mediados del siglo XIX. En el momento de la muerte de Mao, la Revolución Cultural había amainado y estaba en gran medida desacreditada, pero la dirección futura del país seguía siendo profundamente incierta. El vacío creado por la muerte de Mao pronto se llenó con el regreso de los mismos viejos líderes que habían sido perseguidos durante la Revolución Cultural, con Deng Xiaoping al mando. Se enfrentaron a los estragos económicos y la dislocación política que fueron el legado de la Revolución Cultural, pero finalmente fueron libres de seguir sus instintos e inclinaciones, sin obstáculos por los extremos salvajes y excesos de Mao, aunque en una situación en la que el partido enfrentaba una severa crisis de legitimidad.

Hubo un presagio favorable. A finales de los años setenta, la tasa de crecimiento relativamente modesta de China constituía una especie de excepción en el este de Asia. Muchos países de la región estaban avanzando económicamente: Japón estaba en auge; Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong ya habían experimentado un despegue; Malasia, Tailandia y otros se encontraban en sus primeras etapas. La diáspora china –centrada en Hong Kong y Taiwán, pero también en Singapur y Malasia– fue un actor clave en esta transformación económica. En otras palabras, había ejemplos alrededor de las fronteras de China de las posibilidades que ahora aparecían. El interior del este asiático del país estaba siendo transformado por una revolución económica regional basada en la convergencia. Por supuesto, China enfrentó problemas únicos, en particular su vastedad y diversidad, junto con el legado de guerra civil, agitación y ocupación. Además, había estado aislado, una condición en parte autoimpuesta y en parte resultado de un embargo estadounidense (que implicó una prohibición total de todas las transacciones con China hasta 1971), además de la retirada de toda la ayuda y el personal soviéticos en 1959. Los desafíos que enfrentaba el nuevo liderazgo chino, por lo tanto, eran mucho más formidables que los que habían enfrentado a Taiwán o Corea del Sur, especialmente porque habían disfrutado de un considerable patrocinio y munificencia estadounidenses durante la Guerra Fría.

El proceso de reforma comenzó en 1978 con la creación de un puñado de zonas económicas especiales a lo largo de la costa sureste, incluida la provincia de Guangdong, en las que se dismantelaron las comunas rurales y se dio a los campesinos el control de la tierra a largo plazo. -Arrendamientos a plazo y estímulos para comercializar sus propios productos. Se basó en un enfoque experimental, gradual y gradual. Si una reforma funcionaba, se extendía a nuevas áreas; si fallaba, era abandonado. Este pragmatismo tan realista contrastaba marcadamente con los grandes florecimientos ideológicos que dieron forma a la Revolución Cultural, la era de la revolución y el período maoísta en general. Como lo expresó Deng, siguiendo la tradicional tradición de citas concisas y populares de los líderes chinos desde Confucio en adelante: "Buscar la verdad a partir de los hechos"; "La verdad se encuentra en la

práctica"; y 'Cruzar el río palpando las piedras'. El nuevo enfoque económico implicó un nuevo tipo de mentalidad y forma de pensar en el Partido y el gobierno, lo que requirió un cambio masivo de personal, comenzando desde arriba y trabajando rápidamente hacia abajo. En 1978, Deng declaró: "Para hacer la revolución y construir el socialismo necesitamos un gran número de pioneros que se atrevan a pensar, explorar nuevas formas y generar nuevas ideas". El Diario del Pueblo Daily comentó más tarde que la reforma política era:

un gigantesco proyecto de ingeniería de sistemas sociales, que implica enderezar las relaciones entre el Partido y el gobierno, los órganos de poder y judiciales, las organizaciones de masas, las empresas e instituciones, y entre las organizaciones centrales, locales y de base; Se trata de cientos de millones de personas. Esta es una tarea ardua y prolongada.

El proyecto de reforma generalmente ha sido visto en términos estrictamente económicos, como si tuviera pocas implicaciones políticas. De hecho, el proyecto de Deng implicaba no sólo una revolución económica, sino también una revolución política en gran medida no reconocida, que implicaba una revisión completa del Estado, tanto en su modus operandi como en su personal, reemplazando el modelo ideológico universalista de la era maoísta por algo más cercano al modelo de desarrollo de los tigres del este asiático. Un elemento esencial en esta transformación fue la descentralización del Estado, que se consideraba una condición previa para la reforma del sistema económico y el crecimiento económico. La toma de decisiones, incluida la concesión de derechos de propiedad de facto y poder fiscal, se descentralizó a diferentes niveles de gobierno local. Como consecuencia, el presupuesto del gobierno central, como proporción del PIB, se redujo considerablemente.

Casi desde el principio, las tasas de crecimiento económico se transformaron del 4 al 5 por ciento del período de Mao a una tasa de crecimiento anual del 9,5 por ciento entre 1978 y 1992.⁶ Sin embargo, el impulso de la reforma se vio gravemente perturbado en 1989, poco más de una década después de su comienzo, por una manifestación estudiantil masiva en la Plaza de Tiananmen que fue brutalmente reprimida por el ejército. Con la dirección del Partido seriamente dividida, parecía probable que el proceso de reforma se descarrilara, tal vez indefinidamente. En realidad, antes sólo hubo una breve pausa, al gran estilo de los emperadores chinos, y para coincidir con el Año Nuevo chino en 1992, Deng realizó una "Expedición al Sur" al corazón costero de la revolución económica de China, durante la cual hizo una declaración en Shenzhen —una nueva ciudad vecina de Hong Kong— que no sólo reafirmó la posición central importancia de las reformas de mercado, pero hizo un llamado de atención para que el proceso se intensificara y acelerara, sugiriendo, en un pasaje famoso, que no había nada malo en permitir que los ricos se hicieran más ricos (y luego eventualmente pagar impuestos más altos a ayudar a los pobres). Hasta ese momento, el proceso de reforma se había concentrado en gran medida en el sur, pero ahora comenzó a trasladarse a las provincias del interior y, lo más importante de todo, a Shanghai y el delta del Yangtsé, la antigua potencia económica de China. . Hubo una nueva ola de inversión extranjera, en gran parte de la diáspora china basada en Hong Kong y Taiwán (que hasta el día de hoy sigue siendo la mayor fuente de inversión extranjera), mientras que las exportaciones chinas, principalmente a los Estados Unidos, aumentaron rápidamente. . Una fiebre económica comenzó a apoderarse del país, alentada por el llamado de Deng a abrazar la

economía de mercado y alimentada por la tasa de crecimiento anual de dos dígitos. Nada simbolizaba más gráficamente el espíritu económico de la "nueva frontera" que las decenas de millones de inmigrantes rurales, el ejército de mano de obra de reserva de China, que abandonaron sus granjas y aldeas en busca del trabajo y el brillo de la ciudad. Los Guardias Rojos fueron ahora sólo es un recuerdo lejano. Apenas se veía un traje de Mao.

Desde el principio, Japón y los tigres asiáticos habían sido una influencia importante en la reforma económica de China. Estos países compartían con Deng una visión pragmática y no doctrinal sobre cómo conducir la política económica. Sin embargo, se reconoció que ninguno de ellos podía, por sí solo, proporcionar un modelo adecuado: las condiciones, especialmente las derivadas del enorme tamaño y diversidad de China, eran simplemente demasiado diferentes. Además, en la era de la globalización que comenzó alrededor de 1980, a China ya no le era posible, a diferencia de Japón y los tigres asiáticos anteriormente, hacer crecer sus industrias y empresas detrás de un muro de aranceles hasta que estuvieran listas para competir en el mercado internacional. - mercado nacional. Un factor que complicó aún más fue que China, como país comunista, todavía era vista con cierta sospecha por parte de Estados Unidos: como resultado, su ingreso a la OMC tardó quince años y fue objeto del acuerdo más detallado jamás hecho con ningún país, en fuerte contraste, por ejemplo, con las condiciones mucho menos exigentes exigidas a la India unos años antes. China, por diversas razones, tuvo que inventar su propio camino.

Aunque China no disfrutó de nada parecido a la intimidad de la relación de Corea del Sur y Taiwán con Estados Unidos, reconoció la importancia crucial de ganarse el apoyo y la cooperación estadounidenses en su búsqueda del crecimiento económico. Así como su enfoque de la reforma económica se basó en el pragmatismo, también lo fue su actitud hacia Estados Unidos. El acuerdo Mao-Nixon de 1972 marcó un cambio profundo en su relación, con el establecimiento de relaciones diplomáticas formales en 1979, la solución de reclamaciones de propiedad, el descongelamiento de activos y la concesión a China del trato de nación más favorecida. Estas medidas crearon las condiciones para que China se uniera posteriormente al FMI y al Banco Mundial en 1986 y se le concediera la condición de observador en el GATT en 1982. El valor de Estados Unidos para China fue cada vez más evidente durante los años ochenta: se convirtió en el destino más importante de las exportaciones chinas; un número creciente de estudiantes chinos fueron a estudiar allí, incluidos muchos hijos e hijas de la élite del Partido; mientras que el modelo estadounidense de capitalismo llegó a ejercer una influencia creciente. El colapso de la Unión Soviética sólo sirvió para acentuar esa influencia, y el prestigio de Estados Unidos se vio reforzado aún más por el dinamismo económico asociado con Silicon Valley e Internet. Sin embargo, durante los años noventa hubo cada vez más una marea creciente de sentimiento nacionalista dirigido contra Estados Unidos, que encontró expresión en el bestseller *La China que puede decir no* y las manifestaciones contra el bombardeo estadounidense de la embajada china en Belgrado. Sin embargo, la influencia sobre la modernización de China siguió siendo considerable. Incluso el propio camino económico y el ánimo popular de China iban a mostrar algunos de los signos del neoliberalismo: el culto a la riqueza, la aceptación de los empresarios, la aquiescencia ante la creciente desigualdad, la retirada del Estado de la provisión de bienes públicos como la educación y la educación. la salud, la rápida reducción de las barreras arancelarias y la adopción de un régimen comercial extremadamente abierto, todo lo cual estuvo estrechamente asociado con el reinado del

protegido y sucesor de Deng, Jiang Zemin.

El enfoque de los dirigentes chinos, tras el surgimiento de Deng como líder supremo, se basó en la cautela y el pragmatismo, a pesar del evidente radicalismo del proceso de reforma. Evitaron el tratamiento de shock y los grandes gestos. Aunque recurrieron a elementos del neoliberalismo, se resistieron a la ortodoxia de Washington y, en cambio, adoptaron un enfoque muy local.¹³ Fueron minuciosamente meticulosos en la forma en que intentaron introducir reformas mediante un proceso gradual de prueba y error constantes. El Estado, al estilo tradicional chino, permaneció en el poder.

CHINA COMO SUPERPODER ECONÓMICO

El corazón de este proceso de reforma, a pesar de que este último iba a implicar una contracción drástica de su papel económico, con la participación de los ingresos del gobierno disminuyendo de alrededor de un tercio del PIB en 1978 al 17 por ciento en 2005.¹⁴ Para los dirigentes chinos, el objetivo de la reforma económica nunca fue la occidentalización, sino más bien el deseo de restaurar la legitimidad del Partido después de Mao a través del crecimiento económico, y así construir una nación y un Estado fuertes. Se acordó la máxima prioridad a la estabilidad política. "La modernización [de China]", afirmó Deng, "necesita dos requisitos previos. Uno es la paz internacional y la otra es la estabilidad política interna. La desintegración de la Unión Soviética después de 1989 sólo sirvió para reforzar la creencia de Deng en la importancia vital de la reforma económica, un área en la que la Unión Soviética había fracasado palpablemente, y la necesidad de evitar reformas políticas desestabilizadoras, trampa en la que consideraban que había caído Gorbachov. La crisis financiera asiática de 1997-1998 confirmó de manera similar la aversión de los dirigentes chinos al tratamiento de shock: que China debería actuar con gran cautela en sus políticas. reforma financiera y resistir cualquier liberalización prematura de la cuenta de capital que permitiría el libre movimiento de capital dentro y fuera de China, y la consiguiente flotación de la moneda china, el renminbi (también llamado yuan), que podría conducir a ataques especulativos a la moneda y la consecuente desestabilización de la economía, como les ocurrió a Corea del Sur, Tailandia e Indonesia –con gran costo– durante la crisis asiática. (Como consecuencia, el renminbi sigue siendo, a diferencia del dólar, el yen y el euro, por ejemplo, una moneda no negociable.)

En respuesta al desafío planteado por una economía cada vez más globalizada, los dirigentes chinos, conscientes de la necesidad de acelerar el proceso de reforma, optaron, sin embargo, por un importante elemento de tratamiento de shock. Durante los años noventa, al dismantelar las barreras arancelarias y permitir enormes flujos de inversión extranjera directa –en contraste con la estrategia económica seguida por Japón, Corea del Sur y Taiwán– crearon un entorno competitivo brutal en el que las empresas nacionales buscaron desesperadamente sobrevivir frente a países lejanos y rivales occidentales y japoneses más ricos y avanzados. Esta rápida apertura permitió a la economía china aprovechar enormes flujos de capital extranjero y tuvo el mérito de obligar a las empresas chinas a aprender del mundo exterior, pero el costo fue alto y muchas lucharon por sobrevivir. Mientras que sus vecinos del noreste de Asia disfrutaron de un período prolongado de protección contra la competencia externa, durante el cual sus empresas tuvieron tiempo para desarrollarse, China, en comparación, no tuvo ninguno. Las empresas chinas se vieron obligadas a hundirse o nadar, y las

condiciones adjuntas a la posterior membresía de China en la OMC significaron que el Estado enfrentó varias restricciones sobre el grado en que se le permitía ayudar a las empresas estatales, aunque encontró varias formas de circunnavegar algunos de ellos.²¹ Aunque la fase anterior de la reforma se concentró en estimular el crecimiento de la economía rural, a finales de los años ochenta el centro de gravedad se había desplazado decisivamente hacia las ciudades y la economía industrial. Ya durante los años ochenta, la economía de Guangdong se convirtió en un microcosmos de la forma futura y la ventaja comparativa de la economía china en rápido cambio, y los empresarios de Hong Kong trasladaron sus operaciones manufactureras fuera de la ciudad-estado a la vecina provincia de Guangdong para poder aprovechar mano de obra mucho más barata; Como resultado, Guangdong se convirtió rápidamente en la base manufacturera de Hong Kong. Este proceso se extendió rápidamente hacia el norte y el este durante el transcurso de los años noventa, y su magnitud se transformó por la avalancha de inversiones directas occidentales y japonesas a finales de esa década en anticipación de la membresía de China en la OMC en 2001. Si bien adoptó una política comercial abierta, adoptó un enfoque similar respecto de la inversión extranjera. Desde 1978 China ha recibido 500 mil millones de dólares en inversión extranjera directa, diez veces el total acumulado por Japón entre 1945 y el 2000. En 2003, China se convirtió en el mayor receptor de inversión extranjera directa del mundo, superando a Estados Unidos. La inversión entrante se invirtió principalmente en las filiales locales de multinacionales extranjeras con el propósito, siguiendo el ejemplo de Hong Kong, de explotar los enormes recursos de mano de obra barata para que las exportaciones sean lo más competitivas posible a nivel mundial. Las empresas extranjeras son ahora responsables de hasta el 60 por ciento de todas las exportaciones chinas y dominan las exportaciones de alta tecnología con una participación de alrededor del 85 por ciento. China, en el proceso, se ha convertido en el "taller del mundo", con diferencia la base nacional más barata del planeta para la manufactura de gama baja y media.

Como resultado de la reducción sistemática de los aranceles, una de las características singulares de la economía china es su enorme exposición al comercio exterior, que representa alrededor del 75 por ciento del PIB, muy por encima de otras economías importantes como la China. Estados Unidos, India, Japón y Brasil, donde la cifra es del 30 por ciento o menos. Tal exposición hace que China sea mucho más significativa en la economía global; también deja al país más vulnerable a shocks externos como una desaceleración global, una recesión en Estados Unidos o un creciente sentimiento proteccionista en Occidente.

China se encuentra en medio de lo que Marx describió –escribiendo sobre la Revolución Industrial Británica– como acumulación primitiva, o lo que ahora conocemos como despegue económico: el proceso en el que la mayoría de la población trabajadora pasa de la tierra a la industria, del campo a las ciudades. Entre 1952 y 2003, la participación de la agricultura en el PIB cayó del 60 por ciento al 16 por ciento y su participación en el empleo del 83 por ciento al 51 por ciento.²⁵ Aunque a China le tomó sólo 10 años duplicar su producción per cápita (1977-87) – una medida de la velocidad del despegue económico – en comparación con 58 años para el Reino Unido, 47 para los EE. UU. y 11 para Corea del Sur, después de tres décadas de crecimiento económico con un promedio del 9,5 por ciento, alrededor de la mitad de la gente todavía trabaja en la tierra. Se estima que dentro de 20 años alrededor del 20 por ciento de la población seguirá viviendo en el campo. Una consecuencia crucial de esta oferta relativamente "ilimitada" de mano de obra rural es que los salarios del trabajo no calificado seguirán bajos durante

varias décadas: en otras palabras, durante mucho más tiempo que el caso de los primeros tigres asiáticos. Esto no significa que los salarios en las regiones más desarrolladas como Guangdong seguirán siendo bajos: por el contrario, como hemos visto, ya han aumentado considerablemente. Pero en las provincias pobres del interior, todavía en gran parte rurales, seguirán siendo mucho más bajos, razón por la cual la manufactura de bajo nivel está aumentando constantemente trasladándose allí. El rápido crecimiento de la economía china desde 1978 ha sido en gran medida función de la extremadamente alta tasa de inversión, en la región del 40 por ciento del PIB durante muchos años, acercándose actualmente al 45 por ciento y pronto acercándose al 50 por ciento. Una tasa de inversión tan extremadamente alta ha sido posible gracias a la tasa igualmente alta de ahorro interno, que ronda el 40 por ciento del PIB, que, junto con la inversión interna, ha proporcionado los principales fondos para la toma de China. -apagado. En 2001, el hogar chino promedio ahorró el 25,3 por ciento de su ingreso disponible, en comparación con el 6,4 por ciento en Estados Unidos en 2002. Los enormes ahorros realizados por las familias chinas han desempeñado un papel clave en la financiación del ascenso del país.

Es instructivo comparar las experiencias de China y Rusia porque ambas se enfrentaron al problema de cómo pasar de una economía dirigida a una de mercado. Rusia se basó en la prescripción occidental preferida de terapia de shock, que en los años noventa condujo a hiperinflación, fuga de capitales a gran escala, colapso monetario e impago de la deuda externa. Por el contrario, China, al adoptar un enfoque más gradual, evitó la hiperinflación, el gobierno se mantuvo solvente internacionalmente y no hubo fuga de capitales. Mientras que en Rusia el sector estatal fue vendido a precios de saldo a diversos compinches, en China el sector estatal, en lugar de estar sujeto a una privatización total, se contrajo mediante un lento proceso de desgaste. En la lista de la revista Forbes de los 100 multimillonarios más ricos del mundo en 2007, trece estaban en Rusia y ninguno en China. En 1990, el PIB de China era menos del doble que el de Rusia; en 2003 era más de seis veces mayor. La recuperación posterior de la economía rusa, antes de la crisis mundial, fue en gran medida resultado del aumento del precio de sus exportaciones de petróleo y gas. Los dirigentes chinos han demostrado gran paciencia y considerable competencia a la hora de abordar una sucesión de problemas difíciles y esquivos. A finales de los años noventa, por ejemplo, el gobierno se enfrentaba a tres problemas internamente extremadamente difíciles: el cierre de un gran número de empresas estatales deficitarias; reformar los bancos estatales, que cargaban con una proporción grande y creciente de préstamos morosos, principalmente a empresas estatales endeudadas; y fortalecer la débil posición fiscal del gobierno central. Una década después, el gobierno está bien encaminado para superar estos problemas, habiendo reducido en gran medida el problema de las empresas estatales endeudadas, transformado la condición del sistema bancario y mejorado sus propias finanzas.

Dada su escala y velocidad, la transformación económica de China es seguramente la más extraordinaria en la historia de la humanidad, a pesar de la pura novedad de que la de Gran Bretaña fuera la primera. La estrategia económica del gobierno, astuta y lejana, ha tenido mucho éxito, dando lugar a un crecimiento económico estelar y un aumento del ingreso per cápita de 339 dólares en 1990 a más de 1.000 dólares en 2003, con el objetivo nada irreal de que se duplique en diez años. El crecimiento económico ya no se ha limitado a unas pocas "islas" pero se ha extendido en oleadas a la mayoría de las provincias de China, aunque en grados muy variables. En un espacio de tiempo

notablemente corto, China se ha convertido en el centro de la manufactura global. 'Hecho en China' se ha convertido en sinónimo de una gran cantidad de productos de consumo producidos en masa en todo el mundo. Produce dos tercios de las fotocopiadoras, zapatos, juguetes y hornos microondas del mundo; la mitad de sus reproductores de DVD, cámaras digitales y textiles; un tercio de sus unidades de DVD-ROM y computadoras de escritorio; y una cuarta parte de sus teléfonos móviles, televisores, PDA y estéreos de automóviles. El país ha sido testigo del mayor programa de reducción de la pobreza jamás visto, con el número de personas que viven en la pobreza cayendo de 250 millones al inicio del proceso de reforma en 1978 a 80 millones a finales de 1993 y a 29,27 millones en 2001, lo que representa tres cuartas partes de la reducción de la pobreza mundial durante este período.

Aunque las multinacionales extranjeras dominan las exportaciones del país, empresas chinas locales como Haier, Konka, TCL, Huawei y Galanz han obtenido buenos resultados en sectores como los de electrodomésticos, televisión y telecomunicaciones. Alentadas por la campaña "Go Global" iniciada por el gobierno, las empresas chinas más grandes han comenzado a invertir en el extranjero y establecer subsidiarias en el extranjero. China ha logrado un progreso económico asombroso, pero su transformación está lejos de ser completa. Sigue siendo un trabajo en progreso. Aunque ya es la segunda economía más grande del mundo en términos de PIB (medido por la paridad del poder adquisitivo), esto es principalmente una consecuencia del tamaño de la población más que de la sofisticación económica. ¿Podrá China aprovechar su enorme potencial y convertirse en una superpotencia económica?

¿QUÉ TAN SOSTENIBLE ES EL CRECIMIENTO ECONÓMICO DE CHINA?

En el centro de cualquier discusión sobre el papel futuro de China en el mundo —y mucho menos hablar de un siglo chino— se encuentran las perspectivas económicas del país. Un compromiso con una tasa de crecimiento de alrededor del 10 por ciento sigue siendo fundamental para la estrategia del gobierno. China necesita crear 8 millones de empleos al año para su población urbana en expansión, más otros 15 millones aproximadamente para los nuevos inmigrantes rurales que buscan empleo urbano cada año. Por lo tanto, el rápido crecimiento económico seguirá siendo el centro de la estrategia del gobierno, sin que se apliquen medidas serias. y una caída sostenida por debajo del 8 por ciento conlleva la amenaza de graves disturbios sociales. Pero, después de un cuarto de siglo, ¿puede sostenerse este tipo de tasa de crecimiento? ¿Cuáles son los límites de la actual senda de crecimiento de China? ¿Podría su estrategia actual salir muy mal? Y, fundamentalmente, ¿cuál será el impacto del contacto global que ha transformado las perspectivas de corto plazo para China?

La competitividad global básica de la economía china —el notable desempeño de sus exportaciones, que han impulsado el crecimiento económico y convertido al país en un destino tan atractivo para la inversión extranjera— persistirá durante muchos años porque la condición en la que se basa, La enorme migración de mano de obra rural hacia las ciudades está destinada a continuar durante varias décadas. Incluso si los costos laborales aumentan, como ya está sucediendo en las regiones costeras y el área de Shanghai, las provincias del interior, impulsadas por la mano de obra rural migrante, ayudarán a contener las presiones inflacionarias.³⁹ Por lo tanto, la actual trayectoria económica de China puede potencialmente sostenerse. , al menos en sus líneas más amplias, sujeto a reformas significativas, durante al menos los próximos cinco a diez

años, tal vez más.⁴⁰ Pero no hay garantías. Yu Yongding, uno de los principales economistas de China, sugirió en una entrevista en 2006 que había un 30 por ciento de posibilidades de que las cosas salieran gravemente mal. La economía, dado su alto grado de exposición al comercio, es muy sensible a los acontecimientos exógenos.

La depresión global será una prueba importante de hasta qué punto la economía china puede mantener un rápido crecimiento económico en una situación en la que ya no puede depender en la misma medida de los mercados de exportación occidentales (antes de la crisis global, la Unión Europea representaba alrededor del 22 por ciento de las exportaciones chinas y los Estados Unidos el 18 por ciento).

En el contexto de la creciente depresión, se estima que la tasa de crecimiento económico de China fue del 9 por ciento en 2008 y se prevé que caiga a alrededor del 7 por ciento o menos en 2009, desde el 12 por ciento en 2006 y 2007, y un promedio de mucho más del 10 por ciento desde 2002. El gobierno está tratando de compensar la caída de la demanda occidental fomentando el consumo interno, que representa alrededor de un tercio de la producción total, y realizando un gasto público a gran escala, principalmente en infraestructura, educación y educación. y salud. El gobierno tiene la suerte de disfrutar de finanzas muy sólidas y, por lo tanto, está en condiciones de derrochar recursos considerables para estimular la economía. En este caso, el contraste entre las economías occidentales cargadas de deuda, empobrecidas en efectivo y de bajo crecimiento, y la economía china, rica en efectivo, de rápido crecimiento y generadora de excedentes, difícilmente podría ser mayor, sin mencionar el hecho de que, si bien el El sector financiero occidental está efectivamente en quiebra, el de China es rico en depósitos. A pesar de esto, los problemas que enfrenta la economía china son graves. A principios de 2009, se estimaba que 20 millones de trabajadores migrantes ya habían perdido sus empleos, y las perspectivas para esos millones de personas que planeaban abandonar el campo en busca de trabajo en las ciudades eran sombrías. Es posible que los esfuerzos del gobierno para compensar la drástica caída de las exportaciones y la disminución de la inversión extranjera mediante un mayor gasto público en infraestructura y servicios sociales, junto con un mayor gasto de los consumidores, mejoren los efectos de la crisis. Mucho dependerá de la gravedad de la recesión en Occidente. Si esto resulta en una contracción importante en el tamaño de sus economías, como parece posible, y si la depresión persiste durante varios años, las consecuencias para la economía china probablemente serán graves, con tasas de crecimiento que caerán por debajo del 6-7 por ciento. y tal vez incluso más bajo. En tales circunstancias, el gobierno bien podría enfrentar una situación de grave desorden social a medida que aumenta el desempleo. El escenario más benigno es aquel en el que la depresión occidental no es demasiado profunda y relativamente de corta duración, y las contramedidas del gobierno chino son relativamente efectivas. El escenario más pesimista es aquel en el que la depresión occidental tiene fuertes ecos de la crisis de la década de 1930, tanto profunda como prolongada, y las políticas compensatorias del gobierno chino simplemente no pueden hacer frente al colapso de sus exportaciones y de la inversión extranjera entrante; tal resultado podría presagiar inestabilidad social y debilitar la propia posición del gobierno.

Una ventaja adicional de la que disfruta el Gobierno en esta situación es que el renminbi es una moneda no comercializable y, por lo tanto, no está sujeta a movimientos volátiles ni a especulación. Ha resistido la tentación de liberalizar la cuenta de capital y permitir que el renminbi flote para mejorar el papel de la moneda, promover la posición financiera de China y facilitar que las empresas chinas inviertan en el extranjero. El

principal inconveniente de esta estrategia es que los ahorros que han sustentado el enorme nivel de inversión de China podrían verse socavados cuando los ahorradores se vayan al extranjero en busca de tasas de rendimiento muy superiores a los míseros niveles que pueden encontrar en casa, negando así la país los fondos para inversión de los que ha disfrutado hasta ahora, con la consecuencia inevitable de que la tasa de crecimiento disminuiría. Además, un renminbi flotante sería vulnerable al tipo de ataque especulativo sufrido por el won coreano, el baht tailandés y la rupia indonesia en la crisis financiera asiática.⁴³ Aunque Zhu Rongji, el entonces primer ministro chino, tenía la intención de iniciar la liberalización en el 2000, la crisis financiera asiática lo convenció de que tal cambio sería imprudente. La actual agitación financiera mundial no hace más que confirmar la sabiduría de los dirigentes chinos al seguir regulando la cuenta de capital, a pesar de los persistentes llamamientos de Occidente a la desregulación. A su debido tiempo, tal vez en los próximos cinco años, bien podría iniciarse una liberalización gradual, pero el gobierno chino es consciente de que el sistema existente proporciona a la economía un cortafuegos crucial, especialmente teniendo en cuenta su carácter abierto y la consiguiente exposición a acontecimientos externos. .

Cualesquiera que sean las consecuencias de la recesión global, existen poderosas razones para creer que el actual modelo de crecimiento es insostenible en el largo plazo, y probablemente incluso en el mediano plazo. De hecho, ha habido un reconocimiento cada vez mayor entre los responsables políticos y asesores chinos de que ya es necesario hacer modificaciones importantes al modelo iniciado por Deng e íntimamente asociado con su sucesor Jiang Zemin.⁴⁵ Ese proceso, defendido por Hu Jintao, ya ha comenzado con un alejamiento de los excesos neoliberales de los años noventa y hacia una sociedad más armoniosa, haciéndose eco de un tema confuciano más antiguo, con un nuevo énfasis en el igualitarismo, un mayor peso atribuido a la protección social, un deseo de disminuir la importancia de las exportaciones y aumentar la del consumo interno y un alejamiento de la influencia de Estados Unidos –o “desamericanización”, como se la conoce. Es probable que estos cambios se vean acelerados por la crisis global y los intentos de mitigar sus efectos.

El crecimiento económico no puede depender de que una proporción del PIB en constante aumento se dedique a la inversión, como ocurre actualmente, porque absorbería una proporción cada vez más insostenible de los recursos del país, imponiendo así presiones insostenibles sobre el consumo, por ejemplo. Es necesario hacer mayor hincapié en la eficiencia del capital y en mejorar la productividad laboral, en lugar de una dependencia abrumadora de la inversión, de la cual gran parte es un desperdicio: si no, el crecimiento económico inevitablemente disminuirá a medida que se superen los límites a volúmenes cada vez mayores de inversión. Para ello, la capacidad de ascender en la escala tecnológica es fundamental. Hay pruebas considerables de que esto ya está sucediendo: las exportaciones de productos baratos, como juguetes, cayeron en la recesión mundial y las de productos de alta tecnología aumentaron. De manera similar, China tendrá que reducir su nivel actual de exposición al comercio exterior, que la ha hecho muy vulnerable a los movimientos cíclicos de la economía global, como lo ha demostrado la depresión global. También existe el peligro, especialmente en el contexto de una depresión, de que el impulso exportador de China provoque una reacción hostil y avances hacia el proteccionismo. En cambio, ya está muy claro que China tendrá que otorgar mayor peso al consumo interno.

Un problema creciente es que la prioridad otorgada al crecimiento económico

vertiginoso por encima de todo ha tenido como resultado que China haya pasado en muy poco tiempo de ser una sociedad altamente igualitaria a convertirse en una de las más desiguales del mundo.⁴⁸ Las causas de esa desigualdad son tres: el creciente abismo entre las provincias costeras y las del interior, donde la provincia más rica disfruta de un PIB per cápita diez veces mayor que el de las más pobres (en comparación con 8:1 en Brasil, por ejemplo); entre áreas urbanas y rurales; y entre aquellos que están en la economía formal y aquellos que dependen de actividades económicas informales.⁵⁰ Esto está llevando a una creciente tensión social –evidente, por ejemplo, en la relación entre los trabajadores migrantes y los residentes locales en las ciudades– que amenaza con socavar la cohesión de la sociedad y el amplio consenso que hasta ahora ha sostenido el programa de reforma. El gobierno ya ha comenzado a prestar mucha mayor atención a la promoción de un enfoque más igualitario, aunque hasta ahora con efectos limitados.

Una cuestión clave aquí es la capacidad financiera del Estado para actuar en la forma necesaria. En el primer período de reforma, se fomentó deliberadamente la descentralización, y los ingresos centrales cayeron del 34 por ciento del PIB en 1978 a apenas el 6 por ciento en 1995, según el economista chino Hu Angang. El Estado se vio cada vez más despojado de muchas de sus antiguas fuentes de ingresos y responsabilidad. El gasto del Estado central, a su vez, llegó a representar un rap - Proporción del PIB en lento descenso: 31 por ciento en 1978, alcanzando un mínimo de alrededor del 11 por ciento en 1995. A mediados de los noventa había una profunda preocupación por la pérdida de capacidad del Estado central que esto implicaba, incluida la capacidad de este último para promover políticas equilibradas de desarrollo entre las regiones y se hizo un intento decidido de revertir el proceso. Incluso había temores de que las provincias individuales comenzaran a operar como países independientes, con un aumento de su comercio exterior y una disminución de los flujos comerciales entre ellas.⁵⁴ Como resultado, el gobierno introdujo importantes reformas tributarias que incluían, por primera vez, impuestos destinados específicamente al gobierno central; Anteriormente, el gobierno central dependía de una parte de los impuestos recaudados en las provincias, basándose en un proceso de negociación entre los dos. El gobierno central también adquirió su propia capacidad de recaudación de impuestos: una gran mayoría de los ingresos ahora se recaudan centralmente, algunos de los cuales luego se redistribuyen a las provincias. No es sorprendente que las provincias ricas se resistieran firmemente a pagar impuestos más altos al gobierno central.. Sin embargo, en 1999 el gasto estatal había aumentado al 14 por ciento del PIB y en 2006 a alrededor del 22 por ciento. Fundamentalmente, el Estado necesita ser capaz de financiar su nuevo programa de seguridad social para cubrir las decenas de millones de trabajadores despedidos por las empresas estatales que antes eran responsables de prácticamente todas las necesidades sociales de sus empleados, incluidas la educación, la salud y la vivienda. El problema es particularmente grave en el caso de la educación y la salud, que han sufrido graves consecuencias subinversión pública durante la última década, causa de profunda preocupación y resentimiento popular. El gobierno es profundamente consciente de estos problemas y sólo en 2008 se presupuestaba que el gasto en educación aumentaría en un 45 por ciento.⁶⁰ Durante el período maoísta, el Estado fue responsable de casi el 100 por ciento del gasto en salud: la cifra es ahora de alrededor del 16 por ciento en comparación, por ejemplo, con alrededor del 44 por ciento en los Estados Unidos y más del 70 por ciento en Europa occidental. Como resultado, la mayoría de la población ya no puede permitirse la asistencia sanitaria. En abril de 2009, el gobierno anunció una

importante reforma del sistema de salud que, entre otras cosas, fijó el objetivo a corto plazo de proporcionar cobertura de seguro básico al 90 por ciento de la población. La falta de una red de seguridad decente y el carácter raído de bienes públicos clave alimentan una sensación de profunda inseguridad entre muchas personas, actuando como un poderoso incentivo para ahorrar, a pesar de que los niveles de vida de la mayoría, especialmente en las ciudades, han mejorado mucho.

Por último, el crecimiento de China ha exigido un uso extremadamente intensivo de recursos: tierras, bosques, agua, petróleo y más o menos todo lo demás. Aquí radica uno de los problemas más profundos de China. El país tiene que sustentar a una población extremadamente grande y, en su mayor parte, densa en una situación en la que China está, y siempre ha estado, pobremente dotada de recursos naturales. Tiene, por ejemplo, sólo el 8 por ciento de la tierra cultivada del mundo y, sin embargo, debe sustentar al 22 por ciento de la población mundial; en cambio, con sólo una quinta parte de la población de China, Estados Unidos disfruta de tres veces más tierra cultivable y sus las tierras de cultivo han estado bajo cultivo humano durante una décima parte del tiempo que China. El desarrollo de China, además, está agotando rápidamente los recursos limitados que posee. En los últimos cuarenta años, casi la mitad de los bosques de China han sido destruidos, por lo que ahora disfruta de una de las cubiertas más escasas del mundo. En 1993 se convirtió por primera vez en un importador neto de petróleo y ahora depende de las importaciones para cubrir casi la mitad de sus necesidades de petróleo.

Como resultado, China se está volviendo cada vez más dependiente del resto del mundo para las enormes cantidades de materias primas que necesita para su crecimiento económico. Ya es el mayor comprador de cobre del mundo, el segundo mayor comprador de mineral de hierro y el tercer comprador de alúmina. Absorbe cerca de un tercio del suministro mundial de carbón, acero y algodón, y casi la mitad de su cemento. Es el segundo mayor consumidor de energía después de Estados Unidos, y casi el 70 por ciento se produce a partir de la quema de carbón. En 2005, China utilizó más carbón que Estados Unidos, India y Rusia juntos. En 2004 representó casi el 40 por ciento del aumento de la demanda mundial de petróleo. Si la economía china continuara expandiéndose a un ritmo del 8 por ciento anual en el futuro, su ingreso per cápita alcanzaría el nivel actual de Estados Unidos en 2031, momento en el que consumiría el equivalente a dos tercios de la actual cosecha mundial de cereales y su demanda de papel duplicaría la producción mundial actual. Si disfrutara del mismo nivel de propiedad de automóviles per cápita que Estados Unidos hoy, tendría 1.100 millones de automóviles, en comparación con el total mundial actual de 800 millones; y utilizaría 99 millones de barriles de petróleo por día en comparación con una producción total mundial de 84 millones de barriles por día en 2006.⁶⁵ Por supuesto, tal nivel de demanda sería insostenible en términos de los recursos disponibles en el mundo, por no mencionar su impacto ambiental global, que sería nefasto.

El Dilema Ambiental

Los efectos de la gran paradoja de China —es decir, una enorme abundancia de recursos humanos y recursos naturales extremadamente escasos— se están experimentando en

todo el mundo a través del mercado global. El exceso de mano de obra de China ha significado que los precios de los bienes manufacturados que produce hayan caído drásticamente, mientras que los precios de los productos básicos que China necesita aumentaron dramáticamente hasta el inicio de la crisis crediticia. En conjunto, estos constituyen lo que podría describirse como el nuevo paradigma global de la era China. Hasta ahora, los grandes beneficiarios del crecimiento de China han sido los países desarrollados, que han disfrutado de una caída del precio real de los bienes de consumo, y aquellas naciones que son importantes productores de productos primarios. La actual recesión mundial ha provocado una fuerte caída de los precios de las materias primas, pero hay pocas razones para creer que su aumento no se reanudará una vez que las condiciones económicas comiencen a mejorar nuevamente, impulsadas por la demanda de China e India. La Agencia Internacional de Energía ha pronosticado que los precios del petróleo repuntarán a más de 100 dólares el barril tan pronto como la economía mundial se recupere y superar los 200 dólares en el 2030. La reanudación del aumento de los precios de las materias primas hará que el presente modelo de crecimiento chino, intensivo en recursos, es cada vez más caro y, en última instancia, prohibitivamente caro. Por lo tanto, más allá de cierto punto, será imposible para China seguir el modelo de progreso estadounidense intensivo en recursos; y eso sucederá mucho antes de que China se acerque a los niveles de vida actuales de Estados Unidos. De hecho, ya está claro que China ha decidido adoptar un enfoque que consuma menos energía.

A China, sin embargo, le resultará extremadamente difícil cambiar de rumbo. Durante siglos ha seguido un enfoque altamente extractivo hacia un entorno natural que, en comparación con el de la mayoría de las naciones, está extremadamente pobremente dotado de recursos, más obviamente tierra cultivable y agua, medida por la densidad de población. China, por ejemplo, tiene sólo una quinta parte de agua per cápita que Estados Unidos. Además, mientras el sur de China es relativamente húmedo, el norte, hogar de aproximadamente la mitad de la población del país, es una inmensa región reseca que amenaza con convertirse en el desierto más grande del mundo. El Estado chino, desde los grandes canales de la dinastía Ming hasta la actual presa de las Tres Gargantas, ha visto durante mucho tiempo el medio ambiente como algo que puede ser manipulado y subordinado a fines humanos.⁶⁸ El nivel de conciencia ambiental, tanto por parte del gobierno como de la gente, ha sido muy bajo, aunque esto está cambiando rápidamente, especialmente en las principales ciudades. Además, cuanto más pobre es una sociedad, mayor es la prioridad que se le da al cambio material a expensas de prácticamente todas las demás consideraciones, incluido el medio ambiente. Es mucho más fácil para una sociedad rica hacer del medio ambiente una prioridad que para una sociedad pobre, y China sigue siendo una sociedad relativamente pobre. En 2015, China sólo habrá alcanzado el mismo nivel de vida que la mayoría de los países occidentales alcanzaron en 1960 y estos últimos, capaces de aprovechar sus propios recursos naturales o los de sus colonias, disfrutaron del lujo de poder crecer sin ningún tipo de preocupación por las limitaciones ambientales hasta que ya se hicieron ricos. En términos europeos, China ha pasado del siglo XVIII al siglo XXI en poco más de tres décadas, aplicando una estrategia similar intensiva en recursos, con el medio ambiente nunca más que una nota. El resultado es un enorme déficit ecológico de dos siglos acumulado en sólo unas pocas décadas: creciente escasez de agua, más de tres cuartas partes del agua de los ríos no es apta ni para beber ni para pescar, 300 millones de personas carecen de acceso a agua potable, deforestación rampante, dieciséis de las veinte ciudades más contaminadas del mundo, lluvia ácida que afecta a un tercio del

territorio chino, desierto que cubre una cuarta parte del país y el 58 por ciento de la tierra clasificada como árida o semiárida.

China, por muy pobre que sea, no tendrá la opción de posponer hasta el momento en que haya alcanzado el estatus de país rico dos de sus cuestiones ambientales más apremiantes. Lo quiera o no, se verá obligado por las presiones de costos a cambiar hacia tecnologías que consuman menos recursos. Dado que es probable que el precio del petróleo aumente considerablemente, al menos a mediano plazo, China ya ha comenzado a buscar formas de limitar su consumo de petróleo, por ejemplo imponiendo impuestos más altos a los consumidores de gasolina y fomentando el desarrollo de tecnologías alternativas. tecnologías automovilísticas: en Shanghai, que es el líder ambiental de China, ahora cuesta alrededor de £2.700 registrar un automóvil nuevo.⁷ El economista chino Yu Yongding está seguro de que el país tomará medidas: "Mil millones de chinos que conducen SUV que acaparan gasolina es sólo una fantasía. Créame, los chinos no son tan estúpidos. China debe reducir y reducirá su dependencia de las importaciones de petróleo". El otro desafío ambiental irresistible es el calentamiento global. A su debido tiempo, esto obligará a China a buscar formas de limitar su producción de CO₂ del mismo modo.

Al igual que India, China se ha resistido a la idea de que debería estar sujeta a las mismas limitaciones que los países ricos, con el argumento de que estos últimos han estado bombeando gases de efecto invernadero a la atmósfera durante mucho más tiempo y, por lo tanto, tienen una responsabilidad mucho mayor en el calentamiento global. Además, el mayor contribuyente al consumo de energía de China no es el consumidor interno, cuyas necesidades son mínimas, sino el comercio de exportación. La realidad es que el 40 por ciento de la energía de China se destina a producir exportaciones para los mercados occidentales: en otras palabras, Occidente, de hecho, ha exportado parte de sus propias emisiones de efecto invernadero a China. La mínima contribución histórica hecha por La responsabilidad del mundo en desarrollo con el calentamiento global fue reconocida en el Protocolo de Kyoto, que los excluyó de sus disposiciones, pero la negativa de Estados Unidos y Australia a participar hizo que el acuerdo fuera en gran medida ineficaz. Pero como China superó a Estados Unidos como mayor emisor de CO en 2007 (aunque sus emisiones de CO per cápita siguen siendo una séptima parte de las de Estados Unidos), la idea de que países como China e India puedan ser excluidos de cualquier Un futuro acuerdo ya no es plausible, especialmente porque los efectos del calentamiento global —ya muy evidentes en la propia China, con una desertificación acelerada, reducciones en los rendimientos agrícolas, cambios en los patrones de precipitación, una mayor incidencia de tormentas y sequías, y condiciones climáticas extremas como las prolongadas nevadas en el centro de China en 2008—se vuelven cada vez más graves. El impacto ambiental del uso de energía en China es particularmente adverso porque su dependencia del carbón —de un tipo particularmente sucio— es inusualmente alta (60 por ciento comparado con 23 por ciento en Estados Unidos y 5 por ciento en Francia) y las emisiones de carbono provenientes del carbón son proporcionalmente mucho mayores que las del petróleo y el gas. Aunque los líderes chinos se han resistido a la idea de que el país debería estar sujeto a objetivos de emisiones acordados internacionalmente, han aceptado el argumento científico sobre el calentamiento global y, en ambos casos, discursos y el creciente volumen de nuevas regulaciones ambientales, está mostrando una mayor conciencia del problema.⁸⁰ De hecho, sobre el papel, China ya tiene algunas de las leyes más avanzadas del mundo

sobre energía renovable, producción limpia, evaluación del impacto ambiental y control de la contaminación, aunque en la práctica siguen siendo ampliamente ignoradas. El gobierno continúa resistiéndose a la idea de que las consideraciones ambientales deban restar importancia a la prioridad del rápido crecimiento económico, pero, no obstante, existe un reconocimiento generalizado de su urgencia en los niveles más altos del liderazgo chino. La necesidad de que China adopte una estrategia de desarrollo verde, en lugar de depender del viejo modelo intensivo, ha sido argumentada poderosamente por el influyente economista chino Hu Angang.

La posición de China sobre el cambio climático está evolucionando rápidamente. Los dos objetivos que ha adoptado como parte de su estrategia de seguridad energética para 2007 tendrán un impacto significativo en la reducción del crecimiento de las emisiones: a saber, disminuir la intensidad energética de la economía china en un 20 por ciento para 2010 y aumentar el uso de energías renovables del 5 al 20 por ciento de la producción de energía para 2020. Ya es el mayor usuario del mundo de energías alternativas, incluida la energía eólica. Está realizando enormes inversiones en una amplia gama de innovaciones de tecnologías limpias, especialmente en energía eólica, solar y de hidrógeno. La escala de estas inversiones es tal que cualquier tecnología que China desarrolle en energías limpias y renovables probablemente se convierta en la práctica en el nuevo estándar global. Podría fácilmente convertirse en el principal fabricante mundial de plantas de energía renovable, y a un precio, además, asequible para otros países en desarrollo. Se cree ampliamente que en un futuro relativamente cercano algunos de los avances potenciales más interesantes en el sector fotovoltaico (el uso de células solares para la generación de electricidad) y los vehículos impulsados por hidrógeno pueden provenir de China en lugar de Estados Unidos. Los dos mayores productores de automóviles chinos están en el proceso de lanzar modelos híbridos y, alentados por el gobierno, junto con otros fabricantes, tienen planes ambiciosos para convertirse en líderes mundiales en vehículos eléctricos y de otras energías alternativas. Así como su desarrollo económico combina lo atrasado y lo avanzado, lo mismo podría suceder con el medio ambiente, como las drásticas medidas adoptadas por el gobierno central antes de los Juegos Olímpicos de Beijing para tratar de mejorar la terrible calidad del aire de la capital, incluidas importantes restricciones al uso de automóviles.

En la actualidad, la ventaja comparativa de China reside en la manufactura de bajo nivel, donde es capaz de explotar la enorme oferta de mano de obra barata y no calificada y, por lo tanto, producir a precios bajísimos (o "precios de China", como se ha convertido en el nuevo punto de referencia global) para el mercado mundial. A largo plazo, esto plantea dos problemas inherentes. Primero, en términos de los costos totales de llevar un producto al mercado, la proporción que representa la fabricación es muy pequeña.

– alrededor del 15 por ciento del precio final – y la mayor parte de los costos se compensan con el diseño, el marketing, la marca, etc., tareas que todavía se llevan a cabo de manera abrumadora en el mundo desarrollado. En segundo lugar, la mayoría de las exportaciones de China son producidas por multinacionales occidentales y japonesas, mientras que los fabricantes chinos desempeñan predominantemente el papel de subcontratistas. En otras palabras, el papel de China es básicamente el de subcontratista manufacturero de bajo costo en las múltiples operaciones globales de las multinacionales con sede en los países desarrollados.

Sin embargo, hay muchas pruebas de que China está ascendiendo constantemente en la

escala tecnológica. Como todos los recién llegados, se ha visto obligado a recuperarse a medida que avanza y encontrar su propio camino distintivo. Una vía utilizada por China para obtener acceso a nuevas tecnologías ha sido una combinación de copiar, comprar y engatusar a socios extranjeros en empresas conjuntas para que transfieran tecnología a cambio de que se les conceda un acceso más amplio al mercado chino. El atractivo de este último ha demostrado ser un poderoso instrumento de negociación, especialmente con las multinacionales de segundo nivel.⁹² En un corto espacio de tiempo, China ya ha superado a muchos países del Sudeste Asiático en importantes áreas de tecnología, y su capacidad para impulsar un duro factor de negociación con multinacionales extranjeras ha sido un factor importante. Mientras que Proton, la compañía automovilística nacional de Malasia, no ha podido persuadir a ninguno de sus diversos socios extranjeros –sobre todo Mitsubishi– para que transfiera tecnología clave, las compañías automotrices chinas, de una manera u otra, han tenido bastante más éxito. La moneda de cambio del tamaño tiene gran influencia: China tiene cincuenta veces la población de Malasia.⁹³ Hay otra ruta por la que China ha estado negociando su camino hacia la escala tecnológica: cuando las multinacionales extranjeras trasladan sus operaciones de fabricación a China, hay una fuerte tendencia a que sigan otras funciones para aprovechar las economías de escala, por razones de conveniencia y porque la mano de obra china altamente calificada es abundante y barata. La industria textil en Italia, por ejemplo, ha ido progresivamente emigró a China, comenzando con la fabricación, seguido de procesos con mayor valor agregado, como el diseño. Microsoft, Motorola y Nokia han establecido importantes centros de investigación y desarrollo en Beijing, mientras que Lucent-Alcatel ha hecho lo mismo en Nanjing. Como consecuencia, los profesionales chinos se convertirán en actores cada vez más importantes en la actividad de I+D de estas multinacionales de vanguardia.

Sin embargo, a más largo plazo, la clave del potencial tecnológico de China residirá en su capacidad para desarrollar su propia capacidad de investigación y desarrollo de alto nivel. Como hasta ahora el crecimiento de China ha dependido abrumadoramente de tecnologías importadas, sólo el 0,03 por ciento de las empresas chinas poseen derechos de propiedad intelectual sobre sus tecnologías centrales. Además, las empresas chinas gastan en promedio sólo el 0,56 por ciento de su facturación en investigación y desarrollo, e incluso en las grandes empresas esto sólo aumenta al 0,71 por ciento.⁹⁷ Sin embargo, se están haciendo enormes esfuerzos para cambiar esta situación. con el objetivo de aumentar el gasto en I+D de 24.600 millones de dólares (1,23 por ciento del PIB) en 2004 a 45.000 millones de dólares (2 por ciento del PIB) en 2010 y 113.000 millones de dólares (2,5 por ciento del PIB) en 2020.⁹⁸ Se han logrado avances considerables ya se ha hecho en muy poco tiempo. China se ha convertido en un actor importante en la producción de artículos científicos, y su contribución ha aumentado de alrededor del 2 por ciento de la participación mundial en 1995 al 6,5 por ciento en 2004. Las tasas de citación, aunque muy bajas, también están aumentando exponencialmente. Las cifras generales ocultan fortalezas en áreas particulares, sobre todo la ciencia de materiales, la química analítica y la genómica del arroz. Un análisis reciente de publicaciones sobre nanociencia muestra que China ocupó el segundo lugar, sólo detrás de Estados Unidos en 2004. No sorprende que las publicaciones se concentren en un puñado de centros de élite como la Academia China de Ciencias, la Universidad de Beijing y la Universidad de Tsinghua (también en Beijing), que China busca desarrollar como instituciones de clase mundial.

Entre las fortalezas de China está el hecho de que posee un gran número de

profesionales altamente capacitados, así como un fuerte espíritu educativo. El país produce actualmente más de 900.000 graduados en ciencias, ingeniería y administración cada año. Además, un número significativo de estudiantes chinos se educan en las mejores universidades estadounidenses, aunque una proporción considerable decide quedarse y trabajar en los EE. UU. después: los chinos, por ejemplo, representan alrededor de un tercio de todo el personal profesional y técnico en Silicon Valley. El gobierno chino ha estado intensificando sus esfuerzos para persuadir a los chinos de ultramar para que regresen a casa: el 81 por ciento de los miembros de la Academia China de Ciencias y el 54 por ciento de la Academia China de Ingeniería son ahora académicos extranjeros que han regresado. En general, se estima que que alrededor del 20 por ciento de los profesionales chinos que trabajan en el extranjero han regresado ahora, repitiendo así un patrón similar que ocurrió con la migración coreana anterior.

El panorama tecnológico, como prácticamente en todos los demás aspectos del desarrollo de China, es extremadamente desigual y combina lo primitivo, lo de baja tecnología, lo de tecnología media y focos de tecnología avanzada, incluso muy avanzada.¹⁰⁷ Sin embargo, hay ¹⁰⁸ Esto, después de todo, es exactamente lo que sucedió con otros tigres asiáticos, más obviamente Japón, Corea del Sur y Taiwán, todos los cuales comenzaron en los peldaños más bajos e imitativos pero que ahora poseen una impresionante competencia tecnológica, con Japón y Corea del Sur muy por delante de la mayoría de los países europeos. Ya es palpable la evidencia de que China está inmersa en un proceso similar y con el mismo tipo de velocidad notable. Es una ilusión pensar que China quedará atrapada indefinidamente en las faldas de la tecnología. Con el tiempo se convertirá en una potencia tecnológica formidable.

Sin embargo, la creciente capacidad de China para ascender en la escala tecnológica no implica que tendrá éxito en la creación de un grupo de empresas internacionales exitosas. Hasta hace muy poco, a China le fue muy mal en el ranking de las 500 principales empresas globales de Fortune. De las diez principales marcas del mundo, sólo una, China Mobile, es china, y de las 100 principales, sólo cuatro son chinas. Sin embargo, el panorama está empezando a cambiar. En 2006, 20 empresas chinas figuraban en el Fortune Top 500, en 2007 el número había aumentado a 24 y en 2008 a 29, incluidos cuatro bancos estatales, las mayores empresas de construcción y el gigante petrolero Sinopec. Esto se compara con 153 de Estados Unidos, 64 de Japón, 39 de Francia, 37 de Alemania, 34 del Reino Unido y 15 de Corea del Sur. Sin embargo, los principales fabricantes chinos como Haier, Galanz y Konka, que han acaparado la mayor parte del mercado nacional de electrodomésticos y también han hecho importantes avances en muchos mercados en desarrollo, siguen estando en comparación con sus competidores americanos, europeos, japoneses y coreanos. - actores, muy débiles en términos de tamaño, gestión, gobernanza e investigación y desarrollo.

A diferencia de los primeros tigres asiáticos, las empresas chinas no pudieron posponer su entrada en los mercados y la producción extranjeros hasta que hubieran adquirido una base sólida financiera, competencia técnica, una marca bien establecida y alta rentabilidad basada en el dominio de su mercado interno; Por el contrario, el principal motivo por el que muchas empresas chinas salieron al extranjero ha sido su deseo de escapar de la competencia despiadada (en gran parte extranjera) y de los escasos beneficios del mercado interno tras la adhesión de China a la OMC. Peter Nolan, un experto sobre las empresas chinas, ha argumentado que será extremadamente difícil para las empresas chinas entrar en la lista A de multinacionales precisamente porque no han tenido la oportunidad de construirse a nivel nacional detrás de un muro proteccionista.

También sugiere que en los últimos veinte años ha habido una revolución empresarial global, como resultado de la cual las empresas chinas, lejos de ponerse al día, se han quedado aún más rezagadas que las principales empresas internacionales, lo que dificulta aún más su tarea.

Si China no logra producir un grupo de grandes empresas internacionales, contrastará marcadamente con Japón, Corea del Sur y Taiwán. Pero es prematuro pensar en estos términos. Por difíciles y diferentes que sean las circunstancias que enfrenta China, ya está ocupada inventando su propio camino de desarrollo, como lo hizo Gran Bretaña como país pionero, Estados Unidos como inventor de la producción en masa y Japón como innovador de una nueva economía. tipo de producción justo a tiempo. ¿Qué podría ser esto? En el mercado automovilístico chino, los sectores más caros son abrumadoramente dominio exclusivo de las empresas europeas, estadounidenses y japonesas, pero las empresas chinas emergentes como Chery y Geely dominan el segmento más bajo. Las empresas chinas son capaces de producir automóviles a precios mucho más baratos que los de China. - productores extranjeros porque utilizan un enfoque modular, o de combinación y combinación, en lugar del método integrado de producción por el que son famosas las empresas japonesas. Empresas como Geely y Chery utilizan una variedad de piezas que toman prestadas, copiadas o compradas a empresas extranjeras. El producto final es de calidad relativamente baja pero extremadamente barato. El Chevrolet Spark, que es muy similar al Chery QQ, se vende al doble de precio. Se puede observar un enfoque similar con el Tata Nano en India, que se vende por menos de 2.500 dólares, la mitad del precio del siguiente automóvil más barato del mercado.¹¹⁶ La producción modular –o de arquitectura abierta– se adapta muy bien a un país en desarrollo, ya que requiere relativamente mucha mano de obra y es muy difícil, si no imposible, para las empresas occidentales y japonesas de imitar. En el caso chino, fue desarrollado primero por las industrias de motocicletas, camiones y electrodomésticos y luego adaptado por las empresas automotrices nacionales. El hecho es que en China, como en la mayoría de los demás países en desarrollo, el extremo inferior del mercado seguirá siendo con diferencia, el sector más grande en los próximos años. A pesar de la temible competencia

A partir de productores extranjeros, los fabricantes de automóviles chinos han ido aumentando muy lentamente su participación en el mercado chino, actualmente el segundo mayor del mundo: en 2006, su participación de mercado combinada fue del 25,6 por ciento, justo detrás de la participación japonesa total del 25,7 por ciento y por delante de la participación europea agregada es del 24,3 por ciento, y Chery y Geely, las dos más grandes, disfrutaban de una participación combinada de alrededor del 10 por ciento.

Esto sugiere que deberíamos esperar que las empresas chinas entren en el extremo inferior del mercado global de bienes de consumo masivo, inicialmente principalmente en el mundo en desarrollo –de lo cual ya hay evidencia clara– pero luego avanzando hacia el mundo desarrollado. Hará falta tiempo para que empresas como Chery y Geely se establezcan en los mercados occidentales, donde los estándares y gustos son muy diferentes de la ventaja de "gama barata" que actualmente disfrutaban las empresas chinas. De hecho, ambos han pospuesto sus fechas de lanzamiento en Estados Unidos hasta aproximadamente 2009 o más tarde. TCL, el fabricante chino de televisores, que formó una empresa europea conjunta con la firma francesa Thomson, ofrece una advertencia a este respecto. Cometió una serie de errores de cálculo graves basados en su ignorancia

del mercado europeo y anunció en 2006 que cerraría sus operaciones europeas. Pero TCL es una excepción: las empresas chinas de electrodomésticos han optado abrumadoramente por establecer sus fábricas en el extranjero, filiales en países en desarrollo más que en países desarrollados. En este contexto, existe un cierto paralelo entre las empresas chinas que inicialmente apuntaban al mundo en desarrollo y la experiencia anterior de Japón y Corea. Las empresas japonesas, por ejemplo, primero dominaron los entonces relativamente pobres mercados locales de Asia Oriental y sólo más tarde comenzaron a hacer incursiones serias en los mercados occidentales. Además, en Europa y Estados Unidos, tanto Japón como Corea del Sur comenzaron en el extremo barato del mercado y luego fueron ascendiendo constantemente-

En términos generales, esto será cierto para China, excepto que probablemente dará prioridad aún más al mundo en desarrollo. Las exportaciones chinas a África, Medio Oriente, Asia y América del Sur han estado creciendo recientemente mucho más rápidamente que las dirigidas a Estados Unidos. China envió más del 31 por ciento de sus exportaciones a Estados Unidos en 2000, pero esa cifra había caído a poco más del 22 por ciento a principios de 2007 y ahora es del 18 por ciento.

Aunque China ya está logrando avances significativos en industrias de baja y media tecnología, como los electrodomésticos y los vehículos de motor, también tiene la intención, a largo plazo, de convertirse en un actor importante en una industria de alta tecnología como la aeroespacial. China comenzará en breve la producción de su propio avión de pasajeros regional, mientras que Airbus ha anunciado su intención de trasladar parte de su capacidad de fabricación a China. Posiblemente como una forma de adelantar el proceso de desarrollo, se informó en el informe que el principal grupo aeroespacial chino 2007 consideraría invertir o presentar ofertas en seis de las plantas europeas de Airbus que se habían considerado excedentes de las necesidades, aunque en caso de que no se materializara ninguna oferta. Con el tiempo, es inconcebible que China –que ya es el segundo mercado de aviones más grande del mundo – no se convertirá en un importante productor de aviones por derecho propio. El hecho de que esté desarrollando constantemente su programa espacial (realizó con éxito un vuelo espacial tripulado en 2003, lanzó un orbitador lunar en 2007 y planea lanzar su propia estación espacial en 2020) indica que China está decidida a adquirir tecnología altamente sofisticada. competencia en el campo aeroespacial.

Por lo tanto, mirando hacia el futuro, se pueden anticipar una serie de tendencias generales en relación con el desarrollo de las empresas chinas. Continuaremos viendo el surgimiento lento pero constante de multinacionales chinas en áreas que aprovechan su ventaja comparativa interna, como electrodomésticos y electrodomésticos, motocicletas, camiones y automóviles. Podemos esperar que surjan marcas chinas en campos como equipamiento deportivo (por ejemplo Li-Ning)

– vinculado a la creciente fortaleza de China como nación deportiva – y a la medicina china. Es probable que veamos a las empresas chinas convertirse en importantes competidores en áreas de alta tecnología como la aeroespacial (AVIC 1), las telecomunicaciones (China Mobile y Huawei), las computadoras (Lenovo) y tal vez en energías renovables (por ejemplo, Suntech Power Holdings). Los bancos, las empresas constructoras y las compañías petroleras de China ya están emergiendo rápidamente como gigantes globales, ayudados por la escala del mercado chino y los recursos a su disposición. En 2007, el auge de la Bolsa de Valores de Shanghai hizo que PetroChina superara brevemente a Exxon como la empresa más grande del mundo. A finales de 2007 China poseía tres de las cinco empresas más grandes del mundo, por valor aunque

no por ventas, a saber, PetroChina, el Banco Industrial y Comercial de China (ICBC) y China Mobile. También podemos anticipar que algunas de las grandes empresas chinas que buscan expandirse en el extranjero adquiriendo empresas extranjeras. Ya ha habido ejemplos de esto: Lenovo adquirió IBM Computers y el gigante petrolero chino CNPC intentó sin éxito comprar la empresa petrolera estadounidense Unilocal; Inundados de efectivo y deseosos de atajar su expansión, no es difícil imaginar que esto suceda a una escala mucho más amplia. Un área obvia es la de las materias primas, con la participación de Chinalco en Rio Tinto, el grupo minero anglo-australiano, como ejemplo. Dado que muchas empresas occidentales sufren una grave escasez de efectivo como resultado de la crisis crediticia, las oportunidades de adquisición para las empresas chinas ricas en liquidez, en particular las petroleras, probablemente será considerable, con la oposición política occidental debilitada por la recesión. Mientras tanto, el establecimiento de la Corporación de Inversiones de China, armada con fondos de 200 mil millones de dólares, de los cuales algunos 80.000 millones de dólares son para inversión externa, podría dar a China un creciente potencial de influencia sobre aquellas empresas extranjeras en las que decida invertir. Por último, no debemos olvidar la creciente importancia de los subcontratistas chinos como empresas 'integradoras de sistemas' en el mercado global. cadena de suministro de muchas multinacionales extranjeras, un hecho que podría, al menos a largo plazo, tener una importancia estratégica más amplia para estas multinacionales en términos de su gestión, capacidad de investigación e incluso propiedad.

La inversión directa en el extranjero es crucial para la creación de empresas internacionales. Un pronóstico ha sugerido que ya en 2010 la inversión directa en el exterior de China superará a la inversión extranjera directa en el interior. Se estima que la inversión en el extranjero en 2008 superó los 50.000 millones de dólares, un enorme aumento en comparación con 2002; Las cifras oficiales indican que en 2006 el 60% fue a Asia, el 16% a América Latina, el 7% a América del Norte y África, el 6% a Europa y aproximadamente el 4% a Australasia.

El Modelo Chino

La transición de una economía dirigida a una economía de mercado, que implica una importante disminución del papel del Estado, ha centrado comprensiblemente la atención en las similitudes entre la economía china y las economías capitalistas occidentales. Sin embargo, cada vez es más evidente que, así como las economías japonesa y coreana han conservado características distintivas en comparación con Occidente, lo mismo se aplica a China. Dado que los dirigentes chinos eligieron conscientemente seguir el camino de la reforma del mercado, en lugar de que se les impusiera por fuerza mayor, como en el caso de Rusia, esto no es sorprendente. La diferencia clave en el caso de China se refiere al papel del Estado. Esto debe verse como parte de una tradición china mucho más antigua, como se analiza en el capítulo 4, donde el Estado siempre ha disfrutado de un papel fundamental en la economía y ha sido universalmente aceptado como guardián y encarnación de la sociedad. El Estado en sus diversas formas (gobierno central, gobierno provincial y gobierno local) sigue desempeñando un papel extremadamente importante en la economía, a pesar de las reformas de mercado.

Alrededor de la época de la crisis financiera asiática a finales de los años noventa, parecía que China estaba a punto de reducir drásticamente el papel y el número de sus empresas estatales (muchas de las cuales eran altamente ineficientes y fuertemente subsidiadas), y siguiendo el trillado camino de la privatización recorrido por muchos otros países. De hecho, una década después, está surgiendo un panorama bastante diferente. Ciertamente, el número de empresas estatales se ha visto gravemente reducido, de 120.000 a mediados de los noventa a 31.750 en 2004, un proceso que ha estado acompañado de una importante reestructuración y poda, con decenas de miles de recortes de empleos. Sin embargo, en lugar de una privatización radical, el gobierno ha buscado hacer que las numerosas empresas estatales que aún permanecen sean lo más eficientes y competitivas posible. Como resultado, las 150 principales empresas estatales, lejos de ser patos salientes, se han vuelto enormemente rentables, y el total agregado de sus ganancias alcanza 150 mil millones de dólares en 2007. Esto ha sido parte de una estrategia gubernamental más amplia diseñada para crear un grupo de empresas chinas internacionalmente competitivas, la mayoría de las cuales son de propiedad estatal. A diferencia del enfoque que la mayoría de los países han seguido con respecto a las empresas estatales, que les ha visto disfrutar de diversos grados de protección y, a menudo, de un estatus de cuasi monopolio, el gobierno chino las ha expuesto a la competencia más feroz, tanto entre ellos mismos como entre ellos, con firmas extranjeras. A diferencia de muchos países occidentales, también se les permite recaudar grandes cantidades de capital privado. De las doce mayores ofertas públicas iniciales en la Bolsa de Valores de Shanghai en 2007, todas fueron realizadas por empresas estatales y en conjunto representaron el 85 por ciento del capital total recaudado. Algunos de los más grandes tienen partes interesadas extranjeras que, a pesar de las tensiones, generalmente les han ayudado a mejorar su desempeño. Las empresas estatales chinas pueden describirse mejor como híbridas, ya que combinan las características de empresas privadas y estatales. Las principales empresas estatales reciben ayuda y asistencia de sus benefactores estatales, pero también tienen suficiente independencia para ser administradas como empresas privadas y pueden obtener capital de la misma manera que lo hacen ellos. Este enfoque híbrido también funciona a la inversa: algunas de las mayores empresas privadas, como la empresa de informática Lenovo y el fabricante de equipos de telecomunicaciones Huawei, se han visto considerablemente ayudadas por sus estrechos vínculos con el gobierno, una relación que hasta cierto punto refleja la Experiencia japonesa y coreana. Sin embargo, a diferencia de Japón o Corea, donde predominan abrumadoramente las empresas privadas, la mayoría de las empresas de mejor desempeño de China se encuentran en el sector estatal. La industria del acero ha estado inundada de inversión privada, pero el líder de la industria y tecnológicamente el productor más avanzado es la empresa estatal Baosteel. Chinalco, también de propiedad estatal, se ha convertido en uno de los mayores productores de aluminio del mundo y tiene planes de convertirse en una multinacional de metales diversificada. Shanghai Electric compite cada vez más con las japonesas Mitsubishi y Marubeni en sus ofertas para construir nuevas plantas alimentadas con carbón en Asia. Los dos astilleros estatales de China, las empresas China Shipbuilding Industry Corporation y China State Shipbuilding Corporation, están creciendo rápidamente y empezando a cerrar la brecha tecnológica con sus competidores coreanos y japoneses. Chery, el productor estatal de automóviles, con la quinta mayor participación de mercado, ha demostrado ser un competidor extremadamente ágil y, dados sus recursos limitados, tecnológicamente ambicioso e innovador. En su mayor

parte, son estas empresas estatales las que compiten cada vez más en el escenario global con empresas occidentales y japonesas.

El modelo chino emergente es testigo de un nuevo tipo de capitalismo en el que el Estado es hiperactivo y omnipresente en una variedad de formas y modos diferentes: proporcionando asistencia a empresas privadas, en una galaxia de empresas estatales, en la gestión del proceso mediante el cual el renminbi evoluciona lentamente hacia un estatus totalmente convertible y, sobre todo, hacia ser el arquitecto de una estrategia económica que ha impulsado la transformación económica de China. El éxito de China sugiere que el modelo chino de Estado está destinado a ejercer una poderosa influencia global, especialmente en el mundo en desarrollo, y así transformar los términos del futuro debate económico. El colapso del modelo angloamericano a raíz de la crisis crediticia hará que el modelo chino sea aún más pertinente para muchos países.

UNA CUESTIÓN DE TAMAÑO

La combinación de una población enorme y una tasa de crecimiento económico extremadamente alta está brindando al mundo un tipo de experiencia completamente nueva: China está, literalmente, cambiando el mundo ante nuestros propios ojos, llevándolo a un territorio completamente inexplorado. La enormidad de este cambio y su impacto en el mundo es tal que se podría hablar de una división de la historia económica moderna en BC y AC (antes de China y después de China), siendo 1978 el gran hito. En esta sección me concentraré en las implicaciones económicas del tamaño de China.

Cuando Estados Unidos comenzó su despegue en 1870, su población era de 40 millones. En 1913 había llegado a 98 millones. La población de Japón ascendía a 84 millones al comienzo de su crecimiento de posguerra en 1950 y a 109 millones a finales de 1973. En cambio, la población de China era de 963 millones en 1978, cuando su despegue comenzó en serio: es decir, veinticuatro millones. veces la de Estados Unidos en 1870 y 11,5 veces la de Japón en 1950. Se estima que para el final previsto de su período de despegue en 2020, la población de China será de al menos 1.400 millones de habitantes: es decir, catorce veces la de Estados Unidos en 1913 y trece veces la de Japón en 1973. Si ampliamos este panorama, India tenía una población de 839 millones en 1990, cuando comenzó su gran despegue, casi veintiuna veces la de Estados Unidos en 1870 y diez veces la de Japón en 1950. La población total es sólo un aspecto del efecto de la escala de China. El segundo es el tamaño de su fuerza laboral. Aunque la población de China representa actualmente el 21 por ciento del total mundial, la proporción de la fuerza laboral global que representa es, del 25 por ciento, ligeramente mayor. En 1978, cuando la gran mayoría de su población trabajaba la tierra, China sólo tenía 118 millones de trabajadores no agrícolas. En 2002 esa cifra ya había aumentado a 369 millones, en comparación con un total de 455 millones en el mundo desarrollado. Se estima que para 2020 habrá 533 millones de trabajadores no agrícolas en China, momento en el que superará la cifra equivalente para todo el mundo desarrollado en no menos de 100 millones. En otras palabras, el crecimiento de China está provocando un enorme aumento del número de personas que trabajan en trabajos no agrícolas y, como consecuencia, está proporcionando una incorporación masiva –y muy rápida– a la fuerza laboral no agrícola total del mundo.

El tercer efecto del ascenso de China tiene que ver con el impacto de su escala económica en el resto del mundo. La tasa media anual de crecimiento del PIB de China desde 1978 ha sido del 9,4 por ciento, más del doble de la tasa de crecimiento de

Estados Unidos del 3,94 por ciento entre 1870 y 1913. Se prevé que la duración de sus respectivos despegues puede ser más o menos similar: 43 años en el caso de Estados Unidos, 42 años para China, porque, aunque la tasa de crecimiento de este último es mucho más rápida, su población también es mucho mayor. Cuando Estados Unidos comenzó su despegue en 1870, su PIB representaba el 8,8 por ciento del total mundial, y aumentó al 18,9 por ciento en 1913. En cambio, el PIB de China representaba el 4,9 por ciento del total mundial en 1978, pero es probable que aumentará a entre el 18 y el 20 por ciento para 2020. En ambos casos, el crecimiento de su PIB ha tenido un impacto importante en la expansión del PIB mundial. En el decenio de 1980, por ejemplo, Estados Unidos hizo la mayor contribución individual de todos los países, representando el 21 por ciento del aumento total mundial; Sin embargo, en el decenio de 1990 China, incluso con su limitado nivel actual de desarrollo, superó a Estados Unidos, que se mantuvo en un 21 por ciento, mientras que China contribuyó con un 27,1 por ciento al crecimiento del PIB mundial.

El cuarto efecto es el impacto que tendrá China en el comercio mundial. Antes de la política de puertas abiertas, China era una de las economías más cerradas del mundo. En 1970, su comercio de exportación representaba sólo el 0,7 por ciento del total mundial: a finales de los años setenta, las importaciones y exportaciones de China juntas representaban el 12 por ciento de su PIB, el más bajo del mundo. El impacto económico de China en el resto del mundo fue mínimo por dos razones: en primer lugar, el país era muy pobre y, en segundo lugar, estaba muy cerrado. Pero desde 1978 China se ha convertido rápidamente en una de las economías más abiertas del mundo. Su tasa arancelaria promedio de importación disminuirá del 23,7 por ciento en 2001 al 5,7 por ciento en 2011, y la mayor parte de esa caída ya se habrá producido.¹³⁹ Aunque su dependencia comercial (la proporción del PIB representada por exportaciones e importaciones) era menor que Aunque en 1978 la proporción era del 10 por ciento, en 2004 había aumentado al 70 por ciento, mucho más que la de otros países grandes. China ha superado ahora a los Estados Unidos y se ha convertido en el segundo mayor exportador del mundo, mientras que en 2004 ocupaba el tercer lugar entre los mayores importadores del mundo, representando el 5,9 por ciento del total mundial. En 2010, un país en desarrollo, como China, se convertirá por primera vez en el mayor comerciante del mundo.

Cada uno de estos efectos de escala –población, trabajo, economía y comercio– claramente tiene un impacto principalmente positivo en el resto del mundo, estimulando el crecimiento global general y la expansión de las economías nacionales. Pero el quinto efecto, el consumo de recursos por parte de China, tiene un impacto global en gran medida negativo: debido a que el país está tan mal dotado de recursos naturales, su población es tan enorme y su desarrollo económico tan intensivo, su demanda de recursos naturales tiene el doble efecto de aumentar el precio de las materias primas y agotando las existencias mundiales de ellas, proceso que, sobre la base de las tendencias recientes, probablemente se acelerará en el futuro.

EL IMPACTO ECONÓMICO MUNDIAL DE CHINA

Aunque China sigue siendo un país pobre, su PIB per cápita sólo alcanza 1.000 dólares en 2003, ya está teniendo un profundo impacto en el mundo. Junto con Estados Unidos,

ha sido el principal motor del crecimiento económico mundial, contribuyendo no menos de un tercio del crecimiento mundial en producción real entre 2002 y 2005. Se le atribuye ampliamente el mérito de haber sacado a Japón de su larga crisis, que atraviesa la recesión posterior a la burbuja, habiendo sido responsable de dos tercios del crecimiento de las exportaciones de Japón y de una cuarta parte del crecimiento de su PIB real sólo en 2003. El surgimiento de China como el productor de bienes manufacturados más barato del mundo ha resultado en una fuerte caída global en los precios. El precio de la ropa y el calzado en Estados Unidos, por ejemplo, ha caído un 30 por ciento durante la última década. Los principales beneficiarios de esto han sido los consumidores del mundo desarrollado, mientras que el aumento de los precios de las materias primas como consecuencia de la demanda china tuvo un efecto benéfico para los productores primarios –muchos de los cuales están basados en el mundo en desarrollo– hasta que intervino la crisis global. Ansiosa por asegurar suficientes suministros de materias primas para impulsar su floreciente economía, China ha sido muy activa en África, América Latina y el Medio Oriente, y ha firmado importantes acuerdos con Irán, Venezuela y Sudán, entre muchos otros. Otro ganador neto ha sido Rusia, que es un importante productor de muchas materias primas, en particular petróleo y gas; y, aunque menos publicitada, Australia. Es la escasez de materias primas de China lo que ha impulsado una importante ofensiva diplomática con muchos países africanos y latinoamericanos, incluida la ambiciosa cumbre China-África celebrada en Beijing en noviembre de 2006. Los principales perdedores han sido los países en desarrollo, como México, cuya ventaja comparativa reside en una producción similar con uso intensivo de mano de obra y que se encuentran en competencia directa con China. También han perdido frente a China en términos de inversión extranjera directa, y muchas empresas internacionales han trasladado sus operaciones de estos países a China. Los otros perdedores obvios son los trabajadores manuales del mundo desarrollado que han descubierto que sus empleos se subcontratan a China. Con diferencia, el mayor impacto del ascenso de China se ha sentido en el este de Asia. Los principales ganadores han sido los tigres asiáticos desarrollados del noreste de Asia: Corea del Sur y Taiwán, junto con Japón. Han sido los beneficiarios de bienes manufacturados baratos producidos en China y, al mismo tiempo, han disfrutado de una demanda creciente de China por sus conocimientos y productos intensivos en capital. Sus propias empresas han trasladado muchas de sus operaciones a China para aprovechar gran parte de sus beneficios. mano de obra más barata, como en el caso de la industria informática taiwanesa. Los perdedores han sido los mismos que los de Occidente, es decir, los trabajadores desplazados por operaciones subcontratadas a China. A diferencia de Estados Unidos, que tiene un enorme déficit comercial con China, todos estos países disfrutaban de grandes superávits con China. El ejemplo más cercano en la región a una zona gris es el Sudeste Asiático, cuyas economías no son tan diferentes a la de China, aunque Singapur y Malasia, en particular, están bastante más desarrolladas. Durante la última década, los países de la ASEAN han visto cómo una gran parte de la inversión extranjera directa que recibían anteriormente se dirigía a China. También han perdido frente a China en el montaje masivo de equipos electrónicos e informáticos (Singapur y Malasia son países destacados).

No hay ejemplos claros y, como consecuencia, se han visto obligados a ascender en la cadena de valor para escapar de la competencia china. El país que más ha sufrido es Indonesia, cuya economía se parece más a la de China. Indonesia ha perdido frente a China en términos de inversión directa de las multinacionales extranjeras, que han

optado por China en lugar de Indonesia como su base de producción preferida. Sin embargo, en conjunto, el crecimiento de China también ha beneficiado enormemente a los países de la ASEAN, con China ahora cómodamente instalada como su mayor socio comercial, uno de sus mayores mercados (si no el más grande) y, en muchos casos, su principal proveedor de inversión interna.

Una medida del creciente impacto de China en el mundo es la influencia de la que disfruta en su relación con Estados Unidos (a pesar del hecho de que Estados Unidos todavía disfruta de un PIB mucho mayor que China y un PIB per cápita inmensamente mayor) como resultado de los desequilibrios económicos que están en el centro de su relación. China es cómodamente el mayor exportador a Estados Unidos, y los estadounidenses muestran un enorme apetito por los productos de consumo fabricados en China. Como Estados Unidos exporta relativamente poco a China, este último ha disfrutado de un superávit comercial grande y creciente que ha crecido muy rápidamente desde 1999. China ha invertido este superávit en bonos del Tesoro de Estados Unidos – de hecho, un préstamo chino a Estados Unidos–, permitiendo así a Estados Unidos las tasas de interés se mantendrán artificialmente bajas en beneficio de los consumidores estadounidenses y especialmente, hasta la crisis crediticia, de los titulares de hipotecas. Aunque Estados Unidos estaba profundamente endeudado, la continua compra a gran escala de bonos del Tesoro por parte de China permitió a los estadounidenses continuar con su ola de gastos y luego ayudó parcialmente a amortiguar el impacto de la crisis crediticia. En septiembre de 2008, las reservas de divisas de China ascendieron a 1,81 billones de dólares, una suma mayor que la producción económica anual de todos los países excepto nueve. El rápido crecimiento de sus reservas de divisas ha convertido a China en un coloso en el mundo financiero. La importancia de esto se ha vuelto aún más evidente con la crisis financiera occidental. Mientras que las instituciones financieras occidentales, muchas empresas occidentales e incluso algunos países se han visto privados de liquidez, China, por el contrario, ha sido bendecida con una abundancia de ella. Estratégicamente, esto coloca a China en una posición potencialmente poderosa para mejorar su influencia financiera y económica internacional durante la recesión global, por ejemplo comprando empresas extranjeras, especialmente petroleras y mineras.

La forma en que China utiliza sus reservas sigue siendo motivo de gran preocupación, especialmente para Estados Unidos, ya que la mayoría se invierte en deuda denominada en dólares estadounidenses. Si China transfirió cantidades significativas a otras monedas (se cree que tiene algo más del 60 por ciento de sus reservas en dólares -con menos del 30 por ciento en euros- aunque esto es un secreto estrictamente guardado), tendría el efecto inmediato de deprimir el valor del dólar y obligar a subir las tasas de interés estadounidenses: cuanto mayor sea la suma transferida, mayor será la caída del dólar y mayor el aumento de las tasas de interés. Pero el gobierno también se enfrenta a una especie de dilema. Sin duda, tendría sentido económico que China transfiriera una gran parte de sus reservas de los bonos del Tesoro estadounidense: el valor del dólar cayó constantemente entre 2006 y 2008, luego se recuperó algo, pero sigue existiendo la gran posibilidad de que su precio caiga aún más. , quizás precipitadamente. Además, las enormes inversiones en dólares de China en bonos del Tesoro estadounidense generan tasas de rendimiento miserables, lo que tiene poco sentido para lo que todavía es un país pobre. Sin embargo, si intenta transferir sumas significativas de sus reservas a otras monedas, provocando así una Si el valor del dólar sigue cayendo, el valor de sus propias reservas en dólares también disminuirá. China se encuentra en una situación complicada.

Las dos grandes, pero totalmente diferentes, potencias económicas de nuestro tiempo se encuentran –al menos por el momento– en una posición de extraña dependencia mutua. Esto quedó gráficamente ilustrado en los días más oscuros de la crisis financiera de septiembre de 2008: cuando se creía que los chinos estaban presionando al gobierno de Estados Unidos para que rescatara a Fannie Mae, Freddie Mac y posteriormente a AIG, preocupados por sus tenencias en ellas, y los estadounidenses temían comprensiblemente que, de lo contrario, China pudiera vender algunas de sus reservas en dólares, con consecuencias nefastas para el valor del dólar y su papel como moneda de reserva.

Antes de estos tumultuosos acontecimientos, China ya había estado explorando otras formas de utilizar sus vastas reservas. A principios de 2007, el gobierno anunció la formación de la Corporación de Inversiones de China, una nueva agencia estatal para supervisar la inversión de 200 mil millones de dólares de las reservas de moneda extranjera de China, similar a Temasek Holdings, la exitosa agencia de inversiones del gobierno de Singapur, que administra una inversión global de 108 mil millones de dólares. cartera de inversiones. Para probar el agua, la nueva agencia colocó \$3 mil millones de sus tenencias en Blackstone, el grupo de capital privado con sede en Estados Unidos, señalando así la intención de Beijing de cambiar algunas de sus inversiones de bonos del Tesoro de Estados Unidos a más tenencias de acciones riesgosas. De hecho, desde entonces ha surgido que la Administración Estatal de Divisas, que supervisa las reservas de China, ha estado invirtiendo mucho más ampliamente de lo que se creía anteriormente. Estos movimientos presagian el ascenso de China como un importante actor financiero global. . En la segunda mitad de 2007, cuando la crisis crediticia comenzó a hacer efecto, el Banco de Desarrollo de China adquirió una participación significativa en el Barclays Bank, con sede en el Reino Unido, y Citic Securities formó una alianza estratégica con el banco de inversión estadounidense Bear Stearns antes de que este último quebrara. Tres bancos chinos También estaban en conversaciones para adquirir una participación en Standard Chartered, el prestamista de mercados emergentes con sede en el Reino Unido. Pero la mayor parte de esto fracasó a medida que los chinos se dieron cuenta cada vez más de la probable gravedad de la crisis crediticia y de la amenaza potencial que representaba para cualquier participación en el mercado de instituciones financieras occidentales que podría comprar. Cuando se produjo la crisis financiera en septiembre de 2008, los chinos se encontraron relativamente poco expuestos. Sin embargo, los enormes fondos de los que disfrutaban los bancos chinos, basados en el hecho de que el hogar promedio ahorra más de una cuarta parte de sus ingresos y no tiene otro lugar donde invertirlos, significan que los bancos chinos se convertirán en una fuerza global cada vez más formidable.

La relación entre Estados Unidos y China debe situarse en un contexto global e histórico más amplio. La tardía aceptación de China como miembro de la OMC en 2001 marcó la mayor extensión del sistema de comercio mundial desde el comienzo de la fase contemporánea de globalización a finales de los años setenta. Como el mayor receptor de inversión extranjera directa y que pronto será la mayor nación comercial, la admisión de China transformó inmediatamente la naturaleza y la dinámica del sistema comercial. Al adquirir una base manufacturera de bajo costo e importaciones extremadamente baratas, el mundo desarrollado ha sido uno de los principales beneficiarios de la adhesión de China. Pero la propia China también ha sido una gran beneficiada, logrando un mayor acceso a los mercados extranjeros para sus exportaciones y recibiendo enormes flujos de inversión interna, ayudándola así a sostener su tasa de crecimiento de

dos dígitos. Así, hasta ahora, la integración de China en el mercado global La economía ha sido percibida en términos de una situación en la que todos ganan. ¿Es probable que esto continúe?

El impacto de China en el sistema de comercio global es tan enorme, y también tan incierto en el largo plazo, que ésta es una pregunta difícil de responder. Ya existen tensiones sobre la relación de China con la OMC: por un lado, hay acusaciones de los países desarrollados de que China no está implementando las normas de la OMC como debería, mientras que, por otro lado, tanto los EE.UU. como la Unión Europea están utilizar cláusulas antidumping (diseñadas para impedir que los países vendan a precios injustos) como pretexto para implementar medidas proteccionistas contra los productos chinos. Ha habido una controversia constante en torno a las exportaciones chinas a Estados Unidos. Durante 2007, estas se concentraron en la seguridad de los productos chinos, en particular alimentos y juguetes, así como en los productos con incumplimiento de los derechos de propiedad intelectual. Hasta ahora estas escaramuzas han ocurrido en los márgenes relativos de sus relaciones comerciales, pero podrían ser un presagio de tensiones crecientes en el futuro. Aunque la actual era de globalización fue diseñada y es creación de Occidente, sobre todo Estados Unidos, el mayor beneficiario ha sido Asia Oriental, especialmente China. Si Occidente decidiera en algún momento que China ha sido el principal beneficiario - y en detrimento creciente de Occidente, entonces es probable que este último se vuelva cada vez más proteccionista y el actual sistema global se vea socavado. El proceso de globalización ya se ha detenido con el fracaso de la última Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio y es extremadamente improbable que se reactive. Pero aún está por verse si esto será el prelude de un colapso más amplio.

Hasta ahora, los principales perdedores en el mundo occidental han sido los trabajadores no calificados y semicalificados que han sido desplazados por la competencia china. Pero sus quejas han quedado eclipsadas por las de los ganadores: las multinacionales que han utilizado a China como base manufacturera barata y los muchos consumidores que se han beneficiado de los precios chinos. Lo que cambiará decisivamente esta aritmética política es cuando China, a medida que avanza rápidamente en la cadena de valor, comience a ingresar a esferas de producción que amenazan los empleos de trabajadores manuales calificados y un número creciente de trabajadores administrativos y profesionales. El proceso de modernización ya se está llevando a cabo de manera limitada, como lo ilustra el ejemplo de los textiles en Prato y Como en Italia, donde el diseño sigue a la fabricación en China. La rapidez con la que China mejore su capacidad tecnológica es, por lo tanto, un factor central de la probable respuesta occidental: cuanto más rápido avance ese proceso, más probable será que la aritmética política cambie y que se levanten barreras proteccionistas; cuanto más lento sea el proceso, más probable será que las tensiones comerciales puedan gestionarse y, en cierta medida, desactivarse. El primer escenario parece al menos tan probable como el segundo. El ascenso económico de China ya ha llevado a una redistribución múltiple del poder económico global: del sudeste asiático a China, de Japón a China y de Europa y Estados Unidos a China. Dado que China está apenas a poco más de la mitad de su fase de despegue, con más del 50 por ciento de su población todavía viviendo en el campo, está claro que estamos sólo en las primeras etapas de este proceso. Es inconcebible que una quinta parte de la población mundial, abarcando todos los diversos efectos de escala que hemos considerado, puede unirse a la economía global con –según estándares históricos– una velocidad enorme y sin ramificaciones que seguramente engendrarán tensiones y

conflictos. Hasta ahora, la incorporación de China ha estado relativamente libre de conflictos. Pero parece muy poco probable que continúe la actual aura de beneficio mutuo que ha rodeado este proceso. La aritmética política cambiará en Occidente a medida que aumente el número de perdedores, con la consecuencia totalmente plausible de que Occidente –el proselitista tradicional del libre comercio– encabezará la carga hacia la protección y el fin de la era de globalización que comenzó en finales de los años 1970.

Estas consideraciones ahora se han reformulado en un nuevo contexto: la recesión más grave desde la Gran Depresión de 1929-1933. El comercio mundial se está contrayendo rápidamente, el capital también fluye y el desempleo está aumentando abruptamente en todo el mundo. La actual era de globalización se ha detenido estrepitosamente y ha retrocedido. Hasta dónde llegará este proceso aún no está del todo claro. En casi todas partes los gobiernos están tratando de proporcionar formas de asistencia y subsidios para sus industrias amenazadas. Hay crecientes demandas de protección, evidentes en la presión de "comprar americano" dentro del Congreso de Estados Unidos. China, como segundo mayor exportador del mundo (justo detrás de Alemania), será inevitablemente un objetivo clave de tales demandas. En estas circunstancias, una guerra comercial, acompañada de una retirada hacia bloques comerciales rivales, es una clara posibilidad. El mundo se encuentra en un territorio nuevo. Los parámetros globales del ascenso económico de China han cambiado profundamente, al menos por el momento.

Hong Kong solía ser sinónimo de mano de obra y productos baratos. Perdió esa reputación cuando sus empleadores comenzaron a trasladar sus operaciones al norte de la frontera, a la provincia de Guangdong, de habla similar cantonesa. Hong Kong había avanzado demasiado en la cadena de valor: las expectativas de sus trabajadores se habían vuelto demasiado grandes para tolerar condiciones laborales miserables, jornadas laborales indecentemente largas y salarios de miseria. Las viejas fábricas textiles se trasladaron al norte junto con todo lo que requería el tipo de mano de obra no calificada que Hong Kong alguna vez poseyó en abundancia y que China, cuando finalmente abrió sus fronteras, ahora disfrutaba en cantidades aparentemente ilimitadas. Los puestos de control y vallas que se levantaron alrededor de las nuevas ciudades de Guangdong fueron testimonio elocuente de los innumerables trabajadores rurales que estaban dispuestos a abandonar sus aldeas, ya estuvieran cercanas o en una provincia lejana del interior, por las brillantes luces de la ciudad y lo que a ellos, aunque ya no a los que estaban al otro lado de la frontera en Hong Kong, les parecían riquezas incalculables.

La estación de tren de Guangzhou estaba repleta de cazadores de recompensas, una marea humana de inmigrantes, desde la mañana hasta la noche, 24 horas al día, 7 días a la semana. Este era el Salvaje Oriente. No importa los salarios miserables y las terribles condiciones, bienvenidos a la provincia de las oportunidades. Las jóvenes inmigrantes que apenas habían terminado la escuela, a menudo a cientos, incluso miles, de kilómetros de casa, trabajaban horas locas realizando las tareas repetitivas más simples, fabricando ropa, juguetes o fuegos artificiales para los mercados occidentales que ni siquiera podían imaginar. y luego retirarse a dormir unas horas en sus literas del piso al techo en habitaciones del tamaño de cubículos en monótonos dormitorios de fábrica antes de reanudar el trabajo pesado al día siguiente. Pero para ellos era mucho mejor que ganarse una miseria mucho menor trabajando la tierra de la que procedían.

Así como Hong Kong había subido anteriormente en la escalera mecánica del valor y había visto cómo sus niveles de vida se transformaban en tan sólo unas pocas décadas, ahora empezó a suceder lo mismo en Cantón. Las expectativas de los locales crecieron y sus oportunidades se ampliaron. Desde los comienzos más humildes, las personas comenzaron a ascender en su versión de la escala profesional. Mientras tanto, a medida que cambiaron los propios estándares y expectativas de China, hubo una creciente inquietud por la explotación despiadada de los trabajadores no calificados y de la mano de obra migrante. No gozaban de protección legal y los sindicatos oficiales estaban encadenados y eran ineficaces. Después de años de discusión y debate, en 2008 finalmente se introdujo una ley laboral. Muchos empleadores se resistieron encarnizadamente, afirmando que haría que sus empresas perdieran competitividad y las dejaría fuera del negocio.

Los empleadores de Hong Kong ocuparon un lugar particularmente destacado entre ellos. Hombres de negocios astutos, enormemente trabajadores y despiadados, no cruzaron la frontera para escapar de los crecientes costos laborales en Hong Kong para verse paralizados por un montón de nuevas regulaciones y un puñado de nuevas

expectativas en el sur de China. De unas 90.000 fábricas estimadas en la región del Delta de la Perla, casi 60.000 son propiedad de Hong Kong. Muchos empleadores de China continental los apoyaron. Considerada la empresaria más rica del país, Zhang Yin, presidenta de Nine Dragons Paper Holdings, una de las empresas de fabricación y reciclaje de papel más grandes del mundo, se quejó de que a los trabajadores se les estaba dando un "cuenco de arroz de hierro", en referencia al contrato de los trabajadores bajo Mao. La poderosa Federación Panchina de Industria y Comercio se unió a la oposición, advirtiendo sobre más conflictos laborales y empresas que cerrarían. Las empresas estadounidenses con fábricas en China expresaron su preocupación; Después de todo, la razón por la que habían ido allí era la mano de obra barata. La Federación Panchina de Sindicatos finalmente encontró una voz y rechazó cualquier concesión a los empleadores. La nueva ley es una señal de que los tiempos están cambiando. China, al igual que Hong Kong, no siempre será sinónimo de productos baratos, mano de obra incluso más barata y condiciones laborales miserables. El deseo universal de mejorar la propia suerte significa la eventual desaparición de un régimen económico basado en la mano de obra más barata del mundo, totalmente desprotegido ni por los sindicatos ni por la ley, y expuesto a las fuerzas más brutales del mercado. China está en proceso de pasar a una nueva etapa de su desarrollo y su mundo político está empezando a reflejarlo. Las actitudes de *laissez-faire* están siendo reemplazadas por el reconocimiento de que es necesario proteger los derechos de los trabajadores

Todavía existe en Occidente la opinión generalizada de que China eventualmente se adaptará, mediante un proceso de desarrollo natural e inevitable, a la sociedad occidental. Esto es una ilusión. Y aquí radica el meollo del desafío chino. Aparte de Japón, por primera vez en dos siglos –desde el advenimiento de la industrialización– una de las grandes potencias tendrá una historia y una tradición totalmente no occidentales. No será más de lo mismo, que es lo que representó en gran medida el surgimiento de Estados Unidos a finales del siglo XIX. Para apreciar lo que significa el ascenso de China, debemos comprender no sólo el crecimiento económico de China, sino también su historia, política, cultura y tradiciones. De lo contrario, estaremos tambaleándonos en la oscuridad, incapaces de explicar o predecir, constantemente desconcertados y sorprendidos. El propósito de este capítulo es explicar la naturaleza de la diferencia política de China. Es una tarea que ocupará y pondrá a prueba la mente occidental durante el próximo siglo.

UN ESTADO-CIVILIZACIÓN

China, según los estándares de cualquier otro país, es un animal muy peculiar. Además del tamaño, posee otras dos características excepcionales, incluso únicas. China no es sólo un Estado-nación; es también una civilización y un continente. De hecho, China se convirtió en un Estado-nación hace relativamente poco tiempo. Se puede discutir exactamente cuándo: tal vez a finales del siglo XIX o después de la Revolución de 1911. En ese sentido –de la misma manera que uno podría referirse a que Indonesia tiene poco más de medio siglo de existencia, o que Alemania e Italia no tienen mucho más de un siglo–, China es una creación muy reciente. Pero, por supuesto, eso es una tontería. China ha existido durante varios milenios, sin duda durante más de dos mil años, incluso podría decirse que tres mil años, aunque al chino promedio le gusta redondear esta cifra a más de 5.000 años. En otras palabras, la existencia de China como entidad reconocible

y continua es mucho anterior a su condición de Estado-nación. De hecho, es de lejos el país más antiguo del mundo que existe continuamente y data ciertamente del año 221 a.C., quizá bastante más antiguo. No se trata de un arcano detalle histórico, sino de la forma en que los chinos –no sólo la élite, sino también los taxistas– piensan realmente sobre su país. Muy a menudo, surgirá en la conversación de un conductor, junto con referencias a Confucio o Mencio, tal vez con un poco de poesía clásica.² Cuando los chinos usan el término "China" generalmente no se refieren al país o nación tanto como la civilización china: su historia, las dinastías, Confucio, las formas de pensar, sus relaciones y costumbres, el guanxi (la red de conexiones personales),³ la familia, la piedad filial, el culto ancestral, los valores, y filosofía distintiva. Los chinos se consideran a sí mismos no principalmente en términos de un Estado-nación –como lo hacen los europeos, por ejemplo– sino más bien como un Estado-civilización, donde este último es similar a una formación geológica en la que el Estado-nación no representa más que el suelo. No hay otro pueblo en el mundo que esté tan conectado con su pasado y para quien el pasado –no tanto el pasado reciente sino el pasado lejano– sea tan relevante y significativo. En comparación, todos los demás países son jóvenes jóvenes, con su gente separada de su largo pasado por las agudas discontinuidades de su historia. No los chinos. China ha experimentado enormes agitaciones, invasiones y rupturas, pero de alguna manera las líneas de continuidad han permanecido resistentes, persistentes y, en última instancia, predominantes, superponiéndose en la mente china a las interrupciones y rupturas.

Los chinos viven en y a través de su historia, por lejana que sea, en un grado muy diferente al de otras sociedades. "¿De qué otro país del mundo", escribe el historiador Wang Gungwu, "se puede decir que los escritos sobre sus relaciones exteriores de hace dos mil, o incluso mil años, parecen tan convincentemente vivos hoy?" El erudito chino Jin Guantao sostiene que: "El único modo de existencia [de China] es revivir el pasado. No existe ningún mecanismo aceptado dentro de la cultura para que los chinos enfrenten el presente sin recurrir a la inspiración y la fuerza de la tradición." El académico chino Huang Ping escribe:

China es una historia viva. Aquí casi todos los acontecimientos y procesos que suceden hoy están estrechamente relacionados con la historia y no pueden explicarse sin tener en cuenta la historia. No sólo los académicos, sino también los funcionarios públicos y los empresarios, así como la gente corriente, tienen un fuerte sentido de la historia. No importa cuán poca educación formal reciba la gente, todos viven en la historia y sirven como herederos y portavoces de la historia.

El autor Tu Wei-ming comenta:

La memoria colectiva de los chinos educados es tal que cuando hablan de la poesía de Tu Fu (712-70), los Registros históricos de Sima Qian (fallecido c. 85 a. C.) [el primer texto histórico chino sistemático, escrito entre 109 y 91 a. C. , que relata la historia china desde la época del Emperador Amarillo hasta la época del propio autor], o las Analectas de Confucio, se refieren a una tradición acumulativa preservada en caracteres chinos. . . Un encuentro con Tu Fu, Sima Qian o Confucio a través de símbolos ideográficos evoca una sensación de realidad como si su presencia estuviera inscrita para siempre en el texto.

La primera toma de conciencia de China tal como la conocemos hoy llegó con la dinastía Zhou, que creció a lo largo del valle del río Amarillo a finales del segundo milenio a.C. Ya, bajo la anterior dinastía Shang, los cimientos de la China moderna habían comenzado a tomar forma con un lenguaje ideográfico, el culto a los antepasados y la idea de un gobernante único. La civilización china, sin embargo, todavía no tenía un fuerte sentido de sí misma. Eso sucedería unos siglos más tarde a través de los escritos de Master Kong, o Confucio (para usar su nombre latinizado).⁸ Como se analiza en el capítulo 4, en esa época el idioma chino se usaba para el gobierno y la educación, y la idea del mandato del Cielo como principio de gobierno dinástico había sido firmemente establecido. La vida de Confucio (551-479 aC) coincidió con el período de los Estados Combatientes (siglo V aC-221 aC), cuando numerosos estados estaban constantemente en guerra entre sí. El triunfo de la dinastía Qin (221-206 a. C.) puso fin a ese período y logró una importante unificación de los territorios chinos, fechando típicamente el surgimiento de la China moderna en esta época. Aunque Confucio gozó de poco estatus o reconocimiento durante su vida, después de su muerte, se convertiría en el escritor más influyente de la historia china. Durante los siguientes dos mil años, China estuvo moldeada por sus argumentos y preceptos morales, su gobierno se guió por sus principios, y las Analectas se establecieron como el libro más importante de la historia china. El confucianismo era un modo de pensamiento sincrético que se basaba en otras creencias, sobre todo el taoísmo y el budismo, pero las propias ideas de Confucio siguieron siendo, con diferencia, las más importantes. Su énfasis en la virtud moral, en la importancia suprema del gobierno en los asuntos humanos y en la prioridad primordial de la estabilidad y la unidad, que fue moldeada por su experiencia de la turbulencia y la inestabilidad del período de los Estados Combatientes, han informado los valores fundamentales de la cultura china desde entonces. Sólo hacia finales del siglo XIX su influencia comenzó a debilitarse, aunque incluso durante las convulsiones del siglo XX –incluido el período comunista– la influencia de su pensamiento permaneció persistente y tangible. Irónicamente, fue Mao Zedong, el líder chino más hostil a Confucio, quien escribió el Pequeño Libro Rojo, que tanto en forma como en contenido se inspiró claramente en la tradición confuciana.

Dos de las continuidades más obvias de la civilización china, que se remontan a Confucio, tienen que ver con el Estado y la educación. El Estado siempre ha sido percibido como la encarnación y el guardián de la civilización china, razón por la cual, tanto en la era dinástica como en la comunista, ha disfrutado de una enorme autoridad y legitimidad. Entre su constelación de responsabilidades, la más importante de todas es la tarea sagrada del Estado de mantener la unidad de la civilización china. A diferencia de la tradición occidental, el papel del gobierno no tiene fronteras; Al igual que un padre, con el que a menudo se le compara, su autoridad no tiene límites. El paternalismo se considera una característica deseable y necesaria del gobierno. Aunque en la práctica el Estado siempre ha sido bastante menos omnipotente de lo que esto podría sugerir, no hay duda de la reverencia y deferencia que los chinos muestran hacia él. De manera similar, las raíces del concepto distintivo chino de educación y paternidad se encuentran profundamente en su pasado civilizatorio. Desde Mencio (372-289 a.C.), discípulo de Confucio, los chinos siempre han sido optimistas acerca de la naturaleza humana, creyendo que las personas eran esencialmente buenas y que, criando a los niños de la manera correcta mediante una crianza y una educación apropiadas, , adquirirían las actitudes, los valores y la autodisciplina correctos. En el aula, se espera que los niños miren respetuosamente hacia arriba, hacia el maestro y, dada la enorme importancia de

la historia, con reverencia hacia el pasado en términos del contenido de su aprendizaje. La educación está investida de la autoridad y la reverencia de la civilización china, y los maestros son los portadores y transmisores de esa sabiduría. Se da una alta prioridad a la formación y la técnica, en comparación con la apertura y la creatividad valoradas en Occidente, con el resultado de que los niños chinos a menudo alcanzan un nivel mucho más alto de competencia técnica a una edad mucho más temprana en música y arte, por ejemplo, que sus homólogos occidentales. Quizás esto se deba en parte al uso de un lenguaje ideográfico, que requiere el aprendizaje de memoria de miles de caracteres y la capacidad de reproducir esos caracteres con perfección técnica.

Al enfatizar la continuidad de la civilización china, se puede objetar razonablemente que durante un período de más de dos milenios, ha pasado por perturbaciones y discontinuidades tan enormes y a menudo violentas que puede haber poca semejanza entre la China actual y la de hace dos milenios. En cierto nivel, por supuesto, esto es cierto. China ha cambiado más allá del reconocimiento. Pero en otro nivel las líneas de continuidad son tenaces y visibles. Esto se refleja en la autoconciencia de los propios chinos: la forma en que la civilización china –tal como se expresa en la historia, las formas de pensar, las costumbres y la etiqueta, la medicina y la comida tradicionales, la caligrafía, el papel del gobierno y la familia sigue siendo su principal punto de referencia. Wang Gungwu sostiene que "lo que es esencialmente chino es el notable sentido de continuidad que parece haber hecho que la civilización fuera cada vez más distintiva a lo largo de los siglos". durante el último milenio, esto es, por decirlo suavemente, notable. Sin embargo, la naturaleza misma de esas ocupaciones apunta a la fuerza de la cultura china y su resiliencia y continuidad subyacentes: la dinastía protomongol Liao (907-1125 d.C.) fue la primera dinastía no china en el norte de China; la dinastía Jin (1115-1234) era mongola; la dinastía Yuan (1279-1368) también era mongol y la dinastía Qing (1644-1912) era manchú, pero tarde o temprano todos se volvieron nativos y se sinizaron. En cada caso, la cultura china disfrutó de una superioridad muy considerable sobre sus invasores. Incluso la anterior "invasión" budista procedente de la India en el siglo I d. C. culminaría con la sinificación de las enseñanzas budistas a lo largo de un período de cientos de años.

El desafío al que se enfrentó Occidente alrededor de 1850 fue una propuesta completamente diferente: aspectos clave de la cultura occidental, en particular su orientación y conocimiento científicos, eran evidentemente superiores al confucianismo tradicional y lo sumieron en una crisis cada vez más profunda a medida que los chinos buscaban a regañadientes algún tipo de reconciliación entre ellos valores tradicionales y occidentales. Entre 1911 y 1949 prácticamente ninguna institución de importancia (constitución, universidad, prensa, Iglesia, etc.) duró en su forma actual más de una generación, tal era la gravedad y la naturaleza duradera del impasse en China. Occidente cuestiona los supuestos chinos descentrados. Finalmente, cuando todo lo demás había fracasado, los chinos recurrieron al comunismo, o más específicamente al maoísmo, que implicaba el rechazo explícito del confucianismo. Sin embargo, durante el período maoísta, los valores y formas de pensar confucianos continuaron siendo influyentes, aunque de forma subterránea, y permanecieron en cierta medida como el sentido común del pueblo. Incluso ahora, después de haber logrado revertir su decadencia y en medio de la modernización, China todavía está preocupada por la relación entre las culturas china y occidental y el grado en que podría encontrarse occidentalizada. Sin embargo, de alguna manera, a través de la turbulencia, la matanza, el caos y el renacimiento, China sigue siendo reconocible y seguramente china. A medida que avanza una vez más hacia

el ascenso, con su confianza en sí misma inflada por sus recientes logros, la búsqueda de sentido de China se basa no sólo en la modernidad, sino también, y como siempre, en su pasado civilizacional. Las formas de pensar confucianas, que nunca se extinguieron, están siendo activamente revividas y examinadas en busca de alguna luz que podría arrojar al presente y por su capacidad para ofrecer una brújula moral.

Para muchos países en desarrollo, el proceso de modernización se ha caracterizado por una crisis de identidad, a menudo exacerbada por la experiencia colonial, un sentimiento de estar divididos entre su propia cultura y la de Occidente, vinculado a un complejo de inferioridad sobre su propia cultura. Los chinos ciertamente sintieron una sensación de humillación, pero nunca el mismo tipo de inferioridad abrumadora y coja: siempre han tenido un fuerte sentido de lo que significa ser chino y están muy orgullosos de ello. De hecho, tal es la fuerza de la condición china que ha tendido a desdibujar y eclipsar —a diferencia de la India, por ejemplo— otras identidades poderosas como la región, la clase y el idioma. Este sentido de pertenencia tiene sus raíces en el pasado civilizacional de China,¹⁸ que sirve para cohesionar a una enorme población que de otro modo estaría fragmentada por dialectos, costumbres, diferencias étnicas, geografía, clima, nivel de desarrollo económico y niveles de vida dispares. "Lo que une a los chinos", sostiene Lucian Pye, "es su sentido de cultura, raza y civilización, no una identificación con la nación como Estado".

Por lo tanto, describir a China en términos de un Estado-nación es en gran medida no entender el punto. "China es una civilización que pretende", sostiene Pye, "ser un Estado-nación". Las consecuencias del hecho de que China sea realmente una civilización-Estado son múltiples. La civilización-Estado genera, como veremos, más tarde, un tipo de política muy diferente a la de un Estado-nación convencional, con la unidad, arraigada en la idea de civilización más que de nación, como prioridad primordial. Como Estado-civilización, China encarna y permite una pluralidad de sistemas, como lo ejemplifica Hong Kong, que son ajenos al Estado-nación, que exige y requiere un grado mucho mayor de homogeneidad. La civilización-Estado ha engendrado nociones distintivamente chinas de raza y etnia, considerando a la raza Han como más o menos colindante con la antigua civilización china, como veremos en el próximo capítulo. El Estado-civilización encarna una relación mucho más íntima no sólo con la historia relativamente reciente de China, como en el caso del Estado-nación promedio, sino, más sorprendentemente, con al menos dos milenios de historia, de modo que este último interviene constantemente en y actuar como guía y criterio en el presente. Y es el Estado-civilización el que sirve como recordatorio continuo de que China es el Reino Medio, ocupando así, como centro del mundo, una posición bastante diferente a la de todos los demás Estados. El término "civilización" normalmente sugiere una influencia bastante distante e indirecta y una presencia inerte y pasiva. En el caso de China, sin embargo, no sólo vive la historia, sino también la civilización misma: la noción de una civilización viva proporciona la identidad y el contexto primarios mediante los cuales los chinos piensan en su país y se definen a sí mismos.

Si la noción de civilización ayuda a explicar cómo el pasado de China influye en su presente, el hecho de que sea un continente en tamaño y diversidad es fundamental para comprender cómo funciona el país en la práctica. Hay una coherencia esencial en la vida de la gran mayoría de los Estados-nación que no se da en el caso de China. Algo importante puede suceder en una parte del país y, sin embargo, tendrá poco o ningún

efecto en otras partes, o en China en su conjunto. Puede parecer que los cambios económicos importantes tienen pocas consecuencias políticas y viceversa. Los traumáticos acontecimientos de la plaza de Tiananmen en 1989, por ejemplo, tuvieron sorprendentemente poco impacto en el país en su conjunto. Por supuesto, siempre hay efectos, pero el país es tan enorme y complejo que los circuitos de retroalimentación funcionan de maneras extrañas e impredecibles. Por eso es tan difícil anticipar lo que probablemente sucederá políticamente. Quizás también ayude a explicar un rasgo particularmente distintivo de los líderes chinos modernos como Mao y Deng. Mientras que en Occidente la coherencia se considera una característica deseable de un líder, en China ocurre lo contrario: la flexibilidad se considera una virtud positiva y la capacidad de responder a la lógica de una situación particular como un signo de sabiduría y una indicación de poder. Esta aparente inconsistencia es un reflejo del enorme tamaño del país y de las innumerables contradicciones que abundan dentro de sus fronteras. También tiene beneficios prácticos, ya que permite a los líderes experimentar aplicando un ambicioso conjunto de reformas en un puñado de provincias, pero no en otras, como hizo Deng con su programa de reformas. Un enfoque así sería imposible en la mayoría de los Estados-nación.

En lugar de ver a China a través del prisma de un Estado-nación convencional, deberíamos pensar en ella como un sistema continental que contiene muchas provincias semiautónomas con sistemas políticos, económicos y sociales distintivos. Existen enormes variaciones entre lo que son, en términos de población, provincias de tamaño nacional. La disparidad entre los ingresos per cápita de diferentes provincias es enorme, la estructura de sus economías varía mucho –por ejemplo, en su apertura al mundo exterior y la importancia de la industria–, sus culturas son distintas y la naturaleza de su gobierno es más diverso de lo que uno podría esperar. En muchos aspectos, las provincias deberían ser vistas como similares a estados-nación. De hecho, las provincias de China están mucho más diferenciadas que los estados-nación de Europa, incluso cuando se incluyen a Europa del Este y los Balcanes.

Sería imposible gobernar un país del tamaño de China mediante mandato centralizado de Beijing. En la práctica, las provincias disfrutaban de una gran autonomía. La gobernanza implica lograr un equilibrio entre el centro y las provincias. Por supuesto, todo el mundo reconoce que el poder último reside en Beijing; pero esto a menudo significa poco más que un cumplimiento fingido. Las provincias y ciudades aceptan la palabra de Beijing, aunque a menudo optan por ignorarla, y el gobierno central es plenamente consciente de ello. Aunque China tiene un estructura unitaria de gobierno, en realidad su modus operandi es más el de un sistema federal de facto. Esto es cierto en términos de aspectos importantes de la política económica y ciertamente es el caso con el mantenimiento del orden social: el régimen espera que cada provincia sea responsable de lo que sucede dentro de sus fronteras y no permitir que ninguna perturbación cruce esas fronteras. La importancia fundamental de la relación entre Beijing y las provincias queda bien ilustrada por el hecho de que la falla dominante de la política china no se organiza en torno a la idea de "progreso" (como suele ser el caso en Occidente, como lo demuestra la persistente división entre conservadores y modernizadores, sino en torno a la cuestión de la centralización y la descentralización. Permitir o no mayor libertad a los medios de comunicación, o ampliar o restringir la autonomía de las provincias, es el pulso dominante al que late Beijing. Una de las reformas clave introducidas por Deng Xiaoping, como se analizó en el último capítulo, fue otorgar más libertad a los gobiernos provinciales y locales como medio para fomentar una mayor iniciativa económica. El

resultado fue un importante cambio de poder de Beijing a las provincias que, en los años noventa, se habían vuelto de tal preocupación para el gobierno central que en gran medida se revirtió.

La Naturaleza Política China

El área de debate más empobrecida sobre China tiene que ver con su política. Cualquier discusión está casi invariablemente teñida por el juicio de valor de que, debido a que China tiene un gobierno comunista, ya conocemos las respuestas a todas las preguntas importantes. Es una mentalidad formada en la Guerra Fría que nos deja mal equipados para comprender la naturaleza de la política china o el régimen actual. En la era posterior a la Guerra Fría, China ya nos presenta una paradoja intrigante e imprevisible: la transformación económica más extraordinaria en la historia de la humanidad está siendo presidida por un gobierno comunista durante un período que ha sido testigo de la desaparición del comunismo europeo. En términos más generales, es un error ver la era comunista como una especie de aberración que implica un alejamiento total de las continuidades de la política china. Por el contrario, aunque la Revolución de 1949 marcó el comienzo de cambios profundos, muchas de las características subyacentes de la política china se han mantenido relativamente intactas, y el período transcurrido desde 1978, en todo caso, las ha visto reforzadas. Muchas de las verdades fundamentales de la política china se aplican tanto al período comunista como a las dinastías anteriores. ¿Cuáles son estas características subyacentes?

Siempre se ha considerado que la política es colindante con el gobierno, con poca participación de otras elites o del pueblo. Esto fue cierto durante la era dinástica confuciana y ha seguido siendo así durante el período comunista. Aunque Mao movilizó regularmente al pueblo en campañas masivas, la naturaleza de su participación fue esencialmente instrumental más que interactiva: de arriba hacia abajo más que de abajo hacia arriba. Desde el punto de vista confuciano, la exclusión del pueblo del gobierno se consideraba una virtud positiva, que permitía a los funcionarios gubernamentales responder a la ética y los ideales que se les habían inculcado. No debemos descartar estas ideas, por adversas que sean para las sensibilidades y tradiciones occidentales: el sistema confuciano constituyó el orden político más duradero en la historia de la humanidad y los principios de su gobierno fueron utilizados como modelo por los japoneses, coreanos y vietnamitas, y fueron estudiados de cerca por los británicos, los franceses y, en menor medida, los estadounidenses en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, por muy elitista que fuera el sistema confuciano, contenía una importante cláusula de salida. Si bien el mandato del Cielo otorgaba al emperador el derecho a gobernar, en caso de un descontento popular generalizado se podría considerar que el emperador había perdido ese mandato y debía ser derrocado.

El Estado siempre ha sido visto como el apogeo de la sociedad, disfrutando de soberanía sobre todo lo demás. En las sociedades europeas, por el contrario, el poder del gobierno ha estado históricamente sujeto a fuentes de autoridad en competencia, como la Iglesia, la nobleza y los crecientes intereses comerciales. De hecho, el gobierno se vio obligado a compartir su poder con otros grupos e instituciones. En China, al menos durante el último milenio, estos no existían (no había una Iglesia organizada y poderosa) o eran considerados y se veían a sí mismos como subordinados (por ejemplo, la clase mercantil); la idea de que diferentes fuentes de autoridad podían y debían coexistir se

consideraba éticamente incorrecta.³ Los más cercanos a una excepción fueron los grandes maestros e intelectuales que, aunque siempre marginales al centro del poder, podían, bajo ciertas circunstancias, ser más Influyentes que los ministros, actuando como transmisores culturales y guardianes de la tradición civilizatoria y representantes del bienestar y la conciencia del pueblo –incluso, en tiempos tumultuosos, como emisarios y árbitros del mandato del Cielo. Sólo dos instituciones eran reconocidas formalmente y realmente importaban: una era el gobierno y la otra la familia. El único interés aceptado era el interés universal, representado por un gobierno informado por los más altos valores éticos, ya fuera la enseñanza confuciana o el posterior marxismo-leninismo-maoísmo. En realidad, por supuesto, existían diferentes intereses, pero no eran políticamente reconocidos y no presionaban para ser reconocidos: más bien operaban fuera del centro de atención y sobre una base individualista, presionando al gobierno y buscando intereses personales (en lugar de corporativos o corporativos), favores colectivos que puedan otorgarles exención o ventaja. Ni siquiera la clase mercantil fue una excepción a esto. En el orden confuciano ocupaban el último lugar en la jerarquía y en la práctica nunca han tratado de romper filas y organizarse colectivamente. Esa tradición apolítica sigue siendo fiel hasta el día de hoy. Se han visto a sí mismos como un baluarte del gobierno más que como un interés autónomo que busca una representación separada. Este fue el caso durante el período nacionalista, después de la tragedia de la Plaza de Tiananmen, y se ejemplifica por la manera en que han sido indistinguibles del gobierno; de hecho, han sido una parte integral de él – en Hong Kong después de la entrega. Dada esta falta de cualquier tipo de tradición independiente de organización, ya sea en el período confuciano o más recientemente en el período comunista, no sorprende que China no haya logrado desarrollar una sociedad civil. Puede que eso esté cambiando lentamente, pero el peso de la historia pesa en gran medida en el presente, cualesquiera que sean los cambios políticos que podamos ver.

A lo largo del debate y las luchas en torno a la modernización, desde finales del siglo XIX hasta hoy, los chinos han tratado de conservar los atributos fundamentales de su sistema político por encima de todo; de hecho, el sistema político ha demostrado ser más impermeable que cualquier otra esfera de la sociedad a la influencia occidentalizadora, tanto en el período imperial como en el comunista. Esto contrasta con la mayoría de las sociedades en desarrollo, donde el gobierno a menudo ha estado fuertemente vinculado a impulsos modernizadores y los líderes con frecuencia se sentían atraídos por la élite occidentalizada, como en la India, por ejemplo, con la familia Nehru. Ese nunca fue el caso en China, donde líderes como Mao y Deng tuvieron muy poco contacto con Occidente. Hasta el día de hoy, incluso durante las últimas tres décadas, la capacidad del mundo político de China, a diferencia de otras instituciones, para sobrevivir relativamente sin cambios es notable, un testimonio de su propia resiliencia y del lugar que ocupa en la psique china.

La política china tradicionalmente ha otorgado mucha importancia a la persuasión moral y al ejemplo ético. Los funcionarios públicos debían aprobar exámenes de enseñanza confuciana. Se esperaba que se ajustaran a los más altos estándares morales y era a ellos, y no a diferentes grupos de interés o al pueblo, a quienes se les consideraba responsables. En el período comunista, los preceptos confucianos fueron reemplazados por cánones marxistas (o, más exactamente, maoístas), junto con los héroes icónicos de la Gran Marcha y el trabajo socialista. Este compromiso con las normas éticas como principio de gobierno se ha combinado con una poderosa creencia en el papel de la familia y la educación en la formación y formación de los niños. Según los estándares de

cualquier cultura, la muy distintiva familia china desempeña un papel socializador enormemente importante. Es donde los niños chinos aprenden sobre la naturaleza de la autoridad. La palabra de los padres (tradicionalmente, la del padre) es definitiva y nunca debe ser cuestionada. En la familia, los niños llegan a comprender la importancia de la jerarquía social y su lugar en ella. A través de una combinación de piedad filial, a la que los chinos ponen mayor énfasis que cualquier otra cultura, un sentimiento de vergüenza y el miedo a perder la reputación, los niños aprenden acerca de la autodisciplina.³³ En una vergüenza (más que en una culpa cristiana), los niños chinos temen, sobre todo, tal pérdida de prestigio. La familia china y el Estado chino son complementarios y uno manifiestamente apoya al otro. No es insignificante que el término chino para referirse al Estado-nación sea "nación-familia". Como sugiere Huang Ping, en China "muchos darían por sentado que el Estado-nación es una familia extensa".

Mientras que en Occidente la idea de soberanía popular está en el centro de la política, en China sigue estando en gran medida ausente. El concepto de Estado-nación fue importado de Europa entre mediados y finales del siglo XIX, y posteriormente un sector de la elite china quedó fuertemente influido por el nacionalismo europeo. Sin embargo, había una diferencia fundamental en cómo se interpretaba la soberanía nacional. En el caso del nacionalismo europeo, la soberanía nacional estaba estrechamente vinculada a la idea de soberanía popular; en China los dos estaban distanciados. Si bien se concedió a la soberanía nacional mayor importancia, la soberanía popular fue reemplazada por la soberanía estatal. Esto no fue sorprendente. Primero, como hemos visto, había una tradición muy poderosa de soberanía estatal en China, pero ninguna tradición de soberanía popular. En segundo lugar, la condición de Estado-nación se adquirió en un momento en que China estaba amenazada por las potencias occidentales y Japón. En tales circunstancias, la prioridad abrumadora era la soberanía nacional más que la soberanía popular. El nacimiento del Estado-nación chino tuvo lugar en condiciones completamente diferentes a las de Europa. Los Estados-nación europeos nunca se vieron obligados a enfrentar una amenaza a su soberanía nacional desde fuera de su continente, como China, al igual que casi todos los países fuera de Europa, enfrentó durante el siglo XIX y principios del XX. Como era de esperar, la amenaza colonial sirvió para reforzar y acentuar el duradero complejo de Estado fuerte de China. La amenaza imperialista y la tradición política interna se combinaron así para infundir al surgimiento de China como nación los conceptos gemelos de soberanía nacional y soberanía estatal.

Una de las características más fundamentales de la política china tiene que ver con el énfasis primordial puesto en la unidad del país. Ésta sigue siendo, con diferencia, la cuestión más importante en la vida política de China. Sus orígenes no se encuentran en el corto período transcurrido desde que China se convirtió en un Estado-nación, sino en la experiencia y la idea de la civilización china. El hecho de que China haya pasado gran parte de su historia en diversos grados de desunión, y a un costo tan grande, ha enseñado a los chinos que la unidad es sacrosanta. Los chinos tienen una concepción esencialmente civilizatoria de lo que constituye la patria china y la naturaleza de su unidad: de hecho, no hay un ejemplo más claro de la mentalidad de China como estado-civilización. El gobierno chino ha otorgado la máxima prioridad al retorno de Hong Kong, Macao y Taiwán, a pesar de que habían salido de manos chinas (en el caso de Macao y Hong Kong) hace mucho tiempo. Además, se ha dado poca o ninguna importancia a las preferencias de las personas que viven allí. Su pertenencia a China se ve exclusivamente en términos de una noción duradera y predominante de lo chino que se remonta al menos a dos milenios, si no más: todos los chinos son parte de la

civilización china y, por lo tanto, de China. La elección no es un problema. También se concede gran importancia a la estabilidad política. Al igual que Confucio, Deng Xiaoping, como se cita en el último capítulo, no tenía dudas sobre su importancia: «La modernización [de China] necesita dos requisitos previos. Una es la paz internacional y la otra es la estabilidad política interna. Una condición crucial para el progreso de China es la estabilidad política. La prioridad asignada a la estabilidad política se refleja en las actitudes populares. En una encuesta reciente, la estabilidad fue clasificada como la segunda consideración más importante, mucho más alta que en cualquier otro país. La prioridad otorgada a la estabilidad es comprensible a la luz de la historia de China, que ha estado salpicado regularmente por períodos de caos y división, que generalmente han resultado en un gran número de muertes, tanto directamente a través de la guerra como indirectamente a través de hambrunas y desastres resultantes. El país perdió hasta un tercio de su población (alrededor de 35 millones de personas muertas) en el derrocamiento de la dinastía Song por los mongoles en el siglo XIII. Se ha estimado que la invasión manchú del siglo XVII le costó a China alrededor de una sexta parte de su población (25 millones de muertos). Los disturbios civiles de la primera mitad y mediados del siglo XIX, incluido el levantamiento de Taiping, provocaron una disminución de la población de alrededor de 50 millones. Después de la Revolución de 1911 y la caída de la dinastía Qing, hubo turbulencias continuas y una guerra civil incesante, con un breve período de relativa calma desde finales de los años veinte hasta la invasión japonesa, y luego, después de la derrota de los japoneses, una nueva guerra civil que culminó en la Revolución de 1949. Dada esta historia, no es sorprendente que los chinos tengan un miedo patológico a la división y la inestabilidad, a pesar de que los períodos de caos han sido casi tan característicos de la historia china como los períodos de orden. El paralelo más cercano en Europa fue el deseo que consumió al continente después de 1945 de no librar nunca otra guerra intraeuropea. El enorme precio que China ha pagado en términos de muerte y derramamiento de sangre es en parte quizás el costo de intentar hacer que un continente se ajuste a los imperativos de un país, mientras que Europa ha pagado un precio no muy diferente por lo contrario, es decir, una amarga rivalidad nacional y una ausencia de identidad y cohesión a nivel continental.

CHINA Y LA DEMOCRACIA

A los ojos de Occidente, la prueba de la política y la gobernanza de un país es la existencia o no de democracia, definida en términos de sufragio universal y un sistema multipartidista. En los últimos cincuenta años se ha visto un enorme aumento en el número de países que cuentan con algún tipo de democracia, aunque áreas importantes del mundo, especialmente Oriente Medio, África, Asia Central y, por supuesto, China, todavía están, al menos en parte, prácticas, excepciones. No hay duda de que algún tipo de democracia es un sistema deseable si las circunstancias son propicias y si puede arraigarse seriamente en una cultura. Sin embargo, si la democracia equivale a poco más que un trasplante extraterrestre, como ha sido el caso en Irak, donde se impuso mediante el cañón de un arma angloamericana, entonces el costo de esa imposición, por ejemplo en términos de resistencia, alienación o conflicto étnico, es probable que resulte ser mucho mayor que cualquier beneficio que pueda generar. La democracia no debe considerarse como un ideal abstracto, aplicable en todas las situaciones, cualesquiera que sean las condiciones, independientemente de la historia y la cultura, porque si las

circunstancias no son apropiadas nunca funcionará adecuadamente e incluso puede resultar desastrosa. Tampoco debería considerarse más importante que todos los demás criterios que deberían utilizarse para evaluar la calidad de la gobernanza de un país. Para los países en desarrollo en particular, la capacidad de generar crecimiento económico, mantener la armonía étnica (en el caso de sociedades multiétnicas), limitar el nivel de corrupción y mantener el orden y la estabilidad son consideraciones igualmente importantes, si no más, que la democracia. La democracia debe verse en su contexto histórico y de desarrollo adecuado: diferentes sociedades pueden tener diferentes prioridades dependiendo de sus circunstancias, historias y niveles de desarrollo.

De hecho, muy pocos países han combinado la democracia tal como se la entiende ahora con el proceso de despegue económico. La Revolución Industrial británica tuvo lugar a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Sin embargo, ya en 1850 sólo alrededor de una quinta parte de los hombres tenían derecho a votar. No fue hasta la década de 1880 que la mayoría de los hombres obtuvieron el derecho, y no fue hasta 1918, más de 130 años después del comienzo de la Revolución Industrial, que las mujeres (mayores de treinta años) obtuvieron el mismo derecho. En términos generales, este panorama se aplica a otros países de Europa occidental, todos los cuales experimentaron un despegue sin democracia. De hecho, la forma más común de gobierno durante las revoluciones industriales de Europa fue el Estado monárquico, absolutista o constitucional. La experiencia estadounidense fue significativamente diferente. En 1860, una mayoría de hombres blancos disfrutaba del derecho al voto, pero la mayoría de los negros no lo adquirieron, en la práctica, hasta 1965, mientras que las mujeres sólo lo obtuvieron en 1920: durante el despegue económico de Estados Unidos, por tanto, sólo una minoría disfrutaba del derecho a votar. En Japón, el sufragio universal masculino no se introdujo hasta 1925, mucho después del despegue económico que siguió a la Restauración Meiji.⁴⁷ En resumen, el derecho al voto no se estableció en el mundo desarrollado, excepto para una minoría muy pequeña y privilegiada hasta mucho después de que concluyeran sus revoluciones industriales (los hombres blancos en los Estados Unidos constituyen lo más cercano a una excepción). Además, las potencias europeas nunca concedieron el voto a sus colonias: todavía lo consideraban totalmente inapropiado para vastas zonas del mundo que colonizaron, incluso cuando se había convertido en un hecho aceptado en casa. Las únicas excepciones en el caso británico fueron los llamados dominios como Australia y Canadá, donde las características raciales y étnicas compartidas fueron la razón subyacente para la exhibición de latitud. No fue hasta después de que la gran mayoría de las antiguas colonias obtuvieron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial que finalmente pudieron elegir su forma de gobierno. Está claro que hay mucha hipocresía en el argumento occidental de que la democracia es universalmente aplicable cualquiera que sea la etapa de desarrollo.

Alguna forma de gobernanza democrática es ahora universal en el mundo desarrollado, donde el despegue económico se logró hace un siglo o más. En cambio, como era de esperar, el panorama sigue siendo desigual en el mundo en desarrollo, donde la democracia en su mayor parte es inusual o, en el mejor de los casos, algo defectuosa. En Asia Oriental prevalece en términos generales un patrón similar en lo que respecta a la democracia y los niveles de desarrollo. Japón, como hemos visto, no logró nada parecido a un sufragio generalizado hasta mucho después de su despegue económico. Ninguno de los primeros tigres asiáticos –Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur– logró despegar en condiciones democráticas: Corea del Sur y Taiwán estaban gobernados por dictaduras militares con visión de futuro, Hong Kong era una colonia británica

desprovista de democracia, mientras que Singapur disfrutó de lo que podría describirse como una democracia altamente autoritaria y artificial. Sin embargo, todos contaron con administraciones eficientes y estratégicas. Como Estados desarrollistas, la legitimidad de sus gobiernos dependía en gran medida de su capacidad para lograr un rápido crecimiento económico y un aumento de los niveles de vida, más que de un mandato popular. Cada uno de estos países ha alcanzado ahora un nivel de desarrollo y nivel de vida acorde con partes de Europa occidental. Hong Kong, bajo dominio chino desde 1997, disfruta de elementos muy limitados de democracia; El gobierno de Singapur sigue siendo una democracia altamente autoritaria; mientras que Corea del Sur y Taiwán han adquirido sufragio universal y sistemas multipartidistas. Estos últimos ejemplos, junto con el de Japón, confirman que la industrialización y la prosperidad económica generalmente proporcionan condiciones más propicias para el crecimiento de formas democráticas.

Desde este punto de vista, parece erróneo sostener que China está ahora preparada para convertirse, más o menos inmediatamente, en una democracia multipartidista basada en el sufragio universal. El país se encuentra apenas a la mitad de su revolución industrial y más del 50 por ciento de la población todavía vive y trabaja en el campo. Es cierto que la India sigue estando mucho menos desarrollada que China y, sin embargo, posee lo que, según estándares históricos, es una democracia notable; pero en este sentido la India ha sido hasta ahora la gran excepción de la historia. Un ejemplo interesante es Indonesia, que, aunque es un archipiélago extremadamente diverso, ahora disfruta de una democracia frágil. La principal prioridad de China en la actualidad es el crecimiento económico. Está decidido a no permitir que nada le distraiga de este objetivo. Al tratar de evitar conflictos innecesarios y mantener buenas relaciones con Estados Unidos, su política exterior desde 1980 se ha dirigido a garantizar que toda su energía se centre en este objetivo. También hay un punto más general. Hay un autoritarismo inherente involucrado en el proceso de despegue y modernización –la necesidad de concentrar los recursos de la sociedad en un solo objetivo– que, a juzgar por la historia, la gente está dispuesta a tolerar porque sus propias vidas están dominadas por las exigencias de la sociedad, la supervivencia económica y el deseo de escapar de la pobreza. En cierto sentido, la actitud del pueblo refleja la del gobierno: el autoritarismo político complementa las circunstancias autoritarias y compulsivas de la vida cotidiana, con su inherente falta de elección. Esto ayuda a explicar por qué el autoritarismo, más que la democracia, ha sido la característica normal del despegue económico. Como muchos han observado, hay poca demanda de democracia desde dentro de China. De hecho, en todo caso, ha habido un alejamiento de la democracia desde la Plaza de Tiananmen. Una combinación de miedo a la inestabilidad tras los acontecimientos de 1989, la desintegración de la Unión Soviética y lo que se consideran las dificultades experimentadas por Indonesia, Tailandia y Taiwán como democracias –y también Filipinas e India– han reforzado la visión de muchos chinos que éste no es un problema inmediato: que, por el contrario, puede representar una distracción de la tarea principal de sostener el crecimiento económico del país.⁴⁸ Implícita en esto está la visión no equivocada de que cualquier avance hacia Es probable que la democracia enrede al país en un caos y agitación considerables.

Aquellos occidentales –los que podríamos llamar ultrademócratas– que creen que la democracia es más importante en todo momento que cualquier otro asunto, por supuesto, estarían en desacuerdo con esto. Bruce Gilley, por ejemplo, sostiene que Rusia podría terminar en mejor situación, al menos a largo plazo, que China porque ya ha abordado la

cuestión de la democracia. Dado el crecimiento económico enormemente más impresionante de China y la democracia algo precaria de Rusia, este juicio parece, por decir lo menos, tenue. Gilley también sugiere que: "Los debates sobre cuestiones como el voto obligatorio, los sistemas electorales justos, el dinero en la política, la revisión judicial y similares serán las cuestiones "históricas" dominantes de nuestro tiempo". Las principales cuestiones en Occidente, sin duda, pero en un mundo lidiando con el problema de una superpotencia, cada vez más preocupada por cómo manejar el ascenso de China, y quizás también de la India, donde el conflicto étnico a menudo presenta a los Estados-nación su mayor desafío y donde para muchos la tarea del despegue económico sigue siendo lo consume todo, la idea de que un conjunto de cuestiones que giran en torno a la democracia serán la cuestión global dominante de nuestro tiempo delata una mentalidad occidental muy provinciana.

Si bien hay pocos signos de presión significativa en China por lo que podría describirse vagamente como una democracia al estilo occidental, existe, no obstante, una demanda continua y creciente de responsabilidad del gobierno a nivel local, provincial y nacional. Entonces, ¿cómo deberíamos abordar la cuestión de la democracia en China? China se encuentra aproximadamente en la mitad de su despegue económico, tal vez más allá. Incluso dentro de veinte años, se estima que alrededor del 20 por ciento de su población seguirá trabajando la tierra. Hay muchos imponderables, pero suponiendo que el crecimiento económico continúe a un ritmo relativamente rápido y que la estabilidad política se mantenga en términos generales, entonces parece razonable esperar avances serios hacia la democratización dentro de ese tipo de escala de tiempo, posiblemente menos. En términos de desarrollo, esto aún sería bastante antes que en el caso de los otros tigres asiáticos o de Occidente. También hay que tener en cuenta que las tradiciones políticas de China no son ni favorables ni orientadas hacia la democracia. Existe una tradición muy débil de responsabilidad popular, y se ha preferido la soberanía estatal a la soberanía popular: el gobierno, en efecto, es responsable ante sí mismo a través del circuito de retroalimentación de las normas éticas. Esto se refleja en los valores centrales que gobiernan el comportamiento político, que pueden resumirse en sinceridad, lealtad, confiabilidad y firmeza, todos los cuales derivan de la influencia del confucianismo y, en menor medida, del comunismo. En contraste, los valores occidentales equivalentes son la rendición de cuentas, la representación y la participación. Además, como hemos visto, no existe ninguna tradición de organización independiente y sólo una noción muy débil de sociedad civil. El poder reside abrumadoramente en el Estado. Los grupos de interés, en lugar de aspirar a representarse a sí mismos colectivamente, buscan promover sus reclamos mediante lobby privado y logrando algún tipo de acuerdo con el Estado. En lugar de hacer exigencias al gobierno o confrontarlo, los grupos de interés prefieren asociarse con el poder de forma individual. Lo que complica enormemente la cuestión de la democracia es que China tiene el tamaño y la diversidad de un continente, aunque el lugar de la democracia, hablando globalmente, siempre ha sido, y sigue siendo, exclusivamente el Estado-nación.

No existen instituciones multinacionales, regionales o globales que puedan describirse como democráticas. Su invocación a un mínimo de representatividad se produce invariablemente a través de los Estados-nación que las componen. El ejemplo clásico de este fenómeno es la Unión Europea, que no pretende ser democrática más que en virtud de sus Estados miembros: el Parlamento Europeo es elegido pero en gran medida impotente. Una de las razones por las que la democracia ha funcionado en la India, que

también es de escala continental, podría ser en parte porque es mucho más laxa y más descentralizada que China, de modo que los estados individuales pueden actuar, en cierto grado, como cuasi Estados-nación. Ciertamente este no es el caso de China, que durante miles de años se ha enorgullecido de su estatus centralizado y unitario, aunque, como hemos visto, esto en la práctica ha implicado un alto grado de descentralización negociada. Si bien las provincias más desarrolladas, especialmente las de la costa este y sur, pueden estar ya en condiciones de adoptar una forma de gobierno más democrática, su progreso en esa dirección se verá limitado por la condición mucho menos desarrollada de la mayoría de las provincias del país. Es posible, sin embargo, que a ciudades más desarrolladas como Shenzhen y Shanghai se les permita introducir reformas democráticas antes que el resto del país. En 2008, el alcalde de Shenzhen, Xu Zongheng, afirmó que en el futuro el voto directo representaría el 70 por ciento de los comités residenciales y de aldeas de la ciudad. Mientras tanto, el Comité Permanente del Congreso Nacional del Pueblo emitió un fallo a finales de 2007 según el cual consideraría permitir elecciones directas para el líder de Hong Kong en 2017; actualmente se elige la mitad de su Consejo Legislativo. Como estado-civilización que siempre ha permitido y se ha caracterizado en la práctica por una diversidad considerable, tal desarrollo no es inconcebible.

Finalmente, debemos tener en cuenta que China es el hogar del pensamiento y la práctica confucianos y, en consecuencia, ha experimentado el confucianismo en una forma más completa y doctrinaria que Japón y Corea, donde fue una importación china y, por lo tanto, nunca gozó del mismo grado de aceptación e influencia desmesurada como en China. Como resultado, fue más fácil para estos países abrazar la democracia al agregar, de hecho, una nueva capa política para coexistir junto con las tradiciones y prácticas confucianas más antiguas. Ciertamente será posible que China haga lo mismo, pero es probable que el peso de lo que podría describirse como ortodoxia confuciana lo haga más difícil.

A largo plazo parece bastante improbable, dadas las presiones subyacentes en favor de la democracia que existen en países cada vez más sofisticados, diversos y prósperos.

China podrá resistir el proceso de democratización. La pregunta interesante es cómo sería la democracia en China. Existe una fuerte tendencia en Occidente a ver la democracia en términos de un enfoque de "talla única". De hecho, la forma de democracia varía mucho según la historia, las tradiciones y la cultura de una sociedad. No hay razón para creer, excepto por motivos de eurocentrismo, que las condiciones muy específicas que dieron forma a la sociedad europea (y a las naciones derivadas de Europa como Estados Unidos) y, por tanto, a la democracia europea, darán como resultado el mismo tipo de estructuras democráticas en otros lugares. 55 Esto queda muy claro en el caso de Japón. Ciertamente posee algunos de los símbolos de la democracia que conocemos en Occidente (lo que no sorprende, dado que Estados Unidos redactó la constitución japonesa de posguerra tras su derrota), en particular el sufragio universal y un sistema multipartidista. Sin embargo, resulta inmediatamente evidente que en la práctica el sistema funciona de manera muy diferente. Los demócratas liberales han estado casi continuamente en el poder desde mediados de los años cincuenta. Los otros partidos, aparte de algún período ocasional de gobierno de coalición, se han encontrado en una oposición permanente y ejercen bastante menos poder y gozan de bastante menos importancia en la vida política del país que las diversas facciones dentro de los Demócratas Liberales. Además, como ha observado Karel van Wolferen, gran parte del poder real reside en la función pública, especialmente en determinados ministerios, más

que en el gobierno mismo: en otras palabras, en esa parte del Estado que está constituida permanentemente y no en el gobierno, aquella parte que resulta elegida. El gabinete, por ejemplo, apenas se reúne y cuando lo hace es en gran medida ceremonial. Dadas estas continuidades subyacentes, la importancia que se atribuye a las elecciones –y, por tanto, a la soberanía popular– es mucho menor que en el caso occidental. Como reflejo del carácter jerárquico de la sociedad y de la influencia confuciana, el poder tiene una cualidad permanente e inmutable que relativamente no se ve afectada por el proceso electoral.

Cualquiera que sea el sistema político democrático que evolucione en China, llevará la fuerte huella de su pasado confuciano. Es más difícil juzgar el impacto a largo plazo del comunismo porque su duración habrá sido mucho más limitada. Sin embargo, hay importantes continuidades entre el confucianismo y el comunismo –por ejemplo, en la noción de una casta especial de liderazgo político, confuciano en un caso, leninista en el otro. En el noreste de Asia –para estos propósitos, Japón, Corea del Sur, Taiwán y Vietnam– la influencia continua de la tradición confuciana es palpable en el énfasis en la educación, la estructura de la familia, el papel central de la burocracia y el compromiso con la armonía. Debido a la presencia de un gobierno comunista, esto fue, hasta 1978, quizás menos evidente en China, pero desde entonces ha habido un marcado resurgimiento de la influencia confuciana, un proceso iniciado por el gobierno durante el noventa, pero que ha ido adquiriendo cada vez más impulso propio. Como reflejo de la influencia confuciana, un editorial del People's Daily sostenía que para construir una economía de mercado era necesario promover "el imperio de la virtud y al mismo tiempo desarrollar la estado de derecho". En marzo de 2007, el primer ministro Wen Jiabao comentó: "Desde Confucio hasta Sun Yat-sen, la cultura tradicional de la nación china tiene numerosos elementos preciosos, muchos aspectos positivos con respecto a la naturaleza del pueblo" y la democracia. Por ejemplo, enfatiza el amor y la humanidad, la comunidad, la armonía entre diferentes puntos de vista y compartir el mundo en común.' Los funcionarios del Partido Comunista en la provincia de Henan ahora son evaluados, entre otras cosas, sobre la base de valores confucianos como como piedad filial y responsabilidad familiar, mientras que a los niños de secundaria se les enseña una vez más los clásicos confucianos y se celebra nuevamente el cumpleaños de Confucio. En un nivel práctico, el Partido ahora está poniendo un nuevo tipo de énfasis en la importancia de las obligaciones y deberes que muestran sus cuadros hacia el pueblo que representan. Como parte de su formación, se les presentan casos de prueba en los que se espera que no sólo consulten a sus superiores como antes, sino también, lo más importante, que escuchen a la gente. Esta nueva actitud se ha reflejado en la forma en que los funcionarios públicos se han disculpado por sus fracasos en el terremoto de Sichuan y el escándalo de la leche (de una manera que recuerda el comportamiento del gobierno y los líderes corporativos japoneses avergonzados) y han dimitido. Es significativo que el gobierno haya optado por utilizar el nombre de Institutos Confucio para los numerosos centros culturales y lingüísticos chinos que ha estado estableciendo en todo el mundo. Con el declive del marxismo, es predecible el giro hacia Confucio en un país tan impregnado de su discurso ético y moral. Se puede argumentar, en cualquier caso, que aquellas partes del marxismo que han tenido mayor impacto en China fueron las que La mayoría coincidía con la tradición confuciana: por ejemplo, la autocrítica (que refleja la idea confuciana de que uno debe criticarse a sí mismo antes que a los demás), la idea de que los gobernantes deben ser moralmente rectos y la invocación de trabajadores modelo

como ejemplo para los demás; del mismo modo, las ideas marxistas que fracasaron fueron las más enemigas del confucianismo. Incluso el hecho de que los líderes políticos chinos se tiñen el pelo de negro se remonta a la propuesta menciana de que se debe cuidar a las personas de pelo blanco en lugar de dedicarse a un trabajo pesado. Lo más importante de todo es que las ideas confucianas siguen arraigadas en el tejido de la cultura: la piedad filial todavía se practica y respalda ampliamente, incluido el requisito legal de que los hijos adultos cuiden de sus padres ancianos. Un tema favorito de las telenovelas chinas tiene que ver con las relaciones con los padres ancianos. Una característica obvia y llamativa de los restaurantes chinos, a diferencia de los occidentales, es la frecuencia con la que se ve a la familia extendida comiendo junta, una tradición que se refleja en la ubicuidad de la gran mesa circular.

El confucianismo no debe verse como una entidad fija, ya que ha pasado por muchas mutaciones a lo largo de su historia. Como todas las filosofías y religiones, su longevidad ha dependido en parte de su capacidad para adaptarse a circunstancias y tiempos cambiantes. El hecho de que el confucianismo sea una tradición sincrética ha servido para mejorar su flexibilidad y adaptabilidad. Uno de los ejemplos más destacados fue la manera en que los neoconfucianos del período Song (960-1279 d. C.) asimilaron el budismo y el taoísmo, que entonces arrasaban en China. Sería erróneo, además, considerar el confucianismo como totalmente hostil a las ideas democráticas. Por ejemplo, Sun Yat-sen, líder de la Revolución de 1911 y padre fundador de la República de China, dijo: 'Nuestros principios de tres minutos [nacionalismo, derechos ciudadanos y bienestar de los seres humanos] se originan en Mencio. Mencio es realmente el antepasado de nuestras ideas democráticas.' El mandato del Cielo, al reconocer el derecho del pueblo a rebelarse si el emperador les fallaba, era ciertamente una idea más democrática que su contraparte europea, el derecho divino de los reyes. Se requería que el emperador gobernara de manera virtuosa y benigna de acuerdo con las normas éticas que constituían las pautas de su conducta, mientras que la estructura jerárquica exigía un cierto grado de reciprocidad, sugiriendo derechos y deberes implícitos. El Se esperaba que el gobierno otorgara a la sociedad una considerable independencia del Estado, y en aspectos importantes este fue el caso, sobre todo en la esfera económica, como lo ilustra el desarrollo temprano de un mercado sofisticado. Aunque la sociedad civil sigue siendo muy débil en China, existe una poderosa tradición de sociedad min-jian, o cultura popular, compuesta de antiguas costumbres y sistemas de apoyo chinos, que hasta el día de hoy todavía representa un área importante de autonomía del gobierno. En resumen, el confucianismo ciertamente brinda apoyo y socorro a un sistema autoritario de gobierno, pero también está imbuido de elementos democráticos y populares.

Hay varias maneras en que las ideas confucianas pueden formar una China democrática: el papel nodal del Estado y su burocracia; la centralidad de la familia y las redes extendidas como los clanes (que ayudan, por ejemplo, a aliviar al Estado de algunas de las tareas de bienestar social); la importancia del guanxi (la red de relaciones personales que informa a la sociedad china); la preferencia confuciana por resolver los conflictos mediante la mediación en lugar del litigio, lo que sugiere que el recurso a la ley y al proceso judicial siempre será mucho menos significativo en China (y Japón) que en Occidente; y la importancia que se atribuye a los valores y la moralidad como guía del comportamiento de las personas. Estos antiguos sistemas de creencias tienen un profundo efecto en la forma en que opera una sociedad. China, al igual que Japón y Corea, tiene un sentido de orden público y comportamiento bastante diferente en

comparación con las normas que prevalecen en Occidente, situación que se refleja en los niveles mucho más bajos de delincuencia en estas sociedades. De hecho, estas tradiciones sociales más profundas sin duda han ayudado a China –y a otras sociedades de Asia Oriental– a hacer frente a las vicisitudes combinadas de la globalización y la modernización, actuando de hecho como amortiguadores.

La democracia china compartirá ciertas características universales con las democracias de otros lugares, pero también será necesariamente muy distintiva y expresiva de sus raíces en la sociedad y las tradiciones chinas. Dado el contexto cultural del confucianismo y el comunismo, junto con las extraordinarias exigencias de gobernar un continente, la invención y evolución de la democracia china requerirán una enorme novedad e ingenio. No hay razón para creer que, en un país que alberga el arte de gobernar más antiguo y sofisticado del mundo, que esto resultará imposible. Pero parece haber pocas razones para creer que este proceso sea inminente. La innovación en la gobernanza tampoco será una cuestión de tráfico unidireccional. Así como China puede aprender del sistema federal estadounidense y de la Unión Europea (en la que actualmente muestra un creciente interés) a la hora de gobernar un país tan vasto, China, que representa una quinta parte de la población mundial, también puede ofrecer al resto de mundo un modelo de gobernanza a gran escala, que probablemente adquiera cada vez más importancia en un mundo globalizado.

GOBIERNO COMUNISTA

La coincidencia del colapso del comunismo soviético con la represión en la Plaza de Tiananmen convenció a la mayoría de los observadores occidentales de que el Partido Comunista correría un destino similar. No podrían haber estado más equivocados. En contraste con el comunismo soviético, que padecía un creciente estado de parálisis y osificación, el partido chino, bajo Deng Xiaoping, hizo gala de gran creatividad y flexibilidad, respondiendo a la crisis que heredó de Mao iniciando un proceso de reforma que ha transformado la vida de la gran mayoría del pueblo. El gobierno del Partido Comunista ya no está en duda: goza del prestigio que uno esperaría dada la transformación que ha presidido. El factor de bienestar y el correspondiente sentimiento de confianza que se ha generado se desprende claramente. Las incertidumbres de 1989 son ahora un recuerdo lejano. La naturaleza del apoyo y la legitimidad del Partido ha cambiado en el proceso: esto ya no es principalmente una función de la ideología sino que depende cada vez más de su capacidad para generar crecimiento económico. En ese sentido, China ha llegado a parecerse a otros Estados desarrollistas del este de Asia, aunque en todos estos casos, como se analiza en el capítulo 5, la naturaleza de la autoridad gubernamental también está profundamente arraigada en la cultura. Aunque el apoyo al Partido Comunista es ahora más contingente, hay pocos motivos para creer que sea frágil o vulnerable. Por el contrario, es razonable suponer que su gobierno es bastante más seguro que en cualquier otro momento desde la muerte de Mao, lo cual no sorprende dado su éxito como partido gobernante y se refleja en el hecho de que a lo largo de los años En la última década, 20 millones de personas han solicitado unirse anualmente, aunque sólo 2 millones han sido admitidos cada año. Existe presión para una reforma política más radical, como lo ilustra el manifiesto de la Carta 08, pero sigue estando relativamente aislada y fuertemente vigilada por el Estado.

Si el proceso de reforma se ha caracterizado por la audacia de sus medidas económicas, también se ha distinguido por el relativo conservadurismo de los cambios políticos. No

se trata de subestimarlos. Se han extendido gradualmente las elecciones competitivas a la gran mayoría de las aldeas y a algunas ciudades, por ejemplo en Guangdong y Fujian, donde se han celebrado elecciones para alcaldes. Se ha reformado la administración pública, se ha descentralizado el poder en manos locales gobierno y un rejuvenecimiento limitado de los parlamentos nacionales y locales. Ha habido una tendencia creciente, en gran medida como resultado de la necesidad económica, hacia el imperio de la ley (es decir, la determinación de las cuestiones de acuerdo con un código legal) y, en mucha menor medida, hacia el imperio de la ley (que la ley se aplica independientemente de la opinión del gobierno),⁷⁹ que, según un experto chino, se aplica sólo entre el 10 y el 20 por ciento de los casos.⁸⁰ Dado que esto último requeriría que el poder del Partido estuviera constitucionalmente limitado, lo que requeriría un cambio fundamental en su papel, su extensión significativa sigue siendo problemática e improbable. Se han formalizado los procedimientos de tal manera que, por ejemplo, el presidente ahora sólo puede ejercer dos mandatos. Se han normalizado las relaciones entre el poder militar y civil. En comparación con el período previo a las reformas, hay un espacio político mucho mayor para el debate abierto y la crítica seria, y ahora Internet es el escenario más importante para el debate público, superando con creces lo que es posible en los medios convencionales. También ha habido reformas importantes dentro del Partido. Ahora se exige a los líderes que se jubilen en lugar de permitirles morir en el cargo. En el XVI Congreso de 2002 se produjo la primera transferencia ordenada de poder, de Jiang Zemin a Hu Jintao. En algunas provincias se celebran elecciones disputadas para delegados al congreso del Partido. El Partido ha ampliado su membresía, sobre todo después de la reforma de la Tres Representaciones de Jiang Zemin, para incluir a capitalistas privados. Y la dirección del partido en todos los niveles, incluido el más alto, es más profesional y está mejor educada que antes.

La reforma política de China se ha producido de forma gradual e incremental. A diferencia de las reformas económicas, la intención nunca ha sido la de efectuar un cambio sistémico, y ciertamente no introducir una democracia al estilo occidental (rechazada por ser incompatible tanto con las tradiciones como con las necesidades actuales de China en el Libro Blanco sobre la Democracia publicado en 2005), sino más bien modernizar y codificar los procesos políticos y administrativos, buscando así promover la eficiencia manteniendo al mismo tiempo la estabilidad política. El propósito de las elecciones en las aldeas, por ejemplo, ha sido el buen gobierno y la eficiencia funcional más que cualquier avance hacia un proceso más amplio de democratización.⁸⁶ Por otra parte, ha habido una importante expansión de las libertades civiles y los derechos humanos. La opinión de Hong Kong, que tradicionalmente ha sido muy sensible a la falta de tales derechos en China, se ha vuelto cada vez más positiva sobre las tendencias en el norte. En una encuesta realizada en 2008 en Hong Kong con motivo del aniversario de la represión en la Plaza de Tiananmen, el 85 por ciento de los encuestados creía que los derechos humanos en China habían mejorado desde 1989, frente al 78 por ciento del año anterior. Y la proporción que pensaba que mejorarían aún más en los tres años siguientes aumentó al 77 por ciento desde el 67 por ciento del año anterior. Sólo el 2 por ciento pensaba que el historial de derechos humanos de China había empeorado desde 1989. Los límites de lo que ahora es posible decir y hacer en China se han ampliado enormemente, a menos que se refieran a los temas más delicados como Taiwán, el Tíbet, la secta religiosa Falun Gong, o el papel del Partido Comunista. Esto es más evidente en Internet, que, aunque fuertemente vigilada de una manera que contradice la idea utópica de Internet como una zona libre de censura, todavía permite

una discusión amplia y franca sobre todos los temas, excepto los más delicados. También existe una presión creciente para que se rindan cuentas con respecto a la conducta de los funcionarios. En 2005 hubo 87.000 "incidentes masivos" (manifestaciones, huelgas, ocupaciones, etc.) registrados por el Ministerio de Seguridad Pública, muchos de los cuales se referían a la apropiación de tierras de los agricultores a través de acuerdos de favor entre los promotores y el gobierno local, de los cuales Los funcionarios se beneficiaron económicamente. Aunque estos casos normalmente tienen poco o nada que ver con las autoridades nacionales, el gobierno ha estado tratando, ante el malestar creciente, de fortalecer los derechos de los agricultores sobre la tierra para evitar tales confiscaciones. Los detalles de un nuevo paquete de reforma rural propuesto que se divulgaron en octubre de 2008 sugirieron que los derechos de los agricultores se fortalecerían al permitirles negociar sus contratos de uso de la tierra a treinta años, una medida que debería tener el efecto de reforzar su seguridad de tenencia. De manera similar, en un intento por mejorar las condiciones laborales, el gobierno introdujo una nueva ley laboral en 2008 que mejoró el papel de los sindicatos y dificultó que los empleadores despidieran a trabajadores o dependieran de mano de obra ocasional; Se esperaba ampliamente que las nuevas leyes mejorarían significativamente los salarios y las condiciones de los trabajadores. Mientras tanto, como era de esperar, el gobierno se ha resistido a la formación de asociaciones laborales independientes.

El período maoísta implicó la politización de más o menos toda la sociedad. El viejo lema maoísta de "la política al mando" resumió acertadamente la naturaleza del gobierno comunista hasta la muerte de Mao en 1976, con sus constantes llamados a campañas masivas, simbolizadas de manera más dramática por la Revolución Cultural. En cambio, durante la era de las reformas ha habido un proceso constante de despolitización, acompañado de una pronunciada disminución de la importancia de la ideología. El Estado maoísta, altamente politizado y entrometido, ha dado paso a lo que ahora parece más bien un Estado tecnocrático, a la manera de otros Estados desarrollistas del este de Asia, aunque los poderes del Estado chino siguen siendo muy amplios, desde la política de un solo hijo y migración interna a los libros de historia y los medios de comunicación. A medida que el Partido ha pasado de un gobierno ideológico a un gobierno instrumental, de un enfoque político a uno tecnocrático, su relación con el pueblo se ha vuelto menos intrusiva. En efecto, existe un nuevo tipo de pacto social entre el Partido y el pueblo: la tarea del Partido es gobernar, mientras que el pueblo queda libre para continuar con la tarea de transformar sus niveles de vida. Lejos de ser interesante Al involucrarse en la política, la gente se ha retirado cada vez más a un mundo privado de consumo. Mientras tanto, ganar dinero ha reemplazado a la política como la forma de actividad social más valorada y respetada, incluso dentro del propio Partido. El Partido ha alentado activamente a sus funcionarios a dedicarse a los negocios, sobre todo como medio para galvanizar y movilizar a la sociedad. La "lealtad política" ha sido reemplazada en cierta medida por el "dinero" como medida del valor político de los cuadros del Partido, lo que ha resultado en una disminución de la identidad del Partido, una pérdida de su atractivo espiritual y un proceso de decadencia interna.

El Partido ha buscado cada vez más transformarse de una organización revolucionaria a un partido administrativo gobernante. Prioriza la competencia técnica, el espíritu empresarial y el conocimiento sobre, como antes, las credenciales revolucionarias, el historial militar y los antecedentes de clase, con una clase tecnocrática en lugar de revolucionaria. ahora está a cargo del Partido. Ha habido cambios drásticos en la

composición social de la dirección del Partido en los últimos veinte años. Entre 1982 y 1997, la proporción de miembros del comité central que tenían educación universitaria aumentó del 55,4 por ciento al 92,4 por ciento.

En 1997, los siete miembros del comité permanente del buró político del comité central (los máximos dirigentes) tenían educación universitaria en materias técnicas como ingeniería, geología y física, mientras que dieciocho de los veinticuatro miembros del buró político también tenían educación universitaria. con educación universitaria.⁹⁶ El Partido ha abierto sus puertas a los nuevos capitalistas privados en un esfuerzo por ampliar su representatividad y acoger al floreciente sector privado. En 2000, el 20 por ciento de todos los empresarios privados eran miembros del Partido.⁹⁷ Esto no es sorprendente dado que en 1995 casi la mitad de todos los capitalistas privados habían sido anteriormente funcionarios del Partido y del gobierno. El cambio a gran escala entre Partido y gobierno La entrada de funcionarios al sector privado ha sido casi con certeza la principal razón del enorme aumento de la corrupción, ya que algunos de ellos explotaron sus conocimientos y conexiones para apropiarse de la propiedad estatal, obtener acceso a reservas de efectivo y llenarse los bolsillos. El problema plantea un grave desafío para el Partido porque, si no se controla, amenaza con socavar su posición moral y su legitimidad. A pesar de una serie de importantes campañas de alto perfil contra la corrupción, de las cuales la víctima más destacada hasta ahora ha sido el ex jefe del Partido Comunista en Shanghai, Chen Liangyu, la evidencia sugiere que el problema sigue siendo enorme y difícil de alcanzar porque sus raíces se encuentran en lo más profundo de la sociedad. el propio Partido y la infinidad de conexiones guanxi.

A medida que el país gravita hacia el capitalismo, también se están produciendo cambios en la estructura de clases de China que, a largo plazo, tendrán implicaciones políticas de largo alcance. Por el momento, sin embargo, la dirección tecnocrática seguirá dominando tanto el Partido como el gobierno, con pocas perspectivas inmediatas de un desafío a su posición. El campesinado, aunque cada vez más inquieto en respuesta a la confiscación de sus tierras, sigue siendo débil y marginado. La clase trabajadora ha visto una seria disminución en su estatus e influencia, con sus protestas limitadas a poco a poco, fábrica por fábrica. Mientras tanto, la nueva clase de empresarios privados parece adaptarse al papel tradicional de los comerciantes, buscando un acuerdo con el gobierno y favores individuales de éste, en lugar de un papel independiente propio.

A largo plazo, hay cuatro posibles direcciones políticas que la política china podría tomar. La primera es hacia un sistema multipartidista. Esto, por el momento, parece lo menos probable. El segundo sería el reconocimiento de facto de facciones dentro del Partido. Hasta cierto punto, este proceso se ha venido produciendo, al menos tácitamente, con el poder del ex secretario general Jiang Zemin, que descansaba en lo que llegó a conocerse como la facción de Shanghai, que estaba asociada con el supercrecimiento, la privatización, las políticas pro mercado y los empresarios privados, en contraste con el electorado de Hu Jintao, que ha dado mayor prioridad al crecimiento sostenible, la igualdad social, protección ambiental y apoyo estatal a la educación, la salud y la seguridad social. La tercera serían reformas diseñadas para infundir más vida e independencia al Congreso del Pueblo y a la Conferencia Consultiva del Pueblo, que son instituciones estatales más que del Partido. Si se siguieran estas tres direcciones, se obtendría un resultado no muy diferente del de Japón, donde existe un sistema multipartidista en el que sólo importa un partido, donde las diversas facciones dentro de los demócratas liberales cuentan más bien más que los demás partidos políticos, y donde la dieta goza de un grado limitado de autonomía. Otro escenario posible, en este mismo

contexto, es el de Singapur –en cuyos acuerdos Deng Xiaoping mostró cierto interés¹⁰⁴– donde el partido gobernante domina un sistema aparentemente multipartidista, con los partidos de oposición empequeñecidos, acosados y obstaculizados por el gobierno. La cuarta dirección, que ha sido defendida por el intelectual chino Pan Wei, pone el énfasis en el estado de derecho más que en la democracia, en cómo se dirige el gobierno más que en quién lo dirige, y se exige a los funcionarios estatales que operen de acuerdo con la ley con formas legales de reparación si no lo hacen, y el establecimiento de una administración pública y un poder judicial verdaderamente independientes, una propuesta que, en general, guarda cierta similitud con la gobernanza en Singapur y Hong Kong. Si se siguiera esta ruta, entonces Marcan un rechazo continuo de cualquier forma de resultado democrático y una afirmación de una tradición confuciana relativamente ortodoxa de gobierno de élite comprometido con los más altos estándares éticos.

Ninguno de estos escenarios parece particularmente inminente. En el futuro previsible, el resultado más probable es una continuación del proceso de reforma que ya está en marcha, a pesar de los crecientes problemas de gobernanza resultantes del malestar social y la corrupción crónica. El peor escenario, tanto para China como para el mundo, sería el colapso y desaparición del Partido Comunista a la manera de la Unión Soviética, que tuvo un efecto desastroso en los niveles de vida rusos durante más de una década. Las ramificaciones, a nivel nacional y global, de una implosión similar en China, que tiene una población mucho mayor, una economía mucho mayor y está mucho más integrada con el mundo exterior, serían mucho mayores. Un período de caos amenazaría la estabilidad del país, daría paso a una fase de incertidumbre y conflicto, amenazaría un fin prematuro a su modernización y potencialmente culminar en un regreso a una de las fases periódicas de introspección y división de China. La mejor perspectiva para China y el mundo es que el régimen actual continúe dirigiendo la transformación del país sobre una base similar de reforma y mutación hasta el momento en que pueda haber una transición relativamente benigna hacia un tipo diferente de era. . Dado el enorme éxito de China en los últimos treinta años, este sigue siendo, con diferencia, el escenario más probable.

CHINA COMO DIFERENTE TIPO DE ESTADO

Después del Tratado de Westfalia de 1648 (que marcó el final de la Guerra de los Treinta Años e inició un nuevo orden en Europa Central basado en la soberanía estatal), el Estado-nación europeo emergió lentamente como la unidad dominante en el sistema internacional. El ascenso de China plantea un desafío implícito a esta idea. Para Occidente el concepto operativo clave es el de Estado-nación, pero para los chinos es el de Estado-civilización. Como mínimo, esto planteará al mundo formidables problemas de comprensión mutua. Esto puede ilustrarse por las diferencias lingüísticas: mientras que en inglés hay diferentes palabras para nación, país, estado y gobierno, en chino estas no sólo son relativamente recientes, sino que los chinos todavía usan en gran medida el mismo carácter para "país" y "país". 'estado'. La verdadera dificultad, por supuesto, no reside en las diferencias lingüísticas sino en los diferentes supuestos y significados culturales que se atribuyen a esas palabras en los dos idiomas. La misma palabra puede tener un significado muy diferente para un americano o un francés que para un chino, aunque parezca que cantan desde la misma hoja. Huang Ping cree que esta diferencia cultural "va a ser un enorme problema". En un mundo hasta ahora dominado por

conceptos, valores, instituciones y proposiciones occidentales, a los que China se ha visto obligada a adaptarse, esto ha sido un problema mucho mayor para China que para Occidente. Pero si avanzamos hacia el futuro, queda claro que, a medida que el poder y la influencia de China crezcan rápidamente, se convertirá en un problema de Occidente más que de China.

En tales circunstancias, no tiene sentido pensar que China va a cambiar y adoptar las normas culturales occidentales: las prácticas y formas de pensar son simplemente demasiado antiguas y demasiado arraigadas para que eso suceda. Lejos de que China converja en el modelo occidental y se ajuste así a las normas establecidas del Estado-nación, es probable que se produzca un escenario bastante diferente. Esto no se debe necesariamente a que China quiera cambiar las cosas: por el contrario, se ha esforzado en asegurar a la comunidad global que ciertamente no se ve a sí misma como un agente de cambio ansioso por derrocar el orden internacional establecido. Pero los países, natural e inevitablemente, ven el mundo según su propia historia y experiencias, una perspectiva que sólo se ve atenuada por las limitaciones de la geopolítica y la realpolitik. Las potencias europeas, los principales arquitectos del sistema internacional tal como lo conocemos hoy, aportaron sus propias tradiciones e historia a la configuración y el diseño de ese sistema, en cuyo centro se encontraba el Estado-nación, una invención europea. La forma en que Estados Unidos ve el mundo refleja tanto su ascendencia europea como las características específicas de su propia formación y crecimiento. El hecho de que se expandiera mediante un proceso continuo de conquista y que, como nación colonizadora, tuviera que inventarse a sí misma desde cero ha imbuido al país de una concepción universalizadora y misionera de su papel. Las reglas que gobiernan el sistema internacional pueden ser universales en su aplicación, pero eso no significa que fueran universales en su creación, que surgieran mágicamente del éter internacional: por el contrario, fueron invención de aquellas naciones que eran lo suficientemente fuertes y dominantes como para hacer cumplir su voluntad. y para lograr que sus intereses fueran los que triunfaran. A medida que China se convierta en una potencia global y, en última instancia, en una superpotencia, probablemente con el tiempo en la superpotencia dominante, entonces, como cualquier otra gran potencia anterior, verá el mundo a través del prisma de su propia historia y buscará, sujeto a las limitaciones prevalecientes, remodelar ese mundo a su propia imagen. Sobre todo, eso significa que China verá el mundo en términos de su identidad y experiencia como un Estado-civilización, con sus características y supuestos concomitantes, en lugar de principalmente como un Estado-nación.

Hay otro sentido relacionado en el que el surgimiento de China seguramente cambiará el sistema internacional tal como lo conocemos. Los Estados-nación europeos que constituyeron el núcleo fundador original del sistema internacional eran todos, en términos generales, de un tipo similar: es decir, en términos globales, de tamaño pequeño a mediano. Después de la Segunda Guerra Mundial, el número y la diversidad de los Estados-nación se transformaron dramáticamente como resultado de la descolonización (y nuevamente después de 1989 con la desintegración de la URSS). La segunda mitad del siglo XX estuvo dominada por Estados Unidos y la URSS, que eran mucho más grandes incluso que los Estados-nación europeos más grandes. En parte como resultado, se alentó a los estados de Europa occidental a combinar su poder en lo que hoy conocemos como la Unión Europea, una agrupación de Estados-nación. Se ha vuelto común ver este tipo de uniones de Estados-nación como el camino a seguir; la ASEAN y el Mercosur (un acuerdo comercial regional entre cuatro países

sudamericanos) son otros ejemplos, aunque ninguno de ellos implica todavía ninguna unión de soberanía. La perspectiva estadounidense, por razones obvias, invariablemente ha puesto el mayor énfasis en el Estado-nación. Pero el ascenso de China y la India amenaza con transformar el panorama nuevamente. En cierto sentido, por supuesto, marca la reafirmación del Estado-nación. Sin embargo, no se trata de Estados-nación ordinarios, sino de Estados a escala gigantesca. Si este siglo pertenecerá cada vez más a China e India, junto con Estados Unidos, entonces también debería verse como la Era del Megaestado. Esto no significa que las uniones de Estados-nación pasarán de moda, pero es probable que la principal razón de ser sea un contrapeso al megaestado, tanto al viejo (Estados Unidos) como especialmente al nuevo (China e India).

Es difícil decir dónde quedará esto el viejo sistema westfaliano. Estados de la escala, tamaño y poder potencial de China e India eclipsarán a la gran mayoría de los demás países. Éste no será un fenómeno enteramente nuevo. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos y la Unión Soviética establecieron relaciones desiguales con sus aliados subordinados hasta el punto de que con frecuencia socavaron o restaron valor a la soberanía de estos últimos. Éste es el caso, en diversos grados, de la relación actual de Estados Unidos con muchos países. Pero China y la India están en una escala diferente incluso a la de Estados Unidos: China tiene más del triple de población y entre ambas India y China representan alrededor del 38 por ciento de la población mundial. Como ambos se encuentran todavía en las primeras etapas de su transformación, es imposible en la actualidad concebir lo que esto podría significar en términos de su relación con otros Estados. El sistema westfaliano bien puede sobrevivir al surgimiento de China y la India como potencias globales, pero ciertamente tendrá un aspecto muy diferente de cualquier etapa anterior de su historia.

Hay otro aspecto del surgimiento de China como potencia global que también es novedoso. Hasta ahora, desde el inicio de la industrialización a finales del siglo XVIII, los países más poderosos del mundo han compartido dos características. Primero, han disfrutado de uno de los PIB más altos (si no el más alto) de su tiempo. En segundo lugar, también han tenido un PIB per cápita extremadamente alto: las naciones más ricas también han tenido las poblaciones más ricas. Esto fue cierto –en orden cronológico aproximado– en el caso de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón. Podría decirse que la única excepción fue la URSS.

La situación está a punto de cambiar: China compartirá sólo una de estas características, no ambas. Ya tiene un PIB elevado: el tercero más alto del mundo medido según los tipos de cambio del mercado. Pero incluso cuando supere a Estados Unidos en 2027, como predijo Goldman Sachs, seguirá teniendo un PIB per cápita relativamente bajo, e incluso en 2050 seguirá perteneciendo sólo al "grupo medio alto" y no al "club de los ricos". Bienvenidos a un nuevo tipo de potencia global, que es, al mismo tiempo, un país desarrollado (en virtud del tamaño de su PIB) y un país en desarrollo (en virtud de su PIB per cápita).

Las implicaciones de que una superpotencia potencial sea a la vez un país desarrollado y un país en desarrollo son profundas y variadas. Anteriormente, la distinción entre países desarrollados y en desarrollo era clara e inequívoca. De hecho, entre 1900 y 1960 hubo una división fundamental entre los países que se industrializaron en el siglo XIX y los que no, situación que persistió hasta el surgimiento de los tigres asiáticos a partir de finales de los años cincuenta. Esta distinción entre países en desarrollo y desarrollados será más matizada en el futuro. Los Estados de tamaño continental, concretamente China

y es probable que India pertenezca a ambas categorías durante muchas décadas: sus enormes poblaciones significan que seguirán adoptando niveles muy diversos de desarrollo y niveles de vida dentro de sus fronteras. Y a ellos están en proceso de sumarse otros países en desarrollo más poblados, como Brasil e Indonesia, y Rusia ya pertenece a esta categoría.

El hecho de que China y la India sean países desarrollados y en desarrollo sugiere que también disfrutarán de diversos intereses, es decir, los motivos y preocupaciones tanto de los países desarrollados como de los países en desarrollo: de hecho, tendrán un pie en ambos campos. Hasta ahora, las relaciones comerciales han estado dominadas por los intereses del mundo desarrollado, por un lado, y del mundo en desarrollo, por el otro. ¿Dónde encajarán China e India en este juego? ¿Se inclinarán hacia el mundo desarrollado o hacia el mundo en desarrollo, o hacia ambos, dependiendo del tema en cuestión? Es razonable suponer que durante los próximos veinte años, aproximadamente, ambos harán causa común con el mundo en desarrollo: esto ya puede verse en el papel y la cooperación entre China, India, Brasil y Sudáfrica en la Organización Mundial del Comercio.

Sin embargo, a largo plazo esto cambiará. Suponiendo que tanto China como la India sigan disfrutando de un rápido crecimiento durante algún tiempo, es probable que el centro de gravedad de sus intereses y preocupaciones se desplace constantemente con el tiempo desde los sectores "en desarrollo" de sus economías hacia los "desarrollados", un proceso lo que irá acompañado del creciente poder de aquellos asociados con las partes más modernas de sus economías. Esto ya es evidente en China con el creciente poder de los empresarios y el constante declive de los agricultores. Un subproducto de estas tendencias podría ser la incorporación de divisiones fundamentales en estos países entre las partes desarrolladas y en desarrollo, disparidades que son función de diferencias históricas, reforzadas y acentuadas por su relación con las desigualdades y la dinámica de la economía global.

China también compartirá otra característica con la India como gran potencia. China fue parcialmente colonizada y la India completamente colonizada. El club de los países avanzados –aquellos que comenzaron su industrialización en el siglo XIX o, en el caso de Gran Bretaña, antes– fueron los que colonizaron. Estados Unidos, por supuesto, también comenzó su vida como colonia, pero debido a que su población de colonos estaba formada por inmigrantes de Europa, especialmente Gran Bretaña, su relación con Gran Bretaña como potencia imperial era muy diferente a la de aquellas colonias cuyos habitantes eran de una raza diferente y cultura. Estados Unidos, además, más tarde también adquiriría sus propias colonias. China y la India serán las primeras grandes potencias previamente colonizadas y compuestas por razas y culturas no blancas. En otras palabras, China y la India pueden identificarse con aquellos que han sido colonizados de una manera que las potencias imperialistas obviamente no pueden. Esto ha ayudado enormemente a China en su cortejo de África, como veremos en el capítulo 9. Aquí hay otro cambio poderoso en la textura y el simbolismo de la política global representado por el ascenso de China y, en este caso, especialmente de la India.

El viaje desde la Universidad de Fudan en el lado norte de Shanghai hasta el Museo de Shanghai en el centro debe haber durado aproximadamente una hora, tal vez más. Hace una década las carreteras no sólo estaban congestionadas sino también en estado variable de reparación. Con bastante frecuencia, en el curso de mis viajes por la ciudad, descubrí que los taxistas sólo tenían una idea bastante vaga de dónde podría estar mi destino y no era del todo inusual quedarme abandonado en lo que uno esperaba que fuera la vecindad general del mismo: la ciudad estaba cambiando tan rápidamente que los mapas de carreteras estaban obsoletos antes de ser publicados, dando un significado completamente diferente a lo que en Londres los taxistas llaman "el conocimiento". Sin embargo, en esta ocasión no hubo tal problema; ser un punto de referencia famoso en la zona central de Shanghai garantizaba familiaridad.

Mi compañera en el viaje para entrevistar al fundador del magnífico Museo de Shanghai fue una estudiante de sociología, Gao, que estaba en su último año en la Universidad de Fudan antes de partir para realizar un doctorado en una de las mejores universidades estadounidenses. Su profesor le había pedido que me ayudara durante mi estancia de un mes en Fudan y ella me había demostrado un gran apoyo. Era una de las estudiantes universitarias más inteligentes y comprometidas que había conocido y era extraordinariamente culta. Más que eso, fue una compañía muy agradable y agradable, llena de sugerencias, siempre dispuesta a atender mis solicitudes, además de tener muchas ideas propias. Ella ayudó a que mi estancia en Shanghai fuera un verdadero placer. En esta ocasión ella venía conmigo para ayudar con cualquier traducción que pudiera ser necesaria durante la entrevista.

En el taxi hablamos de la entrevista, del Museo, que había visitado en un par de ocasiones anteriores, y de las entrevistas previstas antes de mi regreso a casa en Hong Kong dentro de poco más de una semana. Luego nuestra conversación desvió hacia otros temas. Naturalmente, Gao estaba entusiasmado con la perspectiva de estudiar en Estados Unidos y de repente dijo: '¿Sabías que algunos estudiantes chinos que van a Estados Unidos se casan con estadounidenses?' Le hablé del programa de televisión que había hecho el año anterior sobre los chinos de ultramar, incluida una entrevista con una pareja mestiza que vivía en San Francisco. "En realidad, hace tres semanas vi a una pareja mixta en la caja del supermercado al final de nuestra calle", dije. "Una mujer china y un chico americano." Luego agregué después de una pausa: "Era negro". ¿Por qué le dije eso? Supongo que hubo varias razones. En Hong Kong era raro ver una pareja así; de hecho, era la única vez que había visto una y se me quedó grabado en la mente. Y mi esposa era india-malasia y poseía la piel marrón oscura más hermosa, pero yo era dolorosamente consciente de que no todos percibían su color como yo, especialmente los chinos de Hong Kong.

No estaba en absoluto preparado para la reacción de Gao. Su rostro se contrajo y reaccionó como si acabara de escuchar algo ofensivo y aborrecible. Claramente encontró ese pensamiento repelente, como si fuera antinatural y extraño, similar a tener una relación con otra especie. Su reacción fue una demostración de repulsión física

prolongada como nunca antes había presenciado. Para ella la idea era simplemente inconcebible. Gao era una mujer inteligente y muy educada; y uno extremadamente bonito. Me quedé impactado. Le pregunté qué le pasaba mientras se retorció de disgusto, pero no hubo respuesta ni posibilidad de razonar con ella. Ese fue más o menos el principio y el final de nuestra conversación sobre el tema. El recuerdo de ese viaje ha permanecido conmigo desde entonces. Lamentablemente, no había ninguna razón para pensar que la reacción de Gao fuera inusual o excepcional. Esta no fue simplemente la reacción de un individuo sino la actitud de una cultura. Y seguramente estaba destinada a convertirse en miembro de la élite china.

¿Cómo será China como gran potencia? La forma tradicional de responder a esta pregunta es en términos de geopolítica, política exterior y relaciones interestatales. En otras palabras, se considera un área especializada de los ministerios de Asuntos Exteriores, la diplomacia, las conversaciones bilaterales, las negociaciones multinacionales y el ejército. Sin embargo, concentrarse en las estructuras formales de las relaciones internacionales no aborda los factores culturales que moldean la forma en que un pueblo piensa, se comporta y percibe a los demás. El enfoque geopolítico informa cómo razona y actúa una élite estatal, mientras que un análisis cultural, arraigado en la historia y la conciencia popular, busca explicar los valores, actitudes, prejuicios y suposiciones de un pueblo. En el corto plazo, lo primero puede explicar la conducta de las relaciones entre países, pero a largo plazo los valores y prejuicios de las personas son mucho más significativos y trascendentales. En última instancia, las naciones ven el mundo en términos de su propia historia, valores y mentalidad y tratan de darle forma a ese mundo a la luz de esas experiencias y percepciones. .

Tomemos el ejemplo de Estados Unidos. Es fundamental para cualquier comprensión del comportamiento estadounidense durante los últimos tres siglos que se trataba de un país establecido por colonos europeos que, mediante la guerra y las enfermedades, eliminaron en gran medida a la población indígena de amerindios; quienes, habiendo destruido lo que existía antes, pudieron empezar de nuevo sobre la base de las tradiciones europeas que habían traído consigo; quienes emprendieron una agresiva expansión hacia el oeste hasta llegar a ocupar todo el continente; y que se enriquecieron en gran medida gracias a los esfuerzos de sus esclavos africanos. Sin estos elementos básicos, es imposible encontrar algún sentido a la historia estadounidense posterior. Nos ayudan a comprender los contornos básicos del comportamiento estadounidense, incluida la idea de Estados Unidos como modelo universal y la creencia en su destino manifiesto. Está claro que la raza y la etnia son fundamentales para este panorama. Consciente o inconscientemente, están en el centro de la forma en que las personas se definen a sí mismas y su relación con los demás.

Este enfoque más cultural es, en todo caso, aún más importante en el caso de China porque sólo muy recientemente ha llegado a verse a sí misma como un Estado-nación y a comprometerse con el protocolo de un Estado-nación: la mayoría de las actitudes, percepciones y comportamientos chinos, como vimos en el capítulo anterior, todavía se entienden mejor en términos de su herencia civilizatoria que de su condición de Estado-nación. Si queremos comprender cómo se comportará China hacia el resto del mundo, primero debemos entender qué ha hecho de China lo que es hoy, cómo ha evolucionado, de dónde vienen los chinos y cómo ven a China. ellos mismos. No podemos apreciar su actitud hacia el resto del mundo sin comprender primero su visión de sí mismos. Una vez más, la historia, la cultura, la raza y el origen étnico son centrales

en la historia.

De Diversidad a Homogeneidad

China, o al menos la masa terrestre que ahora llamamos China, alguna vez estuvo, como cualquier otro territorio enorme, ocupada por una gran multitud de razas. Hoy, sin embargo, China se ve y se proyecta a sí misma como una nación abrumadoramente homogénea, con más del 91 por ciento de la población definida como chinos Han. Es cierto que la Constitución define a China como un Estado unitario y multiétnico, pero las otras razas componen menos del 9 por ciento de la población, un porcentaje notablemente pequeño dado su enorme tamaño. Sin embargo, un turista que visita las tres grandes ciudades de Guangzhou al sur, Shanghai al este y Beijing al noreste no debería tener dificultad en notar que existen diferencias físicas muy marcadas entre sus habitantes, aunque todos ellos se describen a sí mismos como chinos han. Mientras que los pekineses son tan altos como los caucásicos, los de Guangzhou tienden a ser bastante más bajos. Dado que la China moderna es producto de una multiplicidad de razas, esto no es sorprendente. La diferencia entre China y otras naciones populosas no ha sido la falta de diversidad, sino más bien la extraordinaria longevidad y continuidad de la civilización china, de modo que la identidad de la mayoría de las razas se ha perdido, a lo largo de miles de años, debido a una combinación de conquista, absorción, asimilación, matrimonios mixtos, marginación y exterminio.

Como todas las categorías raciales, los chinos han –producto de la fusión gradual de muchas razas diferentes– es un grupo imaginado. De hecho, el término «chinos Han» no apareció hasta finales del siglo XIX. Pero tal ha sido el poder de la idea, y sus raíces en la larga historia de la civilización china, que ha engendrado lo que sólo puede describirse como su propio mito histórico, que implica la proyección del presente hacia el pasado distante. Ese mito sostiene que los chinos son y siempre han sido de una sola raza, que comparten un origen común y que quienes ocupan lo que hoy es China siempre han disfrutado de una afinidad natural entre sí como una gran familia. Esto se ha convertido en un parte integral del folclore chino y es compartida por las tradiciones confuciana, republicana y comunista por igual. Una reciente publicación oficial china sobre educación patriótica declaró: “El patriotismo es una excelente tradición de nuestra nación china. Durante miles de años, como enorme fuerza espiritual, estimuló continuamente el progreso de nuestra historia.”

Existe una opinión común entre los chinos de que la civilización china comenzó con el Emperador Amarillo (Huang Di), quien, según cuenta la leyenda, nació en 2704 a. C. y gobernó un reino cerca del río Amarillo en la llanura central que es considerada la cuna de la civilización china. Muchos chinos, tanto en el continente como en el extranjero, creen que descienden genealógicamente del Emperador Amarillo. Aunque Mao rechazó la idea, ésta ha protagonizado una especie de resurgimiento desde mediados de los años ochenta. En un discurso de 1984, Deng Xiaoping sugirió que el deseo de reunificación del continente y Taiwán estaba innatamente "arraigado en los corazones de todos los descendientes del Emperador Amarillo". Un conocido intelectual, Su Xiaokang, ha escrito: "Da la casualidad de que este río Amarillo engendró una nación identificada por el pigmento amarillo de su piel". Además, esta nación también se refiere a su ancestro más antiguo como el Emperador Amarillo. Hoy, sobre la faz de la tierra, de cada cinco

seres humanos, hay uno que es descendiente del Emperador Amarillo. Esta afirmación implica que los chinos tienen orígenes diferentes a los de todos los demás. Al igual que los japoneses, los chinos han sostenido durante mucho tiempo, aunque con importantes voces discrepantes, una visión poligenista de los orígenes del Homo sapiens, creyendo que –en contraste con la opinión generalizada de que todos procedemos de un único ancestro en África– la humanidad, de hecho, múltiples orígenes. El Hombre de Pekín, descubierto en Zhoukoudian, cerca de Beijing, entre 1929 y 1930,¹³ ha sido ampliamente interpretado en China como el "antepasado" de la raza mongoloide. En 2008 se hizo otro descubrimiento importante de fósiles de cráneos de un homínido –el hombre de Xuchang– en el yacimiento de Xuchang, en la provincia de Henan, que se creía que databa de hace entre 80 y 100.000 años. Un artículo del China Daily afirmaba que "el descubrimiento de Xuchang respalda la teoría de que el hombre chino moderno se originó en lo que hoy es territorio chino y no en África". Continuó: "Los descubrimientos arqueológicos extraordinarios son fundamentales para mantener nuestra identidad nacional, así como la historia de nuestra civilización antigua". Si bien los hallazgos arqueológicos a nivel internacional se consideran parte de un esfuerzo mundial para comprender la evolución de la raza humana, en China, donde se les otorga una prominencia inusual, se les considera en cambio una parte integral de la historia nacional y se utilizan "para promover un concepto unificador de origen único y continuidad dentro de la nación china".

Los historiadores chinos generalmente describen el proceso de expansión territorial china como un proceso de "unificación" más que de "conquista", considerando la expansión como una evolución progresiva hacia una unidad predeterminada e inevitable. El territorio, una vez tomado, ha sido considerado inmutablemente chino. Existe una poderosa suposición subyacente de que las numerosas razas y nacionalidades siempre han demostrado una lealtad indivisa a los regímenes imperiales. La verdad, de hecho, es bastante diferente.

Lejos de que la expansión de China hasta sus fronteras actuales fuera un proceso armonioso y natural, la realización de una nación siempre esperando a nacer, fue en realidad, como era de esperar, un proceso complicado de guerra, rivalidad, conflicto étnico, hegemonía, asimilación, conquista y asentamiento. El embrión de la China contemporánea nació de la victoria militar de los Qin (221-206 a. C.), después del período de los Estados Combatientes durante el cual más de 100 estados lucharon por la supremacía en el norte y centro de China. La dinastía Qin –que, antes de su triunfo, coincidía aproximadamente con la actual provincia noroccidental de Shaanxi– finalmente salió victoriosa sobre otros seis reinos y logró expandir su territorio seis veces. Durante los 2.000 años que siguieron a la victoria de Qin, China se expandió hacia el sur hasta el Mar de China Meridional, hacia el norte para incorporar gran parte de las tierras esteparias y hacia el oeste hacia Asia Central. Lejos de que esta enorme expansión geográfica se caracterizara por un proceso natural de fusión, paz y armonía, como era de esperar, implicó muchos conflictos y muchas guerras.

El crecimiento de China es la historia de la expansión exterior de los chinos del norte. La zona de conflicto más conocida se refiere a la región al norte de Beijing, que limita con lo que hoy conocemos aproximadamente como Mongolia y Manchuria. Durante miles de años esta región fue disputada entre los nómadas de las estepas del norte a caballo y los chinos de base agraria. El cuadro que pintan las historias oficiales chinas es el de nómadas agresivos y desenfrenados y campesinos chinos amantes de la paz. Si bien es cierto que los chinos estaban constantemente preocupados por la seguridad de

sus fronteras septentrionales (hasta la dinastía Qing, los nómadas esteparios mostraban Se consideraban combatientes muy eficaces: los chinos con frecuencia intentaban conquistar y conservar las tierras esteparias de su norte. En lugar de ver la Gran Muralla como una línea de defensa fortificada contra los nómadas, de hecho, es más apropiado considerarla como el perímetro exterior de un imperio chino en expansión⁴ Los nombres de las fortificaciones revelan la naturaleza de la intención china: 'Torre para la Represión del Norte' y 'Fuerte donde matan a los bárbaros'. Los chinos consideraban a los nómadas inferiores y se referían a ellos como bárbaros. Fue el conflicto de larga data entre los chinos y los nómadas esteparios lo que moldeó el sentido chino de superioridad cultural, dio lugar a la distinción entre "civilización" y "bárbaros", y condicionó en gran medida el pensamiento chino sobre "yo" y "el otro». La división no es sorprendente: las comunidades agrícolas asentadas en todas partes despreciaban a los nómadas como atrasados y primitivos. Sin embargo, los chinos y los nómadas esteparios, aunque más o menos constantemente en guerra, también experimentaron una especie de relación simbiótica. En muchas ocasiones, los "bárbaros" conquistaron con éxito China y se convirtieron en sus gobernantes, el caso más famoso fue el de los mongoles y más tarde el de los manchúes de la dinastía Qing. De hecho, como testimonio del alcance de la incursión e interacción mutuas a lo largo de los milenios, la casta gobernante china era esencialmente una mezcla racial de los chinos del norte y las tribus nómadas de las estepas. El predominio de los chinos, sin embargo, se ilustra por la manera en que tanto los mongoles como los manchúes –y todos los demás conquistadores de China desde las estepas – invariablemente, tarde o temprano, se volvían 'chinos' una vez en el poder. El historiador Wang Gungwu ha sugerido que "en los últimos mil años, los chinos sólo pueden afirmar haber gobernado su propio país durante 280 de esos años", pero en todos los casos los gobernantes "extranjeros" adoptaron la cultura confuciana y el sistema de gobierno confuciano. . No hay demostración más poderosa de la naturaleza avanzada de la civilización confuciana y de la influencia hegemónica que ejerció sobre los pueblos alrededor de sus fronteras.

La conquista de las tierras del sur es menos conocida. Tuvo lugar a lo largo de un período de casi tres milenios e implicó el movimiento de poblaciones enteras, la mezcla de razas y la desaparición o transformación de culturas. Algunas razas desaparecieron por completo, mientras que reinos sustanciales fueron destruidos o sujetos a un proceso de absorción y asimilación. El rico follaje de estas tierras subtropicales se prestó a la guerra de guerrillas y los gobernantes Han, durante las dinastías Qin y Han en particular, se mantuvieron en un estado de inseguridad más o menos permanente⁸ Con diferencia, la mayor expansión individual –y ciertamente el más rápido tuvo lugar en la fase inicial de la dinastía Qing controlada por los manchúes, desde 1644 hasta finales del siglo XVIII, cuando el territorio bajo dominio chino se duplicó con creces. Esto implicó la conquista de tierras al norte, en particular las ocupadas por los mongoles, y al noroeste, las tierras natales de las diversas poblaciones musulmanas de Turkestán. Muchos de los pueblos conquistados, particularmente en Asia Central y El Tíbet tenía poco o nada en común con los chinos Han. Estas tierras se convirtieron en territorios coloniales del imperio Qing, de enorme extensión, escasamente poblados y ricos en algunos recursos naturales. La expansión de China usualmente implicó una combinación de fuerza militar y ejemplo cultural. Esto fue ciertamente cierto en el sur y el centro de China, así como en las tierras esteparias. Pero la conquista Qing del noroeste y del oeste fue diferente y se logró mediante el uso de fuerza y brutalidad particulares. La mayoría de los zúngaros, por ejemplo, que ocuparon gran parte de lo que ahora conocemos como Xinjiang, eran

exterminado.

La expansión del imperio chino durante un período histórico tan largo implicó lo que podría describirse como una frontera en constante movimiento o, para ser más precisos, muchas fronteras en movimiento. Una de las características de la expansión fue el reasentamiento de enormes cantidades de personas en toda China, siendo el movimiento de población, siempre altamente regulado, un importante instrumento de política gubernamental. Los Qin, por ejemplo, lo desplegaron a escala masiva para ocupar y pacificar su territorio enormemente ampliado. Uno de los ejemplos más notables fue el enorme reasentamiento de la provincia de Sichuan, en el suroeste, cuya población había caído a alrededor de medio millón en 1681, pero que alcanzó los 207 millones en 1812 como resultado del movimiento de colonos inmigrantes, organizados y orquestado por la dinastía Qing.³² Este proceso todavía es evidente hoy en día, con la afluencia constante de inmigrantes Han a Mongolia Interior, donde ahora constituyen una gran mayoría, y al Tíbet y Xinjiang, donde representan minorías sustanciales, , posiblemente incluso una mayoría en el caso de este último. El reasentamiento ha sido una herramienta clave en el proceso de expansión y hanificación de China.

Es importante, en este contexto, distinguir entre una expansión terrestre como la de China y una expansión marítima como las de los imperios europeos de Gran Bretaña y Francia. Las colonias europeas nunca adquirieron ningún grado de permanencia porque, excepto en aquellos casos en los que hubo un asentamiento blanco abrumador, como por ejemplo en Australia y América del Norte, era imposible asimilar razas y culturas que, en virtud del lugar y la distancia, eran completamente diferentes. Esto era bastante diferente de China, que, debido a su expansión terrestre, siempre disfrutó de la ventaja de la proximidad, lo que permitió, de ser necesario, que el proceso de absorción e incorporación durara miles de años. Como consecuencia, En términos de la conciencia de los numerosos grupos que lo componen, el imperio chino ya no es un imperio, excepto en sus bordes norte y, especialmente, noroeste y oeste, donde la población de estas áreas representa sólo el 6 por ciento de la población de China. total.³⁴ Por lo tanto, China sólo enfrenta diferencias, en su mayor parte, en su perímetro. Por otro lado, en términos de tierra, estas regiones son extremadamente importantes y representan alrededor del 64 por ciento de la masa terrestre de China. Territorialmente hablando, China sigue siendo un imperio.

Hasta su compromiso con Europa en el siglo XIX, China se veía a sí misma en términos bastante diferentes a los de un Estado-nación. China creía que era el centro del mundo, el Reino Medio, la "tierra bajo el Cielo" (tianxia), en un plano completamente diferente de otros reinos y países –que ni siquiera requiere un nombre. Fue la tierra elegida no en virtud de Dios, como en el caso de Israel o los Estados Unidos, sino por pura brillantez de su civilización. Quizás la mejor manera de ilustrar la mentalidad de la China imperial sea mediante los mapas de la época. Estos consistían en una serie de círculos o rectángulos concéntricos, con Beijing en el epicentro, con el núcleo formado por los chinos del norte, y luego moviéndose progresivamente hacia afuera a través de China, desde aquellos plenamente aceptados como chinos, hasta los bárbaros internos y los bárbaros externos, , los estados tributarios y, finalmente, a aquellos condenados a las tinieblas exteriores, considerados incapaces de ser civilizados, que vivían en tierras y continentes distantes (ver ilustración en la página 242). La China imperial, en resumen, adoptó una visión completamente sinocéntrica de su lugar en el orden global. No se trataba de un mundo con una medida común, como en un sistema de Estados-nación,

sino más bien de un mundo bifurcado, que consistía en una única "civilización" rodeada de muchos "bárbaros", estos últimos organizados según sus culturas y proximidad a la civilización, como en un espectro de sombras cada vez más profundas. Como "tierra bajo el cielo", la China imperial era un universo por derecho propio, superior y distinto del resto del mundo, superior en todos los aspectos, una forma superior de civilización lograda en virtud de los valores, la moral y las enseñanzas del confucianismo y el estado dinástico que los encarnaba. Su ideal era el universalismo, que fue la razón fundamental de su expansión.

A diferencia de un Estado-nación, sus fronteras no estaban cuidadosamente trazadas ni vigiladas abundantemente, sino que eran más bien zonas que se alejaban de la civilización a través de los diversos estados de barbarie. No es sorprendente que el centro del mundo no requiriera un nombre, ya que el Reino Medio no necesitaba más explicación o descripción. Su modo de expansión fue una combinación de conquista y ejemplo cultural, su justificación ideológica la de una "misión civilizadora". El sistema chino ejerció una influencia hegemónica extraordinaria en toda la región circundante: en la lejana isla de Japón y en la península de Corea, que, como hemos visto, adoptó caracteres chinos para sus sistemas de escritura y utilizó una forma de confucianismo para sus principios morales y su sistema de gobierno; en los nómadas tribales de las estepas del norte, la mayoría de los cuales, cuando las circunstancias lo permitieron o lo dictaron, quedaron bajo el hechizo confuciano; sobre lo que ahora conocemos como Vietnam, que fue completamente confucianizado mientras defendía ferozmente su independencia de los chinos durante muchos siglos; y finalmente, como hemos visto, en la progresiva sinización de los diversos pueblos que componen lo que hoy conocemos como China. Cualquiera que sea el papel de la fuerza, y fue fundamental, no se puede tolerar el enorme poder, influencia y prestigio del pensamiento y la práctica chinos.

La teoría política occidental tradicional se ha esforzado por trazar una distinción firme y categórica entre regímenes dinásticos de base agraria y Estados-nación. China, que ha adoptado muchas de las características clave de un Estado-nación sin dejar de ser esencialmente un Estado-civilización, confunde este tipo de distinciones tradicionales, ya que las líneas de continuidad entre el Reino Celestial y la China moderna como civilización-nación- Estado-nación. Así, la China imperial ya disfrutaba, en forma elemental, de algo de lo que entendemos, en un contexto comparativo más amplio, como los pilares fundamentales y las características incipientes de un Estado-nación. En el confucianismo, por ejemplo, poseía una ideología estatal por excelencia, con diferencia la más avanzada de su tiempo, que imbuía la perspectiva de la élite y también influía en la población en general.⁴¹ La burocracia mandarín – educada en los preceptos del confucianismo, dedicado a la idea de servicio y dotado de un poderoso credo de administración, fue el servicio civil más sofisticado de su época. Y el país ya disfrutaba de una lengua escrita compartida: es posible que se hablaran muchos dialectos en toda China, la mayoría de los cuales sólo podían ser entendidos por sus propios hablantes, pero todas las versiones habladas compartían una escritura escrita común y esto actuó como una fuente de afinidad, identidad y cohesión entre la población. Finalmente, el sinocentrismo –la idea del Reino Medio, la visión de que China era el centro del mundo, la creencia de que la civilización china era la más avanzada del mundo– proporcionó lo que podría describirse como una forma primordial de patriotismo. Este no era el tipo de patriotismo que asociamos con el nacionalismo del Estado-nación moderno, sino más bien una creencia en su propio universalismo, la relevancia y aplicabilidad de su cultura. para todos los pueblos y sociedades, y su inherente superioridad en relación con los

demás. Implícita en este sentimiento de preeminencia, como veremos, había una noción incipiente de superioridad racial, así como cultural, de modo que ambas quedaron íntimamente entrelazadas.

Hacia finales del siglo XIX, bajo la creciente amenaza de las potencias europeas y Japón, la dinastía Qing se vio cada vez más obligada a operar de acuerdo con las reglas de un sistema internacional basado en Estados-nación. La visión altiva que había mantenido anteriormente sobre su elevado papel en relación con el de otros Estados se hundió en la roca de la superioridad europea. La "tierra bajo el cielo" fue traída a la tierra. El Reino Medio se convirtió en un estado más, ahora con un nombre, China, como cualquier otro. Una élite y un pueblo educados en la idea de su superioridad cultural entraron en una prolongada crisis de duda, incertidumbre y humillación de la que, siglo y medio después, recién ahora están comenzando a salir. China, asediada por potencias extranjeras, se vio obligada a iniciar el proceso de definir sus fronteras con el mismo tipo de precisión que otros Estados, aunque tal era la longitud de esas fronteras y el número de sus vecinos que incluso hoy las de la India siguen sin resolverse.

Con la creencia en su superioridad cultural sacudida y socavada, los chinos comenzaron una larga y agonizante búsqueda de un nuevo sentido de identidad a medida que las circunstancias se volvían más precarias y desesperadas a finales del siglo XIX. Fue durante este período que el escritor nacionalista Zhang Taiyan introdujo el término "pueblo Han" (Hanren) para describir la nación china, y rápidamente adquirió popularidad y uso generalizados.⁴⁴ Se podría haber elegido "chinos Qin", pero se prefirió a los Han. , probablemente porque la dinastía Han, que siguió inmediatamente a la Qin (el primer imperio chino unificado), duró mucho más: 400 años en comparación con apenas quince. El término "chinos Han" fue una invención, nada más que una construcción cultural: no existía tal raza; los chinos Han eran, en realidad, una amalgama de muchas razas.⁴⁵ El propósito del término era abiertamente racial, un medio de inclusión y exclusión. Se utilizó como forma de definir a los chinos frente a los manchúes, que formaron la dinastía Qing y que, después de 250 años en el poder, empezaron a ser vistos cada vez más, a medida que su gobierno comenzaba a desmoronarse, como una presencia extraña y objetable. También estaba dirigido contra los europeos, que controlaban la mayoría de los puertos del tratado y que eran vistos como socavando el tejido de China y la vida china. El profundo resentimiento contra los europeos, a quienes se hacía referencia cada vez más en términos raciales despectivos, quedó gráficamente ilustrado por el xenófobo y nativista Levantamiento de los Bóxers (1898-1901), que marcó los inicios de un nacionalismo popular chino, aunque no fue hasta la invasión japonesa en 1937 que ésta se convirtió en un auténtico fenómeno de masas. Hoy en día hay muchas expresiones de nacionalismo chino, en particular dirigidas contra los japoneses –como en las manifestaciones de 2005– y también contra varias potencias occidentales, especialmente Estados Unidos; como resultado, se ha vuelto común referirse al ascenso del nacionalismo chino. El problema es que esto sugiere que se trata esencialmente del mismo tipo de fenómeno que otros nacionalismos cuando, de hecho, el nacionalismo chino no puede reducirse a un nacionalismo de Estado-nación porque sus raíces subyacentes son civilizacionales. El sinocentrismo imperial da forma y sustenta el nacionalismo chino moderno. Sería más exacto hablar de un fenómeno dual, a saber, el civilizacionalismo chino y el nacionalismo chino, uno superponiéndose al otro y reforzándolo.

El racismo es un tema que la gente a menudo trata de evitar, ya que se considera demasiado embarazoso desde el punto de vista político, y cualquier sugerencia de su existencia a menudo provoca una respuesta de indignación y negación inmediata. Sin embargo, es fundamental para el discurso de la mayoría, si no de todas, las sociedades. Siempre está acechando en alguna parte, a veces en la superficie, a veces justo debajo. Esto tampoco es sorprendente en lo más mínimo. Los seres humanos se ven a sí mismos en términos de grupos, y la diferencia física es un significante obvio y poderoso de ellos. Es sólo una corta distancia atribuir características culturales y mentales más amplias a un grupo sobre la base de diferencias físicas visibles: en otras palabras, esencializar esas diferencias físicas, arraigar la cultura en la naturaleza, equiparar grupos sociales con unidades biológicas. Existe una opinión ampliamente extendida, sobre todo en Asia oriental, de que el racismo es un "problema de los blancos": es lo que los blancos hacen a los demás. Tanto en China como en Taiwán, la posición oficial es que el racismo es un fenómeno de la cultura occidental, y Hong Kong sostiene una opinión muy similar. Esto es una tontería. Todos los pueblos son propensos a esas formas de pensar o, para decirlo de otra manera, todas las razas albergan prejuicios raciales, participan en modos de pensamiento racistas y practican el racismo contra otras razas. De hecho, el racismo es un fenómeno universal del que ninguna raza está exenta, incluso aquellas que han sufrido gravemente a manos de él. Sin embargo, cada racismo, si bien comparte características generales con otros racismos, también es distinto y está moldeado por la historia y la cultura de un pueblo. Así como hay muchas culturas diferentes, también hay muchos racismos diferentes. El racismo blanco ha tenido un efecto mucho mayor y más profundo –y nocivo– en el mundo moderno que cualquier otro. Así como los blancos han disfrutado de mucho más poder que cualquier otro grupo racial durante los dos últimos siglos, su influencia –y sus prejuicios– han llegado mucho más lejos y han tenido un impacto mayor, de manera más dramática como resultado del colonialismo. Pero eso no significa que otros pueblos no posean actitudes y prejuicios similares hacia las razas que consideran inferiores.

Este es ciertamente el caso en el este de Asia. Aunque rara vez se reconoce, en muchas partes de la región, especialmente en el noreste de Asia, la noción de identidad está altamente racializada. En China y Japón se han utilizado muchos términos desde finales del siglo XIX para representar a estos países como entidades biológicamente específicas. En China, estos incluyen zu (linaje, clan), zhong (semilla, raza, tipo, raza), zulei (tipo de linaje), minzu (linaje de personas, nacionalidad, raza), zhongzu (raza de linaje, tipo de linaje, raza), renzhong (raza humana, raza humana); mientras que los utilizados en japonés incluyen jinshu (raza humana), shuzoku (raza de linaje, tipo de linaje, raza) y minzoku (linaje de personas, nacionalidad, raza). Incluso en el sudeste asiático, que Aunque es racialmente mucho más heterogéneo, las identidades raciales siguen siendo muy poderosas. En resumen, un sentido racializado de pertenencia suele estar en el centro de la identidad nacional en el este de Asia.

La importancia del discurso racial en China y otras sociedades confucianas como Japón, Singapur, Taiwán, Corea y Vietnam plantea la pregunta de por qué es así. Es casi seguro que la respuesta está ligada a la centralidad de la familia, que ha sido un hilo conductor continuo y crucial en la tradición china (como en todas las sociedades confucianas) y que, junto con el Estado, es la institución social clave. La familia define el significado principal de "nosotros", pero la familia también está estrechamente vinculada a la idea

de linaje, que sirve para definir un "nosotros" mucho más amplio. La gente en China tiene desde hace mucho tiempo la costumbre de pensar que las personas con el mismo nombre comparten un ancestro común. Desde la dinastía Ming, ha sido común que diferentes linajes con el mismo apellido vinculen a ancestros y establezcan vínculos de parentesco ficticios a través de una figura histórica famosa, como en el caso del Emperador Amarillo. "Toda la población china", sugiere Kai-wing Chow, "podría imaginarse como una colección de linajes, ya que todos compartían los mismos apellidos Han". Y el hecho de que haya relativamente pocos apellidos en China ha servido para magnificar este efecto. En la costumbre china, el linaje, al igual que la familia, está íntimamente asociado con la continuidad biológica y la descendencia sanguínea (una idea que goza de un significado cultural central en las sociedades confucianas), al igual que, por extensión, la nación misma. Esto se refleja en la noción de ciudadanía, siendo la sangre la preconditione definitoria en todas estas sociedades: de hecho, es casi imposible adquirir la ciudadanía de cualquier otra manera.

Lejos de ser una invención occidental, el racismo tiene raíces antiguas tanto en China como en Japón. Hay evidencia escrita citada por Jared Diamond que se remonta al menos al año 1000 a. C. que muestra que los chinos se consideraban superiores a los no chinos y que los chinos del norte veían a los del sur de China como bárbaros. En la antigua China, la élite gobernante Medía a los grupos con un criterio cultural según el cual aquellos que no seguían las costumbres chinas eran considerados bárbaros, aunque estos últimos podían ser reclasificados posteriormente dependiendo del grado de su asimilación cultural. Dentro del Reino Medio, los bárbaros típicamente se dividían en dos categorías: "bárbaros crudos" (shengfan), que eran vistos como salvajes y resistentes, y "bárbaros cocidos" (shufan), que eran considerados mansos y sumisos. Se consideraba que los bárbaros cocidos estaban en la cúspide de la Ser civilizados y bárbaros crudos es algo que está más allá de la asimilación. Aquellos que vivían fuera de las fronteras de China eran considerados bárbaros crudos o, peor aún, parecidos a animales. La distinción entre hombre y animal en el folklore chino era borrosa, y los grupos alienígenas que vivían fuera de China eran frecuentemente considerados como salvajes al borde de la bestialidad y a menudo descritos mediante el uso de radicales animales (los radicales son un componente clave de los caracteres escritos chinos), identificando así a diferentes pueblos no chinos con diversos tipos de animales. De esto se desprende claramente que el sentido chino de superioridad estaba basado en una combinación de cultura y raza, ambas inseparablemente vinculadas, y la importancia relativa de cada una varía según el tiempo y las circunstancias. Frank Dikötter, autor del principal estudio en inglés sobre el racismo chino, sostiene:

Por un lado, la pretensión de universalismo cultural llevó a la elite a afirmar que el bárbaro podía ser "sinizado" o transformado por la influencia benéfica de la cultura y el clima. Por otro lado, cuando el sentido chino de superioridad cultural se vio amenazado, la élite apeló a diferencias categóricas en la naturaleza para expulsar al bárbaro y aislar al país de las influencias perversas del mundo exterior.

Sin embargo, en su mayor parte prevaleció la visión expansiva más que la defensiva. El color de la piel adquirió una importancia temprana. Desde los tiempos más antiguos, los chinos optaron por llamarse blancos, con una tez clara muy valorada y comparada con el jade blanco. A principios del siglo XII, la élite otorgaba un significado elevado a ser blanco, con conciencia del color entre la élite sensibilizada por los contactos

marítimos establecidos durante la dinastía Song del Sur (1127-1279 d.C.). Durante este período, incluso la imagen recientemente popular de Buda pasó de ser un "indio moreno semidesnudo a una divinidad vestida más decentemente y con una tez apropiadamente clara", más bien como Jesús fue blanqueado en la tradición cristiana occidental. Por supuesto, no todos Los chinos tenían tez clara. En particular, aquellos que trabajaban mucho y duro en los campos bajo un sol feroz estaban curtidos por la intemperie y tenían la piel oscura. La distancia y distinción simbólicas, representadas por la clase y hechas visibles en el color de la piel, fueron proyectadas por la élite china en el mundo exterior a medida que entraban en contacto creciente con otros pueblos y razas. El blanco era considerado el centro del mundo civilizado, encarnado por el Reino Medio, mientras que el negro representaba el polo negativo de la humanidad, simbolizado por las partes más remotas del mundo conocido. A medida que los chinos se familiarizaron con tierras más distantes durante la dinastía Ming, especialmente a través de los viajes de Zheng He a África y el Sudeste Asiático en el siglo XV, su percepción del color de la piel y la diferencia física se volvió más variada, con africanos y aborígenes invariablemente ubicados en lugares más distantes en la parte inferior, y los malayos y vietnamitas justo encima de ellos.

Durante la dinastía Qing, las categorías raciales se convirtieron en un tema central y factor en la caracterización del bárbaro. Esto representó un cambio importante respecto de las normas culturales que anteriormente habían tendido a prevalecer, aunque el elemento racial siempre había sido significativo. Se elaboraron nuevas taxonomías y clasificaciones raciales, estimuladas por las sangrientas guerras de expansión que los chinos libraron en el siglo XIX. Occidente, lo que los había puesto en contacto con pueblos muy diferentes de ellos a quienes, durante gran parte de la segunda mitad del siglo XIX, lucharon por someter, con sólo un éxito parcial. Pero fue la creciente presencia y poder de los europeos. tras las Guerras del Opio, y la creciente crisis de la dinastía Qing que esto provocó, que resultó ser el impacto más brutal de todos y produciría el mayor cambio en las actitudes chinas, no sólo entre la élite, sino también a nivel popular. A partir de la década de 1890, el racismo cultural de la antigua China fue articulado en una filosofía racista nueva y popular por una clase creciente de académicos y escritores, que estaban influenciados por las teorías raciales y el darwinismo social prevalecientes en Occidente en ese momento. El racismo se convirtió ahora en una parte integral del pensamiento popular, articulado en toda una gama de publicaciones de amplia circulación, especialmente entre la población urbana de los puertos del tratado. El nuevo discurso racial cubría todos los aspectos de la diferencia física, desde el color de la piel y el cabello hasta la altura, el tamaño de la nariz, el color de los ojos, el tamaño de los pies y el olor corporal: no se dejó piedra racial sin remover, cada detalle físico se exploró en busca de sus supuestos efectos mentales y sociales más amplios. Los bárbaros habían sido descritos habitualmente como "diablos" desde principios de siglo, pero ahora se los distinguía según el color de su piel: a los caucásicos se les llamaba "diablos blancos" (baigui) y a los de piel más oscura como "diablos negros". (heigui), términos que todavía son de uso común. Sin embargo, no todos los demonios eran considerados de la misma manera: los demonios blancos eran percibidos como "gobernantes" y los demonios negros como "esclavos". La literatura de los puertos del tratado estaba llena de desprecio hacia los de África y la India.

Durante este período, que coincidió con la creciente popularidad del término "Han", los chinos comenzaron a describirse a sí mismos como amarillos en lugar de blancos, en un esfuerzo por distinguirse de los europeos, por un lado, y de los de piel más oscura, por el

otro. Mientras China intentaba resistir la creciente amenaza europea, el mundo era visto en términos socialdarwinistas de la supervivencia de los más aptos, percibiéndose que los de piel más oscura habían fracasado y, por lo tanto, estaban condenados al olvido inevitable, y las razas amarillas, encabezadas por los chinos, que estaban enfrascados en una batalla desesperada por la supervivencia contra la raza blanca dominante. Los amarillos disfrutaron de una connotación muy positiva en el mundo chino, dada su asociación con el Río Amarillo y el Emperador Amarillo. En 1925, el poeta Wen Yudio, que pasó algún tiempo en Estados Unidos, escribió un poema titulado "Soy chino", que capta el sentimiento creciente del nacionalismo chino de inspiración racial, acentuado en este caso por sus experiencias en Occidente:

Soy chino, soy chino,
Soy la sangre divina del Emperador Amarillo, vengo del lugar más alto del mundo,
Pamir es mi hogar ancestral,
Mi raza es como el río Amarillo,
Fluimos por la ladera de la montaña Kunlun, Fluimos a través del continente asiático,
¡De nosotros han volado costumbres exquisitas, nación poderosa! ¡Nación poderosa!

Frank Dikötter subraya la omnipresencia de formas de pensamiento racializadas, quien registra innumerables ejemplos y agrega:

Sería erróneo suponer que se han reunido estos clichés simplemente tamizando el material impreso a través de un filtro que retiene las expresiones raciales. Se necesitaría una draga para reunir todos los clichés, estereotipos e imágenes raciales que abundaban en China [así como en Occidente] entre guerras. Estos clichés fueron el rasgo más destacado de un discurso racial omnipresente y muy influyente; además, rara vez fue cuestionado. Fueron adoptados y perpetuados por grandes sectores de la intelectualidad.

Si bien este racismo fue claramente un producto del empeoramiento de la situación de la China imperial, una expresión de una crisis de identidad y un deseo de afirmación y certeza, también fue una función del racismo cultural que había sido una característica tan fuerte del Reino Celestial durante un período de casi tres milenios. El rigor de las jerarquías raciales que ahora se volvieron endémicas tenía un parecido sorprendente con la jerarquía cultural del orden social confuciano.

– una ilustración de la compleja interacción entre las formas culturales y raciales de superioridad en la sociedad china.

Este pensamiento racializado influyó fuertemente en los nacionalistas, liderados por Sun Yatsen, quien derrocó a la dinastía Qing en la Revolución de 1911. Él vio los chinos como una sola raza y creían en el inevitable enfrentamiento de las razas amarilla y blanca:

La humanidad está dividida en cinco razas. Las razas amarilla y blanca son relativamente fuertes e inteligentes. Como las otras razas son débiles y estúpidas, están siendo exterminadas por la raza blanca. Sólo la raza amarilla compite con la raza blanca. Esta es la llamada evolución entre las razas contemporáneas que podrían llamarse superiores, sólo existen las razas amarilla y blanca. China pertenece a las razas amarillas.

En otra parte escribió: 'La fuerza más grande es la sangre común. Los chinos pertenecen a la raza amarilla porque provienen de la sangre de la raza amarilla. La sangre de los antepasados se transmite por herencia a través de la raza, lo que hace que el parentesco consanguíneo sea una fuerza poderosa. Inicialmente, descartó a los tibetanos, mongoles, manchúes y otros como numéricamente insignificantes: era un nacionalista Han que veía a los chinos exclusivamente en términos de los Han y, por tanto, como raza nacional. Pero después de la Revolución se enfrentó a la realidad de heredar una China Qing en la que, aunque su número podría haber sido pequeño, las minorías étnicas ocupaban más de la mitad del territorio de China. Si China se definiera sólo en términos de los Han, entonces el gobierno se enfrentaría a la perspectiva de una rebelión étnica y demandas de independencia (que, en última instancia, es lo que ocurrió). Ante esto, el gobierno nacionalista de Sun Yat-sen dio marcha atrás y redefinió a China en términos de una raza y cinco nacionalidades, a saber, los han, los manchúes, los mongoles, los tibetanos y los hui: en otras palabras, China fue reconocida como un Estado multinacional, aunque todavía compuesto por una raza, todos compartiendo los mismos orígenes chinos. Chiang Kai-shek continuó con las líneas generales de este enfoque, pero adoptó una línea fuertemente asimilacionista, reprimiendo a las minorías étnicas en la creencia de que debían ser obligadas a adoptar costumbres y prácticas Han lo más rápidamente posible.

La Revolución de 1949 anunció un cambio importante en la política. El discurso racista que había estado muy extendido desde finales del siglo XIX estaba ahora oficialmente abolido y el nacionalismo han desalentado firmemente. China fue descrita como un Estado unitario y multiétnico, aunque el gobierno, después de ofrecer brevemente a las minorías étnicas (descritas como nacionalidades) el derecho a la autodeterminación, rápidamente retiró esta oferta. En lugar de eso, alentaron a las minorías étnicas a solicitar el reconocimiento oficial de sus estatus de identidad étnica, y finalmente se aceptaron cincuenta y seis (incluidos los han). Eran extremadamente diversos de naturaleza: algunos tenían un sentido muy poderoso de identidad étnica, combinado con aspiraciones separatistas (los uigures y los tibetanos), algunos tenían un fuerte y continuo sentido de identidad étnica pero ninguna ambición separatista (por ejemplo, los Yi), algunos tenían un sentido extremadamente débil de identidad étnica (como los miao, los zhuang y los manchúes), mientras que otros, resacas de un pasado lejano antes de su asimilación más o menos total por los han, apenas existían excepto como una entrada burocrática (por ejemplo, los Bai y los Tujia). Esta última categoría, de hecho, resume la historia china dominante, con el lento pero implacable proceso de Hanificación. A las minorías étnicas con la identidad más fuerte se les concedió cierto grado de autonomía con el establecimiento de cinco regiones autónomas (conocidas como regiones autónomas de Mongolia Interior, Uighur de Xinjiang, Zhuang de Guangxi, Hui de Ningxia y Tíbet), que disfrutaban de poderes propios limitados. incluido el derecho de la minoría a nombrar al primer ministro; Sin embargo, nunca fue concebido como un medio por el cual las minorías étnicas pudieran ejercer alguna forma de gobierno autónomo. Hay tres grupos étnicos que, durante el último siglo, han sostenido fuertes movimientos separatistas, a saber, los mongoles, los tibetanos y los uigures en Provincia de Xingjiang. Los tibetanos disfrutaron de una autonomía considerable hasta la ocupación china en 1951, mientras que Xinjiang, que significa "nuevo territorio", tuvo una breve independencia como Turkestán Oriental, o Uighurstan, en 1933. Cada uno disfruta del estatus de región autónoma, aunque en la práctica esa autonomía es atenuado. En la Región Autónoma de Mongolia hay cuatro

veces más han que mongoles, lo que vuelve a estos últimos relativamente impotentes: de hecho, las patrias de los antiguos conquistadores de China, los mongoles y los manchúes, son ahora abrumadoramente Han. En la Región Autónoma del Tíbet, los Han todavía son superados en número por los tibetanos, mientras que en Xingjiang, que es el principal productor de petróleo y gas de China, representan ahora al menos el 40 por ciento y tal vez más de la mitad, en comparación con el 6 por ciento en un Censo de la década de 1950. Por lo tanto, cada una de estas regiones ha estado sujeta al clásico y frecuentemente repetido proceso de asentamiento Han, que ha cambiado, y continúa cambiando lenta pero seguramente, su equilibrio étnico. No sorprende que las relaciones entre los han y los tibetanos, y entre los han y los uigures, que son principalmente musulmanes y hablan una lengua turca, sigan siendo sospechosas y distantes.

Al frenar el chauvinismo han, evitando la afirmación de que los han representan el núcleo de China y concediendo a las minorías étnicas plena igualdad legal, el gobierno comunista ha evitado los peores excesos asimilacionistas del período nacionalista. Bajo Mao, el lenguaje racial fue reemplazado por el de clase. Sin embargo, las actitudes subyacentes de los Han apenas han cambiado. Existe un prejuicio arraigado entre grandes sectores de los chinos Han, incluidos los altamente educados, hacia las minorías étnicas. Según Stevan Harrell, un escritor sobre las minorías étnicas de China, existe "un sentido de superioridad Han innato, casi visceral". Cita el ejemplo de un funcionario Han que había trabajado en un proyecto forestal del gobierno en medio de un área Yi y quien, a pesar de vivir allí durante veinte años, nunca había probado la comida de Yi porque estaba sucia y lo enfermaría. Lejos de considerar a las minorías étnicas como iguales, se las considera inferiores porque son menos modernas. Existe una creencia subyacente de que deben ser elevados al nivel de los Han, cuya cultura se considera un modelo a seguir y emular por las minorías. Sus culturas son reconocidas a un nivel superficial, por ejemplo en términos de vestimenta y danza tradicionales, pero no tratados como iguales a los Han en asuntos más sustanciales. En esencia, esto no es tan diferente del tipo de arrogancia cultural confuciana infundida étnicamente que influyó en la era imperial. Aunque las formas de pensamiento racializadas se volvieron menos explícitas después de la Revolución de 1949, nunca desaparecieron y siguieron siendo una parte integral, aunque subterránea, del sentido común chino; y, desde el comienzo del período de reformas, han ido en aumento tanto en la cultura popular como en los círculos oficiales.

Tíbet

Xingjiang y Tíbet proporcionan la mejor visión de las actitudes chinas hacia la diferencia, con más de la mitad de la población uigur o tibetana respectivamente, y en ambos casos étnica y racialmente muy diferentes de los Han. Los disturbios anti-Han protagonizados por tibetanos en Lhasa y en las provincias vecinas del Tíbet en marzo de 2008 fueron los peores vistos en muchas décadas y un poderoso recordatorio de las tensiones latentes que existen entre tibetanos y Han. Hubo más de 120 protestas distintas en las distintas zonas tibetanas, la gran mayoría no violentas.

En un principio, el Tíbet estuvo bajo la influencia china de la dinastía Qing en las primeras décadas del siglo XVIII, pero su gobierno se fue debilitando hasta que hacia finales del siglo los Qing intervinieron de nuevo y establecieron una forma de gobierno tributario. En el siglo XIX, la influencia china disminuyó lentamente hasta que los Qing finalmente reafirmaron el control en 1910. Tíbet disfrutó de una autonomía considerable en las décadas posteriores a la Revolución de 1911, cuando China se encontraba en un

estado de división. Tras la invasión china en 1950 se alcanzó un nuevo acuerdo, pero la autonomía prometida nunca se materializó y la tensión resultante culminó en un gran levantamiento en 1959 que fue aplastado por China, con el Dalai Lama, junto con unos 80.000 tibetanos, marchando en exilio. La mayoría de los países reconocen ahora la soberanía china sobre el Tíbet, incluido el Reino Unido a partir de octubre de 2008. El Dalai Lama, que acepta la soberanía china, reclama como Tíbet un territorio mucho más grande que el que actualmente contiene la Región Autónoma del Tíbet: una autoridad administrativa más que región étnica, con alrededor de la mitad de los tibetanos viviendo en provincias vecinas, así como en India y Nepal.

La estrategia china hacia el Tíbet ha comprendido una variedad de enfoques diferentes. Ha seguido una estrategia de represión y asimilación forzada, que ha incluido negarse a reconocer al Dalai Lama, restringir el papel de los sacerdotes budistas y prohibir a los estudiantes tibetanos y a los trabajadores gubernamentales visitar monasterios o participar en ceremonias religiosas. El niño de seis años llamado Panchen Lama, la segunda figura más sagrada del mundo del budismo tibetano, fundado por el Dalai Lama en 1995, fue detenido por las autoridades chinas y no se ha vuelto a ver ni oír hablar de él desde entonces; los chinos, en cambio, nominaron a un niño diferente. Además, China ha fomentado la migración Han a gran escala al Tíbet en un esfuerzo por alterar el equilibrio étnico de la población y debilitar así la posición de los tibetanos, que en su mayor parte viven en zonas rurales y en guetos urbanos segregados. , mientras que los Han, que representan más de la mitad de la población de Lhasa, se concentran en las zonas urbanas. Dado el rápido ritmo de la migración Han, alentado por el nuevo enlace ferroviario directo entre Beijing y Lhasa, es posible que la proporción de Han en la TAR aumente rápidamente en el futuro. En lo que parece haber sido un caso típico de divide y vencerás, China optó por desmembrar a la población tibetana poniendo áreas predominantemente tibetanas bajo jurisdicción no tibetana en las provincias vecinas de Sichuan, Qinghai y Gansu. Por otro lado, China ha hecho un gran esfuerzo para generar crecimiento económico y elevar los niveles de vida en la creencia de que esto ayudaría a ganarse la aquiescencia de los tibetanos, ya que el Tíbet está fuertemente subsidiado por Beijing. Desde 1950, los niveles de vida y la esperanza de vida tibetanos se han transformado, con un crecimiento económico promedio del 12 por ciento en los últimos siete años y un aumento de los ingresos de más del 10 por ciento en los últimos seis años. Los chinos consideran ampliamente a los tibetanos como un pueblo atrasado y primitivo que debería estar agradecido por el hecho de que los chinos estén tratando de traerles civilización y desarrollo.⁸⁴ Esto se ilustra elocuentemente en el pronunciamiento confuciano de Zhang Qingli: Secretario del Partido Comunista de la TAR, que: 'El Partido Comunista es como el padre del pueblo tibetano, y siempre es considerado con lo que los niños necesitan', el Comité Central del Partido es el verdadero Buda para los tibetanos.'

Los disturbios del 10 de marzo de 2008, que tuvieron lugar en el aniversario del fallido levantamiento de 1959 y fueron, con mucho, los peores desde esa ocasión, muestran que esta estrategia ha fracasado singularmente. Los alborotadores tibetanos atacaron tiendas y negocios Han en el antiguo barrio tibetano de Lhasa, prendiéndoles fuego y matando a muchos chinos. Las protestas continuaron durante cinco días y provocaron la muerte de alrededor de 100 tibetanos y chinos. El gobierno atribuyó los disturbios a una conspiración liderada por el Dalai Lama, acusándolo, en términos raciales tradicionales chinos, de ser un "lobo con túnica de monje", "un lobo con rostro humano y corazón de

bestia", un chacal envuelto en un hábito» y la «escoria del budismo». El primer ministro Wen Jiabao afirmó que las protestas fueron «organizadas, premeditadas, ideadas e incitadas por la camarilla del Dalai»

Los agravios tibetanos se refieren a su falta de libertad cultural y religiosa y a la migración Han. Creen que sistemáticamente se los está convirtiendo en una minoría en su propia patria y resienten profundamente su falta de libertad cultural y religiosa. Los tibetanos consideran que la población Han ha sido, con diferencia, la mayor beneficiaria de la prosperidad económica: los Han viven en las zonas urbanas donde se ha concentrado el cambio económico, dirigen la mayoría de los negocios y tiendas, y dominan posiciones de poder y privilegios en el aparato administrativo. Las relaciones entre chinos y tibetanos se caracterizan por el desdén, la desconfianza y el resentimiento, "por los estereotipos y los prejuicios y, entre los tibetanos, por profundos sentimientos de subyugación, represión y miedo". "Nuestro gobierno ha desperdiciado nuestro dinero ayudando a aquellos de ojos blancos", comentó Wang Zhongyong, un gerente Han de una tienda de artesanía de Lhasa que fue destruida en los disturbios. "La relación entre los han y los tibetanos es irreconciliable", afirmó Yuan Qinghai, un taxista de Lhasa. "No tenemos una buena impresión de ellos, porque son unos vagos y nos odian, por, como dicen, quitarles lo que les pertenece. En su mente, bañarse una o dos veces en su vida es sagrado, pero para los Han es sucio e inaceptable. Los disturbios, la destrucción y el incendio de propiedades Han, y las consiguientes muertes de Han, que fueron retransmitidas repetidamente en la televisión china, llevaron a una ola de ira e indignación en toda China. La consecuencia fue avivar aún más el resentimiento Han contra los tibetanos y potencialmente sentar las bases para medidas más draconianas, aunque el gobierno, preocupado por el efecto que los disturbios pudieran tener en la opinión internacional en la preparación de los Juegos Olímpicos, acordó Reabrir las conversaciones con representantes del Dalai Lama. Es inconcebible que alguna vez se conceda la independencia al Tíbet –lo cual no es una exigencia del Dalai Lama en ningún caso– dada la actitud de China hacia su unidad y la importancia estratégica del Tíbet. De hecho, no es difícil esbozar los términos de un posible acuerdo: el Dalai Lama renunciaría a sus vastas reclamaciones territoriales sobre el Gran Tíbet, que son espurias en cualquier caso, y se abstendría de continuar su campaña antichina de orientación occidental, mientras que los chinos permitirían que el Dalai Lama regresara a Lhasa como líder espiritual, le otorgarían un autogobierno limitado y una genuina autonomía religiosa y cultural, al tiempo que restringirían la migración Han. Existe un precedente para tal enfoque: Hu Yaobang, ex secretario del Partido Comunista, visitó el Tíbet en 1980 y se disculpó por el comportamiento de los treinta años anteriores, prometiendo más autonomía y menos gobierno chino directo en el Tíbet, aunque nada materializado. En la práctica, el tipo de acuerdo esbozado marcaría un enorme cambio no sólo en la política del gobierno comunista sino, más importante aún, en las antiguas actitudes Han hacia las minorías étnicas.

NEGACIÓN Y REALIDAD

Las afirmaciones de que el racismo es común en las sociedades chinas son invariablemente recibidas con una negación un tanto indignada, como si fuera un insulto contra los chinos. En un intercambio muy interesante –y bastante inusual– entre chinos y malasio en un sitio web malasio, que se inició por un escritor que atacó el racismo chino, un participante escribió: "[la afirmación] de que el racismo había sido un

elemento en los 5.000 años de civilización de China es intelectualmente ignorante y al vender declaraciones tan infundadas a los no chinos y a amigos chinos que no leen libros clásicos, es peligroso. Otro escribió: 'Los chinos han sido perseguidos y víctimas del racismo en todo el mundo. Ciertamente no necesitamos que los de nuestra propia especie nos acusen de racismo.

De hecho, la opinión estándar entre la mayoría de los chinos es que no son racistas, que el racismo es esencialmente lo que les sucede a los chinos en las sociedades occidentales, y que las sociedades chinas no se ven más o menos afectadas por él. Para citar un ejemplo de muchos, en 1988 el entonces secretario general del Partido Comunista, Zhao Ziyang, dijo en una reunión sobre unidad nacional que la discriminación racial es común "en todo el mundo excepto en China".

La omnipresencia del racismo se aplica no sólo a China sino también a Taiwán, Singapur, Hong Kong e incluso a las comunidades chinas de ultramar. Por tanto, no es simplemente una función del provincianismo, del contacto limitado de China con el mundo exterior. Tomemos como ejemplo Hong Kong, que, a diferencia de China, ha disfrutado de una historia muy cosmopolita como resultado del colonialismo. Aunque en 2001 el entonces director ejecutivo Tung Chee-hwa solía describir el racismo como un problema menor, que no requería más que una campaña educativa de muy bajo presupuesto y bajo perfil, en realidad es endémico entre los chinos de Hong Kong, que representan alrededor de 96 por ciento de la población.⁹⁶ En una encuesta entre asiáticos del sudeste, asiáticos del sur y africanos en Hong Kong realizada por la Sociedad de Organizaciones Comunitarias en 2001, alrededor de un tercio dijo que habían sido rechazados para un trabajo en Por motivos de origen étnico, a una proporción similar se le había negado el alquiler de un apartamento, un tercio informó que la policía los discriminaba en las calles, mientras que casi la mitad había sufrido discriminación racial en el hospital. Los objetivos más comunes son "ayudantes" extranjeras, generalmente conocidas como "criadas", principalmente filipinas e indonesias, a quienes con frecuencia sus empleadores nacionales chinos exigen que trabajen horas absurdamente largas, reciben un trato abismal, se les paga poco, se les concede escasa libertad y, en un minoría significativa de casos, sometidos a abusos físicos y sexuales. Sus condiciones no pocas veces se asemejan a una forma moderna de trabajo por contrato, como también ocurre en Singapur y Malasia.

Podría argumentarse razonablemente que el racismo chino en Hong Kong es un legado del dominio británico. Después de tomar posesión de la colonia tras la Primera Guerra del Opio, los británicos practicaron un racismo sistémico: el inglés fue el único idioma oficial hasta 1974, a los chinos se les prohibió vivir en la zona exclusiva de Peak a partir de 1902, hubo una miscelánea de mezquindades leyes del apartheid – como el requisito, hasta 1897, de que los chinos tuvieran pases nocturnos – y fueron excluidos del empleo público de alto nivel hasta la década de 1970 y, en algunos departamentos, hasta mediados de la de 1990.⁹⁹ Con un desprecio verdaderamente impresionante A decir verdad, en 1994 los británicos tuvieron el descaro de afirmar que "la discriminación racial en Hong Kong no es un problema".¹⁰⁰ El hecho de que el racismo fuera la moneda de cambio del dominio británico sólo alentó a los chinos a comportarse de manera similar hacia aquellos a quienes consideraban sus inferiores, es decir, los de piel más oscura. Sin embargo, sería ingenuo pensar que el comportamiento británico fue la causa principal del racismo chino: fue claramente un factor contribuyente, pero la razón fundamental reside en la historia y la cultura chinas. Después de una importante campaña en respuesta a la muerte, en 2000, de Harinder Veriah, un malasio de

ascendencia india, que se quejó de una grave discriminación racial en un hospital de Hong Kong, el gobierno se vio finalmente obligado a reconocer que el racismo era un problema grave y en 2008, principalmente como resultado de este caso, introdujo tardíamente legislación antirracista por primera vez. Pero Hong Kong, por cosmopolita e internacional que sea, sigue siendo una ciudad esencialmente birracial, en la que los blancos disfrutan de un estatus privilegiado, junto con los chinos, y aquellos de piel más oscura desterrados a los márgenes como residentes de segunda clase o trabajadores migrantes.

Entonces, ¿qué pasa con el racismo en la propia China? Cuando un pueblo y un gobierno niegan su propio racismo, entonces la evidencia de ese racismo depende del testimonio de aquellos que son objeto de él y, como consecuencia, predominantemente de una anécdota más que de algo más sistemático. Una vez que haya una cultura establecida de antirracismo –a diferencia de una simple cultura de racismo, como es la situación en China, Taiwán y Hong Kong– será posible pintar un cuadro más preciso de la incidencia del racismo. , aunque incluso entonces la mayor parte todavía permanece oculta a la vista. En las sociedades chinas, y en China en particular, no existe una cultura antirracista excepto en los márgenes, porque el discurso dominante del chauvinismo Han nunca ha sido cuestionado seriamente. Las actitudes racistas se consideran normales y aceptables más que anormales y objetables. Como dice M. Dujon Johnson, un estudioso estadounidense negro sobre China:

En la sociedad china, una de las razones por las que la cuestión de la raza y el racismo rara vez se debate abiertamente es porque el racismo es universalmente aceptado y justificado. El racismo es un tema que no se aborda entre los chinos porque la mayoría de ellos se consideran superiores a las personas de piel más oscura. Por lo tanto, dentro de la mentalidad china sería una pérdida de tiempo abordar un hecho obvio de la inferioridad de las personas de piel más oscura.

En la percepción china existe una clara jerarquía racial. Los blancos son respetados, colocados en una especie de pedestal y tratados con considerable deferencia por parte de los chinos; en cambio, la piel más oscura es desaprobada y deplorada; cuanto más oscura es la piel, más peyorativa es la reacción. Las personas de otros países del este de Asia, tradicionalmente consideradas inferiores, no son inmunes. Una amiga filipina que estudiaba en la Universidad de Beijing quedó desconcertada por el nivel de discriminación que experimentó. A diferencia de sus colegas blancos, que eran tratados con respeto, a menudo se encontraba ignorada en los restaurantes y los camareros se negaban a atenderla. Los chinos locales se referirían audiblemente a ella como "estúpida" o "ignorante". Un día, el conductor le negó la entrada a un autobús de una manera que sugería que padecía una enfermedad que los demás pasajeros podrían contraer; después de tal humillación pública evitó viajar en autobús. Dujon Johnson, que realizó una encuesta sobre la experiencia de los estadounidenses y africanos negros en China y Taiwán basándose en entrevistas con ellos, describe cómo la gente frecuentemente movía los asientos cuando una persona negra se sentaba a su lado en el transporte público, o procedía a frotar esa parte de su cuerpo si una persona negra le había rozado inocentemente en un lugar lleno de gente como si requiriera limpieza. Lo más deprimente de todo es que los entrevistados africanos indicaron que intentaban evitar el contacto con el público chino tanto como fuera posible y "normalmente se aventuraban a salir sólo cuando era necesario".

Ha habido una larga historia de discriminación contra los estudiantes africanos en China. Emmanuel Heri, un ghanés que estudió allí a principios de los años sesenta, escribió: "En todos sus tratos con nosotros, los chinos se comportaron como si estuvieran tratando con personas de las que no se podía esperar una inteligencia normal." En diciembre de 1988, después de un incidente entre estudiantes chinos y africanos en la Universidad Heihai en Nanjing, hubo una marcha de más de 3.000 estudiantes chinos para protestar contra la presencia de estudiantes africanos. Las manifestaciones se extendieron posteriormente a Shanghai, Beijing y otros lugares. En algunas de estas marchas, el clima era tan hostil hacia los estudiantes africanos que varias universidades decidieron sacarlos de sus dormitorios porque percibían una amenaza a su seguridad física. Las autoridades no hicieron ningún intento de detener o impedir las manifestaciones, que se prolongaron durante muchos días, lo que sugiere que tal vez gozaban de cierta simpatía oficial tácita. En el Wuhan Industrial College, los estudiantes marcharon exigiendo que "todos los negros sean expulsados de China". Según Dujon Johnson, los disturbios y manifestaciones raciales de 1988 no fueron en modo alguno únicos: acontecimientos similares ocurrieron en Shanghai en 1979 y 1980, en Nanjing en 1979, 1980, 1988 y 1989, y en Beijing en 1982, 1983, 1984, 1985, 1987, 1988 y 1989.¹¹¹ En septiembre de 2007 hubo un informe de que un grupo de al menos veinte hombres negros, entre ellos estudiantes, turistas y el hijo de un diplomático caribeño, había sido arrestado por un equipo de policías vestidos con monos negros en un club nocturno de Beijing y brutalmente golpeado. Un testigo estadounidense blanco informó que: "Nunca había visto algo tan brutal". Había sangre en las calles. Básicamente golpeaban a cualquier persona negra que podían encontrar. Hay que tener en cuenta que una cara negra sigue siendo algo extremadamente raro en China: en 2006, se informó que había 600 africanos en Beijing, 500 en Shanghai, 100 en Shenzhen y más de 10.000 en Guangzhou (con una población de 12 millones), principalmente como resultado del creciente comercio con África.¹¹³ Sin duda, esta falta de familiaridad con los negros puede explicar en parte el sentimiento chino de sospecha y desconfianza, pero no puede ser la explicación principal del racismo profundamente arraigado. El relato de Dujon Johnson sobre la experiencia de los negros en China evita contar sus propias experiencias excepto al final, cuando escribe: "[mis experiencias] me demostraron diariamente cómo la vida en la sociedad china está racialmente segregada y en muchos aspectos es similar a una sistema de apartheid racial.

En respuesta a la visita de Condoleezza Rice, secretaria de Estado de Estados Unidos, a Beijing en 2005, hubo una avalancha de mensajes racistas en varios sitios web nacionalistas. El veterano escritor chino Liu Xiaobo se sintió impulsado a escribir en señal de protesta:

He hojeado los artículos [blogs] de BBS de los tres portales más importantes de China sobre la visita de Rice a seis países. Tomemos a Sina como ejemplo. Examiné más de 800 artículos de BBS excluyendo las repeticiones, había más de 600 artículos. Entre ellos, había cerca de 70 artículos con discriminación racial, una décima parte del total. Solo había dos con un tono gentil, el resto eran todos sumamente repugnantes. "Muchos estigmatizaron a Rice como "realmente fea", "Realmente no puedo entender cómo la humanidad dio a luz a una mujer como Rice". Algunos llamaron directamente a Rice un 'fantasma negro', un 'cerdo negro', 'una bruja' Algunos se lamentan: el coeficiente intelectual de los estadounidenses es bajo: ¿cómo pueden convertir a una Secretaria de Estado en una 'perra negra'? Algunos, por supuesto, no se olvidaron de estigmatizar a

Rice con [nombres de animales]: 'chimpancé', 'parecido a un pájaro', 'cocodrilo', 'un trozo de carne podrida, caca de ratón, [algo] que a los perros les resultará difícil comer'. Finalmente, el gobierno chino se sintió obligado a cerrar estos blogs y algunos de los sitios web.

La creciente marea de nacionalismo popular a finales de los noventa, como lo demuestran los diversos libros *La China que puede decir no*, la respuesta estudiantil al bombardeo estadounidense de la embajada de China en Belgrado y las manifestaciones nacionalistas en los principales sitios web, también contenía una dimensión racial significativa. Uno de los escritores nacionalistas más influyentes ha sido Wang Xiaodong, coautor de *El camino de China bajo la sombra de la globalización*, publicado en 1999 y que se convirtió en un éxito de ventas. Wang argumentó que el ascenso del nacionalismo chino representaba un saludable retorno a la normalidad después del fenómeno anormal de lo que él describe como "racismo inverso" en los años ochenta - "la idea de que la cultura china es inferior y el pueblo chino una raza inferior"- cuando Según él, muchos intelectuales chinos buscaron inspiración en Estados Unidos y denigraron su propia cultura. Curiosamente, Wang sostiene que ese racismo inverso "no es muy diferente del racismo de Hitler", observación que sugiere que su propia visión de lo que constituye el racismo es muy idiosincrásica y revela poca comprensión del nazismo.

Wang argumentó, en un artículo publicado después del atentado a la embajada en 1999, que el conflicto entre China y Estados Unidos era inevitable porque tendría motivaciones raciales: a los ojos de los estadounidenses y los europeos occidentales, los pueblos "orientales" son inferiores, y predijo que "la cuestión racial se volverá aún más sensible a medida que se desarrollen las ciencias biológicas".

Estados Unidos podría fabricar armas genéticas que pudieran combatir con éxito a aquellos radicales que son racialmente diferentes de los estadounidenses y que cometen actos de terrorismo contra Estados Unidos. Debido a que es genéticamente mucho más fácil diferenciar a los chinos de los estadounidenses que a los serbios de los estadounidenses, las armas genéticas dirigidas a los chinos probablemente serían las primeras en fabricarse.

En una línea similar, Ding Xueliang, un académico chino radicado en Hong Kong, ha sostenido que las diferencias raciales y culturales entre Estados Unidos y China, junto con sus diferentes sistemas políticos y capacidades nacionales, significarían que Estados Unidos vería a China como su principal enemigo. Estos ejemplos son un poderoso recordatorio de que la raza sigue siendo un factor persistentemente influyente en el pensamiento chino y sustenta gran parte del sentimiento nacionalista.

Chinos de ultramar

Los chinos de ultramar han sufrido un racismo generalizado en sus países de adopción, incluidos Estados Unidos, Australia y Europa, y, con razón, son muy sensibles al respecto. Una característica notable de los chinos de ultramar es el grado en que tienden a mantenerse reservados como comunidad. A pesar del grave racismo que históricamente han experimentado en Estados Unidos, no se unieron a los estadounidenses negros en las principales campañas por los derechos civiles. Las comunidades chinas más importantes y más grandes se encuentran en el sudeste asiático, donde a menudo constituyen minorías considerables, sobre todo Malasia, donde

representan más de una cuarta parte de la población. Históricamente, los chinos de ultramar en el Sudeste Asiático han sufrido diversas formas de discriminación y éste ha sido un problema continuo desde que estos países adquirieron la independencia después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, es importante ver el contexto más amplio. Los chinos en esta región controlan invariablemente una gran proporción de la economía no estatal, a menudo más de la mitad, y disfrutan en promedio de un nivel de vida bastante más alto que el de la mayoría étnica indígena. Es común que menosprecien a la raza mayoritaria e incluso eviten mezclarse con ellos más de lo necesario, aunque, según mi experiencia, muchos no comparten esos prejuicios. Hay, pues, dos caras de la moneda: los chinos, como minoría, experimentan diversas formas de discriminación, pero al mismo tiempo se consideran superiores a la mayoría indígena, mantienen actitudes chauvinistas hacia ellos y utilizan sus ventajas económicas para favorecer a los suyos y discriminar a la mayoría étnica. El exitoso escritor indonesio-chino y empresario Richard Oh describió la actitud de los chinos hacia los indonesios: "La comunidad china tiende a alejarse de la sociedad y hace muy pocos esfuerzos por integrarse. Aunque asustados, son muy arrogantes y altivos. ¿De dónde sacan ese sentimiento de ser una raza superior?" Dijo que prefería la compañía de los indonesios por esta razón.

Tal es su sensación de que los chinos son la norma y que todas las demás razas son una desviación de esa norma, que los chinos de ultramar con frecuencia se refieren a la población anfitriona como extranjera. El autor y periodista británico James Kynge cita un ejemplo fascinante de un periódico comunitario chino en Prato, en el norte de Italia, que publicó en primera plana un artículo sobre "tres ladrones extranjeros" responsables de varios robos en el barrio chino local. Cuando Kynge llamó al editor, descubrió que los "ladrones extranjeros" no sólo eran en realidad italianos, sino que cualquiera que no fuera chino era automáticamente considerado extranjero, y que la misma convención se utilizaba en todos los periódicos en idioma chino del mundo. Lucian Pye explica: "Los chinos ven una diferencia tan absoluta entre ellos y los demás que incluso cuando viven en aislamiento solitario en países distantes, inconscientemente encuentran natural y apropiado referirse a aquellos en cuya patria viven como "extranjeros".

Una característica particularmente sorprendente de las comunidades chinas en el extranjero es el grado en que, dondequiera que vivan, buscan conservar su sentido de chinoidad. En muchos países del sudeste asiático, los chinos suelen preferir enviar a sus hijos a una escuela china en lugar de a una escuela local, y la comunidad china suele patrocinar un gran número de escuelas de este tipo. En muchos países occidentales, donde su número relativo es mucho menor, la comunidad china organiza escuelas dominicales chinas en las que sus hijos pueden familiarizarse con el mandarín y familiarizarse con la cultura china. En San Francisco, que tiene una gran población china, hay un extenso proyecto 'Roots', donde los chino-estadounidenses visitan sus aldeas ancestrales en China para conocer y, con suerte, conocer a sus parientes lejanos.¹²⁸ Uno de los participantes en 1997, Evan Leong, entonces estudiante de la Universidad de California, escribe de manera fascinante sobre sus experiencias y sentimientos.

Aunque mi tatarabuelo vino a los Estados Unidos hace más de 125 años, no me he homogeneizado para convertirme en un "estadounidense". No importa cómo me llame la gente, qué ropa uso, qué comida como, cuáles son mis gustos, de qué raza son mis amigos o con qué chicas salgo, todavía sé que soy chino.

El sentimiento general entre ambos grupos [los chinos nacidos en Estados Unidos y los

recién llegados de China] era compartido: que China y el pueblo chino eran muy superiores a cualquier otra raza.

Los recién llegados disfrutaron de mayor prestigio que los nacidos en Estados Unidos porque eran vistos como más auténticamente chinos, lo contrario de lo que suele suceder con los inmigrantes del mundo en desarrollo en el mundo desarrollado. También describe el apego de su familia a las costumbres chinas:

Aunque soy tan distante y diferente de mis parientes consanguíneos en China, mis antepasados estadounidenses continuaron practicando muchas costumbres chinas. Nuestras familias extensas se reúnen a menudo para días festivos y cumpleaños. Limpiamos y preparamos nuestras casas y usamos ropa nueva para los rituales del Año Nuevo chino. Presentamos nuestros respetos a la tumba de mi abuelo durante fechas importantes.

Los lazos cohesivos de la identidad china han encontrado expresión en la noción de Gran China, una idea cultural y de civilización más que una entidad territorial o política. Se considera que la Gran China abarca a todos los chinos, con China en el centro, rodeada por Hong Kong, Macao, Taiwán y Singapur, junto con las numerosas comunidades chinas de todo el mundo, y se ha convertido en un concepto cada vez más popular entre los chinos durante el último cuarto de siglo. La fuerza de estos vínculos tiene sus raíces en una herencia compartida de la civilización china, añadiendo así una dimensión adicional a la noción de China como un Estado-civilización. A pesar del legado de diferencias políticas, los chinos de ultramar, especialmente los de Hong Kong y Taiwán, han hecho una contribución formidable al crecimiento económico chino a través de enormes inversiones en el continente. En contraste, los emigrados rusos optaron por evitar a la Unión Soviética y a la India. Históricamente, la diáspora ha hecho una contribución mucho menos significativa al crecimiento indio que su contraparte china. Poderosas fuerzas centrípetas operan en la Gran China, como dentro de la propia China, y los chinos, dondequiera que estén, sienten un poderoso sentimiento de apego a su patria.

Esto encontró una nueva forma de expresión durante el relevo de la antorcha que se realizó en todo el mundo como parte de la preparación para los Juegos Olímpicos de Beijing. En Londres, París, Atenas y San Francisco, las celebraciones se vieron eclipsadas por contramanifestaciones en protesta por la política china sobre el Tíbet. Pero en otros lugares el panorama era muy diferente. En Canberra, 10.000 personas se manifestaron a favor de los Juegos, superando enormemente en número a los manifestantes. En Seúl, miles de personas acudieron a apoyar los Juegos Olímpicos, como lo hicieron en Nagano, Japón, eclipsando en ambos casos el número de manifestantes; asimismo en Kuala Lumpur, Yakarta, Bangkok, Ciudad Ho Chi Minh y Hong Kong. En todas partes quienes demostraron su apoyo a los Juegos de Beijing fueron abrumadoramente chinos, ya fueran estudiantes del continente o personas de la comunidad china local.

No sorprende que los chinos de ultramar se sientan enormemente orgullosos del ascenso de China. Después de dos siglos durante los cuales su patria fue sinónimo de pobreza y fracaso, China ha ascendido a una posición de gran prominencia y atractivo global en un espacio de tiempo notablemente corto. Los canales de televisión de todo el mundo están emitiendo programas sobre China y en muchos países un gran número de personas se están inscribiendo para aprender mandarín. Como resultado, la atracción gravitacional ejercida por China sobre sus comunidades en el extranjero ha aumentado notablemente.

La escuela dominical de mandarín de mi hijo decidió cancelar las lecciones de ese día para unirse a las festividades de Londres por el relevo olímpico. Para ellos, China era volver a casa y ser abrazada por su ciudad adoptiva. Hubo un verdadero placer por el logro de China y el reconocimiento global que significaron los Juegos Olímpicos.

Al salir a las calles en apoyo de los Juegos Olímpicos de Beijing en tantas ciudades del mundo y en cantidades tan grandes, los chinos de ultramar demostraron ser una fuerza política poderosa en sus países de adopción, así como para el gobierno chino. Este tipo de fenómeno, por supuesto, no es nuevo ni particularmente chino: las diásporas en muchos países han desempeñado durante mucho tiempo un papel significativo en el apoyo a su patria, siendo el ejemplo más potente de la posguerra el proporcionado por la diáspora judía a Israel. La diáspora china, sin embargo, tiene varias características que en conjunto la distinguen. Es numéricamente grande y está extendido por todo el mundo, desde África hasta Europa, desde el este de Asia hasta las Américas; por razones históricas y culturales, disfruta de una identificación inusualmente fuerte con el Reino Medio; y China ya es una potencia global y está destinada a convertirse en el país más poderoso del mundo. A medida que continúa su ascenso y crecen los intereses chinos en todo el mundo, es probable que la diáspora china se expanda enormemente, se vuelva cada vez más próspera, impulsada por el propio éxito económico de China, disfrute de mayor prestigio como resultado del creciente estatus de China y sentir una afinidad aún más estrecha con China.

China, al igual que otras grandes potencias, verá el mundo en términos de su propia historia y valores, y tratará de darle forma de acuerdo con ellos. El mundo, sin embargo, contiene una gran diversidad y diferencia. Ningún país, ni siquiera uno tan grande como China, puede considerarse siquiera vagamente como un microcosmos de ella. Por lo tanto, la actitud de China hacia la diferencia –las diversas culturas, historias, etnias, razas y valores encarnados por otros pueblos– es de gran importancia. ¿Cómo tratarán los chinos a las personas que son diferentes a ellos? ¿Hasta qué punto una China en ascenso los respetará y tratará de comprenderlos? ¿Permitirá su propia historia una perspectiva que le permita apreciar las experiencias muy diferentes de los demás? Estas son preguntas difíciles de responder, en primer lugar porque China ha pasado prácticamente toda su historia aislada del resto del mundo –con excepción de sus vecinos regionales– y en segundo lugar porque las respuestas obviamente todavía están en el futuro: el comportamiento actual de China sólo puede ser un indicador parcial, simplemente porque su poder e influencia siguen siendo limitados en comparación con lo que probablemente llegarán a ser. De la discusión anterior, hay una serie de elementos que deben considerarse.

La propia experiencia racial de China es única. Aunque alguna vez estuvo compuesta por innumerables razas, ahora China está dominada por lo que los chinos consideran una sola raza, los chinos Han, mientras que las otras razas –descritas como “nacionalidades”– representan menos del 9 por ciento de la población (aunque esto es todavía son 105 millones de personas). "Los chinos pueden tener orígenes diferentes", argumenta Wang Xiaodong, "pero el 95 por ciento de ellos cree que son de la misma raza". Esta fusión es una función de la extraordinariamente larga y continua historia de China. historia, el lento y prolongado proceso mediante el cual los chinos Han fueron creados y llegaron a representar y encarnar a la abrumadora masa de la población. El escritor chino Huang Ping lo expresa así: “El proceso mediante el cual los chinos [dentro

de China] se volvieron hegemónicos fue el proceso que también resultó en la subordinación y disolución de la diferencia étnica: el proceso de formación de la chinoidad. Como consecuencia, los chinos tienden a restar importancia o ignorar las diferencias étnicas, considerándolas en gran medida transitorias. El resultado es una falta de reconocimiento de otras etnias, a las que se considera subordinadas, inferiores y que no merecen el mismo respeto. La idea de una abrumadora homogeneidad racial, en el contexto de una enorme población, hace que los chinos, en términos globales, sean únicos. Como señala Jared Diamond, cuatro de los otros países más poblados del mundo –India, Estados Unidos, Brasil e Indonesia– no sólo son creaciones relativamente recientes sino que también son “crisoles étnicos” que comprenden muchas razas e idiomas; por el contrario, China no es ni reciente ni un crisol de razas.¹³⁸ Muchos chinos han, por el contrario, creen que no sólo son de una raza, sino que comparten un origen común y distinto, y que, al menos en sentido figurado, son descendiente del Emperador Amarillo en el norte de China. La percepción y la ideología son bastante diferentes a las de cualquier otro lugar del mundo e inevitablemente plantean la cuestión de la capacidad de los chinos para comprender y respetar la formación y composición muy diferentes de otros países. Los otros países más poblados del mundo, en particular India, Estados Unidos, Brasil e Indonesia, reconocen sus diversos orígenes y la heterogeneidad de sus poblaciones contemporáneas; de hecho, en distintos grados, celebran su diversidad. En el caso de China, hay una coincidencia de facto entre raza y nación –excepto, relativamente hablando, en los márgenes– lo que simplemente no es cierto en el resto de los países más poblados. En la práctica, aunque no formalmente, los chinos han piensan que de sí mismos abrumadoramente como una raza-nación.

La experiencia única de China influye inevitablemente en su percepción de los demás. "El hecho de que los chinos Han se consideren todos iguales", argumenta Huang Ping, "es también la razón por la que ven a todos los demás, por ejemplo a los indios y africanos, en los mismos términos". En otras palabras, China se enfrenta a un profundo problema al tratar de comprender la naturaleza de las diferencias étnicas en el mundo exterior. Como hemos visto, el problema queda gráficamente ilustrado por la actitud hacia los tibetanos y uigures: los Han han seguido una política de absorción, asimilación y asentamiento basada en la creencia en su propia virtud y superioridad más que en el respeto y la aceptación de diferencia étnica y cultural. Huang Ping sostiene:

China tiene mucho que aprender, entre otras cosas aprendiendo quiénes somos, de dónde venimos y cómo sucedió. . . La gente no debería dar por sentado que somos chinos. Este ha sido el resultado de un proceso históricamente construido. Lo dan por sentado cuando no lo es. Podemos enseñar un poco [al mundo exterior], pero sólo después de haber aprendido mucho.

Sin embargo, dado lo históricamente arraigadas que están estas actitudes, cualquier cambio serio seguramente llevará mucho tiempo. Mientras tanto, la mentalidad étnica de China inevitablemente ejercerá una poderosa influencia sobre su actitud y comportamiento hacia otros pueblos: los chinos tenderán a ver el mundo en términos de una compleja jerarquía racial y cultural, con los chinos en la cima, seguidos por los blancos y, a pesar de la línea antiimperialista de la era maoísta, aquellos de piel más oscura en algún lugar en el fondo o cerca de él.

Otro rasgo notable de los chinos es su enorme sentido de confianza en sí mismos, nacido de su larga historia y del éxito deslumbrante de su civilización durante gran parte de ella, una confianza en sí mismos que ha resistido de manera bastante notable las vicisitudes y

desastres de la época entre las Guerras del Opio y la Revolución de 1949. Estos, sin embargo, han dejado su huella. En un libro titulado *The Ugly Chinaman*, que circuló ampliamente en China en 1986, Bo Yang, un chino taiwanés, describió a los chinos como personas que oscilaban constantemente entre dos extremos: "un sentimiento crónico de inferioridad y extrema arrogancia". En su inferioridad, el chino es un esclavo; en su arrogancia, es un tirano. En el modo de inferioridad, todos los demás son mejores que él. De manera similar, en el modo arrogante, ningún otro ser humano en la tierra merece la pena»¹⁴². Esto capta la forma en que el «siglo de la humillación» ha afectado la psique china y la consiguiente fragilidad de las emociones. Sin embargo, sería un error sugerir, como hace Bo Yang, que los chinos alguna vez se han sentido inferiores a todos: a veces hacia los blancos, pero nunca hacia aquellos de piel más oscura. Sin embargo, lo que sigue siendo más sorprendente no son los períodos de duda sino, dados los problemas que han acosado al país durante la mayor parte de la era moderna, el hecho de que los chinos han seguido considerándose a sí mismos en la cima de la jerarquía global de raza. Es cierto que, en momentos de vulnerabilidad, los chinos a veces reconocen que son segundos después de los blancos, o tal vez iguales a ellos, pero esto sólo se considera una situación temporal antes de que se restablezca nuevamente la normalidad. Chen Kuan-Hsing sostiene:

Este chovinismo universal ha proporcionado un mecanismo psíquico para que los Han enfrenten la intervención imperialista y hagan la vida más llevadera y más vivible – 'Estos demonios extranjeros (blancos) pueden vencernos con la fuerza material, pero nunca podrán conquistar nuestra mente' -, pero al mismo tiempo, exactamente la misma lógica de discriminación racista. Puede utilizarse para discriminar a cualquiera que viva en la periferia de China. Un escudo con bordes afilados puede usarse para defensa propia, pero también puede ser un arma para matar.

Otro escritor taiwanés, Lu Liang, es claro acerca de las actitudes chinas subyacentes: "En el fondo, los chinos creen que son superiores a los occidentales y a todos los demás". Ningún otro pueblo de un país en desarrollo posee nada parecido a este sentido de supremacía, de confianza en sí mismo rayando en la arrogancia.

Sería erróneo considerar este sentimiento de superioridad como de carácter puramente o quizás incluso principalmente racial. Más bien es una combinación tanto cultural como racial, y así ha sido durante miles de años. La constante expansión del imperio chino se basó, en primer lugar, en un proceso de conquista y, en segundo lugar, en un lento proceso de absorción y asimilación. Como hemos visto, las actitudes chinas fluctuaban entre considerar a otras razas como incapaces de adaptarse a las costumbres chinas o, alternativamente, creer que podían ser asimiladas, dependiendo de cuán seguros de sí mismos se sintieran los chinos en ese momento y del equilibrio preciso de poder. En otras palabras, la expansión era un proyecto hegemónico, un deseo de absorber otras razas, civilizarlas, enseñarles las costumbres chinas e integrarlas en el yo chino. Dado que la noción de "chino" se estaba redefiniendo constantemente en el proceso de expansión y absorción -incluido el caso de aquellas dinastías, como la Qing, que no eran chinas-, está claro que la idea de "raza" no lo era, y no podía ser estático o congelado: estaba mutando de manera constante, aunque muy lenta. Así, si bien la raza es un concepto particularista y excluyente en el presente, esto no impidió el proceso de absorción y asimilación hegemónica en el largo plazo.

El hecho de que los chinos se consideren superiores al resto de la raza humana, y que

esta creencia tenga un componente racial, enfrentará al resto del mundo con un problema grave. Una cosa es mantener tales actitudes cuando China es relativamente pobre e impotente, y otra muy distinta es que esas actitudes informen a un país cuando disfruta de un enorme poder e influencia global. Por supuesto, existe un claro paralelo con las actitudes europeas y occidentales, que de manera similar se han basado en un sentido permanente de superioridad arraigado en creencias culturales y raciales. Sin embargo, hay dos diferencias obvias: primero, la arrogancia de China tiene una historia mucho más larga y, en segundo lugar, los chinos representan una quinta parte de la población mundial, una proporción mucho mayor que, por ejemplo, la que jamás hayan tenido Gran Bretaña o los Estados Unidos en su apogeo. Precisamente cómo este sentido de superioridad influirá en el comportamiento de China como superpotencia global es una cuestión crucial.

Los chinos creen que el lugar que le corresponde a China es el de primera potencia mundial y que los dos últimos siglos representan una desviación de la norma histórica. Todos los líderes chinos durante el último siglo han considerado como su tarea histórica superar la humillación nacional representada por la era colonial y restaurar a China a su grandeza perdida. Una nación como Alemania puede haber sentido la necesidad de corregir errores del pasado, pero estos agravios eran invariablemente de origen relativamente reciente; Lo singular es que los de China han durado más de un siglo. La idea de la restauración de China la expresa de manera bastante sucinta Yan Xuetong, uno de los principales expertos en relaciones internacionales de China:

El ascenso de China está garantizado por la naturaleza. Los chinos están muy orgullosos de sus primeros logros en la historia de la civilización humana. En los últimos 2.000 años, China ha disfrutado varias veces del estatus de superpotencia, como la dinastía Han, la dinastía Tang y los primeros días de la dinastía Qing. Esta historia de estatus de superpotencia hace que el pueblo chino esté muy orgulloso de su país, por un lado, y, por otro, muy triste por el estatus internacional actual de China. Creen que el declive de China es un error histórico que deberían corregir.

. . . Los chinos consideran su ascenso como una recuperación del estatus internacional perdido por China y no como una obtención de algo nuevo.

O, como lo expresa Lucian Pye: “La emoción china subyacente más omnipresente es una identificación profunda, incuestionable y generalmente inquebrantable con la grandeza histórica. Simplemente ser chino es ser parte del mayor fenómeno de la historia». El ascenso de China y su restauración como la nación número uno del mundo se considera ampliamente como una cuestión de inevitabilidad histórica.

Las raíces del sentido de diferencia, superioridad y grandeza de China no se encuentran en su pasado reciente como Estado-nación; de hecho, su período como Estado-nación se superpone en gran medida, al menos hasta hace muy poco, con su ignominia y humillación históricas, sino en su historia y existencia mucho más largas como estado-civilización. Hay dos elementos clave para esto. En primer lugar, está la creencia de China en su superioridad cultural, que se remonta al menos a dos milenios y que apuntaló la expansión del imperio chino. En segundo lugar, está la idea de la superioridad racial de China, que está estrechamente ligada a su arrogancia cultural y que ancla a esta última en su naturaleza: nacer chino, en lugar de ser un "extranjero", un "bárbaro" o un "diablo extranjero".', conlleva un estatus y un significado especiales.

Juntos constituyen lo que podría describirse como la mentalidad del Reino Medio. El

hecho históricamente sorprendente es simplemente cuán antiguas son en realidad estas creencias y convicciones. El paralelo obvio es con las civilizaciones egipcia, griega y romana: pero es inimaginable que los egipcios, griegos o italianos modernos creyeran que el florecimiento de sus civilizaciones en la antigüedad ofrecería alguna guía o consuelo en cuanto a sus fortunas presentes o futuras.

– sin embargo, eso es precisamente lo que los chinos creen casi universalmente. Esto no quiere decir que la identidad china sea fija: por el contrario, la creación de una modernidad china está sometiendo la "chinidad" a un proceso de cambio inquieto, desorientación, reconstrucción y agitación. Que estos sistemas de creencias se remontan a la antigüedad, sin embargo, sugiere que no sólo poseen extraordinaria resistencia y resistencia históricas, sino que es poco probable que, en aspectos importantes, cambien en el futuro cercano: más bien, es probable que el ascenso de China los fortalezca.

El problema con los comentarios occidentales sobre China ha sido su abrumadora preocupación por la política china, en particular la falta de democracia y su gobierno comunista y, en menor medida, su potencial amenaza militar. De hecho, es mucho más probable que el desafío que plantea el ascenso de China sea de naturaleza cultural, como se expresa en la mentalidad del Reino Medio. O, para decirlo de otra manera, la cuestión más difícil que plantea el ascenso de China no es la ausencia de democracia sino cómo manejará las diferencias. La actitud de un país hacia el resto del mundo está determinada en gran medida por su historia y cultura. El poder de cada nueva nación o continente hegemónico se expresa invariablemente de maneras novedosas: para Europa, la forma clásica fue la expansión marítima y los imperios coloniales, para Estados Unidos fue la superioridad aérea y la hegemonía económica global. De manera similar, el poder chino adoptará formas nuevas e innovadoras. La tradición china es muy distinta de la occidental, aunque existen ciertas afinidades, en particular una creencia compartida en el universalismo, una misión civilizadora y un sentido de superioridad inherente. Aunque los chinos aumentaron constantemente su territorio como resultado de la expansión terrestre, no ha habido equivalente a la expansión occidental en ultramar o a la colonización europea de grandes extensiones del mundo. El motivo más probable de la hegemonía china reside en el área de la cultura y la raza. El sentido chino de autoconfianza y superioridad cultural, arraigado en su larga y rica historia como estado-civilización, es completamente diferente del de Estados Unidos, que no tiene ese legado al que recurrir, y contrasta también con Europa, aunque menos fuertemente. Los chinos tienen una visión profundamente jerárquica del mundo basado en la cultura y la raza. Como consecuencia, es probable que el ascenso de China como superpotencia global conduzca, durante un período prolongado, a un profundo reordenamiento cultural y racial del mundo a la imagen china. A medida que China atraiga a países y continentes a su red, como ya está sucediendo con África, estos no serán simplemente suplicantes económicos de una China enormemente poderosa, sino que también ocuparán una posición de inferioridad cultural y étnica en una jerarquía global cada vez más influyente ordenada por China.

El propio patio trasero de China

A principios de los años noventa los libros sobre China eran relativamente pocos y espaciados. La historia seguía siendo, en su mayor parte, los tigres asiáticos, y la mayoría de los escritores occidentales parecían estacionarse en Hong Kong y Singapur y ver a China y la región a través de ese prisma. Mis primeras visitas a la región siguieron un patrón similar: ambos estados insulares siempre parecieron estar en mi itinerario, en parte porque proporcionaban una red de contactos ya preparada y en parte porque se hablaba mucho inglés. Dado este bagaje cultural, no sorprende que China fuera vista en términos derivados: todo era una cuestión de cuándo y en qué medida China se infectaría con el virus de Hong Kong. Cuando Hong Kong fue finalmente devuelto a China en 1997, los británicos, casi autocomplacientes, se mostraron profundamente escépticos sobre si el territorio prosperaría como lo había hecho bajo los británicos; Como era de esperar, creían que el futuro de China dependía de hasta qué punto se pareciera a Hong Kong. Desde este punto de vista, las perspectivas de China dependían de aprender de todos los demás, y la dirección recomendada de la sabiduría procedía invariablemente de afuera hacia adentro en lugar de desde adentro hacia afuera. Esto contenía una pizca de verdad: la transformación de la región, de hecho, había comenzado fuera de China. Sin embargo, el papel y la importancia de Hong Kong y Singapur en este proceso más amplio son discutibles; mucho más importantes fueron Japón, Corea del Sur y Taiwán, todos los cuales se parecían mucho menos a Occidente y le debían mucho menos a Occidente que estos microestados.

De hecho, esta mentalidad era profundamente condescendiente con China. Sugirió que China era un recipiente vacío que necesitaba llenarse con ideas y conocimientos occidentales. Ciertamente, China tenía mucho que aprender de Occidente, pero su transformación posterior ha sido más interna que importada desde Occidente. De hecho, si el crecimiento de China en los años 1980 había dependido en gran medida de los recursos y conocimientos de los empresarios de Hong Kong y Taiwán, en los años 1990 la dirección de la influencia estaba en proceso de invertirse, y el Reino Medio volvió a convertirse en el centro de influencia, poder y riqueza. Un mapa de Asia Oriental en los años ochenta podría razonablemente haber tenido las líneas de influencia y capital que iban desde una mezcla de Hong Kong, Taiwán y los chinos de ultramar hasta la propia China. Ahora es todo lo contrario. Los centros ya no se encuentran alrededor de las fronteras de China, sino que están congregados dentro.

Si bien Hong Kong sigue siendo reconocible como Hong Kong, económicamente ha sido reconstruido por China y el tamaño de su bolsa de valores ya ha sido superado por el de Shanghai. ¿Quién elegiría ahora ir a Hong Kong cuando puedes encontrar algo real en Beijing o Shanghai? Durante más de una década, Taiwán ha necesitado a China más de lo que China ha necesitado a Taiwán, y su economía sufre cada vez más por su relativo aislamiento de China. Mientras tanto, la inversión de las líneas causales entre

China, por un lado, y Hong Kong y Taiwán, por el otro, se está repitiendo en una escala mucho mayor en toda la región. En todas partes el imán es China. Mientras que antes la historia se desarrollaba fuera de China, ahora todos los caminos conducen a China. El crecimiento y el dinamismo de China están traspasando sus fronteras, infectando a muchos otros países a lo largo y ancho, desde Laos y Camboya hasta Corea del Sur y Japón, desde Indonesia y Malasia hasta Filipinas e incluso Australia. El este de Asia está siendo reconfigurado por el ascenso de China. La agenda de la región se está fijando en Beijing.

El ascenso de China se ve mejor no desde el punto de vista de Estados Unidos o Europa, o incluso de África o América Latina, sino desde el este de Asia. Es en el propio patio trasero de China donde las repercusiones de su ascenso ya se están sintiendo de manera más dramática y de mayor alcance. Si queremos comprender el ascenso de China y lo que podría significar para el mundo, este debería ser nuestro punto de partida. La forma en que China maneje su ascenso y ejerza su creciente poder en la región de Asia Oriental será un indicador muy importante de cómo probablemente se comportará como potencia global.

Es difícil alcanzar el estatus de potencia global sin convertirse primero en la potencia dominante en la propia región. Gran Bretaña es inusual en este sentido: adquirió hegemonía global en el siglo XIX aunque no logró alcanzar una preeminencia decisiva en Europa. En contraste, Estados Unidos, que no tenía rivales serios, logró un dominio abrumador en América antes de convertirse en una superpotencia global en la segunda mitad del siglo XX. China enfrenta una tarea mucho más formidable en su intento de convertirse en la principal potencia del este de Asia. La región representa un tercio de la población mundial y China tiene que enfrentarse a dos rivales, Japón y Estados Unidos, que obstaculizan sus ambiciones. Japón es la economía más avanzada y la más grande (medida por el PIB según los tipos de cambio) de la región, mientras que Estados Unidos, en virtud de sus alianzas militares, sus bases y especialmente su presencia naval, sigue siendo la fuerza militar más poderosa en el Este de Asia. Además, China comparte fronteras con Rusia al norte y con la India al suroeste, los cuales son actores poderosos. El camino de China hacia la preeminencia regional estará plagado de dificultades y seguramente será un proceso complicado.

La historia, sin embargo, ofrece cierto alivio a las ambiciones de China. Hasta las últimas décadas del siglo XIX, China disfrutó de un dominio regional abrumador: fue al Reino Medio a quien todos los demás, en diversos grados –dependiendo de su distancia de Beijing– rindieron homenaje, reconociendo su estatus como inferiores al Reino Celestial. Era un sistema jerárquico de relaciones cuyos tentáculos se extendían por gran parte del este de Asia, con China en el centro. En el sistema tributario, como se lo conocía, los gobernantes no chinos observaban las formas y ceremonias apropiadas en su contacto con el emperador chino. En conjunto, esas prácticas constituían el sistema de tributo. Durante el período Qing, incluían recibir un rango noble en la jerarquía Qing, fechar sus comunicaciones según el calendario Qing, presentar monumentos conmemorativos de tributo en ocasiones reglamentarias junto con un obsequio simbólico de productos locales, realizar el kow-tow en la corte Qing, recibir obsequios imperiales a cambio y recibir ciertos privilegios comerciales y protección.³ Si un gobernante reconocía la superioridad de la civilización china y pagaba tributo al emperador, entonces el emperador generalmente seguía una política de no interferencia, dejando los asuntos internos al poder gobernante local. Se trataba, pues, de un sistema esencialmente

cultural y moral más que administrativo o económico. El emperador ejerció pocos poderes coercitivos, pero mantuvo el control en su mayor parte simbólicamente. El hecho de que la hegemonía china se ejerciera de una manera tan ligera y relativamente superficial permitió que se mantuviera sobre una población enorme y muy diversa durante largos períodos de tiempo. El sistema tributario estaba lejos de ser universal, pero Corea, parte de Japón, Vietnam y Myanmar pagaron tributos a China, mientras que un gran número de estados del sudeste asiático, incluidos Malaca y Tailandia, pagaron tributos o reconocieron la soberanía china. Aquellos países que estaban más cerca de China en términos de geografía y cultura fueron considerados más iguales que aquellos que estaban más lejos de China. Así, por ejemplo, China era considerada el hermano mayor, Corea el hermano mediano y Japón el hermano menor.

Dada la extensión del sistema, la diversidad de los países y culturas que abarca y el vasto período de tiempo involucrado, sería erróneo concebir el sistema tributario como uniforme o monolítico. Al variar de un país a otro y de una dinastía a otra, el orden mundial chino podría describirse apropiadamente, en palabras del historiador chino William A. Callahan, como "una civilización, muchos sistemas". Aunque compartían cosas en común, el sistema tributario El sistema funcionó de manera muy diferente, por ejemplo, para Japón y Corea: Japón disfrutaba de una autonomía mucho mayor de China que Corea y, de vez en cuando, incluso se rebelaba contra el sistema tributario. Sin duda, esto explica en parte por qué Japón fue capaz de mostrar una independencia de acción tan notable después de la Restauración Meiji, con su rechazo del mundo sinocéntrico y su giro hacia Occidente. Quizás también ayude a explicar la decisión de Corea del Sur y su reciente giro hacia China. Sin embargo, a pesar de estas variaciones, el hilo común que recorría el sistema tributario era la aceptación de la superioridad cultural de China. Ésta fue la razón por la que los estados adherentes aceptaron voluntariamente un acuerdo que consideraban beneficioso tanto para sus intereses como para el del Reino Medio. La relativa estabilidad del sistema tributario durante un período histórico tan largo fue en parte función de su flexibilidad, pero, sobre todo, porque China era abrumadoramente dominante dentro de él: en otras palabras, la desigualdad servía para promover el orden. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el creciente poder de las naciones europeas y el declive de China, las naciones europeas El sistema westfaliano concebido, junto con su subsistema colonial, reemplazó progresivamente al sistema tributario como principio organizador de las relaciones interestatales en la región o, más exactamente, tal vez, se superpuso al sistema existente.

Dado que constituyó el sistema regional del este de Asia durante más de 2.500 años, el sistema tributario sigue profundamente arraigado en la memoria histórica de la región. La mayoría de los países del este de Asia tuvieron alguna experiencia al respecto, a menudo hace tan solo un siglo, y ciertamente no hace más de un siglo y medio. Incluso cuando comenzó a desmoronarse hacia finales de siglo, elementos del sistema tributario continuaron sobreviviendo hasta bien entrado el siglo XX. Si bien parece inconcebible que cualquier futura hegemonía china en el este de Asia pueda tomar la forma del antiguo sistema tributario, es ciertamente razonable considerar la idea de que podría soportar al menos parte de sus huellas. Todavía hay una abrumadora presunción por parte de los chinos de que su posición natural se encuentra en el epicentro de Asia Oriental, que su civilización no tiene igual en la región y que su posición legítima, tal como les ha sido otorgada por la historia, en algún momento se restablezca en el futuro. China todavía se refiere con frecuencia a sus vecinos asiáticos como "países de la periferia", lo que sugiere que las viejas formas de pensar no han cambiado tanto como

cabría esperar. Los hábitos y actitudes anteriores tienen una extraña manera de reafirmarse en contextos nuevos. Por lo tanto, no sería del todo sorprendente que elementos del antiguo sistema tributario encontraran una expresión renovada a medida que China emerge una vez más como el centro dominante de la economía del este de Asia.

Por lo tanto, nos enfrentamos a una serie de preguntas intrigantes. ¿Recuperará China su preeminencia regional? ¿Cuánto tiempo es probable que tome? ¿Cómo podría lograrse? ¿Cómo podría ser esa preeminencia regional, qué formas adoptará y en qué medida podría tener fuertes ecos del pasado?

A principios de la década de 1990, China, con una era de reformas ya cumplida una década, todavía existía en su mayor parte en un estado de espléndido aislamiento, una condición que había heredado de la era maoísta. La represión de la manifestación de la Plaza de Tiananmen exacerbó esta situación, lo que provocó el distanciamiento de China por parte de Occidente y su condena por parte de Japón. A lo largo de los años noventa, China se negó rotundamente a aceptar ser parte en cualquier acuerdo multilateral regional, por temor a que verse obligado a desempeñar un papel secundario frente a Japón, consciente de que Estados Unidos se oponía firmemente a las organizaciones regionales de las que probablemente sería excluido y, no menos importante, todavía imbuido de esa tradicional distanciamiento regional nacida de su omnipresente sentido de superioridad. . Sólo a principios de los años 1990 China había establecido relaciones diplomáticas con Corea del Sur, Singapur, Indonesia, Vietnam y Brunei. Sin embargo, a finales de la década, China había decidido adoptar una estrategia muy diferente, una que era implementar con una velocidad impresionante.

Ya en 1994 había establecido los Cinco de Shanghai con Rusia, Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán en respuesta al colapso de la Unión Soviética en Asia Central y al deseo de colaborar con Rusia y fomentar la cooperación en su frontera noroeste, tradicionalmente problemática. Sin embargo, no fue hasta 2001, con el establecimiento formal de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), que esto se tradujo en algo más completo, con una oficina permanente en Shanghai, la incorporación de Uzbekistán y la adquisición de de funciones nuevas y más amplias. El propósito de la OCS parece ser triple: promover la cooperación en Asia Central, contrarrestar el extremismo islámico y resistir la influencia estadounidense en la región. En los años siguientes, India, Irán, Pakistán, Mongolia y Afganistán adquirieron el estatus de observadores, mientras que también se invita a representantes de la ASEAN y la CEI (compuesta por las ex repúblicas soviéticas). Es difícil evaluar el futuro de la OCS, pero ciertamente representa un bloque poderoso de países de Asia Central y, significativamente, permanece fuera de la égida de la influencia estadounidense. El corazón de la nueva estrategia de China, sin embargo, no estaba en el noroeste sino en el sureste, una región hacia la cual, en comparación, China había mostrado durante siglos en su mayor parte una benigna negligencia y una tradicional indiferencia. No es exagerado sugerir que el punto de apoyo de la estrategia de China en Asia Oriental –ciertamente tal como ha evolucionado durante la última década– llegó a depender de un cambio radical en su actitud hacia la ASEAN, la organización de las diez naciones del Sudeste Asiático que se formó en 1967.

¿Cómo explicamos la tardía adopción del multilateralismo por parte de China? En primer lugar, su espectacular crecimiento económico después de 1978 generó un

creciente sentimiento de confianza en sí mismo y permitió al país contemplar perspectivas nuevas y más ambiciosas. En segundo lugar, a principios de siglo China estaba a punto de ser miembro de la Organización Mundial del Comercio, lo que marcó su entrada al sistema internacional global y señaló su aceptación global del multilateralismo. En tercer lugar, China se sentía cada vez más cómoda con su posición en la región y confiaba en que no tendría que desempeñar el papel de subordinada a Japón. Finalmente, como consecuencia de la crisis financiera asiática de 1997-1998, que devastó las economías del sudeste asiático (y Corea del Sur), China se vio arrastrada a una relación cada vez más estrecha con ellos. Mientras luchaban por salir de los efectos de la crisis, ahora groseramente conscientes –después de un largo período de crecimiento económico espectacular– de su vulnerabilidad a la volatilidad global y golpeados por los efectos dañinos de las soluciones a la crisis impuestas por Estados Unidos y el FMI, los países de la ASEAN comenzaron a ver a China bajo una nueva luz.¹⁸ De ser un rival al que temer y cuyos motivos siempre eran objeto de sospecha, China pasó a ser vista cada vez más como un amigo y socio, principalmente porque se abstuvo de devaluar el renminbi, medida que habría infligido aún más daño a sus economías, junto con su voluntad de extender ayuda y préstamos sin intereses durante la crisis. El primer ministro malasio Mahathir Mohamad comentó en 1999 : 'El desempeño de China en la crisis financiera asiática ha sido loable, y los países de esta región . . . Aprecié mucho la decisión de China de no devaluar el yuan [renminbi]. La cooperación de China y su alto sentido de responsabilidad le han evitado a la región una consecuencia mucho peor”.

Una década antes, un acercamiento entre la ASEAN y China habría sido inconcebible; ahora tenía cierto aire de inevitabilidad. Pero requirió, por parte de los chinos, un salto de imaginación, un nuevo tipo de mentalidad, la voluntad de abandonar viejas formas de pensar y una audacia que previamente había caracterizado su programa de reforma económica, aunque no su conducta en las relaciones regionales. .

Lo sorprendente no fue simplemente que China estuviera repentinamente dispuesta a abrazar el multilateralismo en la región, sino también la manera en que lo hizo. Después de todo, éste era el país que a lo largo de los siglos, desde Tang hasta Mao, había mirado a sus vecinos con un sentido de superioridad e indiferencia: China no necesitaba a sus vecinos, pero ellos los necesitaban a ella. Sin embargo, China estaba dispuesta a colaborar con la ASEAN, una organización compuesta –en términos generales– por las naciones más débiles del este de Asia, y a hacerlo en sus términos y no en los de China. En otras palabras, el enfoque de China se basó en una humildad nueva y poco familiar. Históricamente, el Asia nororiental, hogar de civilizaciones antiguas y poderosas como Japón y Corea, así como China, ha predominado abrumadoramente sobre el Sudeste asiático, mucho menos desarrollado, donde un menor nivel de desarrollo económico, diversidad étnica y un sentido débil de nación han sido manifiestas desde hace mucho tiempo. Ahora había una notable inversión, al menos en términos de diplomacia, de este estado tradicional de cosas.

Desde la perspectiva de la ASEAN, los orígenes del nuevo acercamiento se encuentran en dos iniciativas. La primera fue la decisión adoptada en 1992 de establecer el AFTA – el Área de Libre Comercio de la ASEAN – que exigía que los diez estados miembros eliminaran todas las barreras al libre comercio para 2010. El segundo fue un llamado hecho por Mahathir Mohamed en 1990 para que Asia Oriental estableciera un Grupo Económico de Asia Oriental, más tarde denominado Grupo Económico de Asia Oriental. Caucus, como medio para compensar los efectos negativos del orden económico

internacional dominado por Occidente. La propuesta fue apoyada por la ASEAN pero con la oposición de Japón, y sólo después de la crisis financiera asiática obtuvo importante impulso. La iniciativa de Mahathir surgió de su convicción de que la membresía de los organismos de Asia Oriental debería limitarse a países dentro de la región y de su antipatía hacia APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico), que incluía miembros no asiáticos como Estados Unidos y Australia. De hecho, la posición de Mahathir prefiguraba lo que se convertiría en una grieta cada vez más importante dentro de la región –la exclusión o inclusión de Estados Unidos– con Japón siempre favoreciendo la inclusión y China, *sotto voce*, tendiendo a favorecer –aunque no siempre– exclusión.

El cambio en el enfoque de China tuvo lugar entre 1997 y 2001. En una cumbre China-ASEAN celebrada en 2001 –conocida como ASEAN+1 (es decir, China)– China propuso la creación de una zona de libre comercio China-ASEAN que se establecería en 2010. El Área de Libre Comercio ASEAN-China, o ACFTA, como se conoció, fue una propuesta extraordinariamente audaz para crear un mercado de casi 2 mil millones de personas, convirtiéndola así, con diferencia, en el área de libre comercio más grande en el mundo. Los países de la ASEAN se habían vuelto cada vez más nerviosos por el efecto que el creciente poder económico de China podría tener en sus propias exportaciones y también en sus entradas de inversión extranjera: su propuesta de una zona de libre comercio ayudó a asegurarles que China no perseguiría el crecimiento económico a pesar de las consecuencias para los demás. En la cumbre ASEAN-China de 2003, China accedió formalmente al Tratado de Amistad y Cooperación de la ASEAN –que comprometía a China con los elementos centrales de la Carta de la ASEAN de 1967–, siendo el primer país no perteneciente a la ASEAN en hacerlo (desde entonces le siguió la India). En 2002 también firmó la Declaración sobre la Conducta de las Partes en el Mar de China Meridional, que rechazaba el uso de la fuerza para resolver las disputas sobre las islas Spratly y Paracelso. Éstas habían sido una fuente grave y continua de tensión entre China en el por un lado, y Vietnam, Taiwán, Filipinas, Malasia y Brunei, por el otro, culminando en un conflicto militar con Vietnam y Filipinas. Los acuerdos entre la ASEAN y China iban a tener un impacto importante en la dinámica política de Asia Oriental. Antes de ellos, Japón, que había sido durante mucho tiempo el principal actor externo en las economías del sudeste asiático, se había resistido a celebrar acuerdos comerciales regionales y prefería operar mediante acuerdos bilaterales. De repente, Japón se encontró a la defensiva, superado por la audaz diplomacia de China, y desde entonces ha estado corriendo para ponerse al día.

Ya en 1997, durante la crisis financiera asiática, se había celebrado la primera cumbre ASEAN+3 (China, Japón y Corea del Sur) y ésta se celebró más tarde, formalizado en un evento regular. En la cumbre ASEAN+3 de 2003, el primer ministro chino Wen Jiabao propuso que se hiciera un estudio sobre la viabilidad de una zona de libre comercio de Asia Oriental, que fue aceptado. Siguiendo el ejemplo de China, en 2005 Japón comenzó a negociar su propio Acuerdo de Libre Comercio con la ASEAN, que se acordó en forma esquemática en 2007. En 2009, Australia y Nueva Zelanda hicieron lo mismo. Actualmente existe una compleja red de Tratados de Libre Comercio en proceso de negociación en Asia Oriental que, en última instancia, pretende actuar como infraestructura básica de un Tratado de Libre Comercio de Asia Oriental más amplio, diseñado para entrar en vigor alrededor de 2007 e implementarse antes de 2020. Si esto, por supuesto, si alguna vez se materializa es otra cuestión, pero el progreso hacia una reducción de los aranceles en la región –con China a la cabeza– contrasta marcadamente

con la desaparición efectiva de la ronda de Doha de la OMC, un punto perdido ni por la ASEAN ni por el resto de Asia Oriental.

La ASEAN está en el centro de los nuevos acuerdos de Asia Oriental y les ha proporcionado su modelo. Aunque el Sudeste Asiático siempre ha sido el pariente pobre de la región (en 1999, por ejemplo, el PIB de la economía del Noreste Asiático era más de nueve veces mayor que el de la ASEAN), habría sido imposible para el Noreste Asiático Asia habría desempeñado el mismo papel porque sigue demasiado dividida, desgarrada por la animosidad entre Japón y China, y en menor medida entre Corea del Sur y Japón, además de distraída por las disputas sobre Taiwán y la Península de Corea. Como resultado, no hay nada parecido a la ASEAN en el noreste de Asia: estos acuerdos multilaterales formales están casi completamente ausentes. Una consecuencia importante de estos diversos acontecimientos ha sido la exclusión efectiva de Estados Unidos de la diplomacia económica en la región. Éste nunca ha sido el objetivo declarado de China, pero, intencionadamente o no, es lo que ha sucedido en la práctica. La centralidad que disfrutó APEC a mediados de los noventa, y en la que Estados Unidos fue un actor clave, ahora parece un recuerdo lejano. La marginación de Estados Unidos también se manifiesta en la Iniciativa de Chiang Mai, acordada por primera vez en 2000 a propuesta de los chinos, que implica acuerdos bilaterales de intercambio de divisas entre los países de la ASEAN, China, Japón y Corea del Sur, permitiendo así que Asia Oriental países para apoyar una moneda regional que se encuentra bajo ataque. El acuerdo fue un producto directo de la propuesta japonesa de crear un Fondo Monetario Asiático durante la crisis financiera asiática, a la que en ese momento se opusieron firmemente tanto Estados Unidos (con el argumento de que socavaría al FMI) como China (porque vino de Japón). Desde entonces, China se ha tragado su oposición, sin duda en gran parte debido al fortalecimiento de la posición del renminbi, mientras que Estados Unidos, debilitado por la debacle del FMI en la crisis financiera asiática, no ha resistido.

Si la ASEAN ha proporcionado el lienzo, es la participación diplomática y la iniciativa de China lo que en realidad ha rediseñado el panorama de Asia Oriental. En efecto, China ha estado buscando formas de emerger como líder regional. La transformación de su poder económico ha apuntalado su creciente influencia. Este ha sido el verdadero motor del cambio en Asia Oriental, la fuerza que está reconfigurando la región. A diferencia de la Unión Europea, donde la integración económica siguió a la política, en el este de Asia la economía ha sido el motor del cambio, seguido por el cambio político. En el noreste de Asia, el comercio intrarregional –incluso en ausencia de acuerdos formalmente vinculantes- acuerdos – hoy representa el 52 por ciento del comercio total de las cinco economías (China, Japón, Taiwán y las dos Coreas), situación que se ha logrado en poco más de una década; la cifra equivalente para la Unión Europea es del 60 por ciento, cifra que tardó medio siglo en alcanzar.⁴² Entre 1991 y 2001, el comercio mundial aumentó un 177 por ciento, mientras que el comercio intrarregional en Asia Oriental, a pesar de las dificultades financieras asiáticas crisis, aumentó en un asombroso 304 por ciento. Con diferencia, la razón más importante ha sido el crecimiento de China, cuya participación en el comercio intrarregional casi se duplicó entre 1990 y 2002.⁴³ Con la aparición de los primeros tigres asiáticos a principios de los años sesenta, seguidos por los ejemplos posteriores, incluida la propia China, la economía de Asia Oriental solía ser vista en términos de "gansos voladores", con Japón a la cabeza y los demás volando en formación detrás. Pero con el ascenso económico de China durante la década de 1990, el papel de Japón como economía más importante en la región está siendo rápidamente desafiada por China. Entre 1980 y 2002, mientras la

participación de China en las exportaciones de Asia Oriental aumentó del 6 por ciento al 25 por ciento, la del Japón cayó del 50 por ciento a menos del 30 por ciento; De manera similar, mientras que la participación de China en las importaciones de Asia Oriental durante el mismo período aumentó del 8 por ciento al 21 por ciento, la del Japón cayó del 48 por ciento al 27 por ciento. Incluso en el apogeo de su poder económico, el papel de Japón siempre fue limitado por el hecho de que se negó rotundamente a abrir su economía a las exportaciones de sus vecinos (aparte de las de sus propias filiales extranjeras) o, de hecho, al resto del mundo – por lo que su influencia fue ejercida en gran medida por una combinación de su propia inversión extranjera directa en subsidiarias japonesas en el extranjero, importaciones de esas subsidiarias japonesas y exportaciones japonesas a la región. En contraste, la influencia de China, debido a que ha elegido tener una economía extremadamente abierta, es más multifacética: como mercado para los productos de la región, como exportador y como inversor multifacético.

Zhang Yunling, uno de los arquitectos de la nueva estrategia de China, y Tang Shiping han descrito el objetivo como: "hacer de China una locomotora para el crecimiento regional sirviendo como mercado para los estados regionales y proveedor de inversión y tecnología". La expresión más obvia de esto ha sido la forma en que, en menos de una década, China se ha convertido en uno de –si no el– mercado más importante para muchos países de la región: dentro de unos años, parece probable que sea el mercado más grande para todos los países de la región. Para los países de la ASEAN, el mercado chino es ahora tres veces mayor que el de Japón. Ningún país –ni siquiera Japón, cuyo comercio con China ha superado recientemente al de Estados Unidos– puede darse el lujo de ignorar el mercado chino o, como consecuencia, China. Desde 2000, las importaciones de China procedentes de la ASEAN han aumentado a una tasa anual del 30 al 40 por ciento. China, por ejemplo, representó el 13,2 por ciento de las exportaciones de Singapur en 2001, en comparación con el 2,5 por ciento en 1993, 18,5 por ciento de las exportaciones de Corea del Sur en 2001, en comparación con el 6 por ciento en 1993, y el 9,2 por ciento de las exportaciones de Australia en 2000, en comparación con el 6 por ciento en 1994. En el sudeste asiático se temía ampliamente que las importaciones chinas procedentes de los países de la ASEAN estuvieran compuestas abrumadoramente de materias primas. Ciertamente, estos son muy significativos, un ejemplo de ello es la enorme demanda china de madera, que está destruyendo rápidamente los bosques indonesios. Sin embargo, la categoría individual más importante de las exportaciones de la ASEAN a China se compone de bienes intermedios. China es donde tiene lugar el ensamblaje final de muchos productos de multinacionales de propiedad extranjera (estadounidenses, europeas, japonesas, taiwanesas y surcoreanas) antes de su exportación a su destino final. Países como Malasia y Tailandia ocupan así un nicho crucial en una compleja división del trabajo centrada en China. Además, China está asumiendo el papel de un inversionista cada vez más importante en la región, con una gran cantidad de inversión dirigida al sector extractivo, industrias e infraestructura como ferrocarriles, carreteras de peaje y refinerías, con el fin de acelerar el flujo de recursos naturales al mercado chino. En 2002, el 60 por ciento del total de la inversión extranjera directa de China se dirigió hacia Asia, lo que la convierte, con diferencia, en el destino más importante. Como consecuencia de ello, la inversión china en el Sudeste Asiático ha ayudado a compensar la caída de la inversión occidental en los últimos años.

Zhang Yunling y Tang Shiping han descrito la estrategia regional de China en los

siguientes términos: "participar activamente, demostrar moderación, ofrecer tranquilidad, abrir mercados, fomentar la interdependencia, crear intereses comunes y reducir los conflictos". Con un golpe audaz e inesperado, China ha logrado, a la manera de Deng Xiaoping, redefinir la dinámica de la región y, en el proceso, se ha dado más espacio para su propio desarrollo económico. Por pura valentía e imprevisibilidad, la iniciativa de China en Asia Oriental pertenece al género de la diplomacia china iniciada por Mao en el acercamiento con Estados Unidos en 1971. Incluso los problemas intratables del Noreste Asiático están, en cierta medida, siendo rediseñados por la ASEAN. - Iniciativa china basada en China, con Japón y Corea del Sur ahora involucrados en la creación del Área de Libre Comercio de Asia Oriental propuesta por primera vez por el primer ministro chino Wen Jiabao en la cumbre ASEAN+3 de 2003. Es imposible predecir el resultado del proceso (o, más exactamente, de los procesos) que ahora está en marcha. Son de duración indefinida y de múltiples niveles, y aún podrían adquirir otra dimensión, con la participación de la India y tal vez de otros países del sur de Asia en el futuro. Se ha sugerido que algún día podría haber una economía de plena unión en Asia Oriental, tal vez incluso con una moneda común, aunque esto último parece fantástico dadas las enormes disparidades económicas en la región. Sin embargo, es probable que el renminbi desempeñe un papel cada vez mayor en la región, especialmente si China alivia aún más las restricciones a su uso, como probablemente sucederá en los próximos cinco años aproximadamente. En esa eventualidad, y suponiendo que el dólar caiga, el renminbi se utilizará cada vez más con fines comerciales, otros países de la región vincularán sus monedas a él y, con el tiempo, seguramente asumirá el papel de moneda de reserva preferida en la región. Vale la pena señalar que en las zonas alrededor de las fronteras de China –Myanmar, Mongolia, Laos, Camboya y Vietnam– el renminbi, aunque todavía no es convertible, ya se comercializa libremente y se utiliza como moneda de reserva de facto, a veces en lugar del dólar estadounidense.

No sorprende que el rápido desarrollo de la influencia económica de China en la región esté teniendo repercusiones políticas y culturales más amplias. En todas partes, en distintos grados, el impacto de China se puede sentir. La voluntad de China de fomentar la interdependencia, buscar nuevos acuerdos y tener en cuenta las necesidades e intereses de otras naciones ha tenido un efecto extremadamente favorable en la forma en que se ve en la mayoría de los países. David Shambaugh, un destacado escritor estadounidense sobre China sostiene: 'A nivel bilateral y multilateral, la diplomacia de Beijing ha sido notablemente hábil y matizada, ganándose elogios en toda la región. Como resultado, la mayoría de las naciones de la región ven ahora a China como un buen vecino, un socio constructivo, un oyente atento y una potencia regional que no supone una amenaza.' Este proceso se ha visto reforzado por el marcado contraste de la última década entre la aceptación incondicional del multilateralismo y la preocupación de Estados Unidos por el Medio Oriente combinada con su giro hacia el unilateralismo durante la administración Bush. La ayuda exterior de China ha aumentado de alrededor de 260 millones de dólares en 1993 a más de 1.500 millones de dólares en 2004, en un momento en que Estados Unidos ha estado reduciendo la suya; Como resultado, la ayuda de China a Filipinas es ahora cuatro veces mayor que la de Estados Unidos, el doble de lo que Estados Unidos da a Indonesia y supera con creces la ayuda estadounidense a Laos, Camboya y Myanmar. China está financiando muchos proyectos de alto perfil, incluido un nuevo palacio presidencial y un edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores en Timor Oriental y un edificio del parlamento en

Camboya. Financia la capacitación de funcionarios camboyanos y laosianos en China, además de recibir a un número creciente de políticos y dignatarios de la región en China el programas para visitantes. Ha abierto sus puertas a estudiantes extranjeros, con más de 60.000 de Asia Oriental estudiando grados avanzados en universidades chinas entre 2003 y 2004. Hay una creciente sed en toda la región por aprender mandarín, mientras que los turistas chinos se están convirtiendo en un grupo cada vez más común en el Sudeste Asiático, superando ampliamente a los de Japón.

Arenas movedizas

Una de las consecuencias de la creciente importancia económica de China ha sido que la gran mayoría de los países de la región se han alineado más estrechamente con ella. Sólo hay dos excepciones: Taiwán, al menos hasta hace poco, y Japón. Incluso Singapur y Filipinas, dos aliados tradicionalmente cercanos de Estados Unidos, se han acercado mucho más a China. En lugar de que los países teman el ascenso de China y, como resultado, opten por acercarse a Estados Unidos, ha sucedido lo contrario. Tampoco ha habido señales de una carrera armamentista en la región. Un alto diplomático de Singapur expresó de manera confidencial en 2004 que:

El equilibrio de influencia se está inclinando contra Estados Unidos. En la última década los chinos no han hecho nada malo en el Sudeste Asiático. Los japoneses no han hecho nada bien y Estados Unidos se ha mostrado indiferente. Así pues, Tailandia, Laos, Camboya y otros Estados ya están definiendo su interés nacional como "finlandización" con respecto a China. Estados Unidos nunca quedará completamente excluido del Sudeste Asiático, pero ahora hay menos espacio para ello que en los últimos cincuenta años.⁶⁶

Como sugieren las cifras adjuntas, las actitudes en la región se han vuelto más favorables hacia China, en comparación con las que se muestran hacia Estados Unidos, mientras que en general se considera que China está emergiendo como el nuevo centro de poder en la región y con probabilidades de convertirse en el socio económico más importante de la región. La mayoría de los países. Para ilustrar la reconfiguración del poder en Asia Oriental hacia China, examinaré tres ejemplos muy diferentes: Myanmar, Malasia y Corea del Sur; y luego, la notable forma en que Australia está siendo arrastrada a la órbita de China.

Como antiguo estado tributario del Reino Medio, Myanmar ha disfrutado durante mucho tiempo de una estrecha relación con China, pero desde finales de los años ochenta esta se ha vuelto más marcada. El creciente aislamiento de Myanmar —especialmente de y por Occidente— ha servido para aumentar su dependencia de China tanto para el comercio como para la seguridad, siendo este último ahora, con diferencia, su mayor socio comercial, así como su mayor fuente de inversión interna. La minoría china del país, que ha crecido considerablemente en los últimos años, ha jugado un papel muy importante en este creciente alineamiento económico con China. También existe una estrecha colaboración militar entre los dos países, el único caso de este tipo en la región (con la excepción parcial de Corea del Norte). Con su larga frontera compartida, Myanmar es un aliado importante para China porque brinda a sus provincias sin salida al mar del suroeste un acceso vital al Océano Índico para sus exportaciones y, al mismo

tiempo, proporciona una base para que la marina china opere en el Océano Índico. Por una combinación de razones históricas y económicas –y porque de lo contrario Myanmar se encontraría aún más aislado– la relación de China con Myanmar es, de hecho, más íntima que la que tiene con cualquier otro país de la región.

Por razones geográficas, los países archipelágicos del Sudeste Asiático han disfrutado tradicionalmente de una relación más distante con China que aquellos como Myanmar y Vietnam que comparten la misma masa de tierra. Además, las diferencias étnicas, culturales y religiosas entre China y países como Malasia e Indonesia son muy pronunciados. Malasia, tras su independencia en 1957, veía a China con considerable sospecha debido a su propia gran minoría china y al hecho de que el régimen maoísta fomentaba una guerra de guerrillas, basada principalmente entre los chinos locales, contra los británicos y, después de la independencia, contra los británicos. el recién instalado gobierno dominado por los malayos. Con el rápido crecimiento económico de China durante el período de reformas, junto con su abandono de promover cambios revolucionarios en otros lugares, las relaciones mejoraron constantemente. Aunque los dos países estaban en conflicto por las Islas Spratly, el entonces Primer Ministro de Malasia, Mahathir Mohamed, optó por seguir una política de compromiso con China, consciente de que su país no podría ganar ningún enfrentamiento naval. También desempeñó un papel fundamental durante más de una década para alentar a China a involucrarse más en la región y con la ASEAN en particular.

A largo plazo, cualquier relación más profunda con China probablemente tendrá un efecto en el delicado equilibrio racial en Malasia entre la mayoría malaya y la minoría china, que actualmente representan más de una cuarta parte de la población. No sorprende que sea la minoría china la que está principalmente involucrada en el comercio con China, la que llena los aviones que vuelan entre los dos países y la que más se beneficia económicamente de la relación bilateral. Como resultado, Malasia, mientras busca una relación más estrecha con China, seguirá siendo al mismo tiempo algo ambivalente. (El problema de una minoría indígena china económicamente poderosa no es en absoluto limitado a Malasia: una minoría china, aunque relativamente más pequeña que la de Malasia, también desempeña un papel dominante en los sectores privados de Tailandia, Indonesia, Myanmar, Laos, Camboya, Vietnam y Filipinas).

Sin embargo, el ejemplo más dramático de la forma en que el ascenso de China ha estado transformando las relaciones en la región es Corea del Sur. Después de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un aliado íntimo de Estados Unidos, relación que se consolidó en la Guerra de Corea, y gran parte de su éxito económico posterior se debió a su posición como estado vasallo de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Sin embargo, durante la última década se ha estado acercando a China tanto a nivel gubernamental como popular. China es ahora fácilmente el mayor socio comercial del país y las empresas surcoreanas han invertido fuertemente en el continente, siendo China el mayor destino de sus exportaciones. Inversión extranjera coreana. Más de la mitad de los estudiantes de Asia Oriental que cursan estudios avanzados en China provienen de Corea del Sur. Más de un millón de surcoreanos visitaron China en 2003, mientras que 490.000 chinos visitaron Corea del Sur. Cada semana hay más de 700 vuelos entre los dos países. La crisis sobre Corea del Norte y sus armas nucleares también ha servido para acercar a China y Corea del Sur, y esta última descubrió que tenía más en común con la postura cautelosa de China de moderación que el enfoque estadounidense más agresivo bajo Bush. De hecho, el manejo de la crisis por parte de China y su surgimiento como mediador clave con Corea del Norte ha mejorado su posición tanto ante Corea del

Sur como en la región en general. El hecho de que Estados Unidos haya fortalecido mientras tanto sus vínculos de defensa con Japón ha alienado aún más Corea del Sur, que ve a Japón con considerable enemistad como resultado de la conducta de este último durante su ocupación colonial del país.

Sin embargo, la actitud de Corea del Sur hacia Corea del Norte y China, por un lado, y hacia los Estados Unidos, por el otro, sigue siendo objeto de importantes discusiones internas: después de las dos administraciones liberales de Kim Dae-jung y Roh Moo-hyun, que hicieron hincapié en la reconciliación con Corea del Norte y buscaba relaciones más estrechas con China, la elección del presidente conservador Lee Myung-bak en 2008 marcó un cambio hacia una postura más dura hacia Corea del Norte y una relación más estrecha con Estados Unidos. También existe tensión entre China y Corea del Sur sobre la ascendencia precisa del antiguo reino de Koguryo, que ocupó territorio en Corea del Norte, Corea del Sur y también sobre la frontera china, y es reclamado por ambas Coreas y China como parte de su historia. Sin embargo, en el largo plazo, parece probable que Corea del Sur continúe acercándose a China y alejándose de Estados Unidos, tal vez hasta el punto de que con el tiempo la alianza entre Estados Unidos y Corea se disuelva, pero es poco probable que eso suceda dentro de poco. Mientras tanto, es posible que Estados Unidos eventualmente retire sus tropas de la península coreana, siempre y cuando se encuentre una solución a la crisis actual. El acercamiento entre China y Corea del Sur es un poderoso eco de épocas anteriores, cuando Corea era un estado tributario cercano e importante de China, una situación que duró muchos siglos hasta la derrota de China en la guerra chino-japonesa.

Australia no puede contarse como parte de Asia Oriental, sino que pertenece más propiamente a Asia-Pacífico, que abarca esa región junto con los países del Pacífico. Una de las grandes anomalías geoculturales es que un país que se encuentra justo al sur de Indonesia tiene una mayoría abrumadoramente blanca y durante mucho tiempo ha sido considerado un país occidental. Aunque históricamente formó parte del Imperio Británico, desde 1942 ha disfrutado de una relación extremadamente estrecha con Estados Unidos, siendo durante la mayor parte de ese período su aliado más cercano y leal en la región de Asia y el Pacífico. Sin embargo, durante la última década, el creciente poder económico de China ha ejercido un efecto fascinante en el continente insular. Con diferencia, la razón más importante de esto es el apetito voraz de China por los enormes depósitos de materias primas de Australia, especialmente mineral de hierro. En gran medida como resultado de la demanda china, la economía australiana disfrutó de un crecimiento ininterrumpido durante casi dos décadas hasta la crisis financiera y parecería estar en el proceso de desacoplar sus fortunas de la economía occidental, especialmente de los Estados Unidos.⁸² Australia es uno de los países del mundo que han experimentado un doble beneficio del ascenso de China: a saber, la caída del precio de los productos manufacturados y, hasta la crisis mundial, el aumento del precio de las materias primas. Si la Australia del siglo XX estuvo dominada por Nueva Gales del Sur y Victoria, y la rivalidad entre Sydney y Melbourne, este siglo se caracterizará por el ascenso de los estados mineros, Australia Occidental y Queensland, con China como motivo. El interés de China en los vastos depósitos naturales de Australia no se limita al de un cliente; su papel como inversor se está volviendo cada vez más importante, con la compra de participaciones en empresas mineras australianas, incluida, lo más dramática hasta ahora, la propuesta para que el productor estatal chino de aluminio Chinalco compre una gran parte de la deuda del grupo minero anglo-australiano Rio Tinto.

No sorprende que el creciente papel de China en la prosperidad de Australia esté teniendo importantes ramificaciones políticas. La expresión más clara de esto hasta ahora ha sido la elección del primer ministro laborista Kevin Rudd en 2007. Habla mandarín con fluidez, conoce bien la cultura y la tradición chinas y posee excelentes contactos en Beijing (había trabajado allí durante muchos años), se le puede describir como el primer líder político de orientación china elegido en Occidente. Aunque Australia sigue estando muy estrechamente alineada con Estados Unidos, su creciente acercamiento con China probablemente influya en la naturaleza de su relación con Washington. Es prematuro sugerir que Australia en algún momento se distanciará de Estados Unidos y, de hecho, se unen a China a la manera, por ejemplo, de Corea del Sur o Tailandia, pero no sería sorprendente encontrar que Australia se vuelve más sensible acerca de sus relaciones con China y hace que estas sensibilidades sean conocidas por los estadounidenses. De esa manera, Australia podría convertirse en la voz occidental de China. Un factor clave en esto será el curso de la política australiana: el predecesor de Rudd como primer ministro laborista fue Paul Keating, el primer primer ministro australiano que abogó por el giro hacia Asia, mientras que su sucesor, el veterano primer ministro liberal John Howard, podría Dificilmente habría sido más proestadounidense. Sin embargo, en un plazo mucho más largo, es concebible que Australia entre en la órbita de China y se aleje cada vez más de Estados Unidos a medida que el poder y la utilidad de este último disminuyan.

Ecós del Pasado

A la luz del realineamiento de la región hacia China, ahora podemos volver a la cuestión de cómo es probable que evolucione la relación de Asia Oriental con China y, en particular, en qué medida podría llevar algunas de las características del sistema tributario. El sistema tributario y el sistema westfaliano a menudo se consideran polos opuestos y mutuamente excluyentes: el primero implica una relación jerárquica, el segundo se basa en relaciones de igualdad entre Estados-nación soberanos. De hecho, como se mencionó en el capítulo 7, el sistema westfaliano en la práctica nunca ha sido tan simple. Durante la mayor parte de su historia estuvo confinado en gran medida a un grupo de estados europeos, ya que hasta la segunda mitad del siglo XX la gran mayoría de los países del mundo no disfrutaron de independencia, y mucho menos de igualdad. Incluso después de que estos países se convirtieran en naciones soberanas -estados, en la gran mayoría de los casos no disfrutaban de nada parecido a la igualdad con los Estados Unidos o las naciones de Europa occidental, una situación que se exacerbó durante la Guerra Fría, cuando los Estados-nación experimentaron lo que era, en la práctica, una soberanía limitada en su relación con la superpotencia a la que debían su lealtad. La vida no ha sido tan distinta en la era de la superpotencia única, en la que la mayoría de los países disfrutaban de diversos grados de soberanía limitada en su relación con Estados Unidos. Dadas las profundas desigualdades en las relaciones interestatales, el concepto de igualdad en el sistema westfaliano es más legalista que real. En la práctica, como ocurre con el sistema tributario, tiene fuertes características jerárquicas. Al igual que el sistema tributario, el sistema westfaliano también tiene un componente cultural influyente, a saber, la idea de hegemonía o poder blando. En otras palabras, la distinción entre los sistemas tributarios y westfalianos no es tan clara como podría pensarse. Visto

en estos términos, la restauración de elementos del sistema tributario en una forma modernizada no parece tan descabellada. Además, algunos de los viejos elementos de construcción siguen firmemente en su lugar. La cultura china no sólo sigue gozando de gran prestigio en todo el este de Asia, sino que su influencia está una vez más en aumento, ayudada por la presencia de una minoría china mucho mayor que la que existía en épocas anteriores, especialmente en el sudeste asiático. Además, en el noreste de Asia, y también en Vietnam, el confucianismo es una herencia compartida de manera similar al papel de la tradición grecorromana en Europa.

Históricamente, el sistema tributario fue el concomitante internacional de la identidad y existencia de China como estado-civilización. Y así como la influencia del Estado-civilización sigue siendo palpable en la esfera doméstica, la persistencia del Estado tributario es evidente en el ámbito de las relaciones internacionales. De hecho, en aspectos importantes, las actitudes chinas hacia los conceptos de soberanía y relaciones interestatales siguen debiendo al menos tanto al legado tributario como al sistema westfaliano contemporáneo.

El concepto chino de soberanía difiere notablemente del del derecho internacional de inspiración occidental. Tomemos como ejemplo la disputa sobre la soberanía de las islas Spratly y Paracelso, que, aunque archivada por ahora (tras el acuerdo con la ASEAN), sigue sin resolverse a largo plazo. Las islas Spratly y Paracelso apenas son islas, pero un conjunto de rocas deshabitadas, muchas de las cuales suelen estar bajo el agua, situadas en el Mar de China Meridional, las Spratlys al norte del este de Malasia y al oeste de Filipinas, y las Paracelso al este de Vietnam. La idea de soberanía marítima es una innovación relativamente reciente, que data de 1945, cuando Estados Unidos declaró que tenía la intención de ejercer soberanía sobre sus aguas territoriales, y es este cuerpo de leyes el que esencialmente forma la base del reclamo de los diversos estados del sudeste asiático sobre las Spratlys y Paracelso. China, por el contrario, basa su argumento en "reclamaciones históricas", es decir, que las islas han formado durante miles de años una parte integral de la frontera sureste del Reino Medio de la misma manera, por ejemplo, como la frontera al norte de Beijing. Las expediciones a las islas han descubierto varios artefactos chinos, como vajillas de porcelana y monedas de cobre de las dinastías Tang y Song, que se han utilizado para reforzar estas "reclamaciones históricas" y demostrar que las islas han sido parte de China durante mucho tiempo. Las islas son parte del folklore de la cultura china, que se mantiene vivo, en diversas invocaciones del espíritu fronterizo chino, mediante artículos escritos por periodistas chinos que visitan regularmente las islas. En muchos mapas chinos se muestran claramente dentro de la "línea de reclamo histórico" y, por lo tanto, como parte de China. La isla de Hainan, frente a la costa sur de China, puede ser la provincia terrestre más pequeña de China, pero también se la considera –debido a la extensión de su territorio marítimo que, como se afirma, se adentra hasta el Mar de China Meridional– como su "provincia oceánica" más grande. En 2007, Beijing estableció el nuevo municipio de Sansha en la provincia de Hainan, que tiene jurisdicción sobre tres islotes que Vietnam reclama en los archipiélagos Spratly y Paracelso. Esto dio lugar a manifestaciones de protesta a gran escala frente a la embajada china en Hanoi. La idea de "reclamaciones históricas" encuentra expresión en el uso chino del derecho intertemporal, que se refiere a lo bueno o lo malo en el pasado histórico. Los juristas chinos sostienen que: "un hecho judicial debe ser apreciado a la luz de las leyes contemporáneas con él, en lugar de las leyes vigentes en el momento en que surge una disputa" Esto da fuerza y legitimidad a la historia más que al presente. , a las leyes que

prevalecieron durante la era del sistema tributario en lugar del actual sistema legal internacional.

En 1984, Deng Xiaoping sugirió "la posibilidad de resolver ciertas disputas territoriales haciendo que los países involucrados desarrollen conjuntamente las áreas en disputa antes de discutir la cuestión de la soberanía". En otras palabras, la cuestión de la soberanía no necesariamente debería retrasar el avance en otras cuestiones. El comentario de Deng ha sido citado frecuentemente por fuentes chinas en el contexto de las islas en el Mar de China Meridional, donde en la práctica se ha seguido su enfoque, y en relación con las islas Diaoyu/Senkaku en el Mar de China Oriental que se disputan con Japón; También se ha sugerido en relación con Taiwán. Si bien insisten en su soberanía última sobre este último, los chinos han ofrecido archivar el asunto más o menos indefinidamente, siempre que Taiwán no busque declarar su independencia, lo que ilustra la flexibilidad con la que Taiwán no pretende declarar su independencia. Los chinos están preparados para abordar la cuestión. Alternativamente, han sugerido que, siempre que los taiwaneses acepten su soberanía sobre la isla, Taiwán puede seguir teniendo su propio gobierno, sistema político e incluso fuerzas armadas.

Esto pone de relieve otra diferencia fundamental entre la concepción china de la soberanía y la de Occidente, que se demuestra más claramente en la actitud mostrada por China hacia la entrega de la soberanía en Hong Kong. Los chinos consideraban que la transferencia de soberanía no era negociable, como en el caso de todos los llamados territorios perdidos (a saber, Taiwán, Hong Kong, Macao y probablemente también las diversas islas en disputa), que China considera, por su historia, cultura y etnicidad, como legítimamente suyas. Pero según los estándares occidentales su soberanía ha sido ejercida de una manera inusualmente dócil. La narrativa británica –y occidental– sobre Hong Kong era que, tras la entrega en 1997, los chinos transformarían el territorio en algo muy parecido al continente. Esta expectativa no se ha cumplido. En general, Hong Kong ha cambiado muy poco. Como tal, es completamente atípico de la experiencia normal de la transición poscolonial. La clave para entender el enfoque chino reside en la noción de "un país, dos sistemas", consagrada en la constitución del territorio, también conocida como Ley Básica. En lo que a China concernía, la cuestión era el reconocimiento de su soberanía sobre Hong Kong más que si el territorio compartía o no el mismo sistema de gobierno. El enfoque occidental es diferente: soberanía y sistema único se consideran sinónimos. . "Un país, dos sistemas" se encuentra en una tradición china milenaria que reconoce y acepta la existencia de diferencias entre sus numerosas provincias o, para decirlo de otra manera, que tales diferencias son una parte inherente y necesaria de una civilización. -estado. En otras palabras, el estado-civilización, al igual que el sistema tributario que de él se deriva, se basa en el principio de "una civilización, muchos sistemas". En contraste, la noción occidental de soberanía se basa en el principio de "un Estado-nación, un sistema", y el sistema westfaliano en "un sistema, muchos Estados-nación".

La actitud china hacia la soberanía está estrechamente relacionada con el antiguo concepto confuciano de "armonía con la diferencia", que ha sido revivido bajo el actual líder chino, Hu Jintao. De hecho, algunos estudiosos chinos han interpretado "un país, dos sistemas" como un ejemplo de "armonía con la diferencia". Mientras que en el discurso occidental la armonía implica identidad y una estrecha afinidad, éste no es el caso en la tradición china, que considera la diferencia como una característica esencial de la armonía. Según Confucio, 'la persona ejemplar armoniza con los demás, pero no necesariamente está de acuerdo con ellos; la persona pequeña está de acuerdo con los

demás pero no está en armonía con ellos». Estar de acuerdo con la gente significa que eres acríticamente igual a ellos: lo opuesto a la armonía no es el caos sino la uniformidad y la homogeneidad. Curiosamente, en China estos últimos a menudo se asocian con el término "hegemonía", que se utiliza de manera peyorativa para describir el comportamiento de las grandes potencias (antes la Unión Soviética, ahora Estados Unidos) en contraste con la "armonía", que se considera como algo que permite y abraza las diferencias. .

Al considerar la futura relación entre China y sus vecinos de Asia Oriental, es pertinente tener en cuenta no sólo el legado histórico del sistema tributario sino también lo que podría describirse como la *realpolitik* del tamaño. Este fue claramente un aspecto significativo del sistema tributario, pero es un factor aún más poderoso en la era de la globalización y el Estado-nación moderno. China está ansiosa por enfatizar su deseo de ejercer autocontrol y respeto por los intereses de otros estados, pero a largo plazo, suponiendo que China continúe su ascenso económico, la disparidad entre China y las otras naciones de la región aumentará. Es probable que esta situación sea cada vez más pronunciada con el tiempo. No es difícil imaginar un escenario en el que la desigualdad entre el poder de China y el de los estados vecinos sea bastante mayor que la que se puede encontrar en cualquier otra región del mundo. Ese poder desmesurado se expresará de diversas formas, desde la económica y cultural hasta la política y militar. Este es el factor principal que se esconde detrás de las sospechas latentes en la región hacia China: el miedo no tanto a lo que China es ahora –especialmente porque se ha esforzado por tranquilizar a sus vecinos– sino a cómo podría ser. en el futuro. El jefe de la marina de Malasia lo expresó así en 1996: 'a medida que pasan los años, existe. incertidumbre en la forma del comportamiento de China una vez que haya alcanzado su estatus de gran potencia. ¿Se ajustará a las reglas internacionales o regionales o será una nueva potencia militar que actuará de la manera que considere adecuada? Imaginemos la relación, dentro de cincuenta años, entre una China enormemente poderosa y avanzada, con muy por encima de los 1.500 millones, y Laos y Camboya, con poblaciones para entonces de quizás alrededor de 10 millones y 20 millones respectivamente; o, en realidad, Malasia, con quizás algo más de 30 millones de habitantes. Por razones de tamaño –por no hablar del legado tributario– la relación entre China y su región seguramente será fundamentalmente diferente de la que existe entre el país dominante y sus vecinos en cualquier otra región.

¿Cómo será China? ¿Cómo actuará? Está claro que el comportamiento y la concepción de China hacia la región estarán fuertemente influenciados por el legado del sistema tributario y su carácter de estado-civilización. La influencia de esta forma de pensar ya es evidente en la actitud de China hacia las islas Spratly y Paracelso, Hong Kong y Taiwán. Al menos en su propia región, se puede decir categóricamente que China no será simplemente un Estado-nación de Westfalia. Pero incluso si ese fuera el caso, ¿hasta qué punto es probable que China sea asertiva? ¿Debemos juzgar el comportamiento futuro de China por la moderación y la relativa magnanimidad que son características del régimen actual, o será reemplazada por algo completamente más sinocéntrico? ¿Podría China abandonar lentamente su extrema cautela actual y volverse más contundente en sus relaciones con otros países, por ejemplo aquellos, como la India, Japón y los países del Sudeste Asiático, con los que tiene disputas territoriales que por el momento ha aceptado dejar de lado? A medida que China se vuelve más poderosa, no sería sorprendente que se volviera más sinocéntrica: de hecho, al menos a largo plazo, eso es lo que cabría esperar. Después de todo, con el actual énfasis abrumador en el

desarrollo económico y el deseo de garantizar que no haya distracciones, la moderación es, al menos en parte, una función de las prioridades: en la era de las reformas, la autodisciplina de China ha sido enorme e impresionante. Pero si pensamos en el futuro, en una época en la que los niveles de vida son mucho más altos y China se ha establecido como la potencia dominante en el este de Asia, ¿cómo podría expresarse una perspectiva más sinocéntrica?

Quizás la mejor manera de responder a esta pregunta sea buscar indicadores en el presente, por muy aislados y dispersos que puedan estar. Hay tres ejemplos. El primero se refiere a la invasión china de Vietnam en febrero de 1979, que China describió como una "guerra punitiva para darle una lección a Vietnam" sobre la proximidad del poder chino y su creencia de que los vietnamitas no habían sido lo suficientemente agradecidos por la ayuda que habían recibido de China durante la guerra de Vietnam. El lenguaje de esta guerra, el tono de condescendencia imperial, el deseo de afirmar una relación jerárquica, la necesidad de que el hermano mayor le diera una lección al hermano menor, eran un retroceso a los días de la guerra de Vietnam. El orden mundial chino y el sistema tributario. De manera similar, China ha utilizado la fuerza militar en las disputas sobre las islas en el Mar de China Meridional, contra Filipinas en 1995 y, más notablemente, contra Vietnam en 1956, 1974 y nuevamente en 1988. , cuando China tomó seis islas en el área de Spratly, tres barcos vietnamitas fueron hundidos y setenta y dos marineros vietnamitas fueron asesinados. Todas estas acciones llevan la huella del sistema tributario, la necesidad de afirmar el orden jerárquico natural de las cosas y , si es necesario, castigar a quienes se atrevieron a pasarse de la raya. Cabe señalar, sin embargo, que las relaciones entre China y Vietnam han mejorado considerablemente en los últimos años, aunque la enemistad entre ellos, que se remonta a muchos siglos atrás, está profundamente arraigada.

El segundo ejemplo se refiere a la relación entre China y los ciudadanos chinos en el extranjero. En otoño de 2005, se denunció que funcionarios malayos habían registrado al desnudo a una turista china en Malasia y la habían sometido a agresiones violentas. El tema fue reportado por primera vez por China Press, un periódico malasio en idioma chino, y posteriormente fue abordado con tanta vehemencia por los medios chinos que el primer ministro malayo ordenó una investigación independiente, además de ordenar a su ministro de Asuntos Internos que hiciera un viaje especial a Beijing para dar explicaciones y disculparse. Un editorial del China Daily, el periódico oficial del gobierno, exclamó: "Todas las mentes sensatas no pueden dejar de sorprenderse ante las imágenes que muestran a una compatriota nuestra siendo obligada a desnudarse por una policía de uniforme de Malasia. Ninguna excusa puede justificar una brutalidad de tal magnitud.» El editorial ejerció poca moderación o circunspección. Sin embargo, poco después se descubrió que la mujer en cuestión no era ciudadana china, ni siquiera china, sino malaya. La respuesta china al incidente fue, desde el principio, desproporcionada y beligerante, y se basó en falsas creencias extraídas de la prensa chino-malasia. Sería un error sacar demasiadas conclusiones de un incidente aislado, pero la reacción china, dadas las circunstancias, fue autoritaria e inmoderada. Los chinos trataron al gobierno de Malasia con escaso respeto. Ni siquiera tuvieron la cortesía de comprobar los hechos primero. Se comportaron de manera imperial hacia lo que parecían considerar, al menos en tono, un Estado menor. Mientras tanto, el gobierno de Malasia, por su parte, actuó a la manera de un Estado tributario adecuadamente humilde y deferente. A medida que el turismo chino en la región crece rápidamente, el incidente sugiere que la protección brindada a los ciudadanos chinos en el extranjero será atenta y proactiva en el mejor de

los casos, e invasiva y agresiva en el peor.

El último ejemplo se refiere a la respuesta de los chinos a los disturbios contra los chinos locales en Indonesia en 1997. En el evento, el gobierno chino mostró considerable moderación, tratando de desalentar el tipo de manifestaciones organizadas por los chinos de ultramar en Hong Kong, Taiwán, Nueva York, el Sudeste Asiático y Australia. Sin embargo, a juzgar por las publicaciones en Internet, la reacción de muchos chinos fue de considerable ira. La siguiente publicación es un ejemplo de ello:

Patria mía, ¿escuchas el llanto? Tus hijos en el extranjero están llorando. Ayudarles a. No entiendo la política y no me atrevo a hablar de política. No sé lo que significa decir "no tenemos amigos ni enemigos a largo plazo, sólo intereses a largo plazo", y no sé cuáles son esos intereses. Sólo sé que mis propios compatriotas están siendo masacrados bárbaramente, necesitan ayuda y no sólo expresiones morales de comprensión y preocupación. Patria mía, ellos son tus hijos. La sangre que fluye de sus cuerpos es la sangre de la raza Han. Su sinceridad y buena voluntad también provienen de vuestro alimento."

A pesar de estos sentimientos, el gobierno chino actuó con cautela y moderación; pero a medida que crezca el poder chino en la región, la relación entre China y los chinos de ultramar —que ejercen un poder económico excepcional en prácticamente todos los países de la ASEAN, y cuya confianza en sí mismos, su estatus y su posición mejorarán enormemente con el ascenso de China— se volverán más fuertes. un factor creciente en estos países. Envalentonados por el ascenso de China, los chinos locales pueden tratar de aprovechar su mejor posición negociadora para aumentar su poder, mientras que los gobiernos de estos países probablemente sean cada vez más cautelosos respecto de la cómo manejan a sus minorías chinas por temor a molestar a Beijing. El historiador Wang Gungwu sostiene que los chinos de ultramar comparten muchas características con otras minorías étnicas: "Pero donde los "chinos" son totalmente diferentes es [en que] su "madre patria" está cerca del Sudeste Asiático, es muy grande y poblada, potencialmente poderosa y tradicionalmente desdeñoso de los pueblos y culturas de la región.

TAIWÁN – EL GRAN NO NEGOCIABLE

Ha habido dos grandes excepciones al nuevo giro de la política regional de China. Uno es el "territorio perdido" más importante de China, a saber, Taiwán, y el otro, su colonizador regional y mayor adversario, Japón. Si bien China ha seguido una estrategia de compromiso, acomodación y compromiso con prácticamente todos los demás países de la región desde principios de siglo, no se puede decir lo mismo de su actitud hacia Japón o, al menos hasta hace poco, Taiwán, con quienes las relaciones se ha mantenido en gran medida intratable.

La actitud de China hacia Taiwán es tensa no sólo porque considera la isla como uno de sus territorios perdidos y, por tanto, como parte histórica de China; hay un cargo adicional porque Taiwán se convirtió en la manzana de la discordia después de la guerra civil entre el Partido Comunista Chino y el nacionalista Kuomintang, con la huida de Chiang Kai-shek y sus fuerzas a la isla y la declaración de que ahora era la República de China, reclamando soberanía sobre toda China. Como consecuencia, Taiwán representa una tarea pendiente, el único punto incompleto en la agenda de guerra civil del Partido.

Esta es la razón por la que el retorno de Taiwán a la soberanía china es lo último no negociable para el régimen actual y, dada la fuerza de la opinión pública china, sobre el tema, probablemente también para cualquier otro régimen que uno pueda imaginar. El camino desde 1949 ha sido tortuoso, desde el estatus de paria otorgado a China por Occidente y su reconocimiento de Taiwán, en lugar de la República Popular China, como la verdadera China, hasta el cambio radical estadounidense tras el acercamiento entre Nixon y Mao, y luego el constante aislamiento internacional de Taiwán durante las últimas cuatro décadas. Pero el objetivo final de China, a saber, la reunificación, ha resultado inalcanzable porque los propios taiwaneses se han mantenido firmemente opuestos a él, con el apoyo tácito de los estadounidenses.

De hecho, las esperanzas de China se verían frustradas por un acontecimiento de lo más inesperado: un creciente sentido de identidad taiwanesa que culminó en la derrota electoral del Kuomintang (KMT), que, al menos en principio, siempre había apoyado una política de una sola China, y la victoria del Partido Democrático Progresista (PPD), proindependentista. Después de la elección de Chen Shui-bian del PPD como presidente en 2000, Taiwán siguió una política de desinización y un nacionalismo cada vez más asertivo. Esto coincidió con una creciente interdependencia económica entre China y Taiwán, que, aunque Chen y su predecesor como presidente, Lee Teng-hui, se resistieron durante un período, se ha acelerado hasta el punto de que, en 2003, la mitad de los 1.000 taiwaneses más ricos Las empresas, incluidas las principales empresas de informática, habían invertido en el continente, normalmente en filiales de fabricación. Alrededor de las tres cuartas partes de la inversión extranjera directa de Taiwán se destinan actualmente a China, y hay cientos de miles de taiwaneses que viven y trabajan en la región de Shanghai y la provincia de Guangdong. El mercado chino representa ahora alrededor del 40 por ciento de las exportaciones taiwanesas, un enorme aumento con respecto a hace apenas unos años. ¿La creciente interdependencia económica significará que los dos países se acercarán irresistiblemente, lo que resultará en algún tipo de acuerdo político entre ellos? ¿O el sentido de diferencia que claramente informa la conciencia taiwanesa cerrará esa opción y conducirá a un deseo creciente de independencia de jure, y no sólo de facto?

Una cuestión clave aquí tiene que ver con la naturaleza de la identidad taiwanesa. ¿Hasta qué punto se constituye como diferente y en oposición a la identidad china? ¿Y el sentido de identidad taiwanesa se correlaciona positivamente con el apoyo al nacionalismo taiwanés y, en última instancia, a la independencia? Entre 1992 y 2006 la proporción de taiwaneses que se consideraban simplemente chinos ha ido disminuyendo constantemente, mientras que los que se sentían taiwaneses ha aumentado proporcionalmente.

Sin embargo, el grupo que se considera tanto taiwanés como chino ha sido consistentemente grande –por un estrecho margen, de hecho, el mayor de todos– y representa casi la mitad del electorado. El panorama es, por tanto, bastante complejo. El hecho de que el grupo más grande se considere tanto taiwanés como chino sugiere que las dos identidades, lejos de ser mutuamente excluyentes, son vistas por casi la mitad de la población como complementarias. De hecho, muchos reconocen que su identidad taiwanesa, basada en un sentido compartido de historia, cultura, lugar y costumbres, existe dentro y junto a su sentido de ser chino. Esto sugeriría que no existe necesariamente una fuerte correlación entre un sentido de la identidad taiwanesa y el apoyo a la independencia. El grupo más grande apoya el status quo, posponiendo cualquier decisión sobre el estatus de la isla para más adelante, o lo que podría

describirse como una posición de "esperar y ver". El segundo grupo más grande (que disfruta de la mitad del apoyo del primero) está a favor del status quo ahora y de la independencia más adelante, pero está más o menos igualado por aquellos que prefieren el status quo indefinidamente. Y no muy lejos de este grupo en términos de apoyo están aquellos que favorecen el status quo y la unificación con China más adelante; Sin embargo, hay un respaldo mínimo para la unificación inmediata. Sólo una pequeña minoría apoya la independencia inmediata, y este grupo, combinado con aquellos que favorecen el status quo y la independencia posterior, representan menos de una cuarta parte de la población. Además, el apoyo combinado a estas dos posiciones alcanzó su punto máximo en 1999 y posteriormente se estabilizó o incluso disminuyó ligeramente. Esto sugiere que la identidad taiwanesa es un concepto diverso y maleable que significa cosas diferentes para diferentes personas. No parece tener un fuerte contenido político, de lo contrario habría una correlación más estrecha entre la identidad taiwanesa y el apoyo a la independencia. En lugar de ver la dirección de Taiwán como predeterminada, la situación es, de hecho, fluida y abierta. La opinión taiwanesa está abierta a influencias según la forma en que China se comporta y las exigencias de la política taiwanesa, junto con tendencias subyacentes más profundas, incluida la forma en que China evoluciona económica y políticamente en el largo plazo, lo que sucede con la economía taiwanesa y el Impacto de la integración económica entre China y Taiwán.

Si bien no hay nada inevitable en los efectos políticos de la creciente integración económica, la velocidad y el alcance del proceso en los últimos años han tenido un impacto importante en la política taiwanesa. Miedo a sus consecuencias.

Estas consecuencias persuadieron al ex presidente Lee Teng-hui a imponer restricciones a la inversión de empresas taiwanesas en China y acelerar el proceso de taiwanización para aprovechar lo que Lee vio como una ventana de oportunidad antes de que la dinámica de la integración económica comenzara a cerrar opciones. Chen hizo lo mismo, aunque se vio obligado a ceder ante la presión de las empresas taiwanesas y aliviar algunas de las restricciones. La creciente dependencia de las empresas taiwanesas tanto del mercado chino como de sus operaciones de fabricación en China se ha convertido en una consideración influyente tanto en la mente de las empresas taiwanesas como del electorado taiwanés. Mientras que alguna vez el país dependió en gran medida del mercado estadounidense, este ha sido suplantado en importancia por el mercado chino de manera similar a los demás vecinos de China. Sin embargo, en el caso de Taiwán, este proceso ha ocurrido aún más rápidamente y ha ido mucho más lejos, principalmente, sin duda, debido a las costumbres, la cultura y el idioma chinos compartidos, aunque otros factores como la proximidad geográfica también son significativos. Cualquier cálculo sobre el futuro económico de Taiwán o las perspectivas de nivel de vida debe colocar inevitablemente a China en el centro de la ecuación. No sorprende que en una encuesta de 2005 casi el doble de taiwaneses estuvieran a favor de fortalecer los vínculos económicos entre China y Taiwán, en comparación con aquellos que estaban a favor de degradarlos. Y China ha tratado recientemente de utilizar estas crecientes conexiones para construir vínculos con diferentes sectores de la población taiwanesa para influir en el clima político y ejercer presión política sobre el gobierno taiwanés.

La manifiesta volatilidad de la opinión pública taiwanesa ha subrayado la necesidad de que China la corteje y la influya, aunque se trata de una cuestión a la que históricamente el gobierno chino ha concedido relativamente poca importancia. Hay tres razones para esto. En primer lugar, el concepto chino de "territorios perdidos" significa que Taiwán,

como en el caso de Hong Kong, es visto en términos de una reivindicación histórica más que de soberanía popular: en otras palabras, la legitimidad se considera una cuestión de historia. en lugar del presente. Como consecuencia de esta actitud, el pueblo de Hong Kong no estuvo representado en las conversaciones sobre el traspaso, que se llevaron a cabo exclusivamente entre chinos y británicos. Esto difería de lo que normalmente ha sucedido en las negociaciones sobre descolonización, en las que quienes buscan independencia de la potencia colonial generalmente representada en la mesa de conferencias. En segundo lugar, la actitud china hacia Hong Kong y Taiwán demuestra la importancia primordial que se atribuye a la soberanía estatal y la ausencia de cualquier tradición de soberanía popular, tema que analicé en el capítulo 7. En tercer lugar, la visión china de Taiwán implica un concepto particular de lo chino, que lo concibe en términos esencialistas, como algo inmutable, atemporal y fijo en la historia, algo que se hereda al nacer. , le guste o no a uno. Esto está directamente relacionado con la discusión del último capítulo sobre la naturaleza de los chinos Han, a quienes el gobierno chino considera homogéneos, aunque en realidad los Han son un grupo muy diverso. De ello se deduce, por lo tanto, que se le da poco o ningún crédito a la noción de una identidad taiwanesa que sirve para reemplazar o eludir la propia pertenencia china.

Como consecuencia de ello, el gobierno chino, al menos hasta hace poco, ha hecho pocos intentos de cortejar a la opinión taiwanesa. De hecho, a menudo ha actuado de una manera que sirvió para inflamar, alienar, intimidar y enemistarse con los taiwaneses: emitiendo amenazas apenas veladas, negándose a tolerar sus puntos de vista y recurriendo a acciones coercitivas, sobre todo el lanzamiento de misiles contra Taiwán. - Wan Strait durante la campaña electoral presidencial de 1996. Recientemente, sin embargo, China ha estado más preparada para abordar la situación en Taiwán tal como es en realidad y, por lo tanto, tomar más en serio la opinión taiwanesa. Esto quedó ilustrado por su cortejo al liderazgo del KMT en el período anterior a las elecciones parlamentarias y presidenciales de 2008, incluida la visita del exlíder del KMT, Lien Chan, a Beijing en 2005. Ahora hay un optimismo cauteloso en Beijing basado en el hecho de que el apoyo a la independencia de Taiwán parece aumentar han alcanzado su punto máximo y una opinión de que la mayoría de los taiwaneses son básicamente pragmáticos y apoyan, de una forma u otra, el status quo. La creciente interdependencia económica entre China y Taiwán también apunta en la dirección del status quo o de vínculos políticos más estrechos.

China está dispuesta a ser paciente y conformarse con el status quo durante un futuro indefinido, siempre que Taiwán no declare su independencia. Esto tendría la virtud de permitir a Beijing concentrarse en el desarrollo económico de China y dejar de lado una cuestión que, en caso de una conflagración militar, podría causar un daño incalculable a la posición global y regional del país. Los chinos creen silenciosamente que el tiempo está de su lado. La creciente dependencia económica de Taiwán de China es una razón obvia para esto, mientras que el espectacular progreso de China está claramente haciendo que el país sea cada vez menos atractivo a los ojos de los taiwaneses, mucho más ricos. Al mismo tiempo, Taiwán, asfixiado por su falta de reconocimiento diplomático, se encuentra en peligro de ser excluido de los nuevos acuerdos comerciales regionales centrados en la ASEAN. Otro factor es la mejora de la situación en competencia y capacidad militar de China a través del Estrecho de Taiwán, como consecuencia de la creciente capacidad económica y tecnológica del país, que actúa

como un poderoso elemento disuasivo a cualquier acción aventurera por parte de Taipei. Además, el hecho de que la administración Bush buscara consistentemente frenar los planes más extravagantes del presidente Chen Shui-bian también sirvió para tranquilizar a Beijing. Lo más importante de todo, las amplias victorias logradas por el KMT en las elecciones parlamentarias y presidenciales a principios de 2008 confirmó a Beijing en su nuevo sentido de optimismo. Cansado de la preocupación de Chen por la independencia y preocupado por el débil estado de la economía, el electorado votó decisivamente a favor de mejorar las relaciones con el continente, sobre todo las económicas, y el nuevo presidente Ma Ying-jeou prometió mantener el status quo y buscar una relación más estrecha con China. Le siguieron los vuelos directos y el turismo; y es posible que con el tiempo se llegue a un acuerdo de asociación económica más estrecha, similar al que existe entre China y Hong Kong. En abril de 2009 se produjo un avance dramático cuando China y Taiwán concluyeron nuevos acuerdos sobre servicios financieros, vuelos directos y luchar contra el crimen. Es casi seguro que esto representa un punto de inflexión fundamental, que allana el camino para una relación mucho más estrecha entre los dos países.

A largo plazo, es concebible que Washington contemple la idea de que Taiwán ya no es un interés fundamental que debe defenderse a toda costa. Ciertamente, a la luz del ascenso de China, Taiwán ha disfrutado de una prioridad decreciente en Washington sobre décadas recientes. Es posible que los chinos también hayan comenzado a considerar la posibilidad de soluciones políticas más laxas que algún día podrían ser aceptables para los taiwaneses. Durante algún tiempo, los chinos han ofrecido esencialmente a Taiwán una variante mejorada de "un país, dos sistemas", pero recientemente se le ha dado menos importancia. Quizás los chinos contemplen la idea de una mancomunidad china o una mancomunidad federal bajo la cual Taiwán disfrutaría no sólo de un alto grado de autonomía, como lo haría bajo la fórmula de Hong Kong, sino también, reconociendo la soberanía simbólica de De hecho, a Beijing se le concederá cierta independencia e incluso autonomía limitada para actuar en la esfera internacional. Por ahora, el creciente optimismo de China no está fuera de lugar. Sin embargo, la situación sigue plagada de incertidumbres. Si en algún momento un futuro gobierno del PPD se arriesgara a declarar su independencia, entonces es casi seguro que China trataría de revertir esa acción por medios militares, involucrando así a toda la región y a Estados Unidos en una crisis que tendría consecuencias de largo alcance. Puede que sea poco probable, pero aún no se puede descartar tal escenario.

Hermano Grande y Hermano Pequeño

Desde 1949, Taiwán ha sido el problema regional más grave de China. Es concebible, sin embargo, que la isla quede en un segundo plano durante una década o más, tiempo durante el cual las tendencias a más largo plazo podrían resolver efectivamente el problema de una forma u otra. Si eso sucediera, entonces, con diferencia, la cuestión más difícil a la que se enfrentaría China en Asia Oriental sería Japón. Hasta la guerra chino-japonesa de 1894-1895, que fue una consecuencia directa de la Restauración Meiji en 1868 –con el giro de Japón hacia el Occidente, el rechazo de su propio continente, especialmente China, y sus ambiciones expansionistas: las relaciones entre China y Japón habían sido relativamente armoniosas. Japón había sido un estado tributario durante mucho tiempo, honrando y reconociendo debidamente su deuda con la

civilización china y la tradición confuciana, incluso si a veces resultó ser un estado distante y algo recalcitrante (lo cual, dado su estatus insular y su civilización avanzada), no fue ninguna sorpresa.

Sin embargo, durante más de un siglo, después de la guerra de 1894, la relación de China con Japón ha sido mucho peor que la que mantiene con cualquier otra potencia. Muchos chinos todavía ven esa guerra y el posterior Tratado de Shimonoseki como la hora más oscura del "siglo de humillación" de China. La ignominiosa derrota de China y las condiciones extremadamente onerosas que se le impusieron en el proceso de paz dejaron un sabor particularmente amargo. La derrota ante lo que se consideraba una nación inferior dentro del orden mundial chino se consideraba una humillación mucho mayor que perder ante los bárbaros occidentales, y sirvió para socavar la visión del mundo china predominante. Este fue un caso – en el discurso confuciano– del estudiante golpeando al maestro o del hermano menor golpeando al hermano mayor.

La ignominia que sufrió China en la guerra de 1894-1895 se vio agravada y acentuada por la ocupación japonesa del noreste de China en 1931 y luego su invasión a gran escala del noreste, el este y partes del centro de China en 1937; Las cicatrices que dejaron estas hostilidades nunca han sanado. Hasta el día de hoy, la masacre de Nanjing define la naturaleza y la identidad de los japoneses en lo que respecta a los chinos y, por tanto, en gran medida su actitud hacia Japón. Puede que haya ocurrido hace setenta años, pero sigue siendo una herida abierta, tan presente en la relación entre los dos países como si hubiera ocurrido ayer. Incluso las cifras de muertos –300.000 en la interpretación china– siguen siendo un tema muy delicado. Por supuesto, la razón por la que estas preguntas siguen tan vivas es porque los japoneses no se han disculpado adecuadamente ni han demostrado ningún signo serio de confrontación de su propio pasado, a diferencia del arrepentimiento que los alemanes han mostrado por su comportamiento en la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses pagaron un alto precio por su derrota. a manos de Estados Unidos y Europa –con enormes bajas, los juicios de Tokio, la confiscación de sus activos en el extranjero y la ocupación estadounidense–, pero han mostrado poco remordimiento hacia sus vecinos asiáticos por el comportamiento a menudo bárbaro de su país, que fue mucho peor que cualquier cosa que Japón haya impuesto a las potencias occidentales. La masacre de Nanjing fue el peor ejemplo, con asesinatos en masa y violaciones de civiles, pero esto se repitió en menor escala en otras partes de China, mientras que la ocupación japonesa de Corea también estuvo marcada por una crueldad considerable. Las numerosas disculpas que Japón ha ofrecido han sido poco más que fórmulas, mientras que los tribunales se han negado a compensar a las víctimas individuales de crímenes cometidos en nombre de Japón. La actitud reticente hacia sus vecinos asiáticos es sintomática del Japón post-Meiji: respeto por Occidente y desprecio por Asia. Durante la mayor parte del período de posguerra, Japón tampoco ha necesitado repensar sus actitudes. Rápidamente se restableció como potencia dominante en la región, en una liga diferente a la de sus vecinos más pobres, mientras que Estados Unidos, su patrocinador y protector, no exigió ni deseaba que Japón se disculpara con la China comunista durante la Guerra Fría, dado que ahora se aplicaba un conjunto de prioridades nuevo y muy diferente.

Sin embargo, cincuenta años después, Asia Oriental presenta un panorama diferente. Japón ya no constituye la gran excepción, un nivel de desarrollo occidental rodeado por un mar de atraso. Por el contrario, los primeros cuatro tigres asiáticos disfrutaban de un PIB per cápita no muy inferior al de Japón, los niveles de vida en la región han aumentado enormemente y la vieja némesis de Japón, China, ha sido objeto de una

notable transformación económica. En resumen, la historia finalmente ha alcanzado a Japón. Como sociedad y cultura, Japón siempre ha estado en su mejor momento cuando sus objetivos –y el camino hacia esos objetivos– se fijaron en concreto. Pero cuando tanto los objetivos como el camino necesitan adaptarse a las nuevas circunstancias, tal vez incluso sujetos a una revisión total, Japón parece encontrar el cambio excesivamente difícil. Al igual que Francia, tiende a jugar y retrasar hasta nada menos que una revolución o, en el caso de Japón, una restauración. Frente a la transformación del este de Asia, y sobre todo de China, Japón se ha visto efectivamente paralizado, incapaz de cambiar de dirección y ofreciendo poco más que más de lo mismo. Los demócratas liberales, que han dominado la política japonesa desde 1955, han encontrado el pensamiento lateral prácticamente imposible.¹⁴⁴ Como sostiene el experto chino en Asia oriental, Zhu Feng: “Japón ha estado menos preparado para el ascenso de China que cualquier otro país. No pueden creerlo. No quieren creerlo. Sin embargo, les afecta más que a nadie». En su mayor parte, Japón ha negado el ascenso de China, deseando que de algún modo desapareciera o que tal vez fuera producto de la imaginación de todos los demás.

Desde principios de los años noventa, la política japonesa comenzó a virar hacia la derecha y volverse más nacionalista, un proceso acelerado por el colapso del Partido Socialdemócrata, que siempre había sido un acérrimo oponente al rearme japonés. Los políticos gobernantes japoneses se volvieron más agresivos hacia China, mostrando impaciencia ante las tradicionales tendencias deferentes hacia su vecino, mayor preocupación por el ascenso de China y frustración por lo que veían como la explotación por parte de China del pasado colonial de Japón. En 1996, por primera vez, la proporción de quienes en una encuesta anual dijeron que sí los que no tenían sentimientos amistosos hacia los chinos superaban a los que sí los tenían. La crisis sobre Corea del Norte y su amenaza de desarrollo de armas nucleares, junto con el secuestro de ciudadanos japoneses entre 1977 y 1983, sirvieron para endurecer el sentimiento nacionalista: de hecho, la amenaza norcoreana fue vista como un sustituto de la amenaza china, contribuyendo así a intensificar también la hostilidad hacia China. En 1999, un nacionalista extremo, Ishihara Shintaro, fue elegido gobernador de Tokio: antes antiestadounidense, rápidamente se volvió rabiosamente hostil hacia China. Mientras tanto, Japón firmó un nuevo acuerdo de defensa con Estados Unidos que estaba claramente dirigido contra China y que implícitamente involucraba a Japón en la defensa de Taiwán. La creciente enemistad hacia China encontró su máxima expresión hasta la fecha durante el mandato de Junichiro Koizumi entre 2001 y 2006. , con sus visitas anuales en su calidad de primer ministro al Santuario Yasukuni, un monumento de inspiración política a los soldados caídos de Japón, incluidos los criminales de guerra de Clase A – que tenían como objetivo fomentar el nacionalismo en el país y al mismo tiempo ser provocativos hacia China. Sin embargo, desde Koizumi, tanto el breve mandato de Shinzo Abe, anteriormente considerado de línea dura hacia China, como especialmente el de Yasuo Fukuda, han revelado un deseo en los círculos gobernantes de moderar la hostilidad de la era Koizumi y buscar una relación más complaciente con China. China. Queda por ver qué rumbo tomará Japón durante el mandato de Taro Aso, quien también tiene una reputación nacionalista, pero es probable que su período en el cargo sea de corta duración.

Mientras tanto, Japón se encuentra más o menos aislado en el este de Asia. Aunque ha sido generoso al otorgar ayuda a muchos países de la región, no ha abordado su legado de guerra, que es una fuente continua de resentimiento para muchos de sus vecinos,

especialmente Corea del Sur y China. Además, se ha mantenido relativamente alejado de sus vecinos, habiéndose negado a abrir su mercado y resistiéndose a celebrar acuerdos multilaterales, en lugar de bilaterales, con ellos hasta que finalmente se vio obligado a actuar por las recientes iniciativas de China con la ASEAN. Ha habido dos ejemplos recientes del continuo aislamiento de Japón. El primero se refería a su intento fallido de convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 2005, cuando China logró movilizar a la mayor parte de la región en oposición a la propuesta de membresía de Japón, torpedeándolo así en la práctica. El segundo ejemplo fue la campaña antijaponesa. manifestaciones en China en 2005, provocadas en parte por la candidatura de Japón a la ONU, pero principalmente por la publicación de un nuevo libro de texto de historia escolar en Japón que buscaba restar importancia a los crímenes japoneses contra China durante la última guerra; en este caso, como en el de la Naciones Unidas, las simpatías de la región estaban abrumadoramente del lado de los chinos más que del gobierno japonés. En ambos casos, la causa subyacente del aislamiento de Japón es la misma: su incapacidad para abordar no sólo los agravios de China sobre la última guerra, sino casi todos los demás también.

El ascenso de China requiere un cambio fundamental en el pensamiento japonés –de hecho, los intereses de Japón habrían estado mejor servidos si hubiera estado dispuesto a abordar el trato dado a sus vecinos en tiempos de guerra hace varias décadas–, pero aún quedan pocas señales de ello. En cambio, Japón se ha aferrado a variantes de su postura de posguerra, con el resultado de que China ha logrado, con la habilidad de su reciente diplomacia en la región, superarlo. Mientras tanto, la relación entre los dos permanece congelada a la manera de la Guerra Fría, y cada giro se ve en términos de un juego de suma cero. Los temas de discordia entre los dos son muchos, aunque las cuestiones históricas - predominan claramente sobre todas las demás. En términos actuales, la cuestión más importante –y peligrosa– con diferencia tiene que ver con las disputadas islas Senkaku/Diaoyu y la frontera marítima igualmente disputada en el Mar de China Oriental. Ya ha habido enfrentamientos por las islas, sobre todo en 1990. A diferencia En las islas en disputa en el Mar de China Meridional, se sabe que hay importantes depósitos de petróleo y gas en la zona, lo que les confiere una importancia estratégica adicional. China ha ofrecido dejar de lado la cuestión de la soberanía, como lo ha hecho con los Spratly, en favor de un desarrollo conjunto, pero los japoneses han rechazado la idea. Mientras tanto, los chinos han comenzado a explorar una zona del mar en disputa.¹⁶⁰ Un acuerdo entre los dos países sobre exploración y desarrollo conjuntos ayudaría a aliviar la tensión, aunque no resolvería la cuestión subyacente de la soberanía sobre las islas o la frontera marítima. . Hasta que se alcance algún tipo de acuerdo, esta disputa es la que con mayor probabilidad generará un punto de inflamación entre los dos países.

En tiempos de crisis, el gobierno chino se ha esforzado por frenar las actitudes populares de resentimiento hacia Japón por temor a que se salgan de control; A veces, sin embargo, se han desbordado, como fue el caso de las grandes y furiosas manifestaciones que tuvieron lugar en varias ciudades chinas en 2005. Si bien Taiwán y Estados Unidos han sido factores importantes en el nacionalismo chino, especialmente en la década de 1990, su crecimiento ha sido impulsado, sobre todo, por sentimientos de resentimiento y hostilidad hacia Japón. . Estos siguen siendo mucho más fuertes que la enemistad mostrada hacia Estados Unidos. Aparte de la Guerra de Corea, no hay antecedentes de conflicto entre China y Estados Unidos. Además, en 1971 los dos países lograron rehacer su relación y colocarla sobre una base completamente nueva que ha sobrevivido

hasta el día de hoy. Por supuesto, también están separados geográficamente por la extensión del Océano Pacífico. En cambio, la amarga enemistad entre japoneses y chinos ha existido durante más de un siglo sin interrupción. Simplemente no existe una tradición moderna de compromiso o coexistencia entre ellos y, sin embargo, son, con diferencia, los dos países más poderosos del este de Asia. Puede que a los chinos no les gusten especialmente los estadounidenses, pero en general los respetan; en cambio, como he descubierto con frecuencia, los chinos –incluidos los más educados– a menudo declaran abiertamente que odian a los japoneses. Además, el ascenso de China, en todo caso, ha servido para endurecer las actitudes hacia Japón. Como ha observado Shi Yinhong, ahora se expresa ampliamente la opinión de que: "Si China cede ante Japón, significa que China no puede ascender". ¿Qué sentido tiene subir si tenemos que ceder ante Japón?». Sin embargo, a China le conviene ganar tiempo. A pesar de que Japón sigue siendo la economía más grande de Asia Oriental (según el PIB según los tipos de cambio de mercado) y, con diferencia, la más avanzada, el tiempo, como siempre parece, está del lado de China. Suponiendo que China siga creciendo a un ritmo rápido, el equilibrio de poder entre los dos seguirá moviéndose a favor de China, y esta última emergiendo constantemente como el punto de apoyo de la economía de Asia Oriental. Incluso para Japón, China es ahora un gran importancia económica: se convirtió en el mayor mercado de exportación de Japón en 2008, superando a los Estados Unidos, y el valor de las exportaciones japonesas a China se duplicó entre 2000 y 2003, y también se ha convertido en una importante base manufacturera para muchas multinacionales japonesas. . En resumen, Japón se está viendo arrastrado a una relación de creciente interdependencia económica con China. Pero esto no significa que las relaciones entre los dos países inevitablemente se vuelvan más armoniosas: el antagonismo subyacente entre ellos está demasiado profundamente arraigado para que ese sea el caso.

Entonces, ¿cómo es probable que evolucione la relación entre China y Japón? Hay varios escenarios posibles. Hasta ahora, Japón esencialmente se consideraba diferente y aparte de la región. Como hemos visto, ese ha sido el caso desde la Restauración Meiji, con Japón mirando hacia Occidente y hacia Asia. El hecho de que esta mentalidad haya sido una característica fundamental de Japón desde 1868 hace que la tarea de cambiarla sea aún más difícil y desalentadora. Desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, el desapego de Japón de Asia se ha visto reforzado por su dependencia militar. sobre Estados Unidos, con la garantía de defensa estadounidense que obligaba a Japón a mirar hacia el este a través del Océano Pacífico en lugar de hacia el oeste hacia su propio continente, animándolo así a pensar en sí mismo como una potencia de Asia-Pacífico en lugar de Asia Oriental. Esto queda ilustrado por el hecho de que en 2007 concluyó un pacto de seguridad (el único otro con Estados Unidos) con Australia, el aliado más cercano de Estados Unidos en la región de Asia y el Pacífico. Aunque no se declara y se niega, el objetivo obvio del acuerdo es China. Además, como se mencionó anteriormente, los términos de su acuerdo de seguridad y defensa con Estados Unidos se han fortalecido significativamente durante la última década. El escenario más probable es que Japón continúe por el mismo camino. Para los japoneses tiene la gran ventaja de permitirles continuar con el status quo y posponer el día en que se les exija emprender un replanteamiento fundamental –con diferencia el mayor desde 1868– de su relación con China en particular y Asia Oriental en general. A los ojos de China, sin embargo, la alianza entre Estados Unidos y Japón es sólo la segunda peor solución, la peor –tales son los temores de China sobre la historia japonesa– siendo un Japón que aspira cada vez más a convertirse en una fuerza militar por derecho propio. Esta última El proceso

también está en marcha, pero se está llevando a cabo lentamente y dentro del contexto de la alianza de Japón con Estados Unidos, y no por separado. Sin embargo, a largo plazo, la dependencia de Estados Unidos puede resultar insostenible. La creciente fuerza económica, política y militar de China podría en algún momento obligar a los japoneses a repensar su actitud hacia China de una manera más positiva, mientras que Estados Unidos también podría ser persuadido en algún momento de que su relación con China es bastante más importante que eso con Japón y que su alianza con Japón debería efectivamente ser degradada, archivada o abandonada. Pero cualquier resultado de este tipo, en caso de que alguna vez ocurra, aún queda en un futuro lejano. El único escenario que parece inconcebible es que Japón emerja como una superpotencia independiente que pueda rivalizar con China: es simplemente demasiado pequeño, demasiado particularista, demasiado aislado y demasiado débilmente dotados de recursos naturales para poder lograrlo.¹⁷⁶

El elefante en la habitación o, más precisamente, en la región, es Estados Unidos. Este último no forma ni siquiera vagamente parte del este de Asia, ya que está situado a miles de kilómetros al este, pero con su alianza militar con Japón, sus bases militares en Corea del Sur y su apoyo a largo plazo a Taiwán, por no hablar de los países coreanos y vietnamitas. guerras, ha sido la potencia dominante en la región desde que reemplazó a Europa en la década de 1950. Sin embargo, esa situación ha comenzado a cambiar con notable rapidez. Una combinación del 11 de septiembre y el nuevo giro de la política exterior china en el este de Asia, junto con el surgimiento de China como punto de apoyo de la economía regional –una de esas yuxtaposiciones accidentales de la historia– ha transformado la influencia china en la región, mientras que esa de Estados Unidos, enormemente preocupado por Oriente Medio hasta prácticamente excluir todo lo demás, al parecer, disminuyó drásticamente durante la presidencia de Bush. Dado que el período en cuestión ha durado menos de una década, el cambio en el equilibrio de poder en la región ha sido dramático. En unos pocos años, todos los países se han visto obligados a repensar su actitud hacia China y en todos los casos –excepto Japón y Taiwán (aunque, desde la elección de Ma Ying-jeou como presidente, tal vez incluso allí también)– han avanzado apreciablemente más cerca de él, incluidos Singapur, Filipinas, Tailandia y Corea del Sur, todos los cuales tienen alianzas bilaterales formales con Estados Unidos. La estrella de China en la región está claramente en ascenso y la de Estados Unidos en decadencia.

Sería erróneo suponer que el futuro será una simple extrapolación de estas tendencias recientes. Ciertamente no se puede excluir lo precipitado, por ejemplo, especialmente a la luz de la naturaleza abierta de las relaciones chino-taiwanesas. De manera menos apocalíptica, el proceso de cambio presenciado durante la última década podría desacelerarse o, alternativamente, quizás acelerarse. Estados Unidos podría intentar frenar el impulso y la dirección de ese cambio emprendiendo una estrategia más imaginativa y proactiva hacia Asia Oriental bajo el gobierno de Obama. De manera más especulativa, si las relaciones entre China y Estados Unidos en el este de Asia empeoraran seriamente en algún momento en el futuro, Estados Unidos podría tratar de contener a China. Si esto ocurriera, inevitablemente tendría serias ramificaciones para su relación global. Pero tampoco se puede excluir la posibilidad de que con el tiempo Estados Unidos se reconcilie con su influencia decreciente en el este de Asia. Si ese fuera el caso, hasta el momento hay poca evidencia que sugiera que la región se volverá más inestable como consecuencia: por el contrario, durante el período que coincidió con

el ascenso de China, Asia Oriental ha estado, al menos hasta ahora, sorprendentemente libre de conflictos. Dado que Asia Oriental se caracterizó por una estabilidad histórica de largo plazo durante el período tributario como resultado del poder abrumador de China, esto no necesariamente debe considerarse como sorprendente.

Tal como están las cosas actualmente, China ya está establecida como la potencia terrestre dominante en la región, mientras que Estados Unidos sigue siendo, al menos a mediano plazo, la potencia marítima regional dominante. Si bien esta fuerza naval sirve claramente para contener el poder de China en la región, también es una señal de la creciente debilidad de Estados Unidos, donde el poder terrestre es una expresión de la creciente influencia económica y política de China y el poder marítimo es casi exclusivamente una función del poder duro de Estados Unidos. De hecho, parecería que China no está tan lejos de lograr la hegemonía dentro de la región en la mayoría de los aspectos (económicos, políticos y culturales) aparte del militar. Con diferencia, el aliado más importante de Estados Unidos en el este de Asia sigue siendo Japón y, un poco más lejos, Australia sigue siendo un país íntimo de Estados Unidos, a pesar de su relación más estrecha con China. Estados Unidos también ha estado trabajando muy duro para tratar de reclutar a India para su lado. Entre ambos constituyen un formidable contraataque a China, aunque rodean a Asia Oriental en lugar de ser parte de ella, excepto en el caso de Japón. Tanto Rusia como India se superponen y lindan con Asia Oriental y, por lo tanto, también pueden considerarse actores importantes en la región, pero consideraré su relación con el ascenso de China en el próximo capítulo.

No muy lejos de la Universidad Renmin, en el noroeste de Beijing, hay un gigantesco hipermercado Carrefour que vende de todo, desde ropa y refrigeradores hasta equipos deportivos y comida, y que lleva toda una vida solo para recorrerlo y mucho menos para comprar. El supermercado más grande que he usado jamás y está lleno de miles de pekineses todos los días de la semana. Carrefour, de propiedad francesa y el segundo minorista más grande del mundo, tiene hipermercados de este tipo en China, aunque varían considerablemente en tamaño. En abril de 2008, Carrefour fue blanco de una protesta que se extendió como la pólvora por toda China, con manifestaciones frente a las tiendas en Beijing, Wuhan, Heifei, Kunming, Qingdao y muchas otras ciudades. El origen de la campaña anti-Carrefour fueron unas breves publicaciones en los tabloneros de anuncios de Internet de China que afirmaban que el minorista y uno de sus accionistas, LVMH, el grupo de lujo francés, habían financiado al gobierno en el exilio del Dalai Lama. En India. Inmediatamente después de los disturbios en el Tíbet, se trató de una campaña incendiaria, a la que se añadió carga adicional por la ira sentida por las protestas en París contra el relevo de la antorcha olímpica y las sugerencias de que el Presidente Sarkozy podría boicotear los Juegos. Las grandes multitudes que se reunieron frente a muchos hipermercados Carrefour instaron a los compradores a boicotear las tiendas. Los manifestantes portaban fotografías de Jin Jang, un atleta chino en silla de ruedas, que había sido abordado por un manifestante francés durante el relevo de la antorcha en París y cuyo trato había indignado al público chino. Los compradores que valientemente se aventuraron en las tiendas Carrefour lo hicieron bajo la protección de decenas de policías antidisturbios. El estallido de protestas chinas contra Carrefour, que amenazaban con envolver también a otras empresas francesas, recordó las realizadas contra empresas japonesas en 2005, cuando las relaciones entre China y Japón alcanzaron un nuevo nadir.

Alarmada por la amenaza a sus operaciones chinas, Carrefour vehementemente negó los rumores sobre la financiación del gobierno tibetano en el exilio y declaró su oposición a la división de China. Para contener las protestas, los guardianes de Internet de China comenzaron a restringir las búsquedas utilizando el nombre de la empresa francesa. Mientras tanto, el Presidente Sarkozy trató de calmar la ira por las protestas en París ofreciendo una disculpa tácita por los sentimientos chinos "heridos". Mientras las empresas francesas estaban cada vez más preocupadas por un boicot de sus productos por parte de los consumidores chinos, Nicolas Sarkozy escribió una carta a Jin Jang, el atleta chino, ofreciéndole su "simpatía". Reconoció la "amargura" que se siente en China por las protestas francesas y el ataque a Jin Jang, calificándolo de "momento doloroso" que condenó "en los términos más enérgicos posibles". "Debo asegurarles", continuó, "que los incidentes de aquel triste día, provocados por ciertas personas, no reflejan los sentimientos de mis conciudadanos hacia el pueblo chino". La carta fue entregada personalmente a Jin Jang por el jefe del Senado francés durante una visita oficial a Shanghai. Sarkozy también envió a su principal asesor diplomático a Beijing en un

esfuerzo por calmar los sentimientos.

A principios de ese año, otra empresa francesa, Peugeot Citroën, se encontró en el lado equivocado de la opinión pública china cuando publicó un anuncio en el periódico español El País en el que aparecía un Mao Zedong modificado por computadora con el ceño fruncido desde un cartel publicitario frente a un automóvil Citroën. . Al pie del anuncio se leía el lema: "Es cierto, somos líderes, pero en Citroën la revolución nunca se detiene". El anuncio fue atacado en los foros de anuncios chinos de Internet por "herir nuestro orgullo nacional" y "dañar a todo el pueblo chino". Fue retirado apresuradamente por la empresa, que calificó el anuncio de "inapropiado" y lamentó cualquier "descontento" causado. Su declaración decía: "Repetimos nuestros buenos sentimientos hacia el pueblo chino y confirmamos que respetamos a los representantes y símbolos del país". Luego, en mayo, Christian Dior, la marca de moda francesa, se convirtió en la última empresa global en aprender por las malas el peligro de ofender las sensibilidades chinas. Ante la perspectiva de un boicot a sus productos, la compañía eliminó a la actriz estadounidense Sharon Stone de su publicidad en China después de que ella sugiriera que el reciente terremoto en la provincia de Sichuan era una retribución kármica por cómo Beijing había tratado al Tíbet. Ese mismo mes, el Dalai Lama recibió un doctorado honoris causa de la Universidad Metropolitana de Londres, lo que atrajo considerables críticas en los medios de comunicación chinos. En junio, el rector de la universidad se reunió con funcionarios de la embajada china y "expresó su pesar por cualquier descontento que hubiera causado al pueblo chino el reciente premio". Se creía ampliamente que la disculpa no estaba desconectada del hecho de que 434 estudiantes chinos estudian actualmente en la universidad y que los estudiantes chinos se han convertido en una fuente de ingresos extremadamente lucrativa para las universidades británicas. A su manera, estos ejemplos dan testimonio de la importancia del mercado chino para muchas empresas y universidades extranjeras, y de hasta qué punto los líderes políticos extranjeros están dispuestos a ceder ante las sensibilidades chinas. Subrayan la creciente influencia en el escenario global de la opinión pública, las preocupaciones y las actitudes chinas.

Un nuevo orden mundial, cuya configuración futura aún no está clara, está siendo impulsado por el surgimiento de China como potencia global. Como vimos en el capítulo anterior, la expresión más avanzada de este proceso se encuentra en el este de Asia, donde, en poco más de un par de décadas, China se ha convertido en el centro de facto de la región, un mercado cada vez más importante para todos los países. el impulsor clave de los nuevos acuerdos económicos que actualmente están tomando forma, y el país al que todos los demás están cada vez más obligados a tener en cuenta y adaptarse, incluso si la forma de la diplomacia de China sigue siendo decidida y conscientemente sotto voce. Hasta ahora, los cambios provocados por el ascenso de China han hecho poco para perturbar la calma de las aguas globales, sin embargo, su velocidad y enormidad sugieren que hemos entrado en una era de profunda inestabilidad; Por el contrario, la Guerra Fría se caracterizó por una relativa previsibilidad combinada con una estabilidad excepcional.

¿Cómo se sentirá y percibirá el impacto del ascenso económico de China dentro de diez años? ¿Cómo se comportará China dentro de veinte años, cuando se haya establecido como segunda después de Estados Unidos y domine efectivamente el este de Asia? ¿Continuará China operando dentro de los términos del sistema internacional establecido, como lo ha hecho durante la última década, o se convertirá en el arquitecto

clave y protagonista de uno nuevo? ¿El ascenso de China sumirá al mundo en una catastrófica crisis ambiental y climática a medida que una quinta parte de la humanidad adquiera rápidamente niveles de vida previamente asociados con Occidente? Ciertamente China no conoce las respuestas, ni tampoco el resto del mundo, cuyo comportamiento hacia China será un poderoso determinante de cómo responderá la propia China. A los expertos en relaciones internacionales les gusta citar el ascenso de Alemania y Japón a principios del siglo XX como ejemplos de naciones cuyo nuevo poder no podía ser contenido dentro del sistema internacional existente y cuyas ambiciones finalmente culminaron en la guerra. El ascenso de China no necesariamente resultará en un conflicto militar y, por el bien de la humanidad, debemos esperar fervientemente que no lo haga.

Pero resulta aleccionador pensar que las ramificaciones del ascenso de China para el mundo serán incomparablemente mayores que las de Alemania y Japón, incluso teniendo en cuenta la diferencia en tiempos históricos.

El comienzo del siglo XXI marcó el momento en que China llegó a la mente global.¹ Hasta entonces, para la mayor parte de la humanidad, había sido en gran medida la historia de un país lejano del que la gente sabía poco. Ahora, en el espacio de unos pocos años, su influencia se ha vuelto real y tangible, y ya no es un conjunto de estadísticas o dominio exclusivo de los responsables políticos, sino que tiene un impacto dramático en la conciencia popular en todo el mundo. Los programas de televisión y los artículos periodísticos sobre China se han vuelto comunes. Hubo dos impulsores principales de este momento global de concienciación sobre China. En primer lugar, cuando China se estableció como el taller del mundo, los productos "hechos en China" comenzaron a inundar los mercados globales, desde Wal-Mart en Estados Unidos hasta Jusco en Japón, reduciendo casi de la noche a la mañana los precios de una creciente gama de bienes de consumo. , creando el fenómeno conocido como 'precios de China'. No es sorprendente que esto generara un sentimiento de bienestar sobre el ascenso de China, aunque atenuado por la constatación de que muchas empresas y empleos estaban migrando a China para aprovechar los costos de fabricación mucho más baratos. En segundo lugar, la tasa de crecimiento de dos dígitos de China alimentó un creciente apetito por las materias primas del mundo, lo que tuvo el efecto opuesto –inflacionario más que deflacionario– de aumentos grandes y persistentes en los precios de la mayoría de las materias primas, de las cuales el petróleo fue el más visible y dramático. A menos que uno fuera una importante nación productora de materias primas, esto inducía un factor de preocupación, una creciente comprensión de que el ascenso de China tenía un lado negativo. Por lo tanto, el impacto se sintió de diferentes maneras en todo el mundo: para los productores de materias primas de África y América Latina, significó principalmente precios más altos para sus exportaciones, estimulando así el crecimiento económico, combinado con bienes manufacturados más baratos; para Occidente y Japón significó una gran caída de los precios de los productos de consumo y de la ropa, y luego una espiral de precios de las materias primas; para el este de Asia significó un vasto mercado nuevo para sus productos y "bienes chinos" de bajo precio en casa. Cualquiera que sea el efecto preciso, y hasta ahora ha sido benéfico para la mayor parte del mundo, la llegada de China al mercado mundial marcó el comienzo de un nuevo tipo de conciencia global de China: marcó las faldas del surgimiento de China como potencia global.

En 2001, China lanzó oficialmente su estrategia "Going Global", cuyo objetivo principal era fomentar una relación más estrecha con los países productores de materias primas y

así asegurar las materias primas que el país necesitaba con urgencia para su crecimiento económico. Los efectos de esta política han sido dramáticos. En menos de una década, China ha forjado estrechos vínculos con muchos países de África y América Latina y, en menor medida, de Oriente Medio. Es comprensible que Occidente esté más interesado y preocupado por la manera en que China incide directamente sobre él, pero en realidad la cambiante relación de China con el mundo en desarrollo es de importancia bastante mayor en el surgimiento de China como una potencia global naciente. La inversión de China en el extranjero aumentó más de cinco veces entre 2000 y 2005, alcanzando los 11.300 millones de dólares, y ha seguido aumentando considerablemente, siendo Asia Oriental el destino más importante (representó más de la mitad en 2004), y América Latina, África y Oriente Medio de creciente importancia. En 2000, el Presidente Hu Jintao realizó una gira por Brasil, Argentina, Chile y Cuba, allanando el camino para una serie de acuerdos que han resultado en vínculos económicos mucho más estrechos. Brasil exporta ahora grandes cantidades de mineral de hierro, soja, algodón, madera y zinc a China, Argentina suministra grandes cantidades de soja, Chile exporta cantidades crecientes de cobre y Venezuela y China han concertado un acuerdo para el suministro a largo plazo de petróleo. Hasta la crisis mundial de 2008, todos disfrutaban de un auge gracias al aumento de los precios de las materias primas como consecuencia de la respuesta a la demanda china. Para 2010, China podría convertirse en el segundo mayor socio comercial de América Latina: China, en resumen, está comenzando a hacer sentir su presencia en el propio patio trasero de Estados Unidos. Con diferencia, el ejemplo más dramático de la estrategia global, sin embargo, es África.

ÁFRICA

El atractivo de África para China es obvio: necesita una amplia gama de materias primas para impulsar su crecimiento económico. En 2003, China representaba el 7% del consumo mundial de petróleo crudo, el 25% del aluminio, el 27% de los productos de acero, el 30% del mineral de hierro, el 31% del carbón y el 40% del cemento. Como analicé en el capítulo 6, China está muy mal dotada de recursos naturales y, como consecuencia, no tiene más remedio que mirar al extranjero. África, por otra parte, está muy rica en materias primas, y los recientes descubrimientos de petróleo y gas natural no han hecho más que aumentar esta situación. Además, a diferencia de Oriente Medio, que sigue recibiendo enorme atención estadounidense, en los últimos años África ha sido relativamente desatendida y ha seguido siendo una preocupación marginal para Estados Unidos. En 2006, la nueva relación entre África y China se consumó públicamente, y a la gira de Hu Jintao por las capitales africanas le siguió en noviembre jefes de estado y dignatarios de cuarenta y ocho países africanos que asistieron a la cumbre más grande jamás celebrada en Beijing. El primer ministro chino, Wen Jiabo, propuso que el comercio entre China y África debería duplicarse entre 2005 y 2010. Los chinos asumieron una serie de otros compromisos, entre ellos duplicar para 2009 su asistencia de 2006; establecer un fondo de desarrollo China-África de 5.000 millones de dólares para alentar a las empresas chinas a invertir en África y brindarles apoyo; aumentar de 190 a más de 440 el número de artículos exportados a China que reciben trato de arancel cero por parte de los países menos desarrollados de África; proporcionar 3.000 millones de dólares en préstamos preferenciales y 2.000 millones de dólares en créditos de compradores preferenciales a África durante los próximos tres años; cancelar la deuda en forma de todos los préstamos gubernamentales sin intereses que vencieron a

finales de 2005 y que debían los países africanos más endeudados y menos desarrollados; y durante los siguientes tres años capacitar a 15.000 profesionales africanos, enviar 100 expertos agrícolas de alto nivel a África, construir 30 hospitales y 100 escuelas rurales y aumentar el número de becas del gobierno chino para estudiantes africanos de las 2.000 por año actuales a 4.000 por año en 2009. Al final de la conferencia se firmaron importantes acuerdos, entre ellos el desarrollo de una planta de aluminio en Egipto, un nuevo proyecto de cobre en Zambia y un contrato minero con Sudáfrica-

El petróleo representa ahora más de la mitad de las exportaciones africanas a China, y Angola ha reemplazado a Arabia Saudita como el mayor proveedor de petróleo del país, suministrando el 15 por ciento de todas sus importaciones de petróleo. China tiene intereses petroleros en Argelia, Angola, Chad, Sudán, Guinea Ecuatorial, Congo y Nigeria, incluidos importantes derechos de exploración, especialmente en Angola, Sudán y Nigeria. Sudán exporta la mitad de su petróleo a China, lo que representa el 5 por ciento de las necesidades totales de petróleo de este último. Ya más del 31 por ciento de todas las importaciones de petróleo de China provienen de África y esa cifra aumentará con la compra de participaciones significativas en el petróleo de Nigeria.. Durante la última década, las importaciones de China en todas las principales categorías de productos primarios, excepto minerales y metales, crecieron mucho más rápidamente desde África que desde el resto del mundo. África representa ahora un enorme 20 por ciento de las importaciones totales de madera de China. China ha superado al Reino Unido para convertirse en el tercer socio comercial más importante de África después de Estados Unidos y Francia, aunque África todavía representa sólo el 3 por ciento del total de las importaciones chinas. Mientras que el valor del comercio entre Estados Unidos y África en 2006 fue de 71.100 millones de dólares, el comercio entre China y África está cerrando rápidamente la brecha hasta alcanzar los 50.500 millones de dólares. Con 800 proyectos financiados por China, valorados en alrededor de 1.250 millones de dólares en 2005.

Según la conferencia de 2006, las inversiones chinas en África todavía representan sólo alrededor del 1 por ciento del total de las inversiones extranjeras en África, pero las proyecciones futuras sugieren que China muy pronto se convertirá en uno de los tres principales inversores del continente, después de Francia y Reino Unido. Parece sólo una cuestión de tiempo antes de que China se convierta en el mayor socio comercial de África y su mayor fuente de inversión extranjera, probablemente por un amplio margen, aunque algún día la India podría emerger como un competidor serio.

La evidencia de la creciente presencia china en África está en todas partes: vendedores chinos en Zambia, leñadores chinos en la República Centroafricana, turistas chinos en Zimbabwe, periódicos chinos en Sudáfrica, geólogos chinos en Sudán, canales chinos en la televisión africana por satélite. Allí Se estima que actualmente hay más de 900 empresas chinas grandes y medianas que operan en Á, junto con un gran número de pequeños empresarios, especialmente en el comercio minorista. Las tiendas chinas, en particular, han proliferado a gran velocidad, causando en ocasiones considerable alarma entre la población africana local: en Oshikango, Namibia, por ejemplo, la primera tienda se abrió en 1999, en 2004 había veintidós tiendas, y en 2006 nada menos que setenta y cinco. En Dakar, la capital senegalesa, todo un bulevar de la ciudad, un tramo de aproximadamente un kilómetro, está repleto de tiendas chinas que venden zapatos de mujer importados, bienes de consumo duraderos como cristalería y productos electrónicos a precios bajísimos. El número en rápido crecimiento de los vuelos directos

entre China y África están llenos de empresarios, expertos y trabajadores de la construcción chinos; en cambio, hay pocos vuelos directos entre África y Estados Unidos, y los pasajeros son principalmente trabajadores humanitarios, además de algunos turistas y empresarios. La población china en África ha aumentado rápidamente. Se estima que en 2001 ascendía a 137.000, pero en 2007 había aumentado a más de 400.000, en comparación con alrededor de 100.000 expatriados occidentales, e incluso esta cifra podría ser una subestimación grave. Una estimación más generosa, basada en el Cuadro 5, sugiere que un chino población de más de 500.000 habitantes, pero esto excluye a Angola, donde la cifra se estima en 40.000, y también a varios otros países. La ola actual de migración china es muy diferente de las fases anteriores de finales del siglo XIX y de las décadas de 1950 y 1960. Además de ser en una escala mucho mayor, los inmigrantes ahora provienen de toda China, en lugar de principalmente del sur y el este, y comprenden una multitud de orígenes, y muchos aparentemente tienen la intención de obtener la residencia permanente; Además, el proceso está recibiendo el estímulo activo del gobierno chino. La creciente población china va acompañada de un número creciente de turistas chinos prósperos de clase media. El turismo representa una parte sustancial de los ingresos de divisas en algunos países africanos como Kenia y Gambia, y se prevé que 100 millones de turistas chinos visitarán África anualmente en un futuro próximo. Un ambicioso complejo turístico, por ejemplo, en Lumley Beach en Freetown, Sierra Leona (no es uno de los países donde la influencia china es más pronunciada) está en proyecto, con una impresión artística en el Ministerio de Turismo que muestra apartamentos estilo pagoda y turistas chinos paseando alrededor de una fuente central. Otro ejemplo significativo de la creciente presencia china en África es el creciente contingente de tropas chinas involucradas en operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU. En abril de 2002 sólo había 110 efectivos chinos en todo el mundo, pero en abril de 2006 esa cifra había aumentado a 1.271 (con China ascendiendo del puesto 46 al 14 en la clasificación internacional de países): es revelador que alrededor del 80 por ciento de estas tropas se encuentran en África, lo que la sitúa en una buena posición, por encima de países como el Reino Unido, Estados Unidos, Francia y Alemania. En total, más de 3.000 tropas chinas de mantenimiento de la paz han participado en siete misiones de la ONU en África.²⁸ El impacto de China en África hasta ahora parece haber sido positivo.²⁹ En primer lugar, ha impulsado tanto la demanda como los precios de muchos países africanos que son exportadores de materias primas, al menos hasta el inicio de la crisis mundial. El PIB de África subsahariana aumentó en un promedio de 4,4% en 2001-4, 5-6% en

2005-2006, y un 7% proyectado en 2007, en comparación con un 2,6% en 1999-2001, siendo China claramente el factor principal, ya que ha representado la mayor parte del aumento en el consumo global de productos básicos desde 1998. Además, la creciente disponibilidad de productos manufacturados chinos baratos ha tenido un efecto benéfico para los consumidores. Los perdedores han sido aquellos países que no son exportadores de materias primas o aquellos productores –como en Sudáfrica, Kenia y Mauricio, por ejemplo– que compiten con las exportaciones manufactureras chinas. Las exportaciones textiles chinas han provocado muchos despidos en varias naciones africanas, especialmente en Sudáfrica, Lesotho y Kenia. Sin embargo, en general, ha habido muchos más ganadores que perdedores. En segundo lugar, la llegada de China como fuente alternativa de comercio, ayuda e inversión ha creado un entorno competitivo para los estados africanos en el que ya no dependen simplemente de las naciones occidentales, el FMI y el Banco Mundial. El ejemplo más dramático de esto ha

sido Angola, que pudo romper las negociaciones con el FMI en 2007 cuando China le ofreció un préstamo en condiciones más favorables.

Por lo tanto, su participación ha tenido el efecto de aumentar la importancia estratégica de África en la economía mundial. En tercer lugar, la asistencia china tiende a venir en forma de un paquete, que incluye importantes proyectos de infraestructura como carreteras, ferrocarriles y grandes edificios públicos, así como como la provisión de experiencia técnica. (En contraste, la mayor parte de la inversión occidental en África se concentra en petróleo y otros productos básicos y carece de la dimensión infraestructural.) En cuarto lugar, la ayuda china tiene muchas menos condiciones que la de las naciones occidentales y instituciones. Si bien el FMI y el Banco Mundial han insistido, de acuerdo con su agenda ideológica, en la liberalización del comercio exterior, la privatización y un papel reducido del Estado, la postura china es mucho menos restrictiva. Además, Occidente frecuentemente impone condiciones políticas relativas a la democracia y los derechos humanos, mientras que los chinos insisten en no imponer tales condiciones. Esto se ajusta al énfasis chino en el respeto a la soberanía, que consideran el principio más importante del derecho internacional y que está directamente relacionado con su propia experiencia histórica durante el "siglo de la humillación". En abril de 2006, en un discurso ante la Asamblea Nacional de Nigeria, Hu Jintao declaró: "China apoya firmemente el deseo de los países africanos de salvaguardar su independencia y soberanía y elegir sus caminos de desarrollo de acuerdo con sus condiciones nacionales".

El enfoque contrastante de China y las naciones occidentales hacia África, y los países en desarrollo en general, ha llevado a una discusión entre los africanos sobre un modelo de desarrollo chino distintivo, caracterizado por inversiones a gran escala dirigidas por el Estado en infraestructura y servicios de apoyo, y ayuda que está menos ligado a los intereses económicos de los donantes y menos abrumadoramente centrado en la extracción de minerales como en el caso de Occidente. El fenomenal crecimiento de China, junto con la enorme reducción de la pobreza allí, también ha provocado un enorme interés en las lecciones que podría oferta para otras naciones en desarrollo.⁴¹ Una característica importante del modelo chino ha sido la idea de un gobierno fuerte y el rechazo de la noción de democracia, un enfoque que tiene un atractivo obvio entre los gobiernos africanos más autoritarios. A la luz del éxito económico del país, el enfoque chino de la gobernanza parece destinado a disfrutar de una influencia y resonancia mucho más amplias en el mundo en desarrollo. El académico chino Zhang Wei-Wei ha sostenido que el modelo chino combina una serie de características. A diferencia del Consenso de Washington, rechaza la terapia de shock y el big bang a favor de un proceso de reforma gradual basado en el trabajo a través de las instituciones existentes. Se basa en un fuerte Estado desarrollista capaz de dirigir y liderar el proceso de reforma. Implica un proceso de aprendizaje selectivo, o préstamo cultural: China se ha basado en ideas extranjeras, incluido el modelo neoliberal estadounidense, así como en muchas que han sido de cosecha propia. Finalmente, abarca secuencias y prioridades, como lo evidencia, por ejemplo, el compromiso con las reformas económicas primero y las políticas después, o la prioridad dada a las reformas en las provincias costeras antes que las de las provincias del interior. Se ha considerado - debate capaz, en este contexto, sobre un modelo chino, a veces descrito como el Consenso de Beijing. Ciertamente existen diferencias fundamentales entre el enfoque chino y el Consenso de Washington: el modelo chino es marcadamente menos ideológico y también claramente pragmático, al estilo de los tigres asiáticos.

Todavía es demasiado pronto para emitir un juicio serio sobre los probables méritos y deméritos a largo plazo de la relación de China con África. La experiencia ha sido breve y la literatura sigue siendo escasa. El peligro más obvio para África reside en la desigualdad fundamental que existe en el corazón de su relación: la economía de China es mucho más grande y más avanzada, el rival económico más cercano, Sudáfrica, es diminuto en comparación, mientras que la población de África en su conjunto es menor que el de China. Además, parece probable que la disparidad económica entre África y China crezca rápidamente. Cualesquiera que sean las diferencias de enfoque entre las potencias occidentales y China, parece probable que muchos de los problemas en la relación entre Occidente y África, que emanan de la desigualdad estructural fundamental entre ellos, parezcan reproducirse en algún grado en la economía de China en relación con África. El peligro que enfrentan los países africanos es que quedan atrapados en ser meros proveedores de productos básicos, incapaces por una variedad de razones – incluyendo términos de comercio desfavorables y la competencia china, junto con la corrupción interna y la falta de voluntad estratégica – ir más allá y ampliar su desarrollo económico a través de la industrialización.

En una conferencia celebrada en Beijing en 2005, Moeletsi Mbeki, vicepresidente del Instituto Sudafricano de Asuntos Internacionales, expresó estos temores:

África vende materias primas a China y China vende productos manufacturados a África. Se trata de una ecuación peligrosa que reproduce la antigua relación de África con las potencias coloniales. La ecuación no es sostenible por varias razones. En primer lugar, África necesita preservar sus recursos naturales para utilizarlos en el futuro en su propia industrialización.

En segundo lugar, la estrategia exportadora de China está contribuyendo a la desindustrialización de algunos países de ingresos medios. Es de interés tanto para África como para China encontrar soluciones a estas estrategias.

Quizás el país que mejor ejemplifica esta desigualdad sea Zimbabwe, donde los chinos disfrutan de una poderosa presencia en la economía, controlando áreas estratégicas clave como los ferrocarriles, el suministro de electricidad, Air Zimbabwe y Zimbabwe Broadcasting Corporation. El hecho de que China tenga un sistema cuidadosamente elaborado enfoque estratégico amplio e integral de su relación con África, mientras que la respuesta africana, por el contrario, está fragmentada entre las muchas naciones diferentes, mal informada sobre China y basada en una visión esencialmente pragmática más que estratégica, sólo sirve para exacerbar esta desigualdad. . El peligro es que las naciones africanas celebren acuerdos con China sobre la explotación de sus recursos naturales que sean demasiado favorables para China, o utilicen los ingresos obtenidos de manera a corto plazo, tal vez de manera corrupta, para beneficiar a varios grupos de interés o posiblemente ambos.

Aunque la presencia de China ha sido muy bien recibida en todo el continente y ha generado considerable entusiasmo, también hay inquietud y preocupación. Esto ha sido más manifiesto en Zambia, donde en las últimas elecciones presidenciales de 2006 el candidato de la oposición propuso una línea fuertemente antichina, declarando que "Zambia se está convirtiendo en una provincia, no, en un distrito".

– de China», y obtuvo el 29 por ciento de los votos, lo que llevó al embajador chino a dar a entender que China podría retirar sus inversiones en caso de que él ganara. Una de

las críticas más fuertes y persistentes es que las empresas chinas prefieren emplear chinos en lugar de trabajadores locales, y la proporción de trabajadores chinos alcanza a veces hasta el 70 por ciento. También hay quejas frecuentes de que los directivos chinos muestran actitudes negativas hacia la población local⁵² Ambos, por supuesto, afectan directamente a la El problema de las actitudes chinas hacia las personas de piel más oscura, y especialmente hacia los africanos, que analicé en el capítulo 8. La evidencia es todavía demasiado escasa para sacar conclusiones adecuadas, aunque el problema no es sorprendente. Existe una opinión muy extendida, especialmente en Occidente, de que la negativa de China a exigir cualquier condicionalidad en términos de gobernanza significa que es propensa a hacer la vista gorda ante abusos contra los derechos humanos, como los de Darfur. Esa ha sido sin duda la Pero los chinos han mostrado recientemente una creciente sensibilidad hacia las críticas occidentales, así como hacia las del interior del continente, y como resultado han ayudado a presionar al gobierno sudanés para que acepte la presencia de una fuerza conjunta de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas y la Unión Africana en Darfur.⁵⁴ Hay poca evidencia, sin embargo, de que el historial de China en África sea peor –y de hecho, casi con certeza es mucho mejor– que el de China el miserable catálogo de apoyo de Occidente a los regímenes corruptos y dictatoriales en el continente, por no mencionar su legado colonial. Finalmente, en un tono bastante diferente, los chinos se han convertido en el objetivo de grupos terroristas, por ejemplo en el delta del Níger. y Etiopía, un fenómeno que seguramente crecerá a medida que la presencia e influencia chinas se expandan y asuman el papel, la visibilidad y las responsabilidades de una potencia global no sólo en África sino también en otros lugares.

La importancia de la misión africana de China es enorme. Su influencia en rápido crecimiento sugiere que a su debido tiempo probablemente se convertirá en el actor dominante en el continente y sirve como una declaración audaz de las intenciones globales más amplias de China. La velocidad de la participación de China en África y su éxito en cortejar a las élites africanas han puesto a Occidente a la defensiva en un continente donde tiene un historial histórico pobre. A diferencia de la "lucha por África" de finales de Durante el siglo XIX, que generó una amarga rivalidad intraeuropea, la participación de China aún no ha producido tensiones significativas con Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia, aunque eso podría cambiar. El reciente establecimiento del Comando África de los Estados Unidos para coordinar sus relaciones y actividades militares en el continente sugiere que le preocupa la creciente influencia de China; Sin embargo, a finales de 2008, Estados Unidos no había logrado encontrar una ubicación africana para su sede, afirmando que tendría su sede en Stuttgart en el futuro previsible. Aparte de las condiciones bastante más atractivas que China ofrece a los países africanos, una de las razones de su notable progreso en el continente es que no carga con el mismo tipo de bagaje histórico que Occidente, un hecho que subraya periódicamente. En este contexto, China ha enfatizado que los viajes de Zheng He a África Oriental a principios del siglo XV no buscaron territorio ni tomaron esclavos, a diferencia de los europeos. Más importante aún, durante el período maoísta China fue, a diferencia de Occidente, un firme partidario de los movimientos independentistas africanos. Así, China, con su propia experiencia de colonización, su historial anticolonial y su condición de país en desarrollo, tiene más legitimidad y disfruta de una mayor afinidad con las naciones africanas que Occidente.⁵⁸ Esto se refleja en el hecho de que en el En la Encuesta Pew Global Attitudes de 2007, por ejemplo, los encuestados de diez países africanos expresaron actitudes mucho más favorables hacia China que hacia Estados

Unidos.

El Medio Este e Irán

Casi dos tercios de las reservas probadas de petróleo del mundo se concentran en el Golfo Árabe, con Arabia Saudita controlando más de una cuarta parte, e Irak y Kuwait compartiendo un poco menos de una cuarta parte. Estos tres países controlan aproximadamente la mitad de las reservas de petróleo conocidas del mundo. Otro productor potencialmente grande de la región, Irán, representa poco menos de una décima parte de las reservas mundiales de petróleo. Los Estados del Golfo son responsables de casi el 40 por ciento de las exportaciones mundiales de petróleo crudo, mientras que la participación de Arabia Saudita es de alrededor del 12 por ciento y la de Irán del 7 por ciento. China se convirtió en un importador neto de productos petrolíferos en 1993 y de petróleo crudo en 1996. Se estima que para 2020 China tendrá que importar entre el 57 y el 73 por ciento de sus necesidades de petróleo. China fue el primero en preocuparse seriamente por sus futuros suministros de petróleo durante la década de 1990 y, como resultado, comenzó a tomar medidas para garantizar su confiabilidad. Hasta 2006, su mayor proveedor individual era Arabia Saudita, pero Irán también es muy importante. Por tanto, sería natural que China buscara una relación mucho más estrecha con Oriente Medio. Sin embargo, a diferencia de África, los estadounidenses consideran la región como su esfera de influencia. Estados Unidos se ha visto cada vez más involucrado en Medio Oriente en los últimos treinta años, estableciendo relaciones extremadamente estrechas con Israel y Arabia Saudita en particular, y participando en dos Guerras del Golfo con Irak, el segundo mayor productor de petróleo, y la invasión en 2003 que culminó con la ocupación del país. Como consecuencia de ello, los chinos han pisado con mucha cautela la región por miedo a enemistarse con Estados Unidos, cuya relación, desde que comenzó el período de reformas, ha priorizado sobre todas las demás. En contraste con África, que ahora claramente ha asumido una importancia central en su política exterior, China considera, en consecuencia, a Oriente Medio sólo como una importancia de segundo nivel. En los últimos años ha empleado varias estrategias para tratar de asegurar sus suministros de petróleo de la región. Ha tratado de negociar acuerdos de suministro de energía a largo plazo, en particular una "asociación petrolera estratégica" con los sauditas en 1999; las compañías petroleras chinas han tratado de obtener derechos para invertir y desarrollar yacimientos petrolíferos en la región; y, finalmente, China ha alentado a las empresas del Golfo a invertir en refinerías chinas para tratar de promover vínculos más estrechos. En el centro de la estrategia de China en Medio Oriente se encuentra Irán, con quien desde hace mucho tiempo disfruta de una estrecha relación. Los dos países tienen mucho en común. Ambas son civilizaciones muy antiguas con ricas historias de logros y un fuerte sentido de superioridad hacia otros estados en sus respectivas regiones. Ambos también han sufrido a manos de Occidente, a quien resienten profundamente, creyendo que prosperarían mucho más en un mundo que ya no está dominado por él. Aunque son intereses más que actitudes los que han impulsado principalmente su relación, existe un cierto sentido de afinidad entre los dos países. Como potencia global emergente, China naturalmente busca relaciones amistosas con estados más poderosos, ya que esto a su vez probablemente aumente su propia influencia. , e Irán entra en gran medida en esta categoría. Sin embargo, China ha actuado con cautela en su relación con Irán,

preocupada por preservar su reputación internacional frente a la ideología islámica militante del régimen iraní posterior a 1979. Sin embargo, el factor limitante más importante en la postura de China hacia Irán ha sido la actitud de Estados Unidos. China ha caminado sobre una hábil cuerda floja diplomática, a veces cooperando con Irán de manera contraria a la política estadounidense y en otras ocasiones cooperando con Estados Unidos de manera contraria a la política iraní. Hasta hace muy poco logró frustrar los intentos estadounidenses de imponer sanciones económicas a Irán y resistió con éxito los intentos de excomulgar a Irán después de que la administración Bush lo calificara de miembro de "un eje del mal". La relación económica de China con Irán comenzó a crecer después de la salida de Estados Unidos y el Reino Unido tras la Revolución de 1979. La clave de su floreciente asociación ha sido la exportación por parte de China de grandes cantidades de bienes de capital de alta tecnología, servicios de ingeniería y armas a Irán a cambio de petróleo y materias primas, y el comercio entre los dos países creció extremadamente rápido durante los años noventa. En 2003, dos importantes fabricantes chinos de vehículos de motor establecieron plantas de producción en Irán. China negoció un importante paquete de acuerdos petroleros en 2004, como resultado del cual se convirtió en un importante actor y uno de los mayores inversores extranjeros en la industria petrolera iraní, además de ser Irán uno de sus mayores proveedores de petróleo. Y firmó otro acuerdo importante en 2007 para desarrollar parte del gigantesco campo petrolífero de Yadavaran.

El futuro de la relación de China con Irán es indefinido. China sigue limitada por la necesidad de mantener buenas relaciones con Estados Unidos, y en ningún lugar la sensibilidad estadounidense es mayor que en Medio Oriente. Estados Unidos considera a Irán como un intermediario de poder alternativo en la región y una importante amenaza potencial para sus intereses, de ahí su prolongada hostilidad hacia Irán. A largo plazo, China probablemente se contentaría con que Irán desempeñara un papel importante, tal vez incluso dominante, en la región del Golfo, dado que pasará mucho tiempo, si es que alguna vez, antes de que China misma pueda desempeñar ese papel; cada poder global necesita aliados e Irán es el aliado natural de China en Medio Oriente. Como sostiene el experto en relaciones internacionales John Garver, una China dominante en Asia Oriental combinada con un Irán dominante en Asia Occidental podría convertirse en última instancia en "un elemento central de un Asia posunipolar centrada en China a mediados del siglo XXI". . Posiblemente China esté pensando en estos términos para un futuro sistema multipolar. Mientras tanto, para mantener abiertas sus opciones, es probable que China continúe ayudando a fortalecer a Irán sin enemistarse con Estados Unidos. El deseo de la administración Obama de sacar a Irán del frío podría facilitarles la vida a los chinos en este sentido.

Hay otros posibles escenarios a largo plazo. La máxima prioridad de China es Taiwán, y el mayor obstáculo en el camino de la reunificación es el apoyo militar estadounidense a la isla. La causa más probable del conflicto militar entre China y Estados Unidos es Taiwán; y en caso de guerra, China estaría extremadamente preocupada por la seguridad de sus rutas marítimas de suministro de petróleo, especialmente en el Estrecho de Malaca y el Mar de China Meridional, que podrían fácilmente ser cortadas por el superior poder aéreo y naval de Estados Unidos. En tal eventualidad, Irán podría en algún momento ofrecer la posibilidad de una ruta de suministro terrestre desde Asia occidental a Asia oriental. Pero hay otro posible escenario futuro, a saber, que China y Estados Unidos puedan llegar a algún tipo de compromiso que involucre a Taiwán e Irán en el que Estados Unidos acepte dejar de enviar armas a Taiwán y China se ofrezca a

hacer lo mismo con Irán. En efecto, China aceptaría sacrificar a Irán a cambio de Taiwán, su mayor prioridad en política exterior. Un acuerdo así representaría un reconocimiento tácito de que Asia Oriental era la esfera de influencia de China y Oriente Medio, la de Estados Unidos.⁷²

Rusia

Durante la década de 1980, después de dos décadas de amargo antagonismo, las relaciones de China con la Unión Soviética comenzaron a mejorar. Sin embargo, fue el colapso de la Unión Soviética a principios de los años noventa lo que proporcionó las condiciones para una transformación completa en la relación entre los dos países. Rusia se convirtió en una pálida sombra de su antiguo yo soviético, con sólo la mitad de su antiguo PIB y menos de la mitad de su población anterior, aunque todavía con alrededor del 80 por ciento de su antiguo territorio. Mientras tanto, China se embarcó en su programa de reformas y disfrutó crecimiento continuo de dos dígitos. Juntos, estos dos acontecimientos representaron un enorme cambio en el equilibrio de poder entre los dos países, con China ahora en una posición mucho más poderosa que su antiguo rival. Durante los años noventa, los dos países finalmente acordaron, después de siglos de disputa, una frontera común que, con 2.700 millas, es la más larga del mundo. De ser una región altamente militarizada, la frontera pasó a ser un centro de comercio e intercambio. La resolución de la cuestión fronteriza permitió a Rusia y China retirar grandes cantidades de tropas de ambos lados de la frontera, Rusia a Chechenia y (en respuesta a la expansión de la OTAN) su territorio frente a Europa, y China al Estrecho de Taiwán. En la atmósfera en constante mejora entre los dos, establecieron, junto con varias naciones recientemente independizadas de Asia Central, la Organización de Cooperación de Shanghai, con el propósito de promover la colaboración y mejorar la seguridad en la región. Un factor importante fue una preocupación generalizada y compartida entre China y Rusia sobre el poder desmesurado de Estados Unidos en el mundo posterior a la Guerra Fría, con Rusia sintiéndose particularmente vulnerable tras el colapso de la Unión Soviética y China relativamente aislada después de la Plaza de Tiananmen. En la firma de un acuerdo de asociación estratégica entre los dos países en 1998.⁷⁵ Sin embargo, deben existir serias dudas sobre el potencial estratégico de su relación. El problema subyacente es la sensación de debilidad de Rusia, por un lado, y la creciente fortaleza de China, por el otro. Aunque el acercamiento tuvo mucho que ver con la sensación de vulnerabilidad de Rusia tras el colapso de la Unión Soviética y su deseo de hacer las paces con sus vecinos, esa fragilidad también la hizo sentirse insegura y desconfiada de China. La expresión más obvia de esta ansiedad se encuentra en el Lejano Oriente ruso, donde una población de apenas 7,5 millones se enfrenta a una población de 112 millones en las tres provincias del noreste de China. Ahora que la frontera se ha vuelto porosa, numerosos chinos han cruzado a Rusia para buscar trabajo y ejercer su comercio. En 1994, las estimaciones rusas cifraban el número de residentes chinos en el Lejano Oriente de Rusia en 1 millón, en comparación con una estimación china de menos de 2.000. Según algunas proyecciones demográficas, los chinos podrían ser el segundo grupo étnico minoritario más grande en la Federación Rusa para 2051. Estos temores se ven exacerbados por la crisis demográfica que enfrenta Rusia desde el colapso de la Unión Soviética, y una estimación sugiere que su población caerá en 3 millones entre 2000 y 2010 a 142 millones. El temor ruso de ser invadido por la inmigración china habla tanto de viejos prejuicios como de nuevos temores. El tamaño de la población china tiende a despertar estas ansiedades en otros lugares, pero se ven

agravadas en el caso de Rusia se debe a una larga historia de prejuicios y conflictos, al enorme desequilibrio demográfico entre los dos países y a su larga frontera.

El hecho de que Rusia sea rica en petróleo, gas y muchas otras materias primas –además de ser su principal proveedor de armas– claramente la convierte en un socio muy atractivo para China. Pero Rusia ha demostrado ser un colaborador difícil, reacio a satisfacer sus necesidades, ciertamente en los términos deseados por China. En una larga saga sobre la ruta de un nuevo oleoducto ruso este-oeste, con Rusia renuente a conceder que debería ir a China, como proponían los chinos, finalmente se llegó a un acuerdo en febrero de 2009 de que efectivamente habría una sucursal en China, a cambio de préstamos chinos a empresas rusas. Los rusos temen quedar atrapados en una relación con China en la que se vean reducidos a ser proveedores de materias primas para su vecino, potencia económica. Desde el cambio de siglo De hecho, en el siglo XIX los rusos se han vuelto cada vez más protectores de sus intereses en el petróleo y el gas natural, conscientes de que, en su estado debilitado, estos son enormemente los activos más valiosos de su país, especialmente en un mercado global donde los precios, hasta la crisis crediticia, avanzaban rápidamente a su favor. Habiendo hecho retroceder las participaciones estadounidenses, europeas y japonesas en su industria petrolera, es poco probable que Rusia conceda a las compañías petroleras chinas un interés similar en el futuro. Además, tras haber abrazado el nacionalismo de los recursos bajo Vladimir Putin, Rusia ahora está negociando muy duramente su petróleo y gas tanto con Europa como con sus antiguos territorios. La sospecha rusa sobre las intenciones chinas se extiende a las naciones de Asia Central que anteriormente formaban parte de la Unión Soviética. Se ha informado que fuentes rusas revelaron en agosto de 2005 que una de las razones de la prisa de Moscú por intentar entrar en la antigua base estadounidense de Karshi Khanabad en Uzbekistán es que China había hecho discretas expresiones de interés en adquirirla por sí misma. China ha se vio enfrentado a muchos obstáculos en su deseo de adquirir intereses petroleros en Asia Central, incluso en Kazajstán, donde tiene su única participación petrolera importante en la región; La considerable resistencia y sospecha parece haber sido alentada por Rusia, que considera a Asia Central como su legítima esfera de influencia.

Nada de esto pretende sugerir que la relación entre China y Rusia sea probable que se deteriore, aunque eso no es inconcebible si los temores rusos sobre el ascenso de China se agudizan, tal vez incluso persuadiendo a Rusia, in extremis, de girar hacia Occidente y buscar algún tipo de acuerdo. consuelo con la Unión Europea o la OTAN. Sin embargo, sí indica que las tensiones graves que surgen del gran desequilibrio de poder entre ellos probablemente limitarán el potencial para que la relación se convierta en algo más que un acuerdo para mantener sus relaciones bilaterales en buen orden, lo que, dada su turbulenta historia, no sería en sí mismo un logro menor.⁸¹ Por el momento, al menos, una fuerte preocupación mutua por el poder de Estados Unidos Es probable que una a los dos países, como ya lo ha hecho, de manera limitada pero significativa, en cuestiones como Irak e Irán. Al mismo tiempo, el comercio entre los dos ha aumentado muy rápidamente, quintuplicándose entre 2000 y 2007. La intervención de Rusia en Georgia y el posterior reconocimiento de Osetia del Sur y Abjasia como estados independientes en 2008 no fueron bien recibidos en Beijing, aunque hubo No hubo ninguna crítica oficial, sino simplemente una expresión de preocupación. Fue un recordatorio más de que las relaciones entre las dos potencias están lejos de ser sencillas.

China y la India tienen mucho en común. Ambos son países enormemente poblados, superpotencias demográficas, que se encuentran en un proceso de transformación económica espectacular. Entre ellos representan casi el 40 por ciento de la población mundial. Ambos son gigantes continentales: China tiene una presencia dominante en el este de Asia y la India también en el sur de Asia. A mediados del siglo XXI, ambos podrían ser grandes potencias mundiales. Juntos amenazan con rediseñar la forma del mundo, inclinándolo masivamente hacia Asia y al mismo tiempo proyectando un nuevo tipo de Estado-nación de proporciones continentales en términos tanto de territorio como de población, un tipo muy diferente de orden global de cuando el mundo estaba dominado por un puñado de Estados-nación europeos pequeños y medianos. No sorprende, entonces, que China y la India aparezcan frecuentemente juntas. A pesar de estas similitudes, sin embargo, en muchos aspectos las diferencias entre ellos difícilmente podrían ser mayores, como lo simboliza su larga frontera que atraviesa el Himalaya, la barrera terrestre natural más grande del mundo, que sirve para delimitar lo que sólo puede describirse como una abismo político y cultural entre los dos países. China tiene la historia continua más larga de todos los países, mientras que la India es una creación mucho más reciente y sólo adquirió algo parecido a su territorio actual, o al menos dos tercios del mismo, durante el período posterior del Raj británico. La civilización china se define por su relación con el Estado, mientras que la de la India es inseparable de su sociedad de castas. India es la democracia más grande del mundo, mientras que en China la democracia sigue siendo un concepto en gran medida extraño. China tiene un poderoso sentido de identidad y homogeneidad, en contraste con la India, que está bendecida con un notable pluralismo que abarca muchas razas, idiomas y religiones diferentes. Estas diferencias culturales han servido para crear una sensación de alteridad y distancia y una falta subyacente de comprensión y empatía. Es cierto que la India dio a China el budismo y que hubo muchos otros intercambios intelectuales entre los dos países durante el primer milenio y más allá, pero ahora estos se han olvidado en gran medida.

Durante más de cincuenta años las relaciones entre los dos países han sido, en el mejor de los casos, distantes y sospechosas, y en el peor, antagónicas e incluso conflictivas. Después de 1988, mejoraron un poco, pero a pesar de las palabras diplomáticas más cálidas, sigue existiendo una antipatía subyacente. Hay dos causas principales. En primer lugar, a pesar de los grupos de trabajo y comisiones conjuntos, los dos países no han logrado llegar a un acuerdo sobre su frontera. Y fue el conflicto sobre la frontera lo que condujo directamente a la guerra chino-india en 1962, cuando China infligió una dura derrota militar a la India que todavía irrita hasta el día de hoy. En segundo lugar, lejos de ejercer una hegemonía indiscutible en el sur de Asia, la India encuentra Se enfrenta a Pakistán, Bangladesh, Nepal y Myanmar, países con los que China se ha hecho amiga deliberadamente como medio de equilibrio frente a la India, y estos países abrazan a China como una manera de compensar la posición dominante de la India en el sur de Asia. De estas relaciones, la más importante es la que existe entre China y Pakistán, el enemigo jurado de la India, que, gracias en gran medida a China, posee armas nucleares. La astuta diplomacia de China ha significado que India haya estado constantemente a la defensiva en el sur de Asia, incapaz de afirmarse en la forma que su tamaño justificaría. La India ha demostrado ser mucho menos hábil diplomáticamente,

no ha logrado establecer su hegemonía sobre el sur de Asia y ni siquiera ha intentado desarrollar una influencia seria en el este de Asia, a pesar de la gran diáspora india en el sudeste asiático, con la que singularmente no ha logrado establecer relaciones diplomáticas ni cualquier tipo de relación significativa.

Hay dos resultados posibles en términos de su relación futura. En primer lugar, China podría aceptar que el sur de Asia es, de hecho, la legítima esfera de influencia de la India. En la práctica, esto parece bastante improbable. La influencia china en la región es demasiado extensa y está demasiado bien establecida para que sea revertida o para que China admita que esto debería suceder. Es un resultado al que tanto China como sus aliados formales e informales en la región se resistirían. Además, dada la creciente fuerza de China en relación con la India, probablemente sea menos probable que en cualquier otro momento del último medio siglo. En segundo lugar, India podría aceptar que la presencia de China en el sur de Asia es permanente y decidir adaptarse a esta realidad, por ejemplo, admitiendo que una asociación entre India y China es necesaria para manejar los problemas de seguridad en la región. A largo plazo, esto podría incluso significar que la India acepte la preeminencia de China tanto en el sur como en el este de Asia. En este contexto, un objetivo importante de China es evitar la creación de barreras que puedan impedir el crecimiento a largo plazo de su presencia, papel e influencia en Asia; Otros ejemplos de esto son su resistencia a la ampliación de la alianza entre Estados Unidos y Japón y su negativa a aceptar cualquier enfoque o solución multilateral para la soberanía de las islas en disputa en el Mar de China Meridional. Este último escenario: la aceptación del papel de China en el sur de Asia estaría en consonancia con este objetivo. En realidad, por supuesto, la India se ha visto obligada durante muchos años a adaptarse –al menos de facto– al creciente poder de China en el sur de Asia, por lo que elementos de este escenario ya existen de forma tácita.

El rápido crecimiento económico de China ha apuntalado su creciente fuerza en el sur de Asia. En 1950, el ingreso per cápita de la India era aproximadamente un 40 por ciento mayor que el de China; en 1978 estaban aproximadamente a la par. En 1999, sin embargo, la tasa de crecimiento de China no estaba lejos de ser el doble que la de la India. Además, aunque la tasa de crecimiento de la India ha aumentado constantemente en los últimos años, todavía permanece significativamente por debajo de la de China: en otras palabras, China continúa ampliando su liderazgo económico sobre la India. Aunque India disfruta de algunas ventajas económicas sobre China, en particular su destreza en software, la industria del software sólo representa una proporción muy pequeña de su fuerza laboral. La industria manufacturera representó poco más de una quinta parte del PIB de la India en 2003, en comparación con más de la mitad del de China, mientras que el 59 por ciento de la población de la India todavía estaba empleada en la agricultura en 2001, en comparación con menos de la mitad en China. La economía de China está ahora tres veces mayor que el de la, y la brecha sigue aumentando. Incluso si la tasa de crecimiento de la India supera a la de China, le tomaría mucho tiempo a la economía india llegar a ser tan grande como la china. En resumen, es probable que el poder económico de China eclipse al de India al menos en el mediano plazo, si no mucho más.

Esto hace que el segundo escenario –la India obligada a vivir y adaptarse al poder y la presencia de China en el sur de Asia– sea bastante más probable. También aumenta la probabilidad de que China emerja con el tiempo no sólo como potencia dominante en el este de Asia sino también en el sur de Asia. Sin embargo, esto tiene un inconveniente importante, ya que las reglas del juego parecen estar cambiando de manera significativa.

Durante el segundo mandato de la administración Clinton, Estados Unidos estableció una asociación estratégica con la India que fue ampliada en 2006 por la administración Bush para incluir la cooperación nuclear, acuerdo que finalmente fue aprobado por el parlamento indio en 2008. El acuerdo violaba acuerdos previos y la política estadounidense al aceptar el estatus de la India como potencia nuclear, a pesar de que no era signataria del Tratado de No Proliferación. Esto fue un claro recordatorio de que la política estadounidense en materia de proliferación nuclear es una cuestión de interés y conveniencia más que de principios, como también lo ilustran los casos contrastantes de Irán e Israel en Medio Oriente. La razón del cambio radical estadounidense fue geopolítica: el deseo de promover a la India como potencia global y establecer un nuevo eje entre Estados Unidos e India en el sur de Asia como contrapeso al ascenso de China. Durante la Guerra Fría, las relaciones entre la India y el Estados Unidos se mostró distante y desconfiado, e incluso después de 1989 mejoraron poco; Estados Unidos adoptó un enfoque imparcial con India y Pakistán e impuso sanciones a India después de sus pruebas nucleares en 1998. Es un testimonio de la creciente preocupación estadounidense por China que se convenció a Estados Unidos para que diera ese giro de 180 grados. Por su parte, la posición de la India se había caracterizado anteriormente por su relativo aislamiento: aparte de su larga alianza con la ex Unión Soviética, su estatus decididamente no alineado la había llevado a resistirse a formar asociaciones estratégicas con las principales potencias, o incluso de segundo nivel. Pero hay malestar entre sectores del establishment indio, especialmente el ejército, acerca del creciente poder de China. Dependiendo de cómo evolucione la asociación entre Estados Unidos e India, podría cambiar dramáticamente el equilibrio de poder entre China y India en el sur de Asia, persuadiendo a China a actuar con más cautela y al mismo tiempo envalentonando a India. La asociación entre Estados Unidos e India plantea muchas preguntas e introduce numerosas incertidumbres. Si resulta eficaz y duradero, entonces podría actuar como un importante contraataque regional y global a China. Queda por ver cómo responderá China: la medida más obvia podría ser una relación más estrecha con Pakistán, pero no es inconcebible que China decida buscar un acercamiento estratégico con la India como medio para defenderse de Estados Unidos y negarle una importante presencia en el sur de Asia.

Europa

La relación de China con Europa es significativamente diferente de la que mantiene con Estados Unidos. Si bien la relación entre Estados Unidos y China ha sido una fuente más o menos continua de debate y controversia internos, la relación entre Europa y China, hasta hace poco, ha atraído relativamente poca atención. Hasta ahora, las relaciones entre Europa y China han sido relativamente sencillas y libres de conflictos. Históricamente esto es un poco irónico. Después de todo, fueron las potencias europeas, empezando por Gran Bretaña y las Guerras del Opio, las que colonizaron China, y Estados Unidos llegó tarde al proceso. El "siglo de la humillación" se centró en Europa, junto con Japón, en el que Estados Unidos no desempeñaba más que un pequeño papel. La relación actual entre Europa y China ha sido de bajo perfil en gran medida porque Europa, aparte de sus intereses económicos, ya no es una potencia importante en el este de Asia, posición que cedió a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que Europa sea en gran medida invisible en una región tan importante del mundo es testimonio de su declive global posterior a 1945 y de su retirada hacia un

papel cada vez más regional, un proceso que continúa a buen ritmo y que probablemente se acelerará con el ascenso de China y la India. Con la excepción del euro, el debate sobre el papel global más amplio de Europa se limita en gran medida a lo que se conoce como "poder normativo", es decir, la promoción de normas que se negocian y legitiman dentro de las instituciones internacionales. Sin embargo, con una economía que rivaliza con esa del tamaño de Estados Unidos, junto con el hecho de que forma la otra mitad de la alianza occidental, la actitud de Europa hacia China es claramente de cierta importancia.

En su mayor parte, la respuesta de Europa al ascenso de China ha sido discreta, fragmentada e incoherente. Esto se debe a que la Unión Europea carece del poder y la autoridad para actuar como centro global en las relaciones de Europa con naciones como China. Como resultado, Europa generalmente habla con una voz débil y la mayoría de las veces con muchas voces. La Unión Europea no es un Estado unitario con capacidad para pensar y actuar de manera estratégica o coherente, sino una amalgama y representante de diferentes intereses. La relación económica de Europa con China ha crecido enormemente durante la última década, con un enorme aumento de las importaciones de productos manufacturados chinos baratos y un aumento muy grande de las exportaciones europeas a China, principalmente de bienes de capital de tecnología relativamente alta, especialmente de Alemania. Esto ha resultado en un creciente déficit comercial europeo con China, así como en una pérdida de empleos en aquellas industrias que compiten directamente con las importaciones chinas. Hasta hace poco, esto ha suscitado muy poco debate político, y ciertamente nada parecido en Estados Unidos. Hay varias razones para esto. El déficit comercial de Europa con China ha sido mucho menor que el de Estados Unidos, aunque ahora esto está cambiando. La atención política se centra no tanto en el déficit de Europa sino en el de cada país, e incluso éstos hasta ahora han suscitado relativamente poca preocupación. A diferencia de Estados Unidos, ha habido poco debate sobre el tipo de cambio entre el renminbi y el euro, aunque la apreciación del euro frente al renminbi antes de la recesión global provocó una creciente ansiedad en Europa y gestiones ante Beijing sobre la necesidad de una revaluación de su moneda. Por último, Europa ha estado abrumadoramente preocupada por los efectos de la reciente y enorme ampliación de la UE, entre ellos la migración a gran escala de trabajadores de Europa central y oriental a Europa occidental, que ha tenido un impacto mucho mayor, y ciertamente ha sido más sensible políticamente, que China.

Como consecuencia, los niveles de preocupación en Europa sobre las repercusiones económicas del ascenso de China han sido relativamente moderados; pero con la creciente ansiedad sobre el valor del renminbi y el creciente déficit comercial, ha habido señales de que esto podría cambiar. La opinión predominante en la mayoría de los países ha sido que el ascenso de China ha sido en general benéfico debido a su efecto negativo sobre los precios al consumidor. , aunque en los países europeos menos desarrollados como Portugal y Grecia, junto con los nuevos entrantes –todos los cuales compiten en distintos grados con China– la actitud ha sido más variada. Sin embargo, la crisis crediticia y el inicio de una depresión ha encendido un ambiente de ansiedad en muchos países europeos, tal vez especialmente en Francia e Italia, acerca de los efectos de la globalización y el impacto del ascenso de China. El resultado ha sido un aumento de la tensión económica con China, lo que ha aumentado la posibilidad de formas limitadas de acción, como derechos antidumping y aranceles antisubsidios, contra las importaciones chinas. Si bien anteriormente el ascenso económico de China se consideraba en gran medida benigno, y en su mayor parte benéfico, el estado de ánimo se ha vuelto menos

optimista en medio de una creciente preocupación por sus posibles consecuencias para Europa. Otro factor que alimenta esta ansiedad es el miedo a las inversiones de las multinacionales chinas y de la Corporación China de Inversiones en industrias europeas clave.

A largo plazo, a medida que las empresas chinas asciendan progresivamente en la escala tecnológica y desarrollen marcas que compitan frontalmente con las europeas, el número de perdedores podría aumentar considerablemente y alimentar una demanda de protección contra la competencia "desleal" de China, tal vez culminando en que Europa levante constantemente barreras proteccionistas contra China, una medida que tendría profundas repercusiones políticas. En esta etapa, sin embargo, es prematuro predecir cuáles podrían ser los probables efectos políticos del creciente desafío competitivo de China a Europa en el futuro.

La falta de una presencia diplomática o militar europea seria en el este de Asia significa que, a diferencia de Estados Unidos, que sigue siendo el árbitro clave de la seguridad en la región, Europa no tiene grandes conflictos de intereses geopolíticos con China. Cuando se trata de Taiwán, la Península de Corea o la alianza entre Estados Unidos y Japón, todos ellos temas críticos que preocupan a Estados Unidos, Europa no es más que un espectador. No tiene ninguna participación en el sistema de alianza bilateral de Estados Unidos en la región. Como resultado, las relaciones chino-europeas no están obstaculizadas por tales consideraciones. La cuestión más cercana ha sido el embargo europeo sobre el suministro de armas a China, que se introdujo después de la Plaza de Tiananmen y que China ha presionado intensamente para que se levante. Aunque la Unión Europea acabó accediendo en 2005, rápidamente revocó la decisión en respuesta a la enorme presión de Estados Unidos, que convirtió la cuestión en algo parecido a un voto de confianza en la Alianza Atlántica. Sólo convirtiéndolo en un artículo de fe en Occidente, Estados Unidos logró mantener la línea, sugiriendo que Europa puede, hasta cierto punto, estar preparada para pensar por sí misma en lo que respecta a sus relaciones con China. Esto no quiere decir Sugieren que, a largo plazo, es probable que Europa se separe de Estados Unidos en favor de China —eso es prácticamente inconcebible—, pero la reacción de naciones europeas clave como Alemania y Francia ante la invasión estadounidense de Irak demostró que gran parte de Europa Ya no estaba preparado servilmente para seguir a Estados Unidos. Es razonable suponer que las relaciones entre Estados Unidos y Europa probablemente mejoren significativamente durante la presidencia de Obama, aunque es poco probable que vuelvan a la intimidad del período de la Guerra Fría. Con el ascenso de China y la importancia de Oriente Medio, la relación transatlántica ya no es fundamental para Estados Unidos como antes: en lugar de ser una relación universal en el molde de la Guerra Fría, la naturaleza de Es probable que la cooperación varíe según el tema involucrado. A medida que el foco de los asuntos globales se desplaza hacia la relación entre Estados Unidos y China, existe la posibilidad de que Europa se convierta en un espíritu más libre que antes, y no necesariamente siempre esté dispuesta a hacer lo mismo, la oferta de Estados Unidos. Pero es importante no exagerar tal escenario. Es mucho más probable que Europa se ponga del lado de Estados Unidos que de China en argumentos geopolíticos, ya sea Darfur, negociaciones comerciales o cambio climático. Por diversas razones, históricas, culturales, étnicas y económicas, es probable que Europa siga muy unida a Estados Unidos en el mundo que se está desarrollando.

SUPERPODER EN CRECIMIENTO Y SUPERPODER EN DESCENSO

Si bien el debate interno en Estados Unidos a menudo podría sugerir lo contrario, desde el acercamiento entre Mao y Nixon de 1972 y el posterior establecimiento de relaciones diplomáticas plenas en 1979, la relación entre China y Estados Unidos se ha caracterizado durante casi cuatro décadas por estabilidad y continuidad. Aunque ha pasado por muchas fases – el eje contra la Unión Soviética, el período de reforma y modernización, la Plaza de Tiananmen y sus consecuencias, el rápido crecimiento de China y su giro hacia afuera a finales de los años 1990, el ascenso del nacionalismo chino y, por supuesto, una sucesión de presidentes estadounidenses desde Nixon y Reagan hasta Carter y Clinton: la relación se ha mantenido en equilibrio, con Estados Unidos concediendo gradualmente a China acceso tanto a su mercado interno como a las instituciones del sistema internacional, y China, a cambio, modera y armoniza sus acciones y comportamiento en deferencia a las actitudes estadounidenses. El razonamiento que se ha utilizado para justificar la posición de Estados Unidos ha pasado por varias iteraciones durante el curso de estas diferentes fases, pero no ha habido retroceso en el enfoque subyacente. Puede que no sea inmediatamente obvio por qué la elite gobernante estadounidense ha apoyado tan consistentemente esta posición, pero la razón clave seguramente radica en sus orígenes. El acercamiento entre Mao y Nixon se alcanzó en los días oscuros de la Guerra Fría y representó un enorme golpe geopolítico para Estados Unidos en su contienda con la Unión Soviética. Eso creó una sensación de lealtad y compromiso continuos con la relación con China que ayudó a asegurar su resistencia.

La relación de China con Estados Unidos ha seguido siendo el principio fundamental de su política exterior durante unos treinta años, y desde el principio estuvo en el centro de la estrategia de Deng Xiaoping para garantizar que China tuviera un entorno externo pacífico y relativamente libre de problemas que le permitiera permitirle concentrar sus esfuerzos y recursos en su desarrollo económico. Después de la Plaza de Tiananmen, Deng habló de la necesidad de "adherirse a la línea básica durante cien años, sin vacilación", testimonio de la importancia primordial que concedía a la política económica, y, en ese contexto, también a la relación con Estados Unidos. Fue, además, una demostración de la perspectiva extraordinariamente a largo plazo que, aunque ajena a otras culturas, es fuertemente característica del pensamiento estratégico chino. La relación con Estados Unidos ha seguido siendo un artículo de fe para los dirigentes chinos durante todo el período de reforma, en gran medida unánime e indiscutible, y engendró con el tiempo un conocimiento muy informado e íntimo de Estados Unidos.¹¹⁴ El contraste entre la actitud de China hacia Estados Unidos y la de la Unión Soviética antes de 1989 difícilmente podría ser mayor. La URSS veía a Occidente como el enemigo; China decidió, después de 1972, trabar amistad con ella. La Unión Soviética optó por la autarquía y el aislamiento; China, después de 1978, buscó la integración y la interdependencia. La URSS fue rechazada y excluida de la membresía en instituciones occidentales de posguerra como el FMI, el Banco Mundial y el GATT; en cambio, China esperó pacientemente durante quince años hasta que finalmente fue admitida como miembro de la OMC en 2001. La Unión Soviética se embarcó en una confrontación militar y una relación de suma cero con Estados Unidos; China buscó el acercamiento y la cooperación en un esfuerzo por crear las condiciones más favorables para su crecimiento económico. La Unión Soviética se vio obligada a asumir niveles

prohibitivos de gasto militar; China redujo constantemente la proporción del PIB gastado en su ejército durante los años 1980 y 1990, cayendo de un promedio del 6,35 por ciento entre 1950 y 1980 al 2,3 por ciento en los años 1980 y al 1,4 por ciento en los años 1990. Las estrategias de los dos En resumen, los países se basaban en lógicas diametralmente opuestas. El enfoque chino está bien ilustrado por el comentario de Deng: "Observar los acontecimientos con seriedad, mantener nuestra posición, enfrentar los desafíos con calma, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, permanecer libres de ambiciones". No hace falta decir que la relación entre China y Estados Unidos durante el período de reformas ha sido profundamente desigual. China necesitaba a Estados Unidos en mucha mayor medida de lo que Estados Unidos necesitaba a China. Estados Unidos poseía el mercado más grande del mundo y era el guardián de un sistema internacional de cuyo diseño y funcionamiento era abrumadoramente responsable. A China se le asignó el papel de suplicante o, como dice el experto en China Steven I. Levine, Estados Unidos actuó hacia China "como un Comité de Credenciales autoproclamado que tenía el poder de aceptar, rechazar u otorgar membresía a prueba en el club internacional a un candidato de respetabilidad incierta". A largo plazo, cuando China sea mucho más fuerte, esta experiencia bastante degradante podría encontrar expresión –y venganza– en la actitud china hacia Estados Unidos; Podrían verlo como otra expresión, aunque más suave, de su larga humillación. Comparada con la enorme inversión de China en su relación con Estados Unidos, la actitud estadounidense hacia China, al menos hasta ahora, contrasta notablemente. Estados Unidos ha visto su relación con China como una de muchas relaciones internacionales y, por lo general, está lejos de ser la más importante. Como resultado, la atención estadounidense hacia China ha sido episódica, llegando ocasionalmente a ocupar casi el primer lugar de la agenda, pero en su mayor parte confinada al nivel medio.¹²⁰ Durante la primera administración Clinton, por ejemplo, China apenas figuró.¹²¹ Aunque George W. Bush hizo fuertes ruidos contra China durante su primera campaña electoral presidencial, describiéndola como un "competidor estratégico", China hundió el orden jerárquico de Washington después del 11 de septiembre y las relaciones entre los dos regresaron rápidamente al status quo ante. En línea con la inversión diferencial de las dos potencias en su relación, el impresionante conocimiento de China de la Estados Unidos no es correspondido en Washington más allá de un círculo relativamente pequeño. Tras el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos se vio obligado a repensar la lógica de su relación con China. No es difícil. Con su adopción del mercado y su creciente privatización, se consideró, no erróneamente, que China avanzaba hacia el capitalismo. Además, dado su crecimiento económico de dos dígitos y su enorme población, se consideraba que China ofrecía oportunidades ilimitadas para los negocios estadounidenses. China se convirtió en un elemento clave de la arrogancia estadounidense respecto de la globalización en los años noventa, una parte integral de lo que se consideraba un proceso de occidentalización que culminaría en la inevitable victoria mundial del capitalismo occidental, en la que el resto del mundo, incluida China, se parecería cada vez más a Estados Unidos. Muchas suposiciones estaban envueltas en esta arrogancia, desde el triunfo de los estilos de vida y hábitos culturales occidentales hasta la creencia de que la democracia al estilo occidental era de aplicabilidad universal e inevitable.¹²⁶ George W. Bush declaró en noviembre de 1999: "La libertad económica crea hábitos de libertad", y los hábitos de libertad crean expectativas de democracia. Comercie libremente con China y el tiempo estará de nuestro lado».O, como escribió Thomas Friedman: «China va a tener una

prensa libre. La globalización lo impulsará”. Se consideraba axiomático, sugiere el autor estadounidense James Mann, que “los chinos inevitablemente se están volviendo como nosotros”. Esta visión, que todavía se mantiene ampliamente, carga la política estadounidense hacia China con expectativas exageradas que no son posible cumplir. La idea de globalización que yacía en su centro era profundamente defectuosa.

Durante el transcurso de la década de 1990, la política estadounidense hacia China fue atacada por una gama cada vez mayor de diferentes grupos de interés, desde los sindicatos que, preocupados por el enorme aumento de las importaciones chinas, criticaban las prácticas comerciales de China, hasta los grupos de derechos humanos que protestaban por la el trato dado a los disidentes y la subyugación del Tíbet. Si bien la política china siguió siendo una cuestión presidencial más que del Congreso, era relativamente invulnerable a las quejas de los críticos. Sin embargo, no se debe suponer que la actual posición estadounidense hacia China se mantendrá inevitablemente en un futuro indefinido. Hasta el cambio de siglo, China incidió poco en la conducción de la política exterior estadounidense, aparte de en Asia Oriental, se limita en gran medida a la cuestión de Taiwán. Es cierto que las exportaciones de China a Estados Unidos – combinadas con la falta de competitividad de las propias exportaciones estadounidenses– se habían combinado para producir un enorme déficit comercial entre los dos países, pero esto fue mitigado por la compra por parte de China de bonos del Tesoro estadounidense, que impulsaron la crisis estadounidense, el auge del crédito y el beneficio que los consumidores estadounidenses disfrutaron de la disponibilidad de productos manufacturados ultrabaratados procedentes de China. Pero a medida que China comenzó a extender sus alas a principios del nuevo siglo (su economía seguía creciendo a un ritmo constante, la brecha comercial entre los dos países se ampliaba constantemente, la cantidad de bonos del Tesoro en poder de China siempre iba en aumento, las empresas chinas estaban siendo instado a invertir en el extranjero, la búsqueda patrocinada por el Estado de un suministro suficiente y confiable de productos naturales atrajo al país hacia África, Asia Central y América Latina, y su poder e influencia en Asia Oriental se expandieron rápidamente).

– se hizo cada vez más claro que China ya no ocupaba el mismo nicho que antes: en muchos continentes y en muchos países, Estados Unidos se encontró confrontado con una gama cada vez mayor de intereses chinos y, como resultado, un crecimiento constante en las fuentes de posibles desacuerdos y conflictos entre los dos países.

Apenas había comenzado el nuevo siglo, dos acontecimientos sugirieron que era probable un cambio importante en su relación, aunque no parecía inmediatamente obvio que así fuera. En primer lugar, la administración Bush abandonó la política exterior multilateralista estadounidense previamente consensuada en favor de una política unilateralista que, entre otras cosas, abrazaba el principio del ataque preventivo. Estados Unidos se alejó de su anterior adhesión al universalismo y adoptó un nacionalismo que negaba o minimizaba la necesidad de alianzas. La nueva estrategia dio prioridad a la fuerza militar y al poder duro en lugar del poder blando, una posición que se puso de manifiesto en 2003 con la invasión de Irak. El principio de soberanía nacional estaba subordinado a la conveniencia de la intervención con el propósito de cambiar el régimen. Nació un Estados Unidos nuevo y agresivo. Al final, una mayoría abrumadora de Estados-nación se opuso a la invasión de Irak y, según las encuestas de opinión globales, una mayoría aún más decisiva de sus ciudadanos. A medida que la ocupación enfrentó una oposición cada vez mayor y se percibió que había fracasado, Estados Unidos se volvió impopular hasta un punto no visto en los sesenta años transcurridos

desde la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, alrededor de 2003-2005, llegó el momento de China, cuando la conciencia global de su transformación, y el significado y efectos de esa transformación para el resto del mundo,

De repente empezó a amanecer. Por casualidad, estos dos acontecimientos coincidieron, lo que contribuyó a acentuar su impacto. Se reconoció ampliamente que China estaba en ascenso y poco a poco se fue comprendiendo que Estados Unidos no era tan omnipotente como se había pensado anteriormente. Había una percepción cada vez mayor de que el equilibrio de poder entre los dos países estaba empezando a cambiar a favor de China. El sentimiento en Estados Unidos hacia China se volvió más incierto. James Mann, en su libro *The China Fantasy*, cuestionó lo que Lo describió como el "escenario tranquilizador", es decir, el consenso que sostiene que relacionarse con China a través del comercio será una ventaja política y económica para Estados Unidos y, en última instancia, dará como resultado una China democrática y de libre mercado. Mann argumentó que, a pesar de la transformación del mercado de China, de ninguna manera se seguía automáticamente que China se volviera democrática.

El ambiente general de incertidumbre e inquietud se vio acentuado por la crisis crediticia que comenzó en el verano de 2007 y que un año más tarde puso de rodillas al sector financiero estadounidense, con nombres ilustres como Lehman Brothers quebrando y los pocos bancos de inversión estadounidenses que quedaban obligados a hacerlo, a renunciar a su estatus, entre ellos Goldman Sachs, el banco favorito de las recientes administraciones estadounidenses. En un extraordinario cambio de rumbo, el gobierno anunció un enorme rescate del sector financiero, marcando la desaparición del régimen neoliberal desregulado que había sido la tarjeta de presentación del capitalismo estadounidense desde finales de los años setenta. En unas pocas semanas espectaculares, el modelo angloamericano había implosionado, hundiendo a las economías occidentales en una grave recesión. El hecho de que Estados Unidos hubiera estado viviendo muy por encima de sus posibilidades –y dependiendo del crédito chino para hacerlo– subrayaba tanto la falibilidad de la prosperidad estadounidense como el desplazamiento del centro de gravedad económica de Estados Unidos a China.

CRECIENTE CONFLICTO

Hay una serie de cuestiones que probablemente moldearán las actitudes de Estados Unidos hacia China y aumentarán la posibilidad de conflicto entre los dos países.

El primero tiene que ver con las actitudes estadounidenses hacia la globalización. En la década de 1990, la globalización era vista en Estados Unidos como una situación en la que todos salían ganando, un proceso mediante el cual Estados Unidos dejó su huella en el resto del mundo y obtuvo ventaja en su relación con él. En efecto, fue algo que Estados Unidos exportó al mundo y luego cosechados los beneficios en el país. Ahora, sin embargo, la globalización se ve cada vez más como un boomerang que está regresando para atormentar a los EE.UU. Anteriormente, los EE.UU. eran considerados como el agente y beneficiario abrumador de la globalización. Ahora se percibe que el principal beneficiario es Asia Oriental, y especialmente China. A través de la globalización, China se ha transformado en un formidable competidor de Estados Unidos, con su enorme superávit comercial, su propiedad masiva de bonos del Tesoro estadounidense, su consiguiente poder sobre el valor del dólar y el hecho de que ha socavado sectores clave de la industria manufacturera estadounidense, con un número cada vez mayor de trabajadores despedidos. La creciente controversia sobre el valor del

renminbi, la seguridad de las exportaciones chinas, como alimentos y juguetes, y las frecuentes acusaciones de competencia "desleal", son un reflejo de la creciente sensibilidad hacia China.¹⁴² Esto no quiere decir que el equilibrio de la opinión estadounidense ha cambiado significativamente hasta ahora. Los ganadores, sobre todo los gigantes corporativos estadounidenses que han trasladado sus operaciones de fabricación a China y los consumidores que se han beneficiado de los precios chinos en su país, todavía superan considerablemente a los perdedores y, en cualquier caso, disfrutan de un poder mucho mayor. Pero esto podría cambiar. Las consecuencias políticas de la espiral de precios de las materias primas, especialmente los precios del petróleo, que terminaron prematuramente por la crisis crediticia, podrían, si hubieran continuado, haber orientado las actitudes estadounidenses hacia China en una dirección más negativa. Más pertinentemente, la amenaza de una depresión grave y prolongada ya está generando crecientes demandas de protección. Es sorprendente que, incluso antes de la crisis crediticia, el número de estadounidenses que pensaban que el comercio con otros países estaba teniendo un impacto positivo en Estados Unidos cayó bruscamente del 78 por ciento en 2002 a sólo el 59 por ciento en 2007.

En el largo plazo, a medida que las empresas chinas asciendan implacablemente en la escala tecnológica, la economía estadounidense enfrentará una competencia cada vez mayor por parte de los productos chinos, ya no sólo en el extremo de bajo valor, sino también cada vez más en productos de alto valor agregado, además, tal como ocurrió anteriormente con las empresas japonesas y coreanas. En ese proceso, es probable que la proporción de perdedores aumente rápidamente, como también ocurrirá en Europa. Semejante evolución podría socavar el consenso actual en apoyo de la globalización librecambista y dar lugar a un giro hacia el proteccionismo, cuyo objetivo más importante serían las importaciones chinas. Sin embargo, el impacto de la depresión sugiere que este proceso puede ya estar sucediendo. Si Estados Unidos recurriera al proteccionismo, uno de los pilares clave de la relación chino-estadounidense desde principios de los años ochenta se verían socavados. También señalaría un movimiento más general hacia el proteccionismo en todo el mundo y el fin de la fase de globalización iniciada a finales de los años setenta. El fracaso de la ronda de Doha es una indicación más de que este tipo de escenario es posible.

Esto nos lleva al este de Asia. Hay pruebas claras, como se analizó en el último capítulo, de un cambio bastante dramático en el equilibrio de poder en lo que hoy es la región económica más importante del mundo, después de que Asia Oriental haya superado tanto a América del Norte como a Europa. No ha sucedido nada decisivo, pero, aun así, China ha fortalecido palpablemente su posición, e incluso aliados establecidos de Estados Unidos, como Singapur y Filipinas, ahora se protegen y buscan un acuerdo más estrecho con China. De hecho, sólo dos países han tratado de resistirse a acercarse a China: Japón y Taiwán, aunque ambos se han involucrado profundamente con China económicamente. Además, está claro que, a pesar de la presencia de un gran número de sus tropas, la posición estadounidense en la Península de Corea se ha debilitado a medida que Corea del Sur se ha acercado mucho más a China y Estados Unidos se ha visto obligado a depender de que China desempeñe el papel de intermediario honesto para desactivar la crisis nuclear en el Norte. La importancia más amplia de estos acontecimientos en términos de las relaciones chino-estadounidenses es que Asia Oriental, desde la última guerra, ha sido una esfera de influencia predominantemente estadounidense, amenazada sólo por una China relativamente aislada durante el período maoísta y, por supuesto, por la derrota de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Ya no

se puede presumir que este sea el caso. El este de Asia es ahora efectivamente bipolar. El hecho de que la posición de Estados Unidos en Asia Oriental haya disminuido podría tener efectos en cadena sobre su compromiso con Taiwán, e incluso potencialmente socavarlo. La disminución de la influencia estadounidense en Asia Oriental también tiene implicaciones para su posición global, por un lado sirviendo para envalentonar a China y por otro actuando como marcador y señal para otras naciones. Hasta el momento, hay pocas señales de una respuesta estadounidense clara a estas tendencias, aunque la administración Obama parece reconocer su importancia. Estados Unidos ha estado enormemente distraído por su enredo en Medio Oriente y, como consecuencia, ha descuidado su posición en Asia Oriental.

Mientras tanto, China ha comenzado lentamente a emerger como un modelo alternativo a Estados Unidos, una visión que los chinos han promovido cautelosamente, aunque de una manera muy diferente del tipo de competencia sistémica que caracterizó la Guerra Fría. El creciente énfasis estadounidense en el poder duro, especialmente desde 2003, lo ha hecho cada vez más impopular en el mundo y ha creado un vacío que China, en pequeña medida, ha comenzado a llenar sobre todo con su aceptación del multilateralismo y su énfasis en su ascenso pacífico. El discurso de China se dirige esencialmente al mundo en desarrollo más que al mundo desarrollado, con su oferta de ayuda y asistencia infraestructural sin condiciones, su respeto por la soberanía, su énfasis en un Estado fuerte, su oposición a la dominación de las superpotencias y su defensa de la igualdad de condiciones. Como paquete, estos tienen una poderosa resonancia en los países en desarrollo. El principal pilar del poder blando estadounidense es el énfasis puesto en la importancia de la democracia dentro de los Estados-nación: China, por el contrario, enfatiza la democracia entre Estados-nación, más notablemente en términos de respeto a la soberanía y a la democracia en el sistema mundial. La crítica de China al sistema internacional dominado por Occidente y sus instituciones de gobierno toca una fibra sensible en el mundo en desarrollo en un momento en que se reconoce ampliamente que estas instituciones no son representativas y seriamente defectuosas. Lo más poderoso de todo es que China puede ofrecer su propia experiencia de crecimiento como ejemplo y modelo para que otros países en desarrollo la consideren y aprendan de ella, algo que Estados Unidos, como decano de los países desarrollados, no puede. Dejando a un lado el este de Asia, ha habido un cambio significativo de poder y sentimiento desde Estados Unidos hacia China en África y América Latina. Esto no debería ser exagerado —sigue siendo embrionario— pero, no obstante, es significativo. Mientras tanto, el espectacular colapso del modelo neoliberal en la crisis financiera ha socavado gravemente el atractivo más amplio de Estados Unidos, a pesar del efecto estimulante y edificante de la elección de Barack Obama como presidente. Y el hecho, en términos más generales, de que el sistema económico internacional dirigido por Estados Unidos se haya visto sumido en tal agitación como resultado de una crisis que tuvo sus orígenes en Estados Unidos ha servido para acentuar aún más la pérdida de poder y prestigio estadounidenses. Finalmente, está la cuestión de la fuerza militar de China. Esto lo han destacado persistentemente los Estados Unidos. Los estadounidenses conceden mayor importancia al poder militar que a cualquier otra cosa, una posición que se refleja en sus constantes y enormes gastos militares y en la importancia que conceden al mantenimiento de una fuerza militar abrumadora en relación con el resto del mundo. En la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América de 2002, se propugna un gasto militar tan masivo para "disuadir a adversarios potenciales de llevar a cabo un fortalecimiento militar con la esperanza de

superar o igualar el poder de los Estados Unidos".

El argumento estadounidense de que China está decidida a desarrollar una fuerte capacidad militar propia, más allá de lo que se necesita en el contexto de Taiwán, juega con los temores de muchas naciones, especialmente en el este de Asia. El tamaño y la cohesión de China, junto con su historia de gobierno autoritario, despiertan suficientes dudas en las mentes de los demás, por lo que la sospecha de que China también está embarcada en convertirse en una superpotencia militar podría ayudar a inclinar la balanza de la percepción hacia algo más cercano a la paranoia. El propósito político detrás de las declaraciones anuales del Pentágono sobre el gasto militar de China, así como de las no infrecuentes advertencias de miembros de la administración Bush, ha sido crear un ambiente de duda y desconfianza, aprovechando en parte viejos temores de la Guerra Fría sobre la Unión Soviética. Unión. De hecho, China, como hemos visto, hasta ahora ha optado por un camino diferente, uno que enfatiza el crecimiento económico en lugar de la capacidad militar. Aunque ha emprendido una importante modernización de sus fuerzas armadas, el doble objetivo de esto ha sido asegurar que China pueda responder por la fuerza si es necesario a cualquier declaración de independencia de Taiwán, y representar un elemento disuasivo suficiente para cualquier potencia externa que de otro modo podría contemplar atacar a China. Ambas son preocupaciones de larga data: la primera es producto de la guerra civil, la segunda es una función del "siglo de humillación" de China y su preocupación primordial por su soberanía nacional. La capacidad de China para desarrollar un ejército poderoso también se ve seriamente limitada por el hecho de que su propio nivel tecnológico sigue siendo relativamente bajo y que su única fuente de armas extranjeras, dado el embargo de la UE y la prohibición de Estados Unidos, es Rusia. Como resultado, China está mucho más débil militarmente que Japón. Todavía ni siquiera posee un portaaviones, un medio crucial para la proyección de poder, a diferencia de otros diez países en el mundo que sí lo tienen –incluido el Reino Unido, que tiene tres. Es cierto, a medida que el poder de China crece en el este de Asia y adquiere nuevas responsabilidades y compromisos allí y en otros lugares, es probable que su fuerza militar se expanda a la vez, pero es difícil predecir en qué medida y de qué manera.

El peligro es que en algún momento Estados Unidos y China se vean arrastrados al tipo de carrera armamentista que caracterizó la Guerra Fría y que produjo tal clima de miedo. No hay duda de que Estados Unidos se siente bastante más cómodo que China en el terreno del poder duro, primero porque su superioridad militar es abrumadora y segundo porque el lenguaje del poder duro está profundamente inscrito en la psique estadounidense –en parte como resultado de la Guerra Fría y en parte como consecuencia de la forma violenta en que nació y se expandió el país, como lo ejemplifica el espíritu fronterizo, en un sentido que no corresponde a los chinos.¹⁶³ Pero aquí también existen peligros para Estados Unidos. El problema fundamental de China para Estados Unidos no es su fuerza militar sino su destreza económica. Esto es lo que está erosionando lenta e irresistiblemente la preeminencia global estadounidense. Si Estados Unidos llega a ver a China principalmente como una cuestión militar, entonces estará participando en un acto de autoengaño que desviará su atención de abordar los problemas reales que enfrenta y, de hecho, aceleran el proceso de su propia decadencia. Estas cuatro cuestiones –la actitud de Estados Unidos hacia la globalización; el cambio en el equilibrio de poder en Asia Oriental; el surgimiento de China como modelo alternativo a Estados Unidos; y la cuestión del poder militar – no se encuentran en algún momento lejano en el futuro sino que ya están comenzando a desarrollarse; ni agotan las

posibles áreas de fricción. A medida que el poder y las ambiciones de China crezcan rápidamente, los puntos de conflicto y diferencia entre Estados Unidos y China se acumularán constantemente. La velocidad de la transformación de China es tal que esto podría suceder más rápidamente de lo que podríamos esperar o de lo que el mundo está preparado: el tiempo de China pasa bastante más rápido que el tipo de tiempo al que históricamente estamos acostumbrados. No es difícil imaginar cuáles podrían ser algunos de estos puntos de diferencia: competencia y conflicto crecientes sobre las fuentes de suministro de energía –en Angola o Venezuela, o donde sea; una disputa cada vez más intensa sobre la creciente asociación estratégica entre Estados Unidos y la India; empresas chinas, inundadas de dinero en efectivo, amenazando con adquirir empresas estadounidenses y provocando una reacción hostil (como ocurrió en el caso de la empresa petrolera Unocal); el fondo soberano chino, con sus arcas llenas del enorme superávit comercial del país, busca adquirir una participación significativa en empresas estadounidenses consideradas de importancia estratégica; y un patrón de crecientes escaramuzas sobre la militarización del espacio. Además, China es culturalmente tan diferente de Estados Unidos, de una manera que no era tan cierta en el caso de la URSS, sólo aumenta la posibilidad de malentendidos y resentimientos mutuos. Además, el hecho de que China esté gobernada por un Partido Comunista siempre actuará como una poderosa causa de diferencia, así como una fuente fácil de demonización popular en Estados Unidos, donde los recuerdos de la Guerra Fría aún están vivos. Cualquier depresión grave y prolongada podría servir para aumentar la perspectiva de fricciones a medida que los países, ante el estancamiento de los niveles de vida y el aumento del desempleo, se vuelvan cada vez más proteccionistas en medio de una creciente ola de sentimiento nacionalista.

La creciente amenaza del cambio climático y la necesidad de que el mundo adopte medidas drásticas para reducir las emisiones de carbono podrían eclipsar todas estas cuestiones a largo plazo. Bajo la administración Bush, Estados Unidos adoptó una posición unilateralista sobre esta cuestión, negándose a ser parte en el Protocolo de Kyoto o aceptar el cuerpo casi universal de opinión científica. Como país en desarrollo, China no estaba obligada a firmar el acuerdo de Kioto, pero ahora que es el mayor emisor de gases de efecto invernadero su exclusión es insoportable desde un punto de vista planetario. Cualquier nuevo tratado sobre el clima no tendrá sentido a menos que incluya a Estados Unidos, China e India. Pero cualquier acuerdo

–que implica un conflicto inevitable entre los intereses de los países desarrollados, por un lado, y los desarrollados, por el otro, con China como protagonista clave para los primeros y Estados Unidos para los segundos– será muy difícil.

Si las relaciones entre Estados Unidos y China se deterioraran seriamente, cualquier intento de excluir a China del actual sistema económico internacional simplemente no sería una opción. China se ha integrado tan profundamente en los sistemas de producción globales que sería casi imposible revertir ese proceso. La manufactura china se ha convertido en un elemento fundamental en una compleja división global del trabajo operada por las principales multinacionales occidentales y japonesas, que actualmente representan la mayoría de las exportaciones chinas. El hecho de que el valor agregado en China (30 por ciento o menos) sea sólo una pequeña proporción del valor agregado total debido al costo extremadamente bajo de la mano de obra china significa que cualquier intento de imponer sanciones a las exportaciones chinas, por ejemplo, infligiría un daño económico mucho mayor para muchos otros países involucrados en el proceso de producción, especialmente aquellos en Asia Oriental, que para la propia

China. La recesión global ha proporcionado una poderosa evidencia de la integración de China: desde el principio su participación fue considerada como fundamental para cualquier solución y su continuo y rápido crecimiento se ha considerado vital para limitar la gravedad de la recesión. Se podría agregar que las opciones de Estados Unidos también son limitadas en el este de Asia. Si decidiera comenzar a presionar a sus aliados de Asia Oriental –como Filipinas, Singapur e Indonesia– para que se alejaran de China, no está del todo claro que encontraría una respuesta positiva; de hecho, es concebible que tal medida pueda incluso ser contraproducente porque, en caso de verse obligados a elegir, estos países podrían optar por China como potencia en ascenso en la región. Finalmente, si Estados Unidos decide volverse más confrontativo con China y involucrarla en una carrera armamentista, esto bien podría dañar la posición global de Estados Unidos mucho más que la de China, que es lo que ocurrió en el caso de la invasión de Irak; y China, por su parte, podría simplemente negarse a verse arrastrada a tal contienda militar. Mientras tanto, el problema para Estados Unidos es que el poder económico relativo de China, del que depende todo lo demás, sigue creciendo en comparación con el de Estados Unidos.

EL FUTURO DEL SISTEMA INTERNACIONAL

Una característica clave de la principal potencia mundial es su capacidad para crear y organizar un sistema económico internacional al que otras naciones están dispuestas u obligadas a suscribirse. La versión británica fue el sistema internacional de patrón oro que, antes de 1914, abarcaba de alguna forma una gran parte del mundo. En el período de entreguerras, a medida que Gran Bretaña decayó, esto dio paso a un sistema cada vez más balcanizado basado en áreas monetarias, mercados protegidos y esferas de interés. Después de 1945, Estados Unidos se convirtió en la principal potencia mundial y el nuevo sistema que se acordó en Bretton Woods y se elaboró más en los años siguientes fue esencialmente una creación estadounidense, posible gracias al hecho de que la economía estadounidense era responsable de representaba más de un tercio del PIB mundial al final de la guerra. Ese sistema sólo se volvió verdaderamente global cuando China se unió a la OMC en 2001 y los antiguos miembros del bloque soviético hicieron cola para unirse al sistema internacional tras el colapso de la Unión Soviética. Con el creciente poder económico de China, la mayor amenaza a la preeminencia económica global de Estados Unidos, aparte de su propio declive, reside en la actitud de China hacia el sistema internacional. Desde que Deng Xiaoping decidió que los intereses del país serían mejor servidos por Al intentar ser admitida en él, China se ha convertido en una parte integral del sistema internacional, pero la actitud de China hacia él no siempre será necesariamente de apoyo inequívoco.

Tomemos como ejemplo el FMI, del que China es miembro. Durante la crisis financiera asiática, Malasia y Japón propusieron que debería haber un Fondo Monetario Asiático, tal era el nivel de insatisfacción dentro de la región acerca del papel del FMI. A esto se opusieron firmemente tanto Estados Unidos como el FMI, que vieron correctamente la propuesta como una amenaza a la posición del FMI, y también China, a la que le preocupaba que hubiera emanado de Japón. Desde entonces, China ha abandonado su oposición y ahora está explorando con otros países de la región la posibilidad de crear dicho fondo. Cualquier organismo de este tipo sin duda tendría el efecto de debilitar gravemente el papel del FMI. En caso de otra crisis financiera asiática, es probable que una solución financiera regional desempeñe un papel mucho más importante que antes.

Además, el poder del FMI ha disminuido significativamente durante la última década y su papel como prestamista ha disminuido. De hecho, los fondos soberanos han inyectado más capital en los mercados emergentes en los últimos años que el FMI y el Banco Mundial juntos. Esto nos lleva al Banco Mundial. A medida que se expanda el poder financiero de China, su capacidad para conceder préstamos y dar ayuda aumentará espectacularmente, como hemos visto en el caso de África, donde los préstamos chinos ya superan los concedidos por el Banco Mundial; Con el tiempo, la ayuda y los préstamos chinos también podrían eclipsar los concedidos por el Banco Mundial a nivel mundial.¹⁷⁶ Mientras tanto, la OMC, con el fin de la Ronda de Doha (efectivamente torpedeada por China y la India), junto con el creciente apoyo popular, La importancia de los acuerdos comerciales bilaterales parece en la actualidad bastante menos importante que hace una década, cuando la liberalización del comercio estaba en pleno apogeo. De hecho, el proceso de liberalización del comercio en Asia Oriental desde 2000 ha pasado por alto en gran medida a la OMC, y China desempeña un papel clave a través de acuerdos comerciales bilaterales. Otra institución del actual sistema económico internacional, el G8, actúa como una especie de metáfora de la forma en que el sistema internacional podría llegar a parecer cada vez menos relevante. Curiosamente, en 2009 China todavía no había sido admitida como miembro y, dado que el G8 claramente no es representativo de la economía global, ahora sufre de una falta crónica de legitimidad. Esto se reconoció explícitamente en el otoño de 2008, cuando el mundo se enfrentaba a la perspectiva de la peor recesión mundial desde 1945: el lugar de honor lo ocupó no una reunión del G8, sino una reunión convocada por el presidente Bush de una entidad hasta entonces oscura llamada G20, que incluía no sólo a los ricos sino también China, India, Brasil, Sudáfrica, Indonesia y otros países en desarrollo. Representó, en un momento crítico, un reconocimiento tardío de que el mundo rico ya no tenía suficiente influencia por sí solo y que era necesario abrazar a los grandes países en desarrollo para que cualquier acción fuera efectiva.

El ascenso de China y el declive de Estados Unidos son fundamentales para la actual depresión global. El hecho de que China sea un acreedor tan enorme, debido a su propensión a ahorrar y exportar, y que Estados Unidos sea un deudor tan colosal, debido a su adicción a gastar e importar, refleja un profundo cambio en el equilibrio de poder económico entre los dos países. El auge del consumo estadounidense dependió de la voluntad de China de seguir prestando a Estados Unidos mediante la compra de bonos del Tesoro estadounidense. En su actual estado debilitado, Estados Unidos sigue dependiendo enormemente de la voluntad de China de seguir comprando bonos del Tesoro estadounidense, aunque la tasa de rendimiento tiene poco sentido desde el punto de vista chino: los recursos de un país pobre podrían gastarse demasiado mejor uso, como ahora se está discutiendo abiertamente en China. Pero los chinos, como mencioné anteriormente, se encuentran en una situación sin salida: si comienzan a vender bonos del Tesoro estadounidense o dejan de comprarlos, el dólar se desplomará y también el valor de sus activos en dólares. Así pues, un pacto fáustico se encuentra en el centro de la actual relación entre Estados Unidos y China, que a largo plazo no es ni económica ni políticamente sostenible. La posición de Estados Unidos como centro financiero mundial y el dólar como moneda de reserva dominante dependen de un sistema de soporte vital chino. En el centro de la actual crisis financiera global se encuentra la incapacidad de Estados Unidos de seguir siendo la columna vertebral del sistema financiero internacional; por otro lado, China todavía no puede ni quiere asumir ese papel. Esto es lo que hace que la actual crisis global sea tan grave y potencialmente

prolongada, de manera análoga a la década de 1930, cuando Gran Bretaña ya no podía mantener su posición financiera principal y Estados Unidos aún no estaba en condiciones de reemplazarla. Cualquier conversación sobre una solución global a los problemas económicos actuales tiene que enfrentar estas cuestiones altamente complejas e intratables.

Como presagio del declive y, en última instancia, de la desaparición del actual sistema dominado por Estados Unidos, existe la perspectiva de que en la próxima década surja el renminbi como moneda de reserva, lo que significaría que podría usarse para comerciar y vender. ser mantenido por los países como parte de sus reservas. Habiendo adquirido plena convertibilidad frente a otras monedas, podría asumir rápidamente un papel muy importante fuera de China, actuando como moneda de reserva de facto en el este de Asia, marginando al yen y desafiando la posición de el euro y, en última instancia, el dólar como monedas de reserva globales. De la crisis financiera estadounidense de 2008 se desprende claramente que los días en que la economía estadounidense podría sostener la moneda de reserva global están ahora contados.

El actual sistema internacional está diseñado principalmente para representar y promover los intereses estadounidenses. A medida que crezca el poder de China, junto con el de otros países como la India, Estados Unidos se verá obligado a adaptar el sistema y sus instituciones para dar cabida a sus demandas y aspiraciones, pero, como lo demuestra la lentitud de las reformas en el FMI e incluso en el G8 hay una gran renuencia por parte tanto de Estados Unidos como de Europa. Para ello ha sido fundamental el deseo de conservar estas instituciones para la promoción de los intereses y valores occidentales. Por ejemplo, después de que China y Rusia vetaron el intento angloestadounidense de imponer sanciones al presidente de Zimbabue, Robert Mugabe, y a algunos miembros de su régimen en julio de 2008, el embajador de Estados Unidos ante la ONU, Zalmay Khalilzad, afirmó que el veto de Rusia planteaba "cuestiones sobre su fiabilidad como socio del G8". Desde finales de 2008 se habló mucho de un nuevo Bretton Woods, pero cualquier acuerdo de ese tipo requeriría reformas mucho más fundamentales de las que Occidente ha considerado hasta ahora. En la actualidad, las instituciones de Bretton Woods –el FMI y el Banco Mundial– están dominadas por las potencias occidentales. Estados Unidos todavía tiene el 17,1 por ciento de las cuotas (que determinan en gran medida los votos) y la Unión Europea un adicional.

32,4 por ciento en el FMI en mayo de 2007, mientras que China tenía sólo el 3,7 por ciento y la India el 1,9 por ciento. Si estas instituciones quieren revivir como resultado de cualquier nuevo acuerdo, Occidente tendrá que ceder una gran porción de su poder a países como China e India. Después de todo, es poco probable que China ponga grandes recursos a disposición del FMI a menos que tenga una gran influencia en cómo se utilizan, como ha dejado claro el Primer Ministro Wen Jiabao. Si las reformas siguen siendo renuentes, parciales y, en última instancia, inadecuadas, entonces, es probable que con el tiempo el sistema internacional se bifurque cada vez más, y los organismos patrocinados por Occidente abandonen cualquier pretensión de universalidad en favor de la búsqueda de intereses sectoriales, mientras que un nuevo sistema apoyado por China comienza a tomar forma paralelamente.

El experto estadounidense en relaciones internacionales G. John Ikenberry argumentó que debido a que el 'sistema centrado en Occidente...' es abierto, integrado y basado en reglas, con bases amplias y profundas", "es difícil de derrocar y fácil de unir":¹⁸⁷ en otras palabras, es mucho más resistente y adaptable que los sistemas anteriores y, por lo tanto, es probable que sea más resistente y adaptable que los sistemas anteriores,

reformado desde dentro en lugar de reemplazado. Esto es posible, pero quizás más probable sea un proceso de doble vía: primero, la reforma gradual pero reticente e inadecuada de las instituciones occidentales existentes frente al desafío de China y otros; y segundo, a más largo plazo, la creación de nuevas instituciones patrocinadas y apoyadas por China, pero que también incluyan a otros países en ascenso como India y Brasil. Como ejemplo de reforma interna, en junio de 2008 Justin Lin Yifu se convirtió en el primer economista jefe chino en el Banco Mundial, un puesto que anteriormente había sido dominio exclusivo de estadounidenses y europeos. Sin embargo, a largo plazo, es probable que China sea operar tanto dentro como fuera del sistema internacional existente, buscando transformar ese sistema y al mismo tiempo, de hecho, patrocinar un nuevo sistema internacional centrado en China que existirá junto al sistema actual y probablemente lentamente comience a usurparlo. Estados Unidos resistirá amargamente el declive de un sistema internacional del que se beneficia tanto: como consecuencia, cualquier transición será inevitablemente tensa y conflictiva. Así como durante el período de entreguerras la hegemonía británica dio paso a la competencia de la libra esterlina, el dólar y el franco. En algunas áreas, la hegemonía estadounidense también puede ser reemplazada, al menos en primera instancia, por esferas de influencia regionales en competencia. Es posible imaginar, a medida que el equilibrio de poder comienza a inclinarse decisivamente a favor de China, una posible división del mundo en esferas de influencia estadounidense y china, con Asia Oriental y África, por ejemplo, quedando bajo la tutela china y formando parte de ella. de una zona del renminbi, mientras que Europa y Oriente Medio permanecen bajo el paraguas estadounidense. Sin embargo, a largo plazo, es poco probable que tales acuerdos sean estables en un mundo que se ha vuelto tan integrado.190

Quiero reflexionar sobre cómo será el mundo dentro de veinte o incluso cincuenta años. El futuro, por supuesto, es incognoscible, pero en este capítulo intentaré desentrañar cómo podría ser. Este enfoque es naturalmente especulativo y se basa en suposiciones que podrían resultar erróneas. Lo más fundamental de todo es que doy por sentado que el ascenso de China no se ha descarrilado. El crecimiento económico de China ciertamente disminuirá en el plazo de dos décadas, tal vez una, y mucho menos en un período mucho más largo. También es probable que en cualquiera de los plazos más largos se produzcan cambios políticos profundos en China, que tal vez impliquen el fin del régimen comunista o una metamorfosis importante en su carácter. Sin embargo, ninguna de estas eventualidades socavaría necesariamente el argumento que sustenta este capítulo, de que China, con un crecimiento económico continuo (aunque a un ritmo reducido), está destinada a convertirse en una de las dos principales potencias mundiales y, en última instancia, en convertirse en una de las dos principales potencias mundiales, definitivamente la principal potencia mundial. Lo que la demolería es si, por alguna razón, China implosionara en una versión del siglo XXI de los episodios intermitentes de introspección e inestabilidad que han marcado la historia china. Esto no parece probable, pero, dado que la unidad de China ha estado bajo asedio durante más de la mitad de sus 2.000 años de vida, esta eventualidad ciertamente no puede excluirse.

El escenario en el que se basa este capítulo, entonces, es que China continúa fortaleciéndose y, en última instancia, emerge durante el próximo medio siglo, o más bien menos en muchos aspectos, como la principal potencia mundial. Ya existe una expectativa mundial generalizada de que esto bien pueda suceder. Como puede verse en el Cuadro 6 la mayoría de los indios, por ejemplo, cree que China reemplazará a Estados Unidos como potencia dominante dentro de los próximos veinte años, mientras que casi tantos estadounidenses y rusos creen en este escenario como piensan lo contrario.

Existe un consenso casi global de que la economía china algún día será tan grande como la de Estados Unidos, si no más. Además, como puede verse en la Figura, esto se considera, en conjunto, con un sorprendente grado de ecuanimidad. En un informe ampliamente citado publicado en 2007, Goldman Sachs proyectó que el PIB de China, en términos de dólares estadounidenses, superará al de Estados Unidos en 2027 y se convertirá en el mayor del mundo. Estas predicciones se reflejan entre los propios chinos en el extraordinario optimismo que muestran sobre el futuro, mayor que el de cualquier otro pueblo, incluidos los estadounidenses, y que obviamente se basa en la transformación de sus niveles de vida durante las últimas tres décadas.

A medida que China comience a emerger como una potencia global, ¿qué formas adoptará su creciente fuerza? O, para decirlo de otra manera, ¿cómo será una China globalmente hegemónica? ¿Cómo se expresará su poder y cómo se comportará en tal escenario? Al mirar hacia el futuro, la historia puede servir, de manera limitada, como una especie de guía. Durante los últimos dos siglos, ha habido dos potencias globalmente dominantes: Gran Bretaña entre 1850 y 1914, y Estados Unidos desde 1945

hasta el presente. Dado que se trata del ejemplo más contemporáneo, la experiencia estadounidense, si bien en ningún sentido sirve como modelo, puede servir como punto de referencia para intentar comprender cómo podría ser una Pax Sínica, incluido cómo se desarrollaría, podría ser diferente. ¿Cuáles son entonces las características de la hegemonía global de Estados Unidos?

- Tiene la economía más grande del mundo.
- Tiene uno de los PIB per cápita más altos del mundo.
- Tiene la economía tecnológicamente más avanzada del mundo y también la más innovadora, como lo ejemplifica Silicon Valley.
- Es, con diferencia, la potencia militar más fuerte del mundo, lo que, gracias a su poderío marítimo y aéreo, le permite ejercer su influencia en todas las regiones del mundo.
- Su poder global general significa que es un factor clave en los cálculos y actitudes de más o menos todos los países del mundo. Todos los países, como consecuencia, disfrutan, en distintos grados, de una soberanía limitada, desde el Reino Unido e Israel hasta México e incluso China.
- El sistema económico internacional fue diseñado y moldeado predominantemente por Estados Unidos y sus reglas todavía están determinadas en gran medida por Estados Unidos.
- Es sede de las mejores universidades del mundo y durante mucho tiempo ha atraído a algunos de los talentos globales más capaces.
- El inglés se ha convertido en la lengua franca global en gran medida debido al poder y atractivo de Estados Unidos.
- Hollywood domina el mercado cinematográfico mundial y, en bastante menor medida, también el de la televisión.
- Las marcas corporativas estadounidenses como Google, Microsoft, Coca-Cola y Wal-Mart tienden a predominar sobre las de otras naciones.²
- Estados Unidos no sólo es, con diferencia, el país más importante del mundo, sino que Nueva York es también, de facto, la capital del mundo. ¿Qué es América? Con frecuencia, ican también tiende a tener una presencia global.
- La historia estadounidense se ha convertido en parte del mobiliario global, con sus hitos más importantes, como la Declaración de Independencia, la Guerra Civil La guerra y el espíritu de frontera, conocidos por el mundo entero. De manera similar, sus costumbres, desde el Día de Acción de Gracias hasta Halloween, suelen tener una resonancia global.
- Los valores americanos –sea el individualismo, la democracia, los derechos humanos, el neoliberalismo, el neoconservadurismo, el mercado, la libertad o la frontera mentalidad – a menudo disfrutan de una influencia global preponderante.
- La supremacía estadounidense ha sido asociada con el dominio global de la raza blanca y, por implicación, con la subordinación y subyugación de la raza blanca.

Sin embargo, incluso en el caso de Estados Unidos, cuya influencia es mucho mayor que la de cualquier otra nación en la historia, este poder arrogante nunca ha estado exento de restricciones. El concepto de hegemonía elaborado por el marxista italiano Antonio Gramsci –que debe distinguirse del uso peyorativo chino del término³– implica la interacción compleja de coerción y consentimiento, fuerza y liderazgo, y, aunque originalmente fue propuesto para explicar la naturaleza del poder dentro de las

sociedades, también es relevante para las relaciones internacionales. La idea de Gramsci guarda cierta semejanza con la distinción entre poder duro y poder blando empleada por el escritor estadounidense Joseph Nye, aunque el enfoque de Nye es menos conceptual y más clasificatorio en naturaleza. Lejos de que la hegemonía se establezca en algo concreto, es constantemente cuestionada y redefinida, y el equilibrio de poder nunca es estático, siempre está en movimiento. Tampoco es nunca absoluto. Aunque Estados Unidos posee casi tanta potencia de fuego militar como el resto del mundo en conjunto, eso no significa que pueda hacer lo que quiera donde quiera, como lo ilustró su desastrosa ocupación de Irak. Además, como hemos observado, si bien disfruta de supremacía militar, su preponderancia económica se está erosionando constantemente. Aunque Estados Unidos es la única superpotencia político-militar del mundo, su influencia varía de una esfera a otra y de una región a otra y, en algunos casos, sigue siendo extremadamente limitada. Tomemos el improbable ejemplo del deporte. Aunque Estados Unidos generalmente encabeza las tablas de medallas en los Juegos Olímpicos, hay muchos deportes en los que no es dominante y en otros en los que está prácticamente ausente. Los deportes estadounidenses más populares se han limitado en gran medida a su atractivo en Estados Unidos, con la excepción del baloncesto, mientras que el juego más popular del mundo es el fútbol, una exportación europea. De manera similar, aparte de su dominio de un sector clave del mercado de la comida rápida, la cocina estadounidense disfruta de poca o ninguna influencia global.

Entonces ¿qué pasa con China? Como en el caso de Estados Unidos, la hegemonía global china reflejará las características particulares del país, tanto históricas como contemporáneas. La tarea aquí es identificar esas características y cómo podrían dejar su huella en el futuro. También debe tenerse en cuenta que las formas de hegemonía cambian y mutan constantemente en respuesta a cambios culturales, tecnológicos, militares, políticos y económicos más amplios. En la era de la supremacía europea, por ejemplo, la forma característica de dominación política era el colonialismo y la expresión clave de la proyección de fuerza era la marina, pero después de 1945 el colonialismo, por diversas razones, se volvió insostenible. La era estadounidense, por el contrario, está asociada con el poder aéreo, una red global de bases militares, enorme superioridad militar, un imperio informal, dominio del sistema económico internacional y medios de comunicación globales. Es imposible, más allá de cierto punto, anticipar las nuevas formas de modernidad con las que podría estar asociada una futura hegemonía china.

EL LARGO ALCANCE DE LA HISTORIA CHINA

Hasta ahora la historia global ha sido esencialmente una historia occidental. Sin embargo, con el ascenso de China, ese ya no será el caso. La historia china resultará familiar no sólo para los chinos, o incluso para los asiáticos orientales, sino para el mundo entero. Del mismo modo que muchas personas en todo el mundo están familiarizadas con los principales acontecimientos de la historia estadounidense (lo mismo puede decirse de episodios decisivos de la historia europea –como la Revolución Francesa, la Ilustración, la Revolución Industrial y el Renacimiento– como consecuencia de la anterior supremacía de Europa), por lo que los hitos clave de la historia china también se convertirán en propiedad global. Este proceso ya está en marcha, como lo ilustra el enorme interés que rodeó la exposición Ejército de Terracota en el Museo Británico en 2007-2008. Por supuesto, la grandeza y riqueza de la historia china

significa que aspectos de ella, como el Gran Wall, ya son bastante conocidos. Pero esto es menor en comparación con lo que nos espera en el futuro. A modo de indicación, ya en 2005 la Gran Muralla, uno de los símbolos definitorios del Reino Medio, atrajo a más turistas extranjeros que Florencia, el epicentro del Renacimiento europeo.

Aparte de su extraordinaria longevidad y sus estallidos de invención eflorescente, el rasgo más sorprendente de la historia china es el hecho de que, mientras Europa, tras la caída del Imperio Romano, se fragmentaba en muchas partes y, en última instancia, en muchas naciones, China ya estaba avanzando exactamente en la dirección opuesta y empezando a fusionarse. Es esta unidad la que ha asegurado la continuidad de su civilización y también ha proporcionado el tamaño que sigue siendo tan fundamental para el carácter y el impacto de China. La unidad es una de las proposiciones más fundamentales de la historia china, si no la más fundamental. Si Europa proporcionó la narrativa y los conceptos que han informado no sólo la historia occidental sino también la mundial durante los últimos dos siglos, China puede hacer lo mismo durante el próximo siglo y, por tanto, proporcionar al mundo una historia y un conjunto de conceptos completamente diferentes: es decir, la idea de unidad en lugar de fragmentación, el del Estado-civilización en lugar del Estado-nación, el del sistema tributario en lugar del sistema westfaliano, una noción china distintiva de raza y una dinámica política organizativa de centralización/descentralización en lugar de modernización/ conservatismo. Dada la importancia nodal de la unidad china, el año a. C., que marca la victoria de los Qin, el final del período de los Estados Combatientes (403-221 a. C.) y el comienzo de la China moderna, será tan familiar para el mundo como 1776. o 1789. Qin Shihuang, el primer emperador chino, que no sólo legó el ejército de terracota sino que fundó un sistema dinástico que sobreviviría hasta 1911, será tan conocido como Thomas Jefferson o Napoleón Bonaparte, si no mucho más.

Hay muchos otros aspectos de la historia china que reconfigurarán el discurso global: el hecho, por ejemplo, de que China haya sido responsable de tantas invenciones que posteriormente fueron adoptadas en otros lugares, sobre todo en Occidente, ayudará a disipar el mito de que Occidente es la cultura más inventiva de la historia. Para nuestros propósitos, los viajes de Zheng He, anteriores a los de los grandes exploradores marítimos de Europa como Cristóbal Colón, pueden servir como ejemplo de este proceso de reconfiguración. Es ampliamente aceptado que, en barcos que eclipsaban a los europeos de la época, Zheng He se embarcó en una serie de siete viajes que lo llevaron a lo que hoy conocemos como Indonesia, el Océano Índico y la costa este de África a principios del siglo XV. Los viajes de los grandes exploradores europeos como Vasco da Gama y Colón marcaron el comienzo de la larga era colonial de Europa. Para los chinos, por otra parte, los viajes de Zheng no tuvieron tales consecuencias. No había ninguna institución en la China Ming que se pareciera a un Departamento de Marina y, por lo tanto, como sugiere el historiador Edward Dreyer, "no había intereses creados para defender el poder marítimo o una estrategia de aguas azules, ni China ejerció lo que los teóricos navales posteriores llamaría "control de los mares" incluso durante el período de los viajes de Zheng He. Los viajes de Zheng nunca tuvieron secuelas: demostraron ser el telón final de las expediciones marítimas de la dinastía Ming a medida que China, una vez más, lentamente se volvía hacia adentro. Las misiones de Zheng no tenían intención colonial ni exploratoria: si lo hubieran sido, seguramente se habrían repetido. Eran misiones de maximización de influencia diseñadas para llevar a cabo el objetivo muy tradicional de difundir la autoridad y el prestigio de China en lo que era su mundo conocido. Los chinos no tenían ningún interés en explorar lugares

desconocidos, sino en concienciar a los pueblos de su mundo conocido de la presencia y grandeza del imperio chino. La expedición de Zheng He estaba firmemente dentro del lenguaje del sistema de estados tributarios, aunque sus viajes lo llevaron mucho más lejos de lo que había sido antes.

La historia siempre está sujeta a interpretación y reinterpretación, constantemente reelaborada a la luz de un contexto contemporáneo. Dada su naturaleza extraordinaria, y teniendo en cuenta las posteriores hazañas europeas, no sorprende que tanto el propósito como el alcance de las expediciones de Zheng hayan sido objeto de muchas conjeturas. Mientras China busca nuevamente una relación más estrecha con el Sudeste Asiático, el hecho de que China haya patrocinado recientemente varias exhibiciones conmemorativas de las expediciones de Zheng He en varios países de la ASEAN es predecible: cuando se vuelve hacia afuera una vez más, recuerda y recuerda el mundo de la última gran ocasión. El historiador británico Gavin Menzies ha llevado el proceso varios pasos más allá al argumentar que los chinos fueron los primeros en descubrir América en 1421 y también descubrieron Australia. Si bien ha habido mucho interés, aunque poco apoyo, en la idea de que los chinos descubrieron América, cuando el presidente Hu Jintao visitó Australia en 2003 apoyó implícitamente la idea de que China había descubierto Australia cuando, en un discurso ante una reunión conjunta del parlamento australiano, declaró: "Allá por la década de 1420, las flotas expedicionarias de la dinastía Ming de China llegó a las costas australianas. Es probable que este tipo de reclamos aumenten a medida que la historia escrita en Occidente sea impugnada por el crecimiento de la historia escrita en China y a medida que China busque pulir su imagen contemporánea no sólo promoviendo su propio pasado pero también, sin duda, engrandeciéndolo y embelleciéndolo. El embajador chino en Sudáfrica sugirió a los africanos en 2007 que:

Zheng llevó a los lugares que visitó [en África] té, porcelana, seda y tecnología. No ocupó ni un centímetro de tierra extranjera, ni tomó un solo esclavo. Lo que trajo al mundo exterior fue paz y civilización. Esto refleja plenamente la buena fe del antiguo pueblo chino en el fortalecimiento de los intercambios con los países relevantes y sus pueblos. Esta cultura amante de la paz se ha arraigado profundamente en las mentes y los corazones del pueblo chino de todas las generaciones.

En una nota alegre, hay evidencia que sugiere que el juego de golf se originó en China. Un pergamino Ming titulado El banquete de otoño, que data de 1368, muestra a un miembro de la corte imperial golpeando una pelota pequeña con lo que parece un palo de golf, con el objetivo de hundirla en un agujero redondo. En chino, el juego se conocía como chuiwan, o "pegar pelota". Es razonable suponer que muchos de los deportes que antes se consideraban inventos europeos, y especialmente británicos, en realidad tuvieron su origen en otras partes del mundo: los británicos, después de todo, tuvieron muchas oportunidades de tomar prestados y asimilar juegos de su lejano imperio y luego codificar las reglas. A medida que avancemos más allá de un mundo dominado por Occidente, este tipo de descubrimientos y afirmaciones se volverán más comunes, y algunos, tal vez muchos, estarán destinados a ganar una aceptación generalizada.

A principios de siglo, Nueva York era la capital mundial de facto. Nada ilustró esto más claramente que la reacción global al 11 de septiembre. Si las mucho más espléndidas Torres Gemelas de Kuala Lumpur hubieran corrido la misma suerte, el desastre habría

tenido la suerte de ocupar los titulares de todo el mundo durante doce horas, y mucho menos durante meses. La prominencia de Nueva York se debe en gran medida al hecho de que es la capital financiera del mundo, el hogar de Wall Street, así como un gran crisol y el centro original de la inmigración europea. Sin embargo, el estatus global de Nueva York es en gran medida un fenómeno posterior a 1945. En 1900, durante la primera ola de globalización, la capital del mundo era Londres. Y en 1500, podría decirse que Florencia era la ciudad más importante del mundo (aunque en esa época difícilmente podría haber sido descrita como la capital global). En el año 1000 quizás Kaifeng en China gozaba de un estatus similar, aunque desconocido para la mayor parte del mundo, mientras que en el año 1 dC probablemente era Roma de este siglo – Beijing habrá asumido el estatus de capital global de facto. Se enfrentará a la competencia de otras ciudades chinas como Shanghai, pero como capital de China, centro del Reino Medio y hogar de la Ciudad Prohibida, la candidatura de Beijing estará asegurada, suponiendo que China se convierta en la principal potencia mundial.

Pero no se trata simplemente de una cuestión de estatus de Beijing. Podemos suponer que la hegemonía china implicará al menos cuatro cambios geopolíticos fundamentales: primero, que Beijing surgirá como la capital global; segundo, que China se convierta en la principal potencia mundial; tercero, que Asia Oriental se convierta en la región más importante del mundo; y cuarto, que Asia asumirá el papel de continente más importante del mundo, proceso que también se verá reforzado por el ascenso de la India. Estos múltiples cambios equivaldrán, al menos en sentido figurado, a un desplazamiento del eje de la Tierra. El mundo se ha acostumbrado a mirar hacia Occidente, hacia Europa y, más recientemente, hacia los Estados Unidos: esa era está llegando a su fin. Puede que Londres todavía represente cero en lo que respecta a zonas horarias, un legado de su estatus alguna vez dominante en el mundo, pero la comunidad global ajustará cada vez más sus relojes a la hora de Beijing.

EL ASCENSO DE LA CIVILIZACIÓN-ESTADO

El mundo se ha acostumbrado a pensar en términos de Estado-nación. Es uno de los grandes legados de la era de dominación europea. Las naciones que aún no son Estados-nación aspiran a convertirse en uno. El Estado-nación goza de aceptación universal como unidad y agencia primaria del sistema internacional. Desde la Revolución de 1911, incluso China ha tratado de definirse a sí misma como un Estado-nación. Pero, como hemos visto, China es sólo últimamente, y todavía sólo parcialmente, un Estado-nación: en su mayor parte, es algo muy diferente: un Estado-civilización. Como argumentó Lucian Pye:

China no es simplemente otro Estado-nación más en la familia de naciones. China es una civilización que pretende ser un estado. La historia de la China moderna podría describirse como el esfuerzo tanto de chinos como de extranjeros por meter una civilización en el marco arbitrario y restrictivo de un Estado moderno, una invención institucional que surgió de la fragmentación de la civilización occidental.

Es esta dimensión civilizatoria la que da a China su carácter especial y único. La mayoría de las principales características de China son anteriores a sus intentos de convertirse en un Estado-nación y son producto de su existencia como Estado-civilización: la importancia primordial de la unidad, el poder y el papel del Estado, su cualidad centrípeta, la noción de Gran China, la mentalidad del Reino Medio, la idea de

raza, la familia y el discurso familiar, incluso la medicina tradicional china. Hasta ahora, todo el tráfico político ha ido en una dirección: el deseo de chinos y occidentales por igual de ajustarse al modelo occidental establecido del sistema internacional, es decir, el Estado-nación. Esta idea ha desempeñado un papel fundamental en los intentos de China de modernizarse durante los últimos 150 años desde una posición asediada de atraso. Pero, ¿qué sucede cuando China ya no siente que su relación con Occidente debe ser unidireccional, cuando comienza a creer en sí misma y en su historia y cultura con un nuevo sentido de confianza, no como un gran tesoro escondido, sino como una relación directa y operativa? relevancia para el presente? Ese proceso está en marcha¹⁸ y sólo puede fortalecerse con el tiempo. Esto conducirá inexorablemente a un cambio en los términos de la relación de China con el sistema internacional: de hecho, China se considerará cada vez más a sí misma, y será tratada por otros, como un Estado-civilización y también como un Estado-nación. Como vimos en el capítulo 9, esto ya ha comenzado a suceder en Asia oriental y, a su debido tiempo, es probable que tenga ramificaciones globales más amplias. En lugar de que el mundo piense exclusivamente en términos de Estados-nación, como ha sido el caso desde el fin del colonialismo, el léxico de las relaciones internacionales se volverá más diverso, exigiendo que se deje espacio para conceptos en competencia, diferentes historias y diferentes tamaños.

EL REGRESO DEL SISTEMA TRIBUTARIO

El sistema westfaliano ha dominado las relaciones internacionales desde el surgimiento del Estado-nación europeo moderno. Se ha convertido en lo universal. Sin embargo, como hemos visto, el sistema westfaliano se ha metamorfoseado con el tiempo y ha disfrutado de varias iteraciones diferentes. Aun así, sigue siendo lo que era: un concepto esencialmente derivado de Europa diseñado para hacer que el mundo se ajuste a sus imperativos y modalidades. Como consecuencia de ello, diferentes partes del mundo se aproximan en distintos grados a la norma westfaliana. Podría decirse que esta congruencia ha sido menos cierta en Asia Oriental, donde el legado del sistema estatal tributario y la presencia de China significan que el sistema westfaliano existe en combinación con estructuras y actitudes preexistentes y por encima de ellas. La especificidad de la realidad de Asia Oriental queda ilustrada por el hecho de que la mayoría de las predicciones occidentales sobre el probable rumbo de las relaciones interestatales en la región desde el fin de la Guerra Fría y el ascenso de China no se han confirmado: es decir, que habría creciente inestabilidad, tensión e incluso guerra y que el ascenso de China persuadiría a otras naciones a equilibrarse y protegerse contra ello. En realidad, ninguna de las dos cosas ha sucedido. Ha habido menos guerras desde 1989 que durante la Guerra Fría, y hay poca evidencia de que los países busquen equilibrarse contra China: por el contrario, la mayoría de los países parecerían estar intentando acercarse a China. Esto sugiere que El modus operandi de Asia Oriental es bastante diferente al de otros lugares y contrasta con las expectativas occidentales formadas sobre la base de su propia historia y experiencia. Una característica fundamental del sistema de Estados tributarios fue la enorme desigualdad entre China y todas las demás naciones en su órbita, y esta desigualdad era intrínseca a la estabilidad que caracterizó al sistema durante tanto tiempo. Bien puede ser que el nuevo orden de Asia Oriental, que ahora se está configurando en torno a una China cada vez más dominante, resulte igualmente estable: en otras palabras, como ocurre con el sistema tributario, la desigualdad

desmesurada engendra una estabilidad subyacente, que es lo opuesto a la experiencia europea. En Asia, donde Estados-nación aproximadamente iguales estuvieron casi constantemente en guerra entre sí durante muchos siglos hasta 1945, cuando, al salir exhaustos de la guerra, descubrieron que el mundo ya no era eurocéntrico.

La idea de que Asia Oriental en el futuro le deberá tanto al sistema tributario como al sistema de Westfalia influirá inevitablemente en cómo China ve el sistema internacional en general. Además, si Asia Oriental, como región más importante del mundo, opera según criterios diferentes a los de otras partes del sistema global, entonces esto está destinado a influir en el comportamiento y las normas en otras partes. En otras palabras, el sistema de Estado tributario no sólo dará forma a la perspectiva de China sino que, en el contexto de su hegemonía global, también servirá para influir en el sistema internacional de manera más amplia. Como sugiere el escritor David Kang, las modalidades de Asia Oriental en términos de relaciones interestatales, desde que fueron ignoradas o marginadas hasta el final de la Guerra Fría, asumirán cada vez más el papel de uno de los principales modelos del mundo.

Dos características clave del sistema tributario fueron el tamaño abrumador de China en comparación con sus vecinos y la aceptación mutua y la aquiescencia de la superioridad china. En la era de la globalización, estas características, ciertamente las primeras, podrían transferirse a un ámbito más amplio. El tamaño económico relativo y el poder de China serán tales que es probable que se encuentre en relaciones de profunda desigualdad con muchos países fuera y dentro de Asia Oriental; como resultado, es probable que se encuentren muy dependientes de China. El ejemplo más evidente de esto es África y en menor medida varios países latinoamericanos como Perú y Bolivia; en otras palabras, países en desarrollo que son predominantemente productores de materias primas. A medida que el apetito voraz de China por materias primas crece rápidamente, es probable que más y más países de este tipo entren en su órbita. Incluso se ha debatido que China podría arrendar, o incluso comprar, tierras agrícolas en el extranjero en América Latina y Australia para aumentar su suministro de alimentos.²³ Hay una tendencia comprensible a ver la relación emergente de China con estos países en los mismos términos que aquellas de Occidente, pasado y presente. Sin embargo, esto equivale a subestimar la diferencia entre China y Occidente y, por tanto, la novedad de la situación. Dada la enorme disparidad de tamaño, en lugar de verla en términos básicamente coloniales o neocoloniales, tal vez sería más apropiado pensar en esta relación en términos neotributarios. Es más difícil juzgar hasta qué punto la otra característica del sistema tributario –la aceptación de la superioridad cultural de China– también podría convertirse en un factor, aunque, a la luz de la mentalidad china, ciertamente habrá elementos poderosos de esta situación. Sin embargo, es importante situar estos puntos en un contexto más amplio. El ascenso de China irá acompañado del de otros importantes países en desarrollo, como India y Brasil, y es probable que estos actúen en cierta medida como una limitación al poder y el comportamiento de China.

En el apogeo del Imperio Británico en 1913, Gran Bretaña representaba sólo el 2,5 por ciento de la población mundial, mientras que Europa Occidental representaba el 14,6 por ciento. En 2001, la participación de Europa Occidental había caído al 6,4 por ciento. En 2001, cuando Estados Unidos era la única superpotencia del mundo, representaba apenas el 4,6 por ciento de la población mundial. La proporción correspondiente a Occidente en su conjunto –incluida Europa del Este y países como Australia, pero excluida la antigua URSS– fue del 13,9 por ciento en 2001. China, en cambio, representaba el 20,7 por

ciento de la población mundial en 2001.²⁴ Más cualesquiera que sean los puntos comunes obvios (históricos, culturales y étnicos) que sirven para vincular y cohesionar al mundo occidental, esto es muy diferente de la unidad y cohesión que disfruta China como nación única. La verdadera comparación es el 20,7 por ciento de China frente al 4,6 por ciento de Estados Unidos. En otras palabras, China, como país líder del mundo, disfrutará de un peso demográfico cualitativamente diferente al de cualquier potencia hegemónica anterior en la era moderna.

La base de la democracia es que los números cuentan. Hasta ahora esta proposición se ha limitado a las fronteras de cada Estado-nación individual. Nunca ha encontrado ninguna forma de expresión a nivel supranacional, y mucho menos global, con la posible excepción de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que, como era de esperar, prácticamente no goza de poder. Instituciones como el FMI y el Banco Mundial nunca han buscado ser democráticas, sino que reflejan la influencia económica y política de los países que las fundaron, de ahí el predominio de Estados Unidos y, en menor medida, de Europa, mientras que Estados Unidos disfruta de hecho del poder veto. El orden mundial occidental –en su lenguaje posterior a 1945– ha otorgado gran importancia a la democracia dentro de los Estados-nación, mientras que no ha concedido ninguna importancia a la democracia a nivel global. Como orden global, ha sido antidemocrático y altamente autoritario. Es muy poco probable que el surgimiento de China como nación globalmente dominante marque el comienzo de un nuevo tipo de gobernanza global democrática, pero el ascenso de naciones en desarrollo como India, Brasil y Rusia, junto con China, debería anunciar, de manera aproximada y rápida, manera, una economía global más democrática. Se reducirá significativamente el enorme desajuste entre la riqueza nacional, por un lado, y el tamaño de la población, por el otro, que ha caracterizado a los dos últimos siglos. Para el mundo en desarrollo, incluidos los países más poblados, la pobreza ha significado marginación o exclusión efectiva de la toma de decisiones globales; el poder económico, por el contrario, es un pasaporte hacia la emancipación global. O, para decirlo de otra manera, un régimen económico global basado en los BRICS (es decir, Brasil, Rusia, India y China), junto con otros países en desarrollo, será intrínsecamente más democrático que el régimen occidental que prevaleció anteriormente. Además, el hecho de que China, como líder, sea tan numerosa introducirá en sí mismo un elemento más democrático, aunque en el sentido más crudo, a la política global. Después de todo, una quinta parte del mundo es bastante más representativa que el 4,6 por ciento de Estados Unidos.

Que China, como potencia global, sea tan numerosa tendrá muchas consecuencias. China ejercerá una atracción gravitacional y también tendrá un impacto centrífugo sobre el resto del mundo. Habrá muchos aspectos de este fenómeno de tira y afloja. El tamaño del mercado chino significa que, con el tiempo, inevitablemente se convertirá, con diferencia, en el más grande del mundo. Como resultado, también asumirá el papel de criterio de facto para la mayoría de las normas y regulaciones globales. El tamaño de su mercado interno también tendrá como consecuencia que las empresas chinas serán las más grandes del mundo, al igual que las bolsas de valores chinas. En la década de 1950, los europeos quedaron asombrados por la escala de todo lo americano; en el futuro, estos quedarán eclipsados por la magnitud de todo lo relacionado con China. Incluso la posición de Las Vegas como capital mundial del juego está amenazada, con los ingresos del juego de Macao a punto de superar a los del primero en 2007. Un ejemplo del impacto centrífugo de China lo ofrece la migración china. China será un exportador neto de personas, como lo fue Europa hasta mediados del siglo XX, pero a diferencia de

Estados Unidos, que sigue siendo un importador neto. Una pequeña idea de lo que esto podría significar la proporciona la rápida migración de cientos de miles de personas. Los chinos a África en los primeros años del siglo XXI. Si la relación económica entre China y África continúa desarrollándose en la misma línea en el futuro, los colonos chinos en el África subsahariana podrían llegar a representar una minoría significativa de su población. No es inconcebible que un gran número de chinos eventualmente emigren a Japón para compensar la caída de su población, aunque esto requeriría un cambio radical en la actitud de Japón hacia la inmigración. Se estima que la minoría china allí, legal e ilegal, asciende actualmente a 400.000. Los chinos ya son una minoría en rápido crecimiento en Rusia, especialmente en el Lejano Oriente ruso. Entonces, en comparación con los estadounidenses, aunque no necesariamente con los europeos antes que ellos, los chinos serán mucho más omnipresentes en el mundo.

Otro ejemplo lo ofrece el turismo. La Organización Mundial del Turismo de las Naciones Unidas predice, de forma bastante conservadora, que habrá 100 millones de turistas chinos que saldrán del país en 2019 (en comparación con casi 28 millones en 2004), y un total mundial estimado de 1.600 millones en 2020. El Consejo ha pronosticado que para 2018 el valor del turismo chino será casi tan grande como el de Estados Unidos. El impacto será mayor en Asia Oriental, especialmente en el Sudeste Asiático, y en Australia, donde muchos destinos parecerán como si hubieran sido invadidos por turistas chinos, un fenómeno que hasta ahora ha sido casi exclusivamente occidental, pero que sucederá en una escala mucho mayor con los chinos. El idioma chino, de manera similar, asumirá importancia global simplemente porque tiene muchos hablantes nativos; Esto contrastará con períodos recientes de la historia cuando la URSS y más tarde Japón estaban en auge, pero que, en parte debido a sus poblaciones relativamente pequeñas, tuvieron poco impacto lingüístico, aparte de en Europa del Este en el caso de la Unión Soviética, fuera de sus propias fronteras. En términos de lenguaje, ya es posible vislumbrar el futuro a través de quienes utilizan Internet. Aunque la proporción de la población china que utiliza Internet es mucho menor que la de los Estados Unidos, en 2008 el número de usuarios chinos de Internet ya había superado al de los estadounidenses.

EL ORDEN RACIAL CHINO

Durante los dos últimos siglos los caucásicos han disfrutado de una posición privilegiada en la cima de la jerarquía racial mundial. Durante el período de los imperios coloniales europeos, su posición preeminente se explicaba frecuentemente en términos de teorías raciales diseñadas para mostrar la superioridad inherente de la raza blanca. Desde mediados del siglo XX, con la derrota del nazismo seguida de la liberación colonial, estas teorías explícitamente raciales han estado en retirada en la mayoría de las regiones del mundo y ahora sólo gozan de un atractivo minoritario en Occidente. Sin embargo, si bien estas teorías raciales ya no se consideran aceptables en su mayor parte, sigue existiendo una jerarquía racial global implícita y omnipresente, con los blancos invariablemente en la cima. Varios factores ayudaron a dar forma a esta jerarquía, incluidos los niveles de desarrollo, el color de la piel, las características físicas, la historia, la religión, la vestimenta, las costumbres y las creencias y prejuicios racistas centenarios. En todo el mundo, los blancos inspiran respeto y deferencia, a menudo

teñidos de miedo y resentimiento, una actitud que se deriva de una combinación de haber sido globalmente dominante durante tanto tiempo, enorme riqueza y poder, y logros genuinos. El ascenso de China para superar a Occidente, con el tiempo, resultará inevitablemente en un reordenamiento gradual de la jerarquía racial global.

Aunque poseían una creencia interna de que eran superiores a todos los demás, el sentido de confianza chino se vio sacudido y en parte socavado por el siglo de humillación. Esto encontró expresión durante la década de 1980 en lo que Wang Xiaodong ha descrito como "racismo inverso", o un deseo de imitar y copiar a Occidente y denigrar las cosas chinas. Esa fase, sin embargo, está dando paso cada vez más a una creciente sensación de confianza en uno mismo y un retorno a actitudes anteriores. A la idea de que China debe aprender de Occidente se está sumando la de que Occidente necesita aprender de Oriente. El hecho de que el sentido de superioridad chino sobreviviera más de un siglo siendo enormemente superado por Occidente es testimonio de su naturaleza profundamente arraigada. A medida que China se convierta en un actor global importante, este sentimiento de superioridad será respaldado y reforzado por nuevos fundamentos, argumentos y evidencia. Además, el discurso racial chino, como vimos en el capítulo 8, difiere en aspectos importantes del de Europa, principalmente porque sus orígenes se encuentran en la existencia de China como un Estado-civilización más que como un Estado-nación.

En unas pocas áreas limitadas, como el fútbol, el atletismo y la música popular, el predominio global de los caucásicos se ha visto amenazado de manera significativa. Pero la ubicuidad del modelo blanco a seguir en tantas esferas (negocios, derecho, contabilidad, academia, moda, liderazgo político global) todavía prevalece abrumadoramente. Figuras como Barack Obama y Tiger Woods siguen siendo en gran medida la excepción, aunque la elección del primero como presidente estadounidense es muy significativa en este contexto. Nelson Mandela llegó a gozar de una enorme autoridad moral en todo el mundo, pero disfrutó de poco poder sustantivo. Con el ascenso de China, la dominación blanca se verá seriamente amenazada por primera vez en muchas, si no en la mayoría, de las áreas de actividad global.

No se debe subestimar la importancia generalizada de las actitudes raciales. Los estudiosos de las relaciones internacionales han descuidado o ignorado persistentemente su importancia como determinante importante del comportamiento nacional y las relaciones globales, prefiriendo concentrarse en el nacionalismo; sin embargo, como vimos en el capítulo 8, la raza y la etnicidad son fundamentales para la forma en que se construyen las naciones. Esto ha sido bien descrito por el experto chino en relaciones internacionales Zi Zhongyun en el caso de Estados Unidos. El hecho de que haya prácticamente no ha habido desafío o cuestionamiento de los prejuicios raciales ampliamente arraigados en China, que se los considera normativos más que anormales y que no existe una cultura antirracista, significa que seguirán ejerciendo una poderosa influencia sobre cómo China ve el mundo, cómo los chinos en todos los niveles de la sociedad consideran a los demás y cómo se comportará China como nación. Por supuesto, a medida que China se vuelve cada vez más abierta al mundo y se mezcla con él sobre una base completamente nueva después de siglos de permanecer relativamente cerrada, algunos de los viejos prejuicios seguramente se marchitarán y desaparecerán, pero la persistencia de este tipo de actitudes, arraigadas como lo son en una historia tan larga, permanecerán. Como potencia global dominante, es probable que China tenga una visión fuertemente jerárquica del mundo, basada en una combinación de actitudes raciales y culturales, y esto desempeñará un papel fundamental en la configuración de

cómo ve China a otras naciones y pueblos y su propia posición en la cima de la escala.

El concepto de Occidente está íntimamente ligado a la expansión europea y la migración de su población a partes remotas del mundo. Se trata de una cuestión descuidada, algo que en gran medida se da por sentado y se analiza poco. Fue la emigración europea la que condujo a la creación de Estados Unidos como una sociedad dominada por los blancos en la parte norte del continente americano, y lo mismo en el caso de Canadá. El término "América Latina" deriva de la colonización española y portuguesa de América del Sur y hasta el día de hoy encuentra expresión en el hecho de que la elite en estos países sigue siendo predominantemente blanca y descende en gran medida de las familias coloniales originales. De manera similar, los británicos La migración creó una Australia blanca –que, junto con Nueva Zelanda, formó de hecho un puesto de avanzada de Occidente en Asia y el Pacífico– basada en la supresión, aniquilación y posterior marginación de los pueblos aborígenes. Si no fuera por eso, Australia y Nueva Zelanda serían hoy países aborígenes y maoríes respectivamente, con nombres, idiomas y culturas completamente diferentes. Si la migración europea a Sudáfrica hubiera sido en una escala mucho mayor, entonces la gran población minoritaria blanca podría haber sido mayoría, haciendo así que el gobierno blanco fuera permanente. La diáspora europea o blanca ha tenido un enorme impacto en la naturaleza y la forma del mundo tal como lo conocemos.

A diferencia de la diáspora blanca, que fue producto del relativo poder y riqueza europeos, la diáspora china fue en gran medida una consecuencia del hambre y la pobreza en el país, combinadas con el uso de mano de obra china contratada por el Imperio Británico. A pesar de esto, la diáspora china en el sudeste asiático disfruta, en términos relativos, de un poder económico desproporcionado, mientras que las minorías étnicas chinas más o menos en todas partes han experimentado un éxito económico creciente en las últimas décadas. De ser trabajadores pero pobres, los chinos están ascendiendo constantemente en la escala de sus respectivos países de origen adoptivo, tanto en términos económicos como culturales. Ese proceso está siendo impulsado en parte por el creciente poder de China, que está contribuyendo a elevar la confianza en sí mismos, el prestigio y el estatus de los chinos de ultramar en todas partes. Los múltiples vínculos entre el continente y la diáspora china, en los términos de comercio y el mandarín, por ejemplo, previsiblemente están ayudando a mejorar la posición económica de los chinos de ultramar. En algunos países occidentales, especialmente en Australia y también en Milán, Italia, donde ha habido enfrentamientos entre la cada vez más próspera comunidad china y la policía local, ha habido evidencia de un fuerte resentimiento hacia los chinos locales.³⁶ El reciente éxito de los chinos, que tradicionalmente han sido considerados inferiores y empobrecidos, ha resultado desconcertante para sectores de la población milanesa. Pero a medida que China se vuelve cada vez más rica y poderosa, el mundo occidental tendrá que acostumbrarse a la idea de que un número cada vez mayor de chinos dentro y fuera del país serán más ricos y tendrán más éxito que ellos.

La otra cara de la moneda es la actitud de China hacia los chinos de ultramar. Como se mencionó anteriormente, una de las narrativas de la civilización china es la de la Gran China, una idea que abarca los "territorios perdidos" de Hong Kong, Macao y Taiwán, la diáspora global china y el continente. El Reino Medio siempre ha sido considerado como el centro del mundo chino, con Beijing en su corazón y la diáspora en sus extremos distantes. Todos los chinos han mantenido una visión esencialmente centrípeta

de su mundo. La forma en que la diáspora ha contribuido a la transformación económica de China es una indicación de un poderoso y continuo sentido de pertenencia. El ascenso de China mejorará aún más su atractivo y prestigio a los ojos de la diáspora y reforzará su sentido de chinoidad. El gobierno chino ha tratado, con considerable éxito, de alentar a eminentes académicos chinos en el extranjero a trabajar e incluso establecerse en China. Mientras tanto, como se analizó anteriormente, la migración china está aumentando, especialmente hacia África, lo que resulta en la creación de comunidades chinas en el extranjero, nuevas y ampliadas. Se estima que actualmente hay al menos medio millón de chinos viviendo en África, la mayoría de los cuales han llegado hace muy poco tiempo. Hay más de 7 millones de chinos viviendo en Indonesia, Malasia y Tailandia, más de 1 millón en Myanmar y Rusia, 1,3 millones en Perú, 3,3 millones en Estados Unidos, 700.000 en Australia y 400.000 en el Reino Unido; la cifra aproximada para la diáspora en su conjunto es de 40 millones, pero esta cifra bien puede ser una subestimación considerable.

¿Cómo se desarrollará esta relación entre China y la diáspora? ¿Considerará el continente en algún momento permitir la doble ciudadanía, algo que por el momento no hace? ¿Es concebible que en el futuro exista una Commonwealth china que abarque a los numerosos chinos de ultramar? O, para decirlo de otra manera, ¿qué formas podría adoptar una civilización-Estado china en un mundo moderno en el que es predominante? Tal como están las cosas, sin duda una mancomunidad sería inaceptable para otras naciones, pero en el caso de una China globalmente dominante, el equilibrio de poder se transformaría y lo que es políticamente posible se redefiniría. Por supuesto, el impacto de cualquier acontecimiento de este tipo se sentiría con mayor fuerza en el sudeste asiático, donde los chinos de ultramar son, en términos relativos, los más poderosos y los más numerosos.

Potencia económica

El poder económico chino apuntalará su hegemonía global. Con el paso de las décadas, a medida que la economía china se vuelve cada vez más rica y sofisticada, la naturaleza de ese poder ya no dependerá principalmente de la influencia demográfica del país. Es imposible predecir exactamente lo que esto podría significar en términos de alcance económico, pero, dado que China tiene una población aproximadamente cuatro veces mayor que la de Estados Unidos, uno podría evocar la idea de que la economía de China podría ser cuatro veces más grande, como el de EE.UU. A mediados de 2007, antes de la crisis crediticia, con precios de las acciones en rápido aumento en las bolsas de valores de Shanghai y Hong Kong, las empresas chinas representaban tres de las diez empresas más grandes del mundo por valor de mercado, y por A finales de octubre esa cifra había aumentado a cinco de cada diez. Citic Securities, la mayor correduría que cotiza en bolsa en China, sólo estaba detrás de Goldman Sachs, Morgan Stanley y Merrill Lynch en valor de mercado entre las firmas de valores, mientras que Air China era la mayor aerolínea del mundo por valor de mercado, habiendo superado a Singapore Airlines y Lufthansa.³⁸ Por supuesto Puede ocurrir, como ocurrió con el valor de las empresas japonesas en la burbuja de activos de finales de los años ochenta, que estas cifras resulten considerablemente infladas, pero aun así son probablemente una indicación aproximada de las probables tendencias a largo plazo.

El volumen potencial de inversión china en el extranjero, a medida que la cuenta de capital de China se abre constantemente y se liberaliza el movimiento de capital, es

enorme, especialmente teniendo en cuenta el nivel de ahorro de China. En 2007, China tenía 4.800 millones de dólares en ahorros de hogares y empresas, equivalente a alrededor del 160 por ciento de su PIB. Suponiendo que el ahorro crezca un 10 por ciento anual, China tendrá alrededor de 17.700 millones de dólares en ahorros para 2020, momento en el que China debería tener una cuenta de capital abierta. Si solo el 5 por ciento de los ahorros abandonan el país en 2020, eso equivaldría a 885 mil millones de dólares en inversiones en el exterior. Si las salidas alcanzan el 10 por ciento de los ahorros, se irían al extranjero 1.700 millones de dólares.³⁹ Para ofrecer algún tipo de perspectiva, en 2001 las exportaciones invisibles de Estados Unidos totalizaron 451.500 millones de dólares. En el momento de redactar este informe, la inversión china en el exterior se encuentra todavía, en términos históricos, en sus primeras etapas, pero está creciendo extremadamente rápidamente: la inversión neta en el exterior de China alcanzó los 21.160 millones de dólares en 2006, con una tasa de crecimiento promedio anual del 60 por ciento respecto de los anteriores cinco años. Un indicio de lo que podría deparar el futuro lo dieron las inversiones realizadas por los bancos chinos en instituciones financieras occidentales, que, a finales de 2007, se encontraron seriamente escasas de capital como resultado de la restricción crediticia que comenzó en agosto de 2007. A finales de 2007, las instituciones financieras chinas poseían el 20 por ciento del Standard Bank, el 9,9 por ciento de Morgan Stanley, el 10 por ciento de Blackstone y el 2,6 por ciento de Barclays. Sin embargo, esto resultó ser el punto culminante. Esto se debe a que el gobierno chino, cada vez más consciente de la profundidad de la crisis financiera estadounidense, aconsejó a sus bancos que desistieran de involucrarse en los paquetes de rescate para los asediados bancos estadounidenses y europeos.

Hay abundantes pruebas de que China está ascendiendo constantemente en la escala tecnológica y científica. En la actualidad sigue siendo una economía en gran medida imitativa más que innovadora, pero el volumen de investigación científica sería está aumentando rápidamente, al igual que el gasto en investigación y desarrollo. China ya es la quinta nación líder en términos de su participación en las principales publicaciones científicas del mundo y es particularmente fuerte en ciertas áreas clave como la nanotecnología.⁴² En 2006, según la OCDE, China superó a Japón para convertirse en el segundo mayor país de I+D del mundo. Después de Estados Unidos⁴³ Con 6,5 millones de estudiantes universitarios y 0,5 millones de posgrados que estudian ciencias, ingeniería y medicina, China ya tiene la fuerza laboral científica más grande del mundo.⁴⁴ En 2003 y 2005 llevó a cabo con éxito dos misiones espaciales tripuladas,⁴⁵ mientras que en 2007 logró destruir uno de sus propios satélites con un misil balístico, anunciando así su intención de competir con Estados Unidos por la supremacía militar en el espacio. A su debido tiempo, parece muy probable que China surja como una fuerza global importante en ciencia y tecnología.

Uno de los efectos económicos más fundamentales del ascenso de China será la transformación y remodelación del sistema financiero internacional. En 2007, por primera vez desde 1918, cuando el dólar comenzó a reemplazar a la libra como principal moneda del mundo, se encontró con un nuevo rival en la forma del euro. Después de 2002, el valor del dólar se vio socavado constantemente por los efectos de los déficits gemelos de Estados Unidos (es decir, el déficit de la balanza de pagos y el déficit del propio gobierno), combinados con el lento declive a largo plazo de la economía estadounidense, que se analiza en el capítulo 1. La caída del valor externo del dólar fue precipitada: frente al euro, a finales de 2007 se había depreciado un 40 por ciento desde su máximo alcanzado a finales de enero de 2002. Se recuperó significativamente a

finales de 2008, pero es probable que esto continúe. La crisis financiera desencadenada en septiembre de 2008 sugiere que Estados Unidos ya no es lo suficientemente fuerte económicamente para respaldar el actual sistema económico internacional y sostener el dólar como principal moneda de reserva del mundo. Además, la importancia de la caída del dólar no se limita al mundo financiero, sino que tiene ramificaciones mucho mayores para el lugar de Washington en el escenario internacional. Flynt Leverett, ex alto funcionario del Consejo de Seguridad Nacional durante la presidencia de George W. Bush, ha sostenido que: "Lo que se ha dicho sobre la caída del dólar está casi todo expresado en términos económicos. Pero la política monetaria es muy, muy poderosa y es parte de lo que ha hecho de Estados Unidos una potencia hegemónica durante tanto tiempo, como lo fue antes Gran Bretaña".⁴⁸ De manera similar, Kenneth Rogoff, ex economista jefe del Fondo Monetario Internacional, escribió: "Los estadounidenses encontrarán la hegemonía es mucho más cara si el dólar cae de su posición". Las consecuencias de una caída del dólar podrían ser múltiples: las naciones preferirán mantener una proporción cada vez mayor de sus reservas en monedas distintas al dólar; países que anteriormente fijaban sus monedas frente al dólar, incluida China, optarán por no hacerlo más; Estados Unidos descubrirá que las sanciones económicas contra países como Irán y Corea del Norte ya no suponen la misma amenaza porque el acceso a la financiación en dólares tiene menos importancia para ellos; los países ya no estarán tan dispuestos a mantener sus superávits comerciales en bonos del Tesoro estadounidense; Las bases militares estadounidenses en el extranjero serán notablemente más caras de financiar; y el público estadounidense puede estar menos preparado para aceptar los costos de costosos compromisos militares en el extranjero. Para decirlo de otra manera, a Estados Unidos le resultará más difícil y más caro ser la potencia hegemónica global. El mismo tipo de procesos acompañó la caída de la libra y la posición de Gran Bretaña como potencia imperial entre 1918 y 1967.

Mientras tanto, la caída del dólar coincidirá con la subida del renminbi. Hasta el momento, el papel del renminbi está fundamentalmente limitado por la ausencia de convertibilidad. Pero en los próximos cinco a diez años eso empezará a cambiar, y es probable que para 2020 el renminbi sea totalmente convertible, lo que permitirá comprarlo y venderlo como el dólar. Para entonces, si no antes, la mayor parte, si no la totalidad, del este de Asia, tal vez incluido Japón, será parte de un sistema monetario del renminbi. Dado que es probable que China sea el principal socio comercial de todas las naciones del este de Asia, será natural que el comercio se realice en renminbi, que el valor de sus monedas se fije frente a él y no frente al dólar, que es en gran medida el renminbi. Esto es así ahora y que se utilice el renminbi como moneda de reserva preferida. A medida que el dólar siga debilitándose con el declive relativo de la economía estadounidense y el surgimiento de países en desarrollo como China e India, irá perdiendo progresivamente su preeminencia global, para ser reemplazada por una canasta de monedas, cuyo poder inicialmente será compartido por el dólar y el euro, y tal vez el yen.⁵⁰ Cuando el renminbi sea totalmente convertible, es probable que se convierta en una de las tres principales monedas de reserva, junto con el dólar y el euro, y con el tiempo reemplace al dólar como moneda de cambio, la moneda más importante del mundo. Éste es un escenario probable dentro de los próximos cincuenta años, más probablemente entre veinte y treinta años.

Como analicé en el capítulo anterior, las actuales instituciones financieras internacionales bien podrían, con el tiempo, ser reemplazadas por otras nuevas. Por supuesto, es posible que el FMI y el Banco Mundial se transformen en algo muy

diferente y que, por ejemplo, China e India acaben usurpando el papel de Estados Unidos, pero puede ser más probable una nueva arquitectura institucional, según parece. - trabajar junto a un FMI y un Banco Mundial progresivamente marginados, en los que la influencia estadounidense sigue siendo predominante. Tanto el FMI como el Banco Mundial gozan de bastante menos poder e influencia que hace una década, y este proceso bien puede continuar.

El comportamiento de China como un gran poder

En su apogeo, las principales naciones europeas intentaron imponer sus diseños al resto del mundo. La expansión a través del colonialismo estaba en el corazón del proyecto europeo, unida a una mentalidad agresiva que surgía del hábito aparentemente perpetuo de Europa de guerras intraeuropeas. No es sorprendente que Estados Unidos heredara partes importantes de este legado, aunque sus circunstancias geopolíticas muy diferentes, instalados como estaba en su propio continente, también generaron una poderosa insularidad. Estados Unidos, que fue fundado sobre el celo misionero de los Padres Peregrinos y sus contemporáneos, y más tarde articulado en una constitución que encarnaba un credo evangelizador y universalista, poseía una creencia en su destino manifiesto y en que su destino espiritual propósito era iluminar al resto del mundo.⁵³ Esta historia de destino manifiesto (una ideología expansionista que data de los colonos originales), la destrucción de los amerindios y el deseo inquieto de expandirse hacia el oeste, nos ayuda a comprender el comportamiento de los Estados Unidos como superpotencia global. ¿Qué pasa entonces con China, cuyos orígenes e historia difícilmente podrían ser más diferentes?

Hay dos factores que deben considerarse. El primero, asociado con la llamada escuela realista de relaciones internacionales, pone énfasis en la importancia de los intereses y, por lo tanto, destaca cómo las grandes potencias tienden a comportarse de manera similar en las mismas circunstancias. "Potencias en ascenso", como sostiene Robert Kagan, "tienen en común un sentido cada vez mayor de intereses y derechos". En consecuencia, desde este punto de vista, China tenderá a comportarse como cualquier otra superpotencia global, incluido Estados Unidos. El segundo factor, por el contrario, enfatiza cómo las grandes potencias están moldeadas por sus propias historias y circunstancias y, por lo tanto, se comportan de distintas maneras. Como en el caso de Estados Unidos, estos dos elementos diferentes –uno convergente y otro divergente– se combinarán para moldear el comportamiento de China como superpotencia. La presión convergente es obviamente familiar, pero la tendencia divergente, producto del particularismo chino, es menos cognoscible y más esquiva.

El historiador William A. Callahan sostiene, en este contexto, que hay cuatro narrativas diferentes presentes dentro de la civilización china.⁵⁶ La primera es lo que él describe como *zhongguo*, o China como un estado territorial. La metáfora obvia de esto es la Gran Muralla –el deseo de mantener alejados a los bárbaros– y vinculada al sentimiento nativista, un tema constantemente recurrente en la historia china, como es evidente en la Rebelión de los Bóxers y el continuo resentimiento hacia las influencias extranjeras, en particular las estadounidenses y japonesas. . Esta visión apela a un sentido de lo chino defensivo e introspectivo. Podría describirse crudamente como el equivalente chino de la insularidad estadounidense. El segundo es *da zhongguo*, una metáfora de la conquista. Esto ha sido intrínseco a la dinámica expansiva del imperio chino, como vimos en el capítulo 8. En la narrativa de la conquista, la civilización china está constantemente

ampliando y anexando nuevos territorios, buscando conquistar, someter y civilizar a los bárbaros en sus fronteras. En el contexto contemporáneo, la narrativa de la conquista apunta primero a restaurar los "territorios perdidos" y luego busca revertir el "siglo de la humillación". Yan Xuetong, un destacado intelectual chino citado anteriormente, ve esto en términos relativamente benignos: "los chinos consideran su ascenso como una recuperación del estatus internacional perdido de China en lugar de obtener algo nuevo", los chinos consideran el ascenso de China como una restauración de la justicia más que como una obtención de ventajas sobre otros». Sin embargo, la narrativa de la conquista también se presta claramente a una interpretación mucho menos benigna y más expansionista e imperialista. La tercera narrativa es la de la *zhonghua*, o conversión. Esta corriente es tan fundamental como la de la conquista: la creencia en la superioridad inherente de la civilización china y el deseo de convertir a otros a sus costumbres. Para citar a Mencio, el discípulo de Confucio: "He oído hablar de chinos que convirtieron a bárbaros, pero no de que fueran convertidos por bárbaros". La cuestión clave aquí no es ni la conquista ni la recuperación, sino más bien definir y difundir las características de la civilización china. Como hemos visto, esto está implícitamente, a veces explícitamente, vinculado a la raza. La China cultural, como la describe Callahan, es un concepto abierto y expansivo, que se asemeja a la noción de poder blando pero que no se puede reducir a él. La cuarta y última narrativa es la de la diáspora china, de la noción de Gran China reflejada en el sentido continuo de identidad china encarnada en la diáspora. Cada una de estas narrativas está presente en las actitudes chinas contemporáneas y sirve como una influencia continua en ellas. Cuál de los tres primeros —que son los relevantes aquí— podría predominar en el futuro, o en cualquier momento dado, es una cuestión de conjetura.

Es importante tener en cuenta la diferencia histórica entre patrones de comportamiento occidentales y chinos. Los primeros han buscado durante mucho tiempo proyectar su poder en el extranjero, hacia partes remotas del mundo, comenzando por los portugueses, holandeses y españoles; los chinos, en cambio, no tienen otra tradición de expansión que el incrementalismo territorial de base continental. Los europeos, tal vez condicionados por la experiencia marítima del Mediterráneo, buscaban, desde finales del siglo XV, expandirse a través de los océanos. China, por el contrario, siempre se ha visto a sí misma como una potencia continental terrestre y nunca se ha considerado ni buscado convertirse en una potencia marítima con ambiciones en el extranjero. Los propósitos muy diferentes de los viajes de Zheng He, por un lado, y de los grandes exploradores europeos, por el otro, son un ejemplo de esto. Hasta el día de hoy, los chinos nunca han intentado proyectarse fuera de su propia masa terrestre. Incluso ahora, los chinos no han logrado desarrollar una armada de aguas azules. Esto no significa que los chinos no busquen en el futuro proyectar su poder en océanos y continentes distantes, pero no existe ninguna tradición al respecto. Es razonable suponer que China, como superpotencia, adquirirá a su debido tiempo esa capacidad pero, a diferencia de Occidente, hasta ahora no ha formado parte de la manera china de pensar y comportarse. Hay otro factor que puede reforzar esta reserva histórica. Aunque el "siglo de la humillación" se considera a menudo como una razón por la que China podría intentar obtener algún tipo de venganza histórica —podríamos recordar a Alemania y el Tratado de Versalles—, también podría actuar como un factor limitante. La experiencia de invasión y colonización parcial, el hecho de que China haya sufrido durante tanto tiempo a manos de las potencias occidentales y de Japón, probablemente aconsejan cautela: en otras palabras, el ejemplo alemán es enteramente inapropiado —incluso los plazos

implicados, que son de un orden completamente diferente. China será la primera gran potencia producto de la colonización, más colonizada que colonizadora. Como resultado, China puede actuar con considerable moderación durante mucho tiempo en el futuro, incluso cuando su propio poder sugiera lo contrario. La evidencia de esto se encuentra en el presente. Los chinos han hecho todo lo posible para actuar con circunspección y asegurar al mundo que no tienen intenciones agresivas, siendo la única excepción su actitud hacia Taiwán. Es cierto que durante el último medio siglo China ha estado involucrada en guerras con la Unión Soviética, la India y Vietnam, pero las dos primeras fueron disputas fronterizas. Esta relativa moderación toca otra dimensión de la mentalidad china, a saber, la voluntad de ser paciente, de operar según escalas de tiempo que son ajenas a la mente política occidental. Esto lo resumió elocuentemente la supuesta respuesta del ex primer ministro chino Zhou Enlai a la pregunta de Henry Kissinger en 1972 sobre las consecuencias de la Revolución Francesa: "Es demasiado pronto para decirlo". Este pensamiento es más característico de un Estado-civilización que de un Estado-nación.

Se ha argumentado que la doctrina militar china –derivada del antiguo estratega militar (que vivió c. 400-520 a.C., durante el período de los Estados Combatientes) Sun Zi y otros– concede mucha más importancia a tratar de debilitar y aislar al enemigo que a intentar debilitarlo, en realidad luchar contra él: que la fuerza, en efecto, debería ser un último recurso y que su uso real es un signo de debilidad más que de fuerza. Como escribió Sun Zi: "Toda batalla se gana o se pierde antes de librarse". Se trata ciertamente de una faceta muy importante de la cultura estratégica china,⁶⁰ pero sería engañoso, sostiene el experto en relaciones internacionales Alastair Iain Johnston, considerar esto, en lugar de la opinión contraria de que el conflicto es una característica constante de los asuntos humanos, como el elemento dominante en la historia china. Escribe: 'Mi análisis de los Siete clásicos militares [los siete textos militares más importantes de la antigua China, incluido El arte de la guerra de Sun Zi] muestra que estos dos paradigmas no pueden reclamar un estatus separado pero igual en el pensamiento estratégico tradicional chino. Más bien, el paradigma de Parabellum [que la guerra es esencial] es, en su mayor parte, una capacidad militar muy poderosa. En una encuesta realizada en 2003 entre más de 5.000 estudiantes procedentes de las universidades de élite de China (un indicador potencialmente significativo de las futuras actitudes chinas) – el 49,6 por ciento creía que China debería convertirse en el futuro en una potencia militar mundial, mientras que el 83 por ciento consideraba que el poder militar chino era inadecuado.

¿Qué conclusiones podríamos sacar? Quizás durante el próximo medio siglo, parece poco probable que China sea particularmente agresiva. La historia seguirá pesando mucho sobre cómo maneja su creciente poder, aconsejando cautela y moderación. Por otro lado, a medida que China tenga más confianza en sí misma, un sentido milenario de superioridad será cada vez más evidente en las actitudes chinas. Pero en lugar de ser imperialista en el sentido occidental tradicional –aunque esto, con el tiempo, se convertirá en una característica cada vez mayor a medida que adquiera los intereses e instintos de una superpotencia–, China se caracterizará por una visión fuertemente jerárquica del mundo, que encarna la creencia de que representa una forma de civilización superior a cualquier otra. Este último punto debe verse en el contexto del argumento del historiador Wang Gungwu de que, si bien el sistema tributario se basaba en principios jerárquicos, "más importante es el principio de superioridad"⁶⁴. Esta combinación de jerarquía y superioridad se manifestará en la actitud de China hacia Asia Oriental y también, sospechamos firmemente, también de manera variada hacia otros

continentes y países, en particular África. Wang Gungwu sugiere que incluso cuando China se vio obligada a abandonar el sistema tributario y adaptarse a las disciplinas del sistema westfaliano, en el que todos los estados disfrutaban de igualdad formal, China nunca creyó realmente que ese fuera el caso. "Esta duda explica en parte", argumenta Wang Gungwu, "el temor actual de que, cuando se les dé la oportunidad, los chinos deseen volver a su largamente sagrada tradición de tratar a los países extranjeros como todos iguales pero iguales e inferiores a China [mi cursiva]"

El tamaño de su población y la longevidad de su civilización significan que China siempre tendrá una actitud diferente a la de Europa o Estados Unidos hacia su lugar en el mundo. China siempre se ha constituido y se ha creído universal. Ése es el significado de la mentalidad del Reino Medio. En un sentido importante, China no aspira a gobernar el mundo porque ya se cree el centro del mundo, siendo éste su papel y posición natural. Y es probable que esta actitud se fortalezca a medida que China se convierta en una importante potencia mundial. En consecuencia, puede resultar menos abiertamente agresivo que Occidente, pero eso no significa que será menos asertivo o menos decidido a imponer su voluntad y dejar su huella. Sin embargo, podría hacerlo de otra manera, a través de su creencia profundamente arraigada en su propia superioridad inherente y en la jerarquía de relaciones que necesaria y naturalmente se derivan de ello.

Un Nuevo Polo Político

Aunque a Occidente le resulta difícil imaginar una alternativa seria y viable a sus propios acuerdos, creyendo que en última instancia todos los demás países, cualquiera que sea su historia o cultura, probablemente convergerán en el modelo occidental, China representa precisamente esa alternativa. Para comprender la naturaleza de la política china —y en qué se diferencia de Occidente— hay que ir más allá del actual régimen comunista y ver a China en un contexto de mucho más largo plazo. Sus características subyacentes, como se analiza en el capítulo 7, pueden resumirse de la siguiente manera: una preocupación primordial por la unidad como imperativo dominante de la política china; la enorme diversidad del país; un tamaño continental que significa que los ciclos de retroalimentación normales de un Estado-nación convencional generalmente no se aplican; una esfera política que nunca ha compartido el poder con otras instituciones como la Iglesia o las empresas; el Estado como apogeo de la sociedad, por encima y más allá de todas las demás instituciones; la ausencia de cualquier tradición de soberanía popular; y la centralidad de la persuasión moral y el ejemplo ético. Dado el peso de esta historia, es inconcebible que la política china llegue a parecerse a la de Occidente. Es posible, incluso probable, que a largo plazo China se vuelva cada vez más democrática, pero las formas de esa democracia llevarán inevitablemente la huella de su profundamente arraigada tradición confuciana. Es más, en lugar de ver el régimen comunista posterior a 1949 como una especie de aberración de la norma de la historia china, en muchos aspectos el régimen comunista (especialmente la era Deng y post-Deng, más que los años maoístas) miente dentro de la tradición nacional.

A medida que China emerja como una gran potencia global, presentará una cara política diferente a la de Occidente. Dado que el gobierno comunista ha presidido una transformación altamente exitosa del país, disfruta de un gran prestigio y apoyo internos, como se refleja en la confianza en sí mismos que muestran los chinos sobre sus perspectivas futuras. Como resultado, durante las próximas dos décadas —quizás bastante más— es probable que el Partido Comunista continúe en el poder. Considerando sus

logros, no sería sorprendente, además, que no disfrutara también de un resurgimiento y una importante mejora de su reputación global, un proceso que ya está en marcha.⁶⁶ En este contexto, deberíamos pensar en el régimen comunista de China como algo bastante diferente a la de la URSS: después de todo, ha tenido éxito donde la Unión Soviética fracasó. Desde Deng, también ha seguido una estrategia completamente diferente, alejándose del socialismo y acercándose al capitalismo, incluida una dosis significativa de neoliberalismo. No obstante, el legado socialista de China ha dejado una huella profunda y continua en la sociedad: la destrucción de la vieja élite feudal en la reforma agraria maoísta (en contraste con la India); un apego a la noción de una sociedad sin clases, aunque ahora esté en rápido retroceso; una fuerte creencia en el igualitarismo incluso entre la intelectualidad urbana; y el continuo atractivo de un vocabulario socialista, como en el reciente compromiso de Hu Jintao y Wen Jiabao de construir un "campo socialista".⁶⁷ Cualquiera que sea la suerte del régimen comunista, sin embargo, el principal impacto político de China en el mundo será su tradición confuciana, su falta de una democracia o tradición de estilo occidental, la centralidad del Estado y la relativa debilidad de cualquier sociedad civil que pueda desarrollarse. Incluso una China más democrática será profundamente diferente del modelo occidental.

En resumen, China actuará como un modelo alternativo a Occidente, encarnando un tipo muy diferente de tradición política: un país poscolonial en desarrollo, un régimen comunista, un arte de gobernar altamente sofisticado y un confucianismo autoritario en lugar de otra política democrática.

UN CONCURSO DE VALORES

El dominio de Occidente durante los últimos dos siglos ha servido para formular el debate sobre los valores abrumadoramente en términos de aquellos que son civilizados, sinónimo de valores occidentales, frente a aquellos que son atrasados o reaccionarios, lo que ha significado más o menos todos los valores occidentales, entre ellos los del mundo musulmán. En realidad, los valores y las culturas son mucho más complejos y matizados de lo que esto sugiere. Durante la Guerra Fría, el conflicto sobre valores se libró en términos altamente ideológicos entre el capitalismo y el socialismo. En la era de la modernidad controvertida, que dará forma a este siglo y mucho más allá, el debate sobre los valores tendrá sus raíces en la cultura más que en la ideología, ya que los valores subyacentes de una sociedad son principalmente el resultado de historias y culturas distintivas. Aunque superficialmente estos valores pueden parecer muy diferentes, de hecho, a menudo existen sorprendentes similitudes. Como ha señalado John Gray, no hay nada exclusivamente occidental en la tolerancia, por ejemplo: "Los otomanos practicaban la tolerancia religiosa en una época en la que nosotros no, al igual que el reino árabe medieval en España y el reino budista de Asoka". En India. Por tanto, la tolerancia podría describirse como un valor universal. No es particularmente liberal, y ni siquiera es particularmente moderno». Sin embargo, a menudo hay conflicto y tensión entre los diversos valores que los diferentes pueblos aprecian. En un mundo de valores múltiples y a menudo en competencia, será importante encontrar una manera de permitir que esos valores en conflicto coexistan. De hecho, ésta será una condición previa para que un mundo globalizado de modernidad cuestionada viva en un entorno relativamente pacífico y de manera armoniosa. Supondrá el mayor desafío de todos para Occidente porque este último se ha acostumbrado a considerar sus propios valores como la norma y a considerarse justificado imponerlos a otros países e insistir en que sean aceptados por

la comunidad internacional.

Hay dos sentidos en los que China será un protagonista importante en el debate sobre valores. En primer lugar, China se ha resistido firmemente a los argumentos occidentales que han buscado impugnar su reputación internacional en términos de derechos humanos, en particular su falta de democracia y la relativa ausencia de libertad de expresión. China logró en gran medida resistir los esfuerzos estadounidenses en los años noventa para condenarla en estos términos, principalmente porque logró movilizar el apoyo de muchos países en desarrollo. En oposición, China y sus partidarios argumentaron que lo que debería tener prioridad no eran los derechos políticos en el contexto interno sino los derechos económicos y sociales en el contexto internacional. La discusión giraba esencialmente en torno a las diferentes prioridades, intereses y experiencias de los países desarrollados, por un lado, y de los países en desarrollo, por el otro. A finales de los noventa, ese argumento empezó a pasar a un segundo plano a medida que la creciente influencia de China empezó a cambiar el equilibrio de poder y la naturaleza del debate. De hecho, en la primera década de este siglo, fueron Estados Unidos y no China quienes se encontraron a la defensiva en el debate sobre los valores debido a su conducta en Irak y su comportamiento en Guantánamo.

El segundo sentido en el que China será protagonista tiene menos carga política inmediata, pero a largo plazo es bastante más importante. Como hemos visto, el orden político chino tiene un fuerte componente ético arraigado en la tradición confuciana.⁶⁹ En la cultura china se hace una poderosa distinción entre el bien y el mal, como se refleja, por ejemplo, en el énfasis puesto en la educación de los niños en el hogar y en la escuela sobre su correcto comportamiento moral. El confucianismo es esencialmente un conjunto de preceptos que prescriben formas apropiadas de comportamiento y en ese sentido, aunque secular más que espiritual, no es diferente de los principales textos religiosos como la Biblia y el Corán. Estas enseñanzas confucianas sustentaron la conducta del Estado y la naturaleza del arte de gobernar chino durante el período dinástico y actualmente están experimentando una especie de renacimiento. La continua influencia de la cultura confuciana se refleja en el tono altamente moralista que el gobierno chino adopta con frecuencia en sus actitudes y pronunciamientos.⁷⁰ Las profundas diferencias en los valores de China (y otras sociedades basadas en el confucianismo como Japón y Corea) en contraste con aquellos de las sociedades occidentales – incluido un colectivismo basado en la comunidad en lugar de individualismo, una cultura mucho más orientada y arraigada en la familia, y mucho menos apego al estado de derecho y al uso de la ley para resolver conflictos, seguirán siendo omnipresentes y, con la creciente influencia de China, adquirirán una importancia global. .

Una de las consecuencias de que los chinos sean tan numerosos es que hay en el mundo el doble de personas que hablan mandarín como primera o segunda lengua que el inglés, y la gran mayoría de ellos vive en China. Sin embargo, con el ascenso de China, un número cada vez mayor de personas en todo el mundo están comenzando a adquirir el chino como segunda lengua. Desde 2006, este proceso ha sido promovido activamente por el gobierno chino con el establecimiento de Institutos Confucio en muchos países diferentes, a menudo vinculados a universidades locales. En 2007 había 156 institutos de este tipo en 55 países, con el objetivo de llegar a 200 para finales de ese año. Al estar bajo los auspicios del Ministerio de Educación, el objeto de los Institutos Confucio (que en términos generales siguen el modelo de la British Council, Alliance Française y

Goethe Institut) es principalmente la enseñanza de la lengua china, incluida la formación de profesores chinos, junto con la promoción de la cultura china. Se estima que 30 millones de personas en todo el mundo están aprendiendo chino y que 2.500 universidades en 100 países imparten cursos de chino. La difusión del mandarín es más sorprendente en el este de Asia. Está avanzando rápidamente en Hong Kong, donde el cantonés es el primer idioma, y entre las comunidades chinas de ultramar en el sudeste asiático. En Corea del Sur hay 160.000 estudiantes que estudian mandarín, un aumento del 66 por ciento en los últimos cinco años. En Corea del Sur y Tailandia, todas las escuelas primarias y secundarias ahora ofrecen mandarín, y el gobierno tailandés espera que un tercio de los estudiantes de secundaria dominen el mandarín para 2011. Uno de los mayores obstáculos es la escasez de profesores de mandarín, por eso, el Ministerio de Educación chino ha comenzado a enviar grupos de profesores de idiomas, parcialmente financiados por el ministerio, para períodos de uno y dos años en Camboya, Tailandia, Indonesia, Kenia, Argentina y muchos otros países. La atracción Por supuesto, la presencia del mandarín en el este de Asia es obvia: a medida que China se convierte en el centro de la economía del este de Asia, el mercado más importante para las exportaciones de los países de la región y también su principal fuente de inversión interna, la capacidad de hablar mandarín será de creciente importancia para el comercio, la diplomacia y el intercambio cultural.

Por el contrario, en Occidente se enseña poco mandarín, pero incluso aquí ha habido un brote de fiebre del mandarín, aunque en una forma mucho más leve. En una encuesta realizada en 2006 en escuelas secundarias de Estados Unidos, 2.400 dijeron que considerarían enseñar mandarín si los recursos estuvieran disponibles. Chicago, que se ha fijado el objetivo de convertirse en un centro de aprendizaje del chino, tenía una veintena de escuelas públicas que enseñaban mandarín a 3.500 alumnos en 2006.⁷⁴ Sin embargo, una encuesta realizada en 2004 reveló que sólo 203 escuelas secundarias estadounidenses y unas 160 escuelas primarias enseñaban mandarín. . En total, se cree que unos 50.000 escolares estadounidenses estudian mandarín en escuelas públicas y un número similar en escuelas privadas y especializadas, siendo la principal limitación la falta de profesores capacitados. El Reino Unido muestra un panorama similar, con sólo 2.233 alumnos matriculados en GCSE en 2000 y 3.726 en 2004. Cada vez más escuelas privadas están empezando a ofrecer el mandarín como opción, y hay planes en marcha para hacer lo mismo en el sistema estatal. El número de estudiantes en colegios y universidades del Reino Unido que toman mandarín como materia principal se duplicó entre 2002 y 2005, mientras que se han registrado aumentos similares en otros países europeos.⁷⁵ La relativa lentitud de la respuesta occidental habla, especialmente en los EE.UU. y el Reino Unido, a su permanente insularidad lingüística y a su incapacidad para comprender las implicaciones de amplio alcance del ascenso de China.

En la era de la globalización y de unos medios de comunicación cada vez más globalizados, el lenguaje es un componente importante del poder blando. El surgimiento del inglés como lengua franca global –el idioma elegido por el interlocutor– conlleva beneficios considerables para Estados Unidos en innumerables formas diferentes. Aún es demasiado pronto para decir cuál será el alcance del mandarín algún día, pero con el tiempo probablemente se unirá al inglés como lengua franca global y tal vez con el tiempo la supere. El ejemplo de Internet es interesante en este contexto. Bret Fauser, que dirige el blog de la ICANN (Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números), ha argumentado: 'Estamos en la cima del idioma inglés en Internet. A medida que en los próximos años se introduzcan nombres de dominio

internacionalizados, que permitan a los usuarios realizar toda su experiencia en línea en su lengua materna, el inglés dejará de ser el idioma central de Internet.

Predecir el futuro de una lengua está plagado de dificultades. Como escribe la autoridad lingüística David Crystal: "Si en la Edad Media se hubiera atrevido a predecir la muerte del latín como lengua de educación, la gente se habría atrevido a predecir la muerte del latín como lengua de educación" se reirían en tu cara, como lo harían, en el siglo XVIII, si hubieras sugerido que cualquier idioma distinto del francés podría ser una norma futura de la sociedad educada. El ascenso del inglés ha coincidido con, y ha sido un producto de, la dominancia global de los Estados Unidos. Del mismo modo, el declive de Estados Unidos afectará negativamente a la posición del inglés: el uso global de una lengua no existe en una especie de vacío, sino que está estrechamente alineado con el poder de un Estado-nación. La competencia naciente entre inglés y mandarín por el estatus de lengua franca global, una competencia que probablemente perdure durante este siglo y tal vez también en el próximo, es fascinante sobre todo porque, como lenguas y formas culturales, no podrían ser más diferentes: uno alfabético, el otro pictográfico; uno es el vehículo de una única lengua hablada, el otro (en su forma escrita) abarca muchas lenguas diferentes; Los ingleses crecieron gracias a la expansión y conquista de ultramar, y el mandarín, a través de un proceso gradual de ampliación territorial.

Una forma importante en la que Estados Unidos ha dejado su huella en el mundo ha sido a través de sus universidades. Posee las que generalmente se consideran las mejores universidades del mundo, que atraen a algunos de los mejores académicos y estudiantes de todo el mundo. En las mejores universidades estadounidenses, los investigadores pueden disfrutar de instalaciones y recursos insuperables, mientras que un título de una universidad como Harvard, Berkeley o el MIT conlleva más elogios que un título de cualquier otro lugar, con la posible excepción de Oxbridge. Las grandes universidades, por supuesto, requieren enormes riquezas y recursos nacionales, ya sean instituciones públicas o privadas. No sorprende, por tanto, que hasta ahora Occidente haya dominado las clasificaciones de las mejores universidades. En el ranking mundial de universidades del Times Higher Education de 2007, las universidades estadounidenses ocupaban seis de las diez primeras posiciones y las del Reino Unido cuatro. Entre los veinte primeros se encontraban dos universidades asiáticas: la Universidad de Tokio en el puesto 17 y la Universidad de Hong Kong en el 18. Había seis universidades chinas entre las 200 primeras, con la Universidad de Beijing en el puesto 36, la Universidad de Tsinghua en el 40, la Universidad de Fudan en el 85, la Universidad de Nanjing en el 125, la Universidad de Ciencia y Tecnología de China en el 155 y la Universidad Jiaotong de Shanghai en el 163. Había cinco Universidades chinas entre las 200 mejores en 2004. El Ranking Académico de Universidades del Mundo de la Universidad Jiaotong de Shanghai⁸⁰ y uno similar publicado por China Scientific Review Research Center confirma que las mejores universidades chinas están progresando en las clasificaciones mundiales. China también está emergiendo como un importante centro de educación empresarial de primer nivel, según una clasificación del Financial Times sobre Executive MBA, que muestra que cuatro de los veinte mejores programas tienen su sede allí (incluido Hong Kong).

Un número creciente de estudiantes extranjeros están tomando cursos en universidades chinas. Durante el año académico 2003, 628 estudiantes extranjeros buscaban títulos avanzados en universidades chinas, de los cuales alrededor del 80 por ciento eran de

otros países asiáticos. Corea del Sur representó con diferencia el mayor número, casi la mitad, pero otros vinieron de Japón, Vietnam, Tailandia, Indonesia, Nepal y otros lugares. Además, un gran número de estudiantes chinos estudian en el extranjero, especialmente en los Estados Unidos, pero también en el Reino Unido. El número de chinos que estudian en Estados Unidos ha sido de alrededor de 60.000 por año desde 2001, mientras que las matriculaciones de chinos en el Reino Unido aumentaron a más de 50.000 en 2003-2004.

Parece probable que las universidades chinas, durante las próximas dos décadas, asciendan constantemente en las clasificaciones mundiales hasta ocupar eventualmente posiciones entre las diez primeras. Para acelerar este proceso, el gobierno está haciendo intentos decididos para atraer a destacados académicos chinos en el extranjero para que ocupen puestos en universidades chinas. Universidades como Beijing, Tsinghua, Fudan y Renmin se convertirán, con el tiempo, en instituciones de reconocida importancia mundial que son cada vez más capaces de atraer a algunos de los mejores académicos de todo el mundo, chinos o no, mientras que la tendencia ya evidente de las universidades chinas a convertirse en un imán para los estudiantes del este de Asia crecerá a medida que comiencen a desempeñar un papel académico equivalente en la región al de la economía china.

Cuando un país está en ascenso, tiende a desarrollarse un círculo virtuoso de influencia en expansión. A medida que China se vuelve más poderosa, cada vez más personas quieren saber sobre ella, leer sobre ella, ver programas de televisión sobre ella e ir allí como turistas. A medida que China se enriquece y su pueblo disfruta de horizontes en expansión, la producción cultural del país aumentará exponencialmente. Los países pobres tienen pocos recursos para dedicar a galerías o centros artísticos; sólo puede sostener, en el mejor de los casos, una pequeña industria cinematográfica y un servicio de televisión algo prosaico; sólo puede permitirse instalaciones gastadas para el deporte; mientras que sus periódicos, incapaces de apoyar a un grupo de corresponsales extranjeros, dependen más bien de agencias occidentales o de artículos sindicados para la cobertura extranjera. Un informe de hace varios años, por ejemplo, mostró que sólo el 15 por ciento de los hombres chinos de edades comprendidas entre quince y treinta y cinco años participaban activamente en alguna actividad deportiva, en comparación con el 50 por ciento en Estados Unidos, mientras que en promedio el país tiene menos de un metro cuadrado de instalaciones deportivas por persona. A medida que China se vuelve cada vez más rica y poderosa, puede darse el lujo de elevar sus miras y considerar objetivos que antes eran inalcanzables, como organizar los Juegos Olímpicos, producir películas multinacionales de gran éxito o promover la Monjes Shaolin para recorrer el mundo con su espectáculo de kung fu, o construir un sistema de metro de última generación en Beijing, o encargar a los mejores arquitectos del mundo el diseño de nuevos edificios magníficos. La riqueza y la fortaleza económica son condiciones previas para el ejercicio del poder blando y la influencia cultural. Hollywood ha dominado la industria cinematográfica mundial durante más de medio siglo, marginando constantemente a otros cines nacionales en el proceso. Pero ahora hay dos serios rivales en el horizonte. Como sostiene Michael Curtin:

Los cambios recientes en el comercio, la industria, la política y las tecnologías de los medios han impulsado la rápida expansión y transformación de las industrias de los

medios en Asia, de modo que India y los centros chinos de producción cinematográfica y televisiva se han convertido cada vez más en importantes competidores de Hollywood en el tamaño y el entusiasmo de sus audiencias, si bien no todavía en los ingresos brutos. Los ejecutivos de los medios pueden, por primera vez, comenzar a contemplar la perspectiva de una audiencia china global que incluya más cinéfilos y más hogares con televisión que Estados Unidos y Europa juntos.

Durante la última década, directores de cine continentales como Zhang Yimou y Chen Kaige se han unido al taiwanés Ang Lee para hacerse cada vez más conocidos en Occidente, al igual que estrellas de cine chinas como Gong Li, Jet Li, Zhang Ziyi y Jackie Chan de Hong Kong. En los últimos años ha habido una serie de películas chinas de gran presupuesto y éxitos de taquilla, a menudo realizadas con dinero de China, Hong Kong y Estados Unidos, que han sido enormes éxitos de taquilla tanto en China como en Occidente. Ejemplos obvios son *Hero*, *Crouching Tiger, Hidden Dragon*, *House of Flying Daggers*, *The Forbidden Kingdom* y *Curse of the Golden Flower*, que juntas marcan un cambio importante con respecto a las películas de autor y bajo presupuesto por las que China era conocida anteriormente. Las películas de gran éxito son generalmente dramas históricos ambientados en una de las primeras dinastías, que se basan en la rica historia de China y están salpicados de secuencias dramáticas de artes marciales.⁸⁷ No es sorprendente que las tramas y los enfoques de las películas de Hollywood y China difieran considerablemente, reflejando sus culturas distintivas. Si bien Hollywood enfatiza el final feliz, esto nunca es una preocupación importante para las películas chinas; la acción ocupa un lugar destacado en Hollywood, las artes marciales para los chinos; el realismo cinematográfico importa para Estados Unidos, el realismo social para el público chino. A largo plazo, es probable que la industria cinematográfica china desafíe la hegemonía global de Hollywood y encarne un conjunto distintivo de valores. También parece probable que, al igual que la adquisición de Columbia por parte de Sony, las empresas chinas adquieran con el tiempo estudios de Hollywood, aunque esto probablemente tendrá poco efecto en su producción de películas al estilo de Hollywood.⁸⁸ Vale la pena señalar en este contexto la extraordinaria influencia que ya disfrutaban las artes marciales en Occidente. Hace cincuenta años, la imaginación pugilística de los niños occidentales estaba abrumadoramente dominada por el boxeo y, en mucha menor medida, por la lucha libre. Ese panorama ha cambiado completamente desde los años 1970. Las tradiciones pugilísticas occidentales han sido reemplazadas por las del este de Asia, y en particular de China, Japón y Corea, en forma de tae kwon do, judo y kung fu, mientras que entre las personas mayores el tai chi también ha crecido en influencia. La popularidad a largo plazo de las artes marciales es un ejemplo sorprendente de cómo en los patios de recreo y en los gimnasios ciertas tradiciones y prácticas del este asiático ya han suplantado a las occidentales.

El ascenso económico de China y de las comunidades chinas en todo el mundo está cambiando la cara del mercado del arte chino. Los compradores chinos son ahora tan numerosos como los occidentales en el creciente número de subastas de arte chino de Nueva York y Londres, un género que, hasta hace unos años, estaba en gran medida descuidado por el mercado internacional del arte. En 2006, Sotheby's y Christie's, las casas de subastas más grandes del mundo, vendieron arte asiático contemporáneo por valor de 190 millones de dólares, en su mayor parte chino, en una serie de subastas sin precedentes en Nueva York, Londres y Hong Kong. A finales de ese año, una pintura del artista contemporáneo Liu Xiaodong fue vendida a un empresario chino por 2,7 millones

de dólares en una subasta de Beijing, el precio más alto jamás pagado por una obra de un artista chino. Con unas ventas en subasta de 23,6 millones de dólares en 2006, Zhang Xiaogang ocupaba el segundo lugar, por muy poco detrás de Jean-Michel Basquiat, en el ranking ArtPrice de los 100 artistas más vendidos del mundo: en total había veinticuatro artistas chinos en la lista, frente a apenas hace cinco años. Estos cambios reflejan la creciente influencia global del arte y los artistas chinos.

China, sin embargo, todavía está muy por detrás de Occidente en lo que respecta a los medios internacionales. Recientemente, el gobierno chino ha intentado ampliar su alcance internacional, mejorando Xinhua, la agencia estatal de noticias, creando nuevas ediciones en el extranjero del People's Daily y una edición en inglés del Global Times, profesionalizando la transmisión internacional de CCTV y permitiendo a los suscriptores de satélites en Asia para recibir un paquete de canales chinos. En comparación con las audiencias internacionales logradas por los medios occidentales como CNN y la BBC, los medios chinos apenas han comenzado a arañar la superficie, pero el éxito de Al-Jazeera sugiere que montar un desafío serio para los medios occidentales no es tan difícil como antes parecía. Durante la próxima década, podemos esperar un gran intento por parte de las autoridades chinas de transformar el alcance de sus medios internacionales, empleando una combinación de nuevos canales de televisión internacionales, tal vez una edición internacional del People's Daily y nuevos sitios web. Por ejemplo, no se debe subestimar el potencial del CCTV. Ya llega a 30 millones de chinos de ultramar, mientras que su transmisión de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Beijing tuvo una audiencia nacional promedio de 500 millones de personas, llegando a 842 millones en su punto máximo. Se esperaba que sus ingresos en 2008 superaran los 2.500 millones de dólares, en comparación con alrededor de 1.000 millones de dólares en 2002.

Con este tipo de base interna, su potencial internacional, a medida que China se extienda al mundo, y viceversa, podría ser enorme.

Los Juegos Olímpicos

El deporte no es una actividad en la que China haya sobresalido tradicionalmente, pero en los últimos veinte años los atletas chinos han tenido cada vez más éxito. El gobierno ha invertido grandes sumas de dinero en instalaciones deportivas para tratar de elevar el nivel de logros de China, con especial énfasis en aquellas disciplinas representadas en los Juegos Olímpicos, donde el éxito ha sido visto como uno de los símbolos necesarios de una gran potencia. Aunque China sólo ha estado compitiendo en la era moderna desde los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984, la inversión fue recompensada en los Juegos Olímpicos de Atenas en 2004, cuando China ganó treinta y dos medallas de oro, detrás de Estados Unidos pero por delante de Rusia. China solicitó por primera vez celebrar los Juegos Olímpicos en 1993, pero recién en 2001 su candidatura tuvo éxito. Los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 fueron la primera ocasión en que China organizó un gran evento deportivo mundial y quedó claro durante los preparativos que el gobierno chino los vio como una oportunidad para demostrar al mundo lo que China había logrado desde 1978 eran enormes y fastuosos, sin escatimar en gastos. Se construyeron magníficos estadios nuevos, se diseñaron nuevos parques y se construyeron muchas carreteras y líneas de metro nuevas— y los Juegos costaron, incluidos los numerosos proyectos de infraestructura, un estimado de 43 mil millones de dólares. La pieza central

fue el Nido de Pájaro, que rápidamente se ha convertido en uno de los monumentos emblemáticos del mundo: una obra, a pesar de su escala, de belleza, complejidad e intimidad. Fue diseñado por los arquitectos suizos Herzog & de Meuron en colaboración con el artista chino Ai Wei-wei, y contiene muchos motivos tradicionales chinos.⁹³ Las autoridades chinas hicieron todo lo posible para tratar de abordar la contaminación que envuelve a Beijing el la mayoría de los días de verano, incluida la prohibición de alrededor de 2 millones de automóviles por día en sus calles, una medida que resultó relativamente efectiva y que se continuó posteriormente.

En general, se consideró que los Juegos en sí habían sido un tour de force. Estuvieron muy bien organizados y corrieron perfectamente a tiempo, los atletas estuvieron bien atendidos y no hubo percances graves. Los chinos encabezaron el medallero por primera vez, con cincuenta y una medallas de oro en comparación con las treinta y seis de Estados Unidos, aunque el total de medallas de este último superó la de China por diez. Podría decirse que el evento más impresionante fue la ceremonia de apertura, que fue dirigida por el director de cine chino Zhang Yimou. El elaborado espectáculo incluyó a 15.000 artistas y una producción de tres partes centrada principalmente en la historia de China; estaba impregnado de muchos elementos típicos chinos, incluida la coreografía de bailarines en un rollo de caligrafía gigante y las filas apretadas de 2.008 tamborileros en un instrumento de percusión tradicional chino, el fou. Fue una declaración demostrablemente segura, segura y muy accesible al mundo sobre la historia y la cultura chinas.⁹⁵ Después de los Juegos, hubo acuerdo general en que China había elevado el listón olímpico a un nuevo nivel que sería casi imposible para que otros igualen, y mucho menos superen; Cuando el testigo pasó a Londres, sede de los Juegos de 2012, hubo cierta inquietud en el Reino Unido sobre cómo podría organizar unos Juegos Olímpicos que no palidieran en comparación. A pesar de que China es un país pobre y Gran Bretaña rico, las autoridades del Reino Unido dejaron claro desde el principio que los Juegos de 2012 serán un asunto mucho más modesto.

Aparte de los eventos olímpicos, las jugadoras chinas han logrado tener un leve impacto en el circuito de tenis: seis figuraron entre las 120 mejores mujeres en 2007 y Zheng Jie alcanzó la semifinal femenina de Wimbledon en 2008. El éxito más dramático hasta ahora ha sido el surgimiento del chino Yao Ming como uno de los mejores jugadores de baloncesto de la NBA de Estados Unidos y una gran estrella en China. Al igual que los principales clubes de fútbol europeos, la NBA considera que China ofrece un importante nuevo mercado para su deporte.⁹⁶ El gobierno chino —a diferencia de Japón o India— considera que el éxito deportivo es importante para el estatus y el prestigio del país y, en consecuencia, en los próximos años. Es probable que China se convierta en un actor importante en una variedad de deportes destacados.

ALIMENTOS Y MEDICINA

Hay dos formas en las que China ya disfruta de una importante influencia cultural global: la comida y, en bastante menor medida, la medicina tradicional china. La difusión global de la cocina china se ha producido durante muchas décadas, como consecuencia de la migración china, hasta el punto de que ahora es muy familiar en la mayor parte del mundo. Incluso si la gente sabe poco sobre China, a menudo están familiarizados con uno o dos platos chinos y están familiarizados con los palillos incluso si no pueden usarlos. Curiosamente, la influencia global de la comida china no proviene del ascenso de China sino de lo contrario: su pobreza anterior y el deseo de los chinos

pobres de buscar una vida mejor en otro lugar. Por lo general, los inmigrantes buscaban establecer un restaurante chino en su tierra adoptiva o, más probablemente, conseguir un trabajo en uno como trampolín para luego ser propietarios de su propio restaurante. La difusión de la medicina tradicional china fuera del continente ha sido en gran medida resultado del mismo proceso: los chinos de ultramar se llevaron consigo las tradiciones de la medicina china y las introdujeron lentamente a la población de acogida. Tanto la comida como la medicina chinas son productos de la larga y rica historia de China y de su ascendencia como estado-civilización. De hecho, es interesante reflexionar que lo que la mayor parte del mundo sabe sobre China es a través de estos dos legados esencialmente civilizatorios. Aunque su difusión es mucho anterior al ascenso de China, la creciente influencia del país sólo puede acelerar este proceso. Durante más de dos siglos, las cocinas chinas familiares para los extranjeros han sido aquellas asociadas con las regiones de donde provienen predominantemente los inmigrantes chinos, en particular las provincias de Guangdong y Fujian; pero el conocimiento y la disponibilidad de otras cocinas se están extendiendo rápidamente. La riqueza y diversidad de la cocina china significa que es altamente flexible, capaz de satisfacer muchos gustos y necesidades diferentes, desde comida para llevar barata en un extremo hasta banquetes lujosos y exclusivos en un extremo. Hasta hace poco se ha asociado principalmente con lo primero, pero en los últimos años eso ha cambiado. La creciente popularidad de la comida china está estrechamente vinculada a la expansión de la comida en restaurantes en Occidente durante la posguerra, un fenómeno occidental relativamente nuevo pero uno que se remonta a más de un milenio en China.

También es probable que continúe expandiéndose el alcance global de la medicina tradicional china. Cada hospital chino tiene un departamento dedicado a la medicina china, con médicos frecuentemente calificados tanto en medicina occidental como en medicina china. Cuando se recetan medicamentos de estilo occidental, a menudo se combinan con tratamientos tradicionales chinos (que fue mi propia experiencia en un hospital de Beijing).¹⁰² La principal limitación al desarrollo de la medicina china en Occidente ha sido que no es sujeta al mismo tipo de regulación que la medicina occidental (aunque los ensayos clínicos son bastante comunes en China).¹⁰³ Los medicamentos occidentales han logrado algunos avances en China, pero las medicinas tradicionales chinas siguen siendo preferidas por la mayoría de la gente, incluida la clase media acomodada y los sectores más educados, porque tienen miles de años de experiencia a sus espaldas, son más baratos y además carecen de efectos secundarios tóxicos. Se acepta que los medicamentos occidentales son superiores para enfermedades como el cáncer, pero incluso cuando se usan, la gente generalmente regresa a la medicina china posteriormente. El contraste entre la medicina china y occidental resume elocuentemente la diferencia entre la sabiduría de la civilización y el conocimiento científico. La medicina china, al igual que las cocinas del mundo, es producto de miles de años de prueba y error, de la experiencia cotidiana y el ingenio de cientos de millones de personas y su interacción con su entorno vegetal; La medicina occidental es un producto riguroso del método científico y de la invención y refinamiento de sustancias químicas. Con la excepción de los fundamentalistas del método científico que creen que disfrutan del monopolio del conocimiento verdadero, existe una aceptación generalizada y creciente en Occidente de que los paliativos medicinales y las curas derivadas de la experiencia de la civilización son una parte válida e importante de la medicina. , incluso si no entendemos, al menos todavía, cómo funcionan realmente la gran mayoría de ellos.

DECLIVE Y CAÍDA DEL OESTE

El propósito de este capítulo ha sido explorar las formas en que es probable que crezca la hegemonía global china durante el próximo medio siglo. Hay otra cara de esta moneda que deberíamos considerar antes de concluir. Las consecuencias más traumáticas de este proceso las sentirá Occidente, porque será él quien verá que China usurpa su posición histórica. Difícilmente se puede exagerar el cambio que esto representará. Durante más de dos siglos, y en algunos aspectos mucho más, Occidente, primero en la forma de Europa y más tarde en la de Estados Unidos, ha disfrutado de una abrumadora preeminencia global. Desde 1945, Europa se ha visto obligada a adaptarse al hecho de que ya no es el actor dominante en la política mundial. La sensación de ser cada vez menos central en un mundo que antes había dominado ha sido una experiencia traumática para los Estados europeos, especialmente Gran Bretaña y Francia. Una respuesta ha sido la construcción de la Unión Europea como una forma de mitigar el declive del poder y el estatus de los estados individuales. Sin embargo, el hecho de que el dominio europeo fuera reemplazado por el de Estados Unidos ha ayudado a disminuir esta sensación de pérdida. Impulsada por el antagonismo de la Guerra Fría hacia la Unión Soviética, se forjó un concepto mejorado y transformado de Occidente que efectivamente permitió a Europa Occidental, al menos hasta 1989, seguir siendo un actor global importante junto a Estados Unidos, a pesar de que era en gran medida el socio menor. Esta no era una relación ordinaria sin embargo, existen diferencias entre Estados-nación basadas en intereses específicos. Por el contrario, Estados Unidos era producto de la migración europea: había sido construido por los europeos (junto con los esclavos africanos) y se veía a sí mismo como el Nuevo Mundo unido por la cadera al Viejo Mundo del que procedía. En otras palabras, la historia, la civilización, la cultura, la etnicidad y la raza, así como las exigencias de la geopolítica, sirvieron para soldar y apuntalar la alianza occidental.

El ascenso de China no tendrá tales compensaciones, ni para una Europa en decadencia ni para unos Estados Unidos destronados. Europa, al menos, ha estado algo preparada para esta eventualidad: ha pasado el último medio siglo ajustándose al declive y al destronamiento. Sin embargo, incluso ahora a Europa todavía le resulta extremadamente difícil comprender su lugar cada vez más modesto en el mundo y ajustar sus miras en consecuencia. El caso de Gran Bretaña es más sorprendente en este contexto. En un intento desesperado por seguir siendo una potencia global con un asiento metafórico en la mesa superior, se ha aferrado tenazmente a los faldones de Estados Unidos, caminando constantemente a su sombra, aparentemente siempre dispuesto a cumplir las órdenes de su amo. Su política exterior ha sido durante mucho tiempo un clon de la de Estados Unidos y sus políticas de defensa e inteligencia dependen casi por completo de las de Estados Unidos y están profundamente integradas con ellas. La dependencia del Reino Unido de Estados Unidos es una medida no sólo de su propia debilidad y de su incapacidad para encontrar un lugar independiente en el mundo tras el colapso de su papel imperial, sino también de lo traumática que le ha resultado la idea de dejar de ser un país independiente. La relación con Estados Unidos ha sido un sustituto de su pasado perdido. La continua crisis existencial de Europa subraya lo difícil que es para los países adaptarse, sobre todo psicológicamente, a un mundo en el que su importancia ha disminuido considerablemente. Además, la decadencia de Europa ciertamente

continuará en el futuro indefinido. Su notable papel durante los últimos cuatrocientos años nunca se repetirá y se convertirá en una curiosidad histórica a la manera de los imperios griego y romano, cuyas encarnaciones actuales como Grecia e Italia reflejan la grandeza de su pasado imperial en poco más que la supervivencia de algunos de sus edificios históricos.

Si Europa sufre, eso no es nada comparado con la crisis material y existencial que enfrentará Estados Unidos. Está casi completamente desprevenido para una vida en la que no es globalmente dominante. Bajo la administración Bush buscó redefinirse como la única superpotencia del mundo, capaz de promover sus intereses a través del unilateralismo y evitar la necesidad de alianzas: en otras palabras, lejos de reconocer su relativo declive y la perspectiva de una disminución de su poder, llegó precisamente a la conclusión contraria y se convirtió.

Estaban embriagados con la idea de que el poder estadounidense podía ampliarse aún más, que Estados Unidos estaba en ascenso, que el mundo en el siglo XXI podía rehacerse a su imagen y semejanza. La fuerza ideológica dominante durante la era Bush fue el neoconservadurismo, que se basaba en la creencia de que Estados Unidos podía y debía afirmarse de una nueva manera. Después del 11 de septiembre, Washington estaba cautivado por un debate sobre los imperios y sobre si Estados Unidos era ahora una potencia imperial y lo que eso podría significar. La administración Bush representó hasta el momento la expresión más extrema de un Estados Unidos agresivo, asertivo y expansionista, pero incluso después de que se considerara ampliamente que había fracasado como resultado de la debacle de Irak, no hubo muchos en Estados Unidos que sacaran la conclusión de que el país estaba en un declive a largo plazo y, lejos de estar en vísperas de un nuevo dominio global, su poder, de hecho, ya había alcanzado su punto máximo; por el contrario, había una percepción generalizada de que Estados Unidos simplemente necesitaba encontrar una manera menos conflictiva y más consensuada de ejercer su liderazgo global. Ni siquiera los avances realizados por China en el este de Asia se interpretaron como presagio de un cambio importante en el poder global.

El examen de conciencia que acompañó las primarias y la campaña presidencial de 2007-2008 en torno a la candidatura de Barack Obama no llegó, al menos hasta la crisis financiera justo antes de las elecciones, a la conclusión de que Estados Unidos tendría que aprender a vivir con el declive. Incluso la precipitada caída del valor del dólar en 2006-2007 no provocó temor a una caída estadounidense, aunque una pequeña minoría de observadores reconoció que en el largo plazo la posición del dólar podría verse amenazada. Por lo tanto, Estados Unidos permaneció en gran medida ciego ante lo que podría deparar el futuro, todavía regodeándose en la gloria de su pasado y su presente, y prefiriendo creer que continuaría en el futuro. Gran Bretaña mostró una ignorancia –y una negación– similar acerca de su propio declive después de 1918, tratando constantemente de aferrarse a lo que había ganado y sólo dejándolo ir cuando no veía otra alternativa. De hecho, sólo empezó a mostrar un reconocimiento subyacente de su propio declive en la década de 1950, cuando se hizo evidente que perdería sus colonias. El punto de inflexión en Estados Unidos bien podría haber sido la crisis financiera de septiembre de 2008, con el casi colapso del sistema financiero y la desaparición del neoliberalismo. El informe del Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos de noviembre de 2008 representó un giro de 180 grados en comparación con su informe anterior apenas cuatro años antes, en 2004. Si bien este último predijo que continuaría el dominio global estadounidense, "postulando que la mayoría de las grandes potencias han

abandonado la idea de equilibrar a Estados Unidos, la nueva idea anticipaba el declive estadounidense, el surgimiento de la multipolaridad y un mundo en el que Estados Unidos se vería cada vez más obligado a compartir el poder con China e India. Declaraba: "Para 2025, Estados Unidos se convertirá en uno de varios actores importantes en el escenario mundial, aunque seguirá siendo el más poderoso". La tarea que enfrenta la presidencia de Barack Obama está lejos de ser envidiable. La euforia mundial que acogió su elección no concuerda con lo que parece ser la tarea más difícil que ha enfrentado cualquier presidente de Estados Unidos durante el último siglo: gestionar el declive a largo plazo en un contexto inmediato de la peor recesión desde 1945 y un compromiso a librar dos guerras. Es alentador que la elección de Obama indique que Estados Unidos es capaz de optar por una respuesta imaginativa y benigna a sus dificultades. Pero todavía estamos en los primeros días: estamos sólo en el comienzo de un proceso prolongado al que seguirán muchos actos a lo largo de varias décadas, si no más. La derecha estadounidense es poderosa y está arraigada, con profundas fuentes de apoyo. El mayor peligro que enfrenta el mundo es que Estados Unidos adopte en algún momento una postura agresiva que trate a China como al enemigo y busque aislarla. Un ejemplo relativamente benigno de esto fue la propuesta del candidato presidencial republicano, el senador John McCain, de una "liga de democracias", diseñada para excluir a China y Rusia (a las que también quería expulsar del G8) y crear así una nueva división global. El temor a más largo plazo debe ser que Estados Unidos involucre a China en una competencia militar y una carrera armamentista en algo parecido a una repetición de la Guerra Fría.

El hecho de que China tenga raíces históricas y de civilización completamente diferentes a las de Occidente y posea coordenadas geográficas muy diferentes acentuará en gran medida la sensación occidental de pérdida, desorientación y malestar. Una cosa era que Gran Bretaña se hubiera enfrentado a Estados Unidos –dadas las obvias afinidades y puntos en común que disfrutaban– como su rival y sucesor como potencia dominante del mundo, pero otra cosa es completamente distinta para Estados Unidos. Estados que se enfrentarán a China –con quien no tiene nada en común ni en términos de civilización ni de política– como su usurpadora y sustituta definitiva. Para Estados Unidos, el impacto de no tener más el mundo para sí solo –lo que ha constituido un derecho de propiedad a determinar lo que sucede en todas las cuestiones globales importantes– será profundo. Con el ascenso de China, el universalismo occidental dejará de serlo y sus valores y perspectivas serán cada vez menos influyentes. El surgimiento de China como potencia global lo relativiza todo. Occidente está acostumbrado a la idea de que el mundo es su mundo, la comunidad internacional su comunidad, las instituciones internacionales sus instituciones, la moneda mundial –es decir, el dólar– su moneda, y el idioma del mundo –es decir, el inglés– su idioma. Se ha supuesto que el adjetivo "occidental" va natural e implícitamente delante de cada sustantivo importante. Ese ya no será el caso. Occidente descubrirá progresivamente, para su profundo malestar, que el mundo ya no es occidental. Además, se encontrará cada vez más en la misma posición que el resto del mundo durante la larga era de supremacía de Occidente: verse obligado a aprender de Occidente y vivir según sus términos. Por primera vez, un Occidente en decadencia deberá comprometerse con otras culturas y países y aprender de sus fortalezas. Estados Unidos está entrando en un período prolongado de trauma económico, político y militar. Se encuentra en vísperas de una crisis psicológica, emocional y existencial. Es poco probable que su reacción a mediano plazo sea agradable: el mundo debe esperar que no sea demasiado fea.

Observaciones finales: las ocho diferencias que definen a China

En términos generales, ha habido dos tipos de respuesta occidental al ascenso de China. El primero ve a China más o menos únicamente en términos económicos. Podríamos llamar a esto el "factor sorpresa económico". La gente se muestra incrédula ante las cifras de crecimiento. Están asombrados por lo que esas cifras de crecimiento podrían significar para la posición de China en el mundo. Además, cualquier preocupación indebida sobre sus implicaciones se ve aliviada por la creencia de que China se está pareciendo cada vez más a nosotros, poseedora de los instrumentos –desde mercados y bolsas de valores hasta automóviles y casas privadas– de una sociedad occidental moderna. Esta respuesta es culpable de subestimar lo que representa el ascenso de China. Es víctima de una visión de túnel y representa una falta de imaginación. El cambio económico, por fundamental que sea, sólo puede ser una parte del panorama. Esta visión, ciega como está ante la importancia de la política y la cultura, se basa en el supuesto subyacente de que China, en virtud de su transformación económica, se volverá, en efecto, occidental. Consciente o inconscientemente, concuerda con la visión de Fukuyama sobre el "fin de la historia": que desde 1989 el mundo ha ido convergiendo hacia la democracia liberal occidental. La otra respuesta, en cambio, es persistentemente escéptica respecto del ascenso de China, siempre esperando a medias que termine en fracaso. A la luz del maoísmo, el colapso de la Unión Soviética y la represión de los estudiantes en la Plaza de Tiananmen, se argumenta, es imposible para China sostener su transformación sin un cambio político fundamental: a menos que adopte el modelo occidental, fallará. La primera visión sostiene que China automáticamente se volverá occidental, la segunda no, pero ambas comparten la creencia de que, para que China tenga éxito, debe, en efecto, volverse occidental.

Este libro se basa en un enfoque muy diferente. No acepta que el 'modo occidental' sea el único modelo viable. Al argumentar esto, se debe tener en cuenta que Occidente ha superado todos los desafíos importantes que ha enfrentado, culminando con la derrota después de 1989 de su mayor adversario, el comunismo soviético. Tiene un formidable historial de crecimiento e innovación, razón por la cual ha demostrado ser una fuerza tan dinámica durante un período de tiempo tan largo. A diferencia de las duras alternativas de la gran era ideológica entre 1917 y 1989, las opciones ahora tienen más matices. Todos los ejemplos de modernización de Asia oriental se han inspirado en la experiencia occidental, incluida la transformación de China posterior a 1978. Pero sugerir que ésta es la clave del éxito de Asia Oriental o que incluso constituye la historia principal es un error. La razón de la transformación de China (al igual que la de otros países de Asia oriental, empezando por Japón) ha sido la forma en que ha logrado combinar lo que ha aprendido de Occidente, y también de sus vecinos de Asia oriental, con su propia historia y cultura, aprovechando y liberando así sus fuentes nativas de dinamismo. Hemos pasado de la era de lo uno o lo otro a una era caracterizada por la hibridez.

Un elemento central del libro es la afirmación de que, lejos de haber una única modernidad, en realidad habrá muchas. Hasta alrededor de 1970 la modernidad era, con excepción de Japón, un fenómeno exclusivamente occidental. Pero durante el último

medio siglo hemos sido testigos del surgimiento de modernidades bastante nuevas, inspiradas en las de Occidente pero que, en última instancia, su éxito depende de su capacidad para movilizar, aprovechar y transformar a los indígenas. Estas nuevas modernidades no son menos originales por su hibridación; de hecho, su originalidad reside en parte en el fenómeno. La hibridación tampoco seguirá siendo una condición exclusivamente asiática o no occidental: ante el creciente éxito de las sociedades del este asiático, Occidente se verá obligado a aprender de sus ideas y características e incorporarlas. De manera limitada, este ya es el caso; Occidente, por ejemplo, emplea algunas de las innovaciones desarrolladas por el sistema de fabricación japonés, aunque, dado que están muy arraigadas en la cultura japonesa, normalmente con algo menos de éxito. Una cuestión clave es qué elementos del modelo occidental son indispensables y cuáles son opcionales. Claramente, todos los ejemplos exitosos de transformación económica que se ofrecen actualmente se basan en un modelo capitalista de desarrollo, aunque sus instituciones y políticas económicas, por no mencionar su política y cultura, muestran variaciones muy amplias. Sin embargo, la proposición de que la herencia debe incluir, como condición previa para el éxito, principios de la Ilustración, como un estado de derecho al estilo occidental, un poder judicial independiente y un gobierno representativo, no está en modo alguno demostrada. Japón, que es al menos tan avanzado como sus homólogos occidentales, no se basa en los principios de la Ilustración ni adopta el estilo occidental, a pesar de que, desde principios de los años cincuenta, en gran parte por razones de conveniencia política, Occidente ha considerado que lo hace de manera rutinaria. E incluso si China avanza hacia un gobierno más representativo y un poder judicial más independiente, como probablemente sucederá en el largo plazo, seguramente lo hará a su manera, basándose en su propia historia y tradiciones, que se lo deberán poco o nada a cualquier herencia occidental.

El deseo de medir a China principalmente, a veces incluso exclusivamente, en términos de criterios occidentales, si bien es comprensible, es erróneo. En el mejor de los casos, expresa un provincianismo relativamente inocente; en el peor, refleja una desmesurada arrogancia occidental, una creencia de que la experiencia occidental es universal en todos los asuntos de importancia. Esto puede convertirse fácilmente en una excusa para no molestarse en comprender o respetar la sabiduría y las especificidades de otras culturas, historias y tradiciones. El problema, como ha señalado Paul A. Cohen, es que la mentalidad occidental –nutrida y moldeada por su predominio a largo plazo–, lejos de estar imbuida de una perspectiva cosmopolita como cabría esperar, es en realidad muy provinciana y cree en su propio universalismo; o, para decirlo de otra manera, su propia rectitud y eterna relevancia. Si ya tenemos las respuestas, y éstas son universalmente aplicables, entonces hay poco o nada que aprender de los demás. Si bien Occidente permaneció relativamente indiscutido, como lo ha sido durante la mayor parte de dos siglos, el precio de tal arrogancia lo han pagado abrumadoramente otros, al verse obligados a prestar atención a las demandas occidentales; pero cuando Occidente se enfrenta a un desafío serio, como lo hará cada vez más por parte de China y otros países, entonces esa mentalidad provinciana sólo servirá para aumentar su vulnerabilidad, debilitando su capacidad para aprender de los demás y cambiar en consecuencia.

El problema de interpretar y evaluar a China única o principalmente en términos del léxico occidental de la experiencia es que, por definición, excluye todo lo que es específico de China: en resumen, lo que hace que China sea lo que es. Las únicas cosas que se consideran importantes son las que China comparte con Occidente. La historia y la cultura de China son descartadas como un callejón sin salida o simplemente una

preparación para volverse occidentales, los entremeses antes del banquete occidental. Semejante enfoque no sólo es degradante para China y otras culturas no occidentales, sino que en gran medida no entiende lo esencial. Al ver a China en términos de Occidente, se niega a reconocer su propia originalidad y, además, cómo la diferencia de China podría cambiar la naturaleza del mundo en el que vivimos. Desde los años ochenta y noventa, el apogeo de la era de la "globalización como occidentalización", cuando los tigres asiáticos, incluida China, ampliamente interpretado en estos términos, ha habido una creciente comprensión de que un país tan enorme que encarna una historia y una civilización tan ricas no puede ser descartado tan sumariamente. No debemos exagerar –el consenso occidental todavía ve la historia como un billete de ida hacia la occidentalización–, pero se pueden detectar los comienzos de una nueva conciencia occidental, aunque todavía débil y frágil, que es más humilde y realista. A medida que China se vuelve cada vez más poderosa –sin dejar de ser decididamente diferente–, Occidente se verá obligado, aunque sea a regañadientes, a confrontar la naturaleza y el significado de esa diferencia. Comprender a China será uno de los grandes desafíos del siglo XXI.

¿Cuáles serán entonces las características clave de la modernidad china? Son ocho en total, lo que para los chinos profundamente supersticiosos resulta ser su número de la suerte. Al explorar estas características, debemos considerar tanto los rasgos internos de la modernidad de China como, dada la importancia global de China, cómo estos podrían impactar y estructurar su perspectiva y relaciones globales.

En primer lugar, China no es realmente un Estado-nación en el sentido tradicional del término, sino un Estado-civilización. Es cierto que se describe a sí misma como un Estado-nación, pero la aquiescencia de China en el estatus de Estado-nación fue una consecuencia de su creciente debilidad frente a las potencias occidentales desde finales del siglo XIX.

Los chinos reconocieron a regañadientes que China tenía que adaptarse al mundo en lugar de insistir, en una misión cada vez más utópica y desesperada, en que el resto del mundo debería adaptarse a él. Sin embargo, eso no puede ocultar la realidad subyacente de que China no es un Estado-nación convencional. Un siglo puede parecer mucho tiempo, pero no para una sociedad que conscientemente se considera a sí misma con varios milenios de antigüedad. La mayor parte de lo que China es hoy –sus relaciones y costumbres sociales, sus formas de ser, su sentido de superioridad, su creencia en el Estado, su compromiso con la unidad– son productos de la civilización china más que de su reciente encarnación como Estado-nación. Superficialmente puede parecer un Estado-nación, pero su formación geológica es la de una civilización-Estado.

Se podría objetar que China ha cambiado tanto durante el período de su adaptación al estatus de Estado-nación que estas líneas de continuidad se han roto y en gran medida borradas. Hubo un fracaso del Estado imperial a la hora de modernizarse, que culminó con su desaparición en la Revolución de 1911; el fracaso del gobierno nacionalista a la hora de modernizar China, unificar el país o derrotar a las potencias ocupantes (especialmente Japón), lo que llevó a su derrocamiento en la Revolución de 1949; el período maoísta, que buscó arrasar con gran parte de la China imperial, desde Confucio y la vestimenta tradicional hasta los viejos patrones de tenencia de la tierra y las jerarquías sociales establecidas; seguido por el período de reformas, el rápido declive de la agricultura, el auge de la industria y la creciente afirmación de las relaciones sociales capitalistas. Cada uno de estos períodos representa una disyunción importante en la historia china. Sin embargo, mucho de lo que antes caracterizaba a China sigue siendo

sorprendentemente cierto y evidente hoy. El país todavía tiene casi las mismas fronteras que adquirió en la máxima extensión del imperio Qing a finales del siglo XVIII. El Estado sigue siendo tan fundamental en la sociedad y tan sacrosanto como lo era en la época imperial. Confucio, su gran arquitecto, está en proceso de experimentar un renacimiento y sus preceptos todavía, en medida importante, informan la forma en que China piensa y se comporta. Aunque existen diferencias importantes entre las eras confuciana y comunista, también existen fuertes similitudes. Esto no significa negar que China haya cambiado de manera fundamental, sino más bien enfatizar que China también está marcada por poderosas líneas de continuidad: que, para usar una analogía científica, su ADN permanece intacto. Este es un país, además, que vive en y con su pasado en mayor medida que cualquier otro: atormentada por su fracaso en modernizarse o unificarse, China posee un pasado que proyecta una enorme sombra sobre su presente, en la medida en que los chinos han vivido en un estado de perpetuo arrepentimiento y angustia. Pero a medida que China finalmente circunnavegue su camino más allá del "siglo de la humillación" y concluya con éxito su proyecto de modernización de 150 años, buscará cada vez más inspiración, alimento y paralelos en su pasado. Cuando vuelva a convertirse en el centro del mundo, se deleitará con su historia y sentirá que finalmente se ha hecho justicia, que está restaurando su posición y estatus legítimos en el mundo.

Cuando China cayó, se vio obligada a vivir de acuerdo con los términos establecidos por otros. No tenía alternativa. Por eso se reconcilió con ser un Estado-nación, aunque nunca creyó que así fuera. Fue un compromiso nacido de la conveniencia y la necesidad. Pero a medida que China llegue a la modernidad y emerja como el país más poderoso del mundo, ya no estará sujeta a tales limitaciones y con el tiempo estará en condiciones de establecer sus propios términos y condiciones. Se sentirá libre de ser lo que cree que es y actuar de acuerdo con su historia y sus instintos, que son los de un estado-civilización.

En segundo lugar, es cada vez más probable que China conciba su relación con Asia Oriental en términos de un sistema de Estado tributario, en lugar de un sistema de Estado-nación. El sistema de estados tributarios, como vimos en el capítulo 9, duró miles de años y sólo llegó a su fin a finales del siglo XIX. Incluso entonces, no se extinguió por completo, sino que continuó –como una cuestión de hábito y costumbre, producto de una historia duradera– en una forma sumergida bajo el sistema westfaliano recientemente dominante. Hasta cierto punto, entonces, nunca desapareció por completo, incluso cuando China era un actor mucho menos importante en el este de Asia que antes de mediados del siglo XIX. El hecho de que el sistema de Estados tributarios haya prevalecido durante tanto tiempo significa que está profundamente arraigado en la forma en que tanto China como los Estados de Asia Oriental piensan sobre sus relaciones. Como consecuencia, cualquier cambio fundamental en la posición de China en la región, y el consiguiente equilibrio de poder entre China y sus estados vecinos, bien podría provocar una reversión a una relación más tributaria-Estado. El sistema tributario se vio socavado por el surgimiento de las potencias europeas, junto con Japón, como presencia dominante en la región, y por el implacable declive de China. Las potencias europeas hace tiempo que abandonaron la región; su potencia sucesora, Estados Unidos, es ahora una fuerza en declive; y Japón está rápidamente siendo eclipsado por China. Mientras tanto, China está retomando rápidamente su posición como punto de apoyo de la economía del este de Asia. En otras palabras, las condiciones que dieron origen al predominio del sistema de Estado-nación en el este de Asia se están desmoronando, mientras que al mismo tiempo somos testigos de la restauración de las circunstancias

que sustentaron el sistema de Estado tributario.

El sistema de Estados tributarios se caracterizaba por la enorme desigualdad que existía entre China, por un lado, y sus Estados vecinos, por el otro, junto con una creencia mutua en la superioridad de la cultura china. John K. Fairbank sugiere en *The Chinese World Order* que: "Si persiste su creencia en la superioridad china, parece probable que el país busque su papel futuro examinando de cerca su propia historia". Si su superioridad se mantiene firme, la creciente fuerza económica de China, junto con su enorme población, podría devolver a la región a una situación no muy diferente a la que existió en el pasado. China está en proceso de convertirse en el mercado más importante para prácticamente todos los países del este de Asia. El enorme desequilibrio de poder tampoco es necesariamente algo que otros Estados de la región vayan a rechazar o resistir, con la posible excepción de Japón; de hecho, todos, excepto Japón y Taiwán, han buscado conscientemente acercarse a China durante el curso de su ascenso en lugar de protegerse con Estados Unidos contra ella. Esto se basa en parte en el hábito y la experiencia de la historia y en parte en una adaptación a lo que estos países consideran un proceso inevitable e irresistible. El ascenso de China y el retorno a algo más parecido a un sistema de Estado tributario no se caracterizarán necesariamente por la inestabilidad; por el contrario, el sistema de Estado tributario era muy estable, arraigado como estaba en el dominio de China y en un patrón jerárquico de relaciones prácticamente indiscutido. Sin embargo, sería un error ver cualquier retorno a una relación de estilo tributario como una simple repetición del pasado: con, por ejemplo, los presidentes y primeros ministros de los estados vecinos realizando viajes rituales a Beijing llevando obsequios en reconocimiento a la grandeza del país y la superioridad del actual Reino Celestial. Más bien, es probable que se defina por la aceptación de que Asia Oriental es esencialmente un orden centrado en China; que encarna una jerarquía implícita en la que se reconoce debidamente la posición de predominio de China; y que hay un reconocimiento y una aceptación subyacentes de la superioridad china.

¿Hasta qué punto cualquier sistema cuasi tributario quedará confinado al este de Asia? ¿Podría encontrar ecos en otras partes del mundo? Por supuesto, no existe en ningún otro lugar la tradición de un sistema de Estado tributario: sólo estuvo presente en el este de Asia. Sin embargo, fue entonces cuando el Reino Medio consideraba que el mundo era más o menos colindante con Asia Oriental. Si China se acerca a otras partes del mundo con una mentalidad no muy diferente y su poder es lo suficientemente abrumador, ¿podría repetirse el mismo tipo de sistema jerárquico en otras partes? ¿Podría incluso existir un sistema tributario global? La esfera a la que es menos probable que se extienda es Occidente, al menos representado por Estados Unidos y Europa. Disfrutaban de demasiado poder; y no debe olvidarse que fue Europa la que obligó a China, en contra de sus deseos, a abandonar el sistema tributario en favor del sistema westfaliano. No es inconcebible, sin embargo, que a largo plazo Australia y Nueva Zelanda puedan entrar en algunos elementos de una relación tributaria con China, dada su relativa proximidad a China y su creciente dependencia de la economía china. También podría surgir una dimensión tributaria en las relaciones de China con Asia Central. No sería difícil imaginar ecos del sistema tributario en la relación de China con África, dado el enorme desequilibrio de poder entre ellos; quizás también en América Latina y en el sur de Asia, aunque no en la India. En cada caso, las características clave serían el poder desmesurado de China, la dependencia de los países de China en múltiples formas y una aceptación implícita de las virtudes, si no la superioridad real, de la civilización china. Pero la distancia geográfica en el caso de África y América Latina,

por ejemplo, será una gran barrera, mientras que las diferencias culturales y étnicas en todos estos casos resultará un obstáculo importante y una fuente de resentimiento considerable.

En tercer lugar, está la actitud distintivamente china hacia la raza y la etnia. Los chinos han se conciben a sí mismos como una única raza, aunque claramente no es así. Lo que sustenta esta visión es la extraordinariamente larga historia de la civilización china, que ha permitido un largo proceso de fusión de innumerables razas diferentes. La naturaleza sacrosanta e inviolable de la unidad china se sustenta en la idea de que los chinos han son todos de una sola raza, e incluso los chinos no han son descritos en términos de nacionalidades separadas en lugar de razas. Además, existe un poderoso cuerpo de opinión en China que cree en el poligenismo y sostiene que los orígenes de los chinos son discretos y desconectados de los de otras ramas de la humanidad. En otras palabras, la noción de China y de la civilización china se ve reforzada por una creencia generalizada de que la diferencia entre los chinos y otros pueblos no es simplemente cultural o histórica sino también biológica. La naturaleza no negociable de la actitud del Estado chino hacia la raza se ilustra elocuentemente por su enfoque hacia los "territorios perdidos" y la creencia de que Hong Kong y Taiwán son inseparables de China porque sus poblaciones son chinas: cualquier idea de que haya podría haber una identidad taiwanesa distinta es descartada sumariamente. La actitud china hacia la raza y lo que constituye ser chino, como señalamos en el capítulo 8, es diametralmente opuesta a la de otras naciones altamente pobladas como India, Indonesia, Brasil y Estados Unidos, que reconocen explícitamente su carácter multirracial y multiétnico y, en diversos grados, celebrar ese hecho.

Sería un error describir la actitud china hacia la raza como una posición ideológica, porque simplemente es demasiado antigua y está demasiado arraigada en la historia china para que ese sea el caso. Ciertamente pasó por un cambio profundo a finales del siglo XIX y principios del XX, pero sus antecedentes se encuentran en lo profundo de la larga historia de la civilización china. La actitud hacia la raza y la identidad tampoco es reducible al Estado o gobierno chino: más bien, está arraigada en la psique china. Para dar un ejemplo contemporáneo: el apoyo al retorno de Taiwán entre el pueblo chino es, en todo caso, incluso más fuerte que a nivel gubernamental. Teniendo en cuenta esto, cualquier gobierno elegido democráticamente —es cierto, algo muy improbable que ocurra en los próximos veinte años— será casi con certeza más nativista y esencialista en su actitud hacia la identidad china que el actual gobierno comunista, que, en virtud de su falta de responsabilidad electoral, goza de mayor independencia de los prejuicios populares. Tampoco deberíamos anticipar ningún cambio significativo en las actitudes chinas sobre la raza y el origen étnico. Es cierto que pueden haberse visto acentuados por siglos de relativo aislamiento del resto del mundo y que la creciente integración de China puede, como consecuencia, ayudar a debilitar los prejuicios basados en la ignorancia del aislamiento, pero las raíces fundamentales de las actitudes chinas permanecerá intacto. De hecho, más que limitarse a un período particular de la historia, el aislamiento de China es fundamental para comprender lo que he descrito como la mentalidad del Reino Medio. China se veía a sí misma por encima, más allá, separada y superior al resto del mundo. El "aislamiento", en este sentido, era parte integral de la visión del mundo china, incluso durante períodos, como la dinastía Song o los primeros Ming, en los que China no era aislacionista en política y perspectiva. Ayuda a explicar por qué, por ejemplo, China ha tenido una actitud tan diferente de la de los principales estados europeos hacia aquellos que se establecieron en otras tierras. Los europeos veían

a sus colonizadores como parte integral de la misión civilizadora nacional y como todavía pertenecientes a su patria; la dinastía imperial, por otra parte, veía a quienes abandonaban el Reino Medio con relativa y continua indiferencia, como si abandonar China fuera un paso hacia abajo y fuera de la civilización. Este punto nos proporciona una manera de entender los términos en los que se producirá la creciente integración de China con el resto del mundo en el siglo XXI. China se está uniendo rápidamente al mundo pero, fiel a su historia, también permanecerá distante, instalada en una visión jerárquica de la humanidad, y su sentido de superioridad se basará en una combinación de arrogancia cultural y racial.

En cuarto lugar, China opera, y seguirá operando, en un ámbito de tamaño continental bastante diferente al de otros Estados-nación. Hay otros cuatro estados que podrían describirse como de escala continental. Estados Unidos tiene una superficie sólo marginalmente menor que la de China, pero con una población de sólo una cuarta parte del tamaño. Australia es un continente por derecho propio, con una superficie de alrededor del 80 por ciento de la de China, pero su población es de apenas 21 millones de habitantes, menos que la de Malasia o Taiwán, y la gran mayoría vive alrededor de su perímetro costero. Brasil tiene una superficie de alrededor del 90 por ciento de la de China, pero una población mucho menor de 185 millones. Quizás el paralelo más cercano a China sea la India, con una población de tamaño equivalente, pero una superficie de sólo un tercio de la de China. Así, aunque China comparte ciertas similitudes con cada uno de estos países, su combinación particular de tamaño de población y superficie es única. La modernidad china tendrá dimensiones continentales, tanto en términos de población como de tamaño físico. Esto tiene implicaciones fundamentales no sólo para la forma en que China ha trabajado en el pasado sino también para cómo funcionará en el futuro. Un país de tamaño continental es un tipo de propuesta completamente diferente a un Estado-nación convencional, a menos que su población sea diminuta como la de Australia, o que haya comenzado su vida como una colonia de colonos –como en el caso de Estados Unidos y Australia, que fueron esencialmente trasplantes europeos, con la homogeneidad que esto implica. Cuando un país es tan grande como China tanto en escala física como en población, se caracteriza por una gran diversidad y, en ciertos aspectos, puede considerarse, de hecho, como una combinación de varios, incluso muchos, países diferentes. Esto no pretende restar valor a lo señalado a lo largo de este libro sobre las fuerzas centrípetas que mantienen unida a China, sino que más bien sirve para hacer de esta unidad un fenómeno aún más extraordinario. Estamos ante un Estado que es al mismo tiempo país y continente –en otras palabras, que es a la vez nacional y multinacional– y que, por tanto, debe ser gobernado, al mismo tiempo, según los imperativos de la un país y una multiplicidad de países.

Por estas razones, entre otras, el Estado chino opera de forma atípica en comparación con los Estados-nación convencionales. Los circuitos de retroalimentación, por ejemplo, son diferentes. Lo que podría parecer una consecuencia lógica de una acción gubernamental en un Estado-nación ordinario puede no serlo en absoluto en China; Además, en un país de tan enorme escala es posible llevar a cabo un experimento en una ciudad o provincia sin que se introduzca en otros lugares, que es lo que ocurrió con las reformas de Deng Xiaoping, aunque difícilmente podrían haber sido más fundamentales o mucho más lejanas. –alcanzando en su efecto. Es posible, en este contexto, imaginar que se introduzcan reformas democráticas en una provincia o municipio relativamente avanzado –Zhejiang o Shanghai, por ejemplo– pero no en otras. Como vimos en el

capítulo 7, la civilización-Estado abraza el concepto de "una civilización, muchos sistemas", que se introdujo en el resto del mundo en 1997 con la entrega de Hong Kong a China bajo la fórmula "un país, dos sistemas"; pero la idea de diferencias sistémicas dentro de las fronteras de China, de hecho, tiene una historia muy larga. Es una sabiduría convencional en Occidente que China debería volverse "democrática" a la imagen de Occidente. Sin embargo, los sistemas democráticos que asociamos con Occidente nunca han echado raíces en una escala tan amplia como la de China, con la única excepción de la India: de hecho, aparte de la India, el único ejemplo vagamente comparable es el de una institución multinacional como la Unión Europea, y esto ha seguido siendo decididamente antidemocrático en su constitución y modus operandi. Es posible que algún día China avance, a su manera, hacia algo que se parezca a la democracia, pero los llamamientos occidentales para que lo haga de forma más o menos inmediata ignoran las enormes diferencias que existen entre un vasto Estado-civilización de tamaño continental como China y el resto del mundo. Estados-nación occidentales mucho más pequeños. El hecho de que la verdadera contraparte europea de China, la Unión Europea, tampoco tenga democracia sólo sirve para reforzar el punto.

Quinto, la naturaleza del sistema político chino es muy específica. A diferencia de la experiencia occidental, en particular la de Europa, la dinastía imperial no estaba obligada, ni requerida, ni siquiera deseada, a compartir el poder con otras instituciones o grupos de interés competidores, como la Iglesia o la clase mercantil. China no ha organizado la religión a la manera de Occidente durante el último milenio, mientras que sus comerciantes, por su parte, en lugar de buscar promover sus intereses por medio de una voz colectiva, han buscado el favor mediante súplicas individuales. El Estado, ni en su forma imperial ni en su forma comunista, compartía el poder con nadie más: presidía la sociedad, suprema e indiscutida. El espíritu confuciano que lo informó y moldeó durante unos dos milenios no exigía que el Estado fuera responsable ante el pueblo, sino que insistía en su lealtad a los preceptos morales del confucianismo. La burocracia imperial, cuya admisión representaba el mayor logro posible para cualquiera fuera del círculo dinástico, estaba educada en la moral y la ética confucianas. La eficacia de este sistema era evidente para todos: durante muchos siglos, el arte de gobernar chino no tuvo igual en términos de eficiencia, competencia o capacidad para emprender enormes proyectos públicos. Sólo había una excepción a la ausencia de cualquier forma de responsabilidad popular: en caso de grave malestar y desilusión popular, se consideraba que el mandato del Cielo había sido retirado y la legitimidad estaba del lado del pueblo y no del emperador. Aparte de este escenario in extremis, el pueblo nunca ha disfrutado de soberanía: incluso después de la caída del sistema imperial, el Estado dinástico fue reemplazado no por una soberanía popular al estilo occidental sino por una soberanía estatal.

Poco ha cambiado con el gobierno comunista desde 1949. La rendición de cuentas popular en una forma occidental reconocible ha permanecido ausente. Durante el período maoísta, la legitimidad del Estado se expresó en términos de un nuevo sistema de clases en el que los trabajadores y campesinos eran declarados nuevos gobernantes; Durante el período de reforma, esto ha sido reemplazado en parte por un pacto de facto basado en resultados entre el Estado y el pueblo, en el que el Estado es necesario para generar crecimiento económico y elevar los niveles de vida. Como testimonio de la continuidad histórica del Estado chino, los mismos elementos clave continúan definiendo la naturaleza de la política china. Sigue sin haber ninguna forma de rendición de cuentas popular, y no hay señales ni pruebas de que esto vaya a cambiar (aparte de la

elección del jefe del ejecutivo de Hong Kong, que podría introducirse en 2012, y la elección actual de la mitad de sus habitantes). Consejo legislativo. A pesar de los cambios convulsivos ocurridos en el último siglo tras la caída del Estado imperial, con gobiernos nacionalistas, señores de la guerra, colonización parcial, el Estado maoísta y el actual período de reforma, el Estado sigue siendo venerado, por encima de la sociedad, poseedor de un gran prestigio, considerado como encarnación de lo que es China y garante de la estabilidad y unidad del país. Es la quintaesencia de China en un sentido que no se aplica a ninguna sociedad occidental, ni posiblemente a ninguna otra sociedad del mundo. Dada su notable resistencia histórica (al menos dos milenios, posiblemente mucho más), esta característica debe verse como parte de la estructura genética de China. La legitimidad del Estado chino, profunda y profundamente arraigada, no depende de un mandato electoral; de hecho, incluso si se introdujera el sufragio universal, las raíces fundamentales de la legitimidad del Estado seguirían estando en los cimientos milenarios del país. El Estado chino sigue siendo una institución muy competente, probablemente superior a cualquier otra tradición estatal del mundo, capaz no sólo de una extraordinaria continuidad sino también de una notable reinvencción. En el período transcurrido desde 1949, esto ha sucedido dos veces, inicialmente en la forma del Estado maoísta, con el Partido Comunista proporcionando el embrión del nuevo Estado y actuando para restaurar la unidad de China; seguido de la renovación y revitalización del estado durante la era de la reforma, que condujo a la transformación económica del país. En ausencia de cualquier mecanismo formal de rendición de cuentas popular, es razonable suponer que algo así como el mandato del Cielo todavía opera: en caso de que el presente experimento salga seriamente mal – culminando, por ejemplo, en una escalada del malestar social como resultado de una creciente desigualdades o un desempleo grave, entonces la mano de la historia podría posarse sobre el hombro del Partido Comunista y llegar el momento.

Sexto, la modernidad china, al igual que otras modernidades del este asiático, se distingue por la velocidad de la transformación del país. Combina, de una manera muy diferente a la experiencia occidental de la modernidad, el pasado y el futuro al mismo tiempo en el presente. En el capítulo 5 describí a los tigres asiáticos como sociedades de compresión del tiempo. Acostumbrados a los cambios rápidos, están instintivamente más cómodos con lo nuevo y el futuro que en Occidente, especialmente en Europa. Aceptan lo nuevo de la misma manera que un niño se acerca a una computadora o una consola de juegos Nintendo, con confianza y expectación, en contraste con las sociedades europeas, que son más cautelosas, incluso temerosas, ante lo nuevo, en la forma en que lo presenta un adulto con un aparato tecnológico desconocido. La razón es que las sociedades del este de Asia no han pasado por todas las diversas etapas secuenciales de desarrollo –y las fases tecnológicas que las acompañaron– que han sido típicas de Europa y América del Norte, por lo que la mente colectiva está menos llena y formateada por formas más antiguas de hacer las cosas. Sin embargo, la versión china de la modernidad, en virtud del tamaño del país, también debe considerarse distinta de las de otras sociedades del este de Asia. Mientras que países como Taiwán y Corea del Sur tardaron unos treinta años en pasar de ser en gran medida rurales a convertirse en abrumadoramente urbanos, alrededor de la mitad de la población de China todavía vive en el campo unas tres décadas después de 1978, y pasarán al menos otros veinte años antes de que esta cifra disminuya a alrededor del 20 por ciento. Esto hace que el paso de China a la modernidad no sólo sea más prolongado que el de sus vecinos, sino también más complejo, con varias etapas de desarrollo que continúan coexistiendo durante

muchas décadas como resultado de la persistencia de un gran sector rural. Esto se refleja en la divergencia, a menudo marcada, en los niveles de vida entre las diferentes provincias. Esta yuxtaposición de diferentes niveles de desarrollo económico sirve para acentuar la importancia y el impacto del pasado, y el campo proporciona un circuito de retroalimentación continua de la historia. Sirve para que China, un país ya profundamente comprometido con su propio pasado, sea aún más consciente de su historia.

En séptimo lugar, desde 1949 China ha estado gobernada por un régimen comunista. Paradójicamente, quizás las dos fechas más significativas del último medio siglo encarnan acontecimientos aparentemente totalmente contradictorios: 1989, que marcó el colapso del comunismo europeo y la desaparición del bloque soviético; y 1978, lo que marcó no sólo el comienzo de la transformación económica más notable de la historia, sino también una presidida por un Partido Comunista. El primero representa el final de una era trascendental, el segundo el comienzo de lo que puede resultar ser un período aún más notable. Dado el oprobio asociado al comunismo en Occidente, especialmente después de 1989, no es sorprendente que esto haya influido en gran medida en las actitudes occidentales hacia el Partido Comunista Chino, especialmente porque la supresión de la Plaza de Tiananmen ocurrió el mismo año de la caída del muro de Berlín. En efecto, a raíz de los acontecimientos de 1989, el consenso occidental sostuvo, bastante erróneamente, que el Partido Comunista Chino también estaba condenado al fracaso. Las actitudes occidentales hacia China siguen estando muy influidas por el hecho de que está gobernada por un Partido Comunista; Es probable que la mancha persista durante mucho tiempo, si no indefinidamente. Sin embargo, a la luz de la experiencia china reciente, el comunismo debe ser visto de una manera más pluralista que antes: el Partido Comunista Chino es muy diferente de su equivalente soviético y, desde 1978, ha perseguido una perspectiva completamente diferente. Ha mostrado una flexibilidad y un pragmatismo que eran ajenos al Partido Soviético. Tampoco está claro cuál podría ser el destino del Partido Chino: ¿podría metamorfosearse en algo diferente (que en cierta medida ya lo ha hecho), hasta el punto de incluso cambiar su nombre? Cualquiera que sea el futuro, el Partido Comunista Chino, al presidir la transformación del país, dejará una profunda huella en la modernidad china y también en el mundo en general. Ha creado y recreado el Estado chino moderno; reunió a China después de un siglo de desunión; desempeñó un papel fundamental en la derrota del colonialismo japonés; e inventó y administró la estrategia que finalmente le ha dado a China la promesa, después de un siglo o más de decadencia, de restaurar su estatus y poder en el mundo a algo parecido a los días del Reino Medio. Al hacerlo, también ha logrado reconectar a China con su historia, con el confucianismo y su apogeo dinástico. Podría decirse que todas las grandes transformaciones históricas implican esa reconexión con el pasado para que tengan éxito. Las afinidades entre la concepción comunista del Estado y la confuciana, como se señaló anteriormente, son particularmente sorprendentes a este respecto. Dado que los principios confucianos habían reinado durante dos milenios, el Partido Comunista Chino, para prevalecer, necesitaba, entre otras cosas, encontrar una manera de reinventar y recrear esos principios.

En octavo lugar, durante varias décadas China combinará las características de un país desarrollado y de un país en desarrollo. Esta será una condición única para una de las principales potencias globales y surge del hecho de que la modernización de China será un proceso prolongado debido al tamaño del país: en términos convencionales, la transformación de China es la de un continente, con un disparidades, más que la de un

país. El resultado es una modernidad atenuada por un relativo atraso rural e interactuando con él, y tal estado de bifurcación tendrá numerosas consecuencias económicas, políticas y culturales. La modernidad china no puede ni podrá ignorar el hecho de que un gran segmento del país seguirá viviendo en lo que es, en efecto, un período histórico diferente. Ya hemos mencionado cómo esto enfrentará a China con su propio pasado en las próximas décadas. Pero también tiene implicaciones sobre cómo China verá sus propios intereses y su relación con otros países. Por necesidad, se considerará a sí mismo como un país en desarrollo y un país desarrollado, con los intereses de ambos. Esto encontrará expresión en muchas áreas, incluido el debate sobre las responsabilidades de China en relación con el cambio climático. Con el tiempo, por supuesto, el peso del sector en desarrollo de la economía y el número de personas que están empleadas en él o que dependen de él disminuirán, y China se comportará cada vez más como un país desarrollado en lugar de una combinación de ambos. Pero durante el próximo medio siglo seguirá mostrando los intereses y características de ambos, una perspectiva que probablemente se verá reforzada por el sentimiento de agravio que siente China por su "siglo de humillación" a manos de Japón y las potencias occidentales, especialmente su experiencia de colonización. De hecho, China será la primera gran potencia que provenga del lado "equivocado" de la gran división del mundo durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, una criatura de los colonizados más que de los colonizadores, de los perdedores más bien de los colonizados que los ganadores. Esta experiencia, y la perspectiva que ha generado, serán parte integral de la mentalidad china en la era de la modernidad e influirán fuertemente en su comportamiento como potencia global.

En este contexto se puede plantear una cuestión más amplia. Si el mundo del siglo XX fue moldeado por los países desarrollados, entonces es probable que el del siglo XXI lo sean los países en desarrollo, especialmente los más grandes. Esto tiene implicaciones históricas significativas. Ha habido muchas sugerencias sobre lo que constituyó el acontecimiento más importante del siglo XX: tres de los candidatos más citados son la Revolución de Octubre de 1917, 1989 y la caída del Muro de Berlín, y 1945 y la derrota del fascismo. Estas elecciones siempre están influidas por las circunstancias contemporáneas; En la última década del siglo pasado, 1989 parecía una elección obvia, al igual que 1917 lo parecía en la primera mitad del siglo. A medida que nos acercamos al final de la primera década del nuevo siglo, otro candidato raramente mencionado se presenta ahora en los términos más enérgicos posibles. El ascenso del mundo en desarrollo sólo fue posible gracias al fin del colonialismo. Para el mundo no industrial, la era colonial sirvió abrumadoramente para bloquear la posibilidad de su industrialización. Las potencias imperiales no tenían ningún interés en crear competencia para sus propias industrias. Eso no significa que los efectos del colonialismo fueran totalmente negativos, aunque en algunos casos, sobre todo la de África, seguramente lo fueron. En Asia Oriental, el colonialismo japonés en el caso de Corea y Taiwán, y el colonialismo occidental en el caso de Hong Kong y los puertos del tratado, al menos demostraron, aunque negativamente, las posibilidades que ofrecía la industrialización y, por lo tanto, ayudaron a plantar algunas de las semillas de su posterior transformación. El fin del colonialismo fue una condición previa para lo que ahora estamos presenciando: el crecimiento de múltiples modernidades y un mundo en el que probablemente resultarán decisivas en algún momento. En retrospectiva, la derrota del colonialismo entre 1945 y mediados de los años sesenta, cuya importancia ha sido muy subestimada en Occidente por razones obvias, debe considerarse uno de los

grandes hitos del último siglo, quizás el más grande.

A la luz de estas ocho características, está claro que la modernidad china será muy diferente de la modernidad occidental y que China transformará el mundo de manera mucho más fundamental que cualquier otra nueva potencia global en los últimos dos siglos. Sin embargo, esta perspectiva ha sido constantemente minimizada. Los chinos, por su parte, han elegido sabiamente jugar un juego muy largo, buscando constantemente asegurar al resto del mundo que el ascenso de China cambiará relativamente poco. Occidente, por otra parte, después de haber estado al mando del mundo durante tanto tiempo, le resulta imposible imaginar o comprender un mundo en el que ya no sea así. Además, está en la naturaleza de los intereses creados –que es lo que es Occidente, especialmente Estados Unidos– no admitir, ni siquiera ante ellos mismos, que el mundo se encuentra al borde de una agitación global cuya consecuencia será reducir su posición e influencia en el mundo. China es el elefante en la sala que nadie está dispuesto a reconocer. Como resultado, se está produciendo un cambio extraordinario en el equilibrio del poder global sotto voce, casi sigilosamente, excepto que sería difícil argumentar que hubo algún tipo de engaño por parte de China o Estados Unidos. El contraste con cambios comparables anteriores, por ejemplo el ascenso de Alemania antes de 1914, el surgimiento de Japón en el período de entreguerras y el desafío de la Unión Soviética, especialmente después de 1945, es marcado. Aunque ninguno tuvo nada parecido al significado último del ascenso de China, la amenaza que cada uno de ellos representaba en su momento fue exagerada y magnificada en lugar de minimizada, como en el caso de China. El paralelo más cercano al ascenso de China, en términos de importancia material, fue el de Estados Unidos, y este estuvo marcado por una subestimación similar, aunque esto se debió principalmente a que fue el afortunado beneficiario de dos guerras mundiales, lo que tuvo el efecto de acelerar enormemente su ascenso en relación con una Europa occidental empobrecida y endeudada. Sin embargo, incluso el ascenso de Estados Unidos debe considerarse como un fenómeno relativamente leve en comparación con el de China.

Hasta ahora, China ha parecido un outsider que paciente y lealmente busca convertirse en insider. Como potencia en ascenso, se ha visto obligada a converger y adaptarse a las normas internacionales existentes y, en particular, a ceder y apaciguar a la actual superpotencia, Estados Unidos, ya que la cooperación y el apoyo tácito de esta última han sido condiciones previas para una aceptación más amplia de China. . China ha luchado larga y duramente desde 1978 para convertirse en un miembro aceptado de la comunidad internacional con los privilegios y ventajas que esto confiere. Al dedicar sus energías al crecimiento económico, llegó a la conclusión de que no podía permitirse que su atención y sus recursos se desviaran hacia lo que, en su actual etapa de desarrollo, consideraba con razón fines no esenciales. Al ejercer tal moderación y autodisciplina, los dirigentes Deng y post-Deng han demostrado una notable perspicacia, sin perder nunca de vista el objetivo a largo plazo y sin permitirse distraerse con consideraciones a corto plazo. El paso de China a la modernidad ha puesto en marcha fuerzas convergentes igualmente poderosas a medida que el país ha tratado de aprender de los países más avanzados, competir con éxito en los mercados globales, atraer capital extranjero, asimilar las disciplinas de las bolsas de valores y los mercados de capital y adquirir las últimas tecnologías. En otras palabras, las demandas económicas y tecnológicas de la globalización, al igual que los imperativos políticos descritos anteriormente, han obligado constantemente a China a imitar y converger para cumplir con los estándares internacionales establecidos y adaptarse a las normas existentes. El hecho de que un

número cada vez mayor de cuestiones, en particular el cambio climático, requieran soluciones globales con la participación de todas las naciones, especialmente las más grandes, está actuando como una fuerza adicional para la convergencia.

La convergencia, sin embargo, es sólo una cara del panorama. El ascenso de China se caracterizará cada vez más por lo contrario: poderosas presiones compensatorias que empujan hacia la divergencia de las normas establecidas. En multitud de formas, China no se ajusta a las convenciones actuales del mundo desarrollado y de la política global. Como Estado-civilización disfrazado de Estado-nación, su naturaleza e identidad subyacentes se afirmarán cada vez más. Es probable que el actual sistema westfaliano de relaciones internacionales en Asia Oriental sea reemplazado progresivamente por algo que se parece a una encarnación moderna del sistema tributario. Una nación que comprende una quinta parte de la población mundial ya está en el proceso de transformar el funcionamiento de la economía global y su estructura de poder. Un país que se considera a sí mismo, tanto por razones culturales como raciales, como la civilización más grande de la Tierra, como gran potencia global, con el tiempo requerirá y esperará claramente un importante reordenamiento de las relaciones globales. Un pueblo que sufrió a expensas del imperialismo europeo y japonés nunca verá el mundo de la misma manera que aquellos pueblos que fueron sus exponentes y beneficiarios. Un Estado que nunca ha compartido el poder con ninguna otra clase, grupo o institución, que nunca ha estado sujeto a la soberanía popular, que opera a escala continental y que, hasta el día de hoy, está impregnado de una perspectiva confuciana, aunque sea en una forma comunista distintiva y modernizada, contrasta marcadamente con el credo que informa a las sociedades occidentales y que hasta ahora ha dominado a la comunidad global. Mientras que Occidente ha sido moldeado por la Declaración de Independencia Americana de 1776, la Revolución Francesa de 1789, la Revolución Industrial Británica, las dos guerras mundiales, la Revolución Rusa de 1917 y el colapso del comunismo en 1989, para China los grandes monumentos históricos son en su mayoría muy diferentes: 221 aC y los inicios de la China moderna; dinastías como la Tang, Song, Ming y Qing; las Guerras del Opio; la Revolución de 1911; Colonización japonesa entre 1931 y 1945; la Revolución de 1949; y las reformas de 1978. Los diferentes muebles históricos delatan una historia diferente. China, entonces, si es convergente, también es manifiestamente divergente. Si bien el ascenso de China desde 1978 se ha caracterizado por el predominio de tendencias convergentes, bien ejemplificadas por el deseo actual de China de asegurar al mundo que es una "potencia responsable", las tendencias divergentes a su debido tiempo llegarán a predominar a medida que China se vuelve más rico, más seguro de sí mismo y más poderoso. Pero todo esto está en el futuro; Durante los próximos veinte años, aproximadamente, a medida que China continúe su modernización, seguirá siendo una potencia esencialmente del statu quo.

Hay dos fuerzas poderosas que servirán para promover la reconfiguración constante del mundo según los términos de China. El hecho de que China sea tan grande significa que ejerce una atracción gravitacional sobre todas las demás naciones. El paralelo más cercano es Estados Unidos, pero este último es en una escala mucho menor. El tamaño permitirá a China fijar los términos de sus relaciones con otros países: hasta ahora esto ha estado limitado por el nivel de desarrollo de China, pero su poder gravitacional crecerá exponencialmente en el futuro. La masa de China obligará en gran medida al resto del mundo a aceptar la forma en que China hace las cosas. Además, el tamaño de China, combinado con su implacable transformación, significa que el tiempo está constantemente de su lado. Puede permitirse el lujo de esperar sabiendo que el paso del

tiempo está reconfigurando constantemente el mundo a su favor. Tomemos como ejemplo su relación con Japón: suponiendo que el rápido crecimiento de China continúe, Japón en última instancia se verá obligado a aceptar el liderazgo de China en Asia Oriental. Lo mismo puede decirse, aunque menos claramente, de la relación de China con Estados Unidos y Europa. De hecho, con el ascenso de China, el tiempo mismo adquiere un significado nuevo y diferente: las escalas temporales se alargan, de hecho. Nos hemos acostumbrado a pensar en términos de lo contrario: la sensación cada vez más corta del tiempo. El modelo para esto lo proporcionan Estados Unidos, un país con una breve historia, una memoria corta y una predilección constante por rehacerse. China es todo lo contrario. Posee una historia de 5.000 años y una memoria extremadamente larga, y, como era de esperar, concibe el futuro en términos de escalas de tiempo prolongadas. Como resultado, está bendecido con la virtud de la paciencia, confiado en la creencia de que la historia está de su lado. Si esa ha sido la mentalidad china desde tiempos inmemoriales, en el siglo XXI llegará a buen término.

Entonces, ¿cómo actuará China como gran potencia una vez que ya no esté confinada a la camisa de fuerza de la modernización? Sería un error suponer que se comportará como Occidente; Esto no se puede descartar, pero la historia sugiere algo diferente. Mientras que Europa, y posteriormente Estados Unidos, han sido agresivas y expansionistas, con sus tentáculos llegando a todo el mundo, la expansión de China se ha limitado a su continente y, aunque en la era de la globalización eso cambiará, hay pocas razones para suponer que será un Occidente Mark 2. Muchos en Occidente están preocupados por la ausencia de una democracia al estilo occidental en China, pero en los últimos treinta años el país se ha vuelto significativamente más transparente y su liderazgo más responsable. Es probable que este proceso continúe y en algún momento resulte en una transformación política mucho mayor, aunque es probable que cualquier evolución democrática adopte una forma marcadamente diferente a la de Occidente. Sin embargo, en el futuro previsible, dado el éxito del período transcurrido desde 1978, es poco probable que se produzcan grandes cambios. La mayor preocupación sobre China como potencia global reside en otra parte: en su profundamente arraigado complejo de superioridad. Queda por ver cómo eso estructurará e influirá en el comportamiento chino y sus actitudes hacia el resto del mundo, pero está claro que algo tan arraigado no se disolverá ni desaparecerá. Si la tarjeta de presentación de Occidente ha sido a menudo la agresión y la conquista, la de China será su desmesurado sentido de superioridad y la mentalidad jerárquica que esto ha engendrado.

La llegada de China como gran potencia marca el fin del universalismo occidental. Las normas, valores e instituciones occidentales competirán cada vez más con los de China. Sin embargo, el declive del universalismo occidental no es únicamente producto del ascenso de China, porque este último es parte de un fenómeno mucho más amplio: un mundo económico cada vez más multipolar y la proliferación de modernidades diversas. Tampoco la decadencia del mundo occidental será reemplazada de manera simplista por un mundo sinocéntrico. El surgimiento de modernidades en competencia presagia un mundo bastante nuevo en el que ningún hemisferio o país tendrá el mismo tipo de prestigio, legitimidad o fuerza abrumadora que Occidente ha disfrutado durante los últimos dos siglos. En cambio, diferentes países y culturas competirán por la legitimidad y la influencia. El mundo occidental se acabó; el nuevo mundo, al menos durante el próximo siglo, no será chino como el anterior fue occidental. Estamos entrando en una era de modernidad competitiva, aunque en la que China estará cada vez más en ascenso y eventualmente será dominante.

Pero todo esto queda todavía muy lejos. Por el momento, el mundo está preocupado por el inicio de la mayor recesión desde la Gran Depresión. En el momento de escribir este artículo, se desconocen las consecuencias de esto. Las depresiones son un poco como las guerras: ponen a prueba a las sociedades de una manera que los períodos normales de prosperidad y crecimiento no lo hacen. Revelan debilidades y vulnerabilidades que de otro modo permanecerían ocultas. Dan lugar a nuevas ideologías y movimientos políticos, como aprendió el mundo, con gran coste, en los años de entreguerras. A primera vista, China está mucho mejor equipada que Occidente para hacer frente a esta crisis. Su sector financiero está en condiciones mucho mejores que el de Occidente, ya que ha evitado la arrogancia de asumir riesgos que obstaculizaba a los bancos occidentales; China tampoco se enfrenta al tipo de desapalancamiento que amenaza con una deflación y una contracción importante de la demanda en Occidente y Japón. Mientras que el mundo desarrollado enfrenta la perspectiva de economías en contracción durante quizás dos o más años, China todavía espera un crecimiento, aunque de magnitud incierta. Lo desconocido para China es el efecto que tendría una tasa de crecimiento por debajo del 8 por ciento, tal vez hasta el 6 por ciento o incluso mucho menos, en términos de desempleo y malestar social. Esta será, con diferencia, la mayor prueba a la que se haya enfrentado la sociedad china desde 1989. El mundo está entrando en una nueva era política. A pesar de las constantes advertencias occidentales de que el modelo chino era insostenible y necesitaba occidentalizarse, la crisis financiera de 2008 marcó la desaparición del neoliberalismo y el fracaso del modelo occidental de libre mercado tal como se practica desde finales de los años setenta: los chinos en lugar de los chinos se confirmó el enfoque occidental. Al mismo tiempo, la salida de George Bush y su reemplazo por Barack Obama ha despertado un enorme interés global, sobre todo en el mundo en desarrollo, que debería servir para aumentar la posición de Estados Unidos ante los ojos de los estadounidenses. de muchos. Pero es el efecto de la recesión global el que probablemente tendrá el impacto más grave. Si China continúa creciendo entre un 6 y un 8 por ciento y puede evitar un malestar social debilitante, mientras la economía occidental entra en un período de crecimiento económico negativo o nulo, entonces la recesión global probablemente acelerará significativamente las tendencias analizadas en este libro y resultaría en un traspaso de poder aún más rápido a China.

Ya es evidente que China está dispuesta a asumir un papel proactivo e intervencionista en los asuntos financieros internacionales. Dado que la crisis financiera global ocupa actualmente el primer lugar en todas las agendas y que la reforma del orden financiero global existente es ahora irresistible, esto tiene implicaciones de largo alcance: China será un actor central en cualquier nueva arquitectura que surja de la crisis actual. Esto representa un cambio extraordinario incluso en comparación con hace dos años, y mucho menos hace cinco años, cuando China ni siquiera estaba incluida en las discusiones sobre tales asuntos. Pero también tiene un significado mucho más amplio. El ascenso de China y el declive de Estados Unidos se reflejarán, al menos durante este período, de manera abrumadora en el escenario financiero y económico. Y China está demostrando que tiene la intención de participar plenamente en este proceso. No es difícil predecir algunas de las consecuencias probables: el G20 reemplazará de hecho al G8 y el FMI y el Banco Mundial serán objeto de reformas, y los países en desarrollo adquirirán una mayor participación.

La propuesta más audaz que hasta ahora ha emanado de Beijing es la sugerencia de una nueva moneda global de facto basada en el uso de los derechos especiales de giro del FMI, que con el tiempo podría reemplazar el papel del dólar como moneda de reserva

mundial. Si tal propuesta alguna vez vería la luz, o si realmente funcionaría, dado que las monedas de reserva hasta ahora siempre han dependido de un estado soberano poderoso, ofrece una idea del pensamiento financiero estratégico que informa el enfoque del gobierno chino. Sugiere que los chinos reconocen que los días del dólar como moneda global dominante están ahora contados. Al mismo tiempo, el gobierno está buscando activamente formas de internacionalizar progresivamente el papel del renminbi. Recientemente concluyó una serie de swaps de divisas con importantes socios comerciales, incluidos Corea del Sur, Argentina e Indonesia, ampliando así el uso del renminbi fuera de sus propias fronteras. También está en proceso de tomar medidas para incrementar el papel del renminbi en Hong Kong, lo cual es significativo debido a la posición internacional de este último, y ha anunciado su intención de hacer de Shanghai un centro financiero global para 2020. Por lo tanto, ya existen fuertes Hay indicios de que el ascenso de China se verá acelerado por la crisis global.